

DOCTORADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y DE LA ADMINISTRACIÓN.
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES.
UNIVERSITAT POMPEU FABRA.



TESIS DOCTORAL.

***¿Socialización o contexto?
La implicación política subjetiva de los españoles (1985-2006).***

Carolina Galais González.
carolina.galais@upf.edu. Tlf: 679722305

Dirigida por la Dra. Marta Fraile Maldonado.

Barcelona, 2008.

Lamentablemente, para que se produzca el reemplazo generacional debe dejarnos gente tan excepcional como mi abuela.
Esta tesis está dedicada a ella.

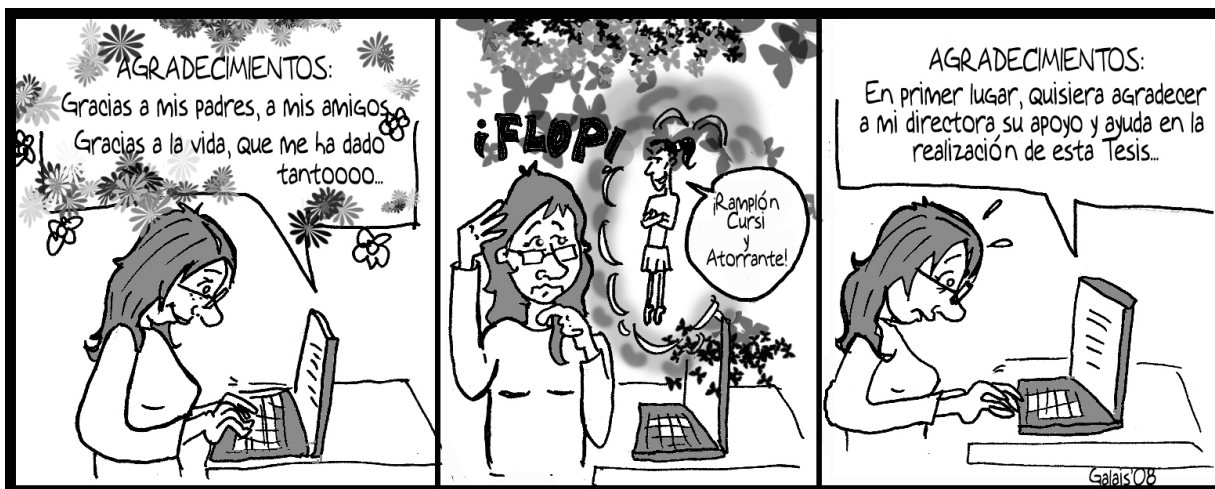
ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	6
INTRODUCCIÓN	8
CAPÍTULO 1. JUSTIFICACIÓN DEL OBJETO Y CASO DE ESTUDIO.	12
1.1. Relevancia teórica del estudio de la implicación política subjetiva: civismo y republicanismo.	12
1.2. Las actitudes “cívicas”. Una alternativa pragmática a los ideales comunitarista y liberal.	17
1.3. Justificación del caso de estudio. Las actitudes hacia la política de los españoles en perspectiva comparada.	21
1.4. La preocupación creciente por la implicación política de los españoles. Historia, élites y ciudadanía activa.	33
1.5. Conclusiones.	36
CAPÍTULO 2. MARCO TEÓRICO GENERAL Y DISEÑO DE INVESTIGACIÓN.	38
2.1. Entre el culturalismo y la elección racional.	38
2.1.1. La Cultura política y el problema del cambio de actitudes	38
2.1.2. El racionalismo: actitudes políticas exógenas y contexto político endógeno.	41
2.1.3. El racional culturalismo. La construcción y realineación racional de las actitudes	42
2.1.4. Las hipótesis.	44
2.2. Diseño de investigación. Metodología.	47
2.2.1. El caso bajo estudio: España (1985-2006) en perspectiva comparada.	47
2.2.2. La evidencia empírica.	48
2.2.3. Estructura de la investigación. Variables y técnicas utilizadas.	53
2.3 . Conclusiones: principales aportaciones de esta tesis a la literatura sobre actitudes.	57
CAPÍTULO 3. LA IMPLICACIÓN POLÍTICA SUBJETIVA. ANTECEDENTES Y OPERACIONALIZACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO.	60
3.1. Los antecedentes de la implicación política subjetiva	60
3.2. Los indicadores de implicación política subjetiva: interés y eficacia.	62
3.3. La medición de la implicación política subjetiva.	71
3.3.1. Los indicadores de interés por la política y eficacia política interna en las encuestas españolas.	72
3.3.2. El factor de implicación política subjetiva. Validez, inconvenientes y ventajas.	74
3.4. La implicación política subjetiva en perspectiva comparada.	78
3.4.1. Evolución agregada de la eficacia, el interés y la implicación entre 1985 y 2006.	79
3.4.2. La implicación política de los españoles frente a la del resto de europeos.	83
3.5. Relación de la implicación política subjetiva con el civismo y la participación política.	86
3.6. Conclusiones.	90

CAPÍTULO 4. LOS FACTORES SOCIODEMOGRÁFICOS COMO INDICADORES AGREGADOS DE SOCIALIZACIÓN POLÍTICA.	91
4.1. Género e implicación.	93
4.1.1. La construcción del “segundo sexo” en el Franquismo.	94
4.1.2. Las diferencias en la percepción de la política de mujeres y hombres en España.	96
4.2. La edad y el ciclo vital.	100
4.2.1. Juventud y apatía política. ¿Están los jóvenes españoles poco implicados en política?	100
4.2.2. La relación cuadrática entre edad e implicación.	105
4.3. Los efectos de la educación sobre el grado de implicación política subjetiva.	109
4.4. Un análisis multivariado de los indicadores agregados de socialización.	114
4.5. Conclusiones.	120
CAPÍTULO 5. LA IMPLICACIÓN POLÍTICA SUBJETIVA DE LAS COHORTES ESPAÑOLAS. PAUTAS DE CONTINUIDAD Y CAMBIO.	122
5.1. Las cohortes españolas en la literatura sobre actitudes políticas.	123
5.2. Efectos de los períodos de la historia contemporánea española sobre las cohortes.	126
5.3. Un análisis por cohortes de la implicación política subjetiva de los españoles.	135
5.4. Efectos del período, de la edad y de las cohortes.	144
5.5. Conclusiones.	155
CAPÍTULO 6. UN MODELO INTEGRADO DE SOCIALIZACIÓN POLÍTICA ACTIVA.	158
6.1. Las teorías de la socialización política. Estado de la cuestión.	158
6.1.1. Los agentes de socialización política en España.	159
6.1.2. Las fases primaria y secundaria de la socialización política.	171
6.2. Un modelo integrado de socialización política activa.	172
6.3. Datos y técnica de análisis: la importancia del <i>path analysis</i> en el estudio de la socialización política	177
6.4. Resultados.	184
6.4.1. La socialización primaria importa, pero menos que la secundaria.	184
6.4.2. Un modelo integrado de socialización activa controlado por las cohortes y los eventos.	186
6.5. Conclusiones.	192
CAPÍTULO 7. EL CONTEXTO POLÍTICO. EVENTOS Y ELECCIONES EXCEPCIONALES COMO CATALIZADORES DE LA SOCIALIZACIÓN POLÍTICA.	194
7.1. Los aspectos menos cambiantes del contexto: economía y élites políticas.	195
7.2. Los eventos como parte del contexto político. Una tipología e hipótesis sobre su efecto.	203
7.2.1. Una tipología de eventos políticos nacionales.	204
7.2.2. El vínculo entre eventos, socialización e implicación: las hipótesis.	208
7.3. Los eventos y la implicación política de los españoles.	209
7.3.1. Los eventos excepcionales en la opinión pública.	209
7.3.2. La influencia de los sucesos políticos en la implicación política subjetiva.	212
7.3.3. Efectos de la acumulación de eventos sobre la implicación política.	214

7.4. Las elecciones excepcionales y la acumulación de eventos como catalizadores de la socialización.	217
7.4.1. La técnica del falso panel. Los efectos del contexto político en 1989, 1996, 2002, 2004 y 2006.	217
7.4.2. Especificación de la ecuación de estimación de la implicación política: variables individuales y contextuales.	222
7.5. Resultados: el efecto de los eventos sobre la implicación política subjetiva.	225
7.6. Conclusiones.	232
CAPÍTULO 8. CONCLUSIONES.	234
8.1. La dimensión actitudinal de la implicación política subjetiva.	234
8.2. El papel de la socialización política en la construcción de la implicación ciudadana.	235
8.3. El contexto como elemento explicativo de la implicación política subjetiva.	240
8.4. Limitaciones del presente estudio y futuras líneas de investigación.	243
BIBLIOGRAFÍA	249
ÍNDICE DE FIGURAS Y TABLAS.	264

AGRADECIMIENTOS.



Inspirada en las tiras de phd.stanford.edu/comics

Había pensado varias maneras de iniciar estos agradecimientos; pero ocurre a menudo que una imagen vale más que mil palabras. No sería justo comenzar a dar las gracias sin elogiar la labor que ha hecho Marta Fraile Maldonado, mi directora de tesis. Marta es una persona muy valorada en la academia por sus cualidades intelectuales; pero quiero que sepan que, además, ha hecho gala de una paciencia, comprensión, energía y disciplina inagotables conmigo. Encontrarme con ella ha sido una gran suerte en relación a esta tesis. Ha leído cada una de mis palabras casi al instante de haberlas escrito, me ha hecho sugerencias valiosísimas, ha pulido mi estilo de escritura –hace unos años, en las antípodas del estilo académico- y también ha sacado las tijeras – figuradamente, para recortar el texto- cuando ha hecho falta. En definitiva: ha trabajado muchísimo, y a cambio de bien poco: sólo me ha pedido que le haga una caricatura; en lo cual puede confiar. Por todo ello, mi reconocimiento y cariño a Marta. Gracias por todo el tiempo que has invertido en esta tesis. Ahora bien, la única responsable de los errores e inexactitudes que el lector pueda hallar en ésta soy yo misma.

Inmediatamente después de mí y de Marta, la tercera artífice de esta tesis es mi madre. Chari, “Marie”, ha sido el sargento más despiadado y también la *coacher* más eficaz. No quieran saber cómo de insistente ha sido hasta que ha visto la tesis encuadernada. A veces sospecho que había comprado un traje a escondidas y quería asegurarse de que iba a usarlo el día de la defensa. A mi padre – Christian-quiero agradecerle el haberme enseñado a ser una persona inquieta y crítica. Las discusiones “sicilianas” que he tenido sobre política con él, con mi tíos Paco, Floro y Miguel, mi tía Águeda, abuelo, etc... han contribuido mucho a mi propia implicación política. A toda mi familia, en definitiva, gracias. Y muy especialmente por su interés en esta tesis a mis tías Olga y Marie-Laure.

Como decían en *La Bola de Cristal*: “sólo no puedo, con amigos sí”; y los míos se han portado conmigo siempre como hermanos. Por eso, gracias, Aguado, Pepe, Noe, Ruth, Lara, David, Marieta y Luis. A Pepe y a su compañera Marta debo agradecerles, además, sus consejos sobre algunos fragmentos de este trabajo. Quiero también elogiar la comprensión y respeto de mis compañeros de

piso –Joel y Álex- hacia mi encierro en la etapa de escritura. Y en otras épocas de mi vida, gracias también a Susana, Xabi, Teresa, Manel, Marc, Miquel y Jordi. Por otra parte, mis compañeros del mundo de los cómics me han hecho sentir intelectualmente fértil y de buen humor pese a las dificultades académicas. Son la gente del *TMEO* (Kini, Roger, Mauro, Orúe...), del *Cretino* (Javierre, Davín, Koko, Molina...) y del *Tonterías del Rock* (Doc, Capi, Jon...). Por su empatía y buenos consejos, gracias también a la gente que conocí en Essex (Cristiano, Sergi, Marga, Marta, Robert...) y especialmente a Luis de la Calle y Aina Gallego, por los comentarios y sugerencias a propósito de capítulos de esta tesis. También Juan Gómez colaboró aclarándome dudas de estilo y poniendo parte de la banda sonora.

Así, llegamos ya a los pasillos de la Universitat Pompeu Fabra y al Departamento de Ciencias Políticas. En primer lugar, muchísimas gracias a Francesc Pallarés por haberme concedido varias becas, por haberme dado la oportunidad de publicar, por haber contado conmigo en sus proyectos y por su calidez. A Mariano Torcal le debo la inspiración para el objeto de esta investigación, el haberme convertido al racional culturalismo y el acicate constante de intentar estar a la altura de sus expectativas como tutor. Por su buen trato y por los ánimos y conocimientos que me han transmitido, gracias a Ferran Requejo, Jacint Jordana y Javier Astudillo. A Clara Riba también le agradezco su paciencia y asesoramiento sobre los procedimientos administrativos necesarios para defender esta tesis. Ignacio Lago, además, ha leído fragmentos de esta tesis, ha discutido conmigo sobre los mismos, me ha proporcionado datos... gracias, Nacho. Lo mismo se aplica a Jaume López con relación a la discusión sobre teoría política del primer capítulo. Siguiendo por estos pasillos, debemos detenernos en los despachos de becarios y profesores asociados. A mis colegas en estos años debo agradecerles sus buenos consejos de “veteranos” o de compañeros de fatigas. Han estado conmigo en la “maquila”: Mariona Ferrer, Miquel Salvador, Núria Vergés, Jordi Muñoz, Lucía López, Elena Sánchez, Sandra Bermúdez, Mao-Mei Liu y Silvia Rueda. No han compartido espacio físico conmigo, pero sí proyectos, Eduard Bonet y Xavier Fernández. Ambos me han echado una mano con el software estadístico, y con los dos he hablado mucho de música, para compensar un poco mi inopia en otros temas. Finalmente, mi admiración y agradecimiento a los profesionales de la secretaría del departamento, a los eficientes Carme Casanovas, Sergi Vich, Tania Miralles, Mireia Marquilles, Montserrat Gil y a toda la gente que ha pasado por aquí en estos años.

Fuera de esta Universidad pero dentro de la Academia, debo agradecer la inspiración y ánimos que me han transmitido Irene Martín, Ana Rico, Edurne Bartolomé e Ignacio Sánchez-Cuenca; a todos ellos me hubiera gustado tenerlos más cerca. Quiero mostrar también mi gratitud hacia la Fundació Pere Ardiaca y el Centre per a la Innovació Local de la Diputació de Barcelona, especialmente a Marina Espinosa y Teresa Feliu, por su flexibilidad y por haber confiado en mi capacidad investigadora. En cuanto a la Fundació Jaume Bofill, quiero que sepan que sin su confianza y su beca, sencillamente no habría podido finalizar esta tesis.

Y gracias a mi Ángel de la guarda. “Porque yo sé que siempre estás ahí”.

INTRODUCCIÓN.

La preocupación por la pasividad y la alienación política de la ciudadanía no es un asunto reciente, sino que nace paralelamente a las democracias liberales. Ya a comienzos del siglo pasado, Max Weber o Schumpeter llamaron la atención sobre un descenso en los niveles de implicación de los ciudadanos con lo público como una consecuencia de la implantación de la democracia representativa. Desde entonces, el desarrollo del capitalismo y de la sociedad de consumo ha hecho del individualismo un valor preponderante, dificultando la cohesión social y el acuerdo de los ciudadanos sobre unos ideales o proyectos comunes. Los autores más alarmistas llaman la atención sobre la falta de identidad ciudadana y de virtudes públicas, que no habrían arraigado ni siquiera tras iniciativas universalistas como la Declaración de Derechos Humanos. Esta carencia convertiría a los habitantes de las sociedades occidentales en “ciudadanos” sólo nominales, privados de las características que idealmente debería tener la ciudadanía.

En el presente, no existe consenso sobre el grado óptimo de compromiso que los ciudadanos deberían tener con la política. Se ha argumentado que ponen en peligro el buen funcionamiento de la democracia tanto un déficit de esta cualidad como un exceso que desborde la capacidad de respuesta de sus instituciones (Crozier et. al. 1975, Fuchs y Klingemann 1995, Norris et al. 1999). Aún así, y al margen de cuestiones normativas, la mayor parte de estudiosos coinciden en la conveniencia de que los ciudadanos tengan un cierto grado de interés, competencia y conocimientos en materia de política a fin de controlar, sustituir o dar apoyo a los cargos electos y a las instituciones democráticas. Es decir, que incluso las democracias representativas se beneficiarían de una ciudadanía activa. Por el contrario, el aumento de los ciudadanos pasivos en un estado democrático es señal de que aumenta la fractura entre gobernantes y gobernados (Bobbio 1998). Así pues, es deseable una mínima implicación con la política por parte de la ciudadanía.

Esta implicación política es un fenómeno con muchas manifestaciones, desde las más evidentes, como votar o boicotear un producto, a las más sutiles, como prestar atención a las noticias sobre política, seguir una campaña electoral o discutir sobre asuntos públicos. Las investigaciones en este campo se han centrado en unas u otras manifestaciones en función de las curiosidades y valores de los investigadores, pero también de las etapas por las que la literatura sobre Comportamiento Político atraviesa. Esta corriente teórica se inició con la curiosidad por la fenomenología del voto y continuó desde la década de los 70 hasta la actualidad centrada en otras formas de participación política y en las orientaciones psicológicas que las fomentan. En este último período, se han hecho notables esfuerzos por definir y acotar estas orientaciones.

El conjunto de características psicológicas deseables en los ciudadanos de una democracia ha recibido numerosas denominaciones, entre las cuales figuran las clásicas “cultura cívica”, “civildad” o “civismo”. El objeto de estudio de esta tesis se limita a algunas de esas características, las cuales denotan atención y centralidad de los asuntos públicos para el individuo, elementos que la literatura sobre actitudes políticas considera pertenecientes a la dimensión de la “implicación política”. Más

específicamente, la pregunta que quita esta investigación es: ¿Por qué ciertas personas presentan una mayor predisposición a implicarse psicológicamente en asuntos políticos?

La comprensión del compromiso político de los ciudadanos resulta crucial para entender la reciente evolución en los distintos tipos de participación política. Sin embargo, existen pocos estudios que aporten evidencia acerca de cómo, cuándo y por qué surge y varía dicho compromiso. Es evidente que los niveles de implicación política divergen entre individuos, épocas y países, aunque no existe un consenso claro en la explicación de esta variación. La implicación política se ha contemplado en la literatura como condición necesaria pero no suficiente para la participación política o, lo que es lo mismo, se ha tenido en cuenta exclusivamente como variable independiente de estas investigaciones. Éste es el principal motivo por el que existen importantes cuestiones por tratar acerca de las actitudes relacionadas con la participación y el ejercicio de la ciudadanía en sistemas democráticos.

De hecho, tampoco existe acuerdo sobre cómo definir y medir dicho concepto. Un ejemplo de la confusión en torno a la implicación política es que algunas de sus dimensiones han sido a menudo consideradas indicadores de la participación, debido a su vinculación causal con este fenómeno. En este trabajo, la implicación política queda definida como un fenómeno subjetivo y, por tanto, de naturaleza psicológica. Esto sitúa la presente tesis entre los estudios sobre Cultura Política. En este sentido, se propone que la socialización, la primera explicación sugerida para el origen de actitudes como la identificación partidista, es también capaz de explicar el cambio actitudinal. Por otra parte, se recogen las aportaciones de la corriente racional culturalista sobre la construcción de las actitudes en función de las características del contexto político. Con respecto a este último, analizaremos la relación de la implicación política con las elecciones y otros sucesos políticos más o menos excepcionales, así como con aspectos del contexto económico y con las actividades cotidianas de las élites políticas. Asimismo, prestaré especial atención a una posible interacción entre los procesos de socialización política y algunas características de este contexto, como por ejemplo el grado de competitividad electoral y el nivel de complejidad y conflictividad de la política cotidiana.

Las ambigüedades señaladas sobre el grado óptimo de implicación de los ciudadanos en las democracias representativas cobran una nueva dimensión para el caso español. Aunque la cultura política de los españoles ha sido caracterizada como desafecta y cínica (Maravall 1984, Torcal 2001 y 2003), resulta evidente que la misma cambia y evoluciona a lo largo del tiempo como lo demuestra el hecho de que algunas citas electorales han suscitado el interés y la participación masiva de la ciudadanía en el último cuarto de siglo. Por otra parte, síndromes actitudinales como la desafección política conviven con un progresivo aumento de las formas de participación política no convencional, resultando en el fenómeno conocido como participación desafecta o desconfiada (Paramio 1998a). Todo ello indica que, aunque las actitudes hacia los partidos políticos o la democracia han sido bien estudiadas para el caso español, queda mucho por decir acerca de las orientaciones de los españoles hacia la política en general. La presente investigación quiere contribuir a llenar este hueco en la literatura.

Con la finalidad de describir, analizar y explicar el fenómeno de la implicación política subjetiva en España, se comparará el grado de implicación de sus ciudadanos a lo largo del período de normalidad

democrática que va desde 1985 hasta 2006. No debemos perder de vista que España pertenece al grupo de países protagonistas de la Tercera Ola de democratización, por lo que sigue siendo un excelente caso de estudio acerca de los efectos de la progresiva institucionalización de la democracia sobre las actitudes ciudadanas. Así, sostengo –contrariamente a la mayor parte lo escrito sobre este tema en España- que la diversidad de situaciones políticas, sociales y económicas experimentadas desde el fin de la Transición han jugado un papel destacado en la evolución de este conjunto de actitudes.

Esta tesis está estructurada en siete capítulos. El primero de ellos justifica la implicación política subjetiva como objeto de esta investigación revisando las distintas teorías y perspectivas sobre ciudadanía y democracia. También se expone la relevancia del caso bajo estudio, para lo que se comparan los niveles de compromiso con la política en España con los de otros países europeos. Finalmente, se explora la literatura producida sobre las actitudes de los españoles hacia la política, constatando que existe una preocupación creciente por las mismas, y que distintos autores apuntan a la conveniencia de estudiarlas con detenimiento.

En el segundo capítulo se presenta el marco teórico general de esta investigación, así como el diseño elegido para someter a prueba empírica las hipótesis deducidas de las corrientes teóricas discutidas. Concretamente, se destacan las aportaciones y debilidades del culturalismo y la elección racional en relación con el objeto de este estudio y se propone como alternativa la perspectiva del racional culturalismo. En cuanto al diseño de investigación, se tratan cuestiones como la variabilidad de los factores explicativos, la estructura de la tesis y de cada uno de sus capítulos y las principales técnicas utilizadas. La metodología propuesta caracteriza esta investigación como un trabajo cuantitativo, orientado a describir y explicar los niveles de implicación política de los españoles a lo largo del tiempo. Las principales fuentes de los datos serán secundarias, concretamente encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) y las tres olas de la Encuesta Social Europea (ESE).

A continuación, el tercer capítulo presenta la operacionalización del objeto de este estudio. Para ello, se explora la literatura producida respecto a las distintas actitudes que pueden considerarse indicadores de implicación política subjetiva. Se expone cómo se ha calculado el índice de implicación y se argumenta cuál es el valor añadido de esta manera de medir el fenómeno.

Los siguientes capítulos (cuarto, quinto, sexto y séptimo) constituyen la principal contribución empírica de esta tesis. En ellos se aporta cuantiosa evidencia acerca de los factores explicativos de la implicación política subjetiva; es decir, de las condiciones bajo las que los ciudadanos españoles presentan una mayor propensión a implicarse subjetivamente en asuntos públicos. En el cuarto capítulo comenzaremos presentando las primeras variables, de tipo sociodemográfico, propuestas como explicaciones plausibles para este fenómeno por los autores culturalistas. Sin embargo, en este capítulo contextualizaremos el efecto de estos factores para el caso español, considerándolos variables aproximativas de procesos colectivos de socialización política. Los mismos habrían afectado a diversas generaciones, especialmente a las mujeres que crecieron durante el franquismo. Al término de este apartado, se aísla el impacto de estas variables mediante un análisis multivariado de su efecto. El capítulo quinto prosigue con la investigación sobre los efectos de las variables más clásicas propuestas

desde el culturalismo para las actitudes políticas. En concreto, se analiza el efecto de pertenencia a las cohortes españolas sobre la propensión de los individuos a implicarse, y se comprueba si este elemento de anclaje y continuidad es compatible con los efectos del período sobre la población y cuál de estos dos factores pesa más en la configuración de las actitudes que nos ocupan.

En el sexto capítulo se abre la caja negra del proceso de socialización política, concibiendo este fenómeno como un proceso en el que intervienen una serie de agentes a lo largo del curso de vida. Respecto al debate acerca de la importancia relativa de las fases primaria y secundaria de la socialización, esta tesis propone que ambas son dependientes, porque lo sucedido durante la infancia condiciona parte de los procesos de socialización adulta. También se investiga qué fase es la más relevante en la formación de la implicación política. Para todo ello, se plantea un modelo de socialización política activa resuelto mediante ecuaciones estructurales, lo que permite comprobar relaciones directas e indirectas entre variables.

El séptimo capítulo propone factores explicativos relativos tanto a la socialización política como al contexto, lo que justifica el marco teórico plural del que parte esta tesis. Se analizará la influencia de aspectos generales y más estables del contexto político, como las condiciones económicas y el nivel de actividad y conflictividad de las élites. Se comprueba, además, si una coyuntura política conflictiva – medida a partir de la acumulación de eventos políticos y de la celebración de elecciones excepcionales – es capaz de potenciar la acción de los agentes de socialización política. Es decir, si existe interacción entre el proceso de socialización y el contexto político en el que el ciudadano se desenvuelve.

La tesis finaliza con un capítulo en que se recogen las principales conclusiones de los análisis empíricos realizados, prestando especial atención a la evidencia presentada en los cuatro últimos capítulos. Igualmente, se pondrán de relieve las aportaciones hechas por esta tesis a los debates actuales sobre la implicación política de los ciudadanos, especialmente para el caso español.

En definitiva, este trabajo tiene la intención de contribuir a la literatura sobre actitudes y comportamiento político en varios sentidos. En primer lugar, sugiere una estrategia para clarificar qué se entiende por implicación política. Una vez clarificado el concepto, se propone su medición y, a través de ella, se describen los niveles de implicación con la política declarada por los españoles y en perspectiva comparada. En segundo lugar, la tesis responde a la pregunta de bajo qué condiciones es más probable que un ciudadano se sienta comprometido con la política en España, considerando factores explicativos que provienen de dos corrientes de la literatura que sólo muy recientemente han comenzado a establecer un diálogo productivo para la investigación empírica. Los resultados de los análisis que aquí se presentan apuntan a que parte de las hipótesis que plantean estas corrientes de literatura se cumplen en el caso español, pero bajo determinadas circunstancias y realizando importantes matices, como veremos enseguida.

CAPÍTULO 1. JUSTIFICACIÓN DEL OBJETO Y CASO DE ESTUDIO.

En este capítulo se justifica la relevancia que tiene el estudio de la implicación política subjetiva de los españoles. En un primer apartado, se sitúa el objeto de esta investigación respecto a la literatura preocupada por el origen y cambio de las actitudes políticas y a los autores que han tratado el tema del civismo desde diferentes perspectivas teóricas. A continuación, se destacan las consecuencias prácticas de las orientaciones activas hacia la política, esto es, sus repercusiones para el funcionamiento de las democracias liberales. También se justifica la importancia del estudio del caso español; cuyo desapego por la política no tiene equivalente en ninguna otra democracia europea occidental.

1.1. Relevancia teórica del estudio de la implicación política subjetiva: civismo y republicanismo.

Esta investigación tiene como objeto el estudio pormenorizado del conjunto de orientaciones psicológicas que comprometen al ciudadano con la idea de lo público, y del cual la participación política sería sólo una de sus consecuencias¹. Este objeto de estudio enmarca la presente tesis en el campo la cultura política, esto es, de las percepciones subjetivas sobre la política. Las actitudes son las unidades básicas de análisis en cultura política desde los años sesenta, aunque se venían utilizando anteriormente en psicología social y política. Las actitudes constituyen la herramienta que utilizan los ciudadanos para procesar la información política y el producto en que esta información se convierte. Se asume que éstas configuran la estructura de anclaje para el ciudadano en el mundo cambiante e incierto de la política, en que líderes, discursos y temas varían de continuo; aunque no se trata de objetos inamovibles ni homogéneos. Algunas de estas actitudes son más volubles y cambiantes, y es esta variación lo que las hace atractivas como objeto de estudio.

El referente clave en la literatura sobre actitudes políticas es la obra de Almond y Verba a propósito de la *Cultura Cívica* (1963), en que se refieren a estos elementos como orientaciones psicológicas hacia objetos del sistema político². Además de su aportación a la conceptualización de este fenómeno, la pregunta de investigación que Almond y Verba se plantearon en esta obra sigue siendo relevante tanto desde el punto de vista teórico como desde los aspectos político y social. ¿Existe una cultura política propia de la democracia? Y en caso de que exista, ¿en qué condiciones se produce?

La disciplina de la Ciencia Política y el área del comportamiento y la cultura política han pasado por distintas etapas respecto a la consideración de una Cultura Política Democrática o de ciertas actitudes acordes o compatibles con la democracia. Originariamente, como en *La Cultura Cívica*, estas actitudes se consideraban un factor explicativo de los rendimientos del sistema político democrático.

¹ Algunas de las denominaciones que han recibido estas orientaciones son “compromiso psicológico con la política”, “compromiso cívico”, “orientaciones activas hacia la política” y, finalmente, “implicación política subjetiva”, que es por la que se ha apostado en este texto, ya que recoge la noción de compromiso y el carácter psicológico del objeto de estudio.

² Previamente, cabe destacar la inauguración de la corriente del conductismo conocida como “Cultura Política” con la publicación de *The Politics of Developing Areas* (Almond y Coleman 1960)

Más tarde, los autores dejaron de buscar una “fórmula mágica actitudinal” que produjera estabilidad democrática o favoreciera la transición a la democracia. Actualmente, es algo más habitual encontrar obras que estudien el impacto de distintos elementos del sistema político sobre las actitudes políticas individuales y colectivas. Es decir, estas actitudes han pasado de ser variables independientes a considerarse variables merecedoras de atención como objetos de estudio en sí mismas.

Desde entonces, se analizan los factores que conforman ciertos caracteres democráticos y los conjuntos de orientaciones estrechamente relacionadas con fenómenos políticos de gran calado. Por ejemplo, desde el punto de vista agregado, seguimos preguntándonos por las actitudes asociadas a las nuevas democracias. Desde una perspectiva individual, confiamos en que existen orientaciones *más democráticas* que se relacionan causalmente con productos políticos como la estabilidad o la participación electoral. Es el caso de los estudios sobre la eficacia política (Abramson y Finifter 1981), la ideología, (Klingemann 1979), la clase social subjetiva, el apoyo político (Norris et al. 1999) o la desafección política (Di Palma 1970, Montero, Gunther y Torcal 1998, Torcal 2001 y 2003). Se trata de estudios sobre actitudes concretas o dimensiones actitudinales que nos ayudan a conocer mejor a la ciudadanía, que indagan en el vínculo entre sujetos y grupos o, si se prefiere, entre la micro y la macro política. Al mismo tiempo, los resultados de estos trabajos son tenidos en cuenta por las élites políticas, tanto en la formulación de campañas, programas y discursos como en el diseño e implementación de políticas públicas. Así, queda patente su preocupación por la calidad de la ciudadanía democrática y la creencia en que ésta puede y debe mejorarse evolucionando como lo han hecho los diseños y arreglos institucionales a lo largo del último tercio del pasado siglo.

En los últimos años, existe una tendencia en la academia consistente en agrupar varias de las actitudes mencionadas y complementarlas con otros requisitos relacionados con la democracia y la ciudadanía, configurando lo que podríamos denominar “Cultura Cívica postmoderna” (Bridges 1994). Los autores interesados por este tema indagan en los determinantes de las “actitudes cívicas” como la confianza social, el altruismo, el igualitarismo, el humanismo o la tolerancia (Brewer 2003). Tampoco entre este nuevo enfoque existe un mínimo acuerdo sobre lo que es “cívico”, y mientras algunas obras defienden un ideal exigente de ciudadano democrático, altamente comprometido con la política, autores como Algan y Cahuc (2006) creen que un buen ejemplo de actitud cívica es, sencillamente, “no defraudar al gobierno”. Tras todas estas aproximaciones a las actitudes de la ciudadanía, subyace aún el concepto de Cultura Política Cívica sugerido por Almond y Verba (1963). El atractivo de su propuesta reside en una idea muy general de lo que es cívico, aplicable a cualquier tipo de democracia. Es una concepción de mínimos, por la que sólo esperan de los ciudadanos cívicos algo de interés por los asuntos públicos, un cierto sentimiento de competencia política y un mínimo de conocimientos en esta materia. Esto hace que dicha concepción sea compatible con un amplio rango de perspectivas ideológicas e ideales democráticos.

En el presente trabajo se recupera la concepción original de Cultura Cívica, ya que las operacionalizaciones más complejas obstaculizan la posibilidad de llegar a un consenso sobre su medición y complican la explicación del fenómeno. Por ello, no nos centraremos en las actitudes de la población hacia determinados productos del sistema político o hacia la democracia, sino hacia la política

en general. Además, en esta tesis, como en el mencionado trabajo de Almond y Verba, se entiende que estas actitudes “cívicas” son una expresión de la calidad de la ciudadanía y de la democracia. No obstante, si bien estos autores fueron los primeros en abordar el problema del ciudadano democrático ideal desde el punto de vista y la metodología de la Cultura Política, no fueron los primeros en interesarse por este tema. *La Cultura Cívica* y el presente trabajo se inscriben en una larga tradición teórica preocupada por el civismo. A continuación se revisa brevemente esta literatura, que constituye el antecedente teórico de mi objeto de estudio.

Debemos el concepto de *Civismo* a la tradición Republicana, preocupada desde la antigua Grecia por el papel del individuo en la arena pública. Lo que es cívico es, pues, lo que es propio del ciudadano. El Republicanismo surge en la antigüedad de la mano de Aristóteles, a quien debemos la definición de la Política como toda aquella actividad relacionada con lo público, y como el “medio ambiente” del ciudadano, cuya naturaleza es esencialmente política. Aristóteles también es el padre del concepto de virtud ciudadana, entendida como la orientación hacia el bien común que debe guiar los pasos del ciudadano de la República. Este “deber” aporta una perspectiva normativa al republicanismo, por lo que a partir de este momento definiremos “cívico” como lo que *debería ser* propio del ciudadano. El componente normativo de este concepto implica que no existe un único civismo, ya que su definición dependerá de los valores y la perspectiva teórica adoptada a la hora de reflexionar sobre esta idea.

Además de Aristóteles, muchos autores se han preocupado desde la antigüedad por la adquisición de ciertas virtudes por parte de los ciudadanos. Cicerón en la República romana, Maquiavelo en las repúblicas renacentistas y Rousseau, ya en la época moderna, piden a sus coetáneos que desarrollen un sentido del deber hacia las instituciones políticas y hacia la comunidad a la que pertenecen. En la búsqueda de los vínculos que consiguiesen comprometer a los ciudadanos con lo público, Rousseau llega a sugerir la necesidad de impulsar una “religión civil” que supla la falta de igualdad y una a los ciudadanos alrededor de unos valores y normas comunes³. Esta idea fue abrazada por Benjamin Franklin, George Washington y autores como Robert Bellah. Según algunas interpretaciones, también guarda una estrecha relación con la más moderna noción de “patriotismo constitucional”, comenzando por la insistencia en la cohesión de los ciudadanos en torno a unos valores comunes y en el sentido del deber.

Frente a esta noción republicana del “deber” del ciudadano, y como reacción a la expansión del Estado y a su creciente intromisión en la vida de las personas, a partir del siglo XVII comienza a fortalecerse la noción de “derecho”. De la mano de Hobbes, Locke y Kant se popularizan las ideas de libertad negativa e individualismo, configurando así el ideario básico del liberalismo, que habría de ser una de las corrientes de pensamiento más extendidas e influyentes de la historia. Es el liberalismo el que provoca, tras las experiencias de la República Romana y el Renacimiento Italiano, el surgimiento del republicanismo moderno y la división aparentemente irreconciliable entre la óptica liberal y la comunitarista, también conocidas como elitista e igualitaria (Ovejero 2001).

³ La Religión Civil es un tema de teoría política que bien merece una revisión aparte. Es necesario tenerla en cuenta en este repaso a la literatura más clásica sobre civismo porque constituye una especie de manual de buenas prácticas laicas para la ciudadanía que supera las particularidades de cada religión, impulsando la unidad social. Para conocer sus antecedentes y la evolución del pensamiento en torno a la religión civil, remito al lector a Giner, S. (1991): «La religión civil», en *Diálogo Filosófico*, núm. 21, pág. 363.

Podemos ejemplificar esta división mediante el enfrentamiento entre Sandel y Pettit. Sandel (1982) defiende una concepción del republicanismo más aristotélica, relacionada con la democracia participativa y comunitarista, en el sentido de que el hombre sólo adquiere pleno significado en sociedad, que es donde ejerce su libertad entendida como autonomía⁴. Pettit, en cambio, enfatiza la experiencia liberal de la Roma antigua, la representación política y el concepto de libertad entendido como no-dominación o no-ingerencia en los cursos de acción de las personas, lo que se corresponde plenamente con el ideal de libertad negativa liberal (Pettit 1999). Desde el punto de vista de Pettit, la participación política tiene un papel puramente instrumental en la representación y competición de intereses⁵. Ambas tradiciones tienen como resultado dos tipos de civismo. La figura 1.1. resume los conceptos básicos que agrupan cada uno de ellos.

Figura 1.1. Conceptos y tradiciones teóricas de los dos tipos de Civismo.



Fuente: elaboración propia.

El primero de ellos, comunitarista y fiel a la concepción original, nos habla de que un buen ciudadano ha de ser activo en lo político y ha de guiar sus pasos en el terreno público orientado por el bien común, sacrificando a menudo sus preferencias. Desde su idealización de la democracia participativa, el ciudadano virtuoso es el que participa continuamente en la construcción y desarrollo de las instituciones políticas y en los procesos decisorios. Entre los autores más recientes que ensalzan la conveniencia de que los ciudadanos participen en la formulación e implementación de políticas encontramos a Carole Pateman, o a Benjamín Barber y su concepto de *Democracia Fuerte*, en que los

⁴ Para una reflexión sobre la libertad de los antiguos o positiva frente a la libertad moderna o negativa, ver el clásico de Constant (1990).

⁵ Ante este enfoque de los conceptos de "interés" y "libertad" se han alzado diversas voces desde la corriente comunitarista, al considerar que la visión liberal podría erosionar la vida pública y la sociedad civil, con nefastas consecuencias para la democracia (Galston 1988).

ciudadanos están dispuestos y preparados para asumir la toma de decisiones sin intermediarios. Extendiendo a estos autores la idea de que existen dos tipos de civismo, los comunitaristas defenderían una idea activa del mismo, también denominado en la literatura “ciudadanía activa” (Benedicto y Morán 2002). El segundo tipo de civismo presenta un ciudadano menos inclinado a la acción, que sólo participa instrumentalmente para agregar sus intereses con los de otros ciudadanos y utiliza su libertad en la vertiente negativa; éste es el civismo pasivo. Claramente, esta concepción de lo que es cívico se asocia a la representación política y a un modelo de democracia en el que apenas se espera de los ciudadanos que elijan a sus representantes; por lo que entronca con el elitismo de autores como Mosca, Michel o Schumpeter.

Estableciendo una analogía con la teoría de la Cultura Cívica, tal vez ambos civismos sean necesarios para que las Poliarquías funcionen. En la obra de Almond y Verba, la Cultura Democrática era el resultado de la mezcla de características provenientes de culturas aparentemente antagónicas, como eran la parroquial, la de súbdito y la participativa. Según su intuición, para que la democracia funcione se debe dar una determinada mezcla de individuos pertenecientes a cada una de estas culturas que configuren, agregadamente, una población cívica. Cabe recordar que la cultura parroquial es la propia de las sociedades tradicionales, en que los individuos apenas son conscientes de sus derechos y obligaciones frente a las instituciones políticas, por lo que se establece una relación con el sistema político distante y poco crítica. En cambio, la cultura de súbdito se caracteriza por una mayor implicación con los productos del sistema político, aunque persiste la alienación respecto a los “inputs” del mismo, como son la formulación y decisión de las políticas públicas. Finalmente, en la cultura política participativa los ciudadanos conocen el funcionamiento del sistema político. Los ciudadanos participativos se interesan por los procesos políticos, interactúan con los actores políticos e intentan tomar parte activa en las decisiones que les afectan.

El hecho de que una mezcla de culturas tan dispares pueda resultar en una cultura consonante con la democracia es compatible con la idea de que existen dos civismos distintos. Mientras que el más activo, clásico y orientado al bien común guarda relación con la cultura participativa, algunas características de la cultura parroquial y la de súbdito son semejantes al civismo pasivo liberal como, por ejemplo, la delegación del poder de decisión en los representantes y el sentimiento de que los asuntos públicos son ajenos al ciudadano.

Así, el civismo activo sería necesario para controlar las acciones de los gobernantes, mientras que la ciudadanía pasiva contribuiría a la estabilidad y seguridad en las poliarquías. Un desequilibrio entre estas dos concepciones de lo cívico, entre estos dos tipos de ciudadanos, podría tener efectos adversos. La sobrerrepresentación de ciudadanos de uno u otro tipo derivaría en dos disfunciones diferentes, ambas vinculadas a la dimensión de la desafección política. Por una parte, un elevado número de ciudadanos activos podría llegar a desbordar a los gobernantes con sus demandas y exigencias de participar activamente en la vida política, dificultando sus acciones. Un aumento de ciudadanos pasivos, en cambio, puede elevar los niveles de apatía política y alienación, incrementar la separación entre gobernantes y gobernados y las posibilidades de corrupción de los primeros, además de aumentar la abstención electoral. ¿Dónde está, por tanto, el nivel justo de civismo o cultura cívica?

Este estudio se centra en ese punto de inflexión entre el civismo pasivo –también denominado “pequeño” o “cotidiano”- y el civismo activo –“civismo grande” o “político”. Más concretamente, en las actitudes más básicas que configuran la ciudadanía activa y cuyos efectos son necesarios y positivos para el normal desarrollo de la democracia, como se argumentará a continuación. El objetivo es averiguar de qué dependen las mínimas condiciones actitudinales necesarias y suficientes para hablar de ciudadanos activos e implicados con la política a nivel subjetivo. Estudiaremos la relación de los procesos de socialización individuales y los elementos del contexto y la coyuntura política con estas actitudes en España, partiendo del convencimiento de que se trata de un recurso muy importante para la ciudadanía y, por tanto, para el funcionamiento de la democracia.

1.2. Las actitudes “cívicas”. Una alternativa pragmática a los ideales comunitarista y liberal.

Hemos visto que para los teóricos comunitaristas un buen ciudadano participa, se preocupa, se implica en política. En contraste, los autores liberales están más preocupados por que el Estado y los ciudadanos respeten sus mutuas esferas de libertad negativa y se conforman con una mínima participación esporádica en la elección de sus representantes. A continuación, se expondrán los motivos por los que las orientaciones “cívicas” o “activas” hacia la política son un recurso deseable para la democracia desde cualquier concepción teórica de la misma. Dichas actitudes hacia la política tienen un papel crucial en su estabilidad y, sobre todo, en el desempeño básico de sus funciones. Su desaparición dejaría una ciudadanía totalmente ajena al sistema político o, en el mejor de los casos, sumisa a éste.

El objeto de este estudio constituye el compromiso subjetivo con lo público; por lo que está vinculado a las nociones de “bien público” y de comunidad. Desde este punto de vista, una ciudadanía cívica “debería” comprometerse con el futuro de su comunidad, tomar las riendas de sus propios asuntos en lugar de dejarlas en manos de una élite política profesional, y valorar, proponer o gestionar políticas públicas que les incumban. Los ciudadanos cívicos -implicados con la política en el sentido de “lo que es público”- se asocian, crean redes sociales y contribuyen a crear tejido social y confianza interpersonal en la sociedad. La confianza y participación permiten, a su vez, solucionar problemas colectivos, favoreciendo la cooperación y reduciendo los costes de los intercambios sociales. Desde este punto de vista, el civismo constituye un recurso para la comunidad.

En su dimensión colectiva y republicana, la implicación de los ciudadanos en política se relaciona también con el concepto de Capital Social, ya que se trata de una predisposición psicológica previa y necesaria para cualquier tipo de acción colectiva. En este sentido, Newton (2001) propone el concepto de “capital político” por analogía al de “capital social”. El capital político estaría formado fundamentalmente por actitudes como la confianza política, la conciencia cívica, el deber cívico, la preocupación por el bien público, la tolerancia, el conocimiento e interés políticos y la capacidad de comprometerse. Desde su punto de vista, ese conjunto de actitudes políticas sería el equivalente a la “fraternidad” que completa la terna de valores republicanos junto a la igualdad y la libertad. Este capital político definiría una identidad política y la capacidad para perseguir el interés común de la comunidad en la arena pública. Sería necesario para la vida política en la medida en que predispone a los

individuos a cooperar y reduce los riesgos de explotación o aprovechamiento de las élites respecto a los ciudadanos o entre éstos.

Cuanto más abundamos en la relación entre Republicanismo y participación política directa más lejos parecen quedar los teóricos liberales y el marco de la actual democracia liberal representativa. Pero el concepto de implicación política que manejamos aquí es, como el original de “cultura cívica”, generalista y de mínimos. No hablamos de “predisposición a sacrificarse” por la comunidad, ni de grandes ideales comunitaristas, sino de la mínima cantidad de *lubricante actitudinal* –por utilizar una expresión paralela a la que Putnam aplicaba al Capital Social- para que funcionen los engranajes del sistema político democrático y las relaciones entre élites y gobernados; unos beneficios que no son ajenos al liberalismo político. Desde un ideal estrictamente liberal y representativo de la democracia, las actitudes cívicas de la ciudadanía configurarían un compromiso con la política que podría asegurar lealtades hacia el sistema político en su conjunto, contribuyendo a su estabilidad y protegiéndolo de cambios bruscos o ingerencias externas. Por otra parte, las actitudes cívicas suponen un sentido del deber para con lo público que ahorraría al Estado los costes derivados de recordar a los ciudadanos sus deberes y velar por su cumplimiento, con el consiguiente desgaste e intrusión en las esferas de libertad individual de los ciudadanos.

Las mismas actitudes que comprometen a los ciudadanos con la idea de lo público pueden llevarlos a agruparse para proveerse de servicios al margen del Estado, mejorando la eficiencia con que este último utiliza sus recursos. Los ciudadanos implicados en política presentarían una mayor propensión a comunicarse con sus representados y a tenerlos informados de las insatisfacciones o preferencias de la ciudadanía; adelantándose tanto a los estudios de opinión como a los resultados electorales. En caso de que esta comunicación sea con la intención de señalar un aspecto negativo, los ciudadanos implicados con la política facilitan el primer paso de la rendición de cuentas de los representantes, al reclamarles disculpas, explicaciones o la reparación de una actuación que no ha sido de su agrado. Se trata, por tanto, de un elemento esencial para que se produzca el control democrático de los gobernantes por parte de los ciudadanos, necesario para el buen funcionamiento de los sistemas democráticos (Pitkin 1967, Stokes 1997, Manin et al. 1999).

La rendición de cuentas o *accountability* hace referencia a los procesos y mecanismos formales por los que los decisores públicos adquieren responsabilidades por sus decisiones y rendimiento (Fox 2006). Su papel en la democracia es tan importante que algunos autores han vinculado ambos conceptos definiendo este último como un régimen o sistema de gobierno en el cual los gobernantes se responsabilizan de sus acciones en el ámbito público (Schmitter y Karl 1991). La amplitud de este término y la complejidad del sistema político han obligado a los estudiosos de la rendición de cuentas a dividir este fenómeno en dos dimensiones: la vertical y la horizontal. Mientras que la horizontal equivaldría al conjunto de pesos y contrapesos de los poderes, agencias e instituciones del Estado (O'Donnell 1999); su dimensión vertical se refiere a las relaciones de poder entre el Estado y sus ciudadanos, cuyo proceso principal son las elecciones. Recientemente se han distinguido dos tipos de rendición de cuentas vertical: la electoral y la social. Esta última abarca los mecanismos de control de las autoridades ejercidos por la sociedad civil con el fin de expresar desacuerdo con las decisiones

gubernamentales, traer nuevas cuestiones a la agenda pública o activar el funcionamiento de agencias horizontales que garanticen el control de los políticos (Smulovitz y Peruzzotti 2003)⁶. La actitud comprometida de los ciudadanos con la política y su predisposición a la acción serían, por tanto, necesarias para iniciarse cualquier proceso de rendición de cuentas vertical –electoral o social- y para que se activen algunos de los procesos de *accountability* horizontal. En definitiva, sin un mínimo compromiso de los ciudadanos con la política no podría darse uno de los rasgos más distintivos de las democracias liberales, como es la rendición de cuentas.

Asimismo, y con respecto a la concepción procedimental de la democracia a menudo defendida por los demócratas liberales, los ciudadanos con un mayor grado de compromiso con la política presentarían una mayor propensión a votar. Sin una predisposición mínima a la acción política no se llevaría a cabo la más extendida de las modalidades de participación política convencional, que a su vez, tiene hasta tres funciones básicas en los sistemas democráticos además de asegurar la *accountability* vertical electoral: producir representación, seleccionar gobiernos y generar legitimidad democrática (Vallès y Bosch 1997). Así, los ciudadanos implicados contribuirían a la legitimidad y continuidad del sistema político democrático; además de constituir un *vivero* del que surgirían las nuevas élites políticas profesionales. Por todos estos motivos, desde una perspectiva liberal de la democracia también existen razones para defender la conveniencia de un mínimo compromiso de los ciudadanos con la política.

¿Podemos, en fin, proponer un conjunto de actitudes que teóricamente constituya el mínimo común denominador para liberales y comunitaristas, y que sea a su vez compatible con el modelo de democracia actual? Desde mi punto de vista, existen varios conceptos que satisfacen ambos ideales de ciudadano y contempla la importancia del compromiso con la política, la predisposición a la acción y la capacitación para tomar parte en los asuntos públicos. Uno de ellos es la Competencia Cívica, un antecedente teórico de la implicación política (Dahl 1992). A diferencia de perspectivas más exigentes con respecto al papel del ciudadano, la Competencia Cívica requiere tan sólo una mínima vinculación psicológica con lo público y cierta empatía de los ciudadanos por los políticos, en el sentido de ponerse en su lugar. Esta empatía sería capaz de suplir la deliberación previa, la atención y la información política necesarias para que los procesos democráticos de toma de decisiones sean transparentes, ahorrando así muchos costes a los ciudadanos. Si la mayoría de las personas no pueden ser *super-ciudadanos* completamente informados y motivados, al menos deberían utilizar la natural empatía del ser humano para mejorar su grado de comprensión política⁷. Es especialmente interesante esta apuesta por un ciudadano “suficientemente bueno”, que conecta con la Cultura Cívica por ser compatible con un amplio rango de valores y actitudes, no sólo con las participativas. También podemos recuperar la idea recién expuesta de que existen dos civismos y situar a este “suficientemente” buen ciudadano en algún punto intermedio entre ambos. Se trataría de un ciudadano, al menos, reactivo, capaz de actuar contra lo intolerable cuando así lo aconseje su juicio político. No obstante, alcanzar este nivel más realista de

⁶ Entre estos mecanismos destacan las demandas legales a agencias de control y todos los tipos de participación política no electoral

⁷ Dahl llega incluso a sugerir algunas soluciones para mejorar este sentimiento de empatía, como disminuir el tamaño de las comunidades y de los núcleos de decisión para mejorar la identificación de los ciudadanos con los decisores.

competencia cívica fundamentada en la empatía es un desafío en un país como España, caracterizado por la alienación, la desafección políticas y los sentimientos antipartidistas (Montero y Torcal 1990); actitudes muy lejanas a la capacidad de ponerse en la piel de los actores políticos.

La desafección y apatía políticas son retos que han empujado a buscar nuevas formulaciones y soluciones a este problema actitudinal fuera de la academia. En los últimos años han sido numerosos los intentos por promover las actitudes cívicas en todos los niveles de gobierno en Europa occidental. Tanto la Unión Europea con la inauguración en el 2005 del año Europeo de la Ciudadanía (en el sentido del término anglosajón *citizenship* o del francés *citoyenneté*) como muchos de sus estados miembros, gobiernos regionales y administraciones locales han impulsado recientemente políticas destinadas a luchar contra la falta de civismo. Éstas toman el nombre de políticas contra los “comportamientos antisociales” o a favor de la “ciudadanía activa” dependiendo de si se orientan al fomento del civismo pasivo o activo, respectivamente (Galais 2008). Esta creciente preocupación por el civismo corrobora que un déficit de estas “actitudes deseables” en el ciudadano causa un perjuicio real lo suficientemente importante como para investigar sus causas e intentar paliarlas.

Con el objetivo de poner freno a esta falta de civismo, especialmente en su vertiente activa, se está extendiendo el convencimiento de que es necesaria la Educación Cívica o la Educación para la Ciudadanía. Según el Consejo de Europa, la Educación para la Ciudadanía Democrática comprende todas las prácticas y actividades diseñadas para ayudar a los jóvenes y a los adultos a participar de forma activa en la vida democrática, a través de la aceptación y el ejercicio de sus derechos y de sus responsabilidades en la sociedad. Encontramos la manifestación más conocida de esta Educación para la Ciudadanía Democrática en los planes educativos que incluyen asignaturas con currículos específicamente dirigidos a fomentar la ciudadanía democrática. Éstos incluyen contenidos relacionados con la responsabilidad moral y social de los alumnos, pero también con el fomento de la confianza interpersonal y de su autonomía para saber lo que es socialmente correcto. También insisten en la necesidad de implicarse con la comunidad y posibilitan la alfabetización política, la cual consiste en la adquisición de conocimientos y valores útiles en cualquier ámbito de gobierno (Martín 2006).

Sin embargo, este enfoque de las actitudes cívicas incurre en una desatención a la posibilidad de la resocialización o cambio actitudinal y enfatiza demasiado el papel de la infancia; contemplando sólo los agentes de socialización más clásicos: colegio y, en menor medida, familia. Esta aproximación al problema del déficit de actitudes comprometidas con la política supone, por una parte, una visión muy pesimista del futuro de sociedades como la española, ya que sólo podrían mejorar la calidad de su ciudadanía reemplazando las generaciones actuales por otras educadas formalmente en los deberes del civismo.

En resumen, y por lo que se refiere a los antecedentes teóricos del objeto de estudio de esta tesis, parto de la idea original de Almond y Verba de que existe una Cultura Política Cívica congruente con la democracia. El conjunto de actitudes cívicas que propongo también comparte con la Cultura Cívica el hecho de no exigir del ciudadano un elevado grado de sacrificio para estar plenamente informado o continuamente atento al desarrollo de los procesos democráticos. Desde el punto de vista de la Teoría Política, este mínimo conjunto de actitudes propias de un “buen ciudadano” parte del republicanismo

porque nos habla de un ciudadano preocupado y activo respecto a los asuntos públicos, aunque satisface también las exigencias del liberalismo. El resultado son unos rasgos actitudinales que permiten el control efectivo de los políticos, facilitan el rendimiento de cuentas de los mismos, garantizan la efectividad de los procesos de selección de élites políticas y posibilitan la toma directa de decisiones por parte de los ciudadanos.

No obstante, este conjunto de actitudes cívicas difiere del tratamiento que hicieron de ellas Almond y Verba en que son la variable dependiente de este estudio, y no un factor que explique un determinado arreglo institucional, como ocurría en *La Cultura Cívica*. Por tanto, de existir una relación con el sistema político, dicha relación iría desde las características del mismo a las actitudes que nos ocupan. También hemos visto que las orientaciones políticas cívicas se asemejan a los objetivos que persigue la Educación para la Ciudadanía. Sin embargo, en este estudio prestaremos atención a todos los factores capaces de explicar el cambio actitudinal; por lo que ampliaremos el rango de estudio a factores que operan en etapas de la vida distintas de la infancia. Finalmente, destacaré una última diferencia respecto a las actitudes propias de la Cultura Cívica de Almond y Verba relativa el nivel de análisis. En estas páginas no hablaremos de la Cultura Política de las naciones, sino que prestaremos atención a las variaciones en los niveles de dichas actitudes entre individuos de un mismo país, España. A continuación, justificaré la elección de este caso de estudio.

1.3. Justificación del caso de estudio. Las actitudes hacia la política de los españoles en perspectiva comparada.

Hasta el momento se ha destacado la relevancia teórica y política del objeto de esta investigación. A continuación, se justificará la elección del caso español para el análisis de las actitudes relacionadas con el civismo, la democracia y la política. Para ello, se destacarán algunas paradojas detectadas a propósito de la Cultura Política de los españoles y se presentarán datos relativos a los niveles en que encontramos las actitudes que nos preocupan en España y en otras naciones europeas.

Para comenzar, cabe situar a España en el grupo de países que protagonizaron la tercera ola de la democratización de los años setenta, descrita por Huntington. Se trata de un país que está viviendo su primera experiencia de democracia continuada y estable, por lo que sigue resultando un caso de estudio interesante, en tanto que algunas de sus características actitudinales y sus posibles causas pueden tener paralelismos entre ese grupo de países, así como en los de reciente democratización. Descubrir por qué ciertos ciudadanos se sienten atraídos por la política en un contexto desfavorable para que esto se produzca supondría encontrar unos factores explicativos lo suficientemente sólidos como para vencer condicionantes históricos e institucionales.

Por otra parte, el seguimiento de la actualidad política en España desde hace unos años despierta cierta confusión. La cultura política española ha sido calificada por distintos estudios como apática, cínica, desafecta, ajena a lo público, pasiva o de súbdito. En el mismo sentido, muchos políticos y administraciones se lamentan por los altos porcentajes de abstención electoral, e incluso han impulsado estudios y campañas para fomentar el voto, así como otras formas de civismo y compromiso con lo público. Sin embargo, algunas elecciones han contado en los últimos treinta años con una elevada

participación, demostrando que los ciudadanos discriminan entre citas electorales. Igualmente, las muestras de acción colectiva, asociacionismo y los actos de protesta –especialmente, las manifestaciones- se han intensificado y popularizado de tal manera en los últimos años que ya no podemos asociarlos a una ideología en concreto, ni tampoco afirmar tajantemente que los españoles son políticamente pasivos. En definitiva, síndromes actitudinales bien conocidos, como la desafección política, conviven con un progresivo aumento de las formas de participación política no convencional (Ferrer 2002), resultando en el fenómeno conocido como participación desafeccionada o desconfiada (Paramio 1998a).

Desde mi punto de vista, el origen de esta aparente incongruencia radica en que los rasgos culturales de los españoles han sido estudiados casi exclusivamente en momentos políticos críticos, coincidiendo con el desarrollo de estas corrientes de la Ciencia Política en el país. Así, la herencia cultural del Franquismo o las actitudes de los españoles durante la Transición han atraído mucho más la atención de los investigadores que otros períodos más recientes de la historia de España⁸. Sin embargo, es en este último período de cotidianeidad democrática en que se han producido los cambios que no encajan con las explicaciones basadas en los legados históricos del Franquismo; los cuales ciertamente son relevantes para comprender las pautas de continuidad culturales.

Tampoco podemos limitarnos a decir que las actitudes relativas a la política hayan progresado de manera paralela a la institucionalización de la democracia. Han evolucionado, como veremos en los próximos capítulos, pero no siempre siguiendo una tendencia positiva y creciente, sino cambiando de un año para otro y en un tiempo relativamente corto. ¿A qué se debe, pues, esta variación en los niveles de implicación política de los españoles en los últimos años? Esta tesis se centra, por los motivos recién expuestos, en los años denominados de “consolidación democrática”, concretamente en el período entre 1985 y 2006, en que identificaré elementos cambiantes del contexto político capaces de explicar dicha variación. Todo ello sin desatender los orígenes históricos de la percepción negativa de la política en el caso español; lo que nos permitirá tener en cuenta las pautas de continuidad de este fenómeno.

Pero no todos los condicionantes históricos del caso español se relacionan con la apatía política. Entre los hechos que han potenciado la implicación política ciudadana cabe mencionar los procesos de industrialización y modernización iniciados en los años sesenta, tras los que desaparecieron muchos núcleos de las subculturas parroquial y de súbdito. El aumento del poder adquisitivo, la inmigración, la urbanización, el nivel educativo, la exposición a los medios de comunicación y la apertura al extranjero eliminaron las relaciones clientelares de los ciudadanos con las autoridades, facilitaron la generalización de los valores postmaterialistas, la secularización y la superación del individualismo que caracterizaba al país (Gunther et al. 2004). De esta manera, gracias a la modernización económica y social, hoy en día los españoles presentarían unos patrones actitudinales más semejantes a los de otros ciudadanos occidentales. Sin embargo, algunos rasgos actitudinales se resistieron a estos procesos de modernización; dando continuidad a la especificidad del caso Español. Una de las características más distintivas de la cultura política española es lo que estudios previos han denominado “desafección

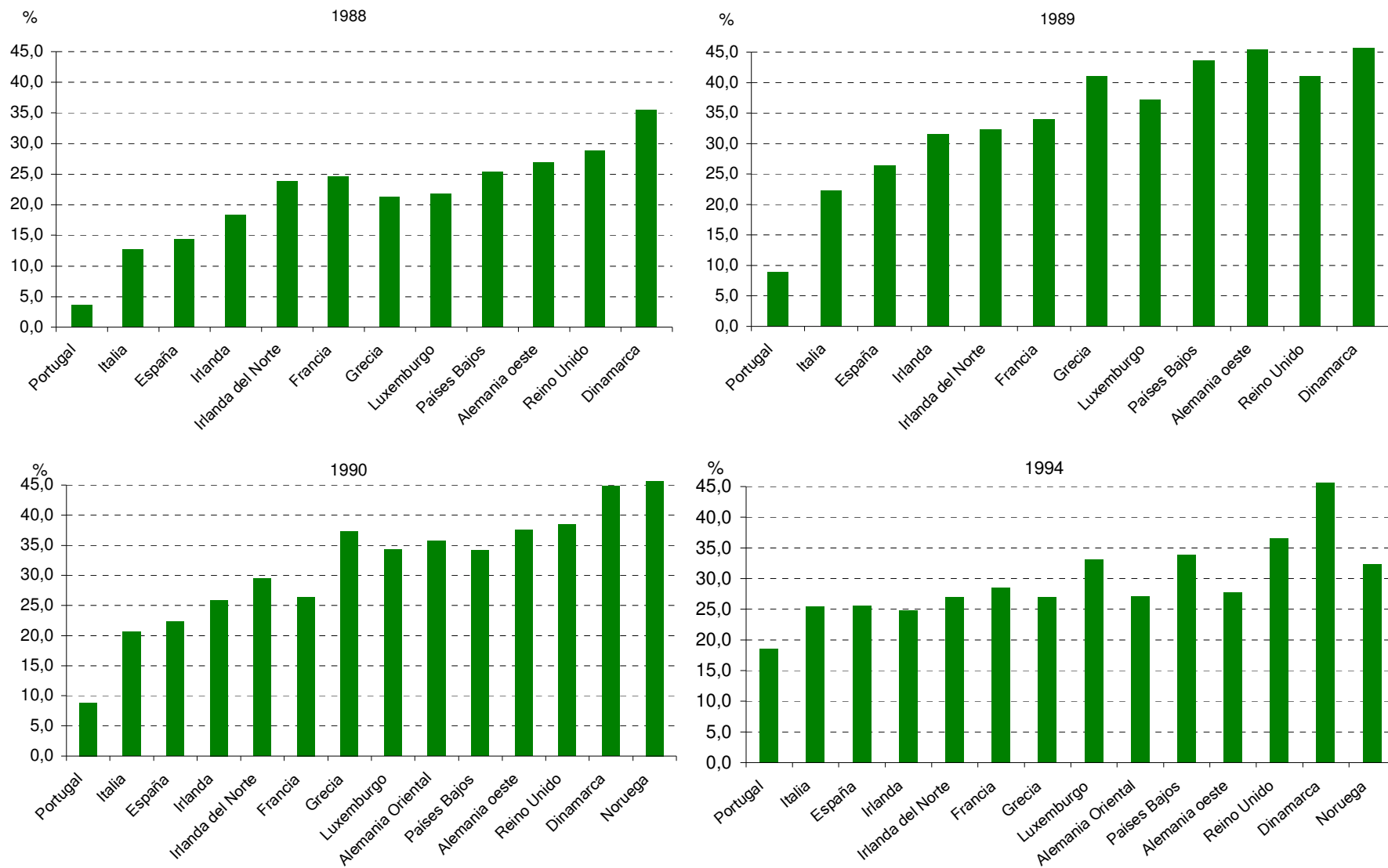
⁸ Entre las notables excepciones que existen a esta observación, destacaré a Martín (2004). En esta obra se indica que las causas de las variaciones en los niveles de interés por la política de españoles y griegos deben buscarse en momentos posteriores a la transición a la democracia.

democrática” (Montero et al. 1998). Con esta etiqueta se recoge la paradoja de que los españoles presenten elevados niveles de desconfianza, impotencia e indiferencia políticas junto a un amplio apoyo al régimen democrático; rasgo compartido con otras democracias del sur de Europa (Torcal 2001). A continuación, veremos que existe al menos un rasgo que singulariza la cultura política de los españoles, diferenciándola de cualquier otro caso o grupo de países: la aversión generalizada a la idea de la política.

En efecto, la percepción negativa que tienen los españoles de la política constituye uno de los casos más peculiares de entre los países occidentales. La evidencia empírica acerca del bajo nivel de implicación política de sus ciudadanos es numerosa, por lo que ya en 1990 los datos de la Encuesta Europea de Valores señalaban a España como el país de la muestra menos interesado por la política junto a Gran Bretaña y Portugal, tendencia que se consolidó en los diez años siguientes (Gubert 2003). También Van Deth se ha referido varias veces a las particularidades españolas, destacando que entre 1977 y 1998 España fue el país más apático de Europa y uno de los menos implicados en política junto a Bélgica y Portugal, en el sentido de que se habla poco de política y los ciudadanos manifiestan escaso o nulo interés por estos temas (Van Deth y Elff 2000).

En la figura 1.2 se presentan las proporciones de personas muy o bastante interesadas por la política en los 15 primeros países que integraron la UE (UE15). Los datos, procedentes de los Eurobarómetros de la Comisión Europea, comprenden los años entre 1988 y 1994, que es el período en que se pregunta por este indicador de cultura política en España. Las figuras revelan que el porcentaje de ciudadanos interesados por la política en España es inferior a la media de la UE15, que está en un 21% en 1988, en un 35% en 1989 en un 22% en 1990 y en un 30% en 1994. Por una parte, se observa que Dinamarca es el país en que encontramos un promedio mayor de personas interesadas por la política junto a Alemania, Noruega y Países Bajos. España, sin embargo, se encuentra entre los países con una menor proporción de ciudadanos interesados. Por debajo de España sólo encontramos a Portugal e Italia: una media del 22% de españoles se interesó mucho o bastante por la política en el período 1988-1994, mientras que sólo un 18% de italianos y un 10% de portugueses lo hicieron. En 1994, sin embargo, se advierte una disminución de las diferencias entre países en cuanto a la proporción de personas interesadas por la política que podría apuntar a una posible convergencia entre los países de la muestra conforme pasa el tiempo.

Figura 1.2. Porcentaje de personas muy/ bastante interesadas por la política en Europa. Eurobarómetro.



Fuente: elaboración propia a partir de los datos del Eurobarómetro.

Con todo, los datos relativos a España oscilan entre un 15% de ciudadanos interesados por la política en 1988 y un 26% en 1989 y 1994. No podemos decir que la tendencia sea estrictamente creciente, ya que en 1990 desciende la proporción de españoles interesados con respecto a 1989, situándose en un 22,4%. Así, el porcentaje de personas interesadas no dependería sólo de la experiencia democrática acumulada. Parece que el año en que se recogen estos datos tiene relevancia, puesto que en 1989 se observan los porcentajes más elevados de personas interesadas por la política en la práctica totalidad de los países analizados. Este hecho nos invita a pensar en el efecto de un acontecimiento común para todos ellos. En este caso hablaríamos del conjunto de eventos que caracterizaron el año 1989 como el de la caída de la URSS; comenzando por la revolución de Polonia y acabando con la apertura y derrumbamiento del Muro de Berlín, la caída del telón de acero y el fin de la guerra fría. Además, en el caso español, fue un año de elecciones legislativas. Estos datos, en definitiva, nos invitan a buscar las causas del cambio de este tipo de actitudes en factores como, por ejemplo, la coyuntura política.

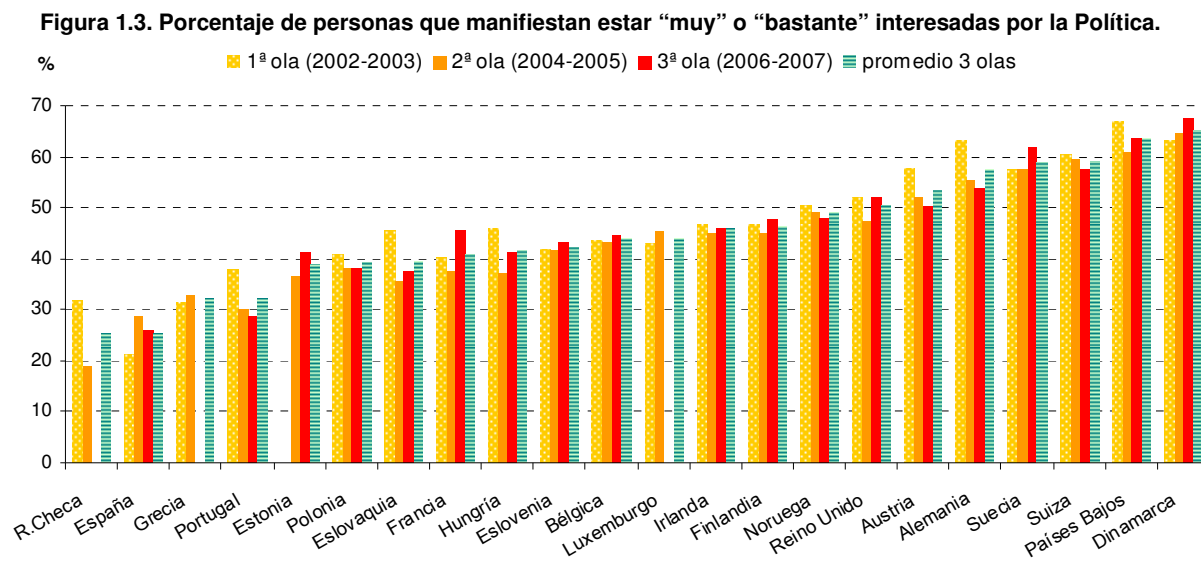
Sin embargo, los Eurobarómetros presentan algunos problemas para estudiar el fenómeno de la implicación política subjetiva. El primero es el hecho de que sus indicadores no aparecen de manera regular a lo largo de los años en sus cuestionarios. La explicación es que este barómetro se diseñó con la intención de que sus temáticas fueran de utilidad a los decisores públicos, por lo que su contenido varía notablemente a lo largo del tiempo. Tampoco encontramos con suficiente frecuencia o regularidad indicadores relativos a la socialización política de los individuos que puedan explicar las variaciones actitudinales a nivel individual. Además, la muestra de países tampoco es la misma cada año, en tanto que el número de países que forman parte de la Unión Europea no ha cesado de crecer desde la creación de este estudio en 1970.

Por otra parte, recientemente se han desarrollado otros proyectos de encuestas comparadas entre naciones y a lo largo del tiempo. En el primer caso encontramos la encuesta *Citizens, Involvement and Democracy*. Sus resultados apuntaban de nuevo en 2002 que España ostentaba uno de los niveles más altos de desafección política junto a otros países del sur de Europa, como Portugal. También corroboraban la poca tendencia de los españoles a interesarse o participar en política (Van Deth et al. 2006). Finalmente, contamos con los datos procedentes de las tres olas de la Encuesta Social Europea, los cuales permiten saber si el caso español destaca entre otros países europeos y si las actitudes de sus ciudadanos hacia la política han evolucionado entre 2002 y 2006.

A continuación, se presentan una serie de figuras que resumen las principales tendencias de las actitudes de los ciudadanos españoles ante la política, las cuales distan mucho de lo que hasta ahora hemos descrito como “ciudadanía activa” o “civismo”. Las mencionadas figuras reflejan la proporción en que encontramos estas actitudes para los países participantes en al menos dos de las tres olas de la *Encuesta Social Europea* (ESE)⁹. La primera de estas figuras (1.3) representa el porcentaje de personas que declaran estar interesadas en política en dichos países. Dinamarca y los Países Bajos, junto a Suiza, Suecia y Alemania, presentan de promedio los porcentajes más elevados de personas

⁹ Se ha calculado el porcentaje que representan estos entrevistados sobre el total de la muestra de cada país, incluyendo los que no respondieron.

interesadas en este período. En el extremo contrario encontramos a España, donde existe una proporción de personas interesadas apenas mayor que en la República Checa. Sólo cerca de un 28% de españoles se manifestaron muy o bastante interesados por la política entre 2002 y 2007, frente al promedio del 45% de ciudadanos interesados que presenta el conjunto de los países estudiados en estos mismos años.



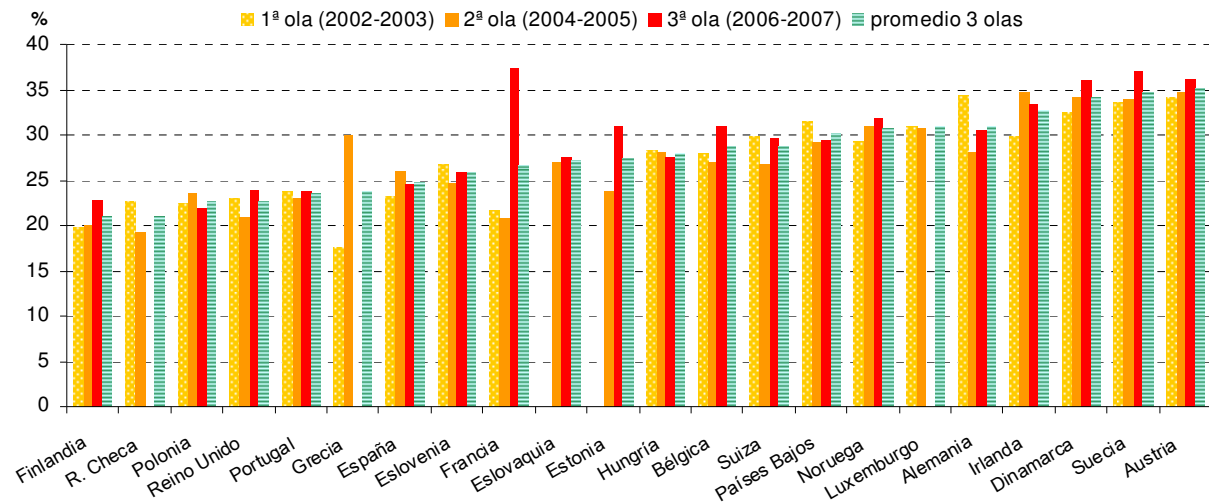
Fuente: elaboración propia a partir de datos de las tres olas de la *Encuesta Social Europea*. Países ordenados según el valor del promedio 2002-2007.

Las figuras 1.4 y 1.5 muestran la proporción de ciudadanos con un buen concepto de sí mismos respecto al ámbito público o político. Se trata de indicadores de eficacia política interna que nos revelan el porcentaje de personas que se consideran capaces de comprender este tipo de temas. En estos gráficos, de nuevo, aparecen representados los países para los que tenemos datos de la Encuesta Social Europea de al menos dos de los estudios realizados entre 2002 y 2007. Si prestamos atención a la media de este período para cada país, observamos que Austria, Suecia y Dinamarca son los países con un mayor porcentaje de personas que se declaran competentes políticamente, con un 35, un 34,8 y un 34,2% de personas que manifiestan que nunca o casi nunca la política es demasiado complicada, respectivamente. En el otro extremo, Finlandia y la República Checa apenas cuentan con cerca de un 21% de personas que manifiestan sentirse capaces de comprender la política, seguidas por el Reino Unido, Polonia, Portugal, Grecia y España. En España sólo un 25% de personas se consideran capaces de comprender los asuntos políticos en este período. Esto sitúa a los españoles por debajo de la media, pero ligeramente por encima de la competencia política de otras democracias del sur de Europa, como Grecia o Portugal, e incluso por encima de democracias consolidadas y con un destacable grado de desarrollo económico, como Finlandia y el Reino Unido.

Asimismo se observa que los niveles de esta actitud en España y para este período son algo mayores en 2004, un año de elecciones; y que los de Francia y Grecia se disparan –más que los de cualquier otro país- en 2006 y 2004, respectivamente. Esto podría estar relacionado con la precampaña de las elecciones presidenciales francesas de 2007 y con la celebración de las elecciones generales griegas, en marzo de 2004. Por tanto, se advierte de nuevo un posible efecto del período o

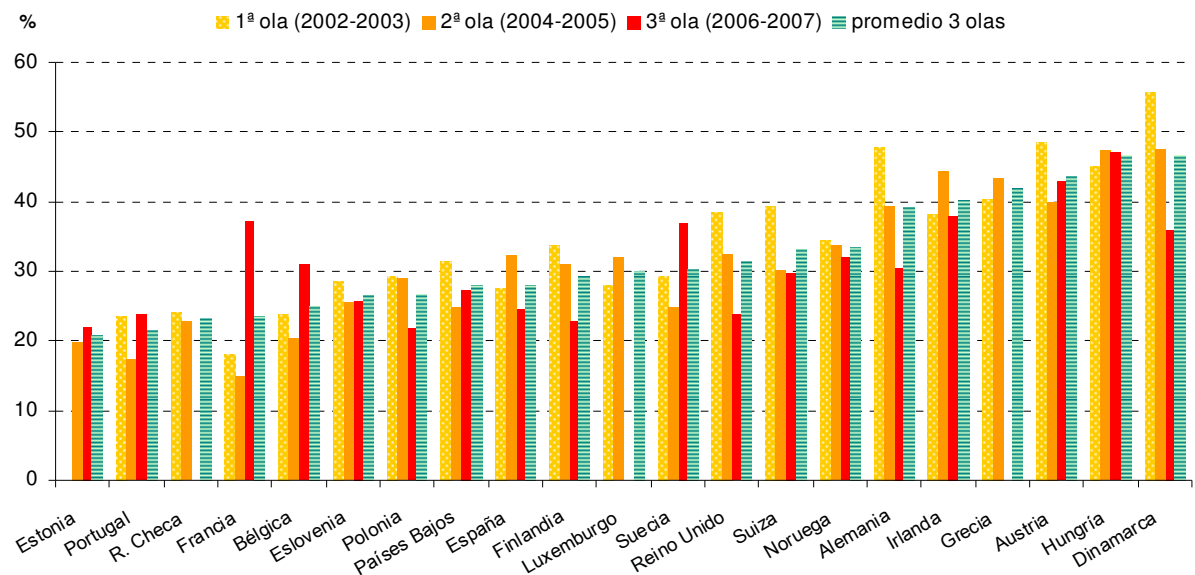
coyuntura política sobre la propensión de los ciudadanos a manifestar actitudes activas hacia la política.

Figura 1.4. Porcentaje de personas que creen que “nunca” o “casi nunca” la política es demasiado complicada para comprender lo que pasa.



Fuente: elaboración propia a partir de datos de las tres olas de la *Encuesta Social Europea*. Países ordenados según el valor del promedio 2002-2007.

Figura 1.5. Porcentaje de personas que considera que hacerse una opinión propia es fácil o muy fácil.



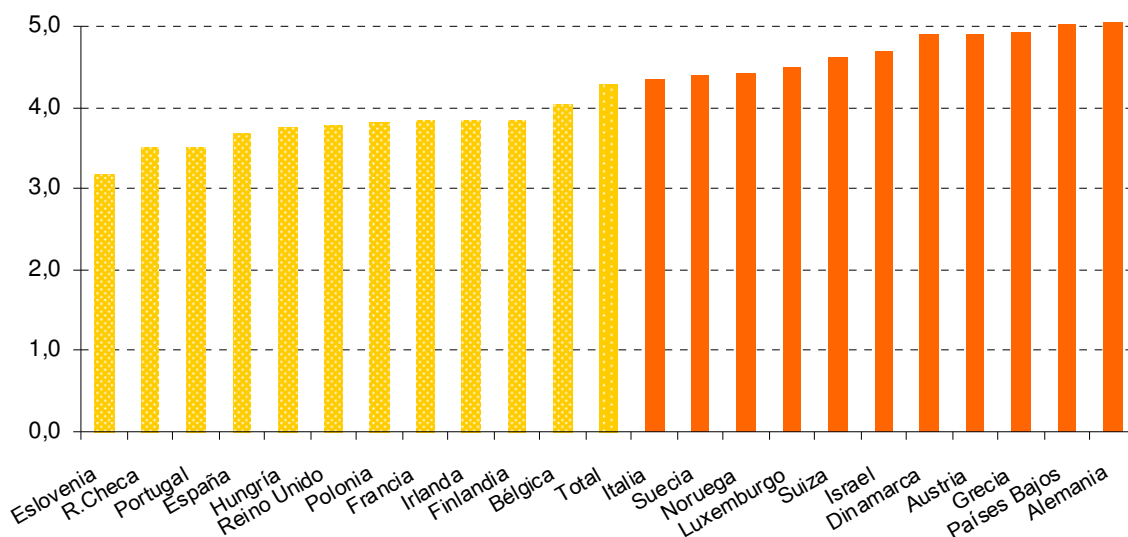
Fuente: elaboración propia a partir de datos de las tres olas de la *Encuesta Social Europea*. Países ordenados según el valor del promedio 2002-2007.

En la figura 1.5 se representan los porcentajes de personas que consideran fácil hacerse una opinión política propia entre 2002 y 2007. En el gráfico vemos cómo húngaros, daneses y austriacos son los ciudadanos que creen que es más fácil tener una opinión política propia, puesto que cerca de un 45% se manifiestan en este sentido. Por el contrario, sólo un 28% de españoles de media entre 2002 y 2007 declararon que crearse una opinión era algo factible. A poca distancia, polacos, eslovenos, franceses, belgas, checos y portugueses encuentran aún más difícil que los españoles formarse un criterio político propio. Este indicador, como el anterior, desvela que la concepción que los españoles tienen de su propio rol en política no es tan mala o pobre como la de los ciudadanos de

otros países. Dicho de otra manera, pese a las actitudes negativas y pasivas que la literatura asigna a los españoles, éstos tienen unos niveles notables de *autoestima política*

Entre otras actitudes relativas a la política en general, la Encuesta Social Europea de 2002 también proporciona datos esclarecedores sobre la importancia de la política en la vida y sobre la conveniencia de tomar un papel activo en política. La figura 1.6 presenta a los países participantes de la encuesta ordenados en función de la importancia media que sus ciudadanos dieron a la política en el año 2002 en una escala del 0 al 10. Como vemos, no existe una gran variación respecto a la valoración que hacen de este aspecto los nacionales de los distintos países participantes en el estudio. Sin embargo, podemos destacar que entre los países en que la política se considera más importante figuran Alemania, Países Bajos, Grecia, Austria o Dinamarca, con medias cercanas al 5. España se encuentra por debajo de la media, aunque por delante de Eslovenia, República Checa o Portugal. Los españoles puntúan con un 3,7 la importancia de la política en sus vidas en una escala del 0 al 10, y sólo un 40% de españoles consideran que este tema merece ser puntuado con más de un 5.

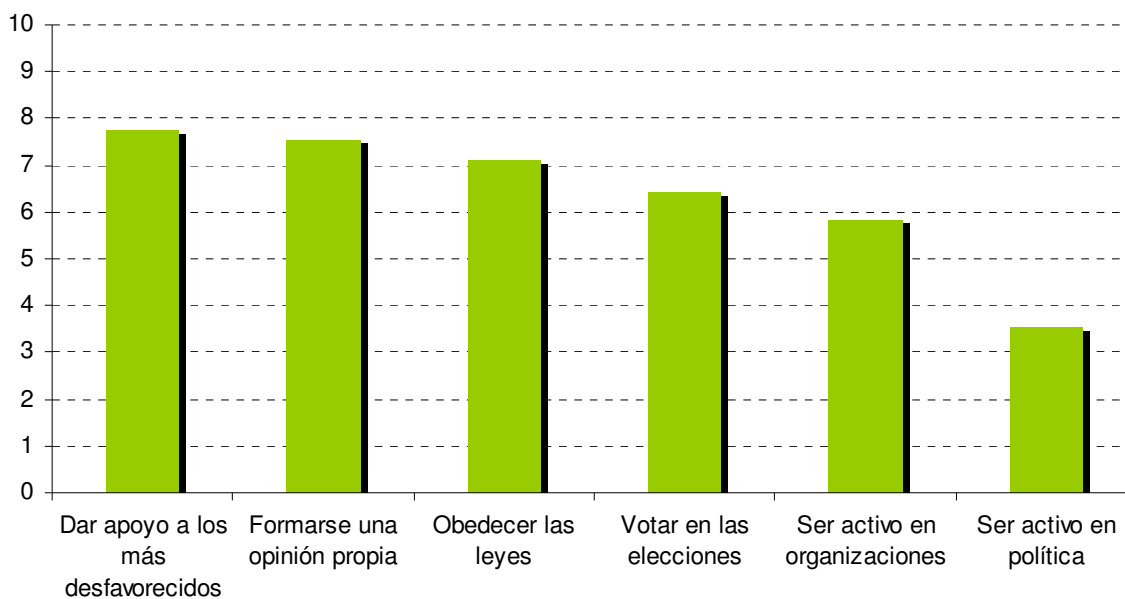
Figura 1.6. Importancia de la política en la vida (escala 0-10). Media por países.



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la primera ola de la *Encuesta Social Europea* (2002-2003).

Finalmente, cabe la posibilidad de analizar qué concepción tienen del civismo los españoles frente a lo que el resto de europeos consideran que es cívico, con la finalidad de ver si este concepto se asocia a la política. Para ello, recurriré a una serie de preguntas de la Encuesta Social Europea de 2002 que indagan en la opinión de los ciudadanos sobre lo que es un *buen ciudadano*. Se trata de una batería de cuestiones en las que se mezclan elementos del civismo activo con los del civismo pasivo, y cuyas puntuaciones medias para España se muestran en la figura 1.7. En la misma, observamos que los españoles prefieren aspectos como dar apoyo a los más desfavorecidos, hecho que se valora con un 7,7. En cambio, aspectos como “ser activo en política” sólo puntúa con un 3,5 en la escala de actividades y actitudes importantes para ser considerado un buen ciudadano, en que 0 significa “ninguna importancia” y 10 “máxima importancia”.

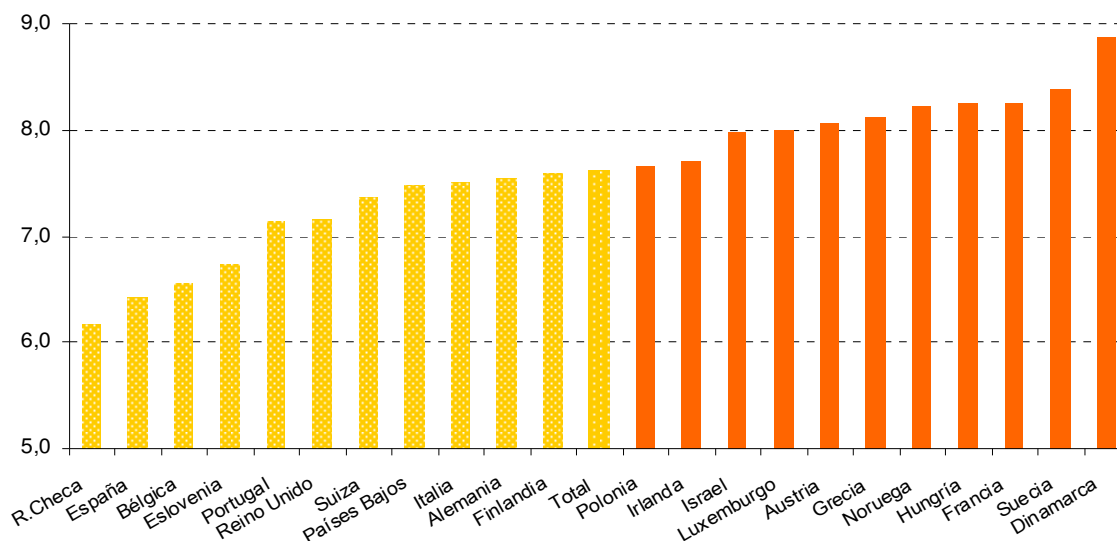
Figura 1. 7. Importancia media de distintas actividades en relación a ser un “Buen ciudadano” (escala 0-0). España 2002.



Fuente: elaboración propia a partir de la primera ola de la *Encuesta Social Europea* (2002-2003).

Veamos a continuación la importancia relativa que se da a estos componentes de la ciudadanía en España en comparación con otras naciones europeas. La figura 1.8 presenta a los países participantes en la Encuesta Social Europea (2002-2003) ordenados según la importancia media que otorgan sus ciudadanos al hecho de votar. En ella vemos que España es el país que menos importancia da a este hecho, a excepción de la República Checa. Los españoles puntúan este acto con un 6,4, frente al 8,9 que le otorgan los daneses.

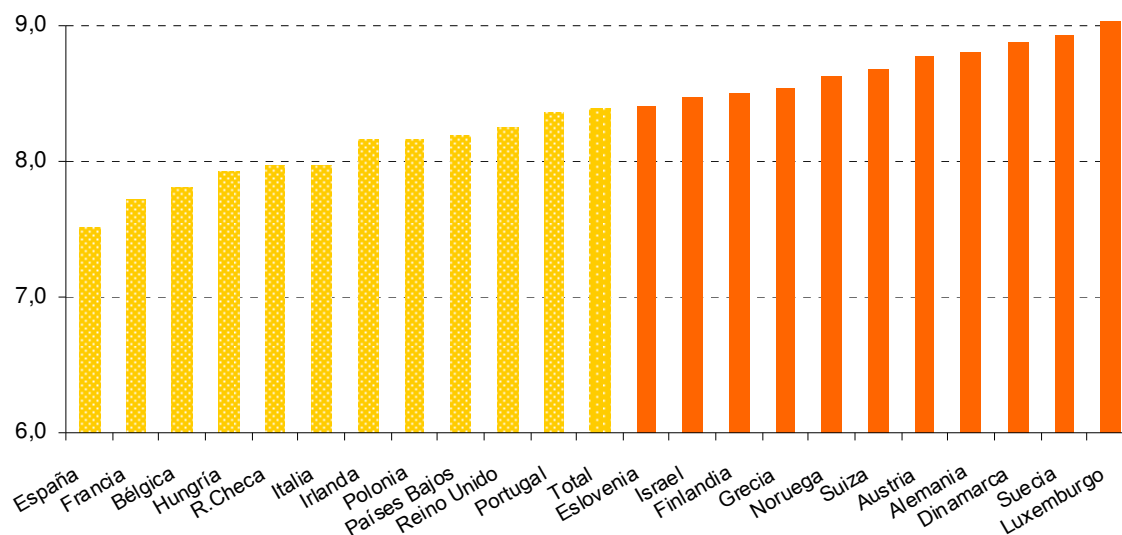
Figura 1.8. Importancia de votar en las elecciones para ser considerado un “buen ciudadano” (escala 0-10). Media por países.



Fuente: elaboración propia a partir de la primera ola de la *Encuesta Social Europea* (2002-2003).

Por otra parte, en la figura 1.9 se ha representado la importancia media que otorgan los ciudadanos de los países participantes en este estudio al hecho de formarse una opinión propia. Si antes veíamos que sólo un promedio de un 28% de españoles entre 2002 y 2006 creían que era fácil o muy fácil hacerse con una opinión política propia, ahora vemos la importancia relativa que se da a esta característica en España. En la figura 1.7 veíamos que es la segunda característica que los españoles asocian con más intensidad a un buen ciudadano; pero la figura 1.9 muestra que, pese a todo, es el país europeo que menos importancia da a este hecho. Tener un criterio propio es valorado por los españoles con un 7,3 entre las habilidades que debe tener un buen ciudadano, frente al 9 que Luxemburgo, Suecia o Dinamarca consideran que merece.

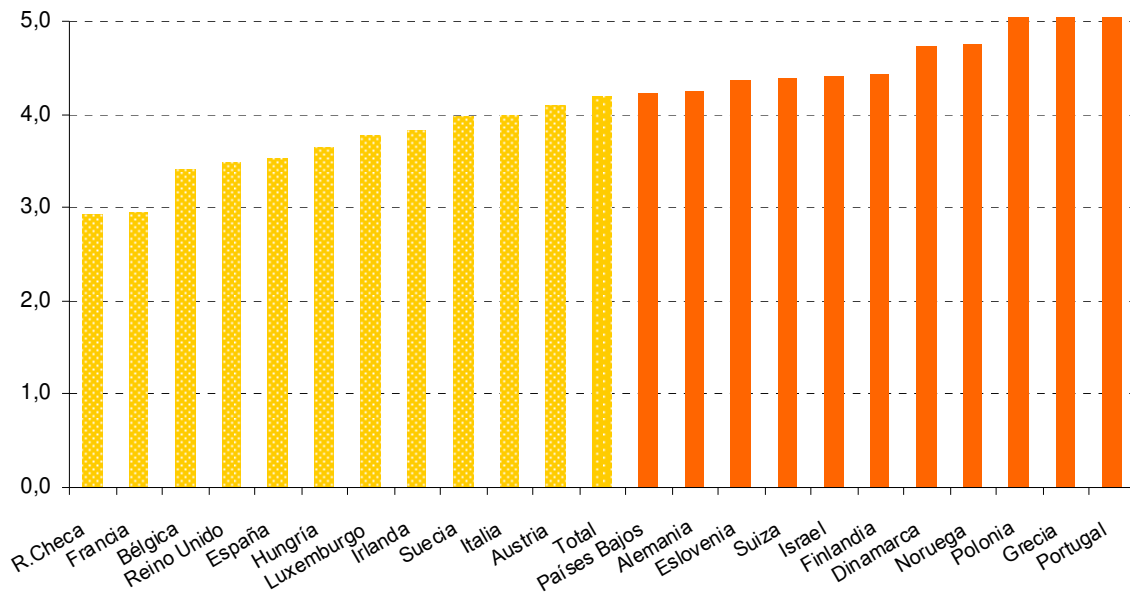
Figura 1.9. Importancia de formarse una opinión propia para ser considerado un “buen ciudadano” (escala 0-10). Media por países.



Fuente: elaboración propia a partir de la primera ola de la *Encuesta Social Europea* (2002-2003).

La figura 1.10 revela la importancia que los países participantes de esta encuesta otorgan a la actividad política en general. En ella se muestran los países ordenados según la importancia otorgada al hecho de ser activo políticamente. Observamos que, en general, este hecho no se asocia tanto a la figura del *buen ciudadano* como votar o formarse una opinión propia. Curiosamente, vemos que los portugueses son los europeos que más valoran esta característica, seguidos de griegos y polacos. En este caso, España se desmarca de los países del sur de Europa, ya que puntúa esta actividad con un 3,5, por debajo de la media y la mediana de la muestra. Aún así, ser activo políticamente en España tiene más importancia que en el Reino Unido, Bélgica, Francia o la República Checa.

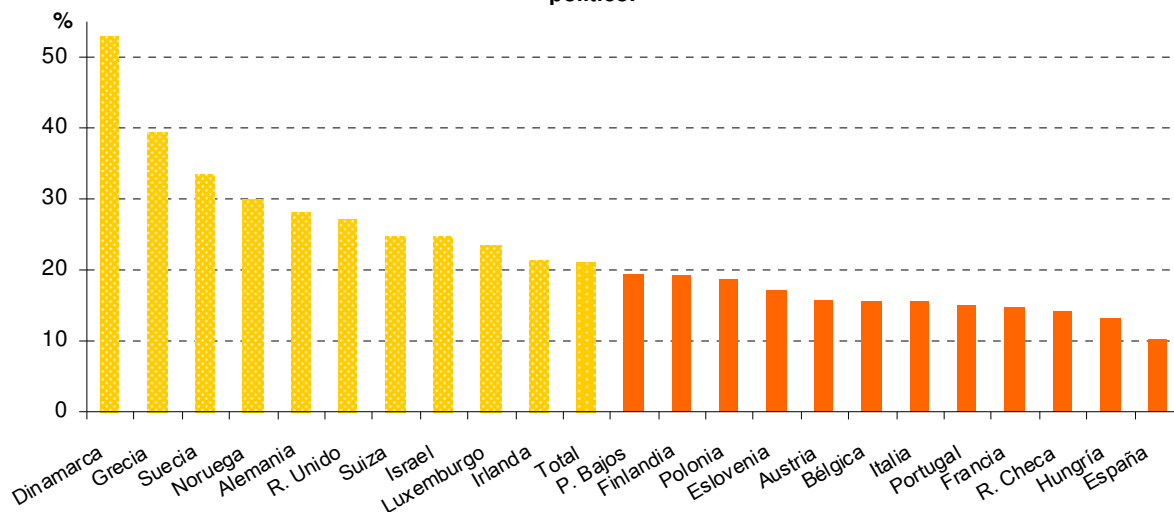
**Figura 1.10. Importancia de ser activo en política para ser considerado un “buen ciudadano” (escala 0-10).
Media por países.**



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la primera ola de la *Encuesta Social Europea* (2002-2003).

Para conocer el potencial participativo de los ciudadanos europeos se ha tomado como referencia un aspecto de la participación política no convencional como es la disposición a comprometerse con un grupo o asociación política. La figura 1.11 presenta a los países participantes en la Encuesta Social Europea de 2002 ordenados según el porcentaje de personas que respondieron que “probablemente” o “definitivamente” participarían en un grupo de estas características. Entre los más dispuestos a este tipo de participación figura, nuevamente, Dinamarca, seguida a bastante distancia por Grecia y Suecia. En este caso, España no sólo se encuentra por debajo de la media, sino que es el país menos dispuesto a este tipo de acción política, menos incluso que Hungría o la República Checa. Sólo un 10% de los españoles manifestaron en el año 2002 estar dispuestos a tomar un papel activo en un grupo o asociación de naturaleza política, frente al 53% de daneses o el 40% de griegos que sí estaban dispuestos a participar de esta manera en política.

Figura 1.11. Porcentaje de personas que “probablemente” o “definitivamente” participarían en un grupo político.



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la primera ola de la *Encuesta Social Europea* (2002-2003).

La revisión de los datos presentados en este apartado revela que el interés por la política de los españoles entre 1988 y 1994 se situaba por debajo de la media de los países de la UE15, de manera similar a Italia o Portugal. Sin embargo, esto es compatible con el hecho de que los niveles de interés varíen sensiblemente de año en año, como se observa en el aumento en la proporción de ciudadanos interesados ocurrido en 1989. Los datos de la Encuesta Social Europea son más pesimistas para el periodo comprendido entre 2002 y 2006. Los españoles serían los ciudadanos europeos menos interesados por la política, a excepción de los checos, teniendo en cuenta que en el año 2002 habríamos estado incluso menos interesados que ellos y que carecemos de datos de la República Checa para el año 2006. España se encuentra entre los países con un mayor sentimiento de ineficacia política en Europa occidental, aunque este dato es menos alarmante que el relativo al interés por la política, ya que sus niveles de eficacia se sitúan por encima de los de naciones como Portugal, Grecia, Reino Unido o Finlandia. Los españoles presentan una de las percepciones más negativas de la actividad política y son también los menos dispuestos a asociarse con el fin de participar. España destaca porque sus ciudadanos dan poca importancia a la política y porque es el país donde menos importancia de atribuye al hecho de crearse una opinión propia de todos los estudiados.

Los bajos niveles de actitudes activas hacia la política que presenta España han motivado algunos estudios comparados que intentan explicar estas carencias a partir de las similitudes o diferencias con otros países de reciente democratización (Martín 2003 y 2004). Así, las especificidades del Franquismo frente a otros regímenes dictatoriales europeos contemporáneos -como los fascismos y los comunismos satélites de la URSS- indican que una causa muy probable de este reservorio de alienación política está en la naturaleza desmovilizadora de nuestra dictadura. Desde el punto de vista del comportamiento objetivo de sus ciudadanos, España también se caracteriza por presentar los niveles de participación política más bajos de Europa occidental a excepción de las actividades relacionadas con la protesta (Ferrer 2002).

No obstante, estas aproximaciones transnacionales dejan de lado, como ya hemos dicho, la paradoja de que en un país tan políticamente apático como España existe, pese a todo, un porcentaje de población con actitudes activas hacia la política. La atención de este estudio se centra en esa proporción de españoles que manifiestan actitudes propias de la implicación política subjetiva en el período indicado, enfatizando la perspectiva individual de este fenómeno. ¿A qué se debe que encontremos una minoría de ciudadanos implicados, incluso en un país tradicionalmente asociado a la apatía política? ¿Qué condiciones en su socialización o en su entorno han llevado a estas personas a salirse de la norma? ¿De dónde surgen estas orientaciones? El interés de este estudio está puesto en los protagonistas de esta paradoja. Considero que las diferencias en los niveles individuales de actitudes positivas hacia la política son tan atractivas -en tanto que objeto de estudio- como la singularidad de España en el marco de las democracias occidentales.

Hasta aquí la justificación de la elección de España como caso de estudio. A continuación, analizaremos la literatura producida en España a propósito de las actitudes ciudadanas relacionadas con la implicación política subjetiva y los aspectos que en ésta faltan por abordar.

1.4. La preocupación creciente por la implicación política de los españoles. Historia, élites y ciudadanía activa.

El interés por las actitudes de los españoles hacia la política tiene su origen en los primeros estudios sobre comportamiento electoral en este país, a lo largo de los años 80. La búsqueda de los factores explicativos del voto durante los primeros años de andadura democrática en España animó a los investigadores a estudiar algunas de las dimensiones clásicas de la cultura política, como la competencia ciudadana, la identificación partidista o la obtención y procesamiento de la información política. Pero es la preocupación por la creciente abstención electoral, unida a un nuevo interés por las formas de participación política no convencionales, lo que motiva las primeras preocupaciones por la implicación psicológica de los ciudadanos en política. A esta apatía política -no sólo electoral-, que sigue a los primeros años de la transición, autores como Paramio y Montero la denominaron “desencanto”, un fenómeno cultural caracterizado por el alejamiento de la esfera pública y el desinterés por la política.

Dos tipos de explicaciones surgieron para esta vertiente “negativa” de la implicación política (Morán 1999). La primera defiende que es un rasgo cultural resultante de la inercia histórica. La segunda explora un poco más los mecanismos causales por los que los distintos contextos políticos habrían afectado a la percepción de la política de los españoles apuntando, en casi todos los casos, a la actitud de las élites.

La creencia de que los distintos “síndromes” actitudinales (sentimientos antipartidistas, desencanto, desapego o falta de implicación política) que aquejan a la ciudadanía española tienen su origen en la sucesión de hechos históricos es el motivo de que una gran parte de los trabajos sobre estos temas abundan en el pasado de España, y no siempre en el más reciente (Linz 1981, Cazorla 1987, Maravall 1989). Entre los legados históricos que ayudarían a comprender la poca implicación de los españoles en la política figuraría, en primer lugar, la integración interrumpida de los españoles en la política de masas del siglo diecinueve. La Restauración política se caracterizó por una aparición en escena de los partidos políticos rodeada de desconfianza y corrupción, y por la primacía de éstos sobre las organizaciones de defensa de intereses económicos y sociales. Esto dificultó la consolidación de las asociaciones voluntarias y los grupos de interés; así como la cristalización de actitudes de cooperación interpersonal (Gunther et al. 2004).

Las características del contexto político de las tres primeras décadas del siglo XX también habrían desanimado a los españoles a la participación masiva en política. Para empezar, del período histórico de la II República destaca el nivel de fragmentación parlamentaria, así como los discursos y ofertas de los partidos que dejaron muchas expectativas insatisfechas entre los electores (Malefakis 1982). Por su parte, la guerra civil constituye un auténtico punto de inflexión en la cultura política de los españoles, ya distanciados de los partidos y de la propia idea de política, a partir del que rehuirán el conflicto y valorarán enormemente los valores de paz y moderación.

Pero junto al análisis de los efectos del Franquismo sobre las actitudes políticas de los españoles también encontramos las primeras investigaciones que destacan la actitud de las propias élites, responsables en parte del fomento de la pasividad entre la ciudadanía. En el caso del Franquismo,

éste dispuso de 40 largos años para inculcar el mensaje de que la política era un mal asunto y los ciudadanos debían mantenerse ajenos a ella aunque adeptos al régimen. Sin embargo, junto a la represión y desmovilización, el final de la década de los 60 se caracteriza por el desarrollo económico, el cual consigue aglutinar a la población alrededor de los valores consumistas. Estos factores resultan en una disposición de actitudes políticas denominadas “cinismo cívico” o “civismo cínico” y que se caracteriza por un alejamiento temeroso de los problemas políticos, una gran desconfianza a la propia capacidad o competencia política y una orientación a la política por motivos de intereses personales, réditos o beneficios materiales o prácticos más que por principios o valores (Reig 1999).

Las consecuencias del desinterés por la política se manifiestan en España con más dramatismo que en otros casos, ya que el desinterés se ha asociado a actitudes autoritarias y, por tanto, antidemocráticas (López Pintor 1981). La aparición de las primeras encuestas de opinión pública a finales de los años 60 y principios de los 70 nos muestran que, efectivamente, el desinterés era uno de los rasgos actitudinales más extendidos entre los españoles. Esta baja propensión a decantarse por lo público y comunitario sería la herencia actitudinal más destacada del Franquismo; pese a que asumimos generalmente que no existe una cultura política franquista como tal, sino apenas unas tendencias difusas a la alienación o identificación con el régimen. Así, sabemos que más de la mitad de los españoles no manifestaban ningún interés por la política en 1971 y 1973, porcentaje que desciende hasta el 35% y 36% en 1976 y 1979, respectivamente, ya en plena Transición¹⁰.

Con respecto a los efectos de la Transición sobre las actitudes políticas de los españoles, también hallamos dos posturas muy diferenciadas. En primer lugar, la de aquellos autores que valoran positivamente la forma en que este proceso se llevó a cabo. Estos autores señalaron que la paulatina desmovilización de la sociedad tras el advenimiento de la democracia es un proceso natural cuando los procesos democráticos pasan a formar parte de la rutina (Montero 1990b). En segundo lugar, otros investigadores destacan el carácter continuista de dicho proceso, y que fue dirigido por personalidades e instituciones del antiguo régimen (Pérez Díaz 1991, Virós 1994). Según esta última postura, la Transición insistió excesivamente en la necesidad de estabilidad y consenso, motivo por el cual las fuerzas políticas y sociales siguieron sin movilizar a la ciudadanía de manera sistemática. Esto habría perpetuado el antiguo, arraigado y generalizado sentimiento de alienación política entre los españoles.

Así, llegamos a la consolidación de la democracia. En este último período histórico prácticamente no se han señalado causas de la carencia o variación de la implicación política de la ciudadanía española. Tal vez se haga en un futuro, cuando el presente se convierta en historia; pero el caso es que apenas nadie ha propuesto que la política contemporánea pueda alterar a tiempo real el compromiso con la política de los españoles. En cambio, han aparecido recientemente una serie de estudios que enfocan las carencias de implicación política en España desde la perspectiva de la ciudadanía activa. Aunque los debates sobre ciudadanía se apartan a menudo del terreno de la Ciencia Política para adentrarse en los de la filosofía y el derecho, estos autores enfatizan el papel de los jóvenes como motor de cambio actitudinal (Morán y Benedicto 2000, Benedicto y Morán 2002 y

¹⁰ Los datos, extraídos del artículo de López Pintor citado en esta misma página, se obtienen de encuestas ICSA/Gallup para 1971 y 1973 y del Instituto de Opinión Pública para 1976 y 1979. Esta última institución fue la predecesora del actual Centro de Investigaciones Sociológicas entre 1963 y 1977.

2003). De hecho, desde hace un par de décadas encontramos un gran número de estudios que tienen en común la preocupación por las actitudes “cívicas” de la juventud en España, entendiendo que los jóvenes deberían protagonizar el cambio que rompiese con la tendencia a la alienación política. Estas obras reflejan el temor a que se esté desaprovechando la oportunidad de eliminar ese rasgo de la cultura política española en las próximas generaciones. Muchas de estas investigaciones han surgido a propuesta de distintas administraciones públicas con la finalidad de paliar esta carencia y coinciden en describir una juventud española apática frente a la política, especialmente si la comparamos con otros jóvenes occidentales (Barbeito 2002, Tiana 2002).

Cabe decir también que en los últimos años esta literatura está indisolublemente unida al concepto de “educación para la ciudadanía” o “educación cívica” y se orienta sobre todo a proponer una serie de medidas educativas formales e informales para corregir el fenómeno. Tanto anteriormente como ahora, encontramos en estos trabajos una cierta inconsistencia en la definición del problema, lo que impide ubicarlo en la literatura y tradición teórica que viene tratando este tema como un fenómeno actitudinal desde los años sesenta. También se detecta un abuso de los enfoques descriptivos y normativos, y una ausencia casi total de análisis explicativos. Finalmente, de entre todos los problemas señalados tanto en los estudios más históricos como en los últimos trabajos sobre ciudadanía activa y educación para la ciudadanía, uno destaca por encima de los demás: una visión estática de las actitudes, el supuesto de que éstas difícilmente cambian y, si lo hacen, ha de ser necesariamente en las fases tempranas de la socialización política o por reemplazo generacional.

Por último, encontramos una serie de estudios recientes en el ámbito de la Cultura Política que se caracterizan por un esfuerzo de conceptualización de las percepciones sobre la política (Morales, Mota y Pérez Nievas 2003, Anduiza y Bosch 2004, Mateos 2004 a y b, Schreiber y García 2004, Bonet, Martín y Montero 2006). Estos trabajos se centran exclusivamente en elementos actitudinales, y distinguen las orientaciones que les preocupan de otras dimensiones actitudinales con las que se relacionan, como la desafección política. Muchos de estos autores coinciden en denominar a este grupo de actitudes “implicación política”, aludiendo a una serie de actitudes orientadas a lo público.

Sin embargo, en esta literatura apenas encontramos aproximaciones explicativas a las causas del origen y cambio de la implicación política. Gracias a algunas excepciones, podemos confirmar el impacto de la exposición a los medios de comunicación sobre el “compromiso político”, un conjunto de actitudes que engloba el interés por la política, la eficacia política externa y la voluntad de participar electoralmente (Schreiber y García 2004). Por otra parte, sabemos que haber vivido durante la juventud un período de intensa movilización política favorece el interés, igual que lo hace la polarización ideológica y la movilización partidista. Estas características contextuales serían las causantes de la desigual propensión a interesarse de los ciudadanos españoles y griegos (Martín 2004), aunque queda por resolver si la actividad cotidiana de las élites es también capaz de implicar a los ciudadanos. Como estas últimas investigaciones referidas, el presente estudio también enfoca las actitudes activas hacia la política desde una perspectiva explicativa y multicausal, superando el énfasis en los legados históricos para poder explicar la diversidad en los niveles de implicación política entre los españoles y la evolución de los mismos a lo largo del tiempo.

1.5. Conclusiones.

El objeto del presente estudio pertenece al campo de la cultura política; se trata de una serie de actitudes activas y comprometidas con la política, fundamentadas en la Cultura Cívica de Almond y Verba y en los debates clásicos sobre el civismo. Estas actitudes positivas o activas hacia la política, agrupadas en la dimensión de la implicación política subjetiva, pueden entenderse como un aspecto de la ciudadanía activa. Por este mismo motivo, las consideraremos una medida de calidad de la ciudadanía democrática desde el punto de vista del comunitarismo y también del liberalismo, y tanto desde formulaciones más idealistas como desde visiones procedimentales de la democracia. Se trata de una base actitudinal mínima que potencia la participación política en cualquiera de sus manifestaciones y propicia la existencia de un ciudadano “atento” y suficientemente competente como para que se activen los mecanismos de control del gobierno y rendición de cuentas. Igualmente, se trata de las actitudes mínimas necesarias para que se desarrollen con normalidad los procesos democráticos, especialmente los relacionados con la selección de representantes políticos.

El caso español es especialmente relevante por sus bajos niveles de actitudes positivas y activas hacia la política en general si los comparamos con los de otras democracias europeas occidentales, incluso con las que guardan otras similitudes culturales como un elevado grado de desafección política. Una exploración de estas actitudes, comparadas con las de estas otras democracias, confirma que en España es especialmente preocupante el poco interés por la política, la escasa propensión a la participación (con la reciente excepción de la protesta) y el bajo nivel de confianza de los ciudadanos en sus propias competencias políticas. Estas últimas orientaciones, sin embargo, arrojan resultados algo menos pesimistas que los datos relativos al interés por la política; los cuales dejan entrever una percepción negativa de la política profundamente arraigada entre los españoles. Un aspecto de este fenómeno es la vinculación de la noción de “buen ciudadano” a actitudes más bien pasivas y poco orientadas a lo público como la obediencia y la caridad; comparativamente más importantes que aspectos como la participación en asociaciones, la formación de la propia opinión o el voto.

Sin embargo, y como se ha señalado a lo largo de este capítulo, existe una minoría de ciudadanos españoles que sí manifiestan actitudes cívicas activas, como estar interesado (alrededor de un 28% para el período 2002-2007) o creer que pueden entender los asuntos políticos (en torno a un 25% entre 2002 y 2007). Es esta variación individual y su evolución a lo largo del tiempo lo que motiva el interés de este trabajo. Por ello, nos centraremos a partir de ahora en España, con lo que controlaremos la variabilidad de los factores explicativos a nivel estatal, evitando tener que referirnos a las características más generales del sistema político. Dicho de otra manera, no insistiremos en el papel de las leyes electorales, el sistema de partidos o la juventud de la democracia, ya que son comunes para toda la población española y no sufren grandes variaciones durante el período de consolidación democrática. Tampoco pondremos el énfasis en los factores históricos, los cuales son esenciales para entender la tendencia general de los españoles a la aversión a la propia idea de la política, pero no para explicar por qué, pese a todo, existen personas con orientaciones activas y comprometidas con los asuntos públicos. Para explicar esto último, nos centraremos en el efecto de la socialización política a nivel individual.

Por tanto, sólo nos referiremos a los arreglos institucionales y actitudes de las élites de otros períodos históricos para explicar las características de algunas cohortes cuando el estudio lo requiera. En el resto del mismo, supondremos que todos estos legados históricos permanecen constantes a lo largo del período analizado aquí. Dicho período será el de la consolidación democrática, superando los contextos críticos como la dictadura o la Transición. Hemos visto que es precisamente en los años 80 cuando surge en España el estudio de estas actitudes, paralelamente a la preocupación por la abstención electoral; y se ha expuesto que desde entonces se ha abordado de manera poco sistemática. Falta homogeneidad en la definición de este déficit actitudinal, así como una apuesta clara por un enfoque explicativo que supere la revisión de la historia de España. En contraste, esta investigación se centrará en momentos más recientes de la historia contemporánea, concretamente a partir de 1985. De esta manera, deteniéndonos en ese primer período de democracia estable que vive el país, tendré en cuenta los aspectos contextuales que muestran variación a lo largo del tiempo. La diversidad de situaciones políticas, sociales y económicas experimentadas por los españoles desde el final de la Transición, además de la disponibilidad de datos de encuesta desde el mencionado punto de inflexión, permitirán observar la evolución en los niveles de esta actitud y de sus posibles factores explicativos, así como realizar un análisis comparado diacrónico de los mismos.

CAPÍTULO 2. MARCO TEÓRICO GENERAL Y DISEÑO DE INVESTIGACIÓN.

En este capítulo me propongo un doble objetivo. En primer lugar, situar esta investigación en los debates teóricos más relevantes de la disciplina mediante una breve revisión de los mismos. La discusión detallada de cada una de estas corrientes teóricas y del proceso de deducción lógica de las hipótesis que se someten a prueba empírica se desarrollan con detalle en cada uno de los siguientes capítulos. Aquí me limito a ofrecer una visión muy general de estas cuestiones.

El segundo objetivo de las siguientes páginas es caracterizar la presente investigación desde un punto de vista metodológico. Para someter a prueba empírica las distintas hipótesis teóricas que aquí se enumerarán se puede recurrir a distintas estrategias de diseño de investigación. En esta tesis se ha optado por un diseño que combina evidencia empírica a nivel individual y agregado y que, por tanto, compara entre individuos y entre distintos contextos a lo largo del tiempo. En la segunda parte del presente capítulo se desarrollan los detalles del diseño que sigue la presente investigación y que guía el proceso de comprobación empírica de las hipótesis.

Para terminar, y a modo de conclusión, se realiza un resumen de los aspectos que quedan por resolver en cada una de las tradiciones teóricas de las que se alimenta este trabajo, así como de las aportaciones que a ellas pretende hacer esta tesis.

2.1. Entre el culturalismo y la elección racional.

En el capítulo anterior se caracterizó el objeto de este estudio como una dimensión actitudinal formada por diversas orientaciones políticas. La naturaleza actitudinal del fenómeno que aquí se estudia sitúa el punto de partida de estas páginas en el campo del Comportamiento Político y, más concretamente, entre los estudios de Cultura Política. Sin embargo, nos remitiremos también a otras corrientes de pensamiento, dependiendo de las explicaciones propuestas para dicho fenómeno. Como el lector comprobará, en esta tesis se manejan explicaciones clásicas, utilizadas en los estudios sobre actitudes, junto a variables contextuales, cuya acción requiere del individuo una actitud asertiva e interactiva más propias de la elección racional. A continuación, desarrollaré brevemente los orígenes y evolución del culturalismo y la elección racional. Tomaré como referencia sus puntos débiles y fuertes para especificar seguidamente el marco teórico en que esta tesis se sitúa.

2.1.1. La Cultura política y el problema del cambio de actitudes

Tras la II Guerra Mundial se generalizó la curiosidad científica por las causas que llevaron al colapso de las democracias italiana y alemana, junto a otros fenómenos políticos de gran calado como la descolonización de Asia y África y la instauración de nuevos regímenes democráticos. En este contexto histórico surgen los primeros estudios sobre comportamiento político¹¹. La llamada “revolución behaviorista” fue alimentada por el uso de nuevas herramientas metodológicas y técnicas como la

¹¹ Encontramos indicios de una preocupación por la cultura política ya en los clásicos como Platón, Aristóteles, Montesquieu, Maquiavelo o Toqueville. Estos autores señalaron de manera impresionista el influjo de la cultura de los pueblos en su forma de organización política.

encuesta y la estadística. También intervino en su desarrollo el surgimiento del funcionalismo y el enfoque sistémico, los cuales se centran en la continuidad del objeto de estudio y en las relaciones entre estructura política y sistema social, respectivamente.

Sin embargo, los primeros estudios conductistas no persiguen explicar “la cultura”, propiamente dicha. Su interés se centraba en algo más tangible y también más inmediato para comprender los cambios sociales que observaban: el voto y sus condicionantes. Los primeros investigadores que trataron de explicar este fenómeno en los años 40 y 50, vinculados a la escuela de Columbia, buscaban estas causas en las “predisposiciones demográficas” de la población, como el estatus socioeconómico, la religión o el lugar de residencia (Lazarsfeld et al. 1944). La ampliación de este modelo a otros factores psicológicos por los autores pertenecientes a la escuela de Michigan descubrió a la Ciencia Política el uso de las actitudes como predictores del comportamiento político¹². Más adelante, las actitudes políticas se convirtieron en objeto de numerosas investigaciones, ocupando el lugar de la variable dependiente, reservado hasta entonces al comportamiento objetivo. Esto consolidó definitivamente los estudios sobre Cultura Política.

El postulado fundamental del culturalismo es que los individuos presentan un comportamiento político en función de sus orientaciones previas. Esto suponía que el componente cultural aportaba lentitud y durabilidad, frenando otros cambios menos previsibles como los económicos, políticos o sociales. Debido a esta concepción estática de las orientaciones derivada del funcionalismo (Eckstein 1988), esta aproximación teórica fue durante mucho tiempo incapaz de explicar el cambio en las actitudes políticas a corto o medio plazo¹³. Otra explicación para esta noción inmovilista de las actitudes es la importancia que tuvo en el culturalismo la corriente primordialista, la cual buscaba las causas de la cultura política en las raíces históricas de las sociedades (Laitin 1986, Putnam 1993).

Como reacción al primordialismo, surgieron las primeras explicaciones para los cambios actitudinales basadas en el reemplazo generacional. De acuerdo con éstas, las alteraciones de los patrones en la socialización primaria de las nuevas generaciones posibilitan cambios en las orientaciones políticas de las sociedades cuando las generaciones ancianas son sustituidas por las más jóvenes (Easton 1968). Este potencial de cambio, sin embargo, se limitó durante mucho tiempo al efecto de la socialización política primaria¹⁴. Con los años, la literatura que contempla cambios por reemplazo generacional, por efecto inmediato de una determinada coyuntura política o por el efecto del envejecimiento se ha unificado bajo el epígrafe APC. Estas siglas significan *Age, Period & Cohort* —es

¹² Esta escuela, también denominada “psico-social”, destacó el papel fundamental de la identificación partidista en la decisión del voto (Campbell et al. 1960). La identificación con un partido es una orientación psicológica de tipo afectivo que se adquiere inicialmente a través de la socialización primaria en la familia y se refuerza mediante el hecho de votar a ese partido a lo largo del tiempo (Converse 1969). Por este proceso los partidos y organizaciones sindicales mediarían para traducir los elementos sociales —ya destacados por la escuela sociológica o “de Columbia”— en identificaciones concretas entre los ciudadanos y los partidos.

¹³ Aunque con menos importancia que las observaciones acerca de la incapacidad para explicar el cambio, también se ha considerado que el culturalismo es excesivamente etnocentrista, ya que la variable dependiente de sus primeras obras —la estabilidad de la democracia según el modelo estadounidense y británico— se asume sin más pese a ser un concepto claramente liberal; lo que constituye un sesgo normativo.

¹⁴ Encontramos un ejemplo de cambio basado en el reemplazo generacional en *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas* (Inglehart 1990), en que se relaciona la modernización —esto es, esencialmente, el desarrollo económico— con el cambio cultural y político en las modernas sociedades capitalistas. En esta obra, el proceso de socialización sigue siendo un elemento de continuidad en las actitudes a lo largo de la vida del individuo.

decir, edad, período y cohorte-. En las décadas de los 70 y los 80 fueron frecuentes los estudios que intentaron abordar simultáneamente los efectos de los tres factores sobre el cambio actitudinal (Verba y Nie 1972, Milbrath y Goel 1977). Sin embargo, como veremos en detalle en los capítulos 5 y 6, estimar los valores esperados de una actitud manejando a la vez estas variables es problemático, puesto que las tres están muy relacionadas entre sí. Ante este problema se han propuesto distintas soluciones técnicas, a algunas de las cuales recurriré en esta tesis.

La última dificultad que destacaré de esta corriente teórica es el propio concepto de “cultura”, aunque el cuestionamiento de su significado y existencia no ha impedido que el culturalismo siga siendo una de las principales corrientes teóricas dentro de la Ciencia Política (Eckstein 1988). El concepto de Cultura Política fue acuñado por la Ciencia Política norteamericana a mediados de los años cincuenta como alternativa al concepto de *ideología* de la escuela marxista. De acuerdo con sus impulsores como perspectiva analítica, la importancia de la Cultura Política radica en que permite llenar el vacío entre la interpretación psicológica del comportamiento individual y la interpretación macro-sociológica de la comunidad política. Por este motivo, una de las definiciones más populares de la Cultura Política destaca que se trata del conjunto de dimensiones colectivas que toman las percepciones subjetivas de los individuos (Czudnowski 1968).

Sin embargo, en muchas ocasiones se toma el concepto de “cultura” en un sentido extremadamente amplio. Así, la cultura agruparía las “diferentes maneras de vivir y los valores compartidos que legitiman las relaciones sociales” (Wildavsky 1987:1). Este concepto tan vago no puede ser traducido a variables observables, por lo que es exógeno a las investigaciones sobre la génesis de las preferencias de los individuos. Existe, sin embargo, una propuesta que sugiere que el amplio concepto de cultura política podría entenderse como un continuo que va desde la concepción “gruesa” -que abarca creencias, arte, leyes y morales- a la cultura “fina”, constituida por aspectos psicológicos concretos, dinámicos y heterogéneos que sí pueden ser objeto de una investigación empírica (Pollack y Mishler 2003). Desde este punto de vista, la socialización política seguiría siendo importante para comprender la formación de los aspectos culturales, tal y como defendían los primeros culturalistas. Pero mientras que la socialización temprana afectaría más a las identidades difusas y amplias, la adulta pesaría más en la formación de actitudes más concretas (Pollack y Mishler 2003).

En esta tesis se adopta esta perspectiva dual de la Cultura, centrándonos en su aspecto tangible, el que se puede medir y estudiar. De esta manera, podremos analizar tanto el surgimiento de un rasgo cultural como su cambio, y no sólo su estabilidad. Incluso se propone que este fenómeno cultural es susceptible de cambiar de manera relativamente rápida, y no sólo por motivo del reemplazo generacional. Entre los factores que propician este cambio, introduciré aquí uno porque surge precisamente de esta literatura culturalista: los agentes de socialización. Como veremos detenidamente en el capítulo 6, se defiende que las actitudes pueden generarse en cualquier momento del ciclo vital, e incluso con más probabilidad en la edad adulta. Por este motivo se tratará el proceso de socialización como un continuo que incluye la mayor cantidad posible de sus aspectos. Otra contribución relativa al estudio de la socialización política que esta tesis quiere hacer es enfatizar sus aspectos individuales, y no sólo los colectivos –cohortes, períodos. Por ello, se explorarán sus

mecanismos a partir de la evidencia de encuestas de Cultura Política que incluyen indicadores al respecto.

2.1.2. El racionalismo: actitudes políticas exógenas y contexto político endógeno.

La corriente antagónica al culturalismo es la elección racional, también llamada “enfoque económico”, para la que un determinado comportamiento individual –en el campo del comportamiento político, esto es casi siempre sinónimo del voto- sería el resultado de la valoración de los costes y beneficios asociados a esa acción. Desde este punto de vista, los individuos buscan maximizar su satisfacción y utilidad minimizando los costes. Para ello, actúan de forma estratégica (Downs 1973).

Ante la pregunta de por qué los individuos se implican en política, los teóricos de la elección racional ignorarían las explicaciones basadas en sus orientaciones psicológicas y se fijarían únicamente en las manifestaciones visibles y objetivas de la implicación, es decir, en la participación. Concluirían que “algunas personas participan porque no les cuestan mucho; otras lo hacen porque reciben muchos beneficios” (Rosenstone y Hansen 1993:11). La originalidad de esta perspectiva radica en observar el entorno político como un marco de incentivos que obstruye o facilita la participación ciudadana (Eisinger 1973, Tarrow 1994).

Participar tiene, pues, un precio equivalente a una combinación de dinero, tiempo, capacidades, conocimientos y confianza en uno mismo; y unos beneficios colectivos o selectivos, materiales o intangibles. Entre los factores que alteran este marco de incentivos están los sistema de partidos, el tipo de competencia partidista, el sistema electoral o el tamaño del hábitat. El recurso a las características del Estado, la Administración u otros elementos del contexto para explicar el cálculo de los ciudadanos antes de decidir su comportamiento político ha fundamentado la creencia de que el racionalismo es una corriente teórica mucho más política que el culturalismo. En efecto, una de sus principales aportaciones a la Ciencia Política, es la convicción de que *la política* -el contexto político en que los ciudadanos se desenvuelven- *importa*.

En los modelos economicistas no se tienen en cuenta las normas sociales que pueden hacer deseable o no una actividad política ni se aborda el origen de las preferencias de los individuos. Pese a esta concepción exógena de las actitudes, se asume que ciertas características psicológicas y creencias hacen más propenso al individuo a la participación. Un ejemplo de ello es que la gente sigue participando aunque se trate de una acción *irracional*, lo que los racionalistas denominan la “paradoja de la participación”. El empeño puesto por estos autores en explicar esta paradoja los ha llevado a veces a abandonar su propio marco teórico. Buen ejemplo de ello lo constituyen la introducción de preocupaciones altruistas por parte de los individuos, la idea de una “racionalidad colectiva” -pese a que parten del supuesto del individualismo metodológico (Whiteley 1995)-, el concepto de la “función expresiva” que tendrían algunas variantes de la participación como el voto y el recurso al sentimiento del deber cívico¹⁵. Todo esto, a fin de evitar la inclusión de actitudes que denotan implicación política en sus modelos explicativos del comportamiento político.

¹⁵ Adoptando concepciones más laxas de la racionalidad, sí se pueden contemplar inclinaciones altruistas del individuo, aunque con esto no se resuelve el problema de por qué existen individuos más o menos altruistas.

Con respecto a la implicación política, son relevantes los trabajos que, desde la perspectiva racional, se interesan por la movilización electoral que llevan a cabo los partidos políticos de manera previa a las elecciones. Estos trabajos ven a los ciudadanos como “recursos” para los partidos, en tanto que futuros votos, lo que motivaría comportamientos estratégicos de las élites políticas para movilizarlos en su favor. Asimismo, esta literatura propone que existen determinadas coyunturas críticas en la historia de un país, las cuales delimitan a partir de su aparición las opciones que las élites y los ciudadanos tienen, por lo que éstos pasan a preferir la estabilidad a los costes asociados al cambio (Kirshheimer 1965). Desde este punto de vista, los eventos políticos críticos podrían causar el cambio actitudinal en todas las generaciones de una forma relativamente rápida¹⁶.

En definitiva, esta perspectiva inaugura una visión del fenómeno de la implicación como algo que sucede con más o menos probabilidad en determinadas condiciones relativas al contexto. Estas ideas –probabilidad y contexto-, son las que nos interesan de la elección racional. Las mismas han sido recogidas en otra corriente teórica, de origen más reciente, que toma en consideración las aportaciones provenientes tanto del racionalismo como del culturalismo. A continuación, se destacan sus características más relevantes.

2.1.3. El racional culturalismo. La construcción y realineación racional de las actitudes

En este estudio se abordarán los factores explicativos de la implicación política desde un enfoque plural entre el culturalismo y la elección racional, conocido en la literatura como racional culturalismo. Esta corriente teórica se ha denominado en ocasiones “revisionismo” (Kumlin 2003) porque sugiere que incluso las orientaciones más estables y con una aparición más temprana, como la identificación partidista, dependerían también de elementos contextuales como las evaluaciones retrospectivas de la labor del gobierno, y no tanto de la socialización primaria (Fiorina 1981, Niemi y Jennings 1991). Esto supone cuestionar la explicación inicial y más aceptada para una de las primeras actitudes estudiadas, de ahí el término “revisionismo”.

El principal motivo para inclinarnos por el pluralismo teórico es que esta estrategia nos permite incrementar nuestra capacidad para explicar la variación de la variable dependiente, al permitir la incorporación en un hipotético modelo predictor de la implicación política de más factores explicativos que una perspectiva teórica monista (Rothstein 2001). Otra razón por la que utilizar un enfoque mixto es la naturaleza compleja de la implicación política, que ha quedado caracterizada como una dimensión actitudinal formada por distintas orientaciones que podrían tener un grado de concreción diferente. Así, este enfoque permite acercarse a sus múltiples dimensiones, pudiendo estar algunas más influidas por la socialización y otras más por el contexto político. Además, este enfoque permite evitar el problema de asumir supuestos poco realistas, tales como la incapacidad para explicar el cambio de actitudes en el caso del culturalismo o la paradoja de la participación del racionalismo. Igualmente, permite evitar el uso de razonamientos de tipo deterministas como los que presentan muchos trabajos pioneros del racionalismo y el culturalismo (Pasotti y Rothstein 2002).

¹⁶ Hasta entonces, los eventos también constituían un factor más bien asociado a la estabilidad, al conformar en teoría cohortes culturales en función de aquellos sucesos históricos vividos en la infancia, adolescencia o años impresionables

Por otra parte, los racional culturalistas enfatizan la construcción racional de las actitudes. Las mismas pueden surgir como reacción a las influencias del entorno social del individuo y como consecuencia de un proceso de aprendizaje, pero también de la valoración de las instituciones, las acciones políticas y los productos de sistema político. Desde esta perspectiva, las variables relativas al contexto político son posibles causas de la aparición o refuerzo de determinadas orientaciones o valoraciones (Huckfeldt y Sprague 1992, Rosenstone y Hansen 1993). Algunos de estos factores susceptibles de influir sobre la implicación política son las características del sistema de partidos, la antigüedad, solidez y naturaleza de su sistema político, o el grado de desarrollo económico de un país. Este último factor ha sido el protagonista de las denominadas teorías de la modernización, las cuales relacionan el progreso político y social con el éxito económico. En esta tesis pondremos a prueba la relación entre implicación y economía en el capítulo 7. Como veremos, existe evidencia que relaciona la propensión de los ciudadanos a implicarse en política con algunos indicadores económicos exitosos en el corto plazo, más que un auténtico proceso de modernización económica y social. Sin embargo, no disponemos de suficiente información como para concluir que dicha relación no se deba en realidad a las decisiones estratégicas de las élites, que guían tanto el desarrollo económico como el político.

Existe una vasta literatura en torno a los efectos de las élites políticas sobre el comportamiento y actitudes de los ciudadanos. Las élites políticas han sido descritas como el más activo e importante de los agentes de movilización política en su papel de intermediarios entre los cargos electos y el electorado (Almond y Powell 1966). Ya en los años noventa, algunos autores pusieron en cuestión la estabilidad de las líneas de fractura sociales o *cleavages* (Lipstet y Rokkan 1967), otorgando a los políticos la capacidad de maniobrar con estos conflictos sociales, exacerbándolos, suavizándolos o incluso generándolos, dependiendo del grado de acción que les permita el diseño institucional en el que actúan (Gunther y Mughan 1993, Lijphart et al. 1993, Torcal y Chhibber 1995). En mismo sentido, comenzó a contemplarse el papel movilizador de las élites en el terreno de la participación política. Las élites, junto a los recursos, los valores o la situación económica de los ciudadanos, influyen en las modalidades de participación proporcionando motivaciones para la acción (Parry et al. 1992).

Esto impulsó el protagonismo de las élites no sólo en relación con objetos sociales y políticos como los sistemas de partidos o el voto, sino también en la formación y cambio de las actitudes políticas, aunque su estudio se limitó en su inicio a las orientaciones más coyunturales como la satisfacción con el funcionamiento de la democracia o la confianza política (Whitefield y Evans 1999, Mishler y Rose 2001). Según esta perspectiva, una clase política activa y polémica, preocupada por la opinión pública e inmersa en dinámicas de conflicto o polarización será capaz de trasladar parte de esta atención y sensación de que la política importa a los ciudadanos. Por el contrario, unas élites empeñadas en mantener el status quo, contagiarán a sus ciudadanos una cierta apatía política (Zaller 1992, Hetherington 2001, Abramowitz y Saunders 2008).

En esta tesis se asume que las élites pueden influir tanto en el interés como en la eficacia interna de los individuos. Pueden realinear estas actitudes -y no sólo adaptarse a ellas- movilizando al electorado, pero también resaltando temas de la agenda pública en el ejercicio cotidiano de sus funciones. Exploraremos el papel de las élites políticas a partir de su nivel de actividad y analizaremos hasta qué punto los períodos en que éstas han destacado por su conflictividad y dinamismo se

corresponden con períodos en los que el nivel de implicación política de la ciudadanía es alto. No obstante, esta evidencia sólo podrá tratarse de manera bivariada por el limitado número de observaciones a nivel agregado del que dispondremos. De manera más sistemática, comprobaremos si las elecciones generales incentivan la implicación ciudadana; y entenderemos que la competitividad electoral es una característica capaz de captar el grado de conflicto, actividad y capacidad movilizadora de la élite política española.

Uno de los argumentos que estructuran esta investigación es la capacidad que tiene el conflicto para generar implicación con la política. Resulta obvio que la discusión sobre política o el consumo de información política será más elevado en contextos políticos excepcionales. Yo defiendo que, además, el impacto de estos mecanismos de socialización será mayor en un contexto político convulso, siempre que éste no configure un marco de incentivos demasiado costoso para implicarse en política. Esta intuición coincide con el hallazgo de los estudios racional culturalistas que sugieren que la política cotidiana podría actualizar las actitudes del individuo (Diamond 1999, Mishler y Rose 2001). Existe a este respecto un debate sobre si todas las actitudes son susceptibles de “actualizarse” o si hay algunas más difusas y/o estables que otras. Mi posición al respecto es que incluso actitudes supuestamente simbólicas y difusas, referidas a “la política” en general, pueden verse afectadas por la coyuntura política cotidiana. Éste es el caso de la implicación política subjetiva.

Así pues, investigaremos si las coyunturas políticas más convulsas son capaces de generar implicación política entre la ciudadanía. Para operacionalizar esta coyuntura, prestaremos atención a los eventos políticos. Estudiaremos su impacto de tres maneras: en primer lugar, su poder para configurar generaciones políticas marcadas actitudinalmente por la vivencia de determinados hechos en una etapa concreta de su vida. En segundo lugar, se contabilizará el número de eventos sucedidos en el período que esta investigación aborda, observando si covaría con la propensión de los españoles a la implicación política. Por último, investigaremos el impacto sobre la implicación de un tipo concreto y especial de eventos: las elecciones generales; concretamente, las de tipo excepcional. Los discursos y mensajes de las élites en estas circunstancias afectarían a la implicación de los ciudadanos a través de los agentes socializadores propios de la vida adulta. Por tanto, en esta tesis se sugiere un efecto de interacción entre contexto y socialización política, el cual justifica un enfoque teórico plural.

Una vez que la presente investigación se ha situado en las principales corrientes teóricas dentro del comportamiento político, vamos a especificar a continuación el conjunto de hipótesis que se someterán a prueba empírica a lo largo de los siguientes capítulos.

2.1.4. Las hipótesis.

Entre los debates que abordaremos en esta investigación destacan los que se desprenden de las teorías psico-sociales de la socialización política, las teorías que describen los efectos de la edad, el período y las cohortes, las denominadas “teorías de la modernización”, o las que apuestan por los efectos de las élites políticas y los eventos sobre las actitudes. De las discusiones de estas literaturas se desprenden una serie de hipótesis enumeradas y resumidas en la tabla 2.1. Como ya se ha indicado previamente, en cada uno de los capítulos en que se someten a prueba empírica se

especificarán su lógica y mecanismos causales. Aquí simplemente me limito a conectar estas hipótesis con el marco teórico general que se acaba de exponer.

Todas estas hipótesis tienen en común el supuesto de que la socialización política importa. Rescatamos esta premisa culturalista, sólo que con algunas precisiones. Para empezar, los factores sociodemográficos propuestos en las investigaciones pioneras sobre actitudes políticas son interpretados en las tres primeras hipótesis de este estudio como variables que en realidad capturan distintos efectos de la socialización política. Edad, género y nivel de estudios miden en el caso español los efectos de procesos de socialización colectivos muy relacionados con el anterior régimen. Además, estos tres factores interactúan. Esto explica, entre otros fenómenos, la aversión a la política entre las mujeres de edad avanzada con un bajo nivel de educación.

A continuación, nos adentraremos en un campo tradicionalmente culturalista: los análisis de cohortes respecto a una actitud política. Efectuaremos dicho análisis partiendo de una hipótesis bien conocida, y es que determinados períodos históricos comprendidos entre 1922 y 1968 marcaron a los españoles en sus años impresionables, generando una serie de cohortes que presentan diferencias en su propensión a implicarse en política. Sin embargo, contrastaremos esta hipótesis con otra no tan convencional: el efecto de las cohortes convive con el efecto de ciertos períodos políticos comprendidos entre 1985 y 2006: el ciclo de “normalidad democrática” que analiza esta tesis. Dicho efecto actúa sobre la totalidad de la ciudadanía, y puede ser superior al de las cohortes en ciertas circunstancias, llegando incluso a mitigar el efecto de pertenencia a una generación.

Abundaremos en los mecanismos y procesos de socialización política en el capítulo 6. En él se propone un modelo de socialización política *activa*, es decir, que desemboque con mayor probabilidad en el fenómeno de la implicación política subjetiva. De esta manera, se superan los discursos clásicos sobre cohortes, años impresionables y períodos. Por el contrario, se contempla la socialización como un proceso individual -no sólo colectivo- y continuo. Su continuidad hace referencia a que todos sus agentes y fases pueden jugar un papel crucial en la configuración de las actitudes a lo largo de la vida del individuo, independientemente de su cohorte de pertenencia y de los sucesos políticos que haya experimentado en el pasado. Para el caso de la implicación política, se propone que la fase de la socialización que tiene un mayor impacto sobre este objeto de estudio es la que transcurre en los años adultos. Esto constituye un desafío a la mayor parte de literatura al respecto, ya que lo más común es considerar las actitudes pertenecientes a la dimensión de la implicación política de naturaleza simbólica y difusa y, por tanto, más relacionadas con el período de la infancia. Todo ello no significa negar la importancia del proceso de socialización primaria, sino simplemente matizar su efecto en el proceso de formación de las actitudes. La hipótesis fundamental que se comprueba en este sentido es que el proceso de socialización primaria condiciona al de socialización adulta. Así, una socialización primaria activa incentiva una socialización secundaria también activa, pero será esta última la que tenga un efecto más importante y persistente sobre la implicación política.

Tabla 2.1. Principales hipótesis causales planteadas en esta tesis.

Hipótesis	Principales factores explicativos
<i>4.1. La edad tendrá un efecto cuadrático sobre la propensión a implicarse en política. Esta relación se apreciará más claramente a partir de los años 90 como consecuencia de la adaptación progresiva de los españoles al nuevo marco de incentivos democrático.</i>	Ciclo vital, Edad.
<i>4.2. Los ciudadanos con un mayor nivel de educación estarán más implicados que los menos educados, pero el efecto de la educación será mayor sobre las mujeres que sobre los hombres</i>	Nivel educativo y género.
<i>4.3. Las diferencias en los niveles de implicación política subjetiva entre hombres y mujeres se deben también a los patrones de socialización política tradicionales del Franquismo. Por eso, el efecto negativo de ser anciano sobre la implicación política será mayor para las mujeres que para los hombres.</i>	Género y edad.
<i>5.1. El contexto político experimentado durante los años impresionables de los españoles ha conformado al menos 6 cohortes políticas. De entre éstas, la generación que presentará mayor propensión a implicarse en política será la denominada "cohorte de la liberalización".</i>	Cohortes (edad y períodos políticos entre 1922 y 1968).
<i>5.2. El efecto cohorte sobre la implicación se combina con el impacto de períodos políticos recientes. El impacto de los períodos afecta a toda la ciudadanía, al margen de su cohorte de pertenencia, y su efecto puede ser incluso mayor que el efecto cohorte.</i>	Cohortes y Períodos políticos entre 1985 y 2006.
<i>6.1. La fase secundaria de la socialización explica mejor la implicación política subjetiva que la fase primaria, aunque esta última también resultará explicativa en alguna medida.</i>	Agentes y fases de la socialización política activa.
<i>6.2. Las fases primaria y secundaria de la socialización política mantienen una relación de dependencia. La primaria condiciona parte de lo que el individuo experimentará en su etapa adulta.</i>	Agentes y fases de la socialización política activa.
<i>6.3. Una socialización política activa aumenta la propensión a la implicación política subjetiva independientemente de la cohorte de pertenencia y de si el individuo ha vivido en el pasado eventos políticos de gran calado.</i>	Agentes y fases de la socialización política, cohortes y período.
<i>7.1. La acumulación de eventos políticos de cualquier tipo incentiva la implicación política de los ciudadanos, animándolos a interesarse por la política.</i>	Número de eventos sucedido en un año.
<i>7.2. Las elecciones generales afectarán más a la implicación política subjetiva del individuo que otros eventos no electorales. Las elecciones excepcionales tendrán mayor efecto sobre la implicación que las "normales".</i>	Celebración de elecciones y niveles de participación y competitividad de las mismas.
<i>7.3. El efecto de los eventos políticos está mediado por los agentes de socialización propios de la edad adulta. Los efectos de la acción de estos agentes serán mayores cuando se producen en interacción con el acontecer de dichos eventos.</i>	Número de eventos y competitividad electoral. Acción de los agentes de socialización secundaria.

Fuente: elaboración propia. La primera cifra con que se enumeran las hipótesis hace referencia al capítulo en que se desarrollan y comprueban.

Por último, se enfatizará el papel del contexto y la coyuntura política, tal y como sugiere el racional culturalismo. La premisa que subyace en el capítulo siete es que el conflicto y el nivel de actividad de las élites consiguen motivar la atención de los ciudadanos hacia la política y su sentimiento de competencia política. Aunque se comprobará dicha relación a nivel agregado, sólo se someterán a análisis multivariados tres hipótesis causales. La primera hace referencia al posible impacto del número de eventos –esto es, de una coyuntura política agitada- sobre la implicación. La segunda sostiene que el tipo de eventos que más afecta a la implicación política son las elecciones, debido al número de noticias que generan y a las acciones y discursos movilizadores que las élites despliegan en esas circunstancias. Respecto a las elecciones, señalo que las excepcionales –esto es, las que presentan altos índices de participación y competitividad- son las que tienen un mayor efecto en los niveles de implicación política. Finalmente, mantengo que los procesos de socialización política

activa que tienen lugar en la etapa adulta afectan en mayor medida a la propensión individual a implicarse cuando se producen en interacción con una coyuntura política excepcional, ya sea por el número de eventos sucedido o por la celebración de elecciones excepcionales.

2.2. Diseño de investigación. Metodología.

En este apartado se especifican los detalles del diseño que sigue la presente investigación y que guía la comprobación empírica de las hipótesis recién planteadas. Para ello se justifica la elección del caso español y se presentan someramente las distintas estrategias que adoptaré para despejar las relaciones causales que espero hallar entre la implicación política subjetiva, por un lado, y la socialización y el contexto, por otro. Finalizaremos este apartado con la especificación de las fuentes de consulta para la obtención de la evidencia empírica.

2.2.1. El caso bajo estudio: España (1985-2006) en perspectiva comparada.

El foco de atención de esta tesis está puesto en España, por lo que el universo al que se inferirán los resultados será la ciudadanía española para el período que va desde 1985 a 2006. Desde este punto de vista, por tanto, la tesis constituye un estudio de caso. Ahora bien, para poder realizar inferencias válidas necesitamos comparar entre distintas observaciones. La comparación permite contextualizar el conocimiento, mejorar las clasificaciones, formular y comprobar hipótesis y hacer predicciones (Hague y Harrop 2001). Además, aporta algunas de las ventajas de los diseños experimentales al poder seleccionar los casos en función de los valores de sus variables independientes aunque, a diferencia de las técnicas realmente experimentales, no podamos modificar dichos valores. Pues bien, ¿Cuáles son las observaciones que se comparan en el presente estudio? ¿Cómo se garantiza aquí la variabilidad de los factores explicativos necesaria para poder realizar comparaciones?

Esta investigación describe y analiza la variación de la implicación política subjetiva de los españoles entre 1985 y 2006. Este período temporal se ha elegido con la intención de cubrir una parcela importante en la literatura al respecto. Tal y como ya se indicó en el capítulo 1, la mayoría de los estudios de las actitudes políticas de los españoles realizados hasta el momento se centran en el período de la Transición, y muchos menos lo hacen en la etapa de la consolidación o normalidad democrática. Para cubrir este ciclo, trabajaremos a un doble nivel. Siempre que nos sea posible, manejaremos evidencia a nivel individual, con la finalidad de explicar el nivel de implicación política subjetiva de los ciudadanos. En este caso, las observaciones que compararemos serán los individuos entrevistados en distintas encuestas españolas de cultura política y opinión pública. La comparación de estas observaciones a nivel individual permite, además, aislar el impacto de cada uno de los factores explicativos propuestos. Esto sólo se consigue mediante el control de los mismos a través de técnicas multivariadas de análisis estadístico. Sin embargo, esto no siempre será viable.

La disponibilidad de datos nos llevará en ocasiones a recurrir a evidencia agregada; esto es, a hablar de los niveles agregados de implicación política subjetiva de los españoles en distintos puntos del tiempo. En este caso, nuestras observaciones serán proporciones o medias del indicador de

implicación política subjetiva en España y para cada año de los analizados aquí. También se manejarán datos a nivel agregado para los países europeos a partir de la evidencia proporcionada sobre todo por la Encuesta Social Europea. Por tanto, realizaremos comparaciones entre proporciones o medias del indicador de implicación política subjetiva en los distintos países europeos y en los puntos en el tiempo para los que contamos con evidencia. Precisamente este último tipo de comparación ha contribuido a justificar la atención prestada al caso español, mostrando su relativa excepcionalidad, tal y como hemos visto en el capítulo 1. También ha llevado a la reflexión sobre el posible efecto de los factores contextuales en los niveles agregados de implicación política, aunque no profundicemos en las características institucionales que diferencian entre sí a los distintos sistemas políticos de cada uno de estos países.

Este doble nivel de análisis condicionado por la disponibilidad de datos limitará, a su vez, las técnicas estadísticas que se utilizarán para estimar el valor esperado de la variable dependiente. En este sentido, no siempre será posible cuantificar la intensidad del vínculo entre la variable dependiente y las distintas variables independientes. La principal limitación para la obtención de estadísticos que así lo permitan es la cantidad de observaciones de que disponemos. Esto no supone un problema para el caso del análisis de la evidencia a nivel individual pero sí para los análisis a nivel agregado. En estos últimos casos, se realizarán análisis exploratorios de tipo bivariado.

A la hora de presentar estas relaciones a nivel agregado, se procederá con cautela para no incurrir en la denominada falacia ecológica. La misma consiste en inferir comportamientos individuales de relaciones observadas a nivel agregado (Chmura 1978, Visser 1994). Se trata de un error frecuente en los estudios sobre comportamiento político, sobre todo cuando se quieren observar relaciones entre las conductas de los ciudadanos y sus posibles factores explicativos contextuales (Seligson 2002). Sin embargo, también se argumenta que “agregar actitudes individuales a nivel nacional es un procedimiento perfectamente legítimo, y es esencial en cualquier intento de retratar las características de las culturas a nivel nacional” (Inglehart y Welter 2003:5). Sea como fuere, mi estrategia en esta investigación es presentar los resultados de los análisis bivariados con cierta cautela, argumentando que se trata de simples exploraciones de las posibles relaciones entre los distintos factores que se estudian.

Hemos distinguido, por tanto, entre la evidencia a nivel individual y agregado y se ha advertido al lector que los resultados de los análisis del primer tipo de datos son más fiables que los del segundo. Veamos, a continuación, cuáles son los datos a partir de los que obtendremos esta evidencia, incluyendo la información sobre las fuentes utilizadas para conseguirlos.

2.2.2. La evidencia empírica

La naturaleza actitudinal de la variable dependiente de esta tesis condiciona la fuente de datos que se utiliza de forma más exhaustiva aquí: encuestas de opinión pública. Por tanto, esta investigación utiliza evidencia de tipo secundaria, ya existente. Esta opción no está exenta de problemas bastante conocidos en la literatura especializada. Entre ellos destacan el orden, redacción y formulación de las preguntas en el cuestionario, las cuales limitan las posibilidades de comparación de la evidencia a lo largo del tiempo. También son relevantes los errores de medida, las tasas de no

respuesta o la deseabilidad social que producen algunas preguntas relativas a los comportamientos y opiniones de la ciudadanía (Boyd y Hyman 1975). No obstante, cabe defender que dichos problemas afectan por igual a todas las encuestas utilizadas, por lo que los posibles sesgos en la medición de las opiniones y actitudes afectarían de forma parecida a toda la evidencia aquí manejada.

Tal vez el problema más relevante del que adolece la evidencia analizada en este trabajo sea la naturaleza sincrónica de las encuestas. Para someter a prueba empírica alguna de las hipótesis planteadas me he enfrentado a una dificultad importante derivada de la naturaleza transversal de dichas encuestas. En efecto, la evidencia que proviene de estudios de opinión en que la información se recoge en un punto en el tiempo no es la más idónea para estudiar las posibles diferencias actitudinales entre generaciones. Lo ideal habría sido utilizar encuestas panel con varias oleadas en las que se siga al mismo grupo de individuos durante una serie de años. Esto nos permitiría distinguir los efectos de su envejecimiento, así como los de distintas variables relativas al contexto político¹⁷.

Se han utilizado diversas estrategias empíricas para tratar de solventar las dificultades que entraña el análisis de los efectos del proceso de socialización sobre la formación y el desarrollo de las actitudes, así como los efectos de las cohortes, edad, períodos y acontecimientos puntuales con datos de naturaleza transversal. La primera es el uso de modelos estructurales que permiten manejar a la vez variables que operacionalizan efectos de la socialización política infantil y adulta y efectos directos e indirectos de los mismos. Otra estrategia seguida consiste en el cálculo separado de los efectos de las cohortes, el período y la edad cuando uno de los dos primeros factores no tiene efectos significativos sobre las actitudes que nos ocupan. Finalmente, se ha construido una base de datos ficticia a partir de información procedente de diversas encuestas, lo que se conoce como la técnica del *pool-cross-sectional analysis* y que será explicada con detalle en el capítulo 7.

Una vez especificadas las dificultades principales a las que esta investigación se enfrenta utilizando datos de sección cruzada, voy a proceder a proporcionar algunos detalles sobre las encuestas que analizaré a lo largo de los siguientes capítulos. El criterio fundamental que he seguido para su elección, tal y como se explica con detalle en el capítulo 3, es que contuvieran simultáneamente los indicadores que he seleccionado para capturar el interés por la política de los entrevistados y la eficacia política interna, dentro del período bajo estudio. Este criterio lo cumplen un total de 10 encuestas del banco de datos del CIS. Idealmente me habría gustado contar con una encuesta por año como mínimo. Por ello, he completado la información para el resto de años con encuestas que contaban con estos mismos indicadores únicamente para una de estas actitudes. Aún así, hay años para los que no conseguí encontrar estudios que cumplieran estos criterios mínimos. La tabla 2.2 proporciona referencias exactas de todas y cada una de las encuestas utilizadas.

Teniendo en cuenta el universo al que pretendemos inferir los resultados de este estudio – población española de más de 18 años entre 1985 y 2006-, las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) son las más adecuadas para estudiar cuantitativamente el fenómeno que nos ocupa. A diferencia de otras fuentes, como las encuestas del Centro de

¹⁷ Un ejemplo puede ser el *Youth-Parent Socialization Panel* que comenzó en 1965 en Estados Unidos, y del cual se han realizado varias oleadas en 1973, 1982 y 1997.

Investigaciones de la Realidad Social (CIRES) o el barómetro del Real Instituto Elcano, su publicación ha sido regular y abarca un amplio rango de años. Por otra parte, tanto sus barómetros mensuales como sus estudios monográficos –especialmente los centrados en la cultura política, ciudadanía y democracia- han dejado patente la preocupación de los investigadores españoles por distintos aspectos relacionados con la implicación política de los ciudadanos. Una muestra de ello es la uniformidad del indicador de interés por la política a lo largo del tiempo, y su inclusión en numerosos estudios sobre participación ciudadana y electoral.

En la tabla 2.2 se presentan además algunos rasgos de las principales encuestas utilizadas en esta tesis: ámbito, fecha de realización, número de entrevistados, diseño de la muestra y error muestral. Esta información evidencia que la mayoría de estas encuestas presentan un diseño muestral similar. Esto, unido al proceso que comienza con el trabajo de campo y sigue con la codificación de los resultados, garantiza uniformidad en los datos y maximiza las condiciones para comparar evidencia empírica a lo largo del tiempo.

No me detendré ahora a explicar el diseño de la muestra de todas y cada una de las encuestas. Baste decir que en todos los casos se trata de un diseño polietápico, estratificado por conglomerados, con selección de las unidades primarias de muestreo (municipios) y de las unidades secundarias (secciones) con probabilidad proporcional a su tamaño. Los individuos, que son las unidades últimas, se han seleccionado por rutas aleatorias y cuotas de sexo y edad, las cuales garantizan que la muestra final de cada estudio sea representativa de la población real española respecto a estas dos variables demográficas. Esto implica que cualquier español mayor de 18 años tiene la misma probabilidad de ser seleccionado para formar parte de la muestra, dentro de las restricciones derivadas de la probabilidad de selección del hábitat y de las cuotas de edad y sexo. Respecto al error muestral, diré que el mismo es similar en todas las encuestas utilizadas, situándose en torno al intervalo máximo de +/- 2% para un nivel de confianza del 95,5% ¹⁸. Esto significa que en el 95,5% de los casos, las respuestas de los entrevistados se distanciarán de los de la población española como máximo en un +/- 2%.

Para la comparación de los datos agregados referidos a España con los procedentes de otras naciones europeas se utilizará la Encuesta Social Europea (ESE). Se trata de un estudio comparado y longitudinal que se lleva a cabo en casi una treintena de países europeos cada dos años. Su objetivo es producir una gran base de datos transnacional y longitudinal que incluya información contextual e individual relativa a las actitudes, valores y comportamientos de los ciudadanos europeos. Este proyecto presenta ventajas frente a otras fuentes de datos de opinión pública y cultura política en las que participan varios países, como el Eurobarómetro, la *Encuesta Mundial de Valores (World Value survey, WVS)* o la encuesta *Citizens, Involvement and Democracy (CID)*. El motivo de la superioridad de la ESE respecto a este último ejemplo es fácil de precisar: se ha replicado su cuestionario para casi la misma lista de países en tres ocasiones (2002-2003, 2004-2005 y 2006-2007), mientras que la encuesta CID únicamente se formuló en 2002. En cuanto a las otras dos fuentes mencionadas, las ventajas de la ESE son claras para todos los criterios de calidad de una encuesta: diseño de cuestionario, diseño muestral, realización de trabajo de campo y codificación de los resultados.

¹⁸ El lector interesado en todos estos detalles técnicos puede consultar el Banco de datos del CIS (www.cis.es) así como los libros de códigos de las encuestas utilizadas en esta tesis.

Tabla 2.2. Descripción de las principales encuestas utilizadas.

Encuesta	Ámbito ¹⁹	Fecha de realización	Número de Casos	Diseño de la muestra	Error de la muestra (nivel de confianza del 95,5%)
CIS 1461	Nacional	Mayo 1985	2498	Aleatorio. Polietápico, estratificado por conglomerados. Cuotas de sexo y edad.	+/- 2
CIS 1529	Nacional	Mayo 1986	4429	“ “	+/- 1,5
CIS 1788	Nacional	Enero 1989	3356	“ “	+/- 1,72
CIS 1871	Nacional	Mayo 1990	2876	“ “	+/- 1,86
CIS 1970	Nacional	Junio 1991	2471	“ “	+/- 1,8
CIS 2055	Nacional	Abril 1993	2500	“ “	+/- 2
CIS 2107	Nacional (+ 25 años)	Junio 1994	2491	“ “	+/- 2%
CIS 2206	Nacional	Enero 1996	2494	“ “	+/- 2%
CIS 2218	Nacional	Julio 1996	2481	“ “	+/- 2%
CIS 2270	Nacional	Diciembre 1997	2476	“ “	+/- 2%
CIS 2312	Nacional	Diciembre 1998	2492	“ “	+/- 2%
CIS 2350	Nacional	Junio 1999	3881	“ “	+/- 1,6%
CIS 2387	Nacional	Marzo 2000	2484	“ “	+/- 2%
CIS 2417	Nacional	Mayo 2001	2496	“ “	+/- 2%
CIS 2450	Nacional	Marzo 2002	2487	“ “	+/- 1,53%
CIS 2535	Nacional	Septiembre 2003	2473	“ “	+/- 2%
CIS 2575	Nacional	Octubre 2004	2481	“ “	+/- 2%
CIS 2620	Nacional	Octubre 2005	3033	“ “	+/- 1,81%
CIS 2632	Nacional	Enero 2006	3192	“ “	+/- 1,75%
CIS 2633	Nacional	Enero 2006	2484	“ “	+/- 2%
CIS 2700	Nacional	Abril 2007	2455	“ “	+/- 2%
ESE/1	22 países europeos (+ 15 años)	Noviembre 2002- Febrero 2003	España: 1729	Nominal aleatorio estratificado polietápico (por Comunidad Autónoma y tamaño de hábitat)	+/- 2,83 (n.c.95%)
ESE/2	26 países europeos (+ 15 años)	Septiembre 2004 – febrero 2005	España: 1663	“ “	+/- 2,76 (n.c.95%)
ESE/3	26 países europeos (+ 15 años)	Octubre 2006- marzo 2007	España: 1876	“ “	+/- 2,55% (n.c.95%)

Fuente: elaboración propia a partir de las fichas técnicas de estas encuestas, de www.cis.es y de www.europeansocialsurvey.org

En efecto, los cuestionarios básicos de la ESE son equivalentes entre ediciones y países, aunque teniendo en cuenta los respectivos contextos políticos. Su diseño muestral ha tenido cuidado de obtener muestras representativas de los países participantes, eliminando incluso las exigencias derivadas de las cuotas de sexo y edad, y en el proceso de recogida de datos se ha trasladado a los investigadores de campo la importancia de su trabajo, obteniendo así altas tasas de respuesta (Cuixart y Riba 2003, Riba y Cuixart 2005)²⁰. Cabe también precisar que la ESE incluye un módulo constante en todas sus ediciones centrado en las actitudes políticas vinculadas a la implicación política subjetiva.

¹⁹ Si no se indica lo contrario, el ámbito incluye sólo a los mayores de 18 años.

²⁰ En definitiva, se trata de un estudio cuyo rigor metodológico y los avales de la Fundación Europea de la Ciencia, de la propia Comisión Europea y de diversos premios internacionales como el Descartes le han valido el apelativo de “El Rolls Royce de las encuestas internacionales” (<http://www.upf.edu/dcpis/grcp/ess/>).

Como última precisión acerca del uso de la ESE, diré que, para facilitar la comparación entre países y años a partir de este estudio, he adoptado la decisión de presentar dichos datos sólo para los países que han participado en al menos dos de las ediciones de la encuesta²¹.

Además de los referidos estudios monográficos del CIS y las distintas olas de la Encuesta Social Europea, y tal y como el lector ha comprobado, se ha utilizado evidencia del Eurobarómetro o la encuesta CID de forma muy puntual y siempre con motivos descriptivos, tal y como se ha mostrado en el capítulo 1. Finalmente, mencionaré la fuente de los datos objetivos manejados en esta tesis. Efectivamente, en el capítulo 7 se han utilizado una serie de datos contextuales para años y legislaturas pertenecientes al período analizado. En concreto, para contabilizar el número de eventos relevantes en España se ha recurrido a la cronología constitucional del Congreso de los Diputados, disponible en el sitio <http://narros.congreso.es/constitucion/constitucion/cronologia/index.htm>. En cuanto a la frecuencia con que se realizan en cada legislatura una serie de actividades parlamentarias, se ha recurrido a las estadísticas recopiladas por el Congreso de los Diputados en <http://www.congreso.es/portal/page/portal/Congreso/Congreso/Informacion/Funci/Estadist/Indicadores>. Para obtener datos anuales de la actividad legislativa de las élites del Estado se ha recurrido a la base de datos sobre legislación y jurisprudencia *Leggio*, ubicada en <http://noticias.juridicas.com/>. El indicador de conflictividad institucional con que trabajamos –número de conflictos de competencias- se ha conseguido de la base de datos del Senado CALEX, cuyo sitio web es <http://www.senado.es/brsweb/CALEX/>. Finalmente, se han extraído los datos acerca del grado de competitividad y participación de las distintas elecciones generales celebradas en España de la base de datos sobre procesos electorales del ministerio del Interior, con sitio en <http://www.mir.es>.

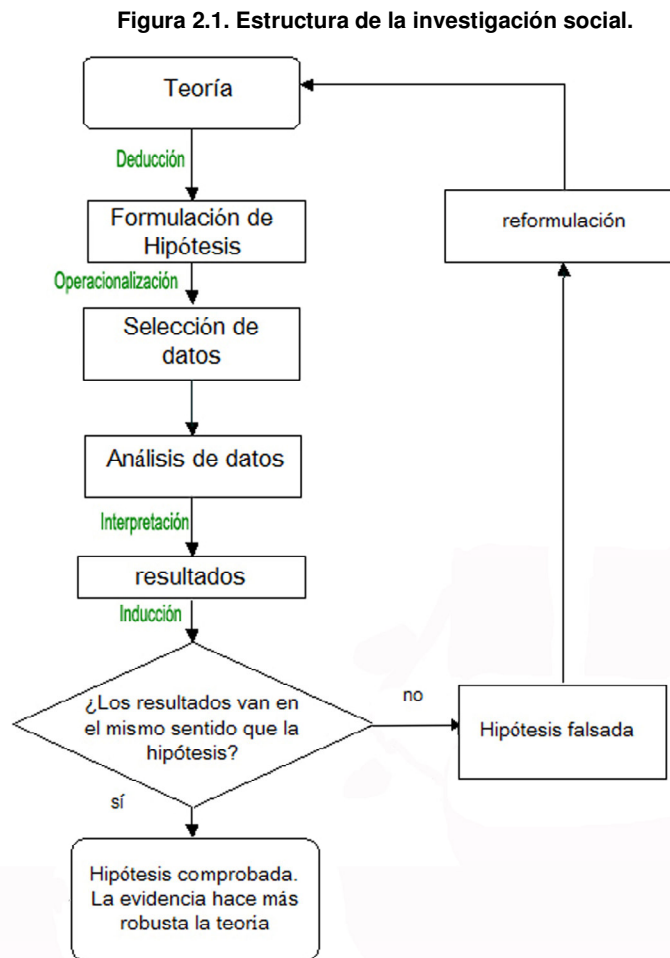
Para finalizar con este apartado, comentaré el tipo de software utilizado para el análisis de estos datos. Toda la evidencia descriptiva aportada en los capítulos 1, 3, 4, 5 y 7, así como los análisis bivariados y multivariados de los capítulos 3, 4, 5 y 7 se han producido mediante el programa SPSS (*Statistical Package for Social Science*). La mayoría de gráficos se han generado a partir de Excel, y sólo algunos gráficos de dispersión (capítulo 7) con la herramienta que para este uso dispone SPSS. En el capítulo 3 aparece un gráfico ilustrativo de la proporción de ciudadanos implicados en distintos países de Europa generado mediante el programa *Map Viewer*. Desde el punto de vista técnico, la herramienta más sofisticada utilizada para el análisis de datos en esta tesis es el programa AMOS, del cual me he servido para comprobar la validez de las ecuaciones estructurales que modelizan la socialización política activa en el capítulo 6.

Una vez señalados los criterios de selección y obtención de la evidencia empírica analizada en esta tesis, voy a pasar a proporcionar una guía genérica sobre su estructura y a especificar las distintas variables que se han utilizado para operacionalizar y medir tanto su objeto de estudio como sus distintos factores explicativos.

²¹ En concreto, estos países suman 22, y son Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, Eslovaquia, Eslovenia, España, Estonia, Finlandia, Francia, Grecia, Hungría, Irlanda, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos, Polonia, Portugal, Reino Unido, República Checa, Suecia y Suiza.

2.2.3. Estructura de la investigación. Variables y técnicas utilizadas.

La presente tesis tiene la estructura típica de una investigación de carácter cuantitativo. La misma se representa de manera gráfica en la figura 2.1. En el presente capítulo se han revisado de forma muy sucinta las principales teorías que describen y explican el origen y desarrollo de las actitudes políticas de la ciudadanía. A partir de la revisión pormenorizada de la literatura que realizaremos al inicio de los próximos capítulos, se deducirán una serie de hipótesis. El objetivo principal de esta tesis es someterlas a prueba empírica, para lo que traduciremos los conceptos implicados en esas hipótesis a variables cuantificables. En el caso de esta tesis, esto supone buscar las preguntas en las encuestas que mejor miden el *explanandum* (variable dependiente) y los *explanans* (los factores explicativos). A continuación, se producirán los datos necesarios para falsar dichas hipótesis, y se analizarán los mismos de acuerdo con las técnicas más adecuadas. Se comentarán los resultados producidos, poniéndolos en relación con las hipótesis y la teoría inicial, quedando ésta falsada o bien fortalecida. Ésta es la estructura a la que responde la presente investigación, aunque cabe hacer algunas matizaciones.



Fuente: elaboración propia. Adaptado de Corbetta (2003: 73) siguiendo la metodología de los diagramas de flujo.

Este estudio parte de una teoría general, en el marco del racional culturalismo. Dicha teoría general propone que podemos explicar la implicación política de los españoles tanto a través de su

socialización como de factores relativos al contexto político y que, de hecho, ambos grupos de factores interactúan en la formación de este fenómeno. Es decir, que ambos tipos de explicaciones son compatibles y necesarios para comprender en su complejidad esta actitud. Sin embargo, cada uno de los siguientes capítulos busca desarrollar una serie de teorías más concretas para comprobarlas siguiendo distintas estrategias empíricas.

Así, en cada capítulo se proponen una serie de factores que guardan un nexo causal con el objeto de este estudio y se comprueba si existe dicho nexo. Además, estas posibles causas se introducen progresivamente, de acuerdo al orden en que se han presentado las corrientes teóricas en las que se enmarca esta investigación, que es también el orden cronológico en que aparecieron dichas explicaciones. Por ejemplo, se discute si la socialización política importa, en qué medida y si es conveniente abordarla como un proceso integral (capítulos 4, 5 y 6) antes de atender a la relevancia del contexto político (capítulo 7). Cada uno de estos capítulos arranca con una revisión bibliográfica, el planteamiento de unas hipótesis, la propuesta de una metodología adecuada para su estudio y un análisis de los resultados obtenidos con relación a la teoría y las hipótesis sugeridas. En resumidas cuentas, el esquema general de esta tesis se corresponde con el planteado en la figura 2.1; pero también cada uno de los capítulos que analizan empíricamente la implicación política subjetiva (Capítulos 4 a 7).

Así pues, en el presente estudio la implicación política subjetiva ocupa el lugar de la variable dependiente, y será presentada con detalle en el siguiente capítulo²². El resto de variables manejadas pertenecen al grupo de las variables independientes, las cuales podemos agrupar en dos conjuntos de factores explicativos: los relativos al contexto y los relativos a la socialización. En la tabla 2.3 se exponen en la primera columna estos dos grandes conjuntos de factores explicativos surgidos de las corrientes de la literatura ya presentadas. Junto a los indicadores que se han utilizado para medirlos, se menciona también el capítulo en que aparecen, el nivel de análisis para el que se comprueba su relación con la implicación política subjetiva, y las estrategias empíricas seguidas para ello. A continuación, detallaré las técnicas aplicadas en cada caso, avanzando de acuerdo al orden que siguen los capítulos de esta tesis.

El capítulo 3 no aparece en la tabla 2.3, puesto que la naturaleza de dicho capítulo es descriptiva. Siguiendo la recomendación de Merton (1987), resulta necesario establecer y describir primero el hecho social que nos interesa, en este caso, la implicación subjetiva de la ciudadanía. Así, el capítulo 3 se centra en la operacionalización y descripción de la variable dependiente, proporcionando evidencia empírica esencialmente descriptiva. Presentaremos tablas de frecuencia y gráficos de la evolución de los indicadores de implicación, así como análisis bivariados de su relación con otros fenómenos como la participación política objetiva o el civismo. También se presenta la estrategia seguida para operacionalizar la variable dependiente; el análisis factorial confirmatorio, que da como resultado una variable dependiente de tipo cardinal.

²² El análisis causal en las ciencias sociales agrupa todas las estrategias y técnicas de elaboración de modelos causales que expliquen los fenómenos estudiados aplicados con el ánimo de contrastar empíricamente las hipótesis planteadas por el investigador. Denominamos al primer tipo de variables causas, factores explicativos, variables exógenas o variables independientes; mientras que las segundas reciben el nombre de consecuencias, factores explicadas, variables endógenas o variables dependientes (King et al. 2000).

En el capítulo 4 se analiza el discurso de algunos agentes socializadores del franquismo con el fin de averiguar cuál era la posición de las élites franquistas a propósito del género femenino y la política. Éste es uno de los escasos puntos en que se trata de apoyar los argumentos de esta tesis en evidencia cualitativa. Por otra parte, con la finalidad de averiguar en qué proporción encontramos hombres y mujeres implicados en España y si existen diferencias significativas, recurriré al contraste de medias, tablas de contingencia y correlaciones dependiendo de la naturaleza lógico-matemática de cada una de las variables analizadas. Estas técnicas bivariadas nos permiten además describir las diferencias en la tendencia a implicarse de jóvenes y adultos. Al término de este apartado se introduce el primer análisis multivariado. Mediante regresiones lineales de mínimos cuadrados ordinarios estimaremos de manera simultánea el impacto de la edad, el género y el nivel de estudios sobre el fenómeno que nos ocupa; aislando el efecto de cada una de estas variables para cada año de los que disponemos de datos sobre implicación política entre 1985 y 2006.

En el capítulo 5 se realiza un análisis por cohortes de los niveles de implicación política subjetiva que muestra cómo se distribuye la proporción de ciudadanos interesados y eficaces en cada una de las generaciones políticas españolas a lo largo del período 1985-2006. Por otra parte, observaremos si estas cohortes presentan diferencias significativas en cuanto a sus valores del factor de implicación política. Basándonos en esta evidencia, trataremos de separar los efectos del período, la edad y las cohortes a partir del cálculo de las diferencias longitudinales, transversales y de lapso de tiempo para cinco parejas de años y de cohortes. Por último, se estima, mediante una regresión de mínimos cuadrados ordinarios, los valores agregados de ciudadanos implicados para cada año y cohorte. En esta estimación se utilizan como variables independientes las cohortes y los años en que se han recogido estos datos, los cuales aproximan el efecto del período político. Su principal finalidad es averiguar cuál de estos factores es el que consigue explicar en mayor medida la variación de la proporción de ciudadanos implicados en política el periodo 1985-2006.

El objetivo del capítulo 6 es construir un modelo de socialización política activa integrado. Para ello se propone un modelo de estimación de la implicación política subjetiva a partir de ecuaciones estructurales. Esta técnica permite incluir entre los factores explicativos la mayor cantidad posible de agentes, efectos y fases de la socialización política, además de estimar sus efectos directos e indirectos sobre la variable dependiente y desentrañar la relación que tienen entre sí las fases del proceso de socialización. Comenzaremos el capítulo 6 describiendo aspectos sociodemográficos de la sociedad española que ayudarán a comprender la acción de los diversos agentes de socialización en los distintos momentos de la vida. Finalmente, se proponen tres modelos de estimación de los valores individuales del factor de implicación política subjetiva para los españoles y en el año 2002. En estos modelos, la acción de los agentes socializadores se controla por otros efectos relacionados con la socialización, como las cohortes y los eventos que los entrevistados creen influyentes en su manera de pensar. Mediante una serie de estadísticos de ajuste de dichos modelos se argumenta que la socialización política adulta depende en parte de la infantil, y que la secundaria consigue predecir mejor los valores de la variable dependiente.

Tabla 2.2. Resumen de factores, variables y estrategias utilizadas en esta tesis

GRUPO DE FACTORES	FACTOR	VARIABLE Operacionalización del factor	CAPÍTULO	TIPO DE ANÁLISIS	NIVEL DE ANÁLISIS	ESTRATEGIA METODOLÓGICA	
Socialización Política	Sociodemográficos	Género	Género	4 6 (v. control) 7 (v. control)	Bivariado y multivariado	Agregado e individual	Correlaciones. Tablas de contingencia. Regresiones de mínimos cuadrados
		Ciclo vital/ Edad	Edad. Continua y codificada en 3 categorías	4	Bivariado y multivariado	Individual	Correlaciones. Reg. de mín. cuadrados. Gráfico dispersión.
		Educación	Nivel de estudios codificado en 3 categorías; Nivel de estudios codificado en 11 categorías	4 7 (v. control)	Bivariado y multivariado	Agregado e individual	Correlaciones. Regresiones de mínimos cuadrados
	Agentes de Socialización	Cohortes	Cohortes como variables dicotómicas	5 6 (v. control) 7 (v. control)	Bivariado y multivariado	Agregado e individual	Análisis de Cohortes. Regresión de mínimos cuadrados
		Familia	Discusión política con la familia, infancia; Participación de los padres en manifestaciones en la infancia	6	Multivariado	Individual	Estimación de efectos directos e indirectos mediante ecuaciones estructurales
		Colegio	Discusión política en el colegio, infancia				
		Trabajo	Percepción de la capacidad de influir en el trabajo				
		Medios de comunicación	Seguimiento de noticias políticas en prensa	6 y 7			
			Seguimiento de noticias en radio y televisión				
		Amigos, grupo de iguales	Discusión política con amigos Frecuencia de discusión política en general				
Contexto y coyuntura política	Período	Punto de inflexión, delimitador de cohortes	5 (6 y 7 v.control)	Bivariado y multivariado			
		Hecho político por el que se sienten influidos los entrevistados	7 6 (v. control)				
		Nº de eventos/ año; Nº de eventos/mes celebración de Elecciones	7	Bivariado y multivariado	Agregado e individual	Gráficos de dispersión, correlaciones, regresiones de mín. cuadrados con y sin interacciones mediante falso panel	
	Contexto económico	Indicadores de Crecimiento, Desempleo e inflación	7	Bivariado	Agregado	Gráficos de dispersión y correlaciones	
	Conflictividad/ Actividad/ capacidad de movilización de las élites	Indicadores de actividad parlamentaria y legislativa	7	Bivariado	Agregado	Gráficos de dispersión y correlaciones	
Competitividad elecciones		7	Bivariado y Multivariado	Individual	Correlaciones. Regresiones de mín. cuadrados con y sin interacciones mediante falso panel		

Fuente: elaboración propia.

Al exponer el marco teórico de esta investigación se ha insistido en que la misma se inspira en dos literaturas distintas que contribuyen a explicar el fenómeno de la implicación política subjetiva. La manifestación empírica de este marco teórico mixto es la presencia de variables que provienen tanto de la literatura relacionada con el culturalismo y las teorías de la socialización política como de las que insisten en el papel del contexto. Sin embargo, hasta el capítulo 6 han tenido mucha más relevancia las primeras que las últimas, ya que el contexto político únicamente aparece como un factor capaz de configurar cohortes (capítulo 5) o como una variable que controla los efectos de los agentes de socialización bajo la forma de hechos políticos que los entrevistados consideran influyentes (capítulo 6). En el capítulo 7 el contexto cobra mucha más relevancia, pasando a ser protagonista de las estimaciones de la implicación política subjetiva.

Inicialmente, se comprueba la relación del objeto de estudio con ciertos indicadores económicos y de actividad parlamentaria y legislativa únicamente de manera bivariada. A continuación, se investiga de manera más sistemática el efecto de la coyuntura política, retando a la literatura que considera que las actitudes relacionadas con la implicación son de naturaleza exclusivamente simbólica, formándose en la infancia y permaneciendo después estables. Nos detendremos particularmente en la noción de “eventos políticos”, construyendo una tipología de los mismos; y plantearemos que éstos pueden causar efectos directos e indirectos, así como efectos provocados por la acumulación de estos sucesos o bien por el carácter especial de algunos de ellos, como son las elecciones excepcionales.

Para comprobar a nivel individual estas hipótesis se realizan una serie de estimaciones multivariadas del factor de implicación política. Se intentará demostrar que existe una interacción entre estos indicadores coyunturales –número de eventos a lo largo de un año y competitividad electoral- y los indicadores de socialización política escogidos. Para ello, se ha construido una base de datos a partir de encuestas realizadas en distintos años, procurando que la codificación de todas las variables en juego sea equivalente. A partir de este “falso panel”, se realizan una serie de regresiones de mínimos cuadrados que incluyen interacciones entre ambos grupos de factores. Éstas confirmarán el nexo de mediación y potenciación entre la socialización y la coyuntura política, de manera coherente con el marco teórico que aquí se ha expuesto.

Una vez que se ha realizado un recorrido somero por los contenidos y estructura de la presente investigación se cierra este capítulo con un apartado de conclusiones, donde se destacan algunas de las cuestiones pendientes por resolver en las corrientes teóricas esbozadas al inicio de este capítulo

2.3 . Conclusiones: principales aportaciones de esta tesis a la literatura sobre actitudes.

En esta investigación se adopta la acepción del concepto de Cultura que abarca una serie de actitudes políticas mesurables, en cuyo surgimiento y desarrollo pueden intervenir aspectos tan concretos como las características del medio ambiente político del ciudadano. Comparto con las obras más clásicas de esta literatura el convencimiento de que la cultura es esencial para comprender el comportamiento político de los ciudadanos, y la situación de ésta entre el nivel macro y micro de la política; esto es, entre el sistema político y los individuos. También coincido con estos estudios clásicos en la convicción de que el proceso de socialización política constituye una de las claves para entender

la aparición de los fenómenos actitudinales. Sin embargo, intentaré una aproximación al estudio de estos efectos lo más amplia posible, incluyendo el mayor número de fases y agentes de socialización y no sólo los propios de la infancia.

Esta medida se toma previendo que la implicación política es una dimensión actitudinal suficientemente compleja como para que sus componentes puedan explicarse por factores y teorías distintas. Por otra parte, pondremos mucha más atención en el surgimiento y evolución de la implicación política subjetiva que en su continuidad. Así, los aspectos de la socialización no se proponen únicamente como un factor que explica el anclaje y la estabilidad, sino también como un posible motor de cambio; tanto entre generaciones como a lo largo del ciclo vital. Tampoco nos limitaremos al estudio de estos fenómenos a nivel agregado, mediante análisis de cohortes que sólo explican el reemplazo generacional. Contemplaremos estos procesos también a nivel individual, lo que permitirá desentrañar la relación que tienen entre sí las distintas fases y agentes de la socialización y explicar los cambios actitudinales en el curso de la vida del individuo en función tanto de la intervención de su entorno social como de los acontecimientos políticos que éste viva.

Por otra parte, tomaremos del enfoque de la elección racional el énfasis en el papel del contexto político y su aproximación probabilística a los problemas que busca explicar. Como consecuencia, este trabajo parte de un enfoque teórico híbrido, conocido en la literatura recientemente como racional culturalismo. Para explicar el origen de la implicación política es necesario recurrir a la socialización; pero los individuos pueden realinear sus actitudes como reacción al contexto político y a la influencia de los distintos agentes de socialización durante la vida adulta de los ciudadanos. Del contexto político destacaremos aquí el nivel de actividad y conflictividad de la élite política, los indicadores de desarrollo económico, el número de eventos sucedido en un período de tiempo como indicador de una coyuntura política convulsa y la celebración de elecciones. Estas últimas recogen tanto el efecto de un contexto cambiante como el nivel de conflictividad política, dependiendo de su grado de excepcionalidad.

En definitiva, ¿qué es lo que pretende aportar esta tesis a la literatura existente sobre implicación política? En primer lugar, claridad en la definición del objeto de estudio, en su encaje en las distintas corrientes teóricas que han tratado este problema desde muy diversas ópticas y en su medición, la cual se abordará en el siguiente capítulo. En segundo lugar, la consideración de España como objeto de estudio bajo un prisma menos pesimista e historicista. En este caso, la novedad consiste en que no nos preguntaremos por qué existe un gran número de españoles alienados, sino que prestaremos atención a cómo y por qué evoluciona la minoría implicada en las últimas décadas. Adoptaré, por tanto, una perspectiva explicativa y multicausal, como consecuencia del pluralismo teórico del que partimos. Como se acaba de exponer, en esta tesis se ponen en contacto dos corrientes de la literatura que raramente colaboran en la explicación de fenómenos de naturaleza política, intentando superar sus respectivas limitaciones. Salvaré las que proceden del culturalismo estudiando los procesos individuales de socialización política activa, para lo que pondré en práctica una serie de técnicas innovadoras que apenas han sido utilizadas en el análisis de objetos tan clásicos como las actitudes políticas. Además, el lector observará que se comprueban alternativamente las hipótesis por distintos métodos para garantizar la robustez de los resultados obtenidos. Por otra parte, también es novedoso

el énfasis en los aspectos más cotidianos y cambiantes de la política española, en lugar de insistir en los marcos de incentivos que configuran las instituciones políticas estables. Estos aspectos más dinámicos de la política nos llevan a la principal aportación de este estudio: demostrar que determinados patrones de socialización en la edad adulta (los que incitan al pensamiento crítico, a informarse y asentirse más eficaz respecto a la política) y ciertos contextos políticos (gran densidad de eventos políticos, celebración de elecciones excepcionales) interactúan, potenciando su efecto positivo sobre la implicación política de los individuos.

Para someter a prueba empírica todas las hipótesis presentadas hasta ahora se ha optado por un diseño de investigación en el que primero se describe el objeto de estudio con detalle a lo largo del período analizado en esta tesis, y recurriendo a la comparación de la democracia española con otras democracias europeas. A continuación, se explica la variación de los niveles ciudadanos de implicación política entre 1985 y 2006 en función de los distintos factores explicativos que las teorías sugieren. Para ello se utilizarán datos de encuesta casi siempre procedentes del banco de datos del CIS, así como datos del contexto político, social y económico en el que los ciudadanos viven. Esto nos permitirá obtener suficiente variabilidad en los valores de las causas implicadas en esta investigación como para poder aislar el impacto de cada una de ellas.

Los distintos factores explicativos de esta tesis serán presentados en el mismo orden en que han ido surgiendo en la literatura sobre actitudes políticas. Comenzaremos por algunos de los factores sociodemográficos más clásicos (edad, género y nivel de estudios), que aquí se interpretarán como indicadores de procesos agregados de socialización política. Continuaremos por el análisis de los efectos de las cohortes y los períodos en el capítulo quinto. Posteriormente abordaremos en el sexto capítulo la posibilidad de que exista un patrón de socialización política activa que actúe a nivel individual y al margen de los efectos de las cohortes y el período. Para terminar, se presentan algunos posibles efectos del contexto y se ponen en relación con los factores de socialización política, demostrando que ambos conjuntos de variables interactúan en el proceso de formación y evolución de la implicación política subjetiva.

Pasemos, a continuación, a describir nuestro objeto de estudio. El mismo ya ha sido caracterizado brevemente y desde una perspectiva teórica y comparada en el capítulo 1, pero ahora será presentado, medido y descrito de forma más sistemática y empírica.

CAPÍTULO 3. LA IMPLICACIÓN POLÍTICA SUBJETIVA. ANTECEDENTES Y OPERACIONALIZACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO.

Hasta el momento, se ha expuesto la relevancia del objeto de este estudio, su situación en los principales debates teóricos y la aportación que a éstos hará esta tesis, así como las principales técnicas y datos que se utilizarán para ello. Queda por resolver una serie de asuntos prácticos, empezando por cómo se medirá la dimensión de la implicación política subjetiva. Sin afrontar este reto, no podremos saber cuántos españoles se sienten comprometidos con la política, en qué medida lo están y a qué se debe la desigual distribución de este sentimiento entre los ciudadanos.

A continuación, presentaremos la operacionalización y características del objeto de este estudio. El presente capítulo se estructura como sigue. En un primer apartado, se analiza la relación de la implicación política subjetiva con otras dimensiones actitudinales precursoras en la medición de las actitudes políticas de la ciudadanía. Seguidamente, se establecen las diferencias y similitudes de la operacionalización de la implicación elegida en este estudio con la de Verba, Schlozman y Brady (1995), uno de los puntos de referencia de esta investigación. Para ello se revisarán las características del interés y la eficacia política interna, y se argumentará la decisión de excluir el conocimiento político objetivo del índice de implicación subjetiva con la política. En el tercer apartado se detalla el proceso de operacionalización de la implicación política subjetiva y se presentan los resultados descriptivos del factor de implicación propuesto. Seguidamente, se responde a la pregunta de cuántos españoles se sienten implicados en política y en qué medida lo están, midiendo la implicación según se ha defendido previamente. Para ello se ofrece evidencia descriptiva de la implicación política subjetiva de los ciudadanos españoles desde 1985 hasta 2006 y en comparación con otros ciudadanos de Europa Occidental. Finalmente, se argumenta cuál es el valor añadido de esta variable como predictora de los fenómenos de participación política y del compromiso con la política.

3.1. Los antecedentes de la implicación política subjetiva.

El estudio de la implicación subjetiva de los ciudadanos con el mundo político hunde sus raíces en los años 70, cuando se acuñaron algunos conceptos fundamentales dentro del campo de la Cultura Política. La mayor parte de éstos trataban de describir y explicar el distanciamiento del ciudadano respecto a la política. El objeto de estudio de estas páginas se basa en algunos de estos conceptos cuyo contenido vamos a resumir en los siguientes párrafos.

En primer lugar, el concepto de *apoyo* de los ciudadanos al sistema político puede considerarse como el antecedente fundamental de la implicación política. Easton(1965) definió el apoyo político como un conjunto de actitudes favorables y de buena voluntad que ayuda a los ciudadanos a aceptar o tolerar productos políticos a los que se oponen o que van en contra de sus intereses. Un segundo concepto, planteado en términos negativos (esto es, de rechazo) es el de *alienación política*. El mismo se define como el sentimiento de extrañeza hacia el sistema político (Olsen 1969). Ambos conceptos,

alienación y apoyo, presentan un nivel de abstracción demasiado alto como para poder medirlos en la realidad de forma fiable, dado que aluden a diversas dimensiones actitudinales de los ciudadanos.

La falta de implicación de los ciudadanos con los distintos aspectos de la política se ha materializado en distintos conceptos que tratan de descender en el nivel de abstracción teórica hasta un punto en el que puedan medirse empíricamente. Un ejemplo relativamente reciente es el de *desafección política*, noción que se define como el desapego, alienación, rechazo y hostilidad por parte de la ciudadanía hacia algunos objetos del sistema político. Más específicamente, es el “sentimiento subjetivo de ineficacia, cinismo y falta de confianza en el proceso político, políticos e instituciones democráticas que generan distanciamiento y alienación pero sin cuestionar la legitimidad del régimen político” (Torcal 2001: 11). De este modo, se pueden distinguir dos dimensiones dentro del concepto más general de la desafección política. La primera es la falta de implicación política o desapego político, expresado a través del desinterés y la desconfianza de los ciudadanos hacia la política en general. La segunda es la desafección institucional, que engloba la percepción por parte de la ciudadanía de que los políticos no son receptivos -o lo que es lo mismo, un déficit de eficacia política externa- y una falta de confianza en las instituciones políticas representativas (Torcal 2003).

En contraposición con los conceptos hasta ahora tratados que expresan el rechazo de los ciudadanos hacia la política, el campo de estudios del comportamiento político también ha desarrollado el concepto de implicación política que expresa la misma idea en forma positiva. El estudio de la implicación política subjetiva, como el de otras actitudes relevantes en este campo, también está vinculado al interés por el voto y otras formas de participación. Tal vez el primer antecedente directo de la implicación política lo encontramos en los trabajos de la escuela de Michigan. Se trata del *political involvement*, un índice que aúna el interés por la campaña electoral, el sentido del deber y la preferencia partidista. Éste se propuso como uno de los predictores actitudinales del voto dentro del conocido modelo psicosocial (Campbell et al. 1960)²³.

Desde entonces, no existe un acuerdo sobre las distintas dimensiones empíricas que contiene el concepto de *political involvement*, denominado más recientemente *political engagement* por la literatura anglosajona. Algunos autores incluyen bajo esta denominación el interés por la política, la discusión política, la pertenencia a un partido, y haber participado en una manifestación o petición (Kirlin 2003, Tóka 2003). Otros consideran también la intención de contactar con funcionarios y donar dinero o trabajar en campañas, variables que más bien miden el potencial de participación política (Campbell y Wolbrecht 2004). La inclusión de variables sobre el potencial de participación en los índices de implicación política se ha combinado, asimismo, con la confianza en los políticos y el interés por la política. El hecho de tener en cuenta tanto formas objetivas de participación como actitudes que apuntan al potencial de participación de los ciudadanos responde a la intuición de los investigadores de que esta dimensión se encuentra estrechamente relacionada con la acción política. Sin embargo, si

²³ El modelo de Michigan, llamado también psico-social, emergió en el ámbito del *Institute for Social Research* (ISR) de la Universidad de Michigan, y es uno de los dos modelos conductistas de predicción del voto ya mencionados en el capítulo anterior. El segundo de estos modelos es el denominado “modelo de Columbia”, centrado en las variables sociológicas como la clase, la filiación religiosa o el tipo de residencia. El modelo de Michigan considera la identificación Partidista una antecesora de las otras actitudes y, en cierta manera, una organizadora de la percepción de los temas y candidatos.

recurrimos a estas variables para medir la implicación política, la invalidamos como predictora de la participación, al estar midiendo prácticamente la misma cosa.

Éste es, pues, el principal problema que presentan algunos de los índices de *political engagement* propuestos por la literatura: el hecho de incluir a la vez indicadores actitudinales y de actividad política. Podemos deducir de ello que el aumento de la preocupación por el “déficit democrático” en los ciudadanos de las democracias occidentales se ha visto acompañado de una gran confusión en la definición del problema. Mientras algunos autores se preocupan por el déficit de los distintos tipos de participación política (Norris 2002b), otros engloban bajo el concepto de “compromiso cívico” aspectos relacionados con la participación y actitudes cívicas (Inglehart 1981, Banducci 2003, Pattie et al. 2003).

La preocupación por la falta de compromiso de los ciudadanos con la política y los nuevos enfoques que hablan de “civismo” o “ciudadanía cívica” han generado nuevas propuestas para medir estas características positivas. Resulta complicado encontrar un consenso sobre la mejor forma de medición de la implicación de los ciudadanos con la política, pero hay al menos una convención que se respeta en los últimos años. Los índices que contienen variables actitudinales junto a rasgos de comportamiento político, como es el caso de ejemplos de participación política no convencional, suelen denominarse “*civic engagement*” (Pattie et al. 2003, Mutebi 2006). A su vez, el “*civic engagement*” o *compromiso cívico* constaría de una dimensión relacionada con la participación política no convencional y otra denominada “eficacia civil”. Esta última recoge el sentimiento que tienen los ciudadanos de sentirse informados, de que son capaces de influir en las decisiones políticas o de provocar cambios, todos ellos indicadores de eficacia política interna (Fahmy 2004). Aquí nos inclinamos por entender por *compromiso cívico* como esas manifestaciones objetivas de participación, movilización u organización de la sociedad civil, tal y como hicieron otros autores clásicos del comportamiento político (Putnam 1995, Skocpol y Fiorina 1999). La vertiente psicológica de este fenómeno sería el *political engagement*, que en esta investigación se ha creído oportuno traducir al español por “implicación política subjetiva”.

3.2. Los indicadores de implicación política subjetiva: interés y eficacia.

El presente estudio toma como referencia la medición de la implicación de los ciudadanos con la política propuesta en la obra de Verba, Scholzman y Brady *Voice and Equality* (1995), así como por Brady (1999). Estos autores defienden que la implicación política constituye uno de los dos principales predictores de la participación política, junto a los recursos económicos, sociales, y culturales. Para ello, distinguen tres aspectos del concepto de compromiso o implicación política: el interés, la eficacia y los conocimientos sobre política.

A continuación, revisaremos los principales hallazgos relacionados con cada uno de los componentes de la implicación política señalados por estos autores. La intención de esta revisión es doble. Por una parte, argumentar a favor de una operacionalización de la implicación política aún más simple y acorde con la teoría y con los hallazgos empíricos más relevantes sobre la implicación de los ciudadanos. Por otra, apuntar que, aunque existen múltiples trabajos que utilizan estas actitudes como

indicadores de otros fenómenos, aquí nos interesan en tanto que indicadores de la implicación política subjetiva de la ciudadanía.

La primera de estas actitudes es el interés por la política, probablemente una de las orientaciones más generales hacia lo público. Sin embargo, no todos los estudios que han tenido en cuenta el interés por la política han considerado que se trata de una orientación psicológica hacia algún objeto del sistema político. Las corrientes más alejadas del culturalismo interpretan el interés político como un reflejo de los intereses económicos y sociales del individuo²⁴. En el terreno de la cultura política, podríamos describir el interés como la curiosidad por los asuntos relacionados con la política que condicionará la manera en que el individuo procesa la información del contexto político donde vive; es decir, como la orientación hacia la política opuesta a la indiferencia (Van Deth 1990, Fiske y Taylor 1991). Desde este punto de vista, el interés equivaldría al grado en que el ciudadano está dispuesto a recibir y procesar información relacionada con ésta. En un sentido ligeramente más amplio, el interés por la política haría referencia a su orientación hacia la política en general, al *sentimiento* de atracción hacia la política (Delli Carpini y Keeter 1996). Estas consideraciones abren un primer debate acerca de la naturaleza del interés por la política. ¿Es un sentimiento o una predisposición a informarse?, ¿se trata de una actitud afectiva o cognitiva?

Una de las primeras tipologías de actitudes políticas es la que distingue entre orientaciones cognitivas, evaluativas y afectivas (Almond y Verba 1963). Esta distinción tiene su origen en la psicología, como el propio concepto de actitudes. Inicialmente se supuso que todas eran de naturaleza afectiva; pero posteriormente se describieron actitudes más complejas, a partir de la evidencia de que los juicios evaluativos y los conocimientos requieren una mayor madurez psicológica. De esto se deduce que las actitudes afectivas surgen antes, se mantienen más estables y sirven como base para la formación y desarrollo de actitudes más complejas. Las actitudes cognitivas, en cambio, se refieren a los conocimientos sobre los actores políticos relevantes y las acciones que éstos desarrollen, así como sobre las reglas del juego político. Este recurso se distribuye de forma desigual entre los ciudadanos en función del nivel de su información política y de sus recursos socioeconómicos y culturales (Delli Carpini y Keeter 1996, Althaus 2003).

Una implicación importante de este debate es que, mientras que las actitudes cognitivas suelen estar más relacionadas con el nivel de educación, las orientaciones afectivas se asocian más a valores y creencias simbólicas transmitidas en momentos tempranos del proceso de socialización (Pollack y Mishler 2003). La mayor parte de la literatura coincide en describir el interés por la política como una variable simbólica y afectiva. El desinterés, de hecho, sería la principal manifestación de un rasgo cultural preocupante, el desapego político, también presente cuando la política provoca sentimientos negativos entre los ciudadanos o cuando los asuntos públicos son considerados poco importantes. El desapego se considera una amenaza para la virtud cívica y un obstáculo para la creación de capital social, además de un impedimento para que la democracia funcione como mecanismo de control del

²⁴ Esta concepción del interés político, aunque no es la que se adoptará en este estudio, puede ayudarnos a entender algunos de los condicionantes que explican el origen y cambio de esta actitud, al tener como referencia el contexto sociopolítico y económico en que se desenvuelve el ciudadano.

poder político (Martín 2005b). Su manifestación contraria es el apego a la noción de política, el sentimiento de vinculación a lo público, por lo que se alinearía entre las variables afectivas. Si esto es cierto, el interés por la política muy bien podría generarse en los primeros años de la vida del individuo y permanecer estable a lo largo de su vida. En cambio, la concepción del interés como “atención” hacia la política supone que el ciudadano interesado está dispuesto a informarse sobre el sistema político. Esta predisposición a aprender sobre elementos del sistema político podría variar con más facilidad. Un argumento para defender la pertenencia del interés por la política al grupo de actitudes cognitivas es que se trata de uno de los principales predictores del grado de conocimiento sobre política que presenta un individuo. Así, el interés supone la motivación necesaria para que el ciudadano se construya su propio mapa mental de conceptos políticos, como por ejemplo la ideología (Klingemann 1979, Zaller 1992).

Para comprobar en qué medida interés e información política están asociadas en España –y, por tanto, su vínculo con las actitudes cognitivas-, se ha analizado la relación entre ambas en la tabla 3.1. Esta tabla muestra la distribución de la frecuencia de lectura de prensa en función del interés por la política de los españoles para el período de tiempo que transcurre entre 1985 y 2006. Con el objetivo de resumir al máximo la información, se ha recodificado la frecuencia de lectura de prensa como una variable dicotómica; agrupando a los individuos que leen prensa diariamente o entre 3 y 4 días a la semana frente al resto de entrevistados. Resulta evidente que los ciudadanos muy o bastante interesados son también los más propensos a leer frecuentemente prensa. El porcentaje de personas que leen frecuentemente prensa entre los que manifiestan mucho o bastante interés por la política llega a ser del 88% en 1998.

Por otra parte, un 35% de los poco o nada interesados por la política leían frecuentemente prensa en 1985, pero sólo un 14,5% lo hacen en el año 2006. Tanto los muy interesados como los menos interesados cada vez leen menos prensa, aunque esta tendencia es más acusada entre los últimos. La medida de asociación entre las dos variables Phi –que puede tomar valores entre 0 y 1 según la asociación sea mínima o máxima, respectivamente- es elevada y especialmente destacable en 1989, 1998, 2002 y 2006, por lo que no podemos afirmar que dicha relación se haya atenuado a lo largo del tiempo. Aunque desde el año 2002 el interés por la política estaría menos vinculado a la propensión a informarse, el desinterés cada año predeciría mejor la desinformación, como indica el hecho de que un 85% de los desinteresados no leen apenas información política en 2006, frente al 65% de los desinteresados que no lo hacían en 1985.

La evidencia que acabamos de comentar sugiere que el interés por la política tiene cierta carga cognitiva porque incentiva a la búsqueda de información política en la prensa y, en consecuencia, aumenta la cantidad de conocimientos sobre política del individuo. Sin embargo, esta creciente carga cognitiva del interés –y, sobre todo, del desinterés político- no tendría por qué ser incompatible con algunas características afectivas.

Tabla 3.1. Propensión de los españoles a informarse sobre política por la prensa e interés por la política.

	1985		1989		1996		1998		2002		2004		2006	
	<i>Poco/ ningún interés</i>	<i>Mucho/ bastante interés</i>	<i>Poco/ ningún interés</i>	<i>Mucho/ bastante interés.</i>	<i>Poco/ ningún interés</i>	<i>Mucho/ bastante Interés.</i>	<i>Poco/ ningún interés</i>	<i>Mucho/ bastante interés.</i>	<i>Poco/ ningún interés</i>	<i>Mucho/ bastante interés</i>	<i>Poco/ ningún interés</i>	<i>Mucho/ bastante interés</i>	<i>Poco/ ningún interés</i>	<i>Mucho/ bastante interés</i>
<i>Lee prensa diariamente o entre 3 y 4 días a la semana.</i>	35%	71%	20,9%	73,7%	31%	60,6%	36,9%	88%	16%	57,2%	19,2%	56,1%	14,5%	50,8%
<i>Lee prensa menos frecuen- temente o no lee. NS/NC.</i>	65%	28,9%	79,1%	26,3%	68,8%	39,4%	63,1%	12%	83,9%	42,8%	80,8%	43,9%	85,5%	49,2%
Total	100%		100%		100%		100%		100%		100%		100%	
N	2364		3343		2466		2492		4253		2496		3166	
Phi	0,31		0,47		0,29		0,48		0,39		0,37		0,38	

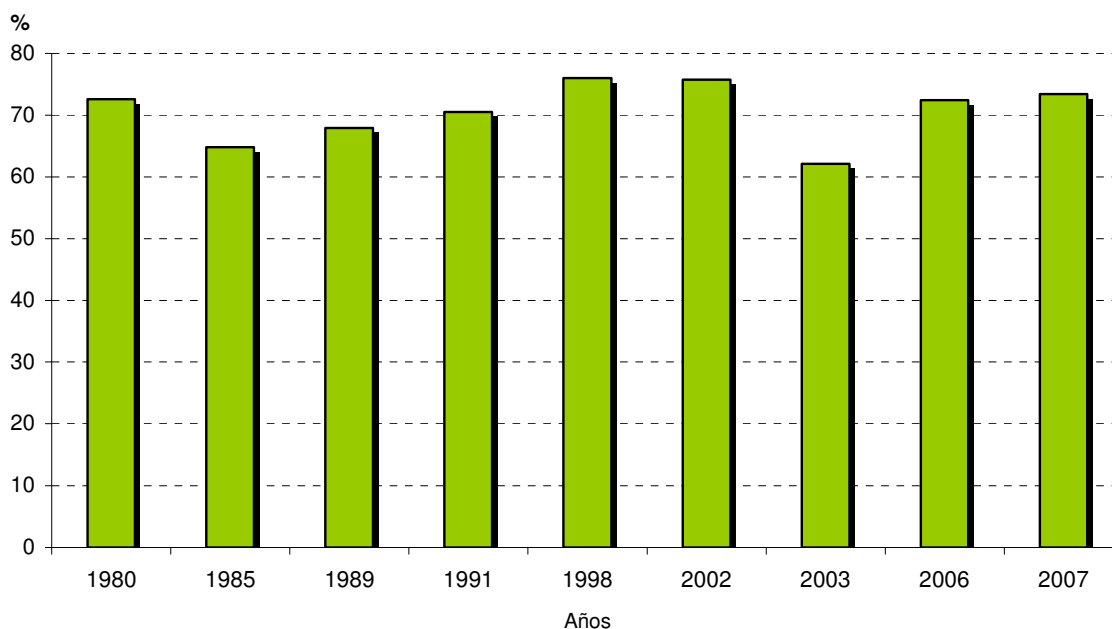
Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1641 (1985), 1788 (1989), 2218 (1996), 2312 (1998), 2450 (2002), 2575 (2004) y 2632 (2006)

En 1998 las categorías referentes a la lectura de prensa son “muy frecuentemente” y “bastante frecuentemente” contra todas las demás opciones.

El componente afectivo del interés por la política cobra especial relevancia si además se considera la percepción negativa de la política que comparten la mayoría de los ciudadanos en España. La figura 3.2 muestra la evolución del porcentaje de españoles para los que la política despierta sentimientos negativos entre 1980 y 2007²⁵. Se ha considerado que en 1980 manifiestan sentimientos negativos hacia la política los ciudadanos que respondieron que ésta “me tiene sin cuidado”, “me inspira desconfianza”, “me aburre” y “me da asco”. En 1985 se han agrupado como individuos con sentimientos negativos hacia la política aquellos que respondieron que lo primero que ésta les inspiraba era irritación, indiferencia, disgusto o desconfianza. A partir de 1989, se agrupan bajo la etiqueta “sentimientos negativos” el aburrimiento, la irritación, la indiferencia y la desconfianza. En la figura 3.2 observamos que los niveles de sentimientos negativos hacia la política son similares entre 1980 y 2007. Un promedio de un 70,6% de españoles manifestó este tipo de orientaciones para el período señalado. Sin embargo, este porcentaje desciende hasta el 64,8% y el 62% en 1985 y 2003, respectivamente, mientras que en los años 1998 y 2002 dicha proporción alcanza un 76% y un 75%²⁶.

En definitiva, la evidencia de la figura 3.1 sugiere, en primer lugar, que una amplia mayoría de españoles tiene una percepción negativa de la política. En segundo lugar, esta asociación de la política a sentimientos negativos no se ha atenuado con los años. Finalmente, las diferencias entre 1985 y 1998 o entre 2002 y 2003 invitan a pensar que estas percepciones pueden variar en el tiempo y que, por tanto, pueden estar vinculadas a elementos del sistema político que también varían.

Figura 3.1. Proporción de españoles que manifiestan sentimientos negativos hacia la política.



Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1237 (1980), 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2312 (1998), 2450 (2002), 2535 (2003), 2633 (2006) y 2700 (2007). Porcentajes sobre el total, incluyendo casos perdidos.

²⁵ Entre 1991 y 2002 la formulación de esta pregunta cambia, permitiendo que los encuestados mencionen más de un sentimiento.

²⁶ En 1985 el sentimiento por la política más extendido fue el interés. En contraste, la mayoría de los encuestados en 1980 respondieron que la política les traía sin cuidado; en 1989, que ésta les producía aburrimiento y en 1991, indiferencia. A partir de 1998, el sentimiento más asociado por los españoles a la política fue la desconfianza, compartido por un 30% de entrevistados.

Los sentimientos negativos que provoca el concepto de “política” llevan a pensar que los mismos deberían coincidir con el desinterés por la política en el caso español. La tabla 3.2. muestra los resultados del análisis de la relación entre los sentimientos negativos y el grado de interés hacia la política declarados por el entrevistado. Se ha utilizado la misma codificación de la variable “sentimientos por la política” recién expuesta. En este caso, es el interés por la política el que se distribuye en función de los sentimientos negativos hacia la misma, puesto que se quiere comprobar hasta qué punto la percepción de la política afecta a la manifestación del interés declarado por ésta.

La evidencia de la Tabla 3.2 revela que los sentimientos negativos y el desinterés están claramente asociados porque la gran mayoría de personas que afirman sentir aburrimiento, asco, irritación o indiferencia también aseguran sentir poco o ningún interés por la política. Además, la relación del desinterés con las orientaciones afectivas negativas no sólo resulta evidente, sino que parece aumentar conforme pasa el tiempo. La medida de asociación Phi ofrece valores negativos indicando la dirección de la relación entre el hecho de mostrar sentimientos negativos hacia la política y estar interesado en ésta. Dicha medida muestra valores superiores a 0,4 en 1989, 1991 y 2002. La excepción la encontramos en el valor de este estadístico en 1998, cercano a 0,3. Cabe recordar que este año encontramos la proporción más elevada de personas que manifiestan sentimientos negativos hacia la política (76%), por lo que también es el año en que más gente se orienta con curiosidad aunque con desconfianza hacia la esfera pública.

En definitiva, la asociación entre sentimientos negativos hacia la política y desinterés por lo público parece ser de mayor magnitud que la que vimos entre desinterés y desinformación. De la evidencia presentada hasta el momento podemos concluir, por tanto, que en España el interés por la política, y sobre todo el desinterés, presenta tanto rasgos cognitivos como afectivos.

Tabla 3.2. Propensión a interesarse por la política entre los españoles que manifiestan sentimientos negativos hacia ésta.					
	1985	1989	1991	1998	2002
<i>Poco /ningún interés</i>	87,9%	90,6%	90,6%	75%	87,8%
<i>Mucho/ Bastante interés</i>	12,1%	9,4%	9,4%	25%	12,3%
Total	100%	100%	100%	100%	100%
N	1546	2271	1738	1893	3219
Phi	-0,378	-0,44	-0,431	-0,271	-0,429

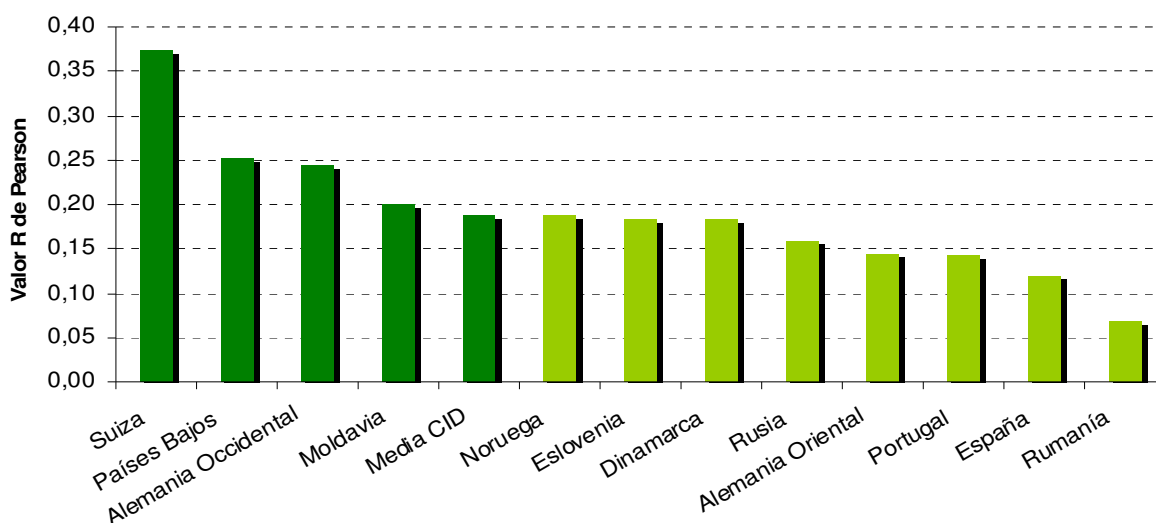
Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2312 (1998) y 2450 (2002)

Ahora bien, ¿Cuál es el significado del interés declarado por la política por parte de los entrevistados? Esta actitud ha formado parte de muchas otras variables compuestas, desde la mencionada “political involvement” de *The american voter* hasta un índice de sofisticación política (Neumann 1986). Pese a todo, el interés se considera ante todo un componente de la implicación política subjetiva básico, así como de los mencionados índices mixtos, como el “civic engagement” (Milbrath y Goel 1977, Van Deth 1990, Norris 1999). Su centralidad en esta dimensión actitudinal es tal que algunos autores llegan a construir una “escala de compromiso político” sólo a partir del interés del individuo por distintos ámbitos de la política (Whiteley 2005). Por este motivo, en estas páginas

también se considerará el interés por la política como la forma más básica de implicación con la política (Verba, Nie y Kim 1978).

Sin embargo, en el presente estudio no se considera al interés como un indicador suficiente de implicación política subjetiva. En primer lugar, porque el interés por la política no se relaciona tan intensamente con la participación política en España como en otros países de Europa. Para ofrecer evidencia empírica de esta afirmación, se ofrece una comparación del poder predictivo del interés sobre el voto declarado por los entrevistados en la figura 3.2. En ésta se representan los países que participaron en el estudio *Citizens, Involvement and Democracy* (CID) en 2002, ordenados según la intensidad de la asociación entre el interés político y el voto declarado mediante el coeficiente R de Pearson (cuyos valores se comprenden entre 0 y 1, indicando ausencia de correlación y relación perfecta, respectivamente)²⁷. Se ha elegido la variable “votó en las últimas elecciones legislativas de su país” por ser el voto la forma de participación más extendida y asequible para el ciudadano. También se ha recodificado el interés por la política como una variable dicotómica en que 1 equivale a estar muy o bastante interesado frente a estarlo poco o nada (valor 0).

Figura 3.2. Asociación del voto e interés por la política por países. Año 2002.



Fuente: elaboración propia a partir de la encuesta CID 2002. Sombreados, los países por encima de la media.

La figura 3.2 muestra que, efectivamente, estar interesado afecta positivamente a la probabilidad de votar en las elecciones, pero la magnitud de esta relación varía entre los países. En efecto, la relación parece ser mayor en Suiza, seguida de los Países Bajos, Alemania Occidental y Moldavia. Por debajo de la media de la muestra se encuentran el resto de países del estudio CID. España es el país en que menos relación existe entre ambas variables, si exceptuamos el caso de Rumanía, donde aún es más débil. En España, el interés por la política y el hecho de haber votado en las últimas elecciones guardan una correlación de 0,12.

²⁷ Se ha elegido esta encuesta porque a continuación seleccionaremos la muestra española del mismo sondeo para un análisis más detallado de la relación entre voto e interés.

La tabla 3.3 representa los resultados del cruce de ambas variables para el caso español. Los datos se han obtenido del estudio CIS 2450, que es la aportación española al proyecto CID y que cuenta con las mismas variables e indicadores. En dicha tabla observamos que un 75% del total de los entrevistados que declaran estar poco o nada interesados por la política reconocen haber ido a votar, es decir, en España votan muchas personas que manifiestan no interesarse por la política²⁸. Recordemos la evidencia presentada al inicio de este apartado, que sugería que la declaración de falta de interés puede tener que ver con un sentimiento negativo por la política y los políticos más que con una genuina indiferencia respecto a lo público.

Tabla 3.3. Interés por la política en España y voto. Año 2002			
	<i>Poco /nada interesados</i>	<i>Muy /bastante interesados</i>	Total
<i>No fue a votar en las últimas elecciones.</i>	25,1%	12,8%	22,4%
<i>Fue a votar en las últimas elecciones</i>	74,9%	87,2%	77,6%
Total	100%	100%	100%
N	3303	950	4253
Phi	0,12		

Fuente: elaboración propia a partir de los datos del estudio CIS 2450 (2002).

El segundo motivo por el que se defiende aquí que el interés por sí solo no es suficiente para medir el grado de implicación política de los españoles es que este indicador se refiere únicamente a la percepción de la política que tiene el individuo y no a la percepción que el ciudadano tiene de sí mismo en este ámbito. Resulta imprescindible disponer de información sobre la visión que la ciudadanía tiene de sus habilidades para desenvolverse en la esfera pública para conocer su implicación con ésta.

La eficacia política es una de las primeras actitudes políticas descritas en el campo de la Cultura Política y, por tanto, una de las más estudiadas. Esta orientación se identificó en un principio con el sentimiento de que la acción política individual podía tener un impacto sobre el proceso político, convirtiéndose así en un predictor del voto (Campbell et al. 1954). Más tarde, en *The American Voter*, Converse y sus colaboradores sustituyeron el nombre del término –que seguía significando lo mismo– por el de *competencia política*. Esta noción evolucionará en *The Civic Culture* de Almond y Verba, pasándose a llamar “competencia política subjetiva” y etiquetando la imagen que tienen los ciudadanos de sí mismos como actores dentro del proceso político.

Posteriormente, se distinguió entre las dimensiones interna y externa de la eficacia política. La eficacia política interna tiene como referente la percepción individual del propio papel en política. La externa, en cambio, se identifica con la percepción de los políticos por parte de los individuos, de sus actuaciones y su permeabilidad a las demandas de la ciudadanía. En definitiva, la eficacia política externa se refiere a la apreciación de los ciudadanos de la receptividad de los políticos, mientras que la eficacia interna equivaldría a la “competencia política” de *The American Voter* y la “competencia política subjetiva” de Almond y Verba (Lane 1959).

²⁸ Al término de este apartado nos detendremos en la evolución a lo largo del tiempo de la asociación entre interés y voto para el caso español.

A pesar de que la operacionalización del concepto de implicación política propuesta por Verba, Schlozman y Brady es la más convincente, ellos incluyen en su índice de “political engagement” los dos indicadores relativos a la eficacia política externa e interna. Aunque un bajo nivel de ambas *eficacias* es una manifestación del fenómeno conocido como desafección política, no lo es del de la implicación política (Torcal 2001 y 2003; Torcal y Medina 2002). Un individuo puede percibir como poco receptivas a las élites políticas y a la vez implicarse psicológicamente en política e incluso estar predispuesto a favor de la actividad política mientras su nivel de eficacia interna sea alto. En otras palabras, la eficacia externa es una manifestación de la desafección institucional (Torcal 2003) y no sería necesaria para la implicación psicológica del individuo en política, ya que incluso bajos niveles de eficacia política externa podrían estar relacionados con altos niveles de interés o importancia de la política en la vida. De hecho, España es un país caracterizado por un alto grado de cinismo político – o lo que es lo mismo, un bajo grado de eficacia política externa- y, sin embargo, ha llegado a ser el país Europeo en que más gente declara haber participado en manifestaciones (Ferrer 2005). Esto muestra no sólo que la participación política es compatible con la ausencia de eficacia política externa, sino que juntas incluso podrían configurar un fenómeno conocido ya como “participación desafecta” (Paramio 1998a). Por estos motivos, me inclino por excluir de mi índice de implicación política la eficacia política externa.

En relación con los antecedentes teóricos de la implicación política expuestos en el primer capítulo, la eficacia política interna está estrechamente relacionada con el sentimiento de empatía necesario para que el ciudadano se ponga en el lugar de los políticos. Este sentimiento empático puede derivar en una lealtad al sistema, pero también en la reclamación de responsabilidades o en la exigencia de un mayor poder de decisión para sí. Efectivamente, si un individuo tiene una buena concepción de su propio rol en la política, estará en condiciones de proyectar cómo habría hecho él tal o cual cosa en lugar de los políticos, e incluso de llevar a cabo alguna acción para materializar sus preferencias.

En cuanto a la naturaleza de la eficacia política interna, la literatura coincide en destacar su pertenencia al grupo de las orientaciones de tipo afectivo (Almond y Verba 1963, Abramson 1987), así como su relación con las personalidades fuertes y el componente psicológico de la autoestima (Renshon 1974). Su pertenencia al grupo de actitudes afectivas queda, en mi opinión, fuera de toda duda, pero ¿significa esto que es de formación temprana y difícil cambio, tal y como la teoría sugiere? En el último apartado de este capítulo se muestra su evolución a lo largo de veinte años para el caso español, donde resulta evidente que la relativa estabilidad de la eficacia política interna de los ciudadanos en España es más que cuestionable.

En definitiva, la base del índice de implicación política que voy a presentar en las siguientes páginas la constituye el que Verba, Schlozman y Brady proponen en *Voice and Equality* (1995). Estos autores miden la implicación política a través de tres indicadores: el interés, la eficacia política y los conocimientos sobre política del individuo. Los inconvenientes que presenta en mi opinión este índice y que intentaré salvar son dos. En primer lugar, excluiré la dimensión externa de la eficacia política por tratarse más de una manifestación de desafección institucional que de implicación. En segundo lugar,

no tendré en cuenta los conocimientos sobre política en esta dimensión. El conocimiento político objetivo no es una actitud propiamente dicha sino más bien un indicador de la capacidad de los ciudadanos para moverse con comodidad en política. Este indicador, por tanto, es de carácter eminentemente cognitivo, especialmente en el caso de España (Fraile 2006; Fraile, Ferrer y Martín 2007). Ya hemos visto que tanto la eficacia política interna como el interés presentan características tanto cognitivas como afectivas. Incluir un indicador de naturaleza puramente cognitiva supondría darle más peso a este rasgo. Por otra parte, también supondría aumentar el nivel de exigencia requerido al ciudadano implicado; cuando antes se ha argumentado a favor de un ciudadano “suficientemente bueno” y no necesariamente sofisticado. Finalmente, existe una última justificación empírica para no incluir el indicador de conocimiento político objetivo, y es la falta de evidencia disponible en España sobre este indicador y para el período que se estudia en esta tesis.

Sin perjuicio de que otras actitudes como la importancia de la política en la vida o la poca importancia de la religión contribuyan a caracterizar esta dimensión actitudinal, entenderemos que sus componentes primarios, básicos y más generales son el interés y la eficacia política interna, por lo que serán también los componentes de mi objeto de estudio²⁹. Hasta aquí la descripción y justificación de los componentes actitudinales de la implicación política subjetiva. A continuación, se presenta la medición de este concepto para el caso español que, con posterioridad, y concretamente en los capítulos 4, 5, 6 y 7 constituirá la variable dependiente de este estudio.

3.3. La medición de la implicación política subjetiva.

En este trabajo se pretende estudiar una dimensión latente entre el conjunto de orientaciones políticas, un objeto de estudio que no podemos medir directamente, dado su alto nivel de abstracción teórica. Por este motivo, su medición se aproxima a partir de los indicadores de implicación política propuestos: el interés y la eficacia política interna. Se trata, por tanto, de una estrategia empírica deductiva que trata de medir la implicación política en sus diversas acepciones.

A partir de ahora dejaremos de referirnos a la literatura sobre cada uno de estos elementos por separado o como parte de otras dimensiones. La eficacia política interna se entiende aquí como una manifestación de la implicación política subjetiva, en tanto es necesario un buen concepto de uno mismo como ciudadano para comprometerse con lo público o ser sujeto de cualquier acción política. Por su parte, el interés da una idea de la percepción que tiene el individuo de lo político y constituye la motivación (positiva o negativa) necesaria para llevar a cabo la acción.

Volviendo a la teoría sobre la calidad de la democracia y el civismo, un cierto grado de interés y eficacia política interna supondrían a los rasgos mínimos de la ciudadanía activa necesarios para que se desarrollen con normalidad los procesos democráticos y se garantice la rendición de cuentas. Por

²⁹ Entre los autores que han decidido medir la implicación política a partir del interés y la eficacia política encontramos algunos que se refieren al caso español. Se trata de los estudios de Anduiza y Bosch (2004), Bonet, Martín y Montero (2006) y Martín (2005b). En el primer caso, los autores señalan el interés y la eficacia política como parte de la implicación política, aunque también incluyen la eficacia externa. En el segundo, los autores agrupan la eficacia política interna y el interés bajo el epígrafe “implicación política personal”. En el tercero, se contemplan diversos indicadores de eficacia política interna junto al indicador clásico de interés, aunque también se considera un indicador de implicación la frecuencia de discusión sobre política.

otra parte, cuando un individuo presenta una cierta atracción por lo público, una motivación y un sentimiento de capacitación, el resultado de la participación política será más probable que si no se presentan estas condiciones. Sin perjuicio de que también afecten a la participación política un contexto político y una red de incentivos o recursos favorables, la eficacia interna y el interés constituyen las bases actitudinales para la acción política. Por este motivo se propone aquí que ambas orientaciones pueden operacionalizar correctamente el concepto de ciudadano suficientemente cívico descrito en el primer capítulo; además de delimitar una dimensión actitudinal crucial para entender y explicar el comportamiento político de los españoles.

A continuación, se presentan los indicadores de encuesta elegidos para medir estas actitudes. Para ello, se precisa la formulación de las preguntas con que se miden el interés y la eficacia en las encuestas de opinión pública y cultura política españolas, además de detallar la codificación de estas variables. Finalmente, tras comprobar la viabilidad empírica de mi propuesta, se apuesta por un factor de implicación para medir la dimensión actitudinal que nos ocupa.

3.3.1. Los indicadores de interés por la política y eficacia política interna en las encuestas españolas.

El interés por la política a nivel agregado constituye un rasgo fundamental de la cultura política de una comunidad, por lo que se trata de una pregunta frecuentemente incluida en las encuestas de opinión pública. Además de su popularidad, el interés por la política presenta otra ventaja: la homogeneidad de sus indicadores, ya que en casi todas las encuestas sobre cultura política la pregunta referente a este aspecto es poco diferente a ésta: “¿en qué medida está usted interesado por la política?” Sin embargo, en la presente investigación se han tenido también en cuenta las limitaciones de este indicador. La primera de ellas es el problema de la deseabilidad social. El mismo consiste en que los entrevistados interpretan que manifestar su desinterés por la política da una imagen negativa de sí mismos como ciudadanos. Por ello, no son del todo sinceros en sus respuestas y las personas interesadas acaban estando sobrerrepresentadas por las encuestas. Éste es el motivo por el que algunos autores prefieren indagar en el interés por la política indirectamente, a través de otros indicadores como la frecuencia de obtención de información política en los medios de comunicación, la importancia de la política en la vida (Anduiza y Bosch 2004) o la frecuencia de discusión sobre política (Almond y Verba 1963; Verba, Nie y Kim 1978).

Por otro lado, hemos visto que, en España, una percepción negativa de la política se asocia a responder que estos temas interesan poco o nada. Por esto, las respuestas negativas pueden estar ocultando una visión muy crítica de los elementos del sistema político y, sin embargo, curiosa e interesada por los mismos. Este problema iría en el sentido contrario al de la deseabilidad social recién explicado, de manera que las muestras de la encuestas españolas sobrerrepresentarían el porcentaje de personas desinteresadas por la política. Después de observar la relación entre interés y sentimientos negativos hacia la política, es probable que este problema tenga más relevancia en el caso que nos ocupa que el de la posible deseabilidad social del indicador.

Finalmente, el referente de esta pregunta para el entrevistado resulta excesivamente general. ¿Qué entienden los entrevistados por *política*? Muy bien pudiera ser que, mientras algunos individuos

entienden por “política” las cuestiones de actualidad más relevantes, otros pueden identificar este concepto con los actores políticos tradicionales -partidos y líderes-, y sólo unos pocos entender que se refiere al conjunto de asuntos públicos. De hecho, el interés por la política aumenta en España cuando se utilizan las preguntas acerca del interés sobre temas concretos (desempleo, inmigración, desigualdad de género) en vez del indicador clásico de interés por la política general (Martín 2004).

La formulación de la pregunta en los estudios sobre opinión y cultura política españoles acerca del interés por la política suele incluir cuatro opciones de respuesta: “En líneas generales, ¿diría Ud. que la política nacional le interesa mucho, bastante, poco o nada?”. El procedimiento de recodificación que se ha seguido en todos los casos para averiguar el grado de implicación política de los españoles consiste en ordenar de 0 a 3 las mencionadas categorías de respuesta, de manera que el 0 equivale a manifestar ningún interés por la política y 3 supone manifestar “mucho” interés por la política. Asimismo, se han perdido todos los casos en que los encuestados respondieron “no sabe” o “no contesta”. Para la realización de algunos análisis bivariados como tablas de contingencia, el lector observará que se han agrupado las categorías “muy interesado” y “bastante interesado”, por un lado, y los “poco” y “nada” interesados por otro.

En el caso de la eficacia política interna, la diversidad de indicadores disponibles en las encuestas es mayor. La eficacia política interna suele aparecer en los cuestionarios como parte de una serie de afirmaciones sobre la política ante las que el entrevistado debe posicionarse según su grado de acuerdo o desacuerdo. Entre estos indicadores, sólo algunos pueden considerarse propios de la eficacia política interna, por su referencia a la autoimagen y capacidades del entrevistado respecto a la política. Dichos indicadores son los siguientes: considerar que uno tiene influencia en lo que hace el gobierno, que el voto no es la única manera de actuar en política, que se tiene una idea clara sobre los principales temas que afectan al país, y, finalmente, considerarse al corriente de lo que ocurre en el terreno político o capacitado para comprender estos asuntos.

De entre todos estos indicadores, se ha elegido para operacionalizar la eficacia política interna el sentimiento de que la política no es demasiado complicada para el individuo, junto al hecho de considerarse “al corriente” o con una idea clara sobre política cuando no se disponga del primero. El motivo es que el resto de indicadores hacen también alusión a la capacidad de influencia en otros objetos del sistema político -el gobierno- o a formas objetivas de participación -el voto. Dicho de otra manera, estos indicadores no tienen en el entrevistado su único referente, sino que también apuntan a la percepción que tiene el individuo de los canales de participación, e incluso de la receptividad de los políticos, por lo que tendría demasiados puntos de contacto con la eficacia política externa. Por otra parte, los indicadores escogidos tienen la ventaja de que aparecen con bastante regularidad en las encuestas de opinión pública y cultura política españolas.

Al dar al entrevistado la opción de posicionarse a favor o en contra de afirmaciones sobre el papel de uno mismo en la política, estas preguntas generan automáticamente variables dicotómicas; salvo en los casos en que se permite que el entrevistado manifieste en algún grado su conformidad con dicha afirmación. Por lo que respecta a su codificación, he respetado la original cuando era binaria y he convertido el resto de codificaciones en dicotómicas, agrupando las respuestas de manera que el

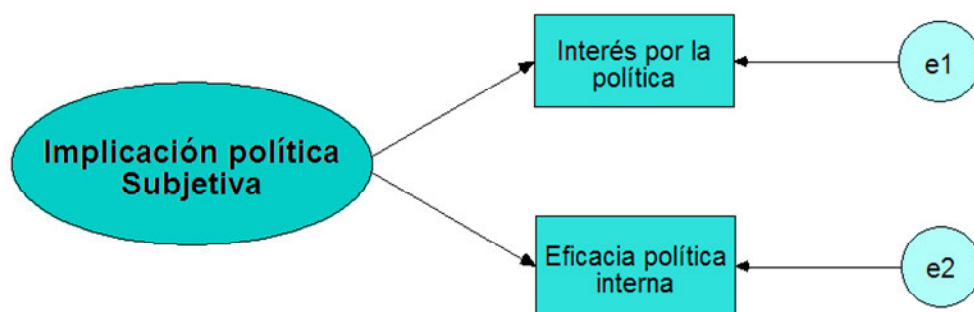
valor 1 equivaliese a manifestar eficacia política interna frente al valor 0. En este procedimiento se ha intentado no generar valores perdidos. Se ha entendido que aquellos que se consideran “al corriente” de la política son eficaces, mientras que los que no se consideran al corriente, no saben de qué les están hablando o no contestan no lo son. En el caso de las formulaciones en un sentido negativo (“la gente como yo no comprende lo que pasa en política”) se ha considerado que negar estas afirmaciones era una manifestación de eficacia política interna, mientras que afirmarlas, no responder o responder “no sé” es sintomático de la ausencia de eficacia política interna.

Se han seleccionado diez encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas en que aparecen indicadores de interés y eficacia política interna de forma simultánea. A partir de estos datos se operacionalizará el objeto de este estudio. Esto nos permitirá más adelante ofrecer una visión longitudinal del fenómeno de la implicación política en España y explicar su variabilidad a nivel individual, aunque previamente hemos de resolver un problema empírico: ¿pertenecen estos indicadores realmente a la dimensión de la implicación política, tal y como la teoría sugiere? A continuación, pondremos en relación ambas variables en las encuestas que cuentan con información sobre el interés y la eficacia política interna de los entrevistados.

3.3.2. El factor de implicación política subjetiva. Validez, inconvenientes y ventajas.

La pertenencia a una variable latente –la implicación política subjetiva- es lo que explica parte de la variabilidad de los indicadores propuestos –interés y eficacia interna-. Dicho de otra manera, las similitudes entre interés y eficacia política interna se deben a su pertenencia a la misma dimensión actitudinal o factor, que las está condicionando. Por este motivo se considera que dicha variable latente es también una variable independiente o exógena respecto a los dos indicadores de implicación política subjetiva presentados hasta el momento. Se trata de una relación causal entre factor y componentes y, por tanto, mucho más estrecha que la simple asociación o la covariación. En la figura 3.3 observamos la representación gráfica de la variable latente “implicación política subjetiva”, bajo la forma de una elipse, y su relación con sus dos indicadores. Las flechas que surgen de dicha variable representan la relación causal que va de la implicación al interés y la eficacia interna. A estas variables dependientes se asocia un error (e1 y e2), representando los factores explicativos de su variación que no conocemos.

Figura 3.3. Representación gráfica de la variable latente de la implicación política y sus componentes.



Fuente: elaboración propia.

Para operacionalizar esta variable latente se ha realizado un análisis factorial confirmatorio y guardado las comunalidades de ambas variables, generando una variable nueva. Ésta nueva variable es cardinal y está normalizada. Por lo tanto, su valor medio es cero y su desviación típica es igual a uno, aunque el resto de estadísticos descriptivos -moda, mediana, cuartiles, máximo y mínimo- dependen de la muestra de la encuesta (Tacq 1998)³⁰. Por otra parte, un factor de implicación presenta la ventaja de que las asunciones del análisis factorial confirmatorio son más laxas que las de otras técnicas de reducción de datos, como las escalas sumatorias. En este caso, se asume que las observaciones deben ser independientes, que los factores únicos (es decir, los factores causantes de los indicadores ajenos a la variable latente) no están correlacionados y que cada par de variables se distribuye normalmente. No figura entre estas condiciones ningún requisito respecto a las categorías de las variables, que sabemos que no pueden ser nominales, aunque sí categóricas y ordinales como es el caso del interés y la eficacia (Tacq 1998). El método seguido para realizar el análisis factorial que confirma la pertenencia del interés y la eficacia a la implicación política subjetiva es el de componentes principales. Dado que no esperamos obtener más de un factor, no es necesaria una solución rotada que haría que los factores resultantes fuesen lo más distintos o similares entre sí (dependiendo del tipo de rotación). Se ha efectuado este análisis en diez encuestas correspondientes a diez momentos diferentes en el tiempo y a lo largo del período que va entre 1985 y 2006. Sus resultados, resumidos en la tabla 3.4, pueden inferirse a la población española mayor de edad.

En esta tabla podemos consultar la formulación exacta de la pregunta relativa a la eficacia política interna y el año y referencia de los estudios del CIS en que aparece. Se ha omitido la formulación de la pregunta sobre el interés por la política por ser idéntica en todas ellas, salvo donde se indica lo contrario. El primer dato que acompaña esta información es la R de Pearson, que indica la intensidad de la relación entre el indicador de interés dicotómico (muy/bastante interés frente a poco/ninguno) y la eficacia política interna. En todas la encuestas este valor ha resultado significativo para un nivel de confianza de al menos un 99%, lo que confirma que el interés y la eficacia se relacionan de manera directa y positiva, aunque con más intensidad en 1991 y 1999. Las dos últimas columnas nos dan información sobre el análisis factorial con el que se ha construido la variable latente de la implicación política. El porcentaje de varianza de la variable observada –en este caso, la eficacia política interna- explicado por el factor de implicación es mayor cuanto más en común tienen el interés y la eficacia. Así, vemos que en 1991 y 1999 este valor ronda el 80%, mientras que en 1985 y 2003 apenas llega al 65%. El valor del componente indica el coeficiente de Pearson asignado tanto a la eficacia política interna como al interés en una ecuación lineal destinada a predecir el factor de implicación. En un análisis factorial en que hubiesen más de dos indicadores podríamos comparar la importancia relativa de cada uno de estos indicadores en la dimensión de la implicación a partir de la magnitud de este valor. Pero como sólo contamos con dos variables como punto de partida, el resultado es el mismo para ambas. En este caso, el componente arroja valores más elevados para 1991, 1999, 2004, 2005 y 2006.

³⁰ Esta característica constituye un inconveniente, ya que no podremos comparar los estadísticos de dos factores obtenidos a partir de dos encuestas diferentes, por ejemplo, en momentos distintos del tiempo. Por este motivo, más adelante se presenta una estrategia para solventar esta dificultad. En el capítulo 7 plantearemos otra solución a este problema, calculando el factor de implicación a partir de una base de datos en que se han fusionado varias encuestas.

Tabla 3.4. Estadísticos descriptivos del factor de implicación política subjetiva (1985-2006). Relación con la variable interés por la política.

Estudio	Año	Pregunta. Indicador de Eficacia política interna.	R Pearson (con Interés por la política dicotómico)	Alfa de Cronbach	% varianza	Componente
CIS 1461	1985	<i>La política (no) es tan complicada que la gente como yo no puede entender lo que pasa en política.</i>	0,30**	0,39	65,2	0,81
CIS 1789	1989	<i>La política (no) es tan complicada...</i>	0,39**	0,50	69,4	0,83
CIS 1970	1991	<i>Me considero al corriente de lo que pasa en política</i>	0,57**	0,65	78,5	0,89
CIS 2206 ³¹	1996	<i>Me parece que entiendo bien las cuestiones políticas más importantes que tiene planteadas el país</i>	0,35**	0,44	67,6	,82
CIS 2350 ³²	1999	<i>Me considero al corriente de lo que pasa en política</i>	0,51**	0,62	77,9	0,88
CIS 2450	2002	<i>La gente como yo (sí) comprende lo que pasa en política</i>	0,32**	0,43	65,9	0,81
CIS 2535	2003	<i>La política (no) parece tan complicada</i>	0,30**	0,41	65,1	0,81
CIS 2575	2004	<i>Tengo una idea bastante clara de los principales temas políticos del país</i>	0,40**	0,52	70,1	0,84
CIS 2620	2005	<i>La política (no) es tan complicada...</i>	0,41**	0,49	70,5	0,84
CIS 2632 ³³	2006	<i>La Política (no) es tan complicada...</i>	0,39**	0,56	71,2	0,85

Fuente: elaboración propia a partir de las encuestas del CIS que se mencionan. ** Significativo para un nivel de confianza un 99%

Por otra parte, también se ha realizado una prueba de fiabilidad de las escalas aditivas construidas a partir del interés y la eficacia política interna³⁴. Dicha prueba es el Alfa de Cronbach, una

³¹ En este caso existían 5 opciones de respuesta para el indicador de interés por la política: mucho, bastante, algo, poco y nada. Se ha recodificado la variable de la siguiente manera: mucho=3, bastante y algo=2, poco=1 y nada=0. El resto de variables, como en todos los casos, se han considerado valores perdidos. En el estudio CIS 2212 sí figura el indicador clásico de interés –aunque no el de eficacia interna-. Según esta encuesta, en Abril de 1996 habrían un 23,7% de españoles muy o bastante interesados en política. Aunque el porcentaje de personas interesadas no es tan destacable como el 42% que obtenemos de la encuesta CIS 2206, también indica un aumento considerable respecto a 1993.

³² En esta encuesta no figura el indicador clásico de interés por la política sino éste: “¿diría Ud. que la política le apasiona, le interesa, le tiene sin cuidado, le aburre, le inspira desconfianza o le da asco?”. He recodificado la pregunta como una variable dicotómica donde “me apasiona” y “me interesa” toman el valor positivo; “me aburre” y “me trae sin cuidado” toman el valor negativo y el resto de categorías se transforman en valores perdidos. Las especificidades de esta encuesta hacen que tengamos una eficacia política interna con cuatro categorías (mucho/bastante/ poco/ nada) y un interés por la política dicotómica; aunque esto no impide la realización del análisis factorial .

³³ Se han agrupado los que respondieron “muy en desacuerdo” y “bastante en desacuerdo” bajo la etiqueta 1 y se han enfrentado al resto de respuestas, incluyendo “no sabe” y “no contesta”.

³⁴ No hemos construido dichas escalas porque el interés y la eficacia no tienen el mismo número de categorías, requisito necesario para construir una nueva variable por este procedimiento. No obstante, el estadístico Alfa de

medida de la consistencia interna de las escalas basada en el promedio de correlaciones entre los ítems propuestos para formar parte de la escala. Este estadístico nos indica si cabe obtener la misma medida cada vez que operacionalicemos una dimensión actitudinal latente a través de la escala que unifique los indicadores propuestos. El coeficiente, que toma valores entre 0 y 1, se calcula a partir de la correlación media de una variable con todas las demás que integran dicha escala. En el caso que nos ocupa, el Alfa de Cronbach también corrobora que ambos elementos miden distintos aspectos del mismo fenómeno y que son cercanos a 0,5; y, por lo tanto, aceptablemente fiables para configurar una escala de implicación política y especialmente elevados en los años 1991, 1999 y 2006.

De estos resultados podemos concluir que ambas variables pertenecen a la misma dimensión y podemos considerarlas indicadores de la implicación política subjetiva, tal y como la literatura al respecto pronostica. No obstante, la intensidad de la relación entre estas variables es desigual, siendo más fuerte en 1991, 1999, 2004, 2005 y 2006. Esto sugiere que en el resto de años existen otros aspectos de esta dimensión que no conseguimos recoger con el interés y la eficacia. En cualquier caso, la tendencia general es al aumento de la intensidad de esta relación con el tiempo, siendo más destacable en los últimos años del período bajo análisis.

Por otra parte, cabe señalar que cuando el encuestado se considera “al corriente de lo que pasa en política” la relación de esta variable con el interés es más fuerte que cuando se afirma que ésta no es complicada. Pese a que todas las formulaciones estarían midiendo el mismo fenómeno, tal vez “considerarse al corriente” enfatice el aspecto cognitivo de la eficacia interna y su relación con el interés y la propensión a informarse sobre política. Esta formulación de la pregunta no sólo estaría recogiendo la evaluación del encuestado sobre su rol político, sino también, indirectamente, su grado de información política –o incluso su *información política subjetiva*. De ahí esta relación más intensa.

Como es sabido, existen múltiples soluciones a la hora de codificar una variable. Entre las decisiones que debe tomar el investigador está elegir, cuando puede, si ésta tomará la forma de una variable categórica o bien una variable numérica. En el caso que nos ocupa, no se ha querido renunciar a las ventajas que ofrecen ambas soluciones. Operacionalizar la implicación política subjetiva como una variable dicotómica que agrupe a aquellas personas implicadas frente a las que no lo están permitirá el análisis exploratorio y bivariado de sus características, así como una interpretación más sustantiva de los resultados. Esta estrategia es la elegida en los siguientes apartados, gracias a lo que podemos saber exactamente qué porcentaje de la población se implica psicológicamente con la política y cómo evoluciona a lo largo del tiempo. Pero también las variables numéricas ofrecen ventajas al investigador, por lo que en la mayoría de los análisis multivariados de esta tesis la implicación aparecerá bajo la forma de una variable de intervalo calculada como un factor del interés y la eficacia por el procedimiento de reducción de datos recién explicado.

Los factores presentan algunas características peculiares, como el hecho de tratarse de variables cardinales. Esto nos permitirá conocer no sólo si los individuos están implicados o no –y en qué proporción los encontramos en la población- sino también la intensidad de su implicación política

Cronbach puede ayudar a hacernos una idea de en qué medida ambos indicadores pertenecen o no a la misma dimensión.

subjetiva. Entre las limitaciones de los factores figura el hecho de que su media es siempre cero. Esto impide, entre otras cosas, comparar medias de esta dimensión actitudinal para distintos años, a menos que se agreguen en una misma base de datos información procedente de distintas encuestas formando artificialmente una única muestra. Por ello, cuando queramos comparar dos momentos del tiempo recurriremos al nivel de análisis agregado, y observaremos cómo varía la proporción de personas implicadas (eficaces y muy o bastante interesadas) en el tiempo.

En la Tabla 3.5 se presentan los estadísticos descriptivos del factor de implicación en España para el período de tiempo que se estudia aquí. En ella podemos ver los valores máximo y mínimo que toman los factores de implicación política para cada año en que disponemos de datos para calcularlos. También aparece en esta tabla el rango, que es la diferencia entre el valor mínimo y el máximo de cada factor, lo que permite hacerse una idea de la variabilidad de los factores de manera alternativa a la desviación típica, la cual es siempre igual a uno (dado que la variable está medida en valores Z). El promedio del rango del factor de implicación en este período es igual a 3,3. Por tanto, 1985 es el año en que los valores del factor de implicación política son más dispares y varían en un mayor rango; mientras que 2005 es el año en que este rango de variación es menor. Otra evidencia que arroja esta tabla es que, pese al escaso rango en que se mueven los valores del factor de implicación, la variable dependiente de este estudio es cardinal. Así lo indica el hecho de que este factor pueda tomar valores decimales entre dos números naturales. Esta característica constituye una ventaja del uso de estos factores como variables dependientes; ya que sus valores podrán ser estimados para cada año mediante la sencilla técnica de la regresión de mínimos cuadrados ordinarios, adecuada para las variables dependientes numéricas.

Tabla 3.5. Estadísticos descriptivos del factor de implicación política subjetiva.

<i>Año</i>	<i>Encuesta CIS</i>	<i>N</i>	<i>Mínimo</i>	<i>Máximo</i>	<i>Rango</i>
1985	1461	2479	-0,97	2,57	3,54
1989	1788	3343	-1,04	2,33	3,38
1991	1970	2461	-0,95	2,36	3,3
1996	2206	2488	-1,19	1,99	3,1
1999	2350	3259	-1,36	1,9	3,29
2002	2450	4053	1,23	2,08	3,31
2003	2535	2473	-1,21	2,15	3,36
2004	2575	2481	-1,35	1,91	3,26
2005	2620	3303	-1,19	1,78	2,97
2006	2632	2166	-1,18	1,97	3,15

Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS mencionados.

3.4. La implicación política subjetiva en perspectiva comparada.

¿Cuál es el nivel de implicación subjetiva con la política de los españoles? ¿Cuántas personas políticamente implicadas hay en España? Para responder a estas preguntas, en este apartado prestaremos atención al porcentaje de personas que están interesadas en alguna medida por la

política y, a la vez, demuestran sentirse eficaces en este terreno. Mediante un cruce entre ambas variables podemos saber cuántas personas cumplen con ambas condiciones a la vez. La tabla 3.6 muestra este procedimiento para dos de los años bajo estudio. El lector puede apreciar que en esta tabla se utilizan porcentajes sobre el total de la muestra. De esta manera podemos saber en qué medida se dan estos dos fenómenos a la vez o separadamente en nuestro país y conocer su alcance. Utilizaremos este procedimiento para conocer en qué medida los españoles están implicados con la política en comparación con otros momentos de la historia reciente de España y con otros países.

Tabla 3.6. Proporción de españoles interesados y/o eficaces.				
	1985		2005	
	<i>Poco/nada interesados</i>	<i>muy/bastante interesados</i>	<i>poco/nada interesados</i>	<i>muy/bastante interesados</i>
<i>No eficaces</i>	63,5%	12,1%	44,3%	12,5%
<i>Eficaces</i>	12,5%	11,9%	17,4%	25,7%
<i>Total</i>	76%	24%	61,8%	38,5%
<i>N</i>	2380		3033	
<i>Phi</i>	0,329		0,383	

Fuente: elaboración propia a partir de los Datos de los estudios CIS 1641 (1985) y 2620 (2005).

Según los datos de esta tabla, en 1985 la mayoría de españoles (63,5%) no se sentían eficaces ni interesados por la política. Este porcentaje se reduce casi veinte puntos en veinte años, de manera que en 2005 encontramos sólo un 44,3% de personas sin ningún rasgo de implicación política. Por otra parte, el porcentaje de personas ineficaces pero interesadas por la política se mantiene estable, alrededor de un 12% entre ambos años. En cuanto a la otra categoría intermedia, el porcentaje de personas eficaces pero desinteresadas aumenta de 12,5% al 17,4% entre 1985 y 2005. Esto significa que en 2005 un 17,4% de españoles se sienten capaces de comprender lo que pasa en política, aunque declaran que ésta no les interesa, demostrando una clara aversión hacia el concepto que tienen de la política. Finalmente, encontramos a las personas inequívocamente implicadas. Éstas manifiestan sentirse capacitadas para entender la política y sentirse muy o bastante interesadas por ésta. La proporción en que encontramos esta categoría de ciudadanos pasa de un 12% en 1985 a un 25,7% en 2005. ¿Qué ha ocurrido a lo largo de estas dos décadas para que se duplique el número de personas implicadas? A continuación, se ofrece evidencia más detallada a lo largo del período 1985-2006.

3.4.1. Evolución agregada de la eficacia, el interés y la implicación entre 1985 y 2006.

La tabla 3.7 presenta los porcentajes de personas muy o bastante interesadas, eficaces e implicadas entre 1985 y 2006 para todos los años en los que disponemos de uno u otro indicador³⁵. La misma, por tanto, ofrece una evolución agregada de los componentes de la implicación política. Así, vemos que en 1985 sólo un 24% de entrevistados declaraban estar muy o bastante interesados por la política. Ese mismo año, un 22,8% de personas declararon sentirse eficaces. La última de las

³⁵ Los porcentajes de implicados se calculan para el total de casos válidos de la muestra de cada estudio, por lo que se pierden los casos que no contestaron o no supieron qué contestar acerca de su interés por la política.

columnas muestra el porcentaje de personas eficaces y muy o bastante interesadas para cada una de las diez encuestas en que aparecen simultáneamente las preguntas relativas al interés y la eficacia.

Tabla 3.7. Porcentaje de personas interesadas, eficaces e implicadas en España. Período 1985-2006.

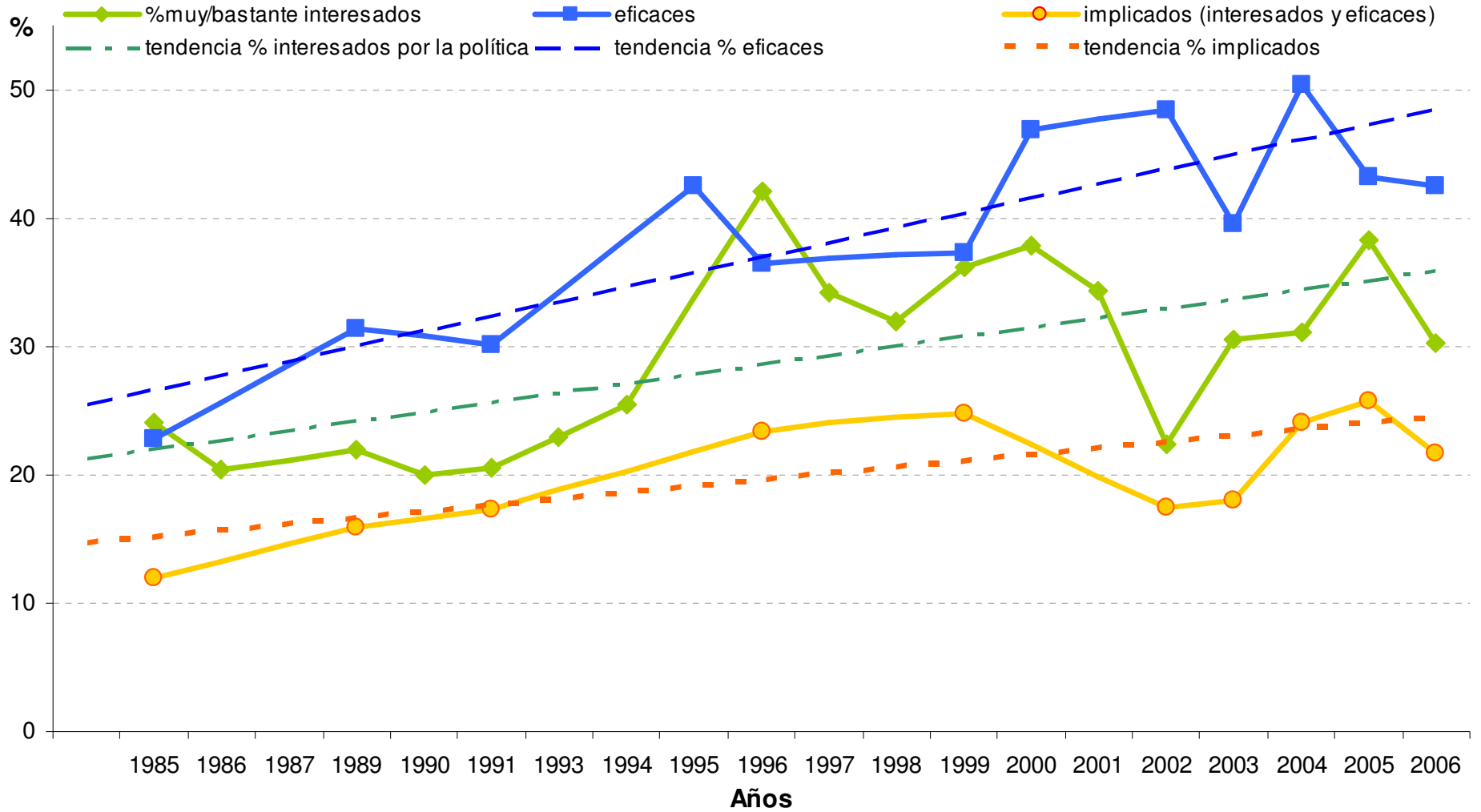
<i>año</i>	<i>encuesta</i>	<i>% muy/bastante interesados</i>	<i>% eficaces</i>	<i>% implicados (interesados y eficaces)</i>
1985	1461	24,1	22,8	11,9
1986	1529	20,4	-	-
1989	1788	21,9	31,4	15,9
1990	1871	20	-	-
1991	1970	20,6	30,1	17,3
1993	2055	22,9	-	-
1994	2107 ³⁶	24,5	-	-
1995	2154	-	42,5	-
1996	2206	42,0	36,4	23,3
1997	2270	34,2	-	-
1998	2312	32	-	-
1999	2350	36,1	37,3	24,8
2000	2387	37,8	-	-
	2384	-	47	-
2001	2417	34,3	-	-
2002	2450	22,3	48,4	17,4
2003	2535	30,5	39,5	18,0
2004	2575	31,1	50,4	24,0
2005	2620	38,2	43,2	25,7
2006	2632	30,3	42,5	21,7

Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS mencionados.

La figura 3.4 presenta la información de la tabla anterior de manera gráfica. La misma añade la tendencia en la evolución a largo plazo de las series temporales de cada uno de los indicadores analizados. Tanto la tabla 3.7 como esta figura revelan que, con respecto al indicador de eficacia política interna, observamos tres períodos. En un primer período, que comienza en 1985 y acaba en 1995, la eficacia sigue una tendencia creciente. Mientras que en 1985 sólo un 22,8% de personas se manifestaban eficaces, en el año 1995 este porcentaje casi se habría doblado, alcanzando el 42,5%. Seguidamente, desciende en 1996 y permanece estable hasta 2000. El año 2002 marca el inicio de un tercer período en que observamos cómo la eficacia fluctúa de año en año, tocando techo en el año 2004, con más de la mitad de la población que declara sentirse eficaz.

³⁶ En este caso, se han agrupado los que respondieron que tienen un interés activo por la política y los que afirmaron estar interesados por la política pero sin tomar parte activa en ella.

Figura 3.4. Evolución del porcentaje de personas interesadas, eficaces e implicadas.



Fuente: elaboración propia a partir de los datos de los estudios CIS 1461 (1985), 1529 (1986), 1788 (1989), 1970 (1991), 2055 (1993), 2107 (1994), 2154 (1995), 2206 (1996), 2270 (1997), 2312 (1998), 2350 (1999), 2384 (2000), 2387 (2000), 2417 (2001), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005), 2632 (2006). Las líneas de tendencia calculadas son de tipo lineal.

En cuanto al interés por la política, también observamos tres períodos. Sin embargo, parecen ir en el sentido contrario a la eficacia política interna. En el primero, entre 1985 y 1994, observamos que el porcentaje de personas interesadas se mantiene entre el 20 y el 24%. En 1996 este porcentaje crece bruscamente casi veinte puntos, alcanzando el 42% de personas muy o bastante interesadas por la política. Entre 1996 y el año 2001 transcurriría el segundo período relativamente estable, aunque caracterizado por variaciones de hasta 5 puntos. Alrededor de un 35% de personas se manifestaron muy o bastante interesadas por la política en este período. En el año 2002 este porcentaje vuelve a bajar hasta los niveles iniciales de la serie. Sólo un 22% de personas declaran estar interesadas por la política en el 2002. Curiosamente, en este año encontramos un aumento muy acusado del porcentaje de personas eficaces. Entre los años 2002 y 2005 el porcentaje de personas interesadas se recupera progresivamente, hasta alcanzar un 38,2%, el valor más elevado de la serie si se excluye el año 1996. Sin embargo, este valor disminuye al año siguiente, volviéndose a situar alrededor del 30% de personas interesadas y tal vez apuntando el inicio de un nuevo período.

En el primer período señalado (1985-1993/95), la eficacia aumenta respecto a los valores de 1985 de manera más acusada que el interés. En el segundo período (1996-2000/2001), la eficacia y el interés se estabilizan y se acercan. El tercer período (2002-2006) comienza con un aumento acusado y repentino de la eficacia política y un descenso igualmente destacable del porcentaje de personas interesadas, de manera que parecen evolucionar en sentido contrario. El porcentaje de estas últimas aumentará los últimos años del período mientras que el porcentaje de personas eficaces muestra una notable variabilidad. De hecho, las tendencias de las tres series temporales son crecientes, aunque es mucho más acusado el caso de la eficacia política interna.

El porcentaje de ciudadanos implicados presenta menos variaciones que los dos indicadores analizados hasta ahora. En esta serie se aprecian dos períodos claramente diferenciados. El primero comienza en 1985 y finaliza en el año 1999, y se caracteriza por un aumento paulatino del porcentaje de personas implicadas, que llega hasta el 24,8%. El segundo empieza en el año 2002, con un descenso hasta el 16,7 del porcentaje de personas implicadas y la ruptura de esta tendencia. A partir de 2002, sin embargo, el indicador se recupera rápidamente hasta llegar al 25,7% de personas implicadas en el año 2005, aunque desciende al año siguiente hasta el 21,7%.

Es curioso observar que el interés y la eficacia -dos indicadores que han demostrado, tanto teóricamente como empíricamente, estar muy relacionados- siguen tendencias inversas en algunos de estos años. Cabe tener en cuenta esta evidencia porque puede indicar que, pese a lo mucho que tienen en común estas actitudes al pertenecer a la dimensión de la implicación política, pueden tener condicionantes diferentes. En cualquier caso, ofrecen una visión clara de la complejidad de este objeto de estudio. Asimismo, llama la atención la variación empírica tan acusada que presentan los niveles de interés y eficacia política. Para ofrecer una idea más exacta de dicha variación he realizado el siguiente ejercicio. He considerado los porcentajes de personas interesadas, eficaces e implicadas como tres variables agregadas. A continuación, he calculado los estadísticos descriptivos de cada uno de ellos. Los mismos se resumen en la tabla 3.8. En ella observamos que, entre 1985 y 2006, la media de españoles muy o bastante interesados por la política fue del 29,1%, la de personas eficaces del 39,3%,

y la de ciudadanos implicados del 20%. La desviación típica de estas tres variables es la siguiente: 7,06 para el interés por la política, 8,16 para la eficacia y 4,54 para la implicación³⁷.

La evidencia resumida en la Tabla 3.8 sugiere que la variación del interés y, especialmente, de la eficacia, es mayor de lo que cabría esperar de unas actitudes de naturaleza fundamentalmente afectiva. Por otra parte, el coeficiente de variación de estas tres variables agregadas indica que la proporción de ciudadanos implicados varía algo más que el de interesados, pero menos que el de personas eficaces. Todo ello sugiere que estas actitudes no pueden haberse formado enteramente en el período de la infancia de los ciudadanos y haber permanecido inalterables, ya que varían hasta casi 30 puntos a lo largo del período analizado aquí. En definitiva, la evolución de los sentimientos de los españoles hacia la política sugiere que los aspectos cambiantes del sistema político (como los eventos especialmente relevantes) pueden afectar tanto a su formación como a su renovación a lo largo del curso de vida del ciudadano. Y lo mismo cabe defender para la implicación subjetiva con la política por parte de la ciudadanía, aunque esta hipótesis se desarrollará y comprobará en el capítulo 7.

Tabla 3.8. Estadísticos descriptivos de las variables agregadas “porcentaje de personas interesadas”, “porcentaje de personas eficaces” y “porcentaje de personas implicadas”. España. Período 1985-2006.

		<i>Porcentaje de personas interesadas</i>	<i>Porcentaje de personas eficaces</i>	<i>Porcentaje de personas implicadas.</i>
<i>N</i>	<i>Válidos</i>	18	12	10
	<i>Perdidos</i>	1	7	9
<i>Media</i>		29,1	39,3	20
<i>Mediana</i>		30,4	41	19,8
<i>Desviación típica</i>		7,06	8,16	4,54
<i>Varianza</i>		49,9	66,61	20,64
<i>Coeficiente de Variación (ratio entre el valor esperado y la desviación típica)</i>		4,12	4,82	4,4
<i>Rango</i>		22	27	13
<i>Mínimo</i>		20	22,8	11,9
<i>Máximo</i>		42	50,40	25,7

Fuente: elaboración propia a partir de los mismos estudios CIS referidos en la tabla 3.9.

Hasta aquí la evidencia referida al caso español. Pasemos, a continuación, a responder cómo de implicados en política están los españoles en comparación con otros países europeos. El objetivo de este último apartado es demostrar la peculiaridad del caso español en comparación con otros países, lo que hace aún más relevante su estudio con detenimiento.

3.4.2. La implicación política de los españoles frente a la del resto de europeos.

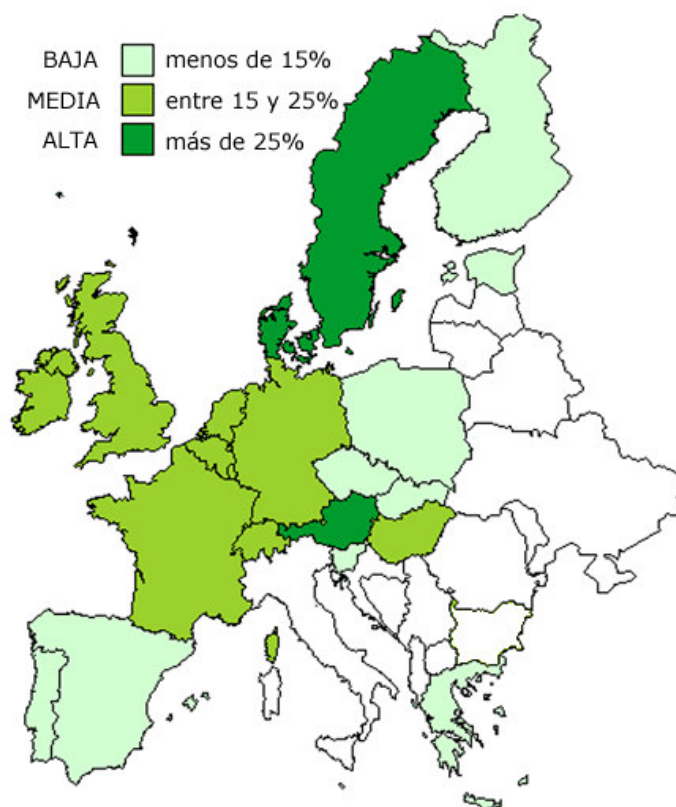
En este apartado se quiere recuperar una pregunta planteada en el primer capítulo: ¿Cómo de implicados subjetivamente con la política están los españoles en comparación con otros ciudadanos europeos? Para responderla, se ha calculado la proporción de personas implicadas a partir de las tres ediciones de la ESE. Concretamente, se ha calculado la proporción de ciudadanos que se sienten

³⁷ Se han calculado los mismos estadísticos sin casos perdidos, es decir, sólo para los 10 puntos del tiempo en que disponíamos a la vez de información sobre el interés y la eficacia política, pero son muy similares a éstos.

eficaces y manifiestan, además, mucho o bastante interés por la política. La única diferencia respecto a los cálculos efectuados con las encuestas CIS reside en las opciones de respuesta del indicador de eficacia política interna. La formulación de esta pregunta en la ESE es la siguiente: “¿Cuán a menudo piensa usted que la política es demasiado complicada para entender lo que pasa?”. Se han considerado “eficaces” aquellos que respondieron que “nunca” o “raramente” piensan de esta manera.

Los resultados se muestran en la figura 3.5 y en la tabla 3.9. La primera refleja el promedio de ciudadanos implicados en cada país a lo largo de las tres olas de la ESE, lo que abarca el período entre 2002-2003 y 2006-2007. Esta representación gráfica clasifica cada uno de los países participantes en al menos dos olas de la ESE en una de las siguientes tres categorías: proporción baja de personas implicadas (entre 0 y 15%), proporción media de personas implicadas (entre 15 y 25%) y proporción alta (más del 25%)³⁸. El color atribuido a los países refleja un tono tanto más oscuro cuanto mayor sea su promedio de ciudadanos implicados en este período.

Figura 3.5. Promedio de ciudadanos implicados en Europa 2002-2007



Fuente: elaboración propia a partir de las tres olas de la ESE mediante el programa *Map Viewer*.

Un pequeño grupo de países formado por Suecia, Dinamarca y Austria presenta un promedio elevado de ciudadanos implicados. La mayoría de los países restantes se encuentran en la categoría intermedia, mientras que otro grupo de países, al Sur y Este de Europa –España entre ellos- son los que presentan una proporción más baja de ciudadanos implicados para el período entre 2002 y 2007.

³⁸ Los límites de estas categorías se han establecido siguiendo dos criterios. En primer lugar, que los tramos abarcasen un rango similar. En segundo lugar, que el número de casos en cada categoría siguiese una distribución lo más normal posible, esto es, que la mayoría de casos se clasificase en la categoría intermedia.

Buscar las similitudes entre éstos países y sus diferencias con los países nórdicos o centroeuropeos nos llevaría a las causas históricas e institucionales de la implicación política subjetiva, ya señaladas para otros estudios transnacionales sobre Cultura Política. Sin embargo, esto exigiría hablar de la implicación política como un rasgo cultural agregado relativamente estable. Por el contrario, en este estudio se pretende demostrar que se trata de un conjunto de actitudes susceptibles de variación a lo largo del tiempo. Para demostrar esta la variabilidad, pasaremos a comentar los datos presentados en la tabla 3.9.

Tabla 3.9. Proporción de ciudadanos implicados subjetivamente con la política en los países europeos.

	1ª ola 2002-2003	2ª ola 2004-2005	3ª ola 2006-2007	Media de las 3 olas
<i>Dinamarca</i>	26,7	29,2	30,8	28,9
<i>Suecia</i>	24,9	24,3	29,1	26,1
<i>Austria</i>	26,8	25,7	25,4	26
<i>Países Bajos</i>	25,9	22,7	23,4	24
<i>Alemania</i>	26,4	20,8	20,3	22,5
<i>Suiza</i>	-	21,8	23,3	22,5
<i>Noruega</i>	21,2	22,15	21,9	21,7
<i>Irlanda</i>	18,21	22,3	21,1	20,5
<i>Hungría</i>	18,28	18,1	16,9	17,7
<i>Luxemburgo</i>	18	16,9	-	17,5
<i>Bélgica</i>	17,11	16,14	18,1	17,1
<i>Reino Unido</i>	15,7	-	16,5	16,1
<i>Francia</i>	13,2	11,3	20,9	15,1
<i>Eslovenia</i>	14,8	14,7	15,1	14,9
<i>Estonia</i>	-	12,5	16,3	14,4
<i>Finlandia</i>	13,4	12,8	15,1	13,8
<i>Eslovaquia</i>	-	13	13,6	13,3
<i>Polonia</i>	13,5	13,7	12,3	13,2
<i>Portugal</i>	13,8	9,9	12,8	12,2
<i>Grecia</i>	9,7	14,2	-	12
<i>España</i>	9,9	13	10,2	11
<i>República Checa</i>	11,9	6,1	-	9

Fuente: elaboración propia a partir de las tres olas de la ESE. Países ordenados de forma descendente a partir del promedio de las 3 olas.

La tabla 3. 9. confirma el bajo nivel de implicación política de los españoles en comparación con otras democracias europeas. No obstante, también muestra que España es uno de los países en donde se registran cambios relevantes del porcentaje de ciudadanos implicados, registrando variaciones de alrededor de 3 puntos porcentuales a lo largo del período 2002-2007. Junto a España, otros países experimentan variaciones comparables o incluso de mayor magnitud, como Alemania, Estonia, Francia, Grecia, la República Checa o Suecia, mientras que otro grupo de países formado por Bélgica, Eslovenia, Hungría, Noruega o los Países Bajos, mantienen una proporción similar de ciudadanos implicados en las tres olas de la ESE.

Se puede especular sobre las posibles causas que explican esta tendencia a la estabilidad o variación en el porcentaje de implicados en los tres grupos de países identificados en la figura 3.5. Y entre ellas, las más recurrentes apuntan de nuevo a rasgos de la cultura política anclados en la

sociedad para explicar la tendencia a la estabilidad a largo plazo. Sin embargo, los sistemas políticos y sociales del grupo de países en los que encontramos una mayor estabilidad son demasiado distintos como para identificar algún rasgo cultural concreto. Mi interpretación de esta evidencia comparada es que la variación a lo largo del tiempo de esta actitud está seguramente influida por la lenta evolución de las instituciones democráticas, pero también por rasgos de la coyuntura política más inmediata, tales como el acontecer de determinados eventos³⁹. Eventos que pueden haberse producido en aquellos países en los que identificamos variaciones mientras que en el grupo de países donde esta actitud aparece más estable no habría ocurrido ningún suceso destacable en este período capaz de incentivar o desincentivar el compromiso de sus ciudadanos con lo público.

Hasta aquí la evidencia comparada acerca de la implicación subjetiva de los ciudadanos españoles con la política. A continuación se comprueba empíricamente la validez de la operacionalización sugerida para la implicación política subjetiva a la hora de predecir fenómenos relacionados con el civismo o la participación.

3.5. Relación de la implicación política subjetiva con el civismo y la participación política.

Ya han sido presentados los detalles más técnicos sobre la medición del fenómeno de la implicación política subjetiva. Asimismo, se ha presentado su evolución en España a lo largo del período de normalidad democrática y en comparación con otras naciones europeas. Sin embargo, cabe realizar algunas consideraciones sobre la validez de esta operacionalización respecto a la relevancia teórica y práctica del estudio de la implicación política subjetiva. Sabemos que un indicador constituye una especie de concepto específico que se encuentra ligado al concepto más abstracto que se pretende medir a través de lo que en la literatura se conoce como la relación de indicación (Corbetta 2003). La misma siempre es parcial en dos sentidos: un mismo concepto se puede medir a través de indicadores diversos, pero el mismo indicador puede estar midiendo conceptos muy distintos. Es por ello que resulta relevante evaluar en qué medida la operacionalización de la implicación política subjetiva recién sugerida es capaz de medir lo que pretendemos medir.

Si el lector recuerda, entre los argumentos ofrecidos para justificar la importancia de este objeto de estudio se argumentó que se podía tratar de un buen predictor de actitudes y comportamientos cívicos. A continuación, mostraré la validez de la implicación política como factor predictor de cuestiones subjetivas y acciones objetivas. Para ello, analizaré la relación empírica de la implicación política de los individuos con su percepción de lo cívico y con su comportamiento político declarado.

Comencemos por la opinión que tienen los españoles sobre los requisitos que debe cumplir un buen ciudadano. He seleccionado una serie de indicadores relativos al civismo aparecidos en los estudios CIS 2450, 2575 y 2632 (de los años 2002, 2004 y 2006, respectivamente). El enunciado de

³⁹ Cabe insistir de nuevo en que no es el objetivo de esta investigación comprobar hipótesis a nivel transnacional. Sin embargo, apuntaré que esta distinta variación del fenómeno que nos ocupa podría deberse a que en ciertos países la implicación política se trata de una dimensión anclada en la Cultura Política, y que sus ciudadanos habrían interiorizado el sentido del deber hacia lo público de manera incondicional. Por el contrario, en otros países –posiblemente sin una trayectoria democrática tan continuada– dicho compromiso dependería de la imagen de las instituciones y actores políticos. Por tanto, sería interesante investigar el vínculo entre actitudes como la confianza política hacia aspectos cambiantes del sistema y la implicación política subjetiva.

dichos indicadores es el siguiente: "La gente tiene opiniones diferentes sobre lo que es ser un 'buen ciudadano'. ¿Qué aspectos le parecen a Ud. más importantes de los que le voy a leer a continuación, puntuándolos en una escala del 1 a 10, en la que 1 significa 'nada importante' y 10 'muy importante'?. Cabe tener en cuenta que en 2004 los valores de dicha escala se comprenden entre 0 y 7. La tabla 3.10 presenta las puntuaciones que las personas muy o bastante interesadas por la política, eficaces o implicadas –esto es, interesadas y eficaces- otorgan de media a estas características ciudadanas⁴⁰. De la información de la tabla se desprende que el interés y la eficacia política influyen en la importancia que los ciudadanos otorgan a las distintas dimensiones del comportamiento cívico.

	<i>Interesados</i>			<i>Eficaces</i>			<i>Implicados</i>		
	2002	2004	2006	2002	2004	2006	2002	2004	2006
<i>Votar siempre en las elecciones</i>	8,1*	6,11*	8,08*	7,29	5,95*	7,49*	8,04*	6,2*	8,07*
<i>No intentar evadir impuestos nunca</i>	8,11*	6,17*	8,44*	7,75*	6,15*	8,22*	8,18*	6 *	8,49*
<i>Obedecer siempre las leyes y normas</i>	8,51*	6,04*	8,48	8,27*	6,13	8,44	8,43	5,99*	8,52
<i>Mantenerse informado sobre las acciones del Gobierno</i>	-	5,62*	-	-	5,23*	-	-	5,68*	-
<i>Participar en asociaciones de carácter social o político</i>	6,52*	4,70*	-	5,97*	4,56*	-	6,55*	4,72*	-
<i>Tratar de entender las ideas de la gente con opiniones distintas a las nuestras</i>	-	6,03*	-	-	5,98*	-	-	6,1*	-
<i>Elegir artículos de consumo que, aunque sean algo más caros, no dañen el medio ambiente</i>	-	5,51*	-	-	5,53*	-	-	5,55*	-
<i>Ayudar a gente que, en nuestro país, vive peor que Ud⁴¹.</i>	8,48*	6,09	8,33	8,26	6,07	8,22*	8,47*	6,09	8,37
<i>Formarse su propia opinión independientemente de los demás⁴²</i>	8,16*	-	7,8*	7,95*	-	7,34*	8,18*	-	7,92*
<i>Someter su opinión a la crítica</i>	7*	-	-	6,57*	-	-	7,05*	-	-

Fuente: elaboración propia a partir de los datos del estudio CIS 2450 (2002), 2575 (2004) y 2632(2006). La importancia de las características ciudadanas se mide en una escala del 1 al 10 en 2002 y 2006 y en una escala del 1 al 7 en 2004.

* la significación de la prueba F en el test de ANOVA es inferior a 0,05.

En líneas generales, las personas implicadas conceden más importancia al hecho de no evadir impuestos, participar en asociaciones y votar que las que sólo están interesadas o se sienten eficaces. También son las que otorgan más importancia al hecho de formarse una opinión propia o de someter

⁴⁰ Se han analizado igualmente las correlaciones entre los indicadores de eficacia, interés y el factor de implicación con estas variables. Los resultados son muy similares a los reproducidos aquí y validan también el factor de implicación política como una variable altamente relacionada con aspectos del civismo activo y con comportamientos participativos objetivos. Sin embargo, sólo se reproducen aquí los análisis de varianza relativos a las variables dicotómicas "eficaces", "interesados" e "implicados" porque se ha considerado que su interpretación es más directa y cómoda para el lector.

⁴¹ En 2002 y 2006 la formulación de la pregunta es "ser solidario con la gente que está peor que usted".

⁴² En 2006: "adoptar una postura crítica sobre el sistema político y social".

su opinión a la crítica. En 2004, los ciudadanos implicados son los que más asocian al concepto de “buen ciudadano” el hecho de mantenerse informado sobre las acciones del Gobierno, tratar de entender ideas distintas a la propia y elegir artículos de consumo ecológicos. Por otra parte, en 2002 son los interesados los que consideran ligeramente más importante el hecho de ayudar a otras personas. En el mismo sentido, cabe destacar que los interesados puntúan más generosamente el hecho de obedecer las leyes en 2002 y 2004, pero en 2006 son las personas implicadas las que dan más importancia a esta característica. Por tanto, las personas que se sienten a la vez competentes e interesadas por la política son las que tienden a mostrarse más exigentes con la ciudadanía.

Asimismo, resulta conveniente analizar la relación entre estos indicadores y los distintos tipos de participación política. Para representarla se ha recurrido a las encuestas CIS 2450, 2575, 2620 y 2632, con datos de 2002, 2004, 2005 y 2006, respectivamente. En éstas se preguntaba a los entrevistados si habían realizado una serie de actividades relacionadas con la política. En la tabla 3.11 se presenta el porcentaje de personas interesadas, eficaces y, finalmente, implicadas subjetivamente en política que han realizado alguno de estos actos en los 12 meses previos a cada encuesta utilizada. Estos porcentajes presentan un asterisco cuando la proporción de personas que han llevado a cabo estos actos difiere significativamente (residuos tipificados mayores que 2) entre las personas interesadas y las no interesadas, entre las eficaces y las no eficaces y entre las implicadas y no implicadas. De esta manera evitamos al lector reproducir también los porcentajes relativos a la categoría negativa de estas variables. Esta evidencia demuestra que las personas que manifiestan implicación política se relacionan más intensamente con los distintos tipos de participación política que las que sólo declaran interés o eficacia política. Entre los implicados, los porcentajes de personas que firmaron una petición, realizaron acciones de boicot o consumo responsable, asistieron a una manifestación, participaron en una huelga, llevaron a cabo acciones ilegales de protesta, contactaron con un medio de comunicación, asistieron a un mitin o participaron en un foro de Internet son mayores que entre las personas que sólo manifestaron interés o sólo declararon sentirse eficaces políticamente. Estos resultados son robustos para todos los años analizados, con algunas excepciones puntuales⁴³.

En definitiva, podemos finalizar este apartado concluyendo que la medida de implicación política subjetiva propuesta aquí presenta niveles de validez y fiabilidad más que aceptables. Asimismo, podemos concluir que el indicador propuesto es adecuado tanto desde un punto de vista sustantivo como desde otro más empírico, ya que no sólo satisface la teoría revisada, sino que también funciona como predictor de actitudes y comportamientos cívicos, de acuerdo a lo esperado, como sugieren los resultados de las tablas 3.10 y 3.11. Hasta aquí, la operacionalización del concepto de implicación política subjetiva. Una vez mostrada su conveniencia, pasemos a continuación al epígrafe final de este capítulo, donde se recopilan las conclusiones más destacadas del mismo.

⁴³ En concreto, firmar una petición en 2002, asistir a una manifestación en 2004, llevar a cabo acciones ilegales de protesta en 2002, y votar en las últimas elecciones en 2002 y 2005. Todas estas actividades son más frecuentes entre las personas únicamente interesadas. Sin embargo, la tónica general es que la propensión a la participación a través de estos distintos canales sea mayor entre aquellos que presentan ambos rasgos de implicación política simultáneamente.

Tabla 3.11. Participación política entre los ciudadanos interesados, eficaces e implicados.
% de ciudadanos de cada tipo que han realizado actividades relacionadas con la política en los 12 meses previos a la encuesta

	<i>Muy/bastante interesados</i>				<i>Eficaces</i>				<i>Implicados</i>			
	2002	2004	2005	2006	2002	2004	2005	2006	2002	2004	2005	2006
<i>Firmar una petición</i>	40,8*	35,4*	63,7*	38,2*	31,6*	29,7*	57,1	33,2*	44,1*	38*	67,1*	41,4*
<i>Boicot o consumo responsable</i>	14,6*	24,2*	-	25,5*	9,2*	18,2*	-	21,4*	15,5*	26,1*	-	28,2*
<i>Asistir a una Manifestación</i>	17,8*	45,9*	66,2*	29,2*	27,1*	38,5*	58,7*	25,1*	28,5*	49,1	68,5*	32*
<i>Participar en una huelga</i>	11,2*	-	-	13,4*	15,4*	-	-	12,3*	17,5*	-	-	13,7*
<i>Llevar a cabo acciones ilegales de protesta</i>	3*	-	11,4*	3,2*	1,4*	-	10,0*	2,4*	2	-	12,5*	3,8*
<i>Contactar con un político o funcionario</i>	18,5*	13,9*	-	12,9*	10,6*	10,2*	-	8,9*	20*	15,6*	-	14*
<i>Contactar con un Medio de comunicación para expresar opiniones</i>	10,5*	8,7*	-	-	5,2*	5,7*	-	-	11,3*	9,6*	-	-
<i>Asistir a un mitin</i>	17,5*	21*	-	15,4*	8,5*	16,5*	-	10,1*	18,7*	22,9*	-	16,3*
<i>Participación en grupo o foro de expresión política en Internet.</i>	-	5,7*	-	6,9*	-	3,8*	-	4,3*	-	6,1*	-	8*
<i>Fue a votar en las últimas elecciones</i>	87,2*	89,7*	91,2*	-	79,3	86,6	86,9*	-	86,9*	90,1	90,8*	-

Fuente: elaboración propia a partir de los datos del estudio CIS 2450 (2002), 2575 (2004), 2620 (2005) y 2632 (2006). Porcentajes de columna. Los asteriscos indican que dichos porcentajes difieren significativamente de los valores medios para el conjunto de la muestra para un nivel de confianza de al menos un 95 %.

3.6. Conclusiones.

En este capítulo se han presentado dos indicadores básicos para medir la implicación política subjetiva de los ciudadanos españoles: la eficacia política interna y el interés por la política. A partir de ellos se operacionaliza el objeto de este estudio. En concreto, se ha justificado la creación de este indicador atendiendo a razones sustantivas y empíricas, de acuerdo con la propuesta de Verba et al. (1995) y teniendo en cuenta la especificidad del caso español. Con el ánimo de construir un indicador fiable de la implicación política subjetiva de la ciudadanía, se ha calculado un factor de las comunalidades del interés y la eficacia política interna. Para ello, se ha partido de la evidencia empírica que confirma la pertenencia de ambas actitudes a la misma dimensión. Hemos visto que la implicación política ha demostrado predecir mejor que sus componentes las características que los españoles consideran propias de un buen ciudadano. Asimismo, se ha mostrado que las manifestaciones de participación política convencional y no convencional se dan con mayor probabilidad entre las personas implicadas que entre las que únicamente manifiestan interés o eficacia política interna. De esta manera, se confirma la validez y eficiencia de la implicación política como predictora del sentido del deber político y de la acción política de la ciudadanía.

Con el objetivo de ofrecer un primer cuadro descriptivo de la implicación política subjetiva de los españoles, se ha ofrecido un resumen de la evolución del porcentaje de personas implicadas, calculando la proporción de españoles con mucho o bastante interés por la política que se sienten también eficaces en 10 puntos del tiempo entre 1985 y 2006. Así, se ha demostrado que el porcentaje de personas implicadas al inicio de este período era un 11,9% de la población española, y que éste porcentaje fue aumentando con los años –aunque de forma variable- hasta llegar a un 25,7%. Del análisis de la proporción en que encontramos ciudadanos implicados en España, deducimos que esta dimensión actitudinal ha pasado por dos períodos entre 1985 y 2006. El primero es de crecimiento, y finaliza en el año 2001. Su momento más bajo, sin contar con el dato inicial de 1985, es el año 2002. A partir de ese momento, el porcentaje de personas implicadas no ha dejado de crecer hasta alcanzar su máximo en el año 2005. Esta evolución se debe, sobre todo, al incremento de personas interesadas.

Finalmente, un análisis de la proporción de ciudadanos implicados en distintos países de Europa Occidental ha constatado la excepcionalidad del caso español, en que encontramos porcentajes muy bajos de personas comprometidas con lo público. El desapego de los españoles, por debajo de la media Europea, sólo tiene equiparación al de otros países del sur y Este de Europa. Sin embargo, esta proporción varía a lo largo del tiempo en mayor medida que en otros países con altos porcentajes de ciudadanos implicados. Por este motivo, y por las especificidades del objeto de estudio descritas en este capítulo, pasaremos a continuación a analizar los condicionantes de la implicación política subjetiva a nivel individual. Concretamente, se explorará el papel que juegan en la formación del objeto de este estudio las variables sociodemográficas tradicionalmente tratadas como variables de control.

CAPÍTULO 4. LOS FACTORES SOCIODEMOGRÁFICOS COMO INDICADORES AGREGADOS DE SOCIALIZACIÓN POLÍTICA.

En las siguientes páginas exploraremos algunos de los factores propuestos para explicar las diferencias en los niveles individuales de implicación política subjetiva. Las variables que analizaremos en este capítulo son de naturaleza sociodemográfica: género, edad y nivel de educación. Se trata de las primeras variables que los estudios de cultura política pusieron en relación con las actitudes, aunque no siempre vinculándolas al fenómeno estudiado mediante un mecanismo causal y una hipótesis sobre su efecto. Actualmente estas variables se suelen utilizar en los estudios sobre actitudes con un fin muy limitado, que es el de controlar el efecto de otros factores explicativos. No obstante, aquí se defiende que estas variables también sirven para operacionalizar algunas características relacionadas con la socialización política de la ciudadanía.

Tal y como se ha discutido en el marco teórico general, existen distintas explicaciones sobre el proceso de formación y desarrollo de las actitudes políticas: los relativos a la socialización política de los individuos, los que hacen referencia a sus recursos, las explicaciones psicológicas, las fundamentadas en el contexto político y las relacionadas con variables sociodemográficas. A continuación, se resumen brevemente. En primer lugar, los agentes de socialización son los primeros factores explicativos de las actitudes propuestos por la literatura. Actualmente están en desuso porque se considera que sólo pueden explicar la continuidad y no el cambio actitudinal. De estos factores nos ocuparemos en los próximos capítulos. Otras explicaciones a tener en cuenta para comprender la variación de las actitudes entre individuos son las relativas a los recursos. Éstas relacionan el nivel socioeconómico del individuo o de su familia de origen con altos niveles de interés, eficacia u otras actitudes que caracterizan a los individuos implicados en política. Existen también autores que amplían su concepto de “recurso” a las redes sociales de que dispone el individuo y de las que obtendría conocimientos, opiniones y otros elementos que podrían moldear sus actitudes.

En tercer lugar figuran lo que se ha denominado pre-actitudes, las cuales se formarían previamente a las orientaciones que aquí constituyen el objeto de estudio (Anduiza y Bosch 2004). Algunas de estas entidades de naturaleza psicológica como la autoestima o la tolerancia se transformarían con mayor probabilidad en ciertas actitudes. Sin embargo, estas explicaciones son intrínsecamente endógenas, al llevar asociados problemas relativos a la dirección de la causalidad. Por este motivo, muchos estudios se limitan a mencionar este posible origen de las actitudes, sin comprobarlo sistemáticamente. En cuarto lugar, existen otras explicaciones sobre la formación y el desarrollo de las actitudes políticas de corte racional que defienden la importancia de aspectos del contexto político para explicar la implicación de los ciudadanos en política. Es el caso del papel movilizador de las élites y las redes de incentivos que construyen las instituciones. Finalmente, encontramos los factores sociodemográficos, que sitúan al individuo en un entramado social y le otorgan un papel determinado en función de la posición que ocupe en dicho entramado, así como del momento del curso vital en el que se encuentre.

Tal vez el autor que más tempranamente demostró los efectos de los factores sociodemográficos en la implicación política de los ciudadanos es Campbell, quien describió y caracterizó al denominado “ciudadano pasivo” (Campbell 1962). Este perfil de individuo se caracterizaba por su baja propensión a la participación electoral, así como por ciertas actitudes que demostraban alienación respecto a la política; entre ellas, el desinterés. Campbell destacó entre las causas de esta pasividad algunas características psicológicas como la carencia de autoestima y un bajo nivel de satisfacción con la vida. Pero también un bajo grado de integración social, el hecho de vivir alejado de un entorno urbano y, especialmente, un bajo nivel de educación. Desde entonces, la literatura ha señalado también diferencias en los niveles individuales de interés por la política en función de variables como el estatus socioeconómico, la ocupación, la edad, los ingresos y el género (Van Deth 2000).

Así pues, los factores sociodemográficos definen social y demográficamente a los individuos. Son variables vinculadas causalmente a las actitudes pertenecientes a la dimensión de la implicación política subjetiva desde los primeros estudios sobre Cultura Política. Sin embargo, resulta común encontrar estudios que, a pesar de que utilizan la información de este tipo de variables, no especifican hipótesis causales sobre el posible efecto de las mismas. Por el contrario, a menudo estos factores aparecen en las ecuaciones de predicción de distintas actitudes con el limitado fin de controlar los efectos de otras variables que sí ponen a prueba hipótesis causales.

Sólo caben dos interpretaciones para los efectos de las variables sociodemográficas sobre las actitudes que nos ocupan. La primera asume que existen unos *cleavages* políticos formados tras cada uno de los grandes conflictos que han configurado las sociedades modernas. La formación de estas rupturas o separaciones sociales –centro vs. periferia, laicidad vs. religiosidad, ámbito rural vs. ámbito urbano, propietarios vs. trabajadores- afecta a las percepciones de los individuos. Es más, las actitudes reflejan la posición de los individuos frente a cada uno de esos conflictos (Lipset y Rokkan 1967). No obstante, es difícil mantener esta explicación para las actitudes que no constituyen una identidad nacional o ideológica, como es el caso de la implicación política. Desde otro punto de vista, más acorde con el marco teórico general de esta tesis, estos factores sociodemográficos pueden ser contemplados como variables aproximativas de las características de la socialización política de los individuos. De este modo, cuando no conocemos los procesos que han conformado la socialización política de los ciudadanos, podemos inferirlos a partir de su edad, así como de su nivel de educación o de su género. Esto es lo que haremos en este capítulo.

A continuación, analizaremos las diferencias en los niveles de implicación política subjetiva de los españoles por género, edad y nivel de educación⁴⁴. En primer lugar, comprobaremos si las teorías que sugieren una mayor propensión al desapego político entre las mujeres como consecuencia de una socialización tradicional están en lo cierto. Seguiremos con una exploración de los efectos de la edad sobre la implicación política subjetiva, comprobando hasta qué punto los jóvenes españoles están menos implicados psicológicamente con la política que los españoles adultos, que otros jóvenes europeos y que los jóvenes españoles de otras épocas. También se someterá a prueba empírica la

⁴⁴ En este capítulo se omiten las explicaciones relativas a la ocupación o situación laboral de los individuos porque entiendo que esto es en gran parte consecuencia de su nivel de estudios; y porque creo que estas variables entroncan con la literatura sobre los efectos de los recursos sobre las actitudes, exógenos a esta investigación.

hipotética relación cuadrática entre edad e implicación. Seguidamente, se analizará la evolución del nivel educativo de la población española y su impacto sobre la variable dependiente a nivel agregado. Finalmente, se ofrece una estimación multivariada de la implicación política basada en los tres factores explicativos tratados en este capítulo y se recopilan los principales hallazgos de dicha estimación.

4.1. Género e implicación⁴⁵

Sabemos que hombres y mujeres presentan diferencias respecto a sus actitudes políticas desde que Duverger describió ciertas especificidades en la percepción de la política por parte de las mujeres (Duverger 1955). La literatura acerca de la influencia del género sobre las creencias y valores políticos siguió desarrollándose en la década de los 60, en que aparecen los primeros estudios empíricos que señalan diferencias en los patrones de socialización de hombres y mujeres (Greenstein 1965, Langton 1969). En este sentido, abundan los trabajos que atribuyen un rol político más bien pasivo a las mujeres en comparación con los hombres (Hooghe et al. 2007). Esta pasividad se manifestaría tanto en la menor propensión a interesarse por la política como en las mayores tasas de no respuesta en las encuestas y en un menor grado de competencia política de las mujeres. Asimismo, se ha detectado que las mujeres tienden a sentir la política como algo ajeno y corrupto en mayor medida que los hombres (Muñoz 1991).

Una de las explicaciones más convincentes para este fenómeno pone el acento en los valores patriarcales que promulgan las culturas tradicionales (Nordstrom 1990), así como las sociedades occidentales donde predominan los valores judeo-cristianos (Mayer y Schmidt 2004). Estos valores asociarían a la mujer al ámbito privado o doméstico, adjudicándole el rol de madre, cuidadora y, en todo caso, administradora de la economía familiar; pero apartándola de todo lo referente a la comunidad a la que pertenece. Finalmente, se ha documentado que existe una cierta asociación entre la posición de ciertos sujetos y grupos en la estructura social y su sentimiento de competencia política (Galtung 1964). De esta manera, los individuos que se sitúan en la periferia social –esto es, en situaciones desfavorables- tienden a presentar valores más tradicionales; lo que explicaría en parte la reproducción de dichos valores entre las mujeres. Tanto es así, que las mujeres podrían llegar a constituir una subcultura política caracterizada por un mayor conservadurismo, una orientación preferente a los asuntos privados y morales y un mayor altruismo (Astelarra 1990).

Factores contextuales como la escasez de representantes políticas mujeres también afectarían a la propensión de éstas a orientarse con interés al ámbito público. De hecho, el número de mujeres que tienen un papel destacado en los asuntos públicos de cada país –y que tiende a ser bajo, en general- se relaciona intensamente con la tendencia de sus ciudadanas a identificarse con la política (Uriarte 1997a, Atkeson y Rapoport 2003). Pues bien, ¿cuál es el papel del género en la configuración de la implicación política de los españoles? ¿Están las mujeres más o menos implicadas en política que los

⁴⁵Creo conveniente aclarar que no utilizo en este apartado el término “sexo” y sí el de “género”, porque el primero es una condición biológica sin vinculación con el fenómeno de la cultura política. El género, en cambio, equivale a los patrones de conducta diferenciados por sexos. Es una condición que se aprende y que, por tanto, cambia ya sea a lo largo de la vida de un individuo o de generación a generación. La palabra “género” recoge el conjunto de comportamientos y características psicológicas y emocionales asociados a los hombres y las mujeres.

hombres? En las siguientes páginas se ofrece una respuesta a todos estos interrogantes utilizando evidencia tanto cualitativa como cuantitativa.

4.1.1. La construcción del “segundo sexo” en el Franquismo.

En los comienzos del Siglo XXI podemos afirmar que existe un compromiso político (al menos formal) con la igualdad entre hombres y mujeres en los ámbitos laboral y doméstico. Aunque esta igualdad esté lejos de conseguirse, ha calado en la opinión pública española la percepción de que es bueno y justo que hombres y mujeres tengan los mismos deberes y derechos⁴⁶. Esto es así en parte gracias a la visibilidad de las medidas contra la violencia de género, a las cuotas aplicadas a la composición partidos políticos y al reconocimiento del derecho a la conciliación laboral, entre otras medidas que se contemplan en la Ley Orgánica para la Igualdad Efectiva de Mujeres y Hombres del 15 de marzo de 2007⁴⁷. No obstante, la discriminación de las mujeres en el terreno de lo público-político ha sido en España una constante a lo largo de los años de dictadura franquista y durante una buena parte del proceso de transición y consolidación de la democracia.

En efecto, las actitudes católicas y patriarcales, previas incluso al franquismo –no olvidemos que la II República no otorgó el derecho de voto a las mujeres hasta 1933-, apartaron durante el siglo pasado a la mujer española del mercado laboral y de cualquier otro ámbito público, relegando su papel al ámbito de lo familiar y lo privado. Pero la consolidación de esta alienación política de la mujer llegó con el nacional-catolicismo, cuyos valores podemos calificar como tradicionales y, por tanto, potencialmente alienadores del género femenino (Mayer y Schmidt 2004).

La religión jugó un papel muy importante en la configuración del rol políticamente alienado de la mujer desde que el régimen franquista le confirió el estatus de religión oficial en el *Fuero de los Españoles* (1945) y tras el concordato con la Santa Sede (1953). Especialmente en las fases iniciales del Franquismo, la Iglesia Católica aprovechó todos sus mecanismos de socialización para estructurar la sociedad según su ideología y conveniencia, además de influir indirectamente en los contenidos y programas de la educación pública. Entre estos mecanismos socializadores directos figuran los sermones dominicales, las hojas parroquiales, los programas de radio y, tal vez el más poderoso, las instituciones educadoras religiosas: hospicios y escuelas regentadas por muy diversas órdenes y congregaciones religiosas. Entre éstas podemos encontrar cierta variación respecto a su grado de elitismo o igualitarismo, de racionalismo o misticismo, pero una base común de valores católicos⁴⁸.

⁴⁶ Entre la evidencia que respalda una mejora sustantiva de la posición de la mujer española en la sociedad está el Índice de Potenciación de Género, elaborado por las NN.UU para medir la participación de la mujer en la economía y la política. España se encontraba en la posición 25 en 1996; y el último informe de Desarrollo humano (2007/2008) sitúa a este país entre los 12 más igualitarios (Fuente: <http://data.un.org/DocumentData.aspx?id=88>).

⁴⁷ Algunas de estas medidas son la ampliación del tiempo de maternidad para partos prematuros, la negociación obligatoria de planes de igualdad para las empresas con más de 250 trabajadores y la primacía de las empresas con equilibrio de sexos a la hora de establecer contratos con la Administración o ser subvencionadas por ésta. En cuanto a las cuotas de composición de partidos políticos, esta ley establece que en las listas electorales figurará al menos un 40% de mujeres y en puestos intercalados con los hombres.

⁴⁸ Según los datos de la Conferencia Española de Religiosos, en el año 2003 en España había 391 congregaciones religiosas. De ellas, 291 son masculinas y 100 femeninas. Un 15% de sus 269 comunidades se dedican a la enseñanza.

Pero no sólo la iglesia promulgaba dos roles relativos a la política diferenciados por géneros. La educación pública franquista promovió de manera general la pasividad política, aunque más explícitamente con respecto a las mujeres, orientándolas a la falta absoluta de interés. Existen numerosos ejemplos de la segregación de la mujer en la educación formal de esta época, pero baste mencionar el ejemplo de la Enciclopedia Álvarez, libro de texto que alcanzó 115 ediciones entre 1953 y 1966 y en el cual figuraban distintos anexos para niños –“Formación Político-Social”- y niñas –“Higiene y formación familiar”. Aquí se defiende y se somete a prueba empírica la hipótesis de que estos roles políticos diferenciados para cada sexo se transmitieron por medio de la educación formal primaria hasta las postrimerías del franquismo, siendo reforzados por otros agentes de socialización. Además, sostengo que sus consecuencias han tenido repercusiones sobre la estructura de la población activa y del mercado de trabajo, en el nivel agregado de educación de los españoles y, especialmente, en las actitudes hacia la política que aquí nos ocupan.

La organización civil más consagrada a configurar este papel de la mujer fue la Sección Femenina del Movimiento Nacional (Rabazas y Ramos 2006). Su labor adoctrinadora de los valores morales y políticos del Franquismo fue dirigida desde 1934 por Pilar Primo de Rivera, hermana de José Antonio, fundador de Falange. Durante décadas, las afiliadas a esta organización se encargaron de recordar a las mujeres españolas su papel como complemento del hombre, como madres, amas de casa y esposas. Sus estrategias socializadoras eran diversas. En primer lugar, contaban con la revista *Consigna* para difundir sus ideas entre las maestras y las amas de casa. Por otra parte, la Sección Femenina organizaba campamentos y talleres, además de ejercer como grupo de presión dentro de Falange y del Movimiento e influir en la redacción de leyes y contenidos docentes. A continuación se presentan una serie de fragmentos extraídos, respectivamente, de la revista *Consigna* y de un libro de texto de primero de bachillerato. Estos textos tienen por objeto ilustrar la doctrina oficial de la Sección Femenina sobre el papel de la mujer en la sociedad -y por extensión, del régimen franquista.

“La educación específica de la mujer para esposa, madre y educadora de los hijos debe iniciarse en la Escuela Primaria. Es preciso que vosotras, maestras nacionales, estéis orientadas acerca de cómo puede gobernarse un hogar para, así, guiar a vuestras alumnas.” *Consigna* (1941) nº 9, pág. 10.

“Porque tú has de dar fruto. Todas las niñas lo piensan muchas veces: un día ellas, como sus madres, llegarán a tener hijos, cuidarán del marido, de la casa, de los muebles, de los bienes del hogar. Un hijo. Ese es el fruto que llevan en potencia tus deseos de mujer.” *Consigna* (1956), nº 183, pág. 63.

“A través de toda la vida, la misión de la mujer es servir. Cuando Dios hizo el primer hombre, pensó: “No es bueno que el hombre esté solo”. Y formó la mujer, para su ayuda y compañía, y para que sirviera de madre. La primera idea de Dios fue el ‘hombre’. Pensó en la mujer después, como un complemento necesario, esto es, como algo útil”. *Formación Político-Social*, primer curso de Bachillerato (1963)

En algunas ocasiones se ha destacado como rasgo contradictorio de esta organización el hecho de que reclamase la dignificación de lo “femenino”⁴⁹. Sin embargo, su concepción de lo “femenino” como algo limitado a menudo a la procreación y subyugado y sometido al hombre pone en cuestión esta observación. Así lo demuestra el posicionamiento de la organización contra la actividad laboral de

⁴⁹Cabe destacar que esta defensa parte de la propaganda de la ultraderecha española. Para un mayor desarrollo de este argumento remito al lector a http://www.nuevorden.net/1_33.html.

la mujer casada; para la que no se aplicaba la ley del 22 de Julio de 1961 de “Igualdad de Derechos Políticos, Profesionales y de Trabajo de la Mujer”. Esta ley, promovida por la Sección Femenina, impulsaba ante todo el estudio y la culturización de la mujer como símbolo visible de estatus social más que una igualdad laboral real. La organización se manifestó siempre en contra de cualquier protagonismo o visibilidad de la mujer en la esfera pública, a excepción, paradójicamente, de las líderes de la Sección Femenina, como la propia Pilar Primo de Rivera o Marichu Mora (Richmond 2004). Esta postura, sin embargo, evolucionó a lo largo de los años en consonancia con el crecimiento económico del país y gracias a la influencia de distintos organismos internacionales. La cercanía de la celebración del Año Internacional de la Mujer en 1975 propició la inclusión de nuevos temas y posturas en el Congreso Nacional de la Sección Femenina del Movimiento en 1974. El cambio de posicionamiento sobre el papel público de la mujer se evidencia en las siguientes declaraciones en la revista *Consigna* :

(se han de propiciar actuaciones que permitan a la mujer) “hacerla electora, colaboradora, público responsable y no masa anodina y fácilmente impresionable. La mujer, en esta hora de nuestro tiempo, en este 1974, ha de abordar con urgencia estas tareas de promoción y participación política. Ha de intensificarse su presencia y su papel de protagonismo en los colegios profesionales, en el mundo laboral y, sobre todo, en el ámbito de la acción sindical.” *Consigna* (1974) nº 394, pp: 29-30.

Por tanto, podemos circunscribir la postura oficial conservadora de la Sección femenina entre la fecha de su formación, 1934, y 1974⁵⁰. El cambio de posición de esta organización ejemplifica la transformación más generalizada y profunda que tiene lugar en la sociedad española desde mediados de los años 70. La misma se debe no sólo a la crisis de liderazgo del Movimiento tras la muerte de Carrero Blanco, sino también a la influencia de agencias internacionales y a la inercia puesta en marcha con la etapa desarrollista del régimen, que requería de la mano de obra femenina para seguir creciendo económicamente. La sumisión y la alienación de lo público habrían sido los valores predominantes hasta la incorporación masiva de la mujer a la población activa y la equiparación legal de ambos sexos, ya en los años 70 y 80, en que éstas comenzaron a adquirir nuevos intereses y preocupaciones y a entrar en contacto con otros agentes de socialización.

4.1.2. Las diferencias en la percepción de la política de mujeres y hombres en España.

Existe abundante evidencia empírica respecto a la aversión hacia la política de las mujeres españolas. En los primeros años de la transición el porcentaje de mujeres interesadas por la política en España apenas evolucionó. Mientras que un 43% de los hombres se manifestaban muy interesados por la política, sólo un 23% de mujeres hacían lo propio; y estos datos –extraídos del IOP y el CIS- son idénticos para 1976 y 1980 (López Pintor 1981).

Otros estudios muestran que posteriormente las mujeres españolas continuaron bastante menos interesadas por la política que los hombres (Ortiz 1990, Uriarte 1997b), tal vez porque las mujeres

⁵⁰ Sin embargo, la influencia extraoficial de los valores conservadores y patriarcales de esta organización sobrevivió a la propia organización. La extinción del Movimiento Nacional por el Real Decreto-Ley del 1 de abril de 1977 supuso el traslado de unas 24.000 mujeres vinculadas a la Sección Femenina de la Falange a las bibliotecas públicas del Estado (Aguilar 2001:35). Este hecho puede ayudarnos a comprender la reproducción de estos valores en las siguientes generaciones.

tendrían más dificultades para conectar los problemas concretos de su entorno, especialmente los familiares, con la dimensión más abstracta de la política (Ortiz 1987). La desigual percepción de los distintos niveles de política y de gobierno apoya esta teoría, porque las diferencias entre el interés por la política de hombres y mujeres son mayores cuanto más lejano es el nivel de gobierno. En el año 2002, sólo un 24% de las mujeres españolas están muy o bastante interesadas por la política nacional, frente a un 37% de hombres. Esta diferencia de 13 puntos se acorta a 9 puntos al referirnos a la política local (un 32% de mujeres interesadas frente a un 41% de hombres)⁵¹.

¿Hasta qué punto esta pasividad política es característica exclusiva de las mujeres españolas en comparación con otros países en Europa? La evidencia de principios de los ochenta así lo sugiere, puesto que en 1983 el 35% de las europeas estaban muy o bastante interesadas por la política, mientras que sólo el 14% de las españolas se mostraban tan interesadas por lo público (Ortiz 1987). Para saber si estas diferencias entre las mujeres españolas y las europeas se han mantenido a lo largo del tiempo, se presenta la evidencia resumida en la tabla 4.1. La misma muestra los porcentajes de hombres y mujeres que manifestaron mucho o bastante interés y que nunca o raramente piensan que la política es demasiado complicada para comprenderla. Como en otras ocasiones, se han seleccionado los países para los cuales tenemos datos de al menos dos de las tres olas de la Encuesta Social Europea realizada en 2002-2003, 2004-2005 y 2006-2007.

Tabla 4.1. Porcentaje de hombres y mujeres que manifiestan implicación política subjetiva por países y años.

	1ª Ola ESE (2002-2003)			2ª Ola ESE (2004-2005)			3ª Ola ESE (2006-2007)		
	Hombres	Mujeres	Dif. H-M	Hombres	Mujeres	Dif. H-M	Hombres	Mujeres	Dif. H-M
<i>Alemania</i>	34	19	15	28	15	13	29	12	17
<i>Austria</i>	34	20	14	35	18	17	34	18	16
<i>Bélgica</i>	23	11	12	22	10	12	25	12	13
<i>Dinamarca</i>	36	17	19	39	20	19	41	21	20
<i>Eslovaquia</i>	-	-	-	17	9	8	18	10	8
<i>Eslovenia</i>	20	10	10	20	10	10	20	11	9
<i>España</i>	14	6	8	17	9	8	13	7	6
<i>Estonia</i>	-	-	-	17	10	7	21	13	8
<i>Finlandia</i>	18	9	9	17	9	8	21	9	12
<i>Francia</i>	19	8	11	15	8	7	28	14	14
<i>Grecia</i>	14	6	8	18	11	7	-	-	-
<i>Hungría</i>	24	13	11	22	15	7	23	13	10
<i>Irlanda</i>	26	12	14	32	15	17	29	14	15
<i>Luxemburgo</i>	25	12	13	23	10	13	-	-	-
<i>Noruega</i>	28	14	14	30	14	16	27	16	11
<i>Países Bajos</i>	36	17	19	35	14	21	35	15	20
<i>Polonia</i>	20	7	13	20	7	13	17	7	10
<i>Portugal</i>	18	10	8	15	7	8	17	9	8
<i>Reino Unido</i>	23	9	14	18	8	10	23	10	13
<i>República Checa</i>	17	7	10	8	4	4	-	-	-
<i>Suecia</i>	31	19	12	31	17	14	38	20	18
<i>Suiza</i>	31	16	15	30	14	16	30	15	15

Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta Social Europea. Las cifras reflejan el porcentaje de ciudadanos implicados para cada género

⁵¹Datos extraídos de la encuesta CIS 2455 de 2002.

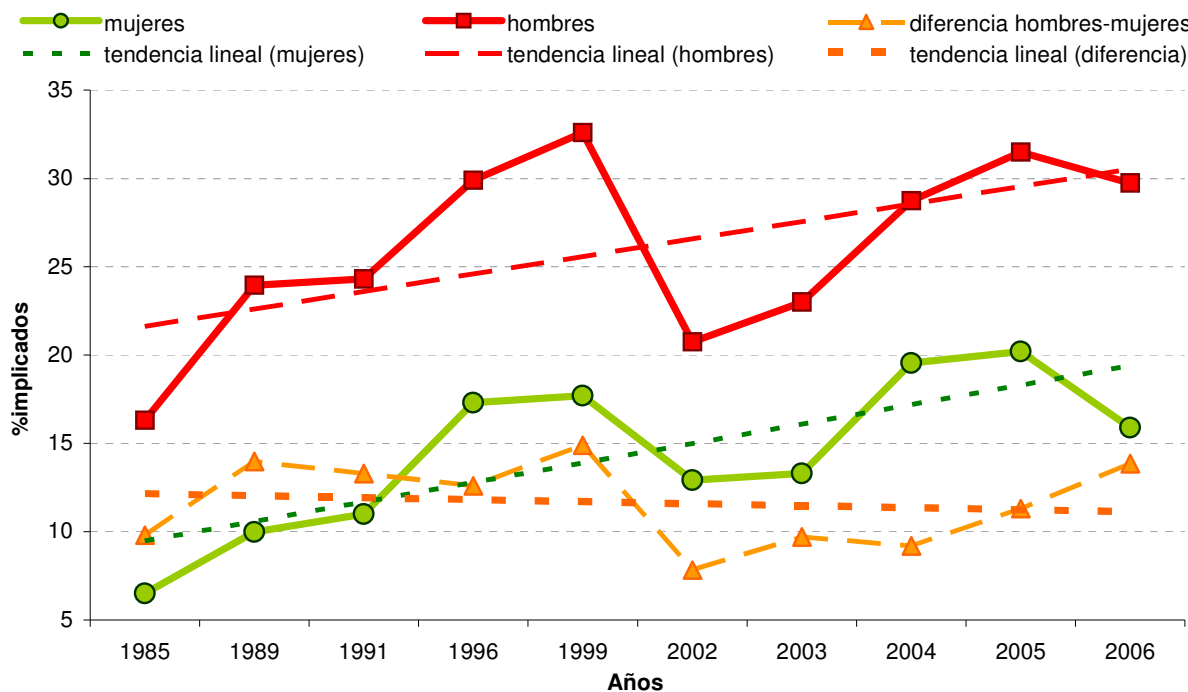
El resultado más evidente es que los porcentajes de mujeres y hombres que declaran estar implicados en política difieren significativamente de los valores medios del conjunto de la muestra y para un nivel de confianza de al menos un 95%. Y ello para todos los años y para todos los países sin excepción alguna. Dicho esto, cabe realizar algunos matices. Para comenzar, los porcentajes de implicados cambian en el corto período de tiempo que cubre la evidencia resumida en la tabla 4.1, y es que dichas oscilaciones muy bien pueden deberse al momento en que se recogieron los datos. Pero tal vez lo que resulta más importante de cara a los argumentos de este capítulo es que el porcentaje de españoles implicados en política está por debajo de la media Europea, especialmente en el caso de las mujeres. España es el país que presenta una proporción más baja de mujeres implicadas en 2002-2003 y 2006-2007. Junto a España se encuentran otras democracias relativamente recientes (Polonia, la República Checa o Portugal), aunque en 2004 se desmarque de este grupo. Por su parte, en Suecia, Dinamarca, Países Bajos y Austria encontramos los mayores porcentajes de mujeres implicadas. De hecho, estos países presentan las mayores proporciones de ciudadanos implicados para ambos géneros.

Los niveles de industrialización, la antigüedad y consolidación de los sistemas democráticos y el grado de integración de las mujeres en el mercado laboral pueden ayudarnos a entender las diferencias que existen en la proporción de mujeres implicadas entre los países del Centro y el Norte de Europa, por un lado, y los del Sur y el Este, por otro. También son relevantes los valores tradicionales que durante mucho tiempo han sido preponderantes en los países del Sur, y que son elementos clave para entender incluso las distintas configuraciones de sus Estados del Bienestar. Sin embargo, esto no explica por qué las diferencias entre hombres y mujeres se acortan precisamente entre estos países mientras que se agrandan entre los que destacan por el elevado grado de implicación política de sus ciudadanos

En efecto, muchos de los países con un alto porcentaje de mujeres implicadas también son los que presentan las mayores diferencias en la propensión a implicarse entre géneros. Ese es el caso para Dinamarca, Austria, Países Bajos y Suecia, donde las diferencias entre géneros superan los quince puntos porcentuales. En contraste, vemos que los países donde los niveles de implicación política de los ciudadanos son bajos, las diferencias entre géneros son menores (6-8 puntos). Una posible explicación para este fenómeno es que en las sociedades del Sur y Este de Europa, tradicionales hasta hace relativamente poco tiempo, se han producido en los últimos años procesos de transformación que equiparan a hombres y mujeres en el ámbito laboral y en su papel en la sociedad. En cambio, en los países donde los ciudadanos están más implicados estos procesos se produjeron hace ya tiempo. Sus diferencias en la implicación de hombres y mujeres podrían deberse a hechos demográficos inevitables, como una mayor tendencia de las mujeres a alcanzar edades avanzadas. Un factor este último que, como veremos, perjudica la propensión a implicarse en política. De hecho, a mediados de los años ochenta en España ya se detectó un mayor interés por la política entre las mujeres más jóvenes con respecto a las de más edad (Ortiz 1987); una tendencia que convendría saber si se ha consolidado. Estas evidencias invitan a pensar que tal vez la generación más joven de españoles haya crecido en un ambiente en el que el modelo de socialización política está más equilibrado por lo que se refiere al rol de la mujer y el hombre en el ámbito público-político.

Ya hemos visto que existe variación en los niveles de implicación política de las mujeres españolas entre 2002 y 2006. A continuación comprobaremos esto mismo con evidencia para el período que aquí se está analizando (1985–2006) y sólo para el caso español. En la figura 4.1 observamos de manera gráfica las diferencias en las proporciones de mujeres y hombres que se sienten eficaces e interesados a lo largo del período de normalidad democrática.

Figura 4.1. Porcentaje de españoles implicados subjetivamente en política (interesados y eficaces) por géneros.



Fuente: elaboración propia a partir de los datos de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2350 (1999), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005) y 2632 (2006).

Este gráfico se ha elaborado obteniendo, mediante tablas de contingencia, la proporción de ciudadanos implicados en función de su género para cada año⁵². De su observación se desprenden cuatro conclusiones. La primera es que la proporción de hombres implicados es superior a la de mujeres en todos los años. La segunda es que estas diferencias oscilan a lo largo del tiempo: mientras que en el año 1999 observamos la máxima diferencia entre géneros (quince puntos), en 2002 ésta se reduce hasta menos de ocho puntos porcentuales. También se observa una ligera tendencia en el tiempo a la reducción de estas diferencias. Finalmente, aunque los españoles tienden a implicarse más conforme pasan los años, esta propensión aparece con mayor nitidez para las mujeres. Éstas comienzan la serie con un porcentaje de implicadas de sólo el 6,5%, pero experimentan crecimientos superiores a los de los hombres en 1996 y 2004. Así lo indica también la línea de tendencia en la evolución de las mujeres implicadas, con una pendiente algo más acentuada que la de los hombres.

Para concluir, en este apartado se ha mostrado que en España existen diferencias significativas en la tendencia a implicarse políticamente de hombres y mujeres a lo largo del período analizado. El género, por tanto, constituye una variable relevante para comprender la baja implicación política

⁵² En todas estas tablas los residuos tipificados han sido mayores que 2. Por tanto, las diferencias en la proporción de ciudadanos implicados por géneros son significativas para un nivel de confianza de al menos un 95% en todos los años.

subjetiva de los ciudadanos españoles, aunque existe evidencia de que el nivel de implicación psicológica con la política de las mujeres se ha incrementado –y en mayor medida que el de los hombres- a lo largo del período de consolidación democrática. Así, la influencia del factor género deberá ser controlada por el de otras variables que puedan explicar por qué las mujeres ahora están sensiblemente más interesadas por la política de lo que lo estaban en 1985. A continuación, presentaremos uno de estos factores: la edad.

4.2. La edad y el ciclo vital.

El análisis de los efectos de la edad sobre la implicación política es ineludible, ya que existe múltiple evidencia que relaciona ciertos tramos de edad con una propensión mayor a comprometerse con lo público; también en el caso español. Sin embargo, la edad es una variable que tiene distintos tipos de efectos sobre las actitudes. De entre éstos, destacan dos: el efecto del ciclo vital y el efecto de la cohorte de pertenencia, la cual se calcula a partir de la fecha de nacimiento de los individuos. En este apartado analizaremos el primero de estos efectos, dejando para capítulo quinto el de las cohortes.

La edad es una característica individual fundamental para el estudio de las actitudes políticas en la medida en que asigna un rol y un estatus en el sistema social (Justel 1992). Por tanto, puede ejercer un efecto “cleavage” al igual que la clase o la religión, pudiendo derivar en conflictos entre jóvenes y adultos o entre grupos de ciudadanos nacidos en circunstancias sociales o económicas distintas. Éste es el motivo de que se asuma ampliamente una fuerte relación entre la edad y las actitudes que denotan implicación política. La mayor parte de los autores destacan dos tendencias. Por una parte, son muy numerosos los trabajos que profundizan en el problema de la poca implicación política de los jóvenes. Por otra, está bien documentado que la edad y los indicadores de implicación guardarían una relación curvilínea. Así, también los ancianos presentarían un menor compromiso con lo público. Ante el posible efecto de la edad sobre la implicación política subjetiva de los españoles cabe plantearse dos cuestiones: ¿Están los jóvenes españoles tan poco implicados como afirman las conclusiones más alarmistas respecto a la despolitización progresiva de la juventud?, y ¿guarda esta dimensión actitudinal una relación cuadrática con la edad en España, tal y como plantea la mayor parte de la literatura? En este apartado se sugieren respuestas a estas preguntas.

4.2.1. Juventud y apatía política. ¿Están los jóvenes españoles poco implicados en política?

La literatura asume que con la edad aumenta el interés por la política de los ciudadanos, por lo que a menor edad, mayor propensión a la pasividad política⁵³. La manifestación más evidente de la apatía política juvenil es la alta abstención que se produce en esta franja de edad, aunque en distinta proporción según el país (Anduiza 2001). Existen tres posibles explicaciones para esta inclinación al

⁵³De entre esta literatura destacaré un estudio entre jóvenes galeses, escoceses e ingleses de 14 a 24 años. El mismo confirmó el supuesto generalmente aceptado de que a menor edad, menos interés e información sobre política. Entre las explicaciones destaca la falta de integración social de los jóvenes. El documento es White, C, Bruce, S. y Ritchie, J. (2000) “Young people's politics: Political interest and engagement amongst 14- to 24- year-olds” publicado por el YPS disponible en <http://www.jrf.org.uk/bookshop/eBooks/1859353096.pdf>

abstencionismo por parte de los jóvenes que son válidas también para otras manifestaciones de la ausencia de implicación política (Rosenstone y Hansen 1993). En primer lugar, los jóvenes no tendrían marcadas preferencias políticas porque no tendrían aún condicionantes económico-sociales que diesen forma a sus expectativas políticas, al no haber apenas entrado a formar parte de la población activa. Por otra parte, los jóvenes no han experimentado aún muchos estímulos políticos ni han entrado en contacto con todos los posibles agentes socializadores, lo que les haría sentirse más ajenos a estos procesos que otros individuos de más edad. Además, los adultos están más integrados a la sociedad y más vinculados a las normas, obligaciones y condicionantes propios de su situación en esta estructura. Finalmente, podría ocurrir que la apatía política no se debiera a la juventud, sino al hecho de que las generaciones más jóvenes no han vivido experiencias comunes capaces de implicarlos en política. Este último sería un efecto de la cohorte de pertenencia, por lo que se analizará en el próximo capítulo.

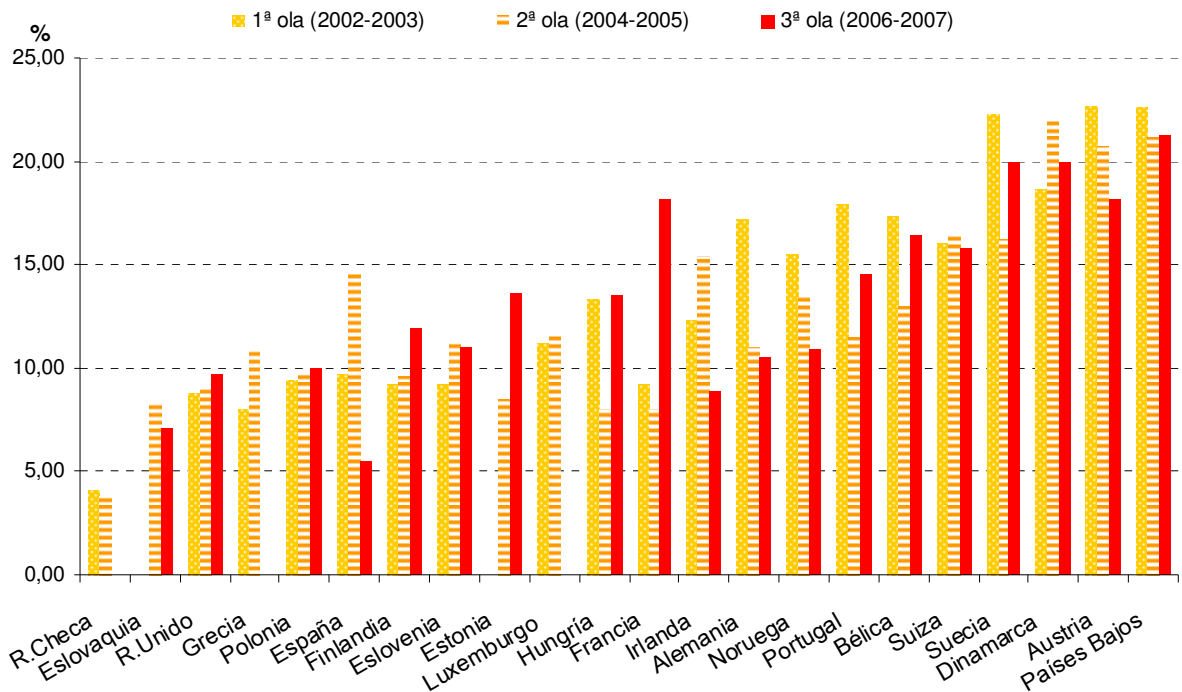
Los niveles de alienación política de los jóvenes españoles son periódicamente motivo de alarma y objeto de numerosa información. Una de las últimas llamadas de atención sobre la orientación negativa de los jóvenes hacia la política tuvo lugar con la publicación en enero de 2006 de los resultados de la investigación *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo*. El estudio revela que un 61% de los jóvenes de entre 15 y 24 años no siente interés alguno por la política ni tiene ningún tipo de compromiso social (datos de 2005). No obstante, los jóvenes han sido un factor de cambio en las convocatorias electorales españolas de 1986, 1996 y 2004, en que decantaron los resultados electorales a favor del partido de la oposición (González 2004, Martín Hernández 2007). En estas últimas, además, el voto juvenil se incrementó en un 8%, más de lo que aumentó el voto adulto (3%).

Para poder afirmar que los jóvenes están “poco” o “menos” implicados psicológicamente con la política debemos compararlos con los adultos, pero también con otros jóvenes europeos, e incluso con los jóvenes españoles de otras épocas. Este último dato, además, permitirá saber si existe una “crisis” respecto a las actitudes juveniles hacia la política o bien si éstas se han mantenido estables. Éste es el ejercicio que se ha realizado aquí y cuyos resultados se resumen a continuación. En concreto, se ha explorado la relación empírica entre edad e implicación política subjetiva a través de una serie de análisis bivariados que tienen como objeto a los ciudadanos menores de 31 años. En primer lugar, se presenta la propensión de los jóvenes a implicarse psicológicamente con la política en España y en el resto de países de la Europa Occidental entre 2002 y 2007 a partir de datos procedentes de las tres olas de la Encuesta Social Europea. Seguidamente, se comparan las medias de los indicadores de interés y eficacia, así como el porcentaje de implicados en política entre los jóvenes y adultos españoles para el período entre 1985 y 2006.

La figura 4.2 muestra los porcentajes de individuos de entre 15 y 30 años que manifiestan estar muy o bastante interesados y que, además, “nunca” o “raramente” han pensado que la política es demasiado complicada para entender qué está pasando. Vemos que en 2006 España presenta la proporción de jóvenes implicados más baja de la muestra, ya que apenas alcanza un 5,5 %. Sin embargo, sólo dos años antes esta proporción era del 14,5%, situándose entre los siete países de la muestra con una mayor proporción de juventud implicada en política. De la misma manera, en el año

2002 España se sitúa por debajo de la media europea en cuanto a jóvenes implicados (9,9%), aunque no se encuentra entre los países que presentan porcentajes más bajos. Por tanto, podemos concluir que la implicación política de los jóvenes españoles en comparación con la de los europeos es, como la del conjunto de España, baja. Sin embargo, y pese al dato especialmente pesimista de 2006, la juventud española en 2004 estuvo más implicada que la media de la juventud europea (12%), lo que de nuevo sugiere un efecto contextual de los eventos políticos que acaecieron en España en 2004.

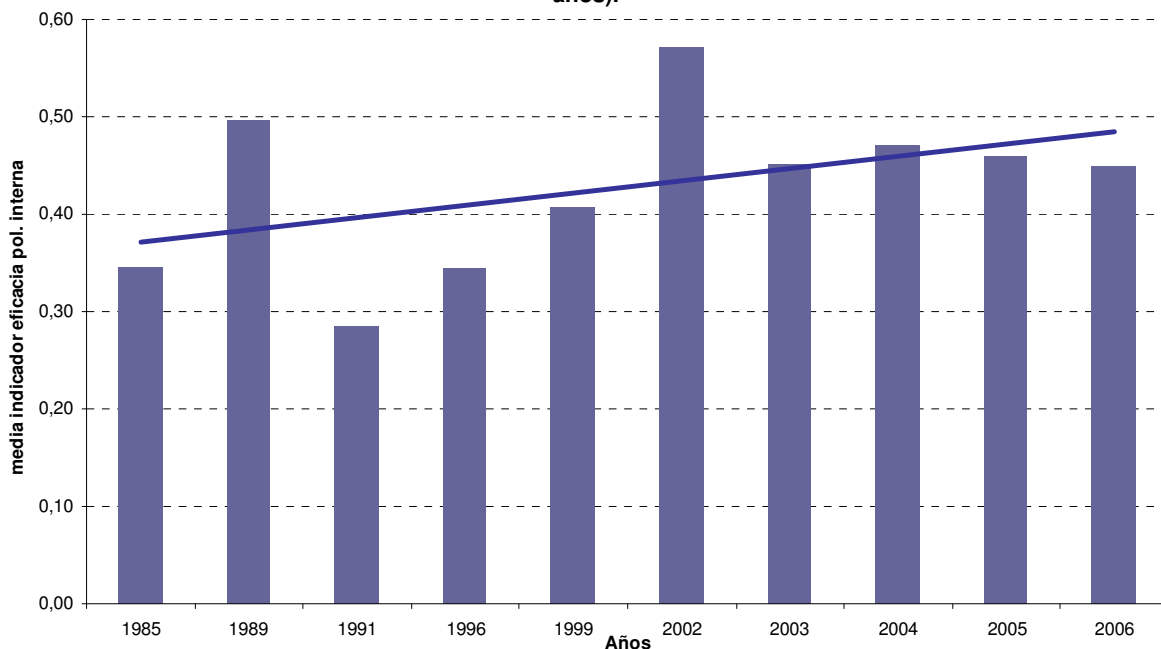
Figura 4.2. Porcentaje de jóvenes (15 a 30 años) implicados (interesados y eficaces) en Europa Occidental.



Fuente: elaboración propia a partir de las tres olas de la Encuesta Social Europea. Los países se han ordenado según el promedio de las tres olas.

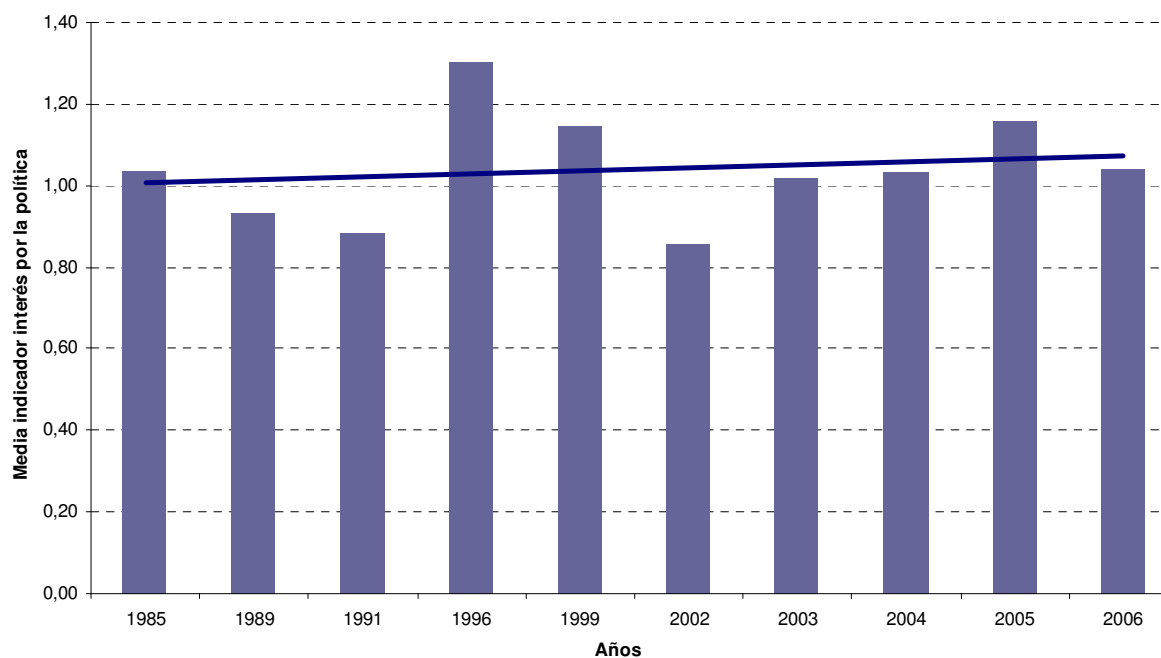
En las figuras 4.3 y 4.4 se muestran las medias que presentan los jóvenes españoles respecto a los indicadores de eficacia e interés por la política entre 1985 y 2006. Para cada año se ha calculado el promedio obtenido en cada uno de los indicadores por los ciudadanos de entre 18 y 30 años, teniendo en cuenta que la eficacia sólo tiene dos valores (0 y 1) y que los del interés por la política oscilan entre 0 (ningún interés) y 3 (mucho interés). Ambos gráficos sugieren que la eficacia y el interés por la política de los jóvenes presentan una notable variabilidad en este período, así como una ligera propensión al crecimiento.

Figura 4.3. Media y tendencia del indicador de eficacia política interna entre los jóvenes españoles (18 a 30 años).



Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2350 (1999), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005) y 2632 (2006).

Figura 4.4. Media y tendencia del indicador de interés por la política entre los jóvenes españoles (18 a 30 años).



Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2350 (1999), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005) y 2632 (2006)..

Finalmente, en la tabla 4.2 se presenta el porcentaje de españoles que declaran mucho o bastante interés por la política y, además, se consideran eficaces, dividiendo a la muestra en dos grandes grupos: los ciudadanos de hasta 30 años (fila de jóvenes) y los de más de 30 años (fila de adultos). Los resultados indican que no existen diferencias significativas en el nivel de implicación política de los jóvenes en comparación con el resto de ciudadanos en la mayoría de años analizados.

En todo caso, y de forma relativamente sorprendente dado el diagnóstico pesimista del estudio citado anteriormente, encontramos evidencia de una leve mayor implicación de los jóvenes en los años 1985, 1989, 2003 y 2005. En 1996, 2002 y 2006 encontramos casi la misma proporción de adultos que de jóvenes implicados, y sólo en 1991, 1999 y 2004 es mayor la proporción de adultos que de jóvenes implicados (sin perder de vista que la magnitud de las diferencias entre jóvenes y adultos es pequeña).

Tabla 4.2. Proporción de jóvenes españoles implicados psicológicamente con la política (interesados y eficaces). 1985-2006.

	1985	1989	1991	1996	1999	2002	2003	2004	2005	2006
% Jóvenes Implicados	15,6	17,8	16,2	23,6	21,2	16,6	18,1	19,9	27,2	21,8
% Adultos implicados	9,6	14,4	17,6	23,2	28,2	16,8	17,9	25,15	25,2	21,4

Fuente: elaboración propia a partir de estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005) y 2632 (2006).

Por otra parte, la evolución de la implicación entre los jóvenes es bastante similar a la del conjunto de la población, la cual ya analizamos en el capítulo anterior. El porcentaje de jóvenes implicados crece entre 1985 y 1989, así como entre 2002 y 2005, mientras que desciende en 1991, 1999, 2002 y 2006. También en el año 2004 se incrementa notablemente la proporción de jóvenes implicados; pero mucho más entre la población adulta. Esta evidencia sugiere que, de existir un efecto período que podamos atribuir al contexto o coyuntura política que caracterizan ese año, sus efectos serían mayores entre la población adulta en este año. Por el contrario, en 1996 los jóvenes experimentaron un aumento más destacado que los adultos en su proporción de implicados con la política respecto a 1991.

En conclusión, el progresivo desinterés por la política de los jóvenes españoles parece ser un mito, al menos por lo que respecta al análisis de los datos aquí expuestos. Dichos datos confirman otros estudios menos catastrofistas que el citado al inicio de este apartado. Según esta perspectiva, el desinterés de los jóvenes españoles sería una manifestación de criticismo y desafección institucional que no perjudicaría a su propensión a llevar a cabo acciones de protesta o consumo político (Ferrer 2006). Por lo que hemos visto, no sólo se aprecia una tendencia creciente en el promedio de interés de los jóvenes entre 1985 y 2006. Además, se observan ciclos o períodos claramente diferenciados y relativamente cortos en el promedio de interés que éstos muestran; de unos seis años aproximadamente. Por tanto, los motivos de estas oscilaciones no deberían buscarse en el reemplazo generacional, ya que ninguna definición de las generaciones políticas españolas contempla que éstas tengan una duración tan corta. Más bien estos cambios se deberían a factores más coyunturales que forman parte del contexto político en el que el ciudadano vive. Finalmente, la comparación de los jóvenes españoles implicados psicológicamente con la política con los jóvenes de otros países de Europa occidental revela que la juventud española no destaca especialmente por sus niveles agregados de implicación con la política ni en positivo ni en negativo, y sí por una marcada variabilidad de los mismos. Esta evidencia sugiere un panorama relativamente optimista sobre el grado de implicación política de los jóvenes españoles.

4.2.2. La relación cuadrática entre edad e implicación.

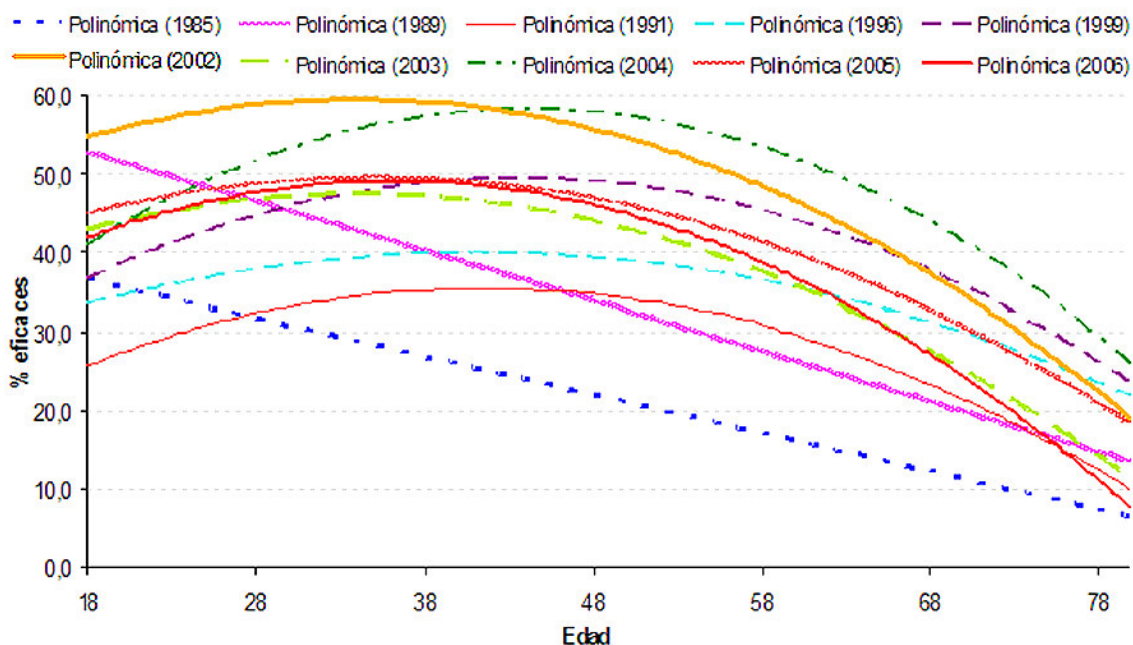
Una buena parte de la literatura defiende que no sólo los jóvenes están menos implicados en política que la media de la población por las razones ya expuestas, sino también las personas de más edad (Verba y Nie 1972, Milbrath y Goel 1977). Para los ancianos, la sucesión de eventos y regímenes políticos habría derivado en un cierto cinismo y relativismo político; a la vez que se ven desplazados de la arena política como actores relevantes. También ocurre que las personas de más edad pertenecen a generaciones que tuvieron un acceso limitado a la educación, por lo que son también los que tienen menos recursos cognitivos y formación; siendo éstos algunos de los mejores predictores del interés por la política (Van Deth 2000).

A continuación, se analiza la relación entre la edad y los dos indicadores de implicación:–eficacia e interés por la política- a partir de la evidencia de los estudios CIS en que aparece información sobre ambos indicadores para el período que aquí se estudia (1985-2006). Para ello, se han realizado gráficos de dispersión que relacionan la edad con las proporciones de ciudadanos eficaces, por un lado, y muy o bastante interesados, por otro. Para una mejor visualización de la relación entre estas variables, se presentan en las figuras 4.5 y 4.6 únicamente sus tendencias, y no cada uno de los puntos que indican el promedio de ciudadanos interesados o eficaces para cada edad y año. Estas tendencias resultan de ajustar sobre los resultados del análisis bivariado una función polinómica de segundo orden, calculada a partir de la variable edad al cuadrado⁵⁴. Las funciones de este tipo establecen que la relación entre una variable dependiente –en este caso, la eficacia política interna y el interés por la política- y una variable independiente cardinal –edad- es tal que los valores de la dependiente crecen a medida que lo hacen los de la independiente, pero sólo hasta un determinado nivel. Pasado este punto de inflexión, los valores de la variable dependiente vuelven a descender.

Este análisis exploratorio nos permitirá comprobar empíricamente hasta qué punto esta relación es de naturaleza cuadrática, como se asume en la literatura. Para ello debemos prestar atención a la curvatura de estas líneas de tendencia polinómicas, puesto que ésta indica cómo de bien se ajusta esta relación cuadrática a los datos. También se ofrece al lector el coeficiente de la variable Edad al cuadrado, puesto que su magnitud indica la amplitud de la parábola de la función. En ambos gráficos podemos apreciar que las parábolas que describen las tendencias en la relación entre los indicadores de implicación y la edad no son las mismas para todos los años. Esto sugiere que el punto de inflexión a partir del cual la relación entre edad e implicación con la política deja de ser positiva y empieza a ser negativa va cambiando a lo largo del período analizado. Vamos a comentar estos resultados por separado para los dos indicadores de implicación política, esto es: eficacia política e interés.

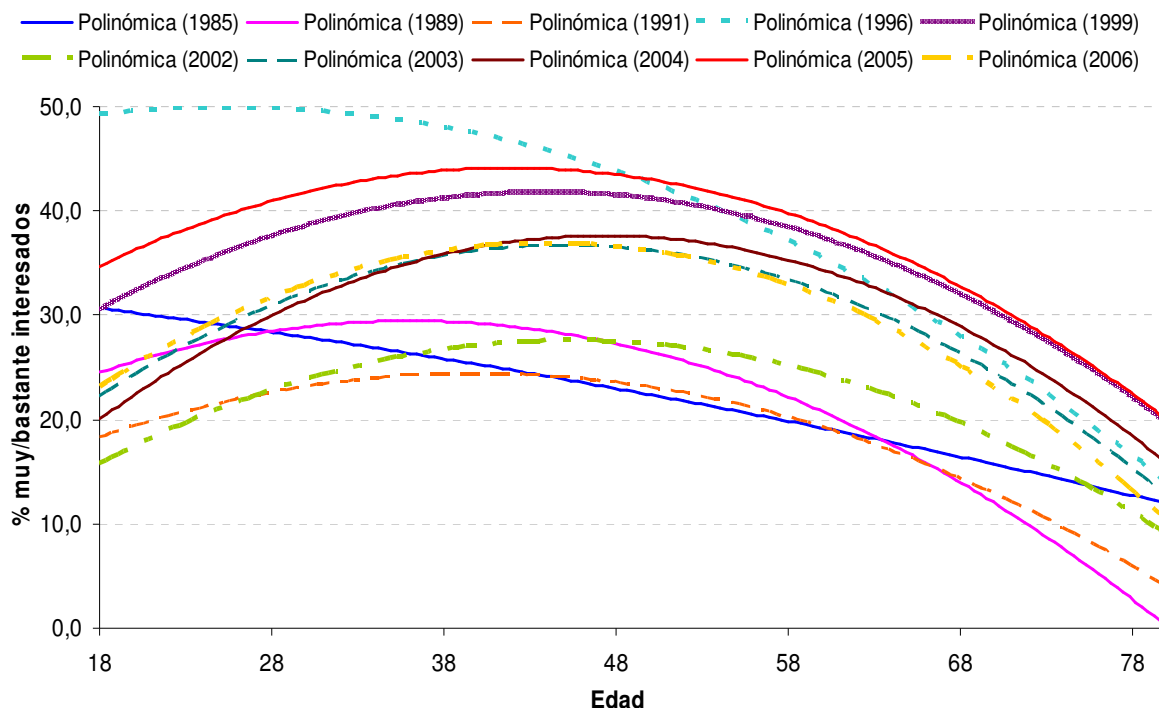
⁵⁴ Las funciones cuadráticas son las que se corresponden con un polinomio de segundo grado. La representación gráfica de esta función es una parábola vertical, orientada hacia arriba o hacia abajo según el signo de los coeficientes. En el caso que nos ocupa, el signo de la edad al cuadrado tiene que ser negativo para que la relación entre la edad y los indicadores de implicación se corresponda con los argumentos teóricos recién expuestos.

Figura 4.5. Tendencias en la proporción de personas eficaces por edades. España (1985 – 2006).



Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2350 (1999), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005) y 2632 (2006). Los coeficientes de la variable $Edad^2$ que determinan las funciones polinómicas son los siguientes: 1985: $-7E-05$; 1989: $-0,0002$; 1991: $-0,0173$; 1996: $-0,0119$; 1999: $-0,0195$; 2002: $-0,019$; 2003: $-0,017$; 2004: $-0,025$; 2005: $-0,015$ y 2006: $-0,021$.

Figura 4.6. Tendencias en la proporción de españoles interesados por la política por edades (1985-2006).



Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2350 (1999), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005) y 2632 (2006). Los coeficientes de la variable $Edad^2$ que determinan las funciones polinómicas son los siguientes: 1985: $-0,0014$; 1989: $-0,015$; 1991: $-0,012$; 1996: $-0,012$; 1999: $-0,016$; 2002: $-0,015$; 2003: $-0,019$; 2004: $-0,02$; 2005: $-0,016$ y 2006: $-0,02$.

Respecto a la eficacia política interna, la figura 4.5 indica que, en los años 1985 y 1989, encontramos entre los más jóvenes una mayor proporción de ciudadanos eficaces que entre las

personas de otras edades. Por tanto, en estos años no se ajusta la función polinómica a las tendencias en la relación entre ambas variables, puesto que la edad guarda con esta variable una relación directa y negativa. En el resto de años encontramos evidencia a favor de la relación cuadrática aunque el punto de inflexión a partir del cual la relación entre edad y la eficacia política interna se hace negativa (es decir, a más edad menor porcentaje de eficaces) cambia a lo largo del tiempo. De este modo, el punto de inflexión se localiza cerca de los cuarenta años en 2006, 2005, 1996 y 1991; mientras que en 1999 y 2004 se localiza alrededor de los 50 años.

Por lo que se refiere al interés por la política, en 1985 su relación con la edad tampoco es cuadrática, sino lineal y negativa; de manera que a mayor edad menos propensión a sentirse eficaz o interesado. Para el resto del período, existe evidencia a favor de la relación cuadrática según la cual los más jóvenes y los mayores presentan valores esperados de interés político declarado inferiores a las franjas de edad intermedias; si bien esta evidencia es especialmente clara a partir de 1996. Para el interés, los puntos de inflexión se localizan entre los cuarenta y los cincuenta años de edad.

En resumen, la evidencia presentada hasta el momento sugiere que, si bien al principio del período analizado eficacia e interés no guardaban una relación cuadrática con la edad, esta relación se ha ido configurando y afianzando conforme ha pasado el tiempo. Es decir, las actitudes de los españoles se han ido ajustando a lo que la literatura predice en cuanto al efecto del ciclo vital sobre la implicación política. ¿Cuáles son los motivos que llevan a este resultado? Existen dos explicaciones a mi entender plausibles. La primera es que los españoles habrían cambiado a lo largo de los años sus actitudes, adaptándolas al contexto político y a sus incentivos, por lo que sólo ahora sería cierta la teoría de la relación cuadrática entre implicación y edad. Del mismo modo que los determinantes del comportamiento electoral han ido cambiando a lo largo del tiempo (Fraile 2005, Lago 2005, Montero, Torcal y Lago 2007), resulta coherente pensar que las actitudes y valores de los ciudadanos en España han ido evolucionando desde los primeros años de la transición a la democracia hasta la actualidad. Así, mientras que los españoles albergaban una serie de sentimientos y actitudes difusas respecto a la política a comienzos de los años ochenta; cabe pensar que la práctica democrática habría modelado estas percepciones. Los ciudadanos, igual que las élites, habrían “aprendido” a crearse expectativas respecto al funcionamiento y desarrollo de las instituciones públicas, a comportarse estratégicamente a la hora de votar, o a proyectar sus expectativas económicas –pasadas y futuras- en sus valoraciones y preferencias. En definitiva, habrían aprendido a actuar y también a pensar conforme al marco normativo y a los incentivos generados por las instituciones democráticas y por sus propias condiciones y entornos sociales, de los cuales la edad es un indicador aproximado.

La interpretación alternativa a esta progresiva “racionalización” de las actitudes de los españoles explica los altos niveles de eficacia e interés que se dan en los españoles de mediana edad a partir de 1999 por el proceso de reemplazo generacional. Estos adultos eficaces e interesados no serían más que los jóvenes muy interesados por la política que encontrábamos a mediados de los años 80. Sin embargo, esta explicación alternativa no resulta coherente con el hecho de que encontremos una proporción más elevada de jóvenes implicados que de adultos en 2003 2005 y 2006 (ver tabla 4.2), es decir, en los últimos años de la serie. Por tanto, el efecto del reemplazo generacional no sería

suficiente para dar cuenta de la evolución en los niveles de implicación política de los jóvenes españoles. Es por ello que en el siguiente capítulo analizaremos de forma sistemática los efectos de las cohortes sobre el cambio actitudinal.

Hasta aquí, la exploración de la relación empírica entre la implicación con la política y la edad. Si conectamos estos resultados con los del anterior epígrafe, sobre las diferencias en los niveles de implicación con la política entre géneros, cabría plantear que la desventaja relativa de las mujeres tiene especial incidencia a medida que aumenta la edad. Para aproximar este problema desde una perspectiva exploratoria se han calculado los coeficientes de Pearson que indican la intensidad de la relación entre la edad y el factor de implicación política subjetiva para cada género y para el período analizado aquí. Los resultados se resumen en la tabla 4.3.

Sabemos que la relación entre ambas variables no es perfectamente lineal, ya que acabamos de comprobar que más bien correspondería a una parábola de signo negativo resultante de elevar la edad al cuadrado. Sin embargo, la teoría también avala que los ciudadanos de edad más avanzada se caracterizan por una mayor tendencia a la alienación política. Éste el motivo por el que todos los coeficientes presentados en la tabla tengan signo negativo. También observamos que la relación entre edad e implicación política es distinta dependiendo del género. En efecto, a mayor edad menor propensión a la implicación política, pero la magnitud de este efecto parece ser bastante mayor entre las mujeres que entre los hombres. De hecho, en 1991, 1999 y 2004 no encontramos relación entre edad e implicación para los hombres y sí para las mujeres. En definitiva, las mujeres de edad avanzada presentan una propensión mayor a la pasividad política que los hombres de edad avanzada.

Tabla 4.3. Correlaciones entre la edad y el factor de implicación política subjetiva. R de Pearson.										
	1985	1989	1991	1996	1999	2002	2003	2004	2005	2006
<i>hombres</i>	-0,21**	-0,2**	-0,06	-0,08**	0,008	-0,11**	-0,09**	-0,02	-0,11**	-0,07**
<i>Mujeres</i>	-0,23**	-0,26**	-0,18**	-0,21**	-0,12**	-0,2**	-0,23**	-0,18**	-0,19**	-0,22**

Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2350 (1999), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005) y 2632 (2006).

Por el momento, podemos concluir que los españoles más ancianos –especialmente las mujeres- constituyen el grupo de edad con menores niveles de eficacia e interés por la política. También hemos visto que las personas de mediana edad presentan valores esperados de implicación psicológica con la política más altos porque tienen intereses económicos y condicionantes sociales definidos, entre otros motivos, lo que les genera una serie de expectativas políticas y les lleva a comprometerse con los asuntos públicos. Veamos a continuación qué ocurre cuando consideramos uno de los predictores de la implicación política que más recurrentemente aparece en la literatura y que ha experimentado notables variaciones en las últimas décadas en España: el nivel de educación de sus ciudadanos.

4.3. Los efectos de la educación sobre el grado de implicación política subjetiva.

La educación constituye una de las variables explicativas fundamentales de la propensión de la ciudadanía a implicarse en política. Ahora bien, los mecanismos causales que explican la relación empírica entre la educación y la implicación política son muy variados y alguno de ellos de muy difícil comprobación a partir de evidencia procedente de encuestas. Entre estos mecanismos capaces de potenciar o perjudicar la propensión de los individuos a implicarse mencionaré el tipo de escuela a que se asiste, la actitud de los profesores, el currículo del centro, el contenido de las asignaturas o las dinámicas de aprendizaje. Algunos de estos efectos se han comentado al analizar las diferencias en los patrones de socialización política franquista, mientras que otros -como la influencia de los medios de comunicación, la familia o el colegio- se detallarán en los próximos capítulos.

Entre los aspectos relacionados con la escuela y relevantes para el análisis de la implicación política subjetiva se encuentra el nivel de estudios alcanzado por el individuo. Esta variable es relativamente fácil de conocer y cuantificar a través de encuestas de cultura política y opinión pública. Sin embargo, aproxima distintos efectos. En primer lugar, es un indicador del grado de sofisticación de un individuo (Luskin 1987). Por otra parte, es un dato que permite situar a los ciudadanos en una posición concreta respecto a la estructura social (Martín 2003). Así, la literatura ha demostrado que los ciudadanos con más años de formación se encuentran más integrados en la sociedad mediante vínculos personales. En la medida en que las preferencias y orientaciones de los individuos son fruto de los valores compartidos por su comunidad (Wildavsky 1987, Laitin y Wildavsky 1988), cuantos más años permanezca el individuo en el sistema educativo, más relacionado y más preocupado por su comunidad estará. Asimismo, el nivel de educación condiciona el tipo de trabajo que pueden desempeñar los ciudadanos, por lo que la educación sería una medida indirecta de oportunidad social o de estatus (Nie, Junn y Stehlik-Barry 1996).

Finalmente, los años de escolarización son una medida de la cantidad de recursos cognitivos que el individuo puede movilizar en caso de necesitarlos (Verba et al. 1995). En efecto, la escuela transmite información y productos cognitivos relacionados con la política a través de asignaturas como las Ciencias Sociales y la Historia (Langton 1968). Un elevado nivel de educación indicaría los conocimientos políticos que el individuo puede utilizar a la hora de actuar en el terreno político. Estos conocimientos también contribuyen a la seguridad y autoestima del individuo, potenciando su eficacia política interna. Una interpretación alternativa de la influencia de la escolarización sobre la eficacia política sugiere que a más años de educación formal, más tiempo de adoctrinamiento en la norma estatal de que el voto de los ciudadanos es necesario e influyente en las poliarquías (Wright 1976).

En resumen, sea cual sea el mecanismo a través del cual se explique la relación entre el nivel de educación de los ciudadanos y su propensión a implicarse en política, el resultado es siempre el mismo: una relación lineal y positiva. Los años de escolarización aproximan el nivel de conocimientos sobre política adquiridos por el individuo en la escuela, su estatus social, su autoestima, el éxito que ha tenido el Estado transmitiendo el deber de comprometerse en política, y, finalmente, el grado de integración social del ciudadano, lo cual se relaciona con su grado de compromiso con lo público.

Aunque la sociología tiende a concebir la escuela y el sistema educativo como una institución reproductora de la estructura social, lo cierto es que en España más bien ha sido un factor de cambio. En efecto, gran parte de los cambios en la estructura de oportunidades entre clases y géneros es achacable a la mejora en nivel de estudios agregado conseguido por los españoles (González y Requena 2005). Distintos estudios sobre el cambio social en España han constatado que se ha producido un incremento en la escolarización de todas las clases sociales y que este fenómeno es especialmente destacable en el caso de las mujeres. Entre los sociólogos interesados por los efectos de la educación en la estructura social es común el uso de la Encuesta de Población Activa (EPA) realizada periódicamente por el INE. Esta fuente permite constatar que la proporción de población con nivel de educación de bachiller en 1977 era del 28% para ambos sexos. Sin embargo, en 2004 este dato aumenta hasta un 60% para las mujeres frente al 46% para los varones (Martínez 2007).

En el mismo sentido, también los datos de 2000 del Panel de Hogares de la Unión Europea (PHOGUE) reflejan que el incremento en la media educativa de los hijos mejora al incrementarse la educación de los padres; y que las niñas llegan en un mayor porcentaje a los niveles más elevados de la educación formal (Mediavilla y Calero 2007). En definitiva, el nivel de estudios actual que consiguen de media los españoles apenas tiene comparación con el que conseguían hace veinte o treinta años, con los consiguientes efectos sobre la estructura del mercado laboral, la igualdad de oportunidades entre géneros, la composición de las clases sociales y la distribución de ciertas actitudes políticas.

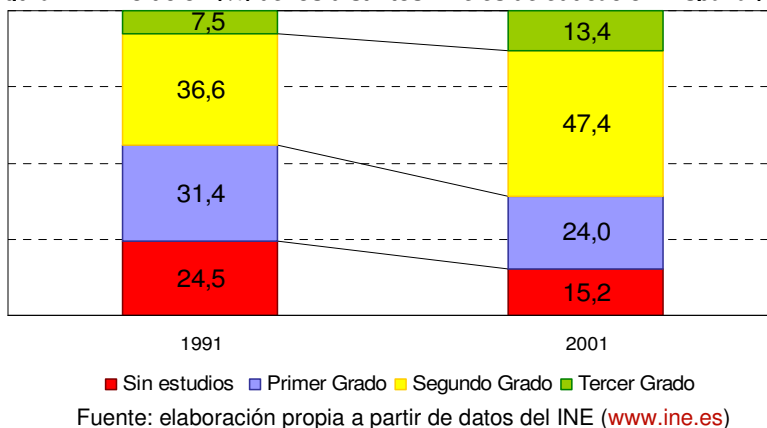
A continuación, se resume la evolución del nivel educativo de los españoles en las últimas décadas mediante una explotación de datos propia. Este análisis será mucho más modesto que los recién citados, pero permitirá ofrecer un panorama de este fenómeno para, a continuación, observar sus efectos sobre la implicación política subjetiva a nivel individual. Con la finalidad de conocer los niveles reales de educación de los españoles y su evolución se han utilizado datos del censo, realizado por el Instituto Nacional de Estadística cada diez años. Para cubrir el período de tiempo que nos interesa (1985–2006), utilizaremos sus dos últimas ediciones, realizadas en 1991 y 2001. La figura 4.7 muestra el porcentaje de españoles que han alcanzado estudios de primero, segundo y tercer grado como máximo o bien no tenían estudios en 1991 y 2001⁵⁵.

Vemos que el porcentaje de españoles que no tienen estudios ha disminuido casi diez puntos entre 1991 y 2001; como también ha disminuido de 31,4 a 24 el porcentaje de personas que sólo habían alcanzado un primer grado. Por el contrario, ha aumentado de 36,6 a 47,4 el porcentaje de españoles con estudios de segundo grado completados. Finalmente, encontramos que casi se ha duplicado el porcentaje de personas con estudios de tercer grado. Esta primera aproximación al nivel agregado de educación de los españoles evidencia que el porcentaje de personas sin estudios o únicamente con estudios primarios se ha reducido notablemente en sólo 10 años, mientras que la proporción de ciudadanos con nivel de estudios de segundo o tercer grado ha aumentado. En

⁵⁵ Se ha dividido a la población en cuatro grupos. La categoría “sin estudios” agrupa a los analfabetos y a los que no han completado ningún grado de estudios oficiales. La categoría “primer grado” agrupa a los que finalizaron la educación primaria. El segundo grado agrupa a los que completaron la educación secundaria de primer o segundo ciclo, profesional o general. Finalmente, el tercer grado equivale a tener algún ciclo de educación superior completado, sea técnico o no, e independientemente de su duración.

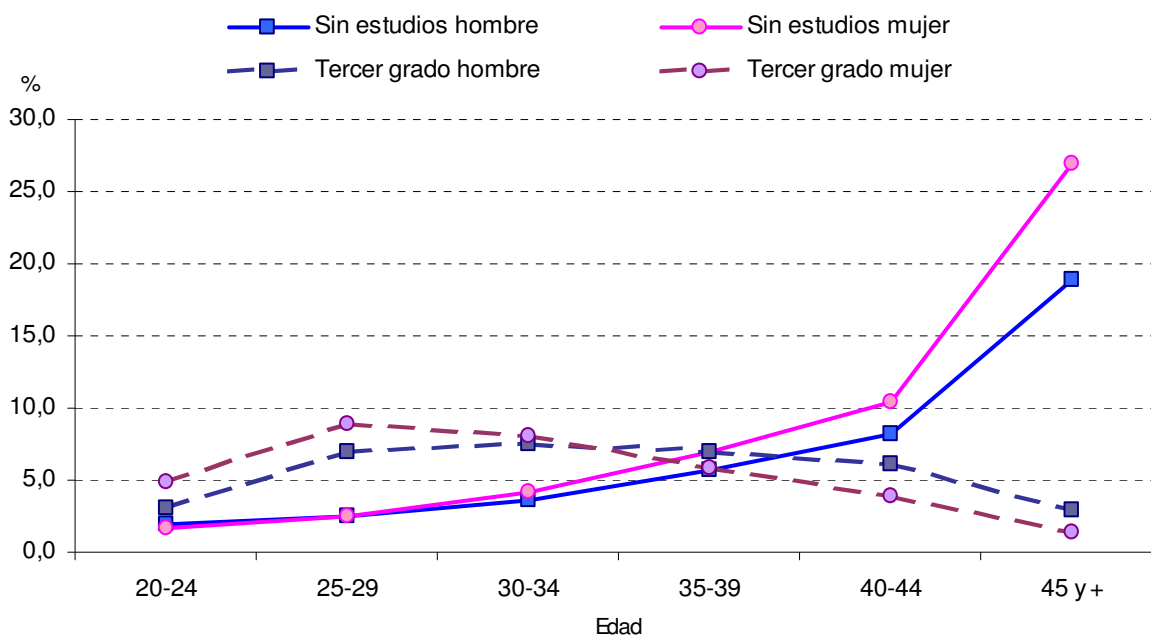
definitiva, el nivel de educación de los ciudadanos en España es significativamente más alto en la actualidad que en 1991.

Figura 4.7. Evolución (%) de los distintos niveles de educación. España (1991– 2001).



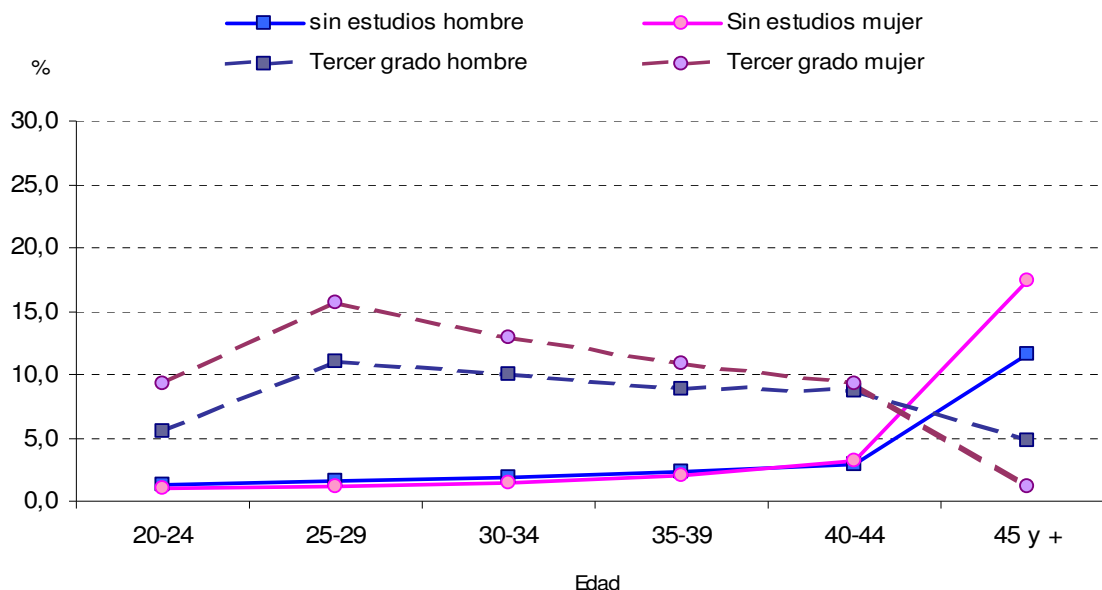
A continuación analizaremos si existen diferencias por género en la composición de edad de los niveles de estudios mínimos y máximos alcanzados por los ciudadanos en España. También analizaremos hasta qué punto esas diferencias entre géneros han evolucionado entre 1991 y 2001. Para ello se ha calculado el porcentaje de hombres y mujeres que no había finalizado ningún estudio de grado oficial y que había completado estudios de tercer grado. Los resultados se muestran en las figuras 4.8 y 4.9. Estos porcentajes se han calculado para el total de la población y no para cada uno de los géneros pero, teniendo en cuenta que las mujeres son más numerosas que los hombres – especialmente en los tramos de edad más elevados-, las diferencias señaladas a continuación serían aún más acusadas si los porcentajes se hubieran calculado separadamente para hombres y mujeres.

Figura 4.8. Distribución de los distintos niveles de educación por sexo y edad. España (1991).



Fuente: elaboración propia a partir de datos del INE (www.ine.es). Porcentajes sobre el total de la población.

Figura 4.9. Distribución de los distintos niveles de educación por sexo y edad. España (2001).



Fuente: elaboración propia a partir de datos del INE (www.ine.es). Porcentajes sobre el total de la población.

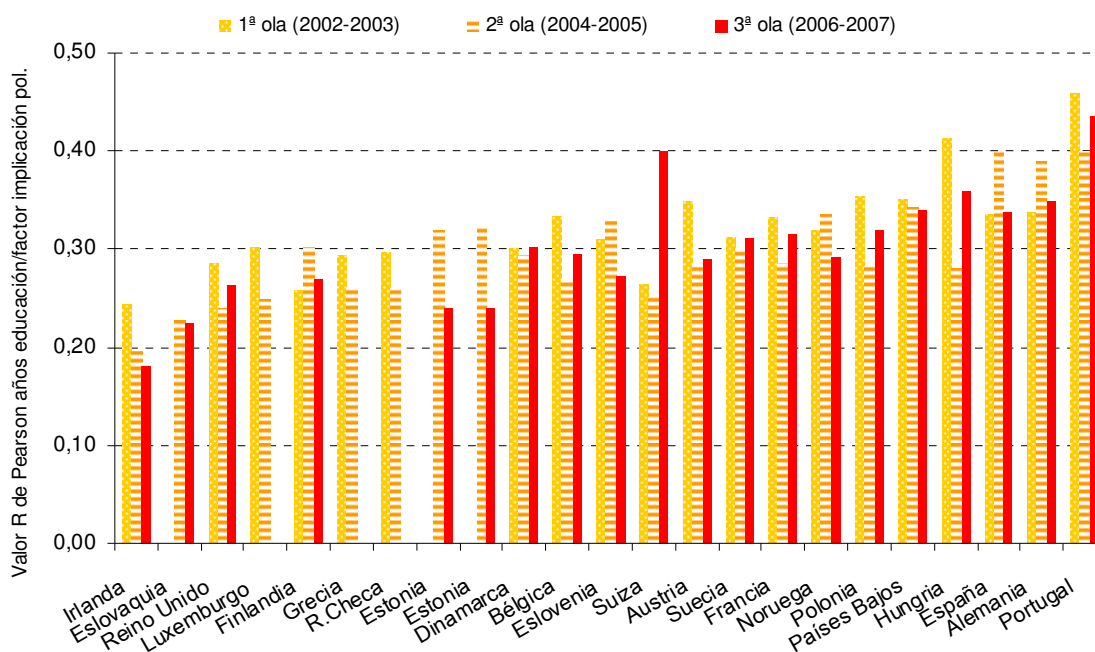
En la Figura 4.8 se representan los datos relativos a 1991. En ésta se observa que un 27% de la población que tiene más de 45 años y no ha conseguido finalizar ningún estudio de grado oficial son mujeres, frente a un 19% que son hombres. También entre los ciudadanos que en 1991 tenían entre 30 y 45 años, la mayoría de los que no tenían estudios eran mujeres, aunque la diferencia entre sexos es menor conforme la edad disminuye. Por otra parte, entre los españoles más jóvenes se aprecia que la tendencia se invierte. Entre los 20 y los 29 años encontramos que la mayoría de personas analfabetas o sin estudios son hombres. También detectamos esta inversión de tendencias en cuanto a los estudios superiores. En 1991, la mayoría de los mayores de 35 años con estudios de tercer grado son hombres; pero entre los menores de 29 años son las mujeres las que en mayor medida completan el grado máximo de educación.

Los datos para 2001 representados en la figura 4.11 confirman las tendencias que se apuntaban en 1991. En 2001 las personas sin estudios mayores de 40 años son mayoritariamente mujeres; pero los hombres son más numerosos en esta categoría para todos los tramos de edad inferiores. En cuanto a la enseñanza de tercer grado, vemos que los niveles más altos de educación los alcanzan las mujeres de entre 25 y 29 años. En el tramo de edad entre los 20 y los 44 años, más mujeres que hombres completan estudios de tercer grado. Sólo encontramos más hombres que mujeres con estudios superiores a partir de los 45 años. En definitiva, las mujeres han sufrido una desventaja comparativa con los hombres con respecto al nivel de educación máximo alcanzado. Dichas diferencias se están diluyendo en el tiempo, de modo que, actualmente, las generaciones más jóvenes de mujeres consiguen niveles educativos incluso superiores a los de los hombres. Resulta conveniente poner esta evidencia en relación con el hallazgo de que las mujeres españolas se sienten actualmente más eficaces e interesadas por la política que en 1985. Existen motivos para pensar que esta progresiva implicación política de las mujeres españolas se debería a una paulatina conquista de

grados superiores de educación. Esta hipótesis se explorará de manera multivariada en el siguiente apartado.

Para finalizar, comprobaré la posible relación entre educación e implicación política subjetiva. Con la finalidad de conocer la intensidad de la misma, se han calculado las correlaciones de Pearson entre la variable “años de educación” y el factor de implicación política subjetiva calculado a partir de las tres olas de la Encuesta Social Europea⁵⁶. Estos valores se presentan en la figura 4.10, la cual nos permite comparar la intensidad de la relación entre ambas variables a lo largo del período 2002-2007 y para 22 países de Europa Occidental. Los años que los individuos pasan estudiando se revelan como una variable capaz de predecir su nivel de implicación política, puesto que en la mayoría de los casos la R de Pearson es superior a 0,3. La magnitud de la relación entre implicación política subjetiva y el nivel educativo resulta especialmente alta para el caso de España, que junto a Alemania y Portugal presenta los coeficientes R de Pearson de mayor magnitud para todas las ediciones de la ESE⁵⁷.

Figura 4.10. Intensidad de la relación entre los años de educación y el factor de implicación política subjetiva. Europa Occidental.



Fuente: elaboración propia a partir de las tres olas de la Encuesta Social Europea. Países ordenados según promedio de la intensidad de la relación para las tres olas.

Hasta aquí el análisis de la evolución de la educación en España en las últimas décadas y el estudio de su relación bivariada con la implicación política subjetiva. Como en el caso del género y la

⁵⁶ El factor de implicación se ha calculado como se precisó en el capítulo 3. Previamente se han recodificado tanto el interés como la eficacia (que en esta ocasión tiene cinco categorías) en sentido creciente; esto es, de 0 a 3 en el caso del interés y de 0 a 4 en el caso de la eficacia. El resto de opciones de respuesta se han convertido en casos perdidos.

⁵⁷ Estos datos también sugieren que España es el tercer país de Europa con un promedio más bajo de años de estudio entre 2002 y 2007: 11,1 años. Sin embargo, en los cuatro años que median entre la primera y la tercera ola de la ESE, este promedio aumenta en un año. De hecho, España es el segundo país, tras Suiza, en que más aumenta el número de años de estudio en este período. A partir del año 2000 la implantación de la Ley Orgánica General de Enseñanza es total, por lo que el 100% de los alumnos mayores de 14 años no repetidores están matriculados en la Enseñanza Secundaria Obligatoria desde este año. Este hecho, unido al recorte de 5 a 4 años en la duración de las licenciaturas desde mediados de los años noventa apunta a que si la media de años estudiados por los españoles ha aumentado desde 2002 es porque más ciudadanos prosiguen sus estudios más allá de la obligatoriedad.

edad, se ha demostrado que existe una relación entre esta variable y el fenómeno que nos ocupa. Asimismo, la evidencia sugiere una relación interactiva entre género, educación, edad e implicación; por lo que resulta necesario abordar el estudio del efecto de estas variables en la implicación política desde una perspectiva multivariada. Ése es precisamente el objetivo del siguiente apartado.

4.4. Un análisis multivariado de los indicadores agregados de socialización.

Tal y como se ha mostrado previamente en el análisis exploratorio de los componentes sociodemográficos de la implicación política, tanto el género como la edad y la educación de la ciudadanía muestran relaciones claras con sus niveles de implicación política. De forma muy resumida podemos presentar las expectativas teóricas de relación entre todos y cada uno de estos factores sociodemográficos y la implicación con la política en las siguientes tres hipótesis:

H4.1. La edad tendrá un efecto cuadrático sobre la propensión a la implicación política subjetiva, especialmente a partir de los años 90. Esto sugiere que la relación lineal y positiva entre edad e implicación política presenta un punto de inflexión, situado entre los 40 y los 50 años, a partir del cual la misma se hace negativa.

H4.2. Los ciudadanos con un mayor nivel de educación estarán más implicados que los menos educados. Ahora bien, el efecto de la educación será mayor sobre las mujeres que sobre los hombres.

H4.3. Las diferencias en los niveles de implicación política subjetiva entre hombres y mujeres se deben también a los patrones de socialización política tradicionales del Franquismo. El efecto negativo de ser anciano sobre la implicación política será mayor para las mujeres que para los hombres, porque las mujeres de edad avanzada han sido socializadas según estos patrones.

A continuación se presentan y comentan los resultados de la estimación de la siguiente ecuación que predice los valores del factor de implicación política subjetiva para un total de diez puntos en el tiempo y que cubre el período entre 1985 y 2006:

$$Y (\text{implicación política subjetiva}) = f (\text{Nivel de estudios, género, edad}).$$

Donde la implicación política subjetiva es una función del nivel de estudios alcanzado por los individuos, de su género y de su edad. Como hemos visto, las hipótesis predicen un efecto directo y positivo del nivel de estudios, un efecto negativo del hecho de ser mujer y un efecto cuadrático de la edad. Para comprobar estas relaciones, es necesario codificar cuidadosamente el nivel de estudios y la edad. En la tabla 4.4 se presentan las codificaciones de las variables independientes que utilizaremos en el análisis multivariado, asegurándonos que éstas sean equivalentes en todos los años. Para ello, la edad y el nivel de estudios se han transformado en variables ordinales de tres categorías con la intención de utilizar la categoría intermedia como referencia a la hora de calcular los coeficientes correspondientes al resto de categorías de cada una de las variables independientes.

En el caso de la edad, se ha tenido en cuenta la tendencia general de los últimos estudios sociológicos y demográficos que consideran cada vez más duradera la juventud (Martín Ruiz 2005). En este sentido, se han agrupado dentro de la categoría “jóvenes” a los individuos de hasta 30 años. Por su parte, se han incluido en la categoría de “edad avanzada” a las personas de más de 60 años

(Sauvy 1991). Este límite no se corresponde con la edad de la jubilación, de manera que no recoge sólo el efecto de esta situación laboral, sino también el efecto puramente psicológico de la edad. Así, la población queda dividida en tres franjas de edad de 30 años aproximadamente cada una. Se ha elegido como categoría de referencia al grupo de edad intermedia, puesto que ha quedado claro en los análisis bivariados que es la franja de edad en que encontramos mayores proporciones de ciudadanos implicados.

Para decidir la codificación final del nivel de estudios me he enfrentado a la dificultad añadida de que las categorías que adopta esta variable en las encuestas son distintas a lo largo de los años. La codificación final está, por tanto, influida por este hecho. La misma clasifica en la categoría “nivel de estudios bajo” a los ciudadanos que no saben leer ni escribir, con estudios primarios incompletos o que únicamente han completado estudios primarios. Por su parte, la segunda categoría de “estudios de grado medio” presentan una mayor diversidad a lo largo de los años, como consecuencia de las reformas educativas. Incluye, por tanto, a los ciudadanos que han alcanzado estudios de FP, bachillerato elemental y superior, estudios de grado medio, COU, BUP, etc. Por su parte, la categoría de estudios de nivel elevado hasta 1991 y en 1999 sólo contempla a aquellas personas que han pasado por la Universidad; pero a partir de 1996 encontramos especificaciones sobre el tipo de estudios universitarios –grado técnico o superior- y si han proseguido sus estudios más allá de la Universidad. Se ha decidido agrupar todos los estudios a partir de los universitarios, considerándolos de “nivel elevado”.

Con la finalidad de predecir la implicación política subjetiva de los ciudadanos en función de su edad, género y educación se ha utilizado la técnica de la regresión de mínimos cuadrados ordinarios. La interpretación de sus estimadores es lineal y aditiva. Esto significa que los coeficientes que resultan del cálculo de la regresión indican el aumento o disminución que se produce en el valor esperado de la variable dependiente cuando aumentamos una unidad de la variable independiente –en este caso, cuando pasamos a la siguiente categoría- si mantenemos constantes los valores del resto de variables especificadas en la ecuación.

La variable dependiente del análisis es el factor de implicación política ya presentado en el capítulo anterior, calculado a partir del interés por la política y la eficacia política interna. Estimaremos sus valores para los años 1985, 1989, 1991, 1996, 1999, 2002, 2003, 2004, 2005 y 2006 con el fin de comprobar si existen diferencias entre los efectos de las variables independientes a lo largo de este período. En las ecuaciones introduciremos las variables “nivel de estudios” y “edad” codificadas como se ha propuesto y tomando como referencia las categorías intermedias de ambas. Para confirmar la relación directa y positiva entre educación e implicación, un nivel de estudios bajo debería tener un efecto negativo sobre la implicación política subjetiva, y un nivel de estudios elevado un efecto positivo, ambos en comparación con la categoría “nivel de estudios medio”.

Tabla 4.4. Codificación de las variables sociodemográficas para el análisis multivariado.

	1985	1989	1991	1999	1996	2002	2003	2004	2005	2006		
<i>Nivel de Estudios bajo</i>	<ul style="list-style-type: none"> •Menos que primarios, no sabe leer •Menos que primarios, sabe leer •Primarios completos 				<ul style="list-style-type: none"> •Primaria sin finalizar •Estudios primarios EGB o equivalente 		<ul style="list-style-type: none"> •Menos de 5 años de escolarización. •Educación primaria de LOGSE 		<ul style="list-style-type: none"> •Analfabeto •Primaria o incompleta •Primaria completa 		<ul style="list-style-type: none"> •Analfabeto •Menos de 5 años •Primaria 	
<i>Nivel de estudios medio (categoría de referencia)</i>	<ul style="list-style-type: none"> •FP •Bachiller elemental •Bachiller superior •Estudios de Grado medio 				<ul style="list-style-type: none"> •FP 1 •Bachillerato superior, BUP •FP2 		<ul style="list-style-type: none"> •ESO o bachiller elemental •FP grado medio o superior •Bachillerato LOGSE 		<ul style="list-style-type: none"> •ESO o bachiller elemental •FP grado medio o superior 		<ul style="list-style-type: none"> •Secundaria o media incompleta •Secundaria o media completa 	<ul style="list-style-type: none"> •ESO •FP medio o superior •Bachillerato LOGSE
<i>Nivel de estudios elevado</i>	<ul style="list-style-type: none"> •Universitarios o técnicos de grado superior 				<ul style="list-style-type: none"> •Arquitecto e ingeniero técnico •Diplomado •Estudios superiores de 2 o 3 años •Arquitecto e ingeniero superior •Licenciado •Doctorado •Estudios de postgrado o especialización 		<ul style="list-style-type: none"> •Arquitecto e ingeniero técnico •Diplomado •Arquitecto e ingeniero Superior •Licenciado •Estudios de Postgrado o especialización 		<ul style="list-style-type: none"> •Superior incompleta •Superior completa. 		<ul style="list-style-type: none"> •Arquitecto e ingeniero técnico •Diplomado •Arquitecto e ingeniero Superior •Licenciado •Estudios de Postgrado o especialización 	
<i>Género</i>	1= mujer. 0=hombre											
<i>Joven</i>	Entre 18 y 30 años.											
<i>Edad media (categoría de referencia)</i>	Entre 31 y 59 años.											
<i>Edad avanzada</i>	60 años en adelante.											

Fuente: elaboración propia con atención a los cuestionarios de las encuestas CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2350 (1999), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005) y 2632 (2006).

Las categorías exactas para la educación en 1999 son: nivel de estudios bajo = Sin estudios, primarios; nivel de estudios medio = secundarios y formación profesional; nivel de estudios elevado = universitarios de grado medio y universitarios de grado superior.

Por otra parte, las dos categorías extremas de la variable edad deberían tener un efecto negativo comparadas con la categoría intermedia, en caso de que la edad y la implicación política subjetiva guarden una relación cuadrática. En cuanto al género, hemos visto que esta variable interactúa tanto con la edad como con el nivel de educación. Para poder distinguir mejor el efecto de los factores explicativos propuestos, comprobaremos la influencia de la edad y la educación para hombres y mujeres por separado cada año. Comparando la magnitud y significación de los coeficientes, veremos si alguno de estos efectos es distinto en función del género. Debido al proceso de cálculo del factor de implicación política mediante la técnica del análisis factorial, la unidad de medida de dicho factor son los valores Z (o unidades de desviación típica). Por lo tanto, la variable dependiente estimada está expresada en unidades de desviación típica. Por coherencia, y a pesar de los inconvenientes que provoca estandarizar los coeficientes (ver, por ejemplo, King 1986), se ha decidido estandarizar las variables independientes especificadas en la ecuación de predicción.

Los resultados de las estimaciones se presentan resumidos en la tabla 4.5. Para evaluarlos, en primer lugar prestaremos atención al estadístico de ajuste del modelo, que en este caso es el R^2 . Vemos que el valor de este estadístico no supera en ningún caso el 0,2, lo que quiere decir que como máximo logramos predecir el 20% del total de la variación de la variable dependiente. No obstante, la intención de este trabajo es acercarnos gradualmente a los grupos de factores explicativos de la implicación política subjetiva. En ningún caso se pretende explicar con sólo tres variables toda la variación a nivel individual de este fenómeno, sino someter a prueba empírica las tres hipótesis planteadas en este capítulo. De hecho, el que las estimaciones de algunos años (1996, 1999 y 2004) presenten un valor del coeficiente de determinación especialmente bajo sugiere que son momentos en los que estos factores de socialización explican en menor medida el fenómeno de la implicación. Mi intuición, que comprobaré en el próximo y en el último capítulo de esta tesis, es que en ciertos años otros factores contextuales – como la celebración de elecciones- cobran un mayor protagonismo a la hora de explicar la propensión de los ciudadanos a implicarse en política.

Por otra parte, los valores del coeficiente de determinación señalan que la ecuación estimada en estas páginas se ajusta mejor a las mujeres que a los hombres, con la excepción de sólo tres del total de los años analizados (1985, 1991 y 1999). Por tanto, sólo a través del grado de educación y de la edad podemos explicar más variación en los niveles de implicación política subjetiva de las mujeres que de los hombres. En otras palabras, el grado de implicación política subjetiva de las mujeres dependería en mayor medida de factores agregados de socialización política en comparación con los hombres.

Los resultados de la estimación confirman que el efecto de la educación de los ciudadanos en su nivel de implicación subjetiva con la política es significativo tanto para hombres como para mujeres y a lo largo de todo el período analizado aquí. En efecto, el valor esperado del factor de implicación es significativamente menor para un ciudadano con nivel educativo bajo en comparación con otro de nivel educativo medio. Así lo indican los coeficientes negativos y estadísticamente significativos correspondientes a la categoría “nivel de estudios bajo”. En el mismo sentido, el valor esperado del factor de implicación es significativamente mayor para un ciudadano con nivel educativo alto frente a otro con nivel educativo medio; como indican los coeficientes positivos y estadísticamente significativos correspondientes a la categoría “nivel de estudios alto”.

Tabla 4.5. Predicción de la implicación política subjetiva de los ciudadanos por género. Coeficientes Beta. España (1985-2005)

	1985		1989		1991		1996		1999		2002		2003		2004		2005		2006	
	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres
Constante	0,272	0,659**	0,342**	0,693**	0,180**	0,657**	-0,048	0,288**	-0,109*	0,384**	-0,056	0,343	-0,108*	0,241	0,398**	0,003	-0,107*	0,273**	0,055	0,303**
<i>Nivel de estudios bajo</i>	-0,325**	-0,327**	-0,374**	-0,300**	-0,248**	-0,250**	-0,077*	-0,096**	-0,084**	-0,109**	-0,117**	-0,150**	-0,078**	-0,141**	-0,143**	-0,104**	-0,135**	-0,146**	-0,213**	-0,223**
<i>Nivel de estudios alto</i>	0,12**	0,13**	0,139**	0,102**	0,153**	0,151**	0,217**	0,221**	0,230**	0,239**	0,291**	0,281**	0,31**	0,272**	0,173**	0,204**	0,306**	0,262**	0,266**	0,266**
<i>Joven (18 a 30 años)</i>	-0,007	-0,036	-0,041	-0,06*	-0,088**	-0,168**	-0,058*	-0,045	-0,087**	-0,201**	-0,052*	-0,093**	-0,055	-0,100**	-0,176**	-0,096**	-0,085**	-0,07**	-0,032	-0,092**
<i>Edad avanzada (más de 60 años)</i>	-0,069*	-0,085**	-0,082**	-0,104**	-0,100**	-0,075*	-0,192**	-0,067*	-0,102**	-0,097**	-0,155**	-0,14**	-0,175**	-0,068*	-0,141**	-0,158**	-0,116**	-0,108**	-0,23**	-0,041
R^2	0,157	0,168	0,200	0,138	0,117	0,119	0,108	0,083	0,088	0,122	0,168	0,165	0,165	0,125	0,106	0,109	0,173	0,146	0,195	0,159

Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2350 (1999), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005) y 2632 (2006).

Variable dependiente estimada: Factor de Implicación Política Subjetiva. Los coeficientes son Beta, es decir, están estandarizados (con media =0 y desviación típica =1)

(**) Significativo para un nivel de confianza del 99%.

(*) Significativo para un nivel de confianza del 95%.

Sin embargo, la intensidad de los efectos del nivel de educación no es la misma para todos los años ni para hombres y mujeres. Los niveles de estudios más bajos afectan negativamente con mayor intensidad a los hombres que a las mujeres, salvo en 1989 y 2004. En cambio, los niveles más elevados de esta variable afectan en mayor medida a las mujeres en la mayoría de años. De la magnitud de estos coeficientes se deduce que la educación explica gran parte de la variación del nivel de implicación política entre géneros. Frente a posibles explicaciones que atribuyen “por naturaleza” una menor implicación política a las mujeres, vemos que el nivel de estudios de éstas es la variable con un mayor poder explicativo de sus niveles de implicación. De hecho, en esta tabla también se aprecia que la magnitud del coeficiente relativo al nivel de estudios alto ha ido creciendo para las mujeres desde 1985 cada año, con la única excepción de 2006 y 2004. En este último año, probablemente, pesaron más otros factores sobre la variación a nivel individual de la implicación política subjetiva, como las elecciones generales y las circunstancias que las rodearon. En definitiva, la evidencia apunta a que el hecho de que en los últimos años las mujeres estén llegando de manera masiva a la universidad parece estar equiparando los niveles de implicación política entre géneros.

En cuanto a la edad, vemos que en todos los años en que las categorías “joven” y “edad avanzada” tienen un efecto significativo, los coeficientes tienen signo negativo. Esto confirma el efecto cuadrático de la edad sobre la propensión a implicarse, ya que los coeficientes indican el efecto de ser joven o anciano en comparación con tener una edad intermedia (es decir, entre 31 y 59 años). Por tanto, tener menos o más años que los que recoge esa franja influye de forma negativa y significativa en la propensión a implicarse en política. Encontramos, no obstante, algunas excepciones a esta pauta general. En efecto, en 1985 el hecho de ser joven no afecta de manera significativa a la implicación, por cuanto los jóvenes son el grupo de edad más implicado al principio de este período, como ya habíamos visto. Sin embargo, en esta estimación no aparece como una variable significativa al estar controlada por otras variables como el nivel de estudios. En 1989, ser joven sólo tiene un efecto significativo para los hombres. De hecho, estos coeficientes desvelan que en algunos años ser joven no tiene efecto negativo para las mujeres (1985, 1989, 2003, 2006) y, si lo tiene, es en algunos casos menor que para los hombres (1991, 1999, 2002). Por tanto, en la mayoría de años analizados, el valor esperado de implicación política para las mujeres jóvenes resulta similar al de los hombres jóvenes.

En el mismo sentido, ser mayor de 60 años afecta siempre negativamente a la implicación política subjetiva, pero este efecto negativo de la edad avanzada es mayor entre las mujeres a partir de 1991, con la excepción, de nuevo, del año 2004. Esto revela la desventaja acumulada de las mujeres en comparación con los hombres en lo que a implicación política se refiere. En efecto, las personas de edad avanzada tienen una menor propensión a implicarse por su bajo grado de integración social, que las hace orientarse con desinterés e ineficacia hacia la política. Pero las mujeres españolas de edad avanzada, además, habrían crecido con una imagen más negativa y pasiva de sí mismas en cuanto a los asuntos públicos como consecuencia de su educación tradicional. Asimismo, las mujeres de esa generación presentan niveles de educación significativamente menores que los hombres. A medida que las mujeres españolas han incrementado su nivel de estudios, su implicación política ha aumentado también por todos los motivos ya señalados: ha mejorado su nivel de conocimientos sobre política, su

centralidad en las redes sociales y sus expectativas laborales. Pero también ha mejorado su autoestima y ha variado la percepción de sí mismas respecto a su rol en la comunidad y en el terreno público.

Hasta aquí los comentarios sobre los resultados del análisis multivariado de los tres principales componentes sociodemográficos de la implicación subjetiva con la política de los ciudadanos. A continuación, resumiré en el apartado de conclusiones los principales hallazgos de este capítulo.

4.5. Conclusiones.

De entre la diversidad de factores explicativos que inciden a nivel individual en la implicación política subjetiva, en este capítulo hemos analizado la evolución e impacto de los denominados factores sociodemográficos. La premisa de la que hemos partido es que éstas no son meras variables de control, sino que se encuentran vinculadas a la implicación política subjetiva por una serie de mecanismos causales. Dichos mecanismos tendrían que ver con las explicaciones sociológicas que interpretan estas variables como indicadores de la posición del individuo en los principales ejes de conflicto de la sociedad, pero también con aspectos de su socialización política. Así, se ha propuesto que tanto el género, como la edad o el nivel de estudios son indicadores de aspectos agregados de la socialización política en España, relevantes para entender el fenómeno que nos ocupa.

En cuanto al género, hemos visto que durante la mayor parte del Franquismo esta variable aproximó un estilo de socialización política especialmente pasivo. Aunque la dictadura mantuvo a toda la población apartada de los asuntos públicos, este efecto fue más intenso en las mujeres por la acción de instituciones como la Iglesia Católica y la Escuela Nacional, y de organizaciones como la Sección Femenina del Movimiento. Estos actores orientaron a las mujeres de diversas generaciones hacia lo privado y contra lo público, de acuerdo a sus valores tradicionales y conservadores. Así, la idea de que la mujer debía ser madre y esposa antes que trabajadora o ciudadana perduró hasta mediados de los años 70. Este paradigma dejó de ser dominante sobre todo por las necesidades que la economía desarrollista generaba en cuanto a mano de obra. Tras la incorporación masiva de la mujer al mercado laboral, su progresiva formación y sus nuevos intereses económicos, sociales y políticos gradualmente fueron equiparándose a los de los hombres. Estas nuevas condiciones propiciaron unos mayores niveles agregados de implicación política en las nuevas generaciones de mujeres españolas.

Por otra parte, en este capítulo hemos confirmado la relación cuadrática que existe entre edad e interés político, puesto que jóvenes y ancianos tienen una escasa propensión a implicarse en asuntos públicos como consecuencia de su menor grado de integración social. No obstante, la supuestamente alarmante alienación política de los jóvenes españoles no parece reflejarse en la evidencia empírica manejada en este capítulo. Los jóvenes españoles de los últimos años no están menos implicados que los de los años ochenta o noventa. Tampoco la proporción de jóvenes españoles implicados psicológicamente con la política es mucho menor que la de los jóvenes europeos ni, en líneas generales, menor que la proporción de españoles implicados mayores de 30 años.

Se ha presentado el nivel educativo máximo alcanzado por los ciudadanos como una medida de los recursos necesarios para implicarse psicológicamente con la política, pero sobre todo como una variable que aproxima el grado de integración y oportunidad social. Se ha mostrado la evolución del

nivel educativo de los españoles mediante datos censales de 1991 y 2001, los cuales han constatado la existencia de diferencias entre sexos. Mientras que hace décadas era mucho mayor el porcentaje de mujeres para las categorías más bajas de educación, actualmente en esta categoría son más numerosos los hombres. Las mujeres han ido conquistando paulatinamente niveles de educación superiores, invirtiéndose la tendencia inicial. Paralelamente, se ha mostrado la existencia de una relación negativa entre edad y grado máximo de educación alcanzado, puesto que las personas de edad avanzada –y especialmente las mujeres- apenas completaban algún nivel de estudios en épocas anteriores pero recientes de la historia española. Finalmente, se ha confirmado que existe una relación entre la propensión a implicarse y la educación, medida como el número de años que el individuo declara haber estudiado. Esta relación es especialmente destacable en el caso de España, en comparación con otros países europeos.

Finalmente, los resultados de la exploración de la evidencia empírica realizada a nivel bivariado se han confirmado con un análisis multivariado de los componentes sociodemográficos de la implicación política subjetiva. Los resultados de las estimaciones muestran que ser joven o anciano perjudica la propensión a implicarse en comparación con las personas de entre 31 y 59 años. Sin embargo, y tal y como proponía la primera de las hipótesis, hasta los años 90 los jóvenes en España estaban más implicados de lo que postulan las teorías en relación con los efectos cuadráticos de la edad sobre las actitudes implicadas. Asimismo, el efecto de la vejez parece mayor para las mujeres que para los hombres. Esto sugiere que las actitudes alienadas hacia la política se concentran en los tramos de edad que han sido socializados según los patrones descritos al principio de este capítulo, y que están desapareciendo entre las mujeres jóvenes. Por lo que se refiere al efecto de la educación, se confirma que cuanto mayor sea el nivel educativo de los ciudadanos mayor será su implicación política.

En definitiva, los resultados de los análisis empíricos presentados y discutidos en este capítulo sugieren que los niveles de implicación de los españoles han aumentado en las últimas décadas como consecuencia de un aumento agregado del nivel de educación de la ciudadanía. Igualmente, los niveles de implicación de mujeres y hombres se están equiparando como consecuencia de un reemplazo de las generaciones de mujeres educadas en el franquismo y de un acceso más igualitario a los niveles más elevados de educación. No obstante, los niveles de implicación política de las mujeres siguen apareciendo sistemáticamente más bajos que los de los hombres, por lo que la aversión a la política de éstas se ha reproducido, atenuadamente, entre las generaciones más jóvenes. Asimismo, esta evidencia justifica la necesidad de considerar algunas características del contexto que pudieran tener un mayor impacto negativo sobre algunas generaciones de españoles, dado que la magnitud del efecto de los factores sociodemográficos en la implicación política de la ciudadanía parece oscilar a lo largo del período analizado, siendo especialmente baja en años de convocatorias electorales. Sobre todas estas cuestiones volveremos en los capítulos siguientes. Continuaremos con el análisis sistemático de las diferencias intergeneracionales en los niveles de implicación política subjetiva de los españoles.

CAPÍTULO 5: LA IMPLICACIÓN POLÍTICA SUBJETIVA DE LAS COHORTES ESPAÑOLAS. PAUTAS DE CONTINUIDAD Y CAMBIO.

*Bien abrigado llegaba al colegio.
1960, hace poco tiempo.
Sentados frente a una cruz y a ciertos retratos,
entre bostezo y bostezo, gloriosos himnos pesados.*

*Despertamos en pupitres de dos en dos.
Aún recuerdo el estrecho bigote de Don Ramón
y la estufa de carbón frente al profesor,
la dichosa estufa que no calienta ni a Dios.*

*Suena el timbre, ¡al fin...!
Bocadillo, recreo, evasión.
Una tortura más antes del juego,
la leche en polvo y el queso americano.*

*(...) Dos horas de catecismo y en mayo la comunión
la letra con sangre entra, ¡otro capón!
tarea para mañana, puesto el abrigo,
otra copla a los del cuadro
y hasta mañana Don Ramón.*

*Ahora tú qué pensarás,
si cuanto más me oprimían, más amé la libertad.
Es a ti a quien canto hoy.
Enseña a tus hijos,
enseña a tus hijos a amar la libertad.*

*Días de escuela (1978) Letra: J.L. Jiménez. Música:
Lele Laina - Julio Castejón - E. Cajide.*

Hasta el momento se ha descrito el impacto sobre la implicación política del ciclo vital de los ciudadanos y un posible efecto “cleavage” generado por el grupo de edad a que pertenece el individuo. A continuación, analizaremos las consecuencias que tiene sobre la propensión a implicarse el hecho de pertenecer a una generación política concreta. Este factor nos permitirá la incursión en la literatura sobre los efectos de la socialización política; lo que conectará con el capítulo siguiente, íntegramente dedicado al análisis de dichos procesos a nivel individual.

En este capítulo se explora la posibilidad de que la pertenencia de los ciudadanos españoles a una determinada generación pueda potenciar su implicación psicológica con la política. Comprobaremos también si en España existe una “generación cívica” que destaque por sus actitudes orientadas a lo público, lo que significaría que ciertas experiencias habrían implicado a algunos españoles de manera especial con la política. La idea de “generación cívica” parte del supuesto de que la crisis participativa y de capital social en EE.UU. se debe a que su generación más inclinada a la participación -que se hizo adulta en la posguerra de la II Guerra Mundial- está desapareciendo (Putnam 2002). A pesar de tratarse de una hipótesis muy controvertida en la literatura, vamos a someterla a prueba empírica con los datos de que disponemos para España.

El capítulo está estructurado del siguiente modo. En el primer apartado se explica en qué consiste un análisis de cohortes y se remite al lector a algunos antecedentes de esta estrategia empírica en estudios previos en España. Seguidamente, se explica y justifica la composición de las cohortes utilizada en esta investigación. En el tercer apartado se presentan los resultados del análisis por cohortes de los niveles de implicación política subjetiva. Finalmente, se adopta una estrategia analítica para distinguir entre los efectos de la edad, de las cohortes y, especialmente, del período. El objetivo de la misma es comprobar si el efecto de pertenencia a una cohorte convive con el impacto de períodos políticos no sólo pasados, sino también de los comprendidos en el espacio de tiempo que abarca esta tesis (1985-2006). Sostengo que estos efectos del período llegarían incluso a superar o mitigar el efecto de pertenencia a una cohorte, lo que explica no sólo la continuidad en los niveles agregados de implicación política en España, sino también su variación. Las siguientes hipótesis explicitan las expectativas que se comprueban en este capítulo:

H5.1) *La experiencia de distintos contextos políticos durante los años impresionables de los españoles ha conformado una serie de cohortes que presentan desigual propensión a implicarse en política. Entre éstas, la que creció durante la etapa de liberalización del franquismo será la más cívica.*

H5.2) *Estas pautas de continuidad coexisten con alteraciones causadas por períodos recientes de la historia española. Su efecto habrá sido en algunos casos superior al de las cohortes.*

5.1. Las cohortes españolas en la literatura sobre actitudes políticas.

En su sentido más amplio, una cohorte es un grupo de personas que comparten una experiencia común durante un periodo concreto del tiempo (Glenn 2005). Existen distintas maneras de configurar las cohortes, dependiendo de si utilizamos un criterio político, sociológico o demográfico. Por ejemplo, podemos configurar cohortes únicamente a partir de la fecha de nacimiento o teniendo en cuenta las distintas fases por las que ha pasado la natalidad de una población, si quisiéramos estudiar un fenómeno relacionado con la demografía como qué ha sido de la generación que protagonizó el *baby boom* en los años sesenta y setenta en España. Sin embargo, éste no es el criterio habitual utilizado para delimitar cohortes en los estudios de cultura política⁵⁸.

Las cohortes *políticas* son las generaciones que han vivido durante el mismo momento de su ciclo vital uno o varios sucesos históricos, políticos o sociales capaces de condicionar sus orientaciones políticas. Estos acontecimientos habrían provocado similitudes en las actitudes y comportamientos de los individuos que se socializaron en ese contexto y diferencias respecto a otras generaciones. Se denomina análisis de cohortes al estudio de la cultura política de una sociedad en función de la cohorte de pertenencia de los individuos. Estos estudios pretenden explicar la continuidad en ciertas actitudes a lo largo de la vida de los miembros de cada cohorte y las diferencias que presentan los distintos grupos de edad, así como el cambio actitudinal de una sociedad por reemplazo generacional (Mason y Wolfinger 2001).

Los análisis por cohortes presentan una serie de retos para el investigador. El primero se refiere a la delimitación de estas cohortes. Se trata de determinar qué período histórico o evento ha sido capaz de cambiar las actitudes de un grupo de personas de la misma edad y también en qué momento de su vida se encontraban cuando esto ocurrió⁵⁹. Por tanto, una primera dificultad estriba en comparar datos provenientes de más de un país. El motivo es que son pocos los períodos históricos o eventos internacionales capaces de diferenciar actitudinalmente a varias generaciones, salvo, tal vez, las guerras mundiales, la Guerra Gría y las grandes crisis económicas de finales de las décadas de los años 20 y 70. Por este motivo, se ha renunciado a este tipo de comparaciones en este capítulo. De esta manera los análisis que aquí se resumen se centran en el caso español exclusivamente.

En segundo lugar, la división de una población en generaciones introduce un componente de arbitrariedad en la investigación en la medida en que es el autor quien decide los criterios para dividir

⁵⁸ Una excepción es el trabajo de Justel sobre edad y cultura política, en el cual el autor establece 8 cohortes. Cada una de éstas abarca un período de ocho años en el que han nacido sus integrantes, entre 1900 y 1971 (Justel 1992).

⁵⁹ Conviene aclarar al lector que si consideramos que el efecto del evento ha sido generalizado y más bien homogéneo sobre toda la población independientemente de su edad, ya no estamos hablando de un efecto cohorte, sino de un efecto período (Jennings y Niemi 1975)

estas cohortes: períodos históricos destacables y momentos de la vida de los individuos en los que habrían causado su impacto. Estos componentes arbitrarios son los responsables de que en España se hayan definido una gran cantidad de generaciones políticas, ya que los autores que han investigado este fenómeno generan las cohortes en función de las hipótesis de su estudio.

Debemos situar el inicio del interés por el efecto de las cohortes sobre las actitudes de los españoles en la Transición. En este momento se detectó un cambio de actitudes entre los más jóvenes, los cuales se mostraban más interesados por la política. La intuición de los investigadores era que no se trataba realmente de un efecto del ciclo vital, sino de una nueva generación política que “empujaba” los viejos valores, desplazándolos (López Pintor 1981, Justel 1992).

En cuanto a la delimitación de estas cohortes, encontramos tantas posibles soluciones como autores han estudiado este fenómeno. Una posibilidad es estudiar únicamente el impacto del contexto socioeconómico sobre las actitudes de las generaciones, señalando las etapas de bonanza y crisis económica (Linz y De Miguel 1975, Díez Medrano et al. 1989, Torcal 1989). Tras estos estudios subyacen las teorías de la modernización y el supuesto de que el desarrollo económico es una condición esencial para la existencia de democracia liberal. Según éstas, los valores occidentales habrían cambiado desde un énfasis en el bienestar material hacia una mayor preocupación por el lugar del individuo en la sociedad, paralelamente al crecimiento económico (Inglehart 1990)⁶⁰. En el contexto español, se ha demostrado repetidas veces que los individuos nacidos en períodos de crisis – especialmente durante la posguerra- presentan actitudes más materialistas que los nacidos en etapas de bonanza económica, esto es, a partir de la década de los sesenta (López Pintor 1981, Díez Medrano et al. 1989).

Otra posibilidad a la hora de elegir un efecto del contexto sobre las cohortes es enfatizar la evolución del sistema político en la historia contemporánea. En España, existe un cierto consenso sobre la importancia de algunas etapas históricas: la II República, la Guerra Civil, las distintas fases del Franquismo, la Transición y la democracia (Díez Medrano et al. 1989, Justel 1992, Gunther et al. 2004, Morales 2005). Una tercera posibilidad es tomar en consideración elementos tanto políticos como económicos que, de hecho, es lo que permitirá distinguir matices a lo largo de los casi 40 años que duró el Franquismo.

Además del criterio respecto al contexto, hay que tomar una decisión respecto al momento de la vida en que suponemos que las etapas señaladas habrán afectado a las actitudes. Inglehart suponía que este período era la adolescencia, pero el criterio más aceptado es que el impacto del contexto político es mayor durante los “años impresionables”. Estos años son el período de la vida en que los individuos son más sensibles a la acción socializadora de su entorno y desarrollan más hábitos y actitudes políticas (Mannheim 1952). Dicha etapa transcurriría entre la adolescencia tardía y los primeros años de la vida adulta. Sus límites son difusos (Delli Carpini 1989), y mientras en Europa se

⁶⁰ Su teoría del postmaterialismo se compone de las hipótesis de la escasez y de la socialización. Según la primera, las prioridades de un individuo son el reflejo del contexto socioeconómico, de manera que se valora más aquello que es escaso. Por otra parte, la hipótesis de la socialización señala que los valores son el reflejo de las condiciones que predominan en el contexto donde los ciudadanos viven durante los años que preceden a la edad adulta. Las cohortes comparten una mayor valoración de aquello que no era abundante en su etapa pre-adulta, con lo que Inglehart comprueba un efecto *socialización* en la continuidad intra-generacional de los valores.

considera que comienzan a los 17 años, los autores norteamericanos prefieren hacerlos coincidir con la finalización de la escuela primaria, alrededor de los 14 años. Algunas interpretaciones sugieren que este período se encuentra cerca de la mayoría de edad, puesto que es en este momento cuando se empiezan a asumir responsabilidades políticas, especialmente por lo que se refiere al voto (Krosnick y Alwin 1989, Finkel 2003). Por lo que respecta a la finalización de esta etapa de la vida existe un mayor consenso, y se da por concluida alrededor de los 25 años. Después de esta edad, las principales orientaciones políticas se consideran plenamente formadas y tendentes a la estabilidad a largo plazo. Los autores españoles han elegido mayoritariamente el criterio de que los integrantes de cada cohorte hayan cumplido los 18 años durante cada uno de los períodos señalados como críticos (Díez Medrano et al. 1989, Montero, Gunther y Torcal 1998, Morales 2005). Sin embargo, Martín (2005a) forma sus cohortes en función de que los individuos hayan cumplido entre 17 y 22 años en distintos períodos, abarcando un mayor tramo de edad en que los individuos se consideran “impresionables”, aunque no tantos como para que existan diferencias por cuestiones del ciclo vital dentro de cada cohorte.

En esta tesis se siguen los criterios de establecimiento de cohortes utilizados por Montero, Gunther y Torcal (1998). Estos autores dividen a los grupos de edad en función de haber cumplido los 18 años durante los principales periodos políticos y económicos del siglo XX en España: el que llega hasta el fin de la Guerra Civil, la autarquía franquista, el despegue económico, la liberalización del régimen, la Transición y la consolidación de la democracia. Coincido con estos autores en la importancia que confieren a estos períodos, aunque creo, como Martín, que el período impresionable del ciclo vital abarca varios años antes y después de la mayoría de edad. Ampliando dicho rango al período comprendido entre los 14 y los 25 años estaremos contemplando los años finales de la socialización primaria y los iniciales de la socialización secundaria. Esto es coherente con la naturaleza cambiante del objeto de estudio, defendida en el tercer capítulo; con la idea de una socialización política continua e integrada –que presentaré en el próximo capítulo- y también con la realidad social española. En efecto, un motivo adicional para considerar que los “años impresionables” de los españoles van más allá de los 18 años es que la mayoría de edad legal en España estuvo en los 21 años hasta 1978.

Se ha elegido la división de cohortes de Montero, Gunther y Torcal por diversos motivos. El primero de ellos es evitar que una nueva clasificación de las distintas generaciones españolas impida poder comparar los resultados de este análisis. En segundo lugar, al utilizar una definición de cohortes ya establecida evito el sesgo de arbitrariedad que supone elegir los períodos históricos más significativos de la historia española. Por otra parte, de entre las distintas divisiones de cohortes recién presentadas, es la que mejor argumenta por qué los períodos históricos habrían afectado a las actitudes de los ciudadanos. Siguiendo este ejemplo, a continuación se describirá detalladamente cómo estos períodos históricos pudieron marcar las actitudes políticas de las distintas generaciones de españoles a través de la escuela, los discursos de las élites, las relaciones con otros Estados y organismos internacionales, algunos sucesos –como, por ejemplo, determinadas elecciones- y las condiciones económicas bajo las que crecieron.

¿Cómo se supone que cada uno de estos períodos históricos ha afectado a las distintas generaciones políticas en relación con la implicación política subjetiva? A continuación desarrollamos los mecanismos causales que habrían marcado a estas cohortes durante sus años impresionables.

5.2 Efectos de los períodos de la Historia Contemporánea española sobre las cohortes.

En este apartado se presenta la división de cohortes utilizada en la presente investigación y se explican los mecanismos por los que los distintos periodos de la historia contemporánea española habrían predispuerto a favor o en contra de la implicación política subjetiva a seis generaciones de españoles. Finalmente, se plantean una serie de expectativas sobre la relación entre las generaciones políticas y los niveles agregados de implicación política subjetiva de los ciudadanos.

Tabla 5.1. Definición de las cohortes políticas seguida en esta tesis.

<i>Cohorte</i>	<i>Período de nacimiento (límites)</i>	<i>Año en que cumplen 14 años</i>	<i>Año en que cumplen 18 años</i>	<i>Año en que cumplen 25 años</i>	<i>Período histórico que las influye</i>
1ª	Antes de 1922	1936	1940	1947	II República. Guerra Civil.
2ª	(1923-	1937	1941	1948	Autarquía
	1937)	1951	1955	1962	(Despegue económico)
3ª	(1938-	1952	1956	1963	Despegue económico
	1952)	1966	1970	1977	(Liberalización)
4ª	(1953-	1967	1971	1978	Liberalización
	1962)	1976	1980	1987	(Transición)
5ª	(1963-	1977	1981	1988	Transición-
	1967)	1981	1985	1992	(Consolidación democrática)
6ª	(1968-	1982	1986	1993	Consolidación Democrática
	1988)	2002	2006	2013	

Fuente: elaboración propia a partir de Montero, Gunther y Torcal (1998) ⁶¹.

En la tabla 5.1 se resume cuál es el período en que los integrantes de cada cohorte habrían nacido y en qué años los individuos pertenecientes a los límites superior e inferior de cada cohorte (los de más y menos edad) cumplirían las edades críticas mencionadas en el apartado anterior: 14, 18 y 25 años. En la última columna se especifica qué período histórico les habría influido en mayor medida. Sin embargo, los individuos más jóvenes de cada cohorte pueden verse influidos también por el siguiente período; lo que ocurre también si extendemos los “años impresionables” hasta los 25 años. Esto queda recogido en la tabla, en que se señalan entre paréntesis los períodos que pueden haber influido a los miembros más jóvenes de cada cohorte.

⁶¹ Los años de nacimiento, períodos históricos y momento del ciclo vital que se han tenido en consideración son los mismos que utilizan estos autores. Sin embargo, he codificado las cohortes de manera inversa (su 1ª cohorte es mi 6ª cohorte, etc.), se ha añadido un límite superior a la última cohorte y se considera la posibilidad de que la formación de cohortes pueda darse algo antes y después de los 18 años.

La primera de las cohortes es la de más edad, formada por los nacidos antes de 1922. Esta cohorte habría vivido algunos de los cambios políticos más importantes de la Historia contemporánea española. Sus miembros más ancianos habrían experimentado la sustitución del régimen liberal por la Dictadura de Primo de Rivera, habrían visto la instauración y colapso de la II República, así como la Guerra Civil. Son los españoles cuya vida adulta transcurrió bajo el Franquismo, y que vieron cómo el mismo se desintegraba dando paso a la Transición y a la democracia. De entre estos acontecimientos históricos, uno destaca por coincidir con los años impresionables de esta generación: la Guerra Civil.

Este episodio ha sido retratado numerosas veces como un evento traumático que los españoles tienen como referente ante el enfrentamiento y conflicto político, y como el principal motivo de que aprecien tanto valores como la moderación y la paz (Aguilar 1996). Entre esta cohorte se habría generalizado el sentimiento de alienación política como defensa y como reacción racional al horror de la Guerra Civil y a la represión tras ésta. Sus miembros se caracterizarían por una aversión al riesgo consecuencia de la vivencia traumática de la guerra (Aguilar 2001). Por tanto, girar la espalda a los asuntos públicos les habría protegido de desarrollar preferencias políticas demasiado intensas, tal vez contrarias al régimen franquista, y de ser perseguidos por ello. Así, con respecto a la primera cohorte espero hallar evidencia que confirme que se trata de una de las más alienadas políticamente. En ella confluirán dos efectos negativos. Por una parte, el efecto negativo del ciclo vital (tercera edad) en que se encuentran los miembros de esta cohorte en todo el período que esta tesis analiza. El segundo, el propio efecto de la pertenencia a una cohorte que rehuye todo lo relacionado con la política por asociar este tema al conflicto y la inestabilidad.

Es importante recordar que la dictadura franquista no fue uniforme a lo largo de sus casi cuarenta años de duración, ni con respecto a sus características autoritarias ni al grado de movilización de la ciudadanía (Linz 1974 y 1992, Malefakis 1982, Maravall 1984). Tras un breve período inicial de movilización de masas, entendida como la unión del adoctrinamiento ideológico y la convocatoria reiterada de la población para que manifiesten su adhesión en el terreno público, se abandonó esta táctica. Incluso hay quien opina que el Franquismo optó por una desmovilización consciente de la ciudadanía, prefiriendo la pasividad y la obediencia a la adhesión activa o la militancia (Elorza 1990). Legitimándose en el valor de la paz, el Franquismo apartó a los ciudadanos de la política utilizando vehículos como los libros de texto y la historiografía oficial, los aniversarios y conmemoraciones de la guerra y el NO-DO (Aguilar 1996), cuando no la coerción ante el disenso.

La primera fase destacable del Franquismo comienza con el aislamiento de España tras la derrota de Alemania en la II Guerra Mundial. Podemos fechar su inicio el 9 de febrero de 1946, en que la Asamblea General de las Naciones Unidas condena unánimemente el Régimen español, negándole así la posibilidad de ingresar en dicho organismo. Esta condena implica la retirada de cuerpos diplomáticos de diversos países y otras medidas sancionadoras, como el boicot económico. El régimen acepta este aislamiento, convirtiéndolo en independencia y autarquía: “Nuestro régimen vive de sí mismo y se sucede a sí mismo” era la consigna del Movimiento, materializada en la Ley de Sucesión

de 1947⁶². Se considera que la autarquía política y económica duró hasta el levantamiento del racionamiento del pan en 1952 y la elección ese mismo año de España por el Vaticano como sede para la celebración del XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

La segunda cohorte llega a sus años impresionables durante este período autárquico, caracterizado por las restricciones económicas de la posguerra, así como por el trauma del recuerdo de la Guerra Civil –sobre todo, en sus mayores- y por una mayor insistencia en la instrucción en los principios del Movimiento que en fases posteriores. El mundo se redujo considerablemente para los españoles que se educaron en esta época, al desaparecer los referentes internacionales exceptuando a la Santa Sede y a los Estados Unidos. Por ello, nos encontramos ante una generación que sólo tiene como modelo político al Franquismo en su fase más dura. Las difíciles condiciones económicas que acompañan este contexto político también contribuyeron a la alienación política de esta generación. Como hemos visto, la lucha por la prosperidad económica suele derivar en comportamientos individualistas y materialistas más que en una atención y compromiso con lo público. En definitiva, mis expectativas para la segunda cohorte son que la misma destacará por su baja propensión a implicarse en política. Al efecto negativo del momento del ciclo vital en que se encuentran en todo el período analizado, se sumará la aversión a lo público por efecto de la persecución del disenso en sus años impresionables. Asimismo, se tratará de una generación especialmente inclinada al ámbito privado como consecuencia de las difíciles condiciones económicas en que crecieron durante la posguerra.

La tercera cohorte creció durante otra etapa bien distinta del franquismo, en la que el régimen hizo hincapié en sus logros económicos como fuente de legitimidad alternativa a los derechos y libertades propios de la democracia. Esta etapa se conoce como “fase desarrollista”, se inaugura con el Plan de Estabilización propuesto por los miembros del gobierno que pertenecían al Opus Dei en 1957, y ocupa gran parte de la década de los 60. Es la época en que los españoles acceden a la sociedad de consumo, y en que empiezan a adquirir de manera generalizada electrodomésticos, entre los que cabe destacar la televisión -de la que en 1968 ya se habían vendido más de tres millones de unidades- y automóviles como el famoso SEAT 600 y el Citroën 2CV (Carr y Fusi 1983, Fusi 1985).

En esta época, el gobierno consigue aglutinar a la población alrededor de los valores consumistas, consiguiendo una cierta cohesión social. Sin embargo, los jóvenes educados en esta etapa son los primeros ciudadanos españoles que manifiestan valores postmaterialistas. Precisamente por haber crecido en una abundancia relativa de bienes materiales (Inglehart 1990), sus expectativas ya no estarían tan centradas en medrar económicamente como en la obtención de mayores cuotas de libertad. También se trata de la época en que empiezan a incorporarse las mujeres al mercado laboral, así que entre éstas también comienzan a formarse expectativas económicas y sociales que se traducirán en actitudes implicadas con lo público.

Existen estudios que han aportado evidencia empírica acerca de las actitudes de esta generación y de por qué la misma rompe con la tendencia a la alienación política de las generaciones anteriores (Maravall 1978). Encontramos otras manifestaciones de este cambio en formas de expresión como el

⁶² El motor económico de la Autarquía fue el Instituto Nacional de la Industria (INI), que protegió y fomentó la promoción nacional. Sus políticas económicas derivaron en una fuerte inflación que obligó al régimen a seguir otras estrategias desarrollistas.

cine, el teatro, la televisión, los cómics, la literatura o la música. Por este motivo he querido empezar este capítulo con la letra de una canción, “Días de Escuela”, que pertenece al primer álbum del grupo Asfalto, publicado en 1978⁶³. Sus compositores, José Luis Jiménez y Lele Laíña, nacieron en 1948 y 1952, respectivamente, por lo que pertenecen a esta tercera cohorte. Esta letra, escrita en plena transición a la democracia, sirve para presentar de manera impresionista la escolarización de los españoles pertenecientes a esta cohorte. Sitúa la acción a principios de los años sesenta, por lo que permite introducir el tema de los efectos de la escuela en la socialización política de los niños de esta época de manera más cualitativa que en el capítulo anterior⁶⁴.

Si la acción socializadora de la escuela franquista fuera tan determinante como gran parte de la literatura afirma –literatura que discutiremos en el próximo capítulo- es esta generación la que debería resultar más ajena a la política de entre todas las cohortes españolas. Lo cierto es que el Franquismo puso grandes esperanzas en la escuela como uno de sus principales agentes socializadores a partir de la escolarización de esta cohorte de españoles. Podemos afirmar esto por dos motivos. El primero es la purga llevada a cabo entre los profesores tras la Guerra Civil. Tan importante como la gente que se apartó del ejercicio del magisterio es la nueva composición del profesorado, impuesta por el régimen en las oposiciones de 1940. En éstas, sólo un 20% de las plazas se asignaron por criterios meritocráticos, reservando un 80% de los puestos a heridos de guerra, condecorados, huérfanos o dependientes del bando Nacional⁶⁵. Otro motivo que indica la fe en la educación primaria para la transmisión de los ideales franquistas a los niños es la promulgación en 1945 de la Ley de Educación Primaria. Esta ley creó la Subsecretaría de Educación Popular dentro del Ministerio de Educación Nacional, a la que se transfirieron las competencias de propaganda política. Hasta 1970, en que esta ley es sustituida por la Ley General de Educación, la escuela quedó encargada de instruir a los niños en la difusa ideología del régimen franquista. Por tanto, queda por comprobar si este empeño en hacer de la escuela franquista en esta etapa un órgano de propaganda y un agente de desmovilización política surtió efecto o bien las contradicciones y expectativas generadas por la nueva situación económica tuvieron un mayor peso, haciendo de esta tercera cohorte una de las más implicadas con la política.

En definitiva, espero que esta tercera cohorte sea la primera generación política desde comienzos del siglo XX que presente una destacada proporción de ciudadanos implicados. Y ello por varias razones. En primer lugar, estas personas no cumplen los sesenta años (la frontera donde he considerado que empieza la tercera edad también en el capítulo anterior) hasta finales de la década de

⁶³ Asfalto fue un grupo de rock fundado en 1972, que compartió algunos de sus componentes con otras bandas míticas como Topo. Aunque no se les conoce filiación política alguna, tanto Asfalto como Topo fueron pioneros en la introducción de temas sociales en el rock, como la contaminación (“Marea Negra” 1982, “La Paz es Verde” 1985), la Guerra Fría (“Guerra Fría” 1982) la alienación (“Capitán Trueno” 1978, “Mis Amigos dónde estarán” 1979, “Vallecas 1996” 1979) y otra serie de problemáticas que posteriormente caracterizarían el Rock Urbano (*Ser Urbano* 1979).

⁶⁴ En cuanto al resto de la letra, la mención de la leche “americana” se refiere a leche en polvo que los Estados Unidos donaron para complementar la alimentación de los niños españoles con 25 gramos diarios. Este indicio de prosperidad convive con una estufa de carbón que no calienta. En esta letra también encontramos otros contrastes, como la opresión que se vive dentro del aula –incluidos castigos corporales- frente a la libertad vigilada del recreo. No se hace alusión explícita a las instituciones franquistas, pero sí se refiere implícitamente a Franco al hablar de “ciertos retratos”; y la descripción del profesor (Don Ramón) encaja con la estética falangista de la época. Entre los ritos e imaginería franquista con que los niños convivían, figuran la cruz y el retrato de Franco que presidían las aulas de los colegios nacionales, el hecho de cantar diariamente el Cara al Sol y el catecismo obligatorio.

⁶⁵ Ley Ministerial del 25 de Agosto de 1939. Artículos 1º, 3º y 5º.

los 90. Además de este efecto positivo del ciclo vital sobre su grado de implicación, son la primera generación que crece bajo una cierta prosperidad económica. Esto les permitirá dejar de pensar exclusivamente en su propia supervivencia y prestar atención a la esfera pública. Aún así, el efecto positivo de este crecimiento económico se verá atenuado por la intensa socialización política pasiva que sufrieron durante sus años de escolarización primaria.

Pero el Franquismo no fue uniforme respecto a la intensidad de su adoctrinamiento. Hacia los años setenta, algunas de sus medidas tienen rasgos liberalizadores, en parte como consecuencia de las presiones externas y también como parte de la estrategia adaptativa del régimen. Los años impresionables de la cuarta cohorte transcurren durante estas reformas aperturistas, es decir, en las postrimerías del Franquismo. Como la tercera cohorte, los miembros de la cuarta también gozan de mayor bienestar económico que sus padres, lo que les permitirá alcanzar niveles más elevados de educación. Pero además, estos españoles crecerán con expectativas políticas puestas en una posible evolución democrática del régimen. Hablamos de la generación que nace entre 1953 y 1962; por lo que cumple los 18 años entre 1971 y 1980. Asiste en sus años impresionables a eventos ocurridos en la etapa final del régimen: el asesinato de Carrero Blanco, las últimas ejecuciones firmadas por Franco, la muerte del dictador... también a un relajamiento en la censura que permite la publicación de revistas como *El Pápus* o *Hermano Lobo*. Estas muestras públicas de disenso extienden la percepción de que ahora no es tan peligroso -y de que es menos costoso- implicarse en política.

Asimismo, se trata de la primera generación que es llamada a las urnas durante sus años impresionables desde la II República. En efecto, en 1976 los mayores de 21 años –la mayoría de edad legal en España desde 1943 y hasta 1978- son convocados a votar en el referéndum para la Reforma Política, cuyo resultado supuso el “suicidio” de las Cortes Franquistas. En este sentido, la literatura especializada ha señalado que las generaciones que alcanzan su mayoría de edad coincidiendo con unas elecciones en las que adoptan un papel activo suelen mantener esta tendencia participativa a lo largo de su vida adulta. Además, estos jóvenes y nuevos electores son más sensibles a las características contextuales de las elecciones, como su competitividad (Franklin 2003).

En el contexto español, las primeras elecciones legislativas democráticas tienen lugar en 1979; tras el referéndum para la reforma política (1976), las elecciones para la asamblea constituyente (1977) y el referéndum de la Constitución (1978)⁶⁶. Los efectos movilizados de estas citas electorales excepcionales habrían sido más intensos sobre la cohorte más joven con edad suficiente para votar y sus efectos sobre las actitudes que denotan implicación política podrían haber persistido a lo largo de su vida. De hecho, existe evidencia de que estas personas, nacidas a finales de los años cincuenta y a principios de los sesenta, presentan una mayor tendencia a participar en protestas y actividades asociativas (Morales 2005). En el siguiente apartado comprobaré si efectivamente esta cohorte es la más implicada por confluir en ella el efecto positivo del ciclo vital en que se encuentran desde mediados de los ochenta (mediana edad), la prosperidad económica y liberalización del Franquismo en sus años impresionables, además de las primeras citas electorales de la democracia. Estas últimas habrían

⁶⁶ Las elecciones legislativas de 1979 son las terceras más competidas del período 1979-2004. Sólo un 4,4% de votos sobre el total de votos emitido separó al partido ganador del segundo partido más votado.

comprometido a los ciudadanos que las vivieron en su juventud con las instituciones que resultaron de ellas.

Por otra parte, los años impresionables de la penúltima cohorte habrían transcurrido en la fase inmediatamente posterior; esto es, en los últimos años de la Transición política. Entendemos que la misma finaliza en el momento en que el partido que gana las primeras elecciones tras la transición a la democracia es derrotado (Huntington 2000). En España, la aplicación de este criterio sitúa el final de la Transición en 1982, cuando el Partido Socialista gana las elecciones por mayoría absoluta, sustituyendo a UCD. Los efectos de este período histórico son difíciles de predecir. En la Transición se dieron numerosos ejemplos de movilización ciudadana (Maravall 1984), pero también llamadas a la desmovilización surgidas de la elite política (Sastre 1997), especialmente tras la Ley de Amnistía de octubre de 1977, momento en que los partidos llamaron al orden a sus bases y a los sindicatos. Algunos, como el PCE, para demostrar su carácter conciliador; otros para tranquilizar al ejército o para garantizar que la crisis económica, unida a una eventual movilización obrera, no pondría en peligro el proceso de transición (Aguilar 1996).

Por tanto, esta generación diferiría de las anteriores en que sus años impresionables habrían transcurrido en un clima de consenso y contención política por parte de las élites. No comparto la hipótesis de que el compromiso para garantizar la paz social generó una apatía relacionada con los altos niveles de abstención electoral y la baja propensión al asociacionismo de los españoles (Justel 1992). Pero sí creo que en esta etapa las élites insistieron en la necesidad de estabilidad y consenso, motivo por el cual las fuerzas políticas y sociales no movilizaron a la ciudadanía de manera sistemática como lo habían hecho en el período inmediatamente anterior. Un ejemplo de ello fue el Golpe de Estado de 1981, el cual resucitó el fantasma de la dictadura y unió a los demócratas en el convencimiento de que la moderación era necesaria para evitar una involución. Por todos estos motivos espero que la quinta cohorte presente niveles agregados de implicación política inferiores a la anterior generación, pero dentro de una tónica de mayor implicación que las dos primeras generaciones. Por otra parte, esta cohorte parte con una ventaja que no tienen las anteriores, y es un relajo en la intensidad inductora de la escuela franquista. La quinta cohorte entra en la escuela primaria a partir de 1971, que es cuando sus miembros de más edad cumplen 6 años. Pues bien, en 1970 se promulga la Ley General de Educación, la cual incorporó amplias reformas liberalizadoras que pueden entenderse como una preparación para un posible cambio de régimen⁶⁷.

Finalmente, nos encontramos con la última cohorte, en la que de nuevo hemos de tener en cuenta un efecto negativo del ciclo vital de la juventud sobre la propensión a implicarse, además del efecto del contexto sobre sus años impresionables. Dicho período transcurre para esta cohorte en plena normalidad democrática. Esta generación no ha conocido más régimen político que la actual democracia, gozando de una estabilidad y previsibilidad sin precedentes en la formación de gobiernos y en sus resultados. De acuerdo a la literatura, la participación política continuada y normalizada incentiva el sentimiento de competencia de los ciudadanos (Finkel 1987). Sin embargo, en esta tesis

⁶⁷ A este respecto, el artículo primero de esta ley atribuía a la educación, aunque siempre de acuerdo con los principios del Movimiento Nacional, la preparación para "el ejercicio responsable de la libertad y el fomento del espíritu de convivencia" (Mayordomo 2000: 73).

defiendo que la existencia de un cierto conflicto político ayuda a que los temas públicos sean visibles y la gente se oriente hacia ellos con interés, siempre que no genere un marco de incentivos que haga demasiado costoso implicarse en política. En este sentido, el grado de conflicto político y de movilización política de este período es menor que en las últimas fases del régimen y primeros momentos de la Transición. Por tanto, los posibles efectos positivos del contexto de la normalidad democrática sobre la implicación política (repetición periódica de elecciones) quedarían mitigados por la juventud de los miembros de esta cohorte, por lo que su tendencia a implicarse será menor que la de las cohortes previas.

Resumiendo la lógica del efecto cohorte, una generación política surge cuando un grupo de gente en una edad especialmente impresionable vive un suceso o período político que produce una crisis en la opinión pública (Bartels 2001). Aunque en el capítulo 7 los efectos del contexto se analizarán más detalladamente, podemos adelantar que algunos episodios ocurridos en el ciclo temporal que estudia esta tesis podrían haber afectado a los niveles de implicación política de todas las cohortes, e incluso haber ocasionado la aparición de una séptima cohorte.

Por ejemplo, los casos de corrupción política de las últimas legislaturas del Partido Socialista podrían haber perjudicado la percepción de la política por parte de los ciudadanos que alcanzaron la mayoría de edad alrededor de estas fechas. Por otra parte, la victoria de la derecha española en 1996 constituye un hito de “normalidad” porque supuso el retorno de los valores conservadores al gobierno, esta vez de manera democrática. Sin embargo, las diversas decisiones conflictivas y no negociadas que tomó el Partido Popular en su segunda legislatura -alcanzada por mayoría absoluta- pudieron haber afectado a la percepción de la política que tienen los ciudadanos. Por último, el inesperado cambio de gobierno que se produjo como consecuencia de los resultados de las elecciones generales de 2004 también es un ejemplo de control de los políticos por parte de los ciudadanos que muy bien puede haber mejorado la percepción de sí mismos y su confianza en el funcionamiento de las instituciones democráticas. Este último es un suceso aún demasiado cercano en el tiempo como para evaluar su impacto generacional; aunque me atrevo a adelantar que estas elecciones y las circunstancias en las que se llevaron a cabo constituyen un punto de inflexión con posibilidades incluso de generar una octava cohorte, que se encontraría actualmente en proceso de formación. En definitiva, en este capítulo sólo se considerará la existencia de seis cohortes, pero en el capítulo dedicado a los efectos del contexto político la sexta cohorte se dividirá en dos. Los individuos nacidos a partir de 1978, y que cumplen la mayoría de edad entre 1996 y el año 2006 formarán parte de esta séptima cohorte. El escepticismo político consecuencia de la corrupción de los últimos gobiernos socialistas y la segunda legislatura del Partido Popular, unidos a la juventud de estos individuos, marcarán a esta cohorte como una de las menos implicadas con la política.

En el siguiente apartado comprobaremos los niveles de implicación política subjetiva de estas seis cohortes a través de un análisis bivariado. A partir del mismo someteremos a prueba empírica las expectativas que se han planteado en este apartado para cada una de las seis cohortes y que se sintetizan en la tabla 5.2. En resumen, y tal y como esta tabla indica, se espera que las cohortes 1ª, 2ª y 6ª presenten los niveles más bajos de implicación subjetiva con la política, y ello por el doble efecto del ciclo vital y del contexto político en el que crecieron estos ciudadanos. Entre estos efectos,

destacan la alienación frente a la política en la cohorte de la Guerra Civil, el individualismo y temor hacia lo público fruto del período autárquico, y la ausencia de una coyuntura política crítica capaz de generar atención hacia la política en la etapa conocida como Consolidación Democrática⁶⁸.

En contraste, las cohortes 3^a, 4^a y 5^a presentarán los niveles agregados más altos de implicación con la política como reflejo del efecto positivo del ciclo vital y del contexto político. En efecto, por un lado el grado de integración social que presentan los ciudadanos de mediana edad es superior al de los jóvenes o al de los ancianos. Por otro, los años impresionables de la 4^a cohorte transcurren en un contexto de bonanza económica –común también a la 3^a cohorte- que se traduce en un mayor compromiso con lo público. Además, la 4^a cohorte es la “protagonista política” de la Transición, por lo que el cambiante contexto político que acompañó sus años impresionables y un elevado grado de movilización política habrían incentivado su implicación política de forma permanente. Este efecto, aunque mitigado por un menor grado de movilización social y política y por la juventud de sus protagonistas, también será común a la 5^a cohorte.

⁶⁸ En este último caso, sin embargo, el desarrollo continuado e ininterrumpido de los procesos democráticos habrá reducido entre los miembros de la cohorte más joven los costes de implicarse en política y mejorado la percepción que tienen los ciudadanos de su rol público.

Tabla 5.2. Resumen de los efectos esperados del contexto y el ciclo vital sobre las cohortes españolas.

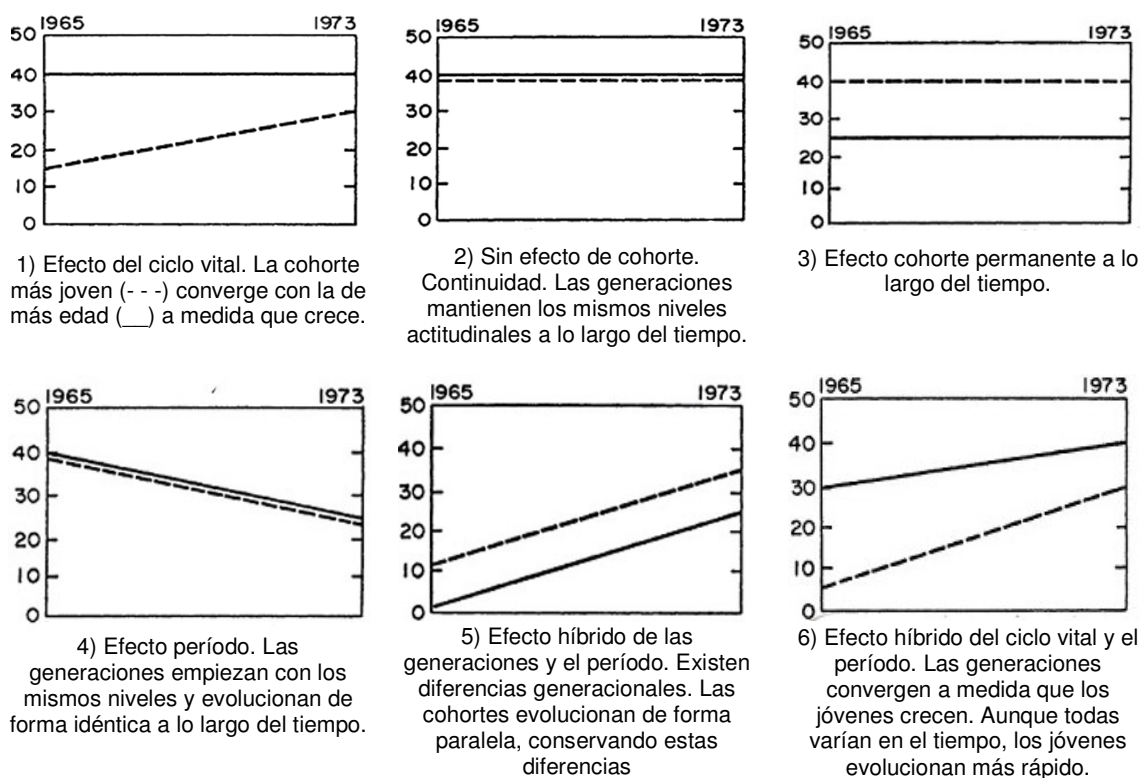
<i>Cohorte</i>	<i>Efectos del contexto en los años impresionables</i>	<i>Efectos del ciclo vital (1985-2006)</i>
1ª	Negativo: Valoración positiva de la paz y rechazo de la conflictividad y las posturas políticas muy definidas como consecuencia del trauma de la Guerra Civil. Tras ésta, los miembros de esta cohorte no habrían desarrollado preferencias políticas intensas ni actitudes comprometidas para protegerse de la represión franquista.	Negativo: Los ancianos presentan una mayor propensión a la alienación política.
2ª	Negativo: Falta de referentes políticos distintos al franquismo. Persecución del disenso. Fomento de la alienación política. Las difíciles condiciones económicas de la posguerra forjarán una generación materialista, poco inclinada a lo público y al idealismo.	Negativo: Los ancianos presentan una mayor propensión a la alienación política.
3ª	Positivo. Es la primera generación que vive bajo unas prósperas condiciones económicas, por lo que serán los primeros españoles que desarrollen un cierto nivel de compromiso con lo público. Negativo: Intensa socialización primaria formal (escuela) en los principios del movimiento y en la norma de no implicarse en política.	Positivo: Los ciudadanos de mediana edad son los más propensos a implicarse en política. Sin embargo, gran parte de los miembros de esta cohorte cumplen los sesenta años a finales de los años 90 y durante la década de los 2000, por lo que este efecto positivo dejaría de notarse a partir de ese momento
4ª	Positivo: Al efecto “implicador” de la bonanza económica ya descrito para la cohorte anterior hemos de sumar que esta cohorte es la “protagonista política” de la Transición, al coincidir las primeras citas electorales democráticas – excepcionales por su grado de participación y por el hecho de ser inaugurales- con su mayoría de edad legal. El contexto político de cambio y movilización habría impulsado su sentimiento de eficacia y compromiso con la política.	Positivo: Los ciudadanos de mediana edad son los más propensos a implicarse en política.
5ª	Positivo: Grado de movilización política algo menor que en los primeros años de la Transición aunque mayor que durante el Franquismo o los años de Consolidación Democrática. Positivo: Es la primera generación cuya socialización primaria formal puede ser considerada “cívica” a partir de 1970. O, por lo menos, no políticamente alienante.	Negativo: Los ciudadanos más jóvenes, como los ancianos, son propensos a la alienación política. Sin embargo, los ciudadanos de esta cohorte cumplen los 30 años a mediados de los 90. Por tanto, a partir de ese momento el efecto del ciclo vital será positivo, al ingresar en el grupo de mediana edad
6ª	Neutro: Excepto por algunos episodios capaces de generar un efecto período, la normalidad democrática no habría comprometido especialmente a los jóvenes que se hicieron mayores de edad en esta etapa, aunque su sentimiento de eficacia sería mayor que el de las cohortes de más edad debido a la práctica electoral continuada y normalizada.	Negativo: Los ciudadanos más jóvenes, como los ancianos, son propensos a la alienación política. Sin embargo, a lo largo de la primera década del siglo XXI estos jóvenes ingresarán en el grupo de mediana edad, por lo que este efecto negativo se atenuará.

Fuente: elaboración propia a partir de la discusión desarrollada en el apartado 5.2. del presente capítulo.

5.3. Un análisis por cohortes de la implicación política subjetiva de los españoles:

El objetivo de este epígrafe es analizar si la cohorte de pertenencia se relaciona con la evolución de los indicadores de implicación política y, por tanto, es capaz de explicar las variaciones en los niveles agregados de implicación política subjetiva. Para ello, prestaremos atención a los porcentajes de personas interesadas, eficaces y, finalmente, implicadas psicológicamente con la política a lo largo de un período de más de veinte años (1985- 2006)⁶⁹. De acuerdo con la metodología de los análisis de cohortes, la evolución de estos porcentajes nos permitirá observar pautas de continuidad y cambio relativos a los efectos del ciclo vital, de las cohortes y del período. En la figura 5.1 se reproducen los esquemas que desarrollan Jennings y Niemi (1975) y que permiten detectar dichas pautas. Las mismas presentan los distintos escenarios que podemos encontrar en el análisis longitudinal de la evolución de una determinada actitud política.

Figura 5.1. Modelos de continuidad y cambio en las cohortes y el ciclo vital.



Fuente: elaboración propia a partir de Jennings y Niemi (1975) Pág. 1318. Cada gráfico indica la proporción en que encontramos ciudadanos con determinado rasgo actitudinal en dos cohortes. La de más edad se representa con una línea continua, y la más joven con una línea discontinua.

⁶⁹ En estos análisis se ha excluido el año 1999. El motivo es que en este año el indicador de interés por la política es dicotómico tras recodificarlo, mientras que el de eficacia política interna tiene cuatro categorías. Esto no ha supuesto un impedimento para calcular el factor de implicación política subjetiva y someterlo a distintos análisis en el capítulo anterior. Sin embargo, las características de estas variables provocan resultados poco coherentes a la hora de calcular la proporción de ciudadanos que se sienten eficaces y manifiestan mucho o bastante interés en cada cohorte, especialmente al utilizar esta proporción como variable dependiente. En el capítulo 7 se ha recuperado este dato debido al escaso número de observaciones a nivel agregado del que se disponía. Como este capítulo no adolecía del mismo problema, se ha preferido prescindir de los datos obtenidos este año.

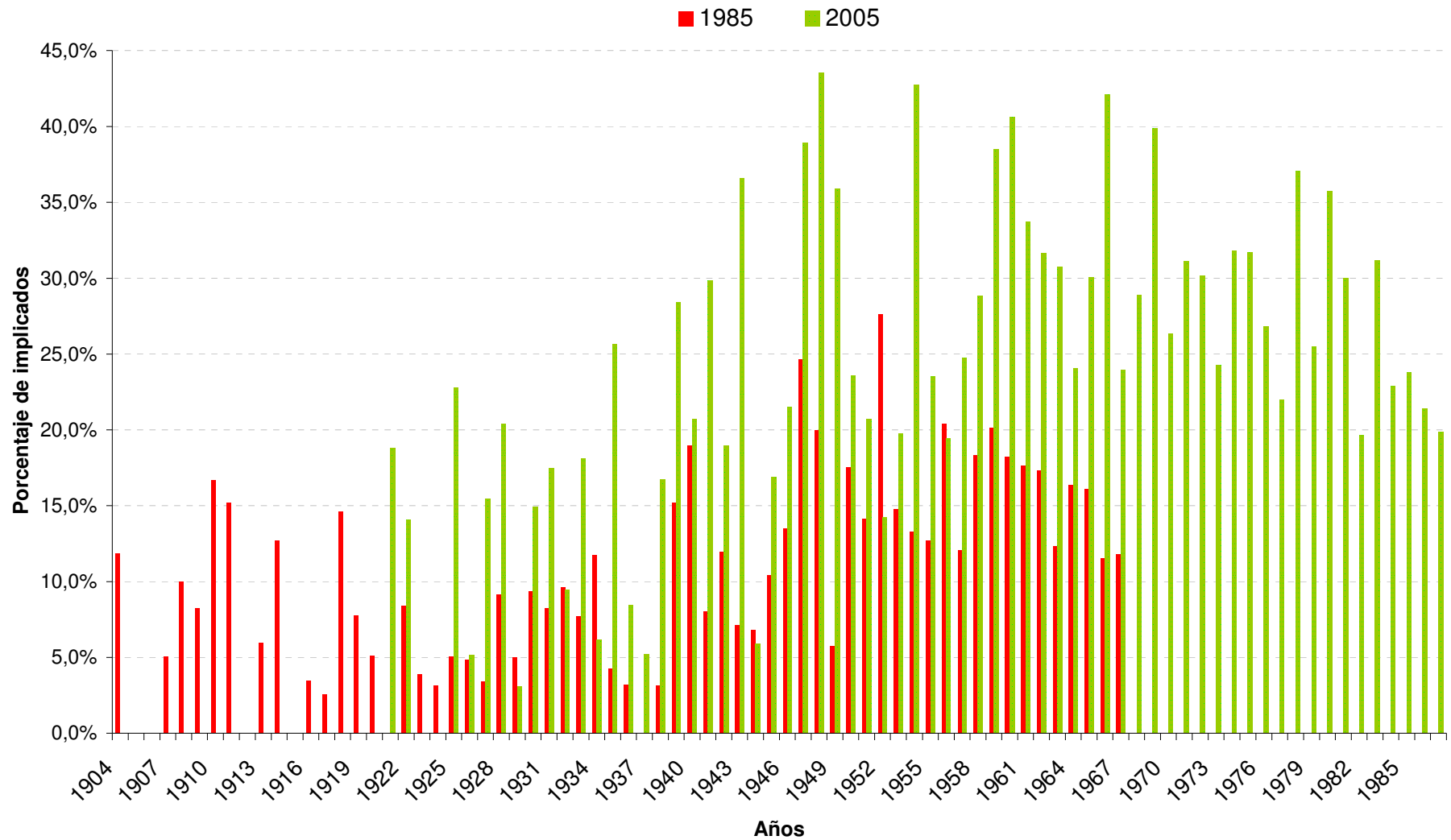
Para llevar a cabo el análisis por cohortes iremos por pasos. En primer lugar, observaremos las variaciones en la propensión de los españoles a implicarse en función de su año de nacimiento y únicamente en el primer y penúltimo año del período que analiza esta tesis, para observar la evolución de estas actitudes a lo largo de veinte años. La figura 5.2 recoge el porcentaje de españoles implicados en 1985 y 2005 en función de su año de nacimiento. La primera cuestión a resaltar es que la proporción de personas implicadas es mayor en 2005 que en 1985, independientemente del año de nacimiento.

En segundo lugar, las personas de mediana edad (aproximadamente entre los 30 y los 50 años) presentan en este gráfico una mayor propensión a implicarse con la política. Sin embargo, esta tendencia es mucho más marcada en el año 2005, como ya adelantamos en el capítulo anterior. El motivo es que en 1985 los más jóvenes presentan una propensión a implicarse similar a las personas de mediana edad. Los jóvenes de 2005 están aún más implicados que los de 1985, pero mucho menos de lo que lo están las personas que tenían en ese momento cerca de 40 años. Como se explicó en el capítulo anterior; la relación entre el ciclo vital y la implicación política no sigue la tendencia cuadrática que la teoría predice hasta finales de los años 90. Mediante este gráfico constatamos, de nuevo, esta evidencia.

El tercer y último aspecto que destacaremos es un efecto cohorte que se puede apreciar en que las personas nacidas en determinados períodos históricos son las que presentan una mayor o menor propensión a implicarse políticamente. Así, en 1985 los menos propensos a implicarse son los nacidos en los años 20 y 30; que son también los menos implicados en 2005. Por el contrario, los que presentan una mayor propensión a implicarse en 1985 son los nacidos a finales de los años 40 y durante los años 60. En el año 2005 esta distribución sigue siendo parecida, aunque los nacidos en estas fechas están aún más implicados de lo que lo estaban en 1985, junto a los nacidos a principios de los 80.

Ahora bien, esta primera inspección visual es muy general. ¿Cuántos ciudadanos pertenecen a cada cohorte? La información sobre las características de cada cohorte según la evidencia de las encuestas que aquí se maneja se resume en la tabla 5.3. De acuerdo a la misma, la 6ª Cohorte no tiene miembros en 1985 porque los nacidos posteriormente a 1968 aún no han cumplido 18 años y, por tanto, no forman parte de las muestras de los estudios de opinión pública y cultura política del CIS. Vemos que esta cohorte crece a lo largo de los años hasta ser la más numerosa a partir de 1996 y representar hasta un 40,4% del total de la muestra. Esto, unido al hecho de que la cohorte de más edad disminuye hasta representar un 1,6 % de la muestra en 2006, plantea algunas dudas respecto a la representatividad de la muestra de estas dos cohortes. En principio, el procedimiento de muestreo seguido habitualmente por el CIS (ver capítulo 2) incluye cuotas de sexo y edad, por lo que el riesgo de falta de representatividad es bajo.

Figura 5.2. Porcentaje de españoles implicados (muy/bastante interesados y eficaces) en función de su año de nacimiento.



Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985) y 2620 (2005).

Aún así se ha realizado una comprobación adicional. En concreto, la tabla 5.4 reproduce el porcentaje de la población real española que pertenece a estas dos cohortes entre 2002 y 2006 a partir de datos reales de población obtenidos del INE. Se ha elegido este período porque se trata de los años en que es mayor el porcentaje de personas perteneciente a la sexta cohorte y menor el de personas pertenecientes a la primera, respectivamente. De acuerdo a estos datos objetivos, los nacidos antes de 1922 representaban un 4% de la población española en 2002, mientras que en la encuesta del CIS utilizada para ese año representaban un 3% (CIS 2450), lo que quiere decir que ese año están ligeramente infrarepresentados. Lo mismo ocurre en 2003 y 2005, pero no así en el año 2006, en que el porcentaje de personas de esta edad entrevistados en el estudio CIS 2632 y el de personas que pertenecen a esta franja de edad en la población española es bastante similar.

En definitiva, podemos concluir que la diferencia entre el porcentaje real que representa esta cohorte en la población española y su representación en la muestra es poco relevante; por lo que es posible inferir a esta población los resultados del análisis. Sin embargo, la baja frecuencia con que encontramos esta categoría a partir de 2002 implica que es probable que tengamos problemas de eficiencia estadística; en el sentido de que los resultados de algunos análisis pueden no ser significativos para esta cohorte porque apenas cuenta con observaciones. En cuanto a la cohorte más joven, vemos que en la población real española los nacidos después de 1968 suponen alrededor de un 30% de los españoles entre 2002 y 2005. En las encuestas, por tanto, los encontramos sobrerrepresentados en un 5% aproximadamente; lo que no supone problemas de eficiencia estadística ni de inferencia. Pasemos, por tanto, a describir nuestra variable dependiente en función de las cohortes.

Tabla 5. 3. Frecuencias y porcentajes sobre el total de la muestra de cada cohorte. España 1985-2005.

cohorte	1985		1989		1991		1996		2002		2003		2004		2005		2006	
	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%
<i>cohorte 1ª</i> (antes de 1922)	441	17,6	416	12,4	241	9,8	158	6,3	123	2,9	76	3,1	58	2,3	59	1,9	52	1,6
<i>cohorte 2ª</i> (1923-1937)	577	23	784	23,4	502	20,3	534	21,4	759	17,8	411	16,6	389	15,6	443	14,6	446	14
<i>cohorte 3ª</i> (1938-1952)	705	28,1	820	24,4	654	26,5	533	21,4	855	20,1	476	19,2	499	20	589	19,4	600	18,8
<i>cohorte 4ª</i> (1953-1962)	490	19,6	597	17,8	484	19,6	427	17,1	692	16,3	420	17	398	15,9	485	16	517	16,2
<i>cohorte 5ª</i> (1963-1967)	282	11,3	410	12,2	281	11,4	261	10,5	378	8,9	223	9	221	8,9	288	9,5	287	9
<i>cohorte 6ª</i> (1968 en adelante)	--	--	323	9,6	307	12,4	581	23,3	1435	33,8	867	35,1	916	36,7	1169	38,5	1291	40,4

Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005) y 2632 (2006)

Tabla 5. 4. Proporción respecto de la población real española que representan las cohortes 1ª y 6ª .

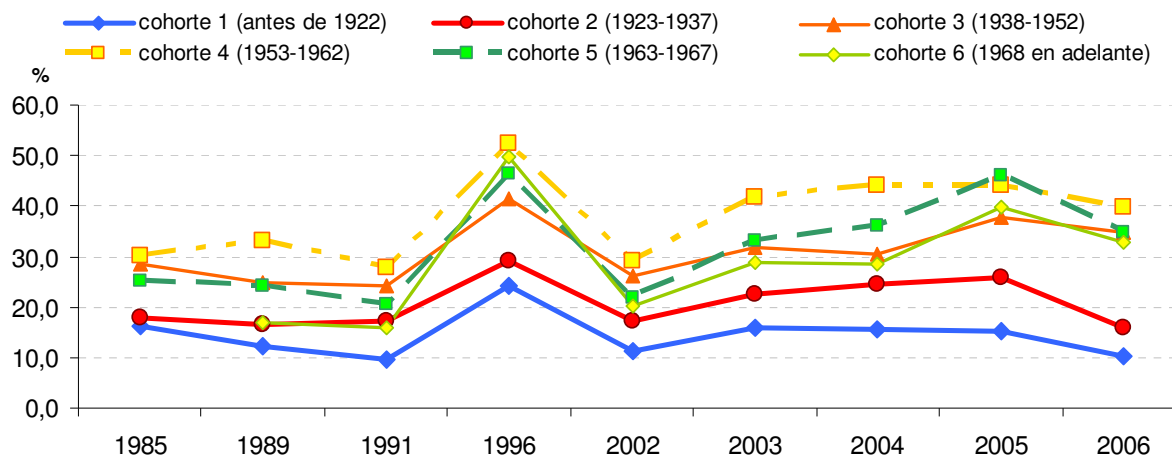
	Cohorte 1 (nacidos antes de 1922)		Cohorte 6 (nacidos después de 1967)	
	<i>N</i>	<i>% población</i>	<i>N</i>	<i>% población</i>
2002	1.683.041	4,0	11.459.696	27,4
2003	1.504.663	3,5	12.332.486	28,9
2004	1.329.808	3,1	13.050.568	30,2
2005	1.179.546	2,7	13.943.716	31,6
2006	851.624	1,9	14.687.988	32,8

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de revisión del padrón municipal del INE (www.ine.es)

Las figuras 5.3 y 5.4 muestran la proporción de personas muy o bastante interesadas por la política y eficaces respectivamente. En el primer gráfico se observa que entre 1985 y 1991 todas las cohortes siguen una suave tendencia decreciente en su proporción de personas interesadas. También detectamos que en 1996 todas las generaciones aumentan su propensión a interesarse, de manera que las cohortes 4ª y 5ª llegan a tener más de la mitad de sus miembros interesados en política. En el año 2002, en todas disminuye el porcentaje de interesados para volver a aumentar en 2003 y disminuir en 2006. Esto es coherente con las previsiones realizadas sobre el efecto del contexto político en el la propensión de los ciudadanos a interesarse por la política.

En cuanto a la posibilidad de que exista una cohorte con un especial interés en la política en España, vemos que la 4ª cohorte es la que presenta una mayor proporción de personas interesadas todos los años excepto en 2005. Por otra parte, la tercera cohorte fue la segunda más interesada en 1985, 1989, 1991 y 2002. Entre las cohortes en que encontramos un porcentaje menor de españoles interesados por la política están la primera, la segunda y la sexta; esto es, las dos más ancianas y la más joven. Esta evidencia podría estar manifestando el efecto cuadrático de la edad sobre el interés por la política, ya descrito en el capítulo anterior. En el mismo sentido, observamos que los más jóvenes (cohortes 5ª y 6ª) se interesan progresivamente por la política desde 2002, de manera que en la sexta cohorte en 2005 encontramos la tercera mayor proporción de personas interesadas. No obstante, esta tendencia parece invertirse en 2006, en que la proporción de interesados en política se reduce para todas las cohortes, aunque de forma más moderada para la 3ª y 4ª. Asimismo, la cohorte de más edad sigue una tendencia a la baja en cuanto a su proporción de personas interesadas entre 1985 y 1991, aunque acusa un efecto positivo del período en 1996 seguido de una etapa de estabilidad. Sin embargo, no parece existir este mismo efecto negativo de la edad entre los miembros de la segunda cohorte, que incluso habrían visto aumentar, aunque levemente, la proporción de sus miembros interesados por la política entre 2002 y 2005.

Figura 5.3. Porcentaje de españoles interesados por la política por Cohortes.



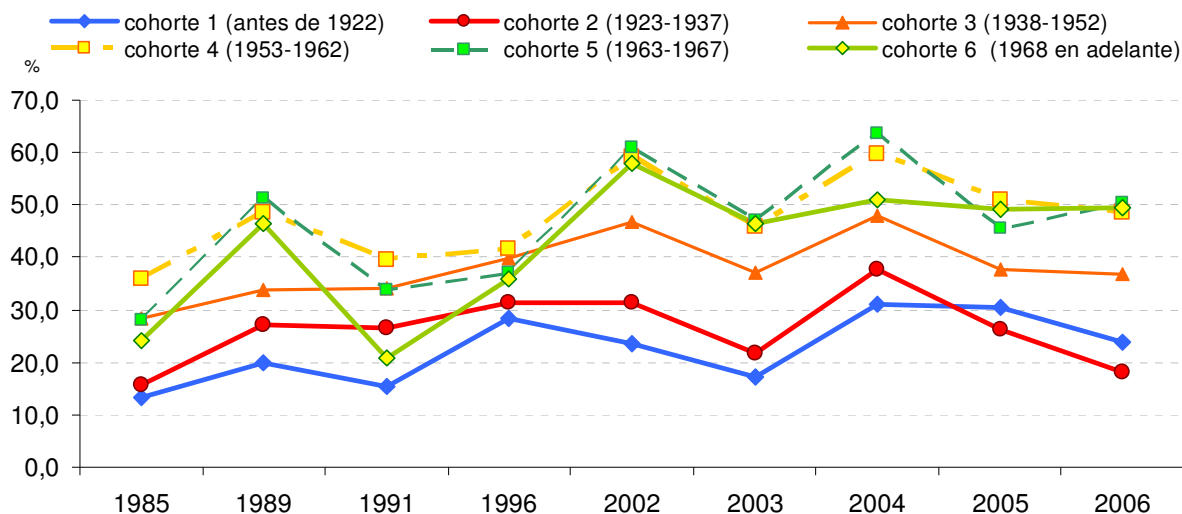
Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005) y 2632 (2006)

Por lo que se refiere a la eficacia política, los resultados presentados en la figura 5.4 son bastante parecidos a los recién comentados, ya que son las cohortes 4^a y 5^a las que presentan a lo largo del período analizado un porcentaje más elevado de personas que se sienten políticamente competentes. Más del 60% de los miembros de la quinta cohorte declaran sentirse eficaces en 2002 y 2004, seguidos muy de cerca por los pertenecientes a la cuarta cohorte. En cambio, los porcentajes más bajos de personas eficaces los encontramos en la primera cohorte, que empieza la serie en 1985 con poco más del 10% de personas eficaces y la finaliza en 2006 con un 23,7%. En las cohortes 1^a, 2^a y 3^a apreciamos una tendencia creciente entre 1985 y 2002 que se puede atribuir a la acumulación de experiencia y práctica democráticas. Las cohortes más jóvenes son también más irregulares y sensibles a efectos del período en la medida en que su proporción de personas eficaces aumenta en 1989, 1996, 2003, 2004 y 2006, y disminuye en 1991, 2002 y 2005.

En cuanto al efecto del período, podemos apuntar que éste es más intenso en 1996, puesto que es cuando parecen existir menos diferencias entre cohortes. El contexto político de ese año, que caracterizaremos en el capítulo 7, eleva y equipara los niveles de competencia política de los españoles. También es destacable que en 2002 se produce un aumento importante del porcentaje de personas eficaces en las cuatro cohortes más jóvenes, mientras que en las dos de más edad observamos una disminución. Recordemos que en 2002 se celebraron numerosas y multitudinarias manifestaciones de protesta por algunas decisiones conflictivas tomadas por el partido en el gobierno (Partido Popular) como, por ejemplo, la gestión del desastre del Prestige (Álvarez y García 2003). Sabemos que los jóvenes son el grupo de edad más propenso a practicar actividades de protesta (Caínzos 2006, Ferrer 2006), y que algunas de las medidas tomadas por el gobierno afectaban directamente a los jóvenes, como la aprobación de la Ley Orgánica de Universidades. Supondremos, por tanto, que los jóvenes superaron en parte este contexto adverso a la implicación política porque su sentimiento de competencia mejoró a partir de su participación masiva en actos de protesta contra el

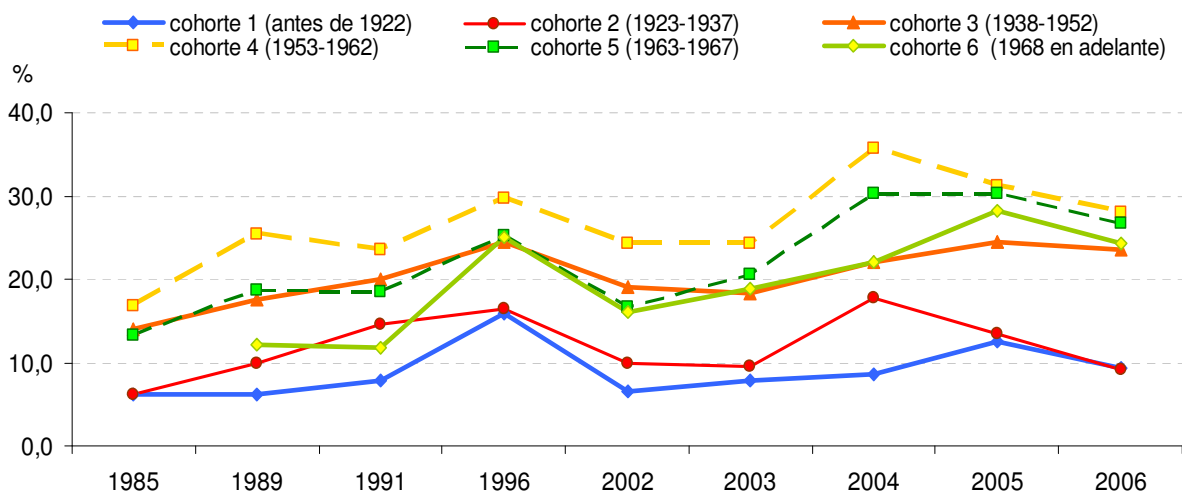
gobierno del Partido Popular. Finalmente, en 2004 se produce un aumento importante de la proporción de personas eficaces en todas las cohortes que comienza a disminuir ligeramente a partir de 2005.

Figura 5.4. Porcentaje de españoles que se sienten eficaces por cohortes.



Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004) y 2620 (2005).

Figura 5.5. Porcentaje de españoles implicados subjetivamente con la política por cohortes.



Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005) y 2632 (2006)

Para concluir con este análisis, la figura 5.5 muestra el porcentaje de personas implicadas – eficaces y muy o bastante interesadas por la política- por cohortes. En primer lugar, podemos destacar un efecto de la edad en el hecho de que las tres cohortes de más edad y las tres más jóvenes se parecen más entre ellas. El efecto del ciclo vital se aprecia en el hecho de que las dos cohortes mayores y la más joven son las que presentan una menor proporción de implicados casi todos los años. Sin embargo, la evolución de las cohortes de más edad no indica que tiendan a desentenderse de la política a medida que pasan los años; por el contrario, y dentro de sus bajos niveles de

implicación debidos a los efectos de la edad y la cohorte, se muestran sensibles a los efectos de los años 1996, 2002 y 2004. La proporción de personas implicadas crece en las tres cohortes de más edad -especialmente en la 3ª- entre 1985 y 1996, mientras que entre las tres cohortes más jóvenes esa proporción fluctúa a lo largo del tiempo. Las cohortes con una mayor proporción de personas implicadas psicológicamente con la política son -por este orden- la cuarta, la quinta y la tercera, tal y como sugerían las expectativas teóricas formuladas al inicio de este capítulo.

La tabla 5.5 muestra la misma información de forma más detallada, además del promedio de personas implicadas a lo largo del período analizado. Como el lector comprobará en las siguientes páginas, de esta matriz de datos se obtendrá la información para los análisis bivariados y multivariados efectuados al término de este capítulo. En la misma se aprecia que son las cohortes 4ª y 5ª las que presentan un promedio más elevado de personas eficaces e interesadas en el período aquí estudiado, seguidas de las cohortes 3ª y 6ª. Por lo que se refiere a los efectos del período, parte de la evidencia ya referida al analizar el porcentaje de personas interesadas o eficaces se repite. Así, en 1996 el porcentaje de implicados aumenta en todas las cohortes, aunque con menor intensidad en la primera y la sexta. También entre 1985 y 1989 observamos un aumento en la proporción de personas implicadas en la mayoría de cohortes, excepto en la mayor y en la más joven. Probablemente esto se deba a la celebración de elecciones en este año; aunque los rasgos poco excepcionales de las mismas impidieron un genuino efecto período.

La proporción de personas implicadas disminuye de forma generalizada en el año 2002, lo que podría interpretarse como una vuelta a la normalidad después del aumento experimentado en 1996. Sin embargo, el hecho de que todas las cohortes -excepto la 4ª y la 6ª- cuenten con una menor proporción de implicados en 2002 que en 1991 descarta esta posibilidad y sugiere un efecto negativo del período cuyos mecanismos causales detallaremos en el capítulo 7, aunque serían los mismos que los aducidos al hablar de la posible génesis de una 7ª cohorte. El último efecto destacable del período se produce en 2004, en que todas las cohortes aumentan su porcentaje de ciudadanos implicados, especialmente las cohortes 2ª, 4ª y 5ª. En definitiva, la evidencia de la tabla 5.5 sugiere que las convocatorias electorales caracterizadas por una elevada competitividad (en 1996 y 2004) incentivan la implicación política de la ciudadanía, tal y como la teoría de la democracia representativa predice.

Tabla 5.5. Evolución del porcentaje de españoles implicados por cohortes (1985-2005)

Cohorte	1985	1989	1991	1996	2002	2003	2004	2005	2006	Promedio 1985-2005
<i>cohorte 1)</i>	6,1	6,2	7,9	15,8	6,5	7,9	8,6	12,5	9,3	9,0
<i>cohorte 2</i>	6,2	9,9	14,5	16,5	10,1	9,5	17,7	13,4	9,2	11,9
<i>cohorte 3</i>	13,9	17,5	20,0	24,6	18,9	18,3	22	24,4	23,6	20,4
<i>cohorte 4</i>	16,8	25,4	23,6	29,7	24,3	24,3	35,7	31,1	28	26,5
<i>cohorte 5</i>	13,2	18,7	18,5	25,3	16,6	20,6	30,3	30,3	26,6	22,2
<i>cohorte 6</i>	-	12,1	11,7	25,0	16,7	18,9	24	28,3	24,3	20,1

Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004) , 2620 (2005) y 2632 (2006)

Se ha mostrado a través del análisis exploratorio previo que existen diferencias en los niveles de implicación política de la ciudadanía entre cohortes y a lo largo del período analizado aquí. Para saber si estas diferencias son estadísticamente significativas entre cada par de cohortes, se han realizado análisis de la varianza del factor de implicación política y pruebas post-hoc de Bonferroni cuyos resultados se resumen en la tabla 5.6⁷⁰.

Tabla 5.6. Diferencias en las medias del factor de implicación política subjetiva entre cohortes.

Cohorte	Resto de cohortes	Diferencia medias 1985	Diferencia medias 1989	Diferencia medias 1991	Diferencia medias 1996	Diferencia medias 2002	Diferencia medias 2003	Diferencia medias 2004	Diferencia medias 2005	Diferencia medias 2006
1 ^a	2 ^a	-0,13	-0,21**	-0,29**	-0,18	-0,21	-0,14	-0,32	-0,11	0,07
	3 ^a	-0,46**	-0,44**	-0,55**	-0,44**	-0,56**	-0,50**	-0,58**	-0,40*	-0,48*
	4 ^a	-0,64**	-0,76**	-0,70**	-0,60**	-0,77**	-0,79**	-0,89**	-0,65**	-0,67**
	5 ^a	-0,43**	-0,69**	-0,57**	-0,49**	-0,69**	-0,65**	-0,91**	-0,60**	-0,65**
	6 ^a	--	-0,51**	-0,29**	-0,52**	-0,65**	-0,62**	-0,64**	-0,58**	-0,63**
2 ^a	1 ^a	0,13	0,21**	0,29**	0,18	0,21	0,14	0,32	0,11	-0,75
	3 ^a	-0,33**	-0,23**	-0,26**	-0,26**	-0,35**	-0,36**	-0,26**	-0,29**	-0,55**
	4 ^a	-0,51**	-0,55**	-0,40**	-0,42**	-0,57**	-0,64**	-0,57**	-0,55**	-0,74**
	5 ^a	-0,30**	-0,48**	-0,28**	-0,31**	-0,49**	-0,51**	-0,58**	-0,50**	-0,73**
	6 ^a	--	-0,30**	0,00	-0,34**	-0,44**	-0,48**	-0,31**	-0,48**	-0,70**
3 ^a	1 ^a	0,46**	0,44**	0,55**	0,44**	0,56**	0,50**	0,58**	0,40*	0,48*
	2 ^a	0,33**	0,23**	0,26**	0,26**	0,35**	0,36**	0,26**	0,29**	0,55**
	4 ^a	-0,18*	-0,32**	-0,15	-0,16	-0,22**	-0,28**	-0,31**	-0,26**	-0,18*
	5 ^a	0,03	-0,26**	-0,03	-0,05	-0,14	-0,15	-0,32**	-0,21	-0,17
	6 ^a	--	-0,07	0,26**	-0,08	-0,09	-0,12	-0,05	-0,19**	-0,15*
4 ^a	1 ^a	0,64**	0,76**	0,70**	0,60**	0,77**	0,79**	0,89**	0,65**	0,66**
	2 ^a	0,51**	0,55**	0,40**	0,42**	0,57**	0,64**	0,57**	0,55**	0,74**
	3 ^a	0,18*	0,32**	0,15	0,16	0,22**	0,28	0,31**	0,26**	0,18*
	5 ^a	0,21*	0,06	0,12	0,11	0,08	0,14	-0,02	0,05	0,01
	6 ^a	--	0,25**	0,41**	0,07	0,13	0,16	0,25**	0,07	0,04
5 ^a	1 ^a	0,43**	0,69**	0,57**	0,49**	0,69**	0,65**	0,91**	0,60**	0,65**
	2 ^a	0,30**	0,48**	0,28**	0,31**	0,49**	0,51**	0,58**	0,50**	0,73**
	3 ^a	-0,03	0,26**	0,03	0,05	0,14	0,15	0,32**	0,21	0,17
	4 ^a	-0,21*	-0,06	-0,12	-0,11	-0,08	-0,14	0,02	-0,05	-0,01
	6 ^a	--	0,19	0,29**	-0,03	0,05	0,03	0,27**	0,02	0,02
6 ^a	1 ^a	--	0,51**	0,29**	0,52**	0,65**	0,62**	0,64**	0,58**	0,63**
	2 ^a	--	0,30**	0,00	0,34**	0,44**	0,48**	0,31**	0,48**	0,70**
	3 ^a	--	0,07	-0,26**	0,08	0,09	0,12	0,05	0,19**	0,15*
	4 ^a	--	-0,25**	-0,41**	-0,07	-0,13	-0,16	-0,25**	-0,07	-0,04
	5 ^a	--	-0,19	-0,29**	0,03	-0,05	-0,03	-0,27**	-0,02	-0,02

Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005) y 2632 (2006). La significatividad de las diferencias de medias se ha obtenido mediante la prueba post-hoc de Bonferroni. (**)= significativo para un nivel de confianza del 99%. (*)= significativo para un nivel de confianza del 95%.

Los valores de esta tabla indican, en primer lugar, que no todas las cohortes son significativamente diferentes del resto en cuanto a su propensión a implicarse, ni para todos los años. Así, vemos que la primera cohorte –la más anciana- no se diferencia significativamente de la segunda

⁷⁰ Esta prueba compara el valor esperado de la variable dependiente –en este caso, el factor de implicación política subjetiva- para cada par de categorías de una variable independiente –las cohortes, en el caso que aquí nos ocupa- y contrasta la diferencia entre cada par de medias.

cohorte en 1985 ni a partir de 1996⁷¹. Aún así, ambas cohortes son las más “distintas” de entre las seis, ya que presentan diferencias significativas con todas las otras generaciones y para todos los años, salvo en el caso de la 2ª y 6ª cohortes en 1991.

Observamos también que las cohortes 3ª y 4ª siguen un patrón similar en cuanto a las diferencias en las medias de implicación política que presentan respecto a otras cohortes. Estas diferencias son casi siempre positivas, ya que se trata de dos de las cohortes más implicadas, y son significativas y especialmente importantes si las comparamos con las cohortes de más edad. Sin embargo, las diferencias entre la tercera y la sexta cohorte empiezan a ser significativas y negativas a partir de 2005. Esto significa que la cohorte más joven está superando a la cohorte del aperturismo económico en su propensión a implicarse, probablemente por un efecto del ciclo vital. Mientras que la tercera cohorte está entrando en la tercera edad, gran parte de esta cohorte más joven –y que ya hemos señalado que agrupa un rango de años tal vez demasiado amplio- ha ingresado ya en la mediana edad. En el mismo sentido, y como ocurría con las cohortes 1ª y 2ª a medida que pasaba el tiempo, las diferencias entre las cohortes 4ª y 5ª tienden a neutralizarse con los años. Lo mismo se puede decir de las cohortes 5ª y 6ª a partir de 2004.

Por su parte, en 1996 las diferencias entre cohortes en sus niveles agregados de implicación subjetiva con la política disminuyen de forma sorprendente, lo que apunta a un genuino efecto período, capaz de anular incluso las diferencias generacionales. Por tanto, la evidencia presentada sugiere que existe un efecto cohorte capaz de explicar parte de la variación del fenómeno que nos ocupa, aunque este efecto no es constante para todo el período analizado ni para todas las cohortes. El proceso de envejecimiento de los ciudadanos y la experimentación de acontecimientos políticos en su vida adulta son factores capaces de realinear sus actitudes y atenuar el efecto cohorte.

Hasta aquí el análisis de los niveles de implicación política subjetiva en función de la cohorte de pertenencia. Hemos visto que los niveles agregados de implicación subjetiva con la política son distintos entre cohortes. Tal y como esperábamos de acuerdo a la discusión teórica previa, son las cohortes 4ª y 5ª las más implicadas a lo largo del período analizado aquí, seguidas por la 3ª y la 6ª y, finalmente las dos cohortes de más edad. Ahora bien, las diferencias en el nivel de implicación política entre cohortes no son constantes ni significativas a lo largo del tiempo y la evidencia sugiere un efecto período relevante para los años 1996 y 2004 (en que los niveles de implicación política aumentan para todas las cohortes) y 2002 (en que los mismos disminuyen). En el siguiente epígrafe analizaremos con mayor detalle estos efectos.

5.4. Efectos del período, de la edad y de las cohortes.

En este apartado se comprueba la última hipótesis planteada al inicio de este capítulo. Recordemos que la misma defendía que el efecto de pertenencia a una cohorte se combina con el efecto de algunos períodos en la historia reciente de la democracia española. Dichos efectos serían, en algunos casos, superiores a los de las cohortes, llegando incluso a anular el efecto de pertenencia a

⁷¹ Como se advirtió al inicio del apartado 6.3, esta falta de significatividad puede estar relacionada con la falta de eficiencia estadística que provoca un bajo número de individuos pertenecientes a esta cohorte.

las generaciones políticas. Para someter esta afirmación a prueba empírica, utilizaremos dos estrategias distintas. Ambas trabajan con los datos agregados presentados en el anterior apartado, y tratan de aislar los efectos de las cohortes y el período para cuantificarlos, lo que no resulta sencillo.

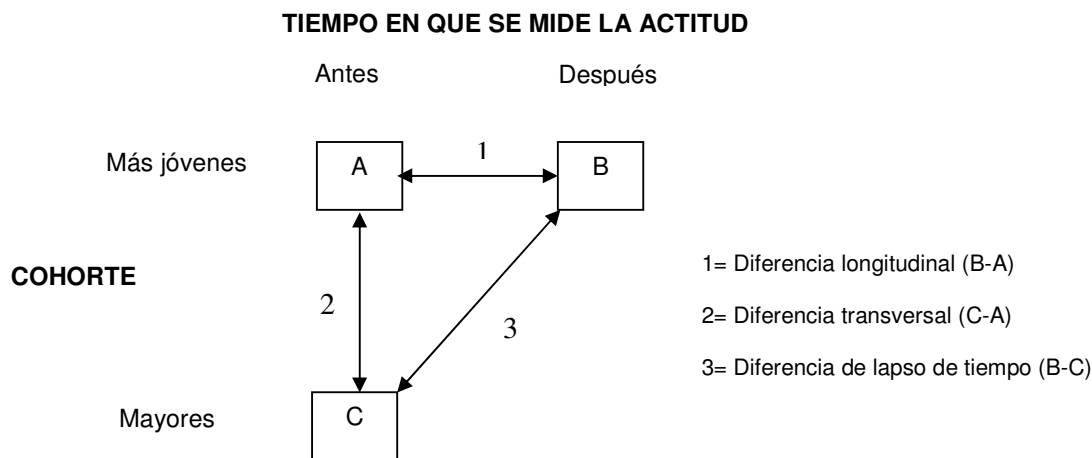
Supongamos por un momento que disponemos de evidencia adecuada para analizar el efecto del ciclo vital, de las cohortes y de los períodos sobre la implicación política. Aún contando con la misma (datos panel), la dificultad para desagregar el efecto de estos tres factores resulta evidente. El motivo es que la edad es el indicador de dos de estos efectos. Esta dificultad se denomina “problema de identificación”, puesto que investigar los efectos de estos tres factores a la vez sobre una actitud política supone establecer una relación lineal exacta entre edad, período y cohorte ($\text{Periodo} = \text{Edad} + \text{Cohorte}$). Desde un punto de vista estadístico, diríamos que tenemos un problema de colinealidad entre estas variables (Bartels 2001)⁷². En el siguiente capítulo se intentará superar este problema con el ánimo de identificar los procesos y agentes propios de una socialización política activa. Pero a nivel agregado también resulta necesario intentar solucionar este problema de identificación. Para ello se reproduce el ejercicio propuesto por Palmore (1978), dado que de entre todas las estrategias analíticas posibles, ésta es la que en mayor medida se adecua al tipo de datos de que disponemos.

Palmore distingue entre diferencias observables, efectos inferibles y causas teóricas del impacto del período, la edad y las cohortes. En cuanto a las causas, resulta imprescindible especificar los efectos esperados de cada una de estas variables. A este respecto, ya hemos esbozado cuáles son las expectativas teóricas acerca de los efectos de las cohortes en los anteriores apartados y hemos aportado evidencia al respecto. La misma sugiere la existencia de un efecto período que resulta en una mayor implicación política de los ciudadanos en los años 1996 y 2004 y en niveles inferiores de implicación en el año 2002.

En cuanto a las diferencias observables, Palmore distingue entre las diferencias longitudinales, que son las que se producen dentro de una misma cohorte y a lo largo del tiempo; las diferencias transversales, que son las que se aparecen entre distintas cohortes en un mismo momento del tiempo; y, finalmente, las diferencias de lapso de tiempo. Estas últimas se producen entre distintas cohortes y distintos momentos del tiempo. De acuerdo a este planteamiento, cada una de estas diferencias se puede descomponer en tres efectos distintos: el del ciclo vital, el del período y el de las cohortes. Los tres factores son abstracciones que no pueden ser observadas directamente pero sí pueden ser inferidas a partir de las diferencias observadas en el material empírico que aquí manejamos, si se dan ciertas condiciones. El esquema de la figura 5.6 resume estas diferencias observables, sus componentes y su cálculo.

⁷² Entre los autores que han afrontado el problema de la identificación desde un punto de vista metodológico, puede consultarse Bartels (2001), quien analiza los determinantes de la identificación partidista en los EEUU.

Figura 5.6. Cálculo de las diferencias observables en los niveles de una actitud política.



Fuente: Palmore (1978). Pág. 284.

Las sencillas fórmulas que permiten el cálculo de estas diferencias son las siguientes:

$$\text{Diferencia longitudinal} = (B-A) = \text{Edad} + \text{Periodo}$$

$$\text{Diferencia transversal} = (C-A) = \text{Edad} + \text{Cohorte}$$

$$\text{Diferencia de lapso de tiempo} = (B-C) = \text{Período} - \text{Cohorte}.$$

El cálculo de estos efectos es más sencillo cuando fijamos en el valor cero el efecto de uno de los factores relevantes; es decir, cuando se asume que la edad, el período o la cohorte no tienen efecto. De esta manera evitamos el problema de la identificación, ya explicado al inicio de este apartado. En nuestro caso, en lugar de fingir que uno de estos factores no tiene efecto, elegiremos los momentos del tiempo en el período 1985-2006 en los que sabemos por la evidencia presentada en la tabla 5.6 que no existe efecto cohorte o efecto período. En efecto, esta tabla revela que en algunos años ciertas cohortes no presentan diferencias significativas con el resto, lo que permitirá fijar el efecto de la pertenencia a estas cohortes en cero⁷³.

La técnica de Palmore para separar los efectos de las cohortes, la edad y el período consiste en comparar los niveles que presentan dos cohortes respecto a la actitud que nos ocupa únicamente en dos momentos del tiempo. Por este motivo, sólo podremos analizar de forma simultánea dos puntos en el tiempo y dos cohortes. Realizar esta tarea para todos los pares de cohortes y para cada pareja de años de entre los que manejamos aquí arrojaría resultados redundantes y de muy difícil presentación, dada la cantidad de posibles combinaciones de pares de años y cohortes. Es por ello que en el texto principal calcularemos las diferencias observables y sus componentes sólo para cinco puntos en el tiempo. De entre éstos, se elegirán tres momentos en que la evidencia presentada en la figura 5.5 sugiere que existe un efecto destacado del período y dos momentos en que dicha evidencia no respalda la existencia de un efecto período, pero sí de un efecto destacado de las cohortes.

⁷³ Por ejemplo, y de acuerdo a la tabla 5.6, en 1985 no son significativas las diferencias entre las cohortes 1ª y 2ª y entre las cohortes 3ª y 5ª. En 1989 no son significativas las diferencias entre las cohortes 3ª y 6ª, ni entre las cohortes 5ª y 4ª, por un lado, y 5ª y 6ª, por otro.

Los momentos en que no se observa dicho efecto período son los que transcurren entre 1985 y 1989, entre 1989 y 1991, entre 2002 y 2003 y entre 2005 y 2006. Es cierto que el nivel general de implicación política de la ciudadanía en España tiende a crecer a medida que pasan los años, como vimos en el capítulo 3. Esta evolución se debe a una serie de factores: por un lado, la progresiva modernización económica y social que hace que las mujeres y los jóvenes estén cada vez más implicados con la política; por otro, la sustitución de las cohortes educadas en la aversión hacia la política por otras con inclinaciones postmaterialistas y comprometidas con lo público. También es relevante la creciente institucionalización de la democracia en España, la cual se evidencia en el funcionamiento más estable y previsible de los organismos del Estado, así como en los discursos y comportamientos de las élites políticas. La adecuación de las actitudes políticas de los ciudadanos a este contexto cada vez más conforme a los estándares de la democracia liberal implica un aumento gradual de la proporción de personas implicadas con la política. Ahora bien, una cosa es una evolución gradual, pausada y continua, y otra muy distinta es un efecto período que produce cambios significativos en los niveles de implicación política de todas las generaciones en tan sólo un año. En definitiva, es previsible que la evolución en la proporción de ciudadanos implicados entre dos años se deba en parte a esta profundización democrática, si no han sucedido eventos políticos notables. Por ello, consideraré que el efecto del período es inapreciable en las parejas de años señaladas.

Los tres puntos en el tiempo que operacionalizarán los efectos del período serán los años 1996, 2002 y 2004. Se trata de momentos en los que se registran crecimientos (año 1996 y 2004) o disminuciones (año 2002) del nivel de implicación política subjetiva para todas las cohortes. Los efectos que se espera encontrar para estos tres puntos en el tiempo serán explicados con detalle en el capítulo 7, dedicado al análisis pormenorizado del papel del contexto político. Sin embargo, apuntaré aquí que las características especiales de las elecciones generales de 1996 y 2004 –máxima competitividad y participación política, así como el acontecimiento en 2004 de un gran número de otros eventos políticos no electorales- habrán causado un aumento en la proporción de personas implicadas. En cambio, 2002 es un año que captura el efecto desmovilizador del segundo gobierno del Partido Popular. Sostengo que tanto su llegada al poder por mayoría absoluta como su posterior estilo de gobierno, en que se tomaron decisiones polémicas evitando el debate parlamentario y desactivando la movilización política, perjudicaron la atención y compromiso político de los españoles⁷⁴.

Recordemos que la finalidad de este ejercicio es comprobar si el efecto del período puede ser tan importante o más que el de la pertenencia a una cohorte, para lo que necesitamos comparar efectos significativos de ambos factores. Los cinco casos seleccionados de acuerdo a la evidencia previa se describen en la tabla 5.7. En definitiva, se han elegido un par de cohortes sin diferencias significativas respecto a su implicación política en el primer año de cada pareja de años cuando esperamos encontrar un efecto período. En cambio, se han elegido cohortes con diferencias significativas en el primer año de cada período cuando esperamos que este último no tenga un efecto relevante. Existe un

⁷⁴ Se trata igualmente de un año en que los resultados económicos obtenidos en la primera legislatura del Partido Popular dejan de ser tan positivos. Como veremos en el capítulo 7, la tasa de desempleo se estanca en lugar de disminuir -como ocurrió en los años anteriores- y el crecimiento económico se frena. Esta situación económica no tan optimista podría haber causado que los ciudadanos se preocupasen más de su propia economía doméstica que de la política, aumentando el desapego y desconfianza hacia ésta.

último criterio que me ha llevado a elegir estos cinco casos: como el lector observará, en esta selección quedan representadas todas las cohortes analizadas en este capítulo⁷⁵.

Tabla 5.7. Elección de los años y cohortes para aislar los efectos de la edad, las cohortes y el período.

CASO 1	CASO 2	CASO 3	CASO 4	CASO 5
1985/1989	1991/1996	1996/2002	2003/2004.	2005/2006
Sin efecto período esperado.	Con efecto período esperado (positivo)	Con efecto período esperado (negativo)	Con efecto período esperado (positivo)	Sin efecto período esperado
Diferencias entre la 1ª y la 3ª cohortes significativas en 1985	Diferencias entre la 3ª y la 4ª cohortes no significativas en 1991	Diferencias entre la 5ª y la 6ª cohortes no significativas en 1996	Diferencias entre la 1ª y la 2ª cohortes no significativas en 2003	Diferencias entre la 2ª y la 6ª cohortes significativas en 2005

Fuente: elaboración propia.

Soy consciente de que un análisis de este tipo adolece de algunos límites. El principal es el criterio de selección de los casos. Para evitar suspicacias, se aportan también a pie de página los resultados de comparaciones para todos los pares de cohortes en los años en que se prevé un efecto significativo del período. La segunda es la validez externa de los resultados, o lo que es lo mismo, las posibilidades de inferir a todo el periodo que aquí se estudia los resultados del análisis de sólo cinco casos concretos. Es por ello que posteriormente recurriré a una estrategia alternativa de análisis para comprobar la robustez de los hallazgos que a continuación se comentan.

Seguidamente se calculan las diferencias observadas en los niveles de implicación política subjetiva para parejas de cohortes y períodos de dos años siguiendo las pautas que se mostraban en la figura 5.6. Para cada uno de estos años se muestran los porcentajes de personas implicadas en cada cohorte, ya representados en la tabla 5.5. Seguidamente, se plantean y despejan las ecuaciones relativas a cada una de las diferencias observadas, se aísla el efecto de dos de los factores relevantes (edad, cohorte o período) y se comentan los hallazgos más destacados en cada caso.

En el caso 1 se ha seleccionado la primera pareja de años para la que disponemos de datos, 1985 y 1989⁷⁶. Entre estos años no apreciamos un aumento o disminución importante en la proporción de personas implicadas, salvo en la 4ª cohorte y, en menor medida, en la 5ª, de acuerdo con la evidencia resumida en la figura 5.5 y la tabla 5.5. Por ello, asumiremos que el efecto del período es igual a cero. A continuación, se han seleccionado dos cohortes que muestran diferencias significativas en sus niveles de implicación política subjetiva, de acuerdo con la prueba de Bonferroni cuyos resultados se muestran en la tabla 5.6: la 3ª y la 1ª. Tal y como aconseja Palmore, se ha situado la cohorte más joven en la fila superior. A partir del porcentaje de personas implicadas que las cohortes 1ª y 3ª presentan en 1985 y de la proporción de personas implicadas de la 3ª cohorte en 1989 se han calculado las diferencias longitudinales y de lapso de tiempo.

⁷⁵ Este criterio ha prevalecido sobre otros como presentar los pares de cohortes sobre los que el efecto del período fuera mayor.

⁷⁶ Sólo en este caso, a modo de ejemplo, se identifican los datos con los elementos del cálculo de Palmore (A, B y C).

Caso 1: Sin efecto período.

	1985	1989
Cohorte 3	13,9 A	17,5 B
Cohorte 1	6,1 C	

Diferencia longitudinal = (B-A) = Edad + Período.

$17,5 - 13,9 = \text{Edad} + \text{Período} (0)$.

$3,6 = \text{Edad}$.

Diferencia de lapso de tiempo = (B-C) = Período – Cohorte.

$17,5 - 6,1 = \text{Período} (0) - \text{Cohorte}$

$11,4 = \text{Cohorte}$.

Los resultados apuntan a que el aumento de ciudadanos implicados con la política en la 3ª cohorte entre ambos años se debe a un efecto de la edad, por lo que en 4 años se produjo un aumento del 3,6% en la proporción de ciudadanos que se sienten comprometidos con la política en la tercera cohorte. En cambio, las diferencias entre ambos grupos de edad en 1985 (11,4%) se deberían íntegramente a un efecto de la cohorte de pertenencia. Estos resultados se ajustan a las expectativas planteadas al inicio de este apartado respecto al efecto de las cohortes (ver tabla 5.2): la pertenencia a la 3ª cohorte es lo que explica en mayor medida las diferencias entre esta generación y la más anciana, más incluso que su diferencia de edad.

Caso 2: Con efecto período.

	1991	1996
Cohorte 4	23,6	29,7
Cohorte 3	20	

Diferencia transversal = (C-A) = Edad + Cohorte

$20 - 23,6 = \text{Edad} + \text{Cohorte} (0)$

$-3,6 = \text{Edad}$.

Diferencia de lapso de tiempo = (B-C) = Período – Cohorte.

$29,7 - 20 = \text{Período} - \text{Cohorte} (0)$

$9,7 = \text{Período}$.

En cambio, entre 1991 y 1996 (Caso 2) sí se observa un aumento del porcentaje de personas implicadas para todas las cohortes; lo que cuadra con la definición de efecto período. Para cuantificar este efecto, se han seleccionado dos cohortes que no presentan diferencias significativas en sus

niveles de implicación política subjetiva en 1991: la 3ª y la 4ª⁷⁷. Al calcular las diferencias observables teniendo en cuenta que el efecto de las cohortes es desestimable, podemos adjudicar al efecto de la edad la diferencia de un 3,6% entre el porcentaje de personas implicadas en la 3ª cohorte entre 1991 y 1996. Este hallazgo es coherente con las expectativas sobre el efecto del ciclo vital expresadas en la tabla 5.2; donde se advertía que la tercera cohorte cumple los sesenta años a finales de la década de los 90 y a lo largo de la primera década del siglo XXI. En cuanto al aumento de la proporción de personas implicadas en la cuarta cohorte entre 1991 y 1996 respecto a la tercera cohorte, casi un 10% del mismo se debe al efecto del período, es decir, a la coyuntura política que caracterizó el año 1996, en que se celebraron elecciones generales con un grado de competitividad especialmente alto.

Caso 3: Con efecto período.

	1996	2002
Cohorte 6	25	16
Cohorte 5	25,3	

Diferencia transversal = (C-A) = Edad + Cohorte

25,3 – 25 = Edad + Cohorte (0)

0,3= Edad.

Diferencia de lapso de tiempo = (B-C)= Período – Cohorte.

16 – 25,3 = Período – Cohorte (0)

-9= Período.

Por lo que respecta al Caso 3. Se espera un efecto período de disminución de los niveles de implicación política para 2002. Se han seleccionado las cohortes 5ª y 6ª porque los contrastes de Bonferroni (tabla 5.6) indican que no existen diferencias significativas entre estas cohortes en 1996⁷⁸. Teniendo esto en cuenta, podemos atribuir a la edad la pequeña diferencia de un 0,3% en el porcentaje de personas implicadas entre la 5ª y la 6ª cohorte entre 1996 y 2002. En cuanto a la disminución del porcentaje de personas implicadas que se produce en la sexta cohorte entre 1996 y 2002, podemos atribuir este fenómeno íntegramente al efecto del período, puesto que mantenemos constante la cohorte, y la diferencia de 6 años de edad tiene un efecto escaso y positivo. Encontramos nueve puntos de diferencia entre la proporción de implicados en la sexta cohorte en 1996 y la quinta cohorte en 2002 que pueden atribuirse a un efecto negativo de este último año, tal y como preveíamos. Así, la coyuntura política de 2002 disminuyó la propensión a implicarse entre los individuos de esta

⁷⁷ Otras posibilidades de comparación entre cohortes para este caso son: 5ª y 3ª, 6ª y 2ª y 5ª y 4ª. Realizados los cálculos pertinentes, podemos afirmar que el efecto período de 1996 para la 5ª cohorte en comparación con la 4ª de +1,7 ; para la 5ª en comparación con la 3ª es de +5,3 y para la 6ª en comparación con la 2ª es de +10,5. Por tanto, parece que en 1996 el efecto período de mayor magnitud se produjo en la cohorte más joven.

⁷⁸ Otras posibilidades de comparación entre cohortes para este caso son: 2ª y 1ª, 4ª y 3ª, 5ª y 3ª, 6ª y 3ª, 5ª y 4ª y, finalmente, 6ª y 4ª. El efecto del período de 2002 sobre la 2ª cohorte en comparación con la 1ª fue de -5,7, y sobre la 4ª en comparación con la 3ª fue de -0,3. Dicho efecto sobre la 5ª cohorte en comparación con la 3ª fue de -8; y en comparación con la 4ª de -13,1. Para la 6ª cohorte, el efecto del año 2002 en comparación con la 3ª cohorte fue una disminución en su proporción de implicados de -7,9; y en comparación con la 4ª, de -13. Por tanto, el perjuicio causado por el año 2002 fue mayor sobre la 5ª cohorte que sobre cualquier otra.

cohorte y del resto, puesto que en todas se aprecia una disminución importante del porcentaje de personas implicadas.

Caso 4: Con efecto período.

	2003	2004
Cohorte 2	9,5	17,7
Cohorte1	7,9	

Diferencia transversal = (C-A) = Edad + Cohorte

$7,9 - 9,5 = \text{Edad} + \text{Cohorte} (0)$

$-1,6 = \text{Edad}$.

Diferencia de lapso de tiempo = (B-C) = Período – Cohorte.

$17,7 - 7,9 = \text{Período} - \text{Cohorte} (0)$

$9,8 = \text{Período}$.

Para el caso 4 se ha elegido un año con un claro efecto positivo sobre la proporción de personas implicadas. El año 2004, como veremos en detalle en el capítulo dedicado a los eventos, es presumiblemente el período –en el tiempo que cubre esta tesis- que puede afectar en mayor medida a la implicación política ciudadana. En concreto, la conjunción entre unas elecciones con un elevado grado de competitividad y un contexto político marcado por una sucesión de eventos no electorales muy emotivos habría incentivado la implicación con la política de los ciudadanos en todas las cohortes. Me refiero a los atentados del 11 de marzo, al tratamiento de la información que de ellos se hizo, a la atribución de la autoría de los mismos por parte del gobierno, a la movilización ciudadana en los días posteriores y a otra serie de noticias (detenciones, suicidio de algunos implicados, comisiones de investigación, etc.) que politizaron la agenda pública y la vida cotidiana de la ciudadanía. Espero, pues, que lo que ocurrió en marzo de este año y en los meses posteriores hicieron de la política un asunto mucho más relevante para las personas que habitualmente se muestran poco interesadas por lo público.

Efectivamente, tanto en la figura 5.5 como en la tabla 5.5 observamos aumentos de magnitud relevante en la proporción de personas implicadas en las cohortes que hemos descrito como propensas a la alienación, como las dos de más edad. Para cuantificar el efecto positivo del año 2004 sobre estas personas se han elegido dos cohortes que no muestran diferencias significativas en 2003: las cohortes 1ª y 2ª⁷⁹. El cálculo de las diferencias transversales y de lapso de tiempo permite concluir

⁷⁹ Otros pares de cohortes con los que cuantificar el efecto del período en este caso son los formados por las cohortes 6ª y 5ª, 6ª y 4ª, 6ª y 3ª, 5ª y 4ª, 5ª y 3ª y 4ª y 3ª. Realizados los cálculos pertinentes, podemos afirmar que el efecto período del año 2004 para la 6ª cohorte en comparación con la 5ª es de +4, mientras que en comparación con la 3ª es de +5,7, y con la 4ª es de -0,3. El efecto período de 2004 para la 5ª cohorte en comparación con la 4ª es de +6, y en comparación con la 3ª cohorte es de +12. Finalmente, el efecto del período representado por el año 2004 para la 4ª cohorte en comparación con la 3ª es de +17,4. En términos generales, el efecto del año 2004 fue mayor sobre la 4ª cohorte que sobre el resto.

que la diferencia entre la primera y segunda cohorte en 2003 (-1,6%) se debe al efecto de la edad. Por otra parte, el aumento del porcentaje de personas implicadas en la 2ª cohorte entre 2003 y 2004 se debe íntegramente al efecto del período, y asciende casi a diez puntos. Tal y como esperábamos, el efecto del período en 2004 para la segunda cohorte es mayor que para la cuarta en 1996 (caso 2) o para la sexta en 2002 (caso 3).

Caso 5: Sin efecto período.

	2005	2006
Cohorte 6	24	28,3
Cohorte 2	13,4	

Diferencia longitudinal = (B-A) = Edad + Período =

$28,3 - 24 = \text{Edad} + \text{Período} (0).$

$4,3 = \text{Edad}.$

Diferencia de lapso de tiempo = (B-C) = Período - Cohorte.

$28,3 - 13,4 = \text{Período} (0) - \text{Cohorte}$

$14,9 = \text{Cohorte}.$

En el último caso analizado (caso 5) no existe un efecto del período. En la figura 5.5 podemos apreciar un descenso destacado en la proporción de personas implicadas en las cohortes 4, 5, 6 y 2. Sin embargo, no existen motivos para pensar que algo en el contexto político haya producido estos descensos. Más bien parece que los niveles de implicación política de la ciudadanía están volviendo a la normalidad, a unos niveles más semejantes (aunque superiores) a los de 2003, tras la vorágine que caracteriza el contexto político de 2004. En este caso, se han elegido las dos cohortes que presentan las mayores diferencias en sus medias del factor de implicación política: la segunda y la sexta. El cálculo de la diferencia longitudinal permite atribuir 4,3 puntos del crecimiento en los niveles de implicación de la 6ª cohorte a la edad de la misma. La generación más joven, conforme predice la literatura y las expectativas para las cohortes expuestas en la tabla 5.2, se implica en mayor medida en la política a medida que ingresa en la mediana edad. Por otra parte, el cálculo de la diferencia de lapso de tiempo apunta a que los 14,9 puntos que separan a las cohortes 2ª y 6ª entre 2005 y 2006 se deben a la pertenencia a la sexta cohorte.

En definitiva, los resultados de este análisis apuntan a la coexistencia de los efectos del período, las cohortes y la edad en distintos momentos de la historia española reciente. A través de la estrategia sugerida por Palmore (1978) se ha separado y cuantificado el efecto del contexto político de algunos años sobre los niveles de implicación política subjetiva de diversas cohortes. Los hallazgos más relevantes del análisis indican que el contexto político en el que los ciudadanos viven constituye un factor capaz de influir en la propensión de los ciudadanos a interesarse por la política. La magnitud de esa influencia es equiparable -y en algunas circunstancias incluso mayor- a la de la pertenencia a una

determinada cohorte o la del ciclo vital. En concreto, el efecto del contexto en los años 1996 y 2004 ha resultado ser especialmente intenso.

Existe otra estrategia alternativa para cuantificar y separar los efectos de las cohortes y el período. En un artículo reciente, Torcal (2008) utiliza esta estrategia para estimar los efectos cohorte y periodo para el caso del apoyo de los ciudadanos a la democracia. A continuación realizaré un análisis similar a éste para estimar la variable dependiente objeto de esta investigación con el objetivo de comprobar la robustez de los resultados del análisis de los cinco casos presentado previamente. Si los resultados de este análisis alternativo son parecidos a los ya comentados, podremos concluir que la robustez y validez de los mismos alcanza un nivel aceptable.

Con este objetivo he construido una nueva base de datos a nivel agregado en la que los valores de la variable dependiente se corresponden con la proporción de ciudadanos implicados para cada cohorte y año presentados en la tabla 5.5. De esta manera, obtenemos una variable con 54 observaciones. Las mismas resultan de multiplicar 6 cohortes por 9 años, teniendo en cuenta que carecemos del dato relativo a la sexta cohorte en 1985. Las variables independientes que se construyen corresponden a una serie de variables dicotómicas que toman valores 1 ó 0, dependiendo del año y cohorte de que procedan los datos relativos a la proporción de personas implicadas. En la tabla 5.8 se presenta un fragmento de la mencionada matriz de datos para una mejor comprensión por parte del lector del cálculo de esta estimación. Esta estrategia implica la pérdida de una importante cantidad de información al pasar del nivel individual al agregado. Con todo, y dado que el objetivo de este análisis es complementar al anterior, vale la pena realizarlo.

Tabla 5.8. Fragmento de la matriz de datos utilizada para la estimación de la implicación política subjetiva.

<i>Observaciones</i>	<i>% implicados (VD)</i>	<i>Coh1</i>	<i>Coh2</i>	<i>Coh3</i>	<i>Coh4</i>	<i>Coh5</i>	<i>Coh6</i>	<i>1985</i>	<i>1989</i>	<i>1991</i>	<i>(...)</i>	<i>2006</i>
1	6,1	1	0	0	0	0	0	1	0	0	(...)	0
2	6,2	0	1	0	0	0	0	1	0	0	(...)	0
3	13,9	0	0	1	0	0	0	1	0	0	(...)	0
4	16,8	0	0	0	1	0	0	1	0	0	(...)	0
5	13,2	0	0	0	0	1	0	1	0	0	(...)	0
6	-	0	0	0	0	0	1	1	0	0	(...)	0
7	6,2	1	0	0	0	0	0	0	1	0	(...)	0
8	9,9	0	1	0	0	0	0	0	1	0	(...)	0
9	17,5	0	0	1	0	0	0	0	1	0	(...)	0
10	25,4	0	0	0	1	0	0	0	1	0	(...)	0
11	18,7	0	0	0	0	1	0	0	1	0	(...)	0
12	12,1	0	0	0	0	0	1	0	1	0	(...)	0
(...)	(...)	(...)	(...)	(...)	(...)	(...)	(...)	(...)	(...)	(...)	(...)	(...)
54	24,3	0	0	0	0	0	1	0	0	0	(...)	1

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la tabla 5.5

Sobre la base de esta evidencia se ha estimado mediante la técnica de la regresión lineal de mínimos cuadrados ordinarios la proporción de españoles que se sienten implicados en política en función de las cohortes y el año de pertenencia de las observaciones. Para la especificación de la ecuación de predicción se ha tomando como referencia la variable que representa a la cohorte de más edad (1ª cohorte) y el primero de los años de la serie temporal (1985). He elegido estas categorías de referencia porque son respectivamente la cohorte y el año en los que los niveles de implicación con la política son menores, por lo que los coeficientes del resto de variables dicotómicas deberían ser todos de signo positivo. Más específicamente, los coeficientes de regresión resultantes relativos a las cohortes deben interpretarse como el efecto de pertenecer a éstas en comparación con la primera cohorte. Igualmente, los coeficientes relativos a los años se interpretan comparándolos con el año de referencia, 1985. Los resultados de este análisis alternativo se resumen en la tabla 5.9.

Tabla 5.9: Estimación de la implicación política subjetiva a partir de las cohortes y el período. 1985-2006. Coeficientes B.		
	B	Sig
Constante	2,2	0,136
Cohorte 2	2,9	0,028
Cohorte 3	11,4	0,000
Cohorte 4	17,6	0,000
Cohorte 5	13,3	0,000
Cohorte 6	10,3	0,000
1989	3,5	0,040
1991	4,6	0,008
1996	11,4	0,000
2002	4,1	0,000
2003	5,1	0,004
2004	11,6	0,000
2005	11,9	0,000
2006	8,7	0,000
R ²		0,9

Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1788 (1989), 1970 (1991), 2206 (1996), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005), y 2632 (2006)

En primer lugar, la constante indica la proporción esperada de ciudadanos implicados con la política para la 1ª cohorte en 1985. Dado que el resto de coeficientes tienen que interpretarse en relación a la 1ª cohorte (la menos implicada de acuerdo a la evidencia ya presentada en anteriores apartados), resulta evidente que los efectos de la pertenencia a cada cohorte son de distinta magnitud, pero todos significativos y positivos. Además, estos efectos pueden considerarse aislados de la influencia del contexto, dado que estamos controlando por los valores de todas las dummies referidas a los efectos de los períodos (años). Los resultados vienen a confirmar los hallazgos del análisis exploratorio, puesto que pertenecer a la 4ª cohorte en lugar de a la 1ª produce un efecto marginal de aumento en la proporción de implicados del 17,6%; indicando de nuevo que se trata de la cohorte más “cívica” o implicada. Tras esta cohorte, es la 5ª la que presenta un efecto de mayor magnitud, seguida

de la 3ª (pertenecer a la 3ª cohorte en lugar de a la 1ª produce un efecto marginal de aumento en la proporción de implicados del 11,4%). La magnitud del efecto de pertenecer a las otras cohortes es menor, lo que viene a confirmar que éstas son las que presentan una mayor proporción de ciudadanos implicados subjetivamente en política.

Por lo que respecta a los efectos del período, la magnitud de los mismos es equiparable a los efectos de las cohortes. Más específicamente, el efecto de 1996 alcanza una magnitud de 11,4. Así, haber sido entrevistado en el año 1996 en lugar de en 1985 produce un efecto marginal de aumento en la proporción de implicados del 11,4%, manteniendo constante la cohorte de pertenencia. La magnitud de ese efecto es aún mayor para el caso de los entrevistados en el año 2004 y 2005 (consideramos que este último año aún captura el efecto movilizador de los sucesos acontecidos en 2004), cuando el efecto marginal de aumento en la proporción de implicados fue del 11,6% y 11,9%, respectivamente. En definitiva, los resultados de este segundo análisis alternativo vienen a confirmar los anteriores puesto que los efectos del período son equiparables en magnitud a los efectos de las cohortes, llegando incluso a ser mayores que los de las cohortes 2ª, 3ª o 6ª. Todo ello sugiere la coexistencia de efectos de la pertenencia a las cohortes -que explican la continuidad y, en menor medida, el cambio por reemplazo generacional- junto a los importantes efectos del período, que explican el cambio relativamente rápido en la proporción de implicados con la política.

5.5. Conclusiones.

En este capítulo nos hemos aproximado a las diferencias en los niveles de implicación política subjetiva desde un punto de vista agregado e histórico. Concretamente, se han analizado las diferencias en la proporción de personas eficaces e interesadas en seis cohortes políticas españolas. Asimismo, se han presentado las diferencias que estas cohortes guardan respecto a las medias del factor de implicación política subjetiva.

Se ha mostrado que seis períodos de la historia contemporánea española han producido un efecto cohorte alterando las actitudes políticas de seis generaciones de españoles durante sus años impresionables; esto es, entre los 14 y los 25 años y, especialmente, alrededor de los 18. Estos períodos son la Guerra Civil, la autarquía franquista, el desarrollismo, el aperturismo o liberalización del régimen, la Transición y la consolidación democrática. Tanto la Guerra Civil como la posterior represión y autarquía del Franquismo habrían apartado a los españoles de la política; pero las condiciones de normalidad sin sobresaltos posteriores a 1981 tampoco son las más propicias para incentivar el surgimiento de una generación especialmente cívica. Como hemos visto, la continuidad democrática mejora ciertas habilidades y actitudes consonantes con la democracia, pero para encontrar niveles excepcionales de compromiso con lo público y permanentes a lo largo del ciclo vital las cohortes deben haber sido protagonistas de sucesos que requirieron de su participación activa, como los últimos momentos del Franquismo y los primeros de la democracia.

Respecto a la cuestión de si existe una generación cívica, más implicada que el resto, se ha sometido a prueba empírica la hipótesis de que la cohorte de la liberalización (es decir, los nacidos entre 1953 y 1962) serían los más propensos a implicarse como consecuencia del contexto vivido en

sus años impresionables y por el hecho de pertenecer al grupo de mediana edad. El contexto en que crecieron combinaría una serie de condiciones económicas positivas que permitieron la relativa relajación en el grado de represión ejercida por las autoridades e instituciones del régimen. Esta última preparó a esta generación para un cambio político del que serían enseguida protagonistas como electores. Los análisis por cohortes han demostrado que esta cohorte es efectivamente la más implicada a lo largo del período estudiado aquí (1985-2006). Este hallazgo viene a corroborar los resultados de estudios previos sobre el tema (López Pintor 1981, Morales 2005)

Se ha defendido aquí que esta generación es la auténtica cohorte de la transición a la democracia, aunque en el estudio que utilizo como referencia aparezca como “cohorte de la liberalización”. En efecto, es esta generación la que cumple su mayoría de edad legal durante los últimos años de Dictadura y los primeros años de la Transición, caracterizados por un elevado grado de movilización política. Por una parte, las expectativas de cambio político y el hecho de que a continuación se instaurase un régimen democrático configuraron un marco de incentivos propicio para la implicación política. Por otra, la cuarta cohorte estrena su papel de electores con varias convocatorias caracterizadas por una masiva participación y un halo de excepcionalidad y optimismo que mejoró su concepción de la política y de sí mismos como ciudadanos; de acuerdo con las teorías sobre el impacto del contexto político y electoral sobre los jóvenes (Franklin 2003). Este impacto positivo del período transicional también se dejaría notar en la quinta cohorte, aunque con menos intensidad, ya que el grado de movilización se redujo tras las primeras elecciones legislativas. Además, estos ciudadanos vivieron estos eventos cuando aún eran muy jóvenes, puesto que su mayoría de edad se produjo en plena consolidación democrática.

Estos hallazgos prueban que el contexto juega un papel esencial en el establecimiento de diferencias en la propensión a implicarse de las distintas cohortes. Así, hemos visto que las situaciones de cambio potencial y conflicto incentivan el interés por la política (salvo excepciones como episodios violentos y dramáticos que generen incentivos negativos para la implicación, tales como la Guerra Civil). En estas situaciones se habla más de política y circula más información en los medios, por lo que las opiniones pueden formarse de forma más fácil entre todos los ciudadanos, independientemente de sus niveles de sofisticación política. Por contraposición, el período de consolidación y normalización de la democracia no presenta estos episodios conflictivos, aunque la práctica democrática continuada afiance el sentimiento de competencia política de los ciudadanos. En definitiva, mientras que el conflicto afectaría positivamente sobre todo al interés, la normalidad democrática tendría un efecto positivo sobre la eficacia política interna; siendo ambas actitudes los principales indicadores de implicación política subjetiva manejados en esta tesis.

La literatura ha considerado las cohortes un factor más adecuado para explicar la continuidad que el cambio, puesto que los individuos que pertenecen a una misma cohorte mantienen a lo largo de la vida unos rasgos actitudinales similares entre ellos y distintos a los de otras generaciones políticas. Se asume que las cohortes únicamente constituyen un factor de cambio actitudinal en la medida en que las más jóvenes reemplazan a la larga a las más ancianas. Sin embargo, en este capítulo se ha demostrado que el efecto de pertenencia a una cohorte convive con el impacto de características del

contexto político inmediato; siendo estas últimas incluso capaces de mitigar el efecto cohorte, tal y como parece ocurrir en los años 1996 y 2004, de acuerdo a los análisis empíricos multivariados realizados sobre la proporción de españoles implicados por cohortes entre 1985 y 2006.

También se ha mostrado evidencia a favor del solapamiento del efecto edad y del efecto cohorte en las generaciones de más y menos edad. Es por ello que los más jóvenes y los mayores presentan valores del factor de implicación política más bajos que el resto de grupos de edad. Las dos cohortes más jóvenes se implican cada año en mayor proporción desde 2002, lo que encaja con un efecto positivo del ciclo vital a medida que estas cohortes alcanzan la mediana edad. Sin embargo, no hemos apreciado una alienación política progresiva de las cohortes 1ª y 2ª, como cabría esperar por los efectos negativos de la edad en sus valores extremos. De hecho, se ha mostrado la evolución positiva de las dos cohortes que partían con los niveles más bajos de implicación, como consecuencia del proceso de consolidación y continuidad democrática. Una normalidad que disminuye los costes negativos de implicarse con la política, consiguiendo vencer los condicionantes de la socialización política pasiva de estas cohortes. Todo ello sugiere que el efecto de las cohortes no es constante a lo largo del ciclo vital, por lo que el contexto político juega un papel importante en la configuración de la implicación política a lo largo de la vida de los ciudadanos y no sólo durante sus años impresionables.

Los eventos acontecidos en los años impresionables se han revelado más importantes que otros rasgos que caracterizan la socialización política de las cohortes. Uno de estos rasgos son los patrones generales de educación primaria formal. La escuela franquista consiguió configurar una distinta percepción de la política para cada género -que, recordemos, era más pasiva para las mujeres-, pero sólo marcó negativamente la autoimagen de estos ciudadanos hasta cierto punto. La prueba es que las cohortes tercera y cuarta superan este lastre relativo a la educación primaria formal llegando a destacar por su proporción de personas implicadas. En este caso, la característica común al período en que las cohortes 3ª y 4ª se hacen mayores de edad, y que ha destacado como un factor explicativo importante de los niveles agregados de implicación política, es el grado de desarrollo económico. El efecto positivo de unas condiciones económicas propicias es coherente con las teorías de la modernización económica y social, las cuales relacionan este fenómeno con mejores rendimientos del sistema político y con un mayor grado de civismo de sus ciudadanos. En este caso, las generaciones que llegan a su adolescencia tardía en plena bonanza económica son también las que rompen con la tendencia a la alienación política.

No obstante, hasta el momento nos hemos limitado a explorar los posibles efectos del proceso de socialización de los ciudadanos a través de estrategias relativamente indirectas y limitadas, como son la pertenencia a cohortes, el haber vivido un determinado acontecimiento o el nivel de educación de los ciudadanos. Podríamos decir que, hasta el momento, el proceso de socialización de los ciudadanos se ha mantenido como una especie de caja negra sin analizar de forma pormenorizada. En el siguiente capítulo se abre esta caja y se someten a prueba empírica las distintas teorías sobre la socialización de los individuos y sus supuestos efectos en la formación de sus actitudes políticas.

CAPÍTULO 6: UN MODELO INTEGRADO DE SOCIALIZACIÓN POLÍTICA ACTIVA⁸⁰.

En las siguientes páginas se defiende un modelo de socialización orientado a la implicación de los individuos en política. Se ha denominado “modelo integrado de socialización política activa” por dos motivos. En primer lugar, es una socialización “activa” porque se trata del conjunto de procesos y mecanismos necesarios para que los ciudadanos se impliquen psicológicamente con la política. En segundo lugar, se plantea que es un modelo “integrado” porque contempla las dos principales fases y la mayoría de los actores que intervienen en este proceso. A través de este modelo se pretende superar los debates sobre la importancia relativa de los distintos agentes y fases de la socialización y otros problemas metodológicos de este enfoque. En estas páginas se reivindican las teorías de la socialización política para el estudio de las actitudes, aunque se señalan también sus limitaciones y se cuestiona la hipotética formación temprana de la implicación política; proponiendo que también es susceptible de variar en la etapa adulta.

Este capítulo se estructura de la siguiente forma. En un primer apartado se resumen los dos principales debates dentro de las teorías de la socialización política centrándolos en el caso español. Estos debates son el que discute la preponderancia de los distintos agentes socializadores y el que reflexiona sobre el proceso que lleva a la formación de actitudes a lo largo de la vida. Un segundo apartado presenta un modelo integrado de socialización política con la finalidad de someter a prueba empírica las principales hipótesis defendidas por cada una de las corrientes de la literatura sobre socialización. Una tercera sección presenta la evidencia utilizada para poner a prueba las hipótesis y resume la estrategia del análisis estadístico realizado a través del instrumento de las ecuaciones estructurales. El cuarto apartado presenta y discute los resultados que arroja el análisis de los datos. Finalmente, en la última sección, se resumen los principales hallazgos del capítulo.

6.1. Las teorías de la socialización política. Estado de la cuestión.

La psicología social fue la disciplina que propuso por primera vez el término *socialización política* para denominar el proceso de adquisición de valores y actitudes (Merriam 1931). Sin embargo, la Ciencia Política no prestó atención a estos procesos hasta finales de la década de los cincuenta, con la publicación del libro *Political Socialization* (Hyman 1959). Esta obra constituyó un punto de partida fundamental para superar los límites de la disciplina, que hasta el momento había abordado el estudio de las orientaciones hacia lo público como un fenómeno propio exclusivamente de los adultos. La inclusión del término en el *Biographical Directory* de la American Political Science Association en 1968 y los sucesos políticos y sociales ocurridos ese año otorgaron al estudio de la socialización política la importancia que tuvo en las dos décadas posteriores.

⁸⁰ Los principales resultados empíricos de este capítulo fueron presentados y defendidos en el II Congreso Internacional de Educación Intercultural “Ciudadanía, Participación y Democracia”, celebrado entre el 9 y el 11 de noviembre en la Universidad de Almería. La ponencia, con el nombre “Un modelo estructural de socialización política activa”, se ha publicado recientemente como capítulo en el libro de Encarnación Soriano y Antonio José González (eds.) *Ciudadanía, democracia y participación*, publicado por la Universidad de Almería. (ISBN: 978-84-691-0398-2)

La producción de estudios sobre la relación entre socialización política y la formación de actitudes y opiniones ha atravesado distintas épocas en función de la aceptación de este enfoque. El auge de esta literatura se sitúa entre los años setenta y mediados de los años ochenta, momento en que la aceptación generalizada del enfoque de la elección racional desplazó los estudios sobre actitudes y socialización a un segundo plano. No obstante, desde el inicio del siglo XXI se produce un resurgir de la importancia de la socialización política y, concretamente, del énfasis en el aprendizaje de las actitudes “cívicas” (Dudley y Gitelson 2002, Hooghe 2004, Sapiro 2004, Hart et al. 2007).

La literatura sobre socialización política y actitudes ha evolucionado fundamentalmente alrededor de dos debates: qué fases y qué agentes pesan más en la formación de orientaciones políticas. Sin embargo, este último debate es en realidad una consecuencia del primero, ya que existen agentes que operan sólo en determinados momentos de la vida, como la escuela o el trabajo. En las siguientes páginas se esbozan las líneas principales de estos debates y se exponen los mecanismos causales por los que los agentes y fases de la socialización podrían afectar a los niveles individuales de implicación política subjetiva, prestando especial atención al caso español. Comencemos por la discusión sobre la relevancia de los distintos agentes de socialización política.

6.1.1. Los agentes de socialización política en España.

Los agentes de socialización política constituyen las bases materiales y organizativas específicas necesarias para la adquisición de las actitudes políticas (Botella 1997). En concreto, la literatura ha señalado como agentes de socialización que contribuyen a inculcar la implicación con la política los siguientes: la familia, la escuela, la iglesia, el grupo de iguales, el mundo del trabajo y, más recientemente, los medios de comunicación de masas (Almond y Verba 1963). Estos agentes pueden transmitir determinadas habilidades como la creencia de que es conveniente interesarse por lo público o el sentimiento de que se es competente para ello (Verba, Schlozman y Brady 1995, Kirlin 2003). A continuación se explica el modo en que los diferentes agentes socializadores pueden contribuir a la formación de actitudes pertenecientes a la dimensión de la implicación en España. Realizaré mi exposición partiendo de los agentes más cercanos al ámbito privado del ciudadano, como la familia, y me iré desplazando hacia el ámbito de lo público, finalizando con los medios de comunicación.

La familia constituye el primer agente vinculado a la formación de las actitudes mediante la transmisión directa de valores. Podemos entender que la familia es una representación “a escala” del mundo exterior, con variados roles y status y un cierto grado de complejidad estructural, consecuencia de la posición de sus miembros en la sociedad. En su seno se transmiten pautas culturales como la curiosidad por la política o las primeras inclinaciones ideológicas. La familia puede intervenir sobre las actitudes y comportamientos políticos de sus miembros seleccionando el lenguaje con que se refiera a los asuntos públicos (Ochs y Schieffelin 1984, Kulick y Schieffelin 2004), inculcando valores políticos y proporcionando modelos de comportamiento a imitar. También es el primer agente que contribuye a la formación de la personalidad, algunos elementos de la cual podrían transformarse en actitudes relacionadas con la implicación política, como la confianza en uno mismo (Ramos 1990, Mondak y Halperin 2008). Por otra parte, los recursos socioeconómicos de la familia pueden contribuir a generar

implicación política entre sus miembros. En concreto, los padres cuyo grado de autonomía laboral sea elevado transmitirán a sus hijos confianza en sus propias capacidades, lo que puede traducirse en una mayor propensión a la eficacia interna (Whitbeck 1991).

Las características de este agente de socialización han hecho que durante mucho tiempo se considere el de mayor efecto (Hyman 1959, Davies 1965, Sigel 1970). Estas particularidades son: la existencia de lazos de dependencia entre los miembros de la familia –ya que los hijos dependen largo tiempo del sustento proporcionado por los padres-, la presencia de vínculos emocionales que garantizan un mayor impacto de su acción, una estructura jerárquica que puede reforzar la acción socializadora con premios o castigos, y un mayor tiempo de acción a lo largo del día y de la vida del individuo que otros agentes (Ramos 1990). Sin embargo, la capacidad de transmisión de valores y actitudes en el seno de la familia se habría limitado, dadas las transformaciones sociales acaecidas en las últimas décadas y que afectan de manera especial a la estructura de la familia, así como al papel social que la misma cumple (Merelman 1980). La sustitución de un modelo de familia tradicional por un modelo distinto, más individualizado, también habría alcanzado a España.

La mayoría de estos cambios demográficos y sociales están conectados con la auténtica revolución que ha supuesto para las estructuras familiares tradicionales la incorporación de la mujer al mercado de trabajo. En la tabla 6.1 se reflejan estos cambios para el periodo que transcurre entre 1985 y 2005 en España. Una de las consecuencias de la creciente importancia del ámbito laboral para las mujeres españolas ha sido el retraso de la edad en que éstas tienen su primer hijo. Además, el aumento de la media de edad de las madres primerizas habría sido más acusado en España que otros países de Europa Occidental. Como la tabla 6.1 nos muestra, las madres españolas en 1985 tenían 28,4 años de media en el momento de su primer parto, mientras que en 2005 esta media aumentó hasta los 31 años. En cambio, la media de edad con que las europeas tienen a su primer hijo ha pasado de los 27 años a los 29 entre 1985 y 2005. Una mayor madurez y autonomía de las españolas, sin embargo, ha repercutido negativamente en el crecimiento vegetativo de la población. En esta misma tabla apreciamos que entre 2000 y 2005 la tasa bruta de natalidad disminuye 6 puntos con respecto al período 1980-1985. Esto significa que en el último período se produjeron, de media, 6 nacimientos menos por cada mil habitantes que entre 1980 y 1985.

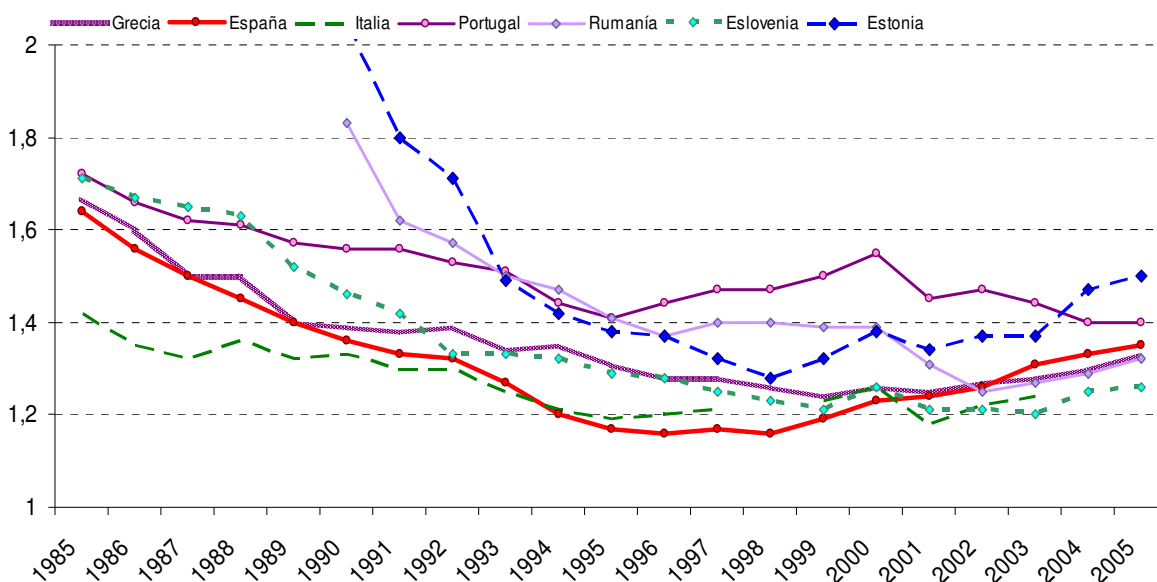
Tabla 6.1: Principales indicadores demográficos relacionados con la familia en España (I).		
	1985	2005
<i>Nacimientos por año (miles)</i>	(1980-1985) 128.002	(2000-2005) 132.508
<i>Tasa bruta de natalidad (nacimientos por cada mil habitantes)</i>	(1980-1985) 27,6	(2000-2005) 21,1
<i>Edad media a la que se tiene el primer hijo. (españolas)</i>	28,4	31
<i>Edad media a la que se tiene el primer hijo. (Europeas)⁸¹</i>	27	29
<i>Tasa de fertilidad (media de hijos por mujer).</i>	1,64	1,35
<i>Número de separaciones</i>	17.426	25.046

Fuente: elaboración propia. Datos sobre el Número de separaciones en 1985 extraídos del Suplemento ABC (12-07-87). Resto de datos obtenidos del Instituto Nacional de Estadística (INE), disponibles en www.ine.es.

⁸¹ Datos procedentes del INE. Los países para los que se ha calculado la media de edad al tener el primer hijo son: Alemania, Austria, Bélgica, Bulgaria, Chipre, Dinamarca, Eslovaquia, Eslovenia, España, Estonia, Finlandia, Francia, Grecia, Hungría, Italia, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos, Polonia, Portugal, Reino Unido, República Checa, Rumanía y Suecia.

También el número de hijos por mujer se ha reducido drásticamente en este período. En el gráfico 6.1 se expone la evolución de la tasa neta de fertilidad (media de hijos por mujer) entre 1985 y 2005 en Europa Occidental⁸². En dicho gráfico aparecen sólo los países con una media menor de ese indicador, para mayor claridad en la presentación y lectura de los datos, aunque se ha calculado el promedio de fertilidad para 25 países. Dicho promedio para el período señalado y para el conjunto de países analizados es de 1,57 hijos por mujer; pasando de 1,7 en 1985 a 1,5 en 2005. En este período, Irlanda y Francia son los países más fértiles, con unas tasas netas de fertilidad de 2 y 1,87, respectivamente. En contraste, España tiene un promedio de 1,31 hijos por mujer entre 1985 y 2005, e Italia, de 1,27. Resulta necesario resaltar que, entre 1995 y 1999 –y con anterioridad al incremento de la inmigración en España desde el año 2001-, España llega a registrar tasas de fertilidad incluso inferiores a las de Italia. Más específicamente, en la tabla 6.1 vemos que las españolas han pasado de tener 1,64 hijos de media en 1985 a tener sólo 1,35 en el año 2005. En definitiva, podemos concluir que España es uno de los países con tasas de fertilidad más bajas de Europa.

Figura 6.1. Tasa neta de fertilidad. Países menos fértiles de Europa Occidental.



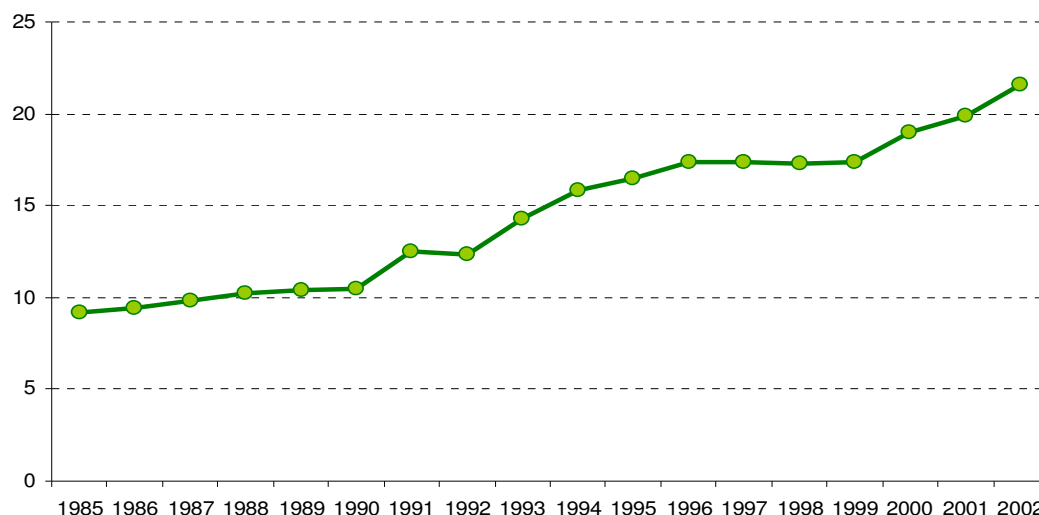
Fuente: elaboración propia a partir de datos del EUROSTAT disponibles en <http://epp.eurostat.ec.europa.eu/>

Entre las consecuencias del cambio del papel de la mujer en la sociedad está el incremento del número de divorcios. Desde que existió esta posibilidad legal en España, el número de divorcios no ha cesado de aumentar cada año. De nuevo en la tabla 6.1 vemos que las separaciones son mucho más numerosas en 2005 que en 1985. En este mismo sentido, en la figura 6.2 se observa la evolución creciente de la tasa de divorcios (número de divorcios por cada 100 matrimonios) en España entre 1985 y 2002. Mientras que en el período 1985-1990 sólo se divorciaron un 10% de los matrimonios españoles, los datos más recientes muestran que en 2002 se divorciaron 21,6 de cada 100 matrimonios; por tanto, la tasa se ha duplicado en menos de veinte años. Aunque no pretendemos

⁸² En este caso se han considerado “países de la Europa Occidental” los siguientes 25 estados: Alemania, Austria, Bélgica, Bulgaria, Chipre, Dinamarca, Eslovaquia, Eslovenia, España, Italia, Estonia, Finlandia, Francia, Grecia, Hungría, Irlanda, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos, Polonia, Portugal, Reino Unido, República Checa, Rumanía y Suecia.

ahondar en las causas de este fenómeno, sí podemos apuntar que la pérdida de la hegemonía de los valores católicos y una mayor independencia económica de la mujer han contribuido a desestigmatizar y hacer menos costoso el divorcio para las mujeres españolas.

Figura 6.2. Evolución de la tasa de divorcios en España (1985-2002).



Fuente: elaboración propia a partir de datos del EUROSTAT disponibles en <http://epp.eurostat.ec.europa.eu/>

Tabla 6.2. Principales indicadores demográficos relacionados con la familia en España (II).

	número en 2001	% variación 2001/1991
<i>Número de hogares</i>	14.187.169	19,7
<i>Hogares unipersonales</i>	2.876.572	81,9
<i>Personas por hogar (media)</i>	2,9	-9,4
<i>Jóvenes solteros entre 25 y 34 años que viven solos</i>	246.290	208,7
<i>Jóvenes entre 25 y 34 años que viven con sus padres</i>	2.587.867	51,2
<i>Parejas sin hijos</i>	2.448.542	22,3
<i>Parejas con 3 hijos o más</i>	853.831	-41,4
<i>Familias reconstituidas</i>	232.863	-
<i>Parejas de hecho</i>	563.785	155
<i>Personas de 65 años o más</i>	6.796.936	26,6
<i>Personas de 85 años que viven solas</i>	199.362	160

Fuente: Boletín informativo del Instituto Nacional de Estadística 7/2002.

Tanto el aumento de personas divorciadas como el resto de cambios señalados hasta aquí han repercutido en la estructura de la familia. En la tabla 6.2 se presenta la evolución de los principales indicadores relacionados con la familia en España. Los datos para 1991 y 2001 se han obtenido de los dos últimos censos llevados a cabo por el INE. Así, vemos que los hogares unipersonales han aumentado en un 82% en veinte años. Otros cambios destacables entre 1991 y 2001 son el aumento en un 208,7% de los jóvenes solteros que viven solos, el incremento en un 155% de parejas de hecho, un 22,3% más de parejas sin hijos y el descenso en un 9,4% de la media de personas por hogar y de un 41,4% de familias numerosas.

Todos estos cambios demográficos y de la estructura de la familia han repercutido en los mecanismos de socialización política familiares, así como en la intensidad de sus efectos. En primer

lugar, el tiempo de interacción entre los miembros de la familia ha disminuido como resultado de la integración a la población activa de las madres. Sin embargo, en vistas de la disminución del número medio de hijos por española, las familias podrían dedicar una mayor atención a la educación política de los hijos. También como consecuencia de la baja fertilidad del país, el número de hermanos y su efecto socializador han disminuido. Así, los amigos pueden cobrar una relevancia que antes no tenían. No sólo porque se ha ampliado el tiempo que se pasa con el grupo de iguales, también porque los niños habrían buscado en este agente la igualdad jerárquica que no encuentran en los hermanos.

En definitiva, se puede argumentar que las teorías que explican la socialización política de los ciudadanos en función del papel relevante de la familia en la transmisión de valores de padres a hijos surgieron en un momento histórico en que la sociedad tenía unas características que en el siglo XXI han cambiado. De ahí que resulte necesario cuestionar el papel hegemónico de la familia como agente socializador en la infancia a la hora de explicar el proceso de formación de las actitudes. De hecho, al constatar estos cambios en otras sociedades, los autores interesados por la socialización y la psicología política concluyeron que la transmisión de actitudes entre padres e hijos era improbable (Jennings y Niemi 1974, Jennings et al. 1999, Harris 2000). Así, con respecto a la acción socializadora de la familia, partiremos de los siguientes supuestos. En primer lugar, dicha acción no ha de ser forzosamente entre padres e hijos, sino que puede consistir en un intercambio de aptitudes y orientaciones entre todos sus miembros. Además, estos procesos pueden no deberse a la inculcación explícita de valores, sino que pueden darse por mecanismos menos evidentes como la imitación de patrones. Finalmente, supondremos que su efecto no es determinante y resulta por ello conveniente prestar atención a actores que entran en juego más tarde en la vida de los individuos.

El segundo agente que vamos a tratar es la escuela, la cual aporta a la socialización del individuo otras habilidades además del nivel de educación, variable que ya analizamos en el cuarto capítulo. Ciertamente, la escuela transmite información y productos cognitivos relacionados con la política a través de asignaturas como las Ciencias Sociales y la Historia. Pero además, en la escuela entran en contacto con el individuo otros agentes de socialización relevantes para la formación de actitudes: los profesores y el grupo de iguales. Estos actores no sólo transmiten conocimientos a los individuos, sino algunas de las primeras opiniones y actitudes políticas. Es en este ámbito donde se producen las primeras discusiones y posicionamientos políticos, además de la configuración de la propia idea de política, la importancia de este tema para el individuo, su imagen como actor político e incluso el sentimiento de que debe comprometerse con su comunidad.

Como apuntamos en el capítulo 4, la influencia de la escuela en la formación de valores y opiniones políticas será distinta dependiendo del modelo educativo y el proyecto pedagógico al que se adscriba. También es relevante la contraposición entre estudiantes de colegios públicos y privados, laicos y religiosos; de la misma manera que en un futuro existirán diferencias entre los estudiantes que hayan cursado la asignatura de Educación para la Ciudadanía y los que no la hayan cursado. Lamentablemente, no podemos aproximar todos estos efectos a partir de una encuesta sobre cultura política; pero sí podemos captar otros efectos socializadores de la escuela menos explícitos, como los relativos al sistema social escolar o a su *clima*.

El sistema social escolar es el conjunto de estructuras y reglas formales e informales que rigen las interacciones entre individuos y grupos en la escuela. Entre estas reglas se incluyen la manera en la que el profesor se dirige a sus alumnos o la medida en que éstos pueden participar en las decisiones que les afecten (Gallay y Pong 2004). Otra manera de referirse a estos rasgos de la escuela es mediante el concepto “clima escolar”, que incluiría también aspectos culturales como la disciplina o el tipo de relaciones que se dan entre los alumnos. Ciertos climas escolares, a los que me referiré como “horizontales”, potencian las relaciones de igualdad entre alumnos y una mayor accesibilidad de los profesores, alientan la discusión entre alumnos y la toma de decisiones colectivas. Entre los estudios preocupados por la acción socializadora de la escuela, encontramos algunos que enfatizan este aspecto menos explícito de la socialización política escolar y su efecto positivo sobre actitudes cívicas de los alumnos, como su tendencia a aceptar el disenso o a pensar en temas públicos (Newmann 1990, Torney-Purta 2004). De hecho, existe evidencia empírica relativa a las escuelas americanas que sugiere que estos climas escolares tendrían mayor efecto sobre las actitudes cívicas que el contenido de las asignaturas y los resultados que obtienen en ellas los alumnos (Ehman 1980).

El tercer agente de socialización destacable es el conocido como “grupo de iguales”. La mayoría de estudios clásicos sobre socialización política se refieren al grupo de iguales como un agente residual, que actúa menos tiempo, con menor intensidad que la familia y casi exclusivamente durante la infancia y en la escuela (Langton 1967, Ehman 1980, Tedin 1980). Sin embargo, las distintas transformaciones sociales acaecidas en la segunda mitad del siglo XX ya comentadas al hablar de la familia habrían ampliado el efecto del grupo de iguales en la formación de la implicación política. Por una parte, ha aumentado el tiempo que se pasa con este agente, su grado de importancia en la vida del individuo y, en consecuencia, su capacidad de influencia. Además, sería un agente relevante a lo largo de toda la vida, y actuaría tanto en el trabajo como en el tiempo de ocio.

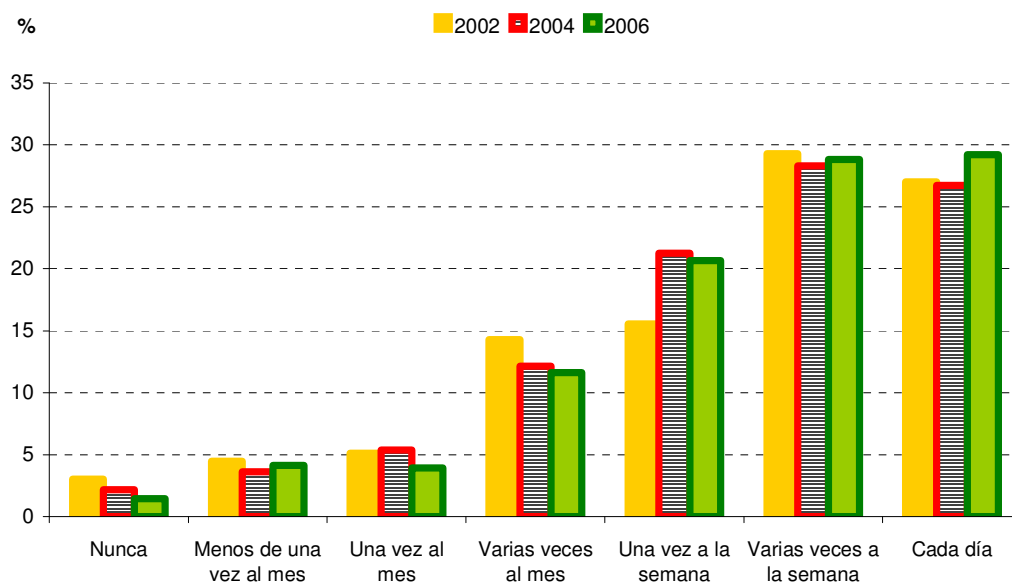
La centralidad del grupo de iguales en la vida de un individuo nos habla de su grado de integración social y de las posibilidades de ser reclutado o movilizado políticamente (Verba et al. 1995). Incluso aunque el grupo de iguales de un individuo no esté intensamente politizado, configura su red social, y sólo por el hecho de existir contribuiría a la aparición del sentimiento de pertenencia a una comunidad y de actitudes como el “deber” hacia lo público (Lacasa et al. 1994). Pues bien ¿cómo de importante es este agente de socialización para los españoles? ¿Cómo se relaciona con el fenómeno de la implicación política subjetiva? Para responder a estas preguntas, las figuras 6.3 y 6.4 resumen la frecuencia con que españoles y europeos se reúnen con sus familiares, amigos o compañeros de trabajo⁸³.

Así, vemos que los españoles presentan más propensión que los europeos a reunirse con sus allegados cada día y varias veces a la semana, lo que indica que los españoles son más sociables que otros ciudadanos de Europa Occidental. El dato relativo a 2006 indica un aumento de las personas que se reúnen varias veces a la semana o diariamente con su círculo social, tanto en España como en Europa, así como una disminución de las personas que se reúnen menos frecuentemente. Por tanto, la

⁸³ La pregunta de la Encuesta Social Europea a partir de la que se han elaborado estos gráficos es: “¿Cada cuánto tiempo se reúne usted con amigos, familiares o compañeros de trabajo?”.

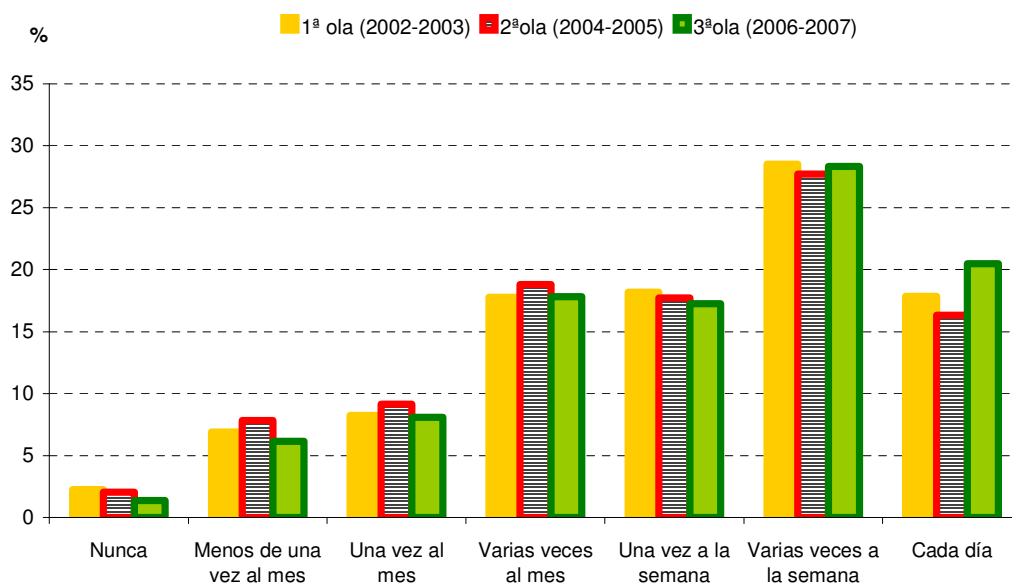
tendencia apunta a un aumento progresivo de la sociabilidad de españoles y europeos. Sin embargo, no podemos asegurar que estos datos indiquen un aumento de la importancia del grupo de iguales como agente de socialización, puesto que el indicador de la ESE también menciona a la familia.

Figura 6.3. Frecuencia de reunión con amigos, familiares y compañeros de trabajo. España.



Fuente: elaboración propia a partir de las tres olas de la ESE.

Figura 6.4. Frecuencia de reunión con amigos, familiares y compañeros de trabajo. Europa.



Fuente: elaboración propia a partir de las tres olas de la ESE.

A continuación, se explora en qué medida esta integración social es capaz de potenciar la implicación política subjetiva o, mejor dicho, en qué medida la ausencia de integración social puede perjudicar a la propensión individual a implicarse. Para ello, se han calculado las correlaciones de Pearson entre el hecho de no reunirse nunca o menos de una vez al mes con el entorno social y el

factor de implicación política subjetiva para 22 países participantes en la ESE⁸⁴. Los resultados se presentan en la tabla 6.3. La magnitud, significación y signo de los coeficientes sugieren que la tendencia general es que una escasa integración social cada vez perjudica más a la propensión a implicarse en política conforme pasan los años. Las excepciones son Austria, Alemania, Eslovaquia y Países Bajos, en que esta característica cada vez se encuentra menos relacionada con la implicación política. También observamos que en el año 2004 la intensidad de la relación entre ambas variables es especialmente destacable. España forma parte del grupo de países en que el hecho de reunirse poco frecuentemente con amigos, familiares o compañeros de trabajo se relaciona más intensamente con una baja propensión a implicarse en política conforme pasan los años.

Tabla 6.3. Relación entre reunirse poco frecuentemente con amigos y compañeros de trabajo e implicación política subjetiva. Coeficientes de Pearson.

	1ª ola (2002-2003)	2ª ola (2004-2005)	3ª ola (2006-2007)
<i>Alemania</i>	-0,072**	-0,064**	-0,051**
<i>Austria</i>	-0,157**	-0,103**	-0,038
<i>Bélgica</i>	-0,036	-0,01	-0,073**
<i>Dinamarca</i>	0,038	0,047	-0,048
<i>Eslovaquia</i>	-	-0,075**	0
<i>Eslovenia</i>	-0,043	-0,079**	-0,059*
<i>España</i>	-0,065**	-0,078**	-0,098**
<i>Estonia</i>	-	-0,132**	-0,027
<i>Finlandia</i>	0,012	-0,01	-0,038
<i>Francia</i>	-0,008	-0,082**	-0,037
<i>Grecia</i>	-0,124**	-0,19**	-
<i>Hungría</i>	-0,082**	-0,16**	-0,148**
<i>Irlanda</i>	-0,45*	-0,122**	-0,055*
<i>Luxemburgo</i>	-0,063*	-0,11**	-
<i>Noruega</i>	0	-0,041	0
<i>Países Bajos</i>	-0,083**	0	-0,034
<i>Polonia</i>	-0,076**	-0,077**	-0,1**
<i>Portugal</i>	-0,176**	-0,068**	-0,1**
<i>Reino Unido</i>	-0,037	-0,105**	-0,056**
<i>República Checa</i>	0,025	-0,047*	-
<i>Suecia</i>	0	0,041	-0,089**
<i>Suiza</i>	0,025	-0,078**	-0,096**

Fuente: elaboración propia a partir de las tres olas de la ESE. Los coeficientes significativos se señalan con (*) si la correlación es significativa para un nivel de confianza del 95% y con (**) para un nivel de confianza del 99%.

En cualquier caso, los datos presentados hasta ahora relativos a la sociabilidad de los españoles apuntan a una creciente integración social de éstos, mayor que la de los ciudadanos de Europa Occidental, y a un impacto negativo del hecho de reunirse con escasa frecuencia con amigos, familiares y compañeros de trabajo sobre la implicación política. Para matizar los efectos negativos de llevar una vida demasiado hogareña o demasiado centrada en el entretenimiento, se debería prestar

⁸⁴ Por razones de espacio no se incluyen los resultados detallados de esta exploración para todas las categorías de esta pregunta. Cabe decir, sin embargo, que la relación entre esta cuestión y el factor de implicación política no es lineal. Curiosamente, los ciudadanos que declaran una mayor frecuencia de reuniones sociales (esto es, cada día) presentan valores esperados de implicación con la política ligeramente inferiores a los de la media en algunos países, entre los que se encuentra España. Debemos entender que las personas con una intensa vida social tienen estilos de vida muy volcados en actividades de entretenimiento y ocio. Por tanto, estarían más interesados en lo lúdico que en lo público.

atención al grado de politización de estas relaciones sociales. Si estos amigos se caracterizan por tener intereses políticos definidos, tratar con ellos alentaría la implicación y movilización política del individuo, incentivando su interés y haciéndole sentir capaz de comprender los sucesos relacionados con la política. Una red de amistades politizadas proporcionaría una gran variedad de recursos cognitivos y estímulos políticos susceptibles de incentivar la implicación política subjetiva.

El cuarto agente de socialización a tener en cuenta es el trabajo. Se trata de un agente que es a la vez un ámbito de socialización en el que operan distintos agentes: los superiores, los compañeros de trabajo y los sindicatos. Durante largo tiempo se ha asimilado la acción socializadora de estos últimos con la del trabajo. En efecto, la pertenencia a un sindicato aumentaría la propensión a implicarse en política, puesto que los sindicatos –y otros grupos de intereses- actúan como canales de información política, ayudan a interpretar las situaciones, proporcionan un rol social y movilizan a sus miembros para conseguir sus fines (Dawson 1977). Asimismo, los sindicatos pueden ser vistos como organizaciones alternativas a las instituciones de la democracia representativa, llevando los mecanismos democráticos y los asuntos públicos al trabajo (Halpin 2006).

Sin embargo, el papel socializador de los sindicatos ha variado en las últimas décadas de manera paralela a la estructura de la sociedad y del mercado laboral. Las jornadas laborales han disminuido, y con ellas el tiempo que permanecen los trabajadores en su lugar de trabajo. Por otra parte, las estrategias movilizadoras de los sindicatos son ahora más puntuales que en otros tiempos, de manera que la presencia de los sindicatos en el trabajo es menos visible y constante. Además, las democracias sociales protegen los derechos de los trabajadores garantizándoles un cierto bienestar desde la segunda mitad del siglo XX, por lo que el número de demandas de las organizaciones de trabajadores se ha reducido. A esto se han de sumar las crecientes dinámicas globalizadoras de la economía, que diluyen las responsabilidades sobre la toma de decisiones en los centros de producción. La combinación de estos factores limita la acción de los sindicatos y su capacidad movilizadora entre los trabajadores, cuya afiliación sería mucho menor que hace años.

De todas formas, en España no encontramos un sindicalismo de afiliados, sino de votantes. Desde la publicación de la Ley Orgánica de Libertad Sindical en 1985, cada cuatro años se realizan elecciones en las empresas con más de 50 trabajadores para decidir la formación de los comités de empresa (Prieto 1993). Por este motivo, en España tiene mucho más sentido prestar atención al número de delegados obtenido por cada organización que al de afiliados si queremos conocer el grado de representatividad o implantación de los sindicatos. En este sentido, en junio de 2007, Comisiones Obreras (CCOO) y la Unión General de Trabajadores (UGT) representaban al 75,69% y el 24,30% de los trabajadores, respectivamente⁸⁵. Estos sindicatos compiten cada cuatro años por la atención y el voto de los trabajadores españoles, de manera que sus campañas electorales son el principal mecanismo movilización política. Las estrategias socializadoras de organizaciones, por tanto, no son

⁸⁵ Dato publicado en Cinco días el 16-07-2007. Consultado en su versión digital (<http://www.cincodias.com>) el 25-10-2007.

muy distintas a las utilizadas por los partidos políticos. Se caracterizan por campañas intensas previas a las elecciones sindicales y una posterior desactivación de sus bases.

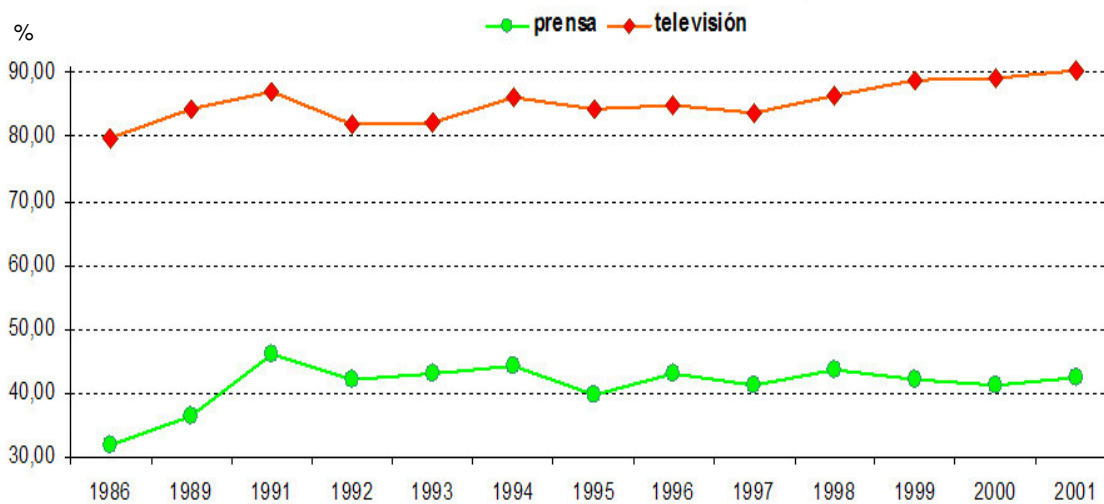
Por estas razones, y por los cambios sociales y económicos descritos, en estas páginas no se analizará el papel de los sindicatos entre los agentes de socialización propios de la edad adulta. Sin embargo, el lugar de trabajo constituye un ámbito en el que opera el grupo de iguales entre ciudadanos ya en su edad adulta. Asimismo, y de manera similar a cuando hablábamos del “clima escolar”, en el trabajo se aprenden dinámicas que pueden influir en la formación de actitudes políticas individuales. Cualquier ciudadano podría aumentar su nivel de eficacia política si mejora su opinión acerca de sus propias capacidades en el trabajo; lo que sucederá si desarrolla su actividad laboral en un ambiente que fomenta su autonomía y participación. Incluso aunque este mecanismo no sea político, la autonomía personal o “autoestima” generada por un trabajo que permite cierta capacidad de influencia al trabajador le hará también más propenso a sentirse capacitado políticamente.

Finalmente, entre los agentes de socialización encontramos los medios de comunicación de masas. Este quinto agente es el que mayor potencial de influencia tiene en las opiniones sobre política en las sociedades contemporáneas, dado que es el único que parece adaptarse sin problemas a los cambios sociales ya apuntados tomando nuevas formas como el formato digital o Internet. En el ámbito español, es la televisión el medio de comunicación que más personas utilizan para informarse, también respecto a los asuntos políticos. En la figura 6.5 se presenta la evolución del porcentaje de españoles que manifestaron informarse sobre política por prensa o televisión más de tres veces por semana entre 1986 y 2001. Los datos, extraídos de los Eurobarómetros anuales, reflejan que el uso de la televisión está muy generalizado. Hasta un 90% de españoles utilizaron este medio en los años 2000 y 2001 para obtener con frecuencia información política, mientras que los que lo hicieron por la prensa apenas superan el 40% en el período analizado.

Ahora bien, ¿Cuál es la influencia de los medios de comunicación en la implicación política de los ciudadanos? Los medios transmiten información política, así como modelos de opinión y conducta, llevando al ámbito privado temas del espacio público. El efecto del consumo de información sobre el nivel de implicación política de la ciudadanía será distinto dependiendo la cobertura que los medios realicen sobre el mundo de la política y de su seguimiento por parte del público. Para analizar esta cuestión de forma sistemática necesitaríamos datos de encuesta en los que se preguntara al entrevistado no sólo la frecuencia con la que se informa sobre política en los distintos medios de comunicación sino también qué cadenas de televisión o radio o qué periódicos consulta. Por desgracia, carecemos de esta información en las encuestas que manejamos en este trabajo⁸⁶.

⁸⁶ A este respecto, cabe decir que existe una tendencia generalizada de los medios, y especialmente la televisión, a difundir contenidos de poca calidad y a adoptar el modelo norteamericano de dominio del mercado en las cadenas televisivas (Newton 1999, Norris 2000). Por ello, no podemos asumir a priori una relación directa entre el consumo de información en la TV de los ciudadanos con sus niveles de implicación política. Es más, el canal a través del cual se consiga la información resultará ser crucial. En el caso español, Televisión Española perdió su hegemonía como cadena más vista en 2004, cuando fue superada por Telecinco, (también lo fue por Antena 3 en 2005). Fuente: : “España Hoy” Pág. 220. Editado por La Moncloa. Datos de Sofres, Estudio General de Medios. Disponible en http://www.la-moncloa.es/docs/pdfs/EspaniaHoy/ESP07_00.pdf. Consultado el 13 de octubre de 2007.

Figura 6.5. Consulta de información política. Porcentaje de españoles que consultan información política más de tres veces a la semana.



Fuente: elaboración propia a partir de los Eurobarómetros anuales entre 1986 y 2001.

Aún así, los medios crean opinión pública, especialmente en un contexto como España donde existe una clara tendencia a la concentración de los principales medios de comunicación en grandes grupos mediáticos, ligados a su vez con ideologías políticas concretas (González 2007). Más concretamente, en 2005 el 80% de los ingresos registrados en prensa escrita correspondió a 7 corporaciones: Vocento (ABC), Prisa (El País), Godó (La Vanguardia), Recoletos (Marca), Unedisa (El Mundo), Zeta (El Periódico) y Prensa Ibérica⁸⁷. La aguda ideologización de los contenidos políticos de los grandes grupos mediáticos es otro motivo para pensar que la exposición frecuente a estos medios de comunicación afectará positivamente a la implicación política subjetiva.

En efecto, la teoría del procesamiento de información en la formación de la opinión pública predice que el consumo de información en los medios tendrá un efecto significativo en la formación de opiniones y actitudes (Zaller 1992). Además, existe evidencia para el caso español del impacto del consumo de información política a través de la radio y la prensa en los niveles de conocimiento político de la ciudadanía (Fraile 2006, Fraile, Ferrer y Martín 2007). Por tanto, supondremos que a mayor exposición a información política, más información sobre instituciones, actores y procesos tendrá el individuo, más interés por la política presentará, y más relevancia tendrá la política en su vida. Así, comprobaremos hasta qué punto los ciudadanos que declaran informarse sobre política a través de distintos medios presentan mayores niveles de implicación política que aquellos que declaran no informarse. Cabe matizar que esperamos una mayor influencia del canal de información de la prensa, puesto que el nivel de esfuerzo que hay que realizar para recurrir a este medio es comparativamente mayor que el que hay que realizar para mirar la TV o la radio, canales estos últimos cuya audiencia es

⁸⁷ En Radio existen tres grandes grupos privados: Prisa (la SER, Cadena Dial, M80), Radio Popular (la COPE y Cadena 100) y Uniprex (Onda Cero y Europa FM). En cuanto a la difusión de la prensa escrita, Vocento, editor de ABC, consiguió en 2004 casi una quinta parte de la difusión nacional, superando a Prisa. Prisa mantuvo un 17,2 de cuota de mercado gracias a El País, el diario más difundido en España. Recoletos mantuvo un 10,1% gracias, en parte, al Marca. Zeta consiguió un 8,3 con las distintas ediciones de El Periódico. Prensa Ibérica y Godó (editor de La Vanguardia y Mundo Deportivo) pusieron un 7% del total de prensa en circulación cada una; mientras que Unedisa posee El Mundo, el segundo periódico con más difusión en España. Fuente: dossier *España Hoy 2007*, editado por La Moncloa. Disponible en http://www.la-moncloa.es/docs/pdfs/EspaniaHoy/ESP07_00.pdf. Consultado el 13 de octubre de 2007. Datos para las audiencias proporcionados por Sofres. Datos sobre la difusión de los medios de la OJD.

más pasiva. Para explorar esta posibilidad con evidencia empírica se ha utilizado la ESE, en que se pregunta por la frecuencia con que se siguen distintos medios en general y por la frecuencia con que las personas se informan sobre política a través de estos medios. Las preguntas contemplan siete opciones de respuesta de menos a más frecuencia, siendo 0 “nunca” y 7 “más de tres horas a la semana”⁸⁸. Se han analizado las correlaciones de estas variables con el factor de implicación política para España y para los países incluidos en la Encuesta Social Europea en 2002, 2004 y 2006. Los resultados se exponen en la tabla 6.4. Si prestamos atención a los coeficientes de Pearson relativos a España, podemos extraer una serie de conclusiones.

	1ª ola (2002-2003)		2ª ola (2004-2005)		3ª ola (2006-2007)	
	España	Europa Occidental.	España	Europa Occidental	España	Europa Occidental.
<i>Frecuencia con que mira la TV a la semana</i>	-0,02	-0,08**	-0,15**	-0,07**	-0,05*	-0,05**
<i>Seguimiento de noticias pol. en TV</i>	0,17**	0,19**	0,14**	0,23**	0,13**	0,21**
<i>Frecuencia con que escucha la radio a la semana</i>	0,11**	0,03**	0,11**	0,03**	0,14**	0,05**
<i>Seguimiento de noticias pol. en la radio</i>	0,08**	0,16**	0,19**	0,17**	0,20**	0,15**
<i>Frecuencia con que lee la prensa a la semana</i>	0,27**	0,24**	0,29**	0,23**	0,27**	0,24**
<i>Seguimiento de noticias pol. en prensa</i>	0,18**	0,29**	0,20**	0,31**	0,20**	0,30**

Fuente: elaboración propia a partir de las tres olas de la Encuesta Social Europea. Los coeficientes significativos se señalan con un asterisco (*) si la correlación es significativa para un nivel de confianza del 95% y con dos asteriscos (**) si es significativa para un nivel de confianza del 99% (bilateral).

En primer lugar, mirar la televisión con mucha frecuencia tiene un efecto negativo sobre la implicación política de los españoles, lo mismo que en el resto de Europa, aunque en este último caso de manera más acusada. Seguir las noticias por la televisión en España tiene un efecto positivo sobre la implicación política subjetiva, aunque este efecto está disminuyendo en los últimos años y es menos intenso que en el resto de Europa. En contraste, escuchar la radio en general y las noticias radiadas en particular tiene un efecto positivo sobre la implicación política, más intenso en España que en Europa, y más acusado a medida que pasa el tiempo. La prensa es el medio de comunicación que más efecto tiene sobre la implicación política subjetiva. Leer prensa con frecuencia en España se relaciona con el factor de implicación política subjetiva con una R de Pearson que llega casi a 0,3 en 2004. El efecto de informarse sobre política por este medio, sin embargo, es más destacado en el resto de países participantes en la Encuesta Social Europea que en España.

En definitiva, se ha mostrado en este epígrafe que el quinto agente de socialización (los medios de comunicación) parece tener un efecto de importante magnitud sobre la implicación política de los ciudadanos. La evidencia sugiere que ese efecto es de distinta magnitud dependiendo del canal al que el ciudadano recurra para informarse, así como del tipo de información a que se exponga. Además, dicha magnitud varía entre los países europeos de forma considerable. Hasta aquí la discusión de los

⁸⁸ Las opciones de respuesta de estas preguntas sobre frecuencia de seguimiento de medios son: 0 (nada en absoluto), 1 (menos de media hora), 2 (entre media hora y una hora), 3 (entre una hora y hora y media), 4 (entre hora y media y dos horas), 5 (entre dos horas y dos horas y media), 6 (entre dos horas y media y tres horas) y 7 (más de 3 horas).

distintos agentes de socialización que la literatura ha contemplado. En el siguiente apartado se discute acerca de las fases del proceso de socialización más importantes en la formación de actitudes políticas.

6.1.2. Las fases primaria y secundaria de la socialización política.

Como se ha expuesto en la introducción de este apartado, uno de los principales debates en torno a la socialización política discute qué fase de este proceso tiene preponderancia en la formación de actitudes. Según una convención de esta literatura, la socialización política, entendida como el proceso por el que las personas entran a formar parte de la sociedad, se estructuraría en dos fases complementarias. En la fase primaria, el niño percibe y asume su pertenencia al mundo y a la sociedad, así como las características de dicho mundo. Una segunda fase, denominada secundaria, es aquella en que los ciudadanos internalizan las instituciones, las reglas, costumbres y normas propias del contexto social y político en el que viven, ya en la edad adulta (Berger y Luckman 1989).

Los estudios en sociología y psicología sobre el proceso de socialización política se centraron inicialmente en la influencia de la familia en la etapa más temprana de la formación de la personalidad. La principal hipótesis que se defendía en estos estudios es que las actitudes se forman en la infancia, por lo que las probabilidades de que éstas cambiaran posteriormente eran prácticamente nulas. Esto es lo que se conoce en la literatura como “principio de primacía” o de resistencia creciente al cambio actitudinal (Glenn 1974, Markus 1979, Sears 1981). Paralelamente, se postuló el “principio de estructuración”, según el cual las actitudes adquiridas en la infancia estructuraban –condicionaban- las orientaciones que los ciudadanos manifestaban en la edad adulta (Searing et al. 1973).

La voluntad de comprobar la relación entre actitudes infantiles y adultas motivó la atención a los años posteriores a la escuela primaria y, en concreto, a los “años impresionables”. Como vimos en el quinto capítulo, la hipótesis de los años impresionables sostiene que los individuos desarrollan más hábitos y actitudes políticas entre la adolescencia y los primeros años de la vida adulta (Mannheim 1952). Opino que esta teoría responde a un contexto en que las características y el funcionamiento de la sociedad eran muy diferentes a la actualidad. Ya se han apuntado las numerosas transformaciones sociales acaecidas en el último cuarto del siglo XX; pero en lo que se refiere al ciclo vital de los ciudadanos también se han producido cambios significativos. Para empezar, algunos de los principales agentes de socialización, como es el caso del trabajo, no han tenido tiempo de interactuar con los individuos en los años impresionables. En efecto, los jóvenes se caracterizan por el retraso en todas las etapas del curso de vida con respecto a sus padres: alargan el período de educación, retrasan su incorporación al mercado de trabajo, su emancipación y la decisión de tener el primer hijo. Asimismo, sus carreras laborales son discontinuas, poco estables, y no gozan de la estabilidad económica y del grado de integración social de otras generaciones (Requena 1991).

Con posterioridad a los análisis sobre la formación temprana de actitudes o los efectos de los años impresionables, numerosos estudios concluyeron que las actitudes cambian a lo largo de la vida de los ciudadanos por la acción cotidiana de los agentes de socialización (Connell 1971, Jennings y Niemi 1981, Cook 1985, Rosenberg 1985). Esta evidencia provocó la consideración de una segunda etapa en el proceso de socialización, la denominada “socialización secundaria”, en que operan otros

agentes de socialización distintos a la familia o las instituciones educativas: amigos, sindicatos, organizaciones sociales, medios de comunicación, e, incluso, ciertos elementos del sistema político.

La ampliación del período vital a lo largo del cual se generan y desarrollan las orientaciones políticas constituyó un avance significativo al contemplar la posibilidad del cambio de actitudes durante la vida del ciudadano. No obstante, la balanza volvió a desequilibrarse, de modo que la mayoría de estos estudios omitían la posibilidad de que una parte de estas actitudes se formase en la infancia (Sigel 1989). Finalmente, el péndulo entre la importancia de la infancia y del período adulto ha vuelto a oscilar. Las más recientes aproximaciones a la influencia de la socialización en las actitudes siguen careciendo de una visión integrada y completa de la socialización política del ciudadano. Como reacción ante la desatención al período infantil de la socialización política en los años ochenta, los autores que actualmente estudian los procesos de socialización se centran casi exclusivamente en la etapa de la infancia. Por tanto, nos encontraríamos en un momento similar al que atravesó esta corriente en los años sesenta y setenta: se acepta que las actitudes relacionadas con la implicación política se forman en la infancia, aunque esto conlleva una serie de limitaciones. La más grave consiste en ignorar la evidencia empírica que demuestra la importancia del trabajo, los amigos o los medios de comunicación en la formación y cambio de las actitudes a lo largo de la vida.

A la luz de la literatura revisada, se hace evidente la necesidad de una visión integral de la socialización política. Aquí voy a defender esta perspectiva integrada de la socialización política, en el sentido de que consideraré ambas fases de socialización en la formación de la implicación política subjetiva. En el análisis empírico que se presenta en las siguientes páginas consideraré los efectos de todos los agentes de socialización descritos hasta ahora en las dos etapas. Se demostrará que la implicación política está influida en mayor medida por los agentes de socialización de la fase adulta. Y ello por el hecho de que la política es un asunto propio de la vida adulta, ya que es a partir de la mayoría de edad que los ciudadanos se convierten electores objeto de la atención de las élites políticas, organizaciones de intereses y movimientos sociales. Sin embargo, también se defiende que no podemos omitir la fase primaria de la socialización si queremos comprender por qué algunos individuos están más implicados psicológicamente con la política que otros. La razón es que ambas fases se relacionan causalmente dando lugar a una serie de patrones de educación que podemos llamar "socialización activa". En el siguiente apartado se explican sus características y mecanismos.

6.2. Un modelo integrado de socialización política activa.

En este apartado se propone un modelo de socialización política activa, esto es, orientado a favorecer la implicación de los ciudadanos con la política. Asimismo, se enumeran las hipótesis que comprobaremos empíricamente en los próximos apartados. Para ello, partiremos del supuesto más extendido en la literatura sobre socialización política, y es que ésta se desarrolla en dos etapas básicas: infancia y período adulto. En cada una de estas etapas entran en juego distintos agentes de socialización ya descritos. Éstos contribuyen al desarrollo de la implicación del individuo con lo político a través de sus propias actitudes, manifestadas en la discusión sobre política o la militancia política explícita. Pero también a través de mecanismos psicológicos más sutiles, tales como el

establecimiento de pautas de relación con el individuo que le hagan sentirse capaz de interactuar eficazmente con su entorno. Estos climas o patrones de relación horizontales –por oposición a los jerárquicos y tradicionales- también pueden propiciar el sentimiento de capacidad del ciudadano para comprender lo que ocurre en su entorno.

El principal mecanismo por el que los agentes de socialización influyen en la formación y cambio de percepciones sobre política es a través de la discusión de asuntos políticos. Ésta supone un proceso de adquisición de orientaciones políticas muy distinto a la transmisión defendida en los primeros estudios sobre socialización. Esta actividad implica la exposición de argumentos y el razonamiento, por lo que podemos caracterizar la discusión sobre política como un proceso racional y, por tanto, acorde con la construcción de actitudes defendida aquí. Discutir implica conflicto, intercambio y generación de opiniones e información. La discusión sobre política aporta al individuo estímulos cognitivos, evaluativos y emotivos sobre elementos del sistema político, mejora el concepto que tiene de sí mismo como alguien capaz de comprender la política y lo anima a desarrollar sus propias actitudes valorativas sobre el tema que se discute (Dahl 1985, Galston 1988 y 1999, Torney-Purta 2004). Todos los mecanismos activados por la discusión sobre política aumentan el interés y la eficacia política interna, las dos principales actitudes que conforman la implicación política subjetiva⁸⁹.

Como se apuntó anteriormente, la discusión sobre política ha sido considerada por algunos autores una manifestación misma de la implicación política (Inglehart M.L.1981, Banducci 2003) e incluso como un tipo de participación política, y no como una actitud previa a ésta. Por este motivo, algunos estudios que consideran la discusión sobre política una consecuencia del hecho de estar implicado. Pero existen diversas razones por las que deseamos esta posibilidad aquí. Fundamentalmente, la discusión sobre política en la infancia con cualquier agente de socialización política no puede ser de ninguna manera consecuencia o parte del fenómeno estudiado, al situarse en un momento anterior a la medición de nuestro objeto de estudio (Lazarsfeld 1969).

Respecto a las discusiones sobre política que el entrevistado dice tener en el momento de medición de su implicación política subjetiva, la redacción y situación de la pregunta en los cuestionarios hace improbable que implicación y discusión sean el mismo fenómeno. Su formulación exacta es: “Cuando Ud. se reúne con sus amigos, parientes o compañeros de trabajo, ¿con qué frecuencia hablan de política?”. Se trata de una pregunta que indaga en la frecuencia con que los amigos, familiares o compañeros hablan de política entre ellos y con el entrevistado, y no de la frecuencia con que éste provoca discusiones de contenido político. Dicho de otra manera, se pregunta por la politización del entorno social del individuo, lo que difícilmente puede ser consecuencia inmediata de su implicación.

Además, existe una razón empírica para defender que la discusión sobre política es un factor que explica la implicación política subjetiva y no una manifestación de ésta, y es que la relación entre ambos fenómenos dista de ser perfecta. Dicha asociación se presenta en la tabla 6.5, en que aparece

⁸⁹ Para una revisión completa del papel de la discusión política sobre las actitudes cívicas, así como para consultar un ejemplo empírico que comprueba la influencia de la discusión cotidiana sobre la autonomía y la eficacia política interna, ver Searing et al. (2004).

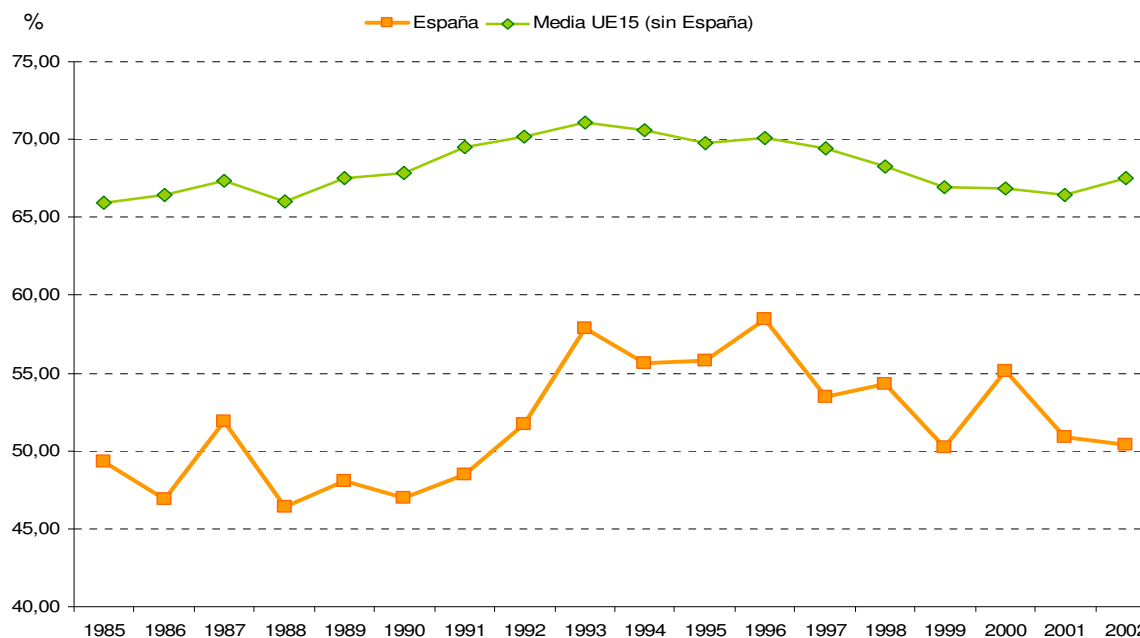
el porcentaje de ciudadanos interesados por la política entre aquellos que discuten con mucha o bastante frecuencia sobre estos temas. Como el lector puede apreciar, en 1989, 2002, 2004 y 2006 casi la mitad de los españoles que más discutían sobre política declaran no interesarse por este fenómeno, un dato que hemos de poner de nuevo en relación con la percepción negativa de la política en España.

	1989	1996	2002	2004	2006
<i>Poco/ningún interés</i>	45,15%	26,7%	46,8%	45,2%	46,1%
<i>Mucho/ Bastante interés</i>	54,8%	73,3%	53,2%	54,8%	53,9%
Total	100%	100%	100%	100%	100%
N	897	681	1460	1060	1348

Fuente: elaboración propia a partir de las encuestas del CIS 1788 (1989), 2218 (1996), 2450 (2002), 2575 (2004) y 2632 (2006).

Por otra parte, la serie representada en la figura 6.6 indica que el grado de discusión sobre política de los españoles es muy inferior al de otros países europeos. Mientras que entre 1985 y 2002 un promedio del 67% de ciudadanos de la UE15 discutía habitualmente sobre política; en España este porcentaje no llega a alcanzar nunca el 60%. En el caso español son destacables los niveles de discusión política alcanzados en 1993, 1996 y 2000, en los tres casos, años de elecciones.

Figura 6.6. Discusión sobre política en los países de la UE15 y España. % que discute frecuentemente u ocasionalmente.

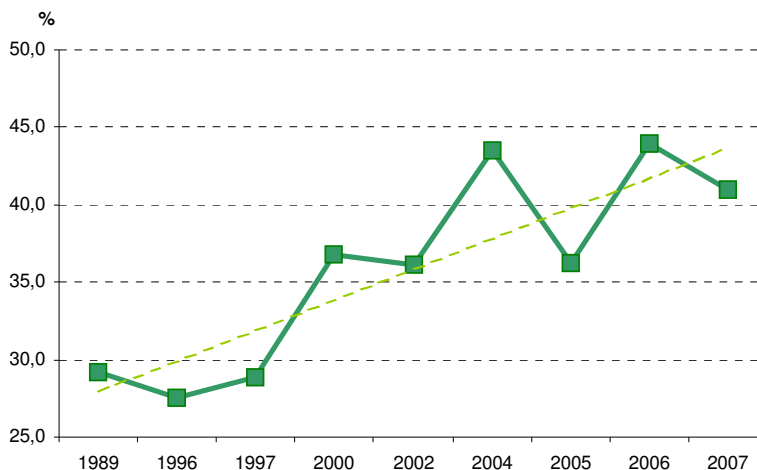


Fuente: elaboración propia a partir de datos del Eurobarómetro.

La figura 6.7 muestra la evolución de este mismo indicador a partir de datos del CIS. En el gráfico aparece representado el porcentaje de entrevistados que afirmaron discutir muy frecuentemente o bastante frecuentemente sobre política. Los años en que más españoles afirman discutir frecuentemente sobre política son 2004, 2006 y 2007; aunque en ningún caso alcanzan el 45%

de la población. Este indicador varía 15 puntos entre sus valores mínimo y máximo, y cabe también destacar la variación interanual de casi ocho puntos en los períodos 1997-2000, 2002-2004 y 2005-2006. Estos datos indican que la discusión sobre política es lo suficientemente variable como para depender a su vez de aspectos relacionados con el contexto o la coyuntura política, más que de la propensión a implicarse psicológicamente con la política del individuo⁹⁰.

Figura 6.7. Proporción de españoles que declaran hablar muy o bastante frecuentemente sobre política.



Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1788 (1989), 2218 (1996) 2240 (1997), 2387 (2000), 2575 (2004), 2620 (2005), 2632 (2006)⁹¹.

Así pues, aquí se defiende que la discusión sobre política potencia tanto el interés como la eficacia política interna en cualquier momento de la vida del individuo. Ahora bien, la propensión de la ciudadanía a participar en este tipo de conversaciones será distinta en función del hábito que el ciudadano tenga con respecto a estas prácticas. Así, los individuos que desde muy jóvenes estén acostumbrados a discutir de política en casa o en la escuela serán más receptivos a involucrarse en este tipo de conversaciones en etapas posteriores de su ciclo vital.

Con esto no estamos sugiriendo que la implicación sea de formación temprana y resistente al cambio, como asume la mayor parte de la literatura, sino que el individuo sería más permeable a ciertos factores condicionantes de la socialización si ya ha estado en contacto con ellos anteriormente. Un individuo que en su infancia haya sido predispuesto por su familia, colegio o grupo de iguales contra la política podría aún orientarse con interés hacia ésta en su vida adulta como resultado de su interacción con un nuevo grupo de amigos o sindicato, o como consecuencia de un contexto político especialmente intenso o conflictivo. Pero, lógicamente, la implicación política surgirá con mayor probabilidad en individuos predispuestos a favor de estas actitudes desde su infancia. De esta manera, aquellos que aprendieron en la infancia a exponer argumentos y dialogar sobre política, lo harán con más facilidad en años posteriores que los que tienen que adquirir esa base previa. Por ejemplo,

⁹⁰ De hecho, en el capítulo 3 vimos que el porcentaje de personas implicadas es modesto (más que el de personas que hablan frecuentemente sobre política) y que su variabilidad es menor.

⁹¹ Los datos para 2006 y 2007 representan aquellos que afirmaron hablar "a menudo" o "algunas veces" con los amigos sobre política

alguien que se informa sobre política a través de los medios de será más consciente de los asuntos políticos de importancia y se sentirá más capaz de comprenderlos. Pero esta condición se presentará con mayor probabilidad si en su infancia se ha promovido este sentido crítico, se ha familiarizado con la política como algo cotidiano y accesible y se le ha proveído con recursos culturales y cognitivos útiles en la esfera de lo público.

En definitiva, existe una relación de dependencia que va de la socialización primaria a la secundaria. En mi opinión, explicitar y someter a prueba empírica esta relación contribuye en gran medida al debate sobre la importancia relativa de las fases de socialización, demostrando el mecanismo que las vincula a la implicación política. En este sentido la principal hipótesis que se defiende aquí es que el efecto de la socialización primaria (y de los agentes implicados en ella) sobre la implicación política de los ciudadanos es indirecto, y se manifiesta a través de su influencia en el proceso de socialización secundaria. En cambio, el efecto de la socialización secundaria (y de los agentes implicados en ella) en la implicación política es directo. Esto supone que ambas fases son importantes para comprender las diferencias en los niveles individuales de implicación política, pero que algunas variables relativas a la socialización adulta ya recogen, de hecho, el efecto de la socialización primaria.

Asimismo, controlaré el efecto de los procesos de la aquí denominada “socialización política activa” por la influencia de dos fenómenos también relacionados con la socialización política: el efecto cohorte y el papel de los eventos. Se intentará demostrar que el modelo de socialización política activa funciona a la hora de explicar la implicación de las distintas cohortes por igual, con la única excepción de la cohorte más anciana. Esta última presentará patrones de socialización tradicional y significativamente distintos a los del resto de generaciones. Dichos patrones se caracterizarán por una mayor importancia de la familia – y, probablemente, de otros agentes comunitarios que han perdido capacidad de influencia como los partidos políticos o la iglesia, de los que no nos ocuparemos aquí. En contraste, para esta generación los medios de comunicación audiovisuales constituyen agentes de socialización mucho menos importantes que para el resto de generaciones.

Las cohortes, operacionalizadas como en el capítulo anterior, servirán también para controlar el efecto de los agentes y fases de la socialización por el de los distintos períodos históricos experimentados durante los años impresionables del individuo. Pero más explícitamente, comprobaré si el modelo integrado de socialización política funciona de la misma manera para aquellos ciudadanos que han manifestado sentirse influidos por algún suceso de naturaleza política ocurrido a lo largo de su vida frente a los que declaran no sentirse influidos por ninguno. Por tanto, en este capítulo se comprueban empíricamente las siguientes hipótesis:

H6.1) La fase secundaria de la socialización explica mejor la implicación política subjetiva que la fase primaria, aunque esta última también resultará explicativa en alguna medida.

H6.2) Las fases primaria y secundaria de la socialización política mantienen una relación de dependencia.

H6.3) Una socialización política activa aumenta la propensión a la implicación política subjetiva independientemente de la cohorte de pertenencia y de si el individuo se siente influido por eventos políticos de gran calado.

6.3. Datos y técnica de análisis: la importancia del *path analysis* en el estudio de la socialización política.

En la disciplina de la Ciencia Política se ha enfocado el tema de la socialización política analizando los efectos de la edad, el período, las cohortes y el ciclo vital sobre el cambio actitudinal. Este tipo de análisis se denomina en la literatura anglosajona *APC models*. Sus siglas se corresponden con *Age, Period and Cohort*, los tres elementos que configuran los principales efectos de la socialización y que estos estudios tratan de aislar. Para llevar a cabo este tipo de análisis, se requiere el uso de encuestas panel, bastante escasas en España. Dichas encuestas, caracterizadas por la recogida de información de los mismos entrevistados para distintos puntos en el tiempo, permiten analizar el proceso de transmisión intergeneracional de valores, el cambio o adaptación de éstos a lo largo de la vida de un individuo, y la influencia del contexto socioeconómico del hogar sobre la formación de actitudes.

Aparte de las dificultades de obtención de datos panel, existe un problema técnico ineludible en este tipo de estudios conocido como el problema de la identificación. El mismo surge cuando se pretende analizar de forma simultánea los efectos de la edad, el periodo y las cohortes sobre una actitud política. Para ello se utiliza una información muy parecida para cada observación; lo que genera un problema de eficiencia estadística en los análisis empíricos de este tipo. Una posible solución a este problema pasa por restringir los parámetros para que sean iguales o proporcionales, con los consiguientes problemas para justificar teóricamente esta estrategia. Por este motivo, la mayoría de investigadores prescinden de alguna de estas variables en sus análisis. La primera sacrificada suele ser la edad; en vistas del consenso que existe acerca del escaso interés por la política que comparten jóvenes y ancianos, y que ya analizamos detalladamente en el cuarto capítulo.

En cuanto al período, se trata de mostrar el efecto que ciertos sucesos críticos podrían causar sobre las actitudes en todas las generaciones de una manera relativamente rápida, y se manifiesta por un cambio en los niveles agregados de una determinada actitud política para todos los entrevistados. Como se indicó en el capítulo anterior, existen serias dificultades para aislar el impacto del evento, por lo que en su lugar suele utilizarse el momento en que se recogen los datos –por ejemplo, el año en que fue realizada la encuesta- como variable aproximativa del efecto del período. Por todos estos motivos, gran parte de los estudios sobre actitudes que declaran interesarse por la socialización se limitan a hacer análisis por cohortes. En ellos podemos ver, ciertamente, algunos efectos del ciclo vital y algunos cambios agregados y similares para todas las cohortes que apuntan a efectos del período.

Sin embargo, los estudios de cohortes no informan sobre las acciones de los agentes que conducen a la implicación política; sólo arrojan evidencia relevante en los casos de estudios de actitudes desde un punto de vista agregado y longitudinal. Esto impide conocer, a nivel individual, qué patrones promueven la implicación, o si el entorno social inmediato de un individuo –y no sólo los

grandes cambios económicos, sociales y políticos- afectan a sus percepciones. Además, las cohortes como factor explicativo omiten la posibilidad de que la implicación política subjetiva pueda generarse en otro momento de la vida que no sea el que se utiliza para crear las cohortes. Si los componentes de la implicación política son cambiantes (Sears 1990), y algunos de ellos lo bastante concretos como para generarse en momentos de la vida posteriores a la infancia (Pollack y Mishler 2003), resulta poco útil centrarse en un momento de la socialización.

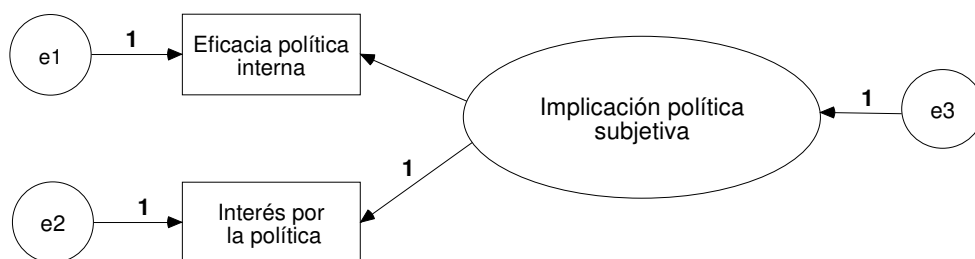
Finalmente, los modelos APC y los estudios de cohortes no permiten analizar el efecto indirecto de las variables que intervienen en el proceso de socialización. Por este motivo me he inclinado por una técnica que sí permite desglosar los efectos directos e indirectos de los factores explicativos. De esta manera podremos conservar el potencial explicativo de ambas fases de la socialización política y explicar su relación que, como se ha expuesto, sería de dependencia. Dicha técnica es el análisis de senderos (*path analysis*), el cual permite la estimación de relaciones directas e indirectas entre la variable dependiente y las independientes (así como también entre las variables independientes) a través del uso de ecuaciones estructurales. Estas últimas permiten el análisis de indicadores de variables latentes excluyendo el error de medición y permitiendo el control de las relaciones por el posible efecto de otros factores (Byrne 2001)⁹². Para ello, se utilizarán los datos de una encuesta que contiene información retrospectiva que permite operacionalizar el efecto de los principales agentes de socialización presentados hasta el momento. Se trata de la encuesta CIS 2450, realizada en 2002.

Por lo que respecta a la variable dependiente, la implicación política subjetiva, se ha realizado un análisis factorial a partir del interés por la política y de la eficacia política interna. La figura 6.8 resume el esquema de construcción de la variable “implicación política”, cuyas puntuaciones se presentan en la tabla 6.6. El análisis factorial confirmatorio que ejemplifica la figura 6.8 ha devuelto un único factor, confirmando la pertenencia del interés y la eficacia política a una misma dimensión actitudinal⁹³.

⁹² Por otra parte, los estadísticos que producen programas como AMOS –el utilizado en este caso- o EQS permiten contrastar la validez de un modelo con otros modelos alternativos y, por lo tanto, enfrentar teorías e hipótesis.

⁹³ No se ha estimado la implicación política mediante ecuaciones estructurales por la naturaleza dicotómica de la eficacia política interna. Este tipo de variables no se distribuyen normalmente, por lo que generan errores estándar y tests de significación de parámetros sesgados en las ecuaciones estructurales. Realizar un análisis factorial previo al análisis de ecuaciones estructurales evita las covarianzas negativas que generaría la presencia de la eficacia política interna en los modelos y el hecho de que AMOS los considere “no admisibles”, además de simplificar el análisis al reducir el número de parámetros a estimar. Por otra parte, en el capítulo 3 se argumentó exhaustivamente la pertenencia del interés y la eficacia a la variable latente implicación política subjetiva.

Figura 6.8. Diagrama de la variable dependiente latente “implicación política subjetiva”.



Fuente: elaboración propia.

Tabla 6.6. Puntuaciones del factor de implicación política subjetiva		
	<i>Extracción</i>	<i>Componente</i>
Factor de implicación política subjetiva. Interés y Eficacia política interna.	,667	,817
% de la varianza	66,7	

Fuente: elaboración propia a partir de la encuesta CIS 2450.

Uno de los supuestos de partida de la estimación con ecuaciones estructurales es la necesidad de que el modelo teórico propuesto esté identificado. Esto significa que cada parámetro estimado –las varianzas de los residuos, los coeficientes del análisis de senderos, los pesos de los componentes de cada factor y las varianzas de éstos –sólo puede tener una solución. Para cumplir con este supuesto, es importante tener suficientes grados de libertad; es decir, que existan más elementos conocidos que parámetros a estimar. Por este motivo, algunos de los coeficientes son inicialmente fijados a 1, en el caso de que la teoría avale que existe una relación fuerte entre dos variables. Otra de las limitaciones de este tipo de estimación es que no pueden incluirse casos perdidos. Para solventar este último problema sin reducir considerablemente la base de datos, se ha realizado una estimación de máxima verosimilitud de los parámetros, estimando también sus medias y constantes.

Seguidamente, especificaremos tres ecuaciones: una relativa a la socialización primaria; otra relativa a la socialización secundaria y una tercera que somete a prueba el modelo integrado de socialización política, esto es, que contempla aspectos de la socialización infantil y adulta. Las tres estimaciones comparten idéntica operacionalización de las variables independientes, detallada en la tabla 6.7.

En dicha tabla observamos que la frecuencia de discusión sobre política en la infancia se ha utilizado para captar el grado de politización de los entornos escolares y familiares del individuo. Este indicador da una idea del estilo pedagógico de estos agentes de socialización y de la medida en que promueven el sentido crítico y las dinámicas horizontales mediante el debate. La discusión sobre política, como ya se ha argumentado, también se ha considerado la mejor opción para aproximar la acción socializadora del grupo de iguales en el período adulto.

Tabla 6.7: Operacionalización de la Socialización Política Activa a partir de la encuesta CIS 2450.

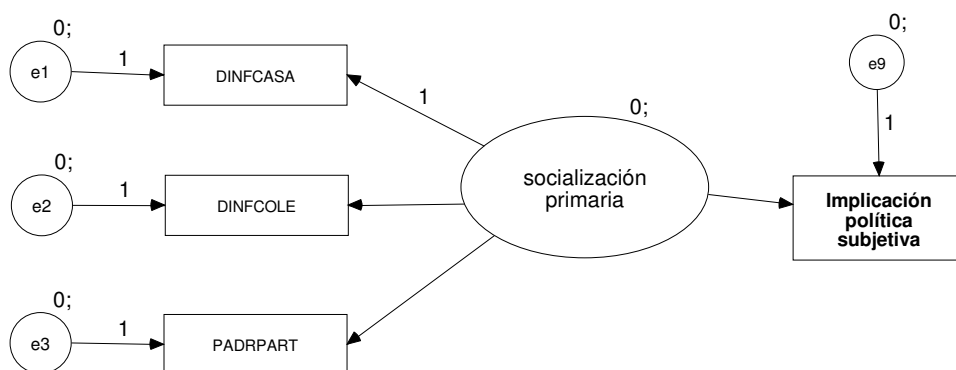
FASE	AGENTE	MECANISMO CAUSAL	VARIABLE	PREGUNTA	CODIFICACIÓN
SOCIALIZACIÓN PRIMARIA	FAMILIA	Sentimiento de capacitación, preocupación por lo público y conocimientos políticos.	<i>DINFCASA</i>	P8a: Durante su infancia o adolescencia, ¿recuerda con qué frecuencia se solía hablar o discutir de política en su casa?	3 (a menudo)-0 (nunca, N.S, N.C)
		Aprender roles activos	<i>PADRPART</i>	P9: ¿recuerda si su padre o su madre (o tutor/a) participaban en algún tipo de asociación u organización?	1= sí. Todos los demás valores=0.
	COLEGIO	Clima escolar horizontal. Sentimiento de capacitación, preocupación por lo público y conocimientos políticos.	<i>DINFCOLE</i>	P8b: durante su infancia o adolescencia, ¿recuerda con qué frecuencia se solía hablar o discutir de política en su colegio o instituto?	3 (a menudo)-0 (nunca, N.S, N.C)
SOCIALIZACIÓN SECUNDARIA	GRUPO DE IGUALES	Sentimiento de capacitación, preocupación por lo público y conocimientos políticos	<i>DISCAMIG</i>	P7: ¿con qué frecuencia diría Ud. que habla o discute de política cuando se reúne con sus amigos?	3 (a menudo)-0 (nunca, N.S, N.C)
	MEDIOS DE COMUNICACIÓN	Conocimientos sobre política, preocupación por lo público.	<i>TVRADIO</i>	P.33. ¿Con qué frecuencia escucha o ve las noticias en la radio o la televisión?	4 (todos los días) a 0 (nunca, N.S, N.C.)
			<i>PRENSPOL</i>	P33: ¿Con qué frecuencia lee las secciones políticas de los periódicos?	4 (todos los días) a 0 (nunca, N.S, N.C).
	TRABAJO	Sentimiento de autonomía y capacitación	<i>INLFLTRAB</i>	P69. ¿qué posibilidades cree Ud. que tiene para influir en el ambiente de trabajo?	Escala de 0 a 10. Los que no trabajan (sysmis) = 0.
COHORTES	V.CONTROL	Efecto cohorte	<i>COHORTE</i>	Nacidos antes de 1922=Coh1 Nacidos entre 1923 y 1937=Coh2 Nacidos entre 1938 y 1952=Coh3 Nacidos entre 1953 y 1962=Coh4 Nacidos entre 1963 y 1967=Coh5 Nacidos después de 1968=Coh6	1= pertenece a esa cohorte. 0= pertenece a otra.
EVENTO	V.CONTROL	Efecto período.	<i>HECHO</i>	P.13. ¿Diría Ud. que ha habido algún hecho, circunstancia o período político o social que haya influido especialmente en su forma de pensar?	1= Si 0= no, Ns., Nc.

Fuente: elaboración propia.

Asimismo, se ha tenido en cuenta que la práctica participativa de los padres es un factor que aproxima la labor socializadora de la familia en la promoción de la implicación política de sus miembros. En cuanto al trabajo, el clima más o menos horizontal del mismo se ha intentado captar a través de las posibilidades que el entrevistado cree que tiene de influir en su ambiente de trabajo, lo que promoverá indirectamente su eficacia política. Finalmente, se ha considerado que las personas que se informan más frecuentemente sobre política por radio, televisión o prensa tendrán una mayor propensión a implicarse subjetivamente con estos temas. En la tabla 6.7 también aparece la operacionalización de las dos variables de control propuestas, las cohortes y los sucesos que el propio entrevistado destaca como relevantes en su proceso de formación de actitudes.

Las dos primeras ecuaciones (figuras 6.9 y 6.10) someten a prueba empírica la hipótesis relativa a la distinta influencia de las fases primaria y secundaria. A través de ellas se pretende comprobar que, si bien la fase secundaria es presumiblemente más importante, lo ocurrido en la infancia también es relevante para explicar las diferencias en el grado de implicación política subjetiva de los individuos. La primera de dichas ecuaciones explicita el efecto de los distintos agentes de socialización propios de la infancia en la implicación política. Tomando como referencia la literatura al respecto, se ha supuesto que la familia del individuo puede promover una actitud comprometida con la política de dos maneras: mostrando una actitud implicada objetivamente -militando en algún tipo de asociación-, o bien estableciendo un clima de discusión política durante la infancia del individuo. Asimismo, la escuela podría contribuir a la implicación del individuo despertando su capacidad crítica y competencia política, así como transmitiendo conocimientos, mediante la discusión política. La figura 6.9 muestra el planteamiento esquemático de la estimación de esta primera ecuación.

Figura 6.9. Diagrama del Modelo de socialización política activa primaria.

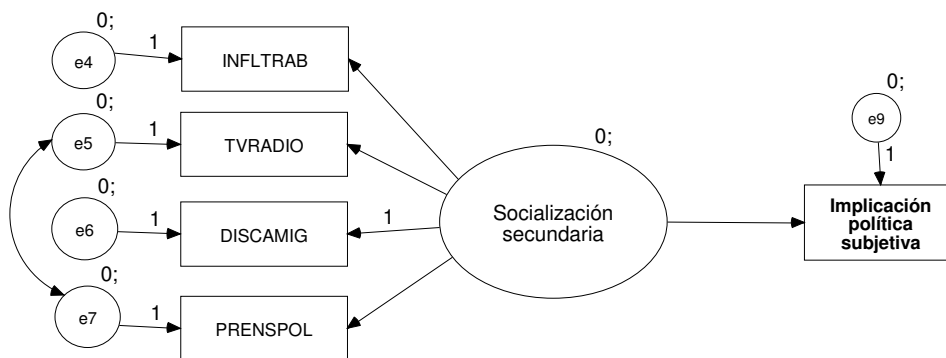


Fuente: elaboración propia.

A continuación se ha especificado una segunda ecuación que pone a prueba el efecto de los agentes de socialización que entran en juego en el periodo adulto, cuyas variables se reflejan en la figura 6.10. Se ha pretendido recoger la mayor complejidad de los procesos de socialización secundaria frente a los primarios incluyendo una variable más en la ecuación, dado que en esta fase el número de agentes que influyen sobre el individuo es mayor. El efecto del trabajo, los medios de comunicación y los amigos han sido aproximados cada uno a partir de una variable que indica,

respectivamente, la capacidad para modificar su ambiente de trabajo que los individuos perciben, la frecuencia con que se obtiene información política en prensa, la televisión o radio, y la frecuencia de discusión política con sus amigos. En este modelo se ha previsto una covariación entre las variables relativas a la frecuencia de consulta de medios de comunicación, ya que aproximan el efecto del mismo agente de socialización.

Figura 6.10: Diagrama del Modelo de socialización política activa secundaria.

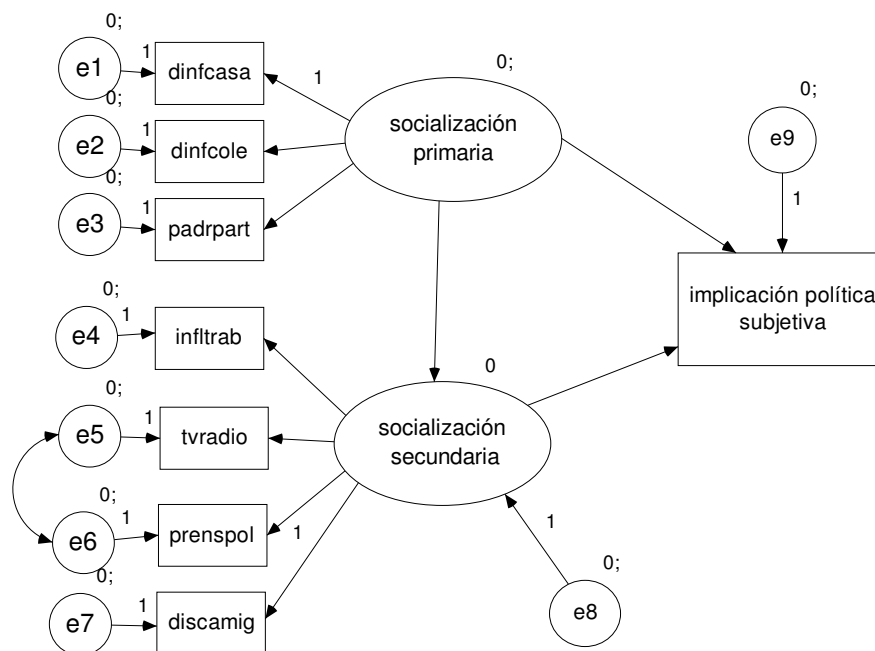


Fuente: elaboración propia.

Finalmente, se ha especificado una última ecuación que pone a prueba el modelo integrado de socialización, representado en la figura 6.11. Conviene aclarar que la finalidad de esta estimación no es conseguir una mayor capacidad explicativa que las dos anteriores, sino demostrar que ambas fases contribuyen a la formación del objeto de estudio y que, por tanto, pueden coexistir en un modelo que por este motivo denominamos “integrado”. Asimismo, la estimación de esta tercera ecuación nos permite comprobar varias cuestiones relevantes para la discusión de la literatura. En primer lugar, hasta qué punto las dos fases de la socialización presentan alguna relación. En concreto, si la socialización primaria influye en la secundaria. En segundo lugar, hasta qué punto las dos fases de socialización presentan una relación directa con la implicación política de los ciudadanos o, por el contrario, la socialización primaria influye en la implicación política de una forma indirecta, a través de su relación con la socialización secundaria.

Con esta finalidad, se han unificado las dos estimaciones resumidas en las figuras 6.9 y 6.10, conservando las mismas restricciones de parámetros y especificando las relaciones de dependencia entre las fases. Como puede comprobarse en la figura 6.11, la única diferencia con los dos modelos de ecuaciones estructurales anteriores es que se ha especificado una relación causal entre la socialización primaria y la secundaria. Mediante el posterior análisis empírico, comprobaremos la validez de la relación de dependencia que va de la socialización primaria a la secundaria –y que supone que la socialización primaria sólo tiene un efecto indirecto sobre la implicación- y el efecto directo de lo vivido en cada una de las fases de la socialización sobre la variable dependiente. Si el análisis empírico va en el mismo sentido que las hipótesis planteadas, el coeficiente de relación entre ambas fases debería resultar significativo, mientras que el coeficiente que vincula directamente la socialización primaria y la implicación no debería ser significativo.

Figura 6.11. Diagrama del Modelo de socialización política activa integrada.



Fuente: elaboración propia.

Para el caso de la última estimación comprobaremos hasta qué punto los resultados de la misma son robustos si comparamos entre generaciones y entre personas que se sienten o no influidas por algún evento político. Se realizará el mismo análisis para cada una de las seis cohortes políticas españolas ya definidas en el capítulo 5. Si el efecto “implicador” de los agentes de socialización es el mismo para todos los grupos especificados, los estadísticos de ajuste de la ecuación integrada deberían ser aceptables en todos los casos. Así, la estructura de la socialización política activa será muy parecida para todas las cohortes –con la salvedad de la cohorte de más edad por los motivos ya expuestos-. Por tanto, se analizarán los estadísticos de ajuste y la significación de los coeficientes para las seis ecuaciones, una por cohorte. Éstas no deberían presentar grandes diferencias especialmente en lo que respecta a las relaciones de dependencia entre fases de socialización e implicación⁹⁴. Finalmente, realizaremos esta misma operación de control sobre dos grupos, divididos en función de si los individuos se manifiestan influidos en su manera de pensar por algún suceso político relevante o no, con la intención de comprobar si los patrones de socialización activa son los mismos en ambos casos. Seguiremos el mismo procedimiento, comparando los ajustes de las ecuaciones estimadas y los coeficientes de cada grupo.

El conjunto de ecuaciones estructurales que comprueba este último y definitivo modelo es el siguiente:

⁹⁴ Esta operación se denomina “comparación multigrupos”. Se trata de una opción de análisis que permite AMOS y que compara la validez de un modelo para muestras distintas aplicando distintos grados de exigencia. Amos permite hasta 8 restricciones diferentes, desde la independencia absoluta de los grupos a la igualdad perfecta entre éstos, generando hasta ocho estimaciones diferentes con sus distintos ajustes y estadísticos con el fin de evaluar cómo de diferentes son los grupos estudiados. En este caso, sólo supondremos que los pesos de los factores son similares –esto es, que los mecanismos y elementos de la “socialización política activa” son los mismos-, poniéndose como única restricción que la estructura de las variables latentes del modelo final sea aproximadamente la misma.

$$\text{Socialización activa primaria} = \alpha_1 + \beta_1 \text{ DINFCASA} + \beta_2 \text{ DINFCOLE} + \beta_2 \text{ PADRPART} + \varepsilon.$$

$$\text{Socialización activa secundaria} = \alpha_2 + \beta_4 \text{ INFLTRAB} + \beta_5 \text{ TVRADIO} + \beta_6 \text{ PRENSPOL} + \beta_7 \text{ DISCAMIG} + \varepsilon$$

$$\text{Implicación política subjetiva} = \alpha_3 + \beta_8 \text{ Socialización primaria} + \beta_9 \text{ Socialización secundaria} + \varepsilon.$$

6.4. Resultados.

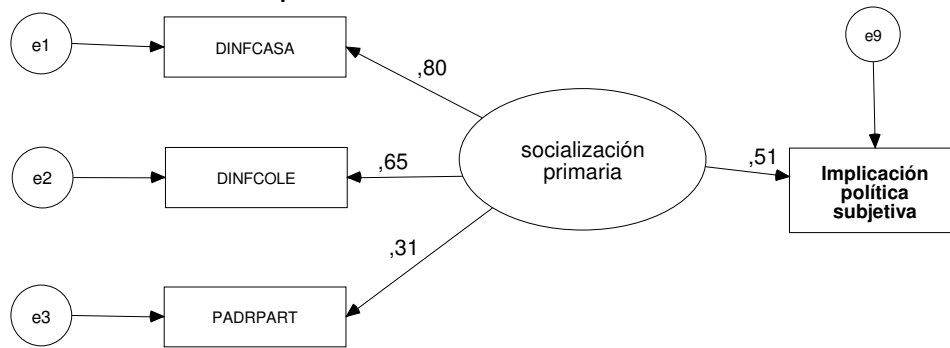
En el siguiente apartado se despejan las ecuaciones estructurales presentadas en las páginas anteriores con el ánimo de someter a prueba empírica las hipótesis causales planteadas. Este apartado se divide en dos. Primeramente, trataremos de dilucidar qué fase de la socialización importa más comparando los ajustes de los dos primeros modelos propuestos, a la vez que exploramos la magnitud de los efectos de los distintos agentes de socialización. A continuación, se comprobará la validez del modelo integrado, prestando especial atención a la significación de las relaciones directas e indirectas entre las fases de la socialización y la implicación política subjetiva. Para terminar, observaremos si este último modelo es igualmente válido para todas las cohortes y para todos los ciudadanos, independientemente de si han vivido o no un suceso político relevante.

6.4.1. La socialización primaria importa, pero menos que la secundaria.

Las figuras 6.12 y 6.13 muestran los coeficientes estandarizados que arroja la estimación de las dos primeras ecuaciones especificadas. Los coeficientes de las regresiones lineales son directamente interpretables, de manera que su valor indica el efecto sobre la variable dependiente –expresado en las unidades de la variable dependiente- cuando la variable independiente aumenta en una unidad. Pero en este caso, la variable dependiente es un factor numérico, por lo que no tiene mucho sentido que éste aumente en una unidad; es más coherente prestar atención a la significación y signo del coeficiente. Por otra parte, los coeficientes están estandarizados con el fin de poder comparar entre distintos modelos. Así, ya no expresan el efecto sobre Y cuando X aumenta una unidad, sino las desviaciones estándar de X necesarias para que Y aumente una desviación estándar. Tomemos, por ejemplo, el primero de los coeficientes, el relativo a la relación entre la discusión sobre política durante la infancia y en el entorno familiar y la socialización primaria. En este caso, 0,8 significa que es necesario que la desviación estándar de *Discinfcasa* aumente en 0,8 puntos para que la desviación estándar del factor “socialización primaria” aumente en una unidad.

Por tanto, la figura 6.12 sugiere que la discusión política en la infancia con la familia tiene un efecto significativo y positivo sobre la implicación política subjetiva, mayor que el que tiene la discusión sobre política en el colegio –que, recordemos, está medida de la misma manera. La influencia de la familia en la formación de la implicación política en la infancia es superior en magnitud a la del colegio, puesto que la discusión política en el hogar presenta un coeficiente mayor que el relativo a la importancia de la discusión en el colegio. Los coeficientes apuntan también una importancia destacada del hecho de hablar sobre política, ya sea en el ámbito familiar o escolar.

Figura 6.12: Resultados de la estimación de la ecuación estructural relativa a la socialización política activa primaria. Coeficientes estandarizados.

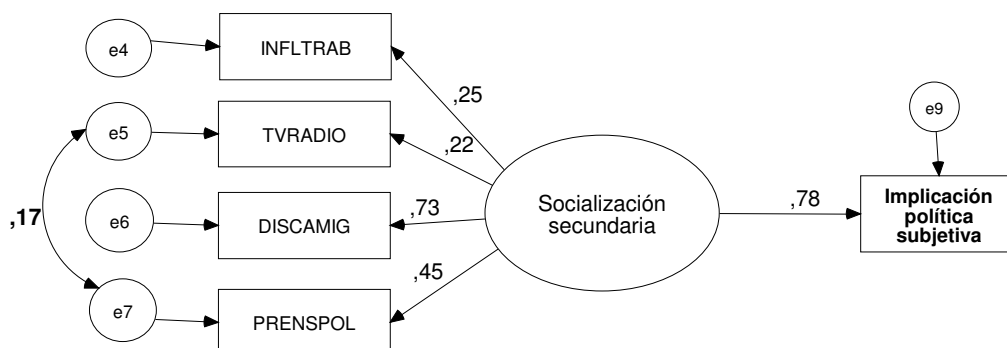


Fuente: elaboración propia a partir de la encuesta CIS 2450 (2002)

En este primer modelo, limitado a las variables propias de la infancia, observamos unos coeficientes modestos, tanto en la vinculación entre el hecho de haber tenido unos padres políticamente activos en el pasado con el factor de socialización primaria, como entre este último y la implicación política subjetiva. Observamos también una preponderancia del hogar como ámbito de socialización política frente al colegio para el caso español; ante lo que cabe preguntarse si esta mayor importancia de la familia se ha mantenido a lo largo de las distintas generaciones de ciudadanos, cuestión que intentaremos resolver mediante el último modelo.

En la figura 6.13 se presentan los resultados del segundo modelo propuesto (ver Fig. 6.10). En este gráfico vemos que, igual que en el caso anterior, todos los parámetros del modelo –los coeficientes de regresión estandarizados y los de correlación entre las variables independientes- han resultado positivos y significativos. Esta figura también delata una vinculación más débil entre las distintas variables y el factor “socialización secundaria” que en el modelo anterior. Esto es hasta cierto punto normal, puesto que la socialización secundaria es más sofisticada. En ella entran en juego más agentes y mecanismos que en la fase anterior, por lo que cada uno de ellos no puede tener tanto protagonismo como los agentes propios de la infancia, cuya acción sería más intensiva. Recordemos que en algunos momentos de la vida, y especialmente en épocas pasadas de la historia, la familia habría sido prácticamente hegemónica en este proceso. No obstante, el coeficiente que relaciona el factor de socialización y la implicación política subjetiva es mayor que en el caso anterior.

Figura 6.13: Resultados de la estimación de la ecuación estructural relativa a la socialización política activa secundaria. Coeficientes estandarizados.



Fuente: elaboración propia a partir de la encuesta CIS 2450 (2002)

Pese a esta última evidencia, no podemos señalar aún qué modelo es mejor para predecir el fenómeno de la implicación política subjetiva sin comparar los estadísticos de ajuste de ambos. En la tabla 6.8 se presentan dichos estadísticos. El segundo modelo presenta más parámetros a estimar y más grados de libertad (4 frente a 2). Sin embargo, a diferencia del primer modelo, el nivel de probabilidad del χ^2 en el segundo caso indica que podemos aceptar la hipótesis nula, que en esta ocasión es que el modelo se ajusta y predice correctamente el fenómeno estudiado. Cabe tener en cuenta que éste es un estadístico que presenta problemas para la evaluación con muestras grandes; puesto que lleva a rechazar los modelos incluso aunque los residuos sean pequeños (Mulaik et al. 1989). Por este motivo hemos recurrido a otro estadístico, basado en la comparación entre la matriz muestral observada y la matriz reproducida. Se trata del RMSEA (*Root Mean Square Error of Approximation*), cuyo valor indica un mejor ajuste del modelo cuanto más cercano sea a 0, considerándose aceptable si es inferior a 0,05 e inaceptable a partir de 0,08 (Browne y Cudeck 1993).

Tabla 6.8: Estadísticos de Ajuste de las ecuaciones de Socialización activa estimadas. N=4252.

	χ^2	Nivel de probabilidad	Grados de libertad	RMSEA (Cercano a 0= buen ajuste)
<i>Ecuación 1. Socialización Primaria</i>	9,409	0,009	2	,030
<i>Ecuación 2. Socialización Secundaria</i>	3,106	,054	4	,000

Fuente: elaboración propia a partir de la encuesta CIS 2450 (2002)

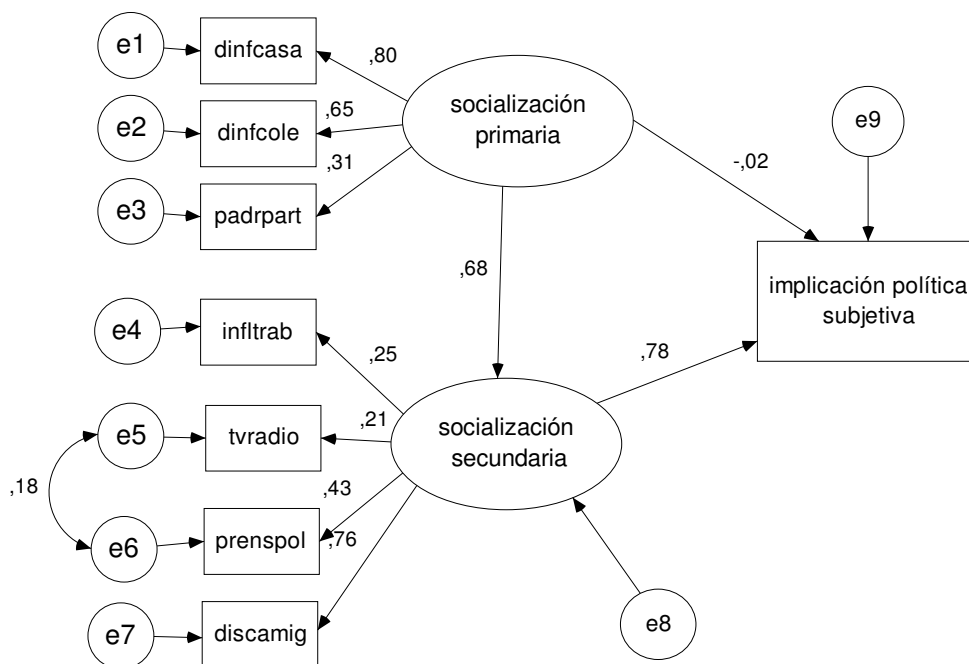
Los estadísticos de esta tabla reconocen cierto poder explicativo a la socialización política primaria, puesto que el valor del RMSEA está por debajo de 0,05; pero son claramente mejores los valores del modelo de socialización secundaria. Este modelo es el que consigue explicar más variación del fenómeno observado según el nivel de probabilidad del χ^2 y los valores del RMSEA, en contra lo que sugería la literatura al respecto y tal y como indicaba la primera hipótesis de este capítulo, confirmándola. Mediante estos dos modelos hemos visto ya que la socialización política infantil no es suficiente para explicar la implicación de los españoles y que un modelo basado en la edad adulta no es sólo coherente desde el punto de vista teórico, sino también empírico. Seguidamente, comprobaremos la validez de un modelo integrado de socialización política. Su finalidad es comprobar si ambas fases pueden coexistir en un mismo modelo, si éstas guardan una relación de dependencia, y si existe una relación indirecta entre socialización primaria e implicación política subjetiva, mediada por la socialización secundaria.

6.4.2. Un modelo integrado de socialización activa controlado por las cohortes y los eventos.

En la figura 6.14 se presentan los resultados del análisis de ecuaciones estructurales para el modelo de socialización política activa integrado. En ésta se aprecia que los pesos de los componentes de los factores son casi idénticos a los dos primeros modelos planteados por separado, también en el hecho de que todos los coeficientes relativos a los pesos de los factores hayan resultado positivos y significativos. Pero el aspecto más interesante del análisis planteado aquí son las relaciones de dependencia entre las fases de la socialización y la variable dependiente. El único coeficiente del análisis que no resulta significativo es el que vincula socialización primaria e implicación política; pese a que el primero de los modelos presentados sugería que tal relación existía aunque no

se ajustase perfectamente a los datos. Así, vemos que, una vez controlado el efecto de la socialización infantil por el de la secundaria, lo ocurrido en la fase primaria no tiene un efecto directo sobre la variable que estudiamos. El efecto de los agentes socializadores primarios condiciona el modelo de socialización adulta y, de esta manera, tiene un impacto sobre la implicación política subjetiva del individuo. El coeficiente significativo de 0,8 que va de la fase primaria a la secundaria de la socialización, el de 0,78 que relaciona esta última con la variable dependiente y el coeficiente no significativo de -0,02 confirman la segunda hipótesis de este trabajo relativa a la relación entre socialización activa primaria y secundaria. No existe, por tanto, una relación directa significativa entre socialización primaria e implicación, sino una relación indirecta mediada por la socialización secundaria⁹⁵.

Figura 6.14. Resultados de la estimación de la ecuación relativa a la socialización política activa integrada. Coeficientes estandarizados.



Fuente: elaboración propia a partir de la encuesta CIS 2450 (2002)

Quedaría todavía por comprobar la última de las hipótesis planteadas en este capítulo, que apostaba por que este modelo sería válido para la mayoría de las cohortes más jóvenes y para todos los ciudadanos, independientemente de si han vivido o no eventos políticos relevantes. A continuación, se procede a controlar el efecto de este modelo de socialización activa por los efectos de las cohortes y los eventos. En primer lugar, se controlará el efecto de las variables propuestas hasta ahora por el posible impacto de las cohortes. El propósito es comprobar si estos patrones de socialización activa son iguales para todas las generaciones con excepción de la de edad más avanzada, y si el efecto de los agentes y de las cohortes son fenómenos independientes. Para ello se ha realizado el mismo

⁹⁵ No es la intención de estas páginas comparar la validez de este tercer modelo integrado de socialización y el que sólo recogía variables relativas a la socialización secundaria. La ecuación que sólo atiende a los efectos de los agentes propios de la vida adulta recoge también los efectos de la infancia, y de manera más eficiente —con menos variables— que este último modelo. No obstante, se advierte que esta tercera y última ecuación presenta un ajuste del modelo correcto, si tomamos en consideración el valor RMSEA, de 0,027; algo mejor que el de la primera ecuación.

análisis para los 6 grupos que configuran las cohortes españolas obteniendo los resultados expuestos en la tabla 6.9.

En la mencionada tabla hemos de reparar, en primer lugar, en la significación del X^2 de estos modelos. La elevada probabilidad de equivocarnos si rechazamos la hipótesis nula –recordemos, que el modelo es correcto- indica que este modelo de socialización política activa integrado se ajusta a todas las cohortes excepto a la sexta y la cuarta. Como hemos dicho, la significación del X^2 es una prueba sensible a las muestras con una N elevada, lo que es precisamente el caso de la sexta cohorte, la más numerosa con 1407 individuos. Por otra parte, su valor del RMSEA es 0,022, muy cercano a cero y uno de los más bajos, junto al que presentan la quinta y segunda cohortes. También el hecho de que los coeficientes del modelo no difieran mucho respecto a los de otros grupos de edad indica que la sexta es una de las cohortes para las que se ajusta mejor el modelo.

Tabla 6.9. Validez del modelo integrado de socialización para las distintas cohortes españolas.

	Cohorte 1	Cohorte 2	Cohorte 3	Cohorte 4	Cohorte 5	Cohorte 6
N	125	752	879	693	389	1407
X^2	25,980	21,078	26,8	33,942	15,377	28,854
Grados de libertad	17	17	17	17	17	17
Nivel de probabilidad	,075	,223	,062	,009	0,568	,036
RMSEA	,065	,018	0,026	0,40	0	,022
<i>Soc.prim-> dinfcasa</i>	,97**	,81**	,73**	,82**	,67**	,81**
<i>Soc.prim-> dinfcole</i>	,48**	,58**	,60**	,67**	,70**	,64**
<i>Soc.prim-> padrpart</i>	,27**	,33**	,28**	,25**	,20**	,29**
<i>Soc.secun-> infltrab</i>	-,02	,11**	,22**	,31**	,22**	,16**
<i>Soc.secun-> tvradio</i>	,07	,17**	,24**	,27**	,15**	,29**
<i>Soc.secun-> prenspol</i>	,33	,37**	,42**	,50**	,42**	,47**
<i>Soc.secun-> discamig</i>	,70**	,73**	,78**	,73**	,74**	,72**
<i>Tvradio<-> prensol</i>	,17	,20**	,18**	,10**	,27**	,11**
<i>Soc.primaria-> soc.secundaria</i>	,81	,69**	,74**	,62**	,69**	,70**
<i>Soc.primaria-> implicación política</i>	-,54	-,21	,00	,00	,00	-,06
<i>Soc.Secun-> implicación política.</i>	1,21	,92**	,78**	,74**	,74**	,79**

Fuente: elaboración propia a partir de la encuesta CIS 2450 (2002)

Los coeficientes y test significativos para un nivel de confianza del 99% han sido señalizados con doble asterisco (**)
Las flechas que indican causalidad han sido representadas como ->, y las que indican correlación como <->.

Éste no es el caso de la cuarta cohorte, en que encontramos un elevado valor del RMSEA (0,04) que sugiere que el modelo no se ajusta perfectamente a esta cohorte. La que quedó caracterizada en el capítulo anterior como “la cohorte cívica” presenta algunas discrepancias frente al resto de grupos como, por ejemplo, una mayor importancia de los medios de comunicación y del trabajo frente a otras cohortes, que discutiremos a continuación. Las relaciones especificadas tampoco se acomodan a los datos de la primera cohorte, pero por motivos diferentes. En este caso, es el valor del RMSEA – superior a 0,5- el que nos indica que el modelo no predice correctamente los datos; algo que los coeficientes confirman; ya que ni el trabajo, ni los medios de comunicación resultan significativos, justo al contrario que la cuarta cohorte. Tampoco las relaciones establecidas entre las fases de socialización y la implicación son significativas. Esto confirma que existen diferencias en los patrones de socialización política en la cohorte de más edad, como se previó; y aunque no indica que la relación entre socialización primaria e implicación política sea directa –el coeficiente relativo a esta relación no

resulta significativo para ninguna cohorte-, vale la pena reflexionar sobre los motivos de estas diferencias entre generaciones.

Por una parte, la cohorte más anciana es ajena al efecto socializador de los medios de comunicación y presenta el coeficiente más elevado relativo a la discusión política con la familia en la infancia. Podría parecer antiintuitivo que lo ocurrido en la infancia de los encuestados de más edad sea lo que más les influye políticamente después de tanto tiempo, pero no lo es tanto. Lo que ocurre en realidad es que estos coeficientes nos hablan de un cambio en los procesos de socialización, de entornos y dinámicas cerradas y tradicionales que dan paso a agentes y contenidos cambiantes y no hegemónicos; algo que se puede apreciar a partir de la segunda cohorte. Estamos, por tanto, ante un genuino efecto de reemplazo cultural por cambio social entre la primera y la segunda cohorte, similar al descrito por Inglehart.

Con respecto al cuarto grupo de edad, hemos visto que el modelo predice aceptablemente sus datos –RMSEA inferior a 0,05-, aunque presenta algunas diferencias significativas. En este caso no podemos hablar de un efecto de la edad, ya que esta cohorte sigue un patrón distinto al de las cohortes anterior y posterior, así que debemos pensar más bien en algo que ha alterado sus patrones de socialización. No se trata de que para los nacidos entre 1953 y 1962 sea más o menos importante la socialización que para el resto, sino que ésta tiene lugar de otra manera. Esta anomalía, en mi opinión, está apuntando a una mayor importancia del contexto político en que se configuró esta generación que, recordemos, se trata de la liberalización del régimen franquista. Se trata de un período en que los sindicatos de obreros y estudiantes trabajan intensamente por el cambio de régimen y de actitudes de sus seguidores (Maravall 1978), por lo que no es de extrañar que la variable que recoge el efecto del trabajo como agente socializador presente un coeficiente más elevado que en otras cohortes. Por otra parte, la cuarta cohorte llega como jóvenes adultos a la transición; un período en el que cobran importancia en la configuración de la implicación política los medios de comunicación como transmisores de la movilización política previa a las primeras convocatorias electorales de 1977 y 1979. Con respecto a esta cohorte, podemos concluir que sus niveles de implicación política seguramente se explican menos por los agentes clásicos de socialización que por las variables relativas al contexto y la coyuntura políticas del período que empieza con la liberalización del régimen.

Seguidamente, se ha realizado un análisis multigrupos para las distintas cohortes españolas. Se ha requerido al programa AMOS que compare la viabilidad de distintas restricciones al modelo propuesto para evaluar cómo de diferentes son los patrones de socialización activa entre cohortes. En la tabla 6.8 podemos ver que el segundo modelo, el que fuerza que las seis cohortes presenten los mismos pesos de los factores, sigue presentando unos excelentes indicadores de ajuste. Más allá, sin embargo, se hacen evidentes las diferencias entre cohortes, ya que medias, covarianzas y residuos difieren notablemente entre cohortes y el modelo empeora a medida que añadimos restricciones. Esto no supone un problema, ya que no pretendemos que las ecuaciones estructurales propuestas tengan idénticos parámetros para todas las cohortes. Basta con que la importancia de los agentes y fases sea similar, como exigen, respectivamente, la primera y segunda restricción –el segundo y tercer modelo de la tabla 6.10-. La conclusión de este último análisis es que los patrones de socialización política activa son similares para todas las cohortes españolas exceptuando la más anciana y, en menor

medida, a la cuarta cohorte. En el primer caso, las diferencias se deben a un importante cambio social que probablemente tuvo lugar entre la primera generación y el resto, afectando la estructura y funciones de la familia y el trabajo, así como los patrones de socialización. En el segundo caso debemos pensar más bien en un efecto periodo que aumentó el impacto de algunos agentes socializadores y del contexto político sobre la cuarta cohorte. No obstante, y pese a estas diferencias, los pesos de los factores de socialización activa primaria y secundaria son muy similares para las seis cohortes, y no existe relación directa entre socialización primaria y los valores de implicación medidos en los adultos; por lo que el modelo de socialización política activa resiste al control por cohortes.

Tabla 6.10. Resultados del análisis multigrupos para las cohortes. Ajuste de los modelos restringidos.

	RMSEA
1) Modelo sin constricciones	,011
2) Pesos de los factores	,018
3) Medias de los factores	,053
4) pesos estructurales	,053
5) covarianzas estructurales	,052
6) Residuos estructurales	,052
7) Residuos de los factores	,063
8) Modelo de independencia	,073

Fuente: elaboración propia a partir de la encuesta CIS 2450 (2002)

En cuanto al control de este modelo de socialización activa por el efecto de los eventos, se ha comprobado si existen diferencias significativas entre aquellas personas que manifiestan sentirse influidas en su manera de pensar por algún suceso político. En la tabla 6.11 podemos observar los estadísticos de ajuste del modelo para ambos grupos y cómo varían los coeficientes de las variables. Atendiendo a los valores del RMSEA, podemos concluir que este modelo se ajusta a ambos grupos. Predice correctamente los datos, ya que su RMSEA es inferior a 0,5 en ambos casos. No obstante, estos estadísticos revelan que el modelo se ajusta algo mejor al grupo que no ha vivido un hecho político impactante, como también indica el hecho de que este grupo presenta un X^2 mayor. Sólo a partir de estos datos ya podemos deducir que los eventos son un elemento de la socialización, una especie de agente en la socialización política que afecta a los patrones de socialización tal vez interactuando con ellos; aunque esta paradoja tratará de ser resuelta en el próximo capítulo.

En concreto, de esta tabla se desprende que las personas que se sienten influidas en sus actitudes por algún evento presentan una serie de diferencias respecto a las que no destacan ningún suceso relevante de este tipo. Estas diferencias son: una mayor influencia de la discusión política en la infancia y en casa, menor peso de la discusión política en el colegio, mayor importancia del hecho de tener unos padres políticamente activos, menor importancia de las dinámicas laborales, un ligero mayor protagonismo de los medios de comunicación y menor peso del grupo de iguales en el período adulto. También observamos que aquellos que vivieron sucesos políticos impactantes se encuentran más influidos por la fase secundaria de la socialización a la vez que presentan una relación más débil entre lo sucedido en su infancia y los procesos de socialización adultos. A partir de estas últimas evidencias, así como del distinto peso de los agentes de socialización, podemos intuir que los eventos destacados por los ciudadanos han tenido lugar en su vida adulta. Cabe decir que para ninguno de los

dos grupos ha resultado significativa la relación directa entre socialización primaria e implicación, confirmándose nuevamente la segunda hipótesis planteada aquí.

Tabla 6.11. Validez del modelo integrado de socialización para personas que se consideran influidas o no por un hecho político relevante.		
	<i>Se consideran influidos por un suceso político relevante</i>	<i>No se consideran influidos por un suceso pol. relevante</i>
N	1148	2947
X ²	35,7	48,03
Grados de libertad	17	17
Nivel de probabilidad	,005	,000
RMSEA	,031	,025
<i>Soc.prim-> dinfcasa</i>	,794**	,773**
<i>Soc.prim-> dinfcole</i>	,582**	,677**
<i>Soc.prim-> padrpart</i>	,323**	,263**
<i>Soc.secun-> iniltrab</i>	,139**	,245**
<i>Soc.secun-> tvradio</i>	,185**	,181**
<i>Soc.secun-> prensopol</i>	,401**	,381**
<i>Soc.secun-> discamig</i>	,638**	,793**
<i>Tvradio<-> prensopol</i>	,185**	,181
<i>Soc.primaria-> soc.secundaria</i>	,559**	,665**
<i>Soc.primaria-> implicación política</i>	,857	,034
<i>Soc.Secun-> implicación política.</i>	,857**	,669**

Fuente: elaboración propia a partir de la encuesta CIS 2450 (2002). Las flechas que indican causalidad han sido representadas como ->, y las que indican correlación como <->. Los coeficientes marcados con dos asteriscos indican que éstos son significativos para un nivel de confianza del 99%

Como en el caso anterior, para saber si estas diferencias son significativas se ha realizado un análisis multigrupos y observado si la primera de sus restricciones –los pesos de los factores han de ser iguales para todos los grupos- sigue sugiriendo un modelo que predice aceptablemente los datos. Los resultados de dicho análisis se presentan en la tabla 6.12.

Tabla 6.12. Resultados del análisis multigrupos en función de la vivencia de sucesos políticos relevantes. Ajuste de los modelos restringidos.	
	RMSEA
1) Modelo sin constricciones	,019
2) Pesos de los factores	,020
3) Medias de los factores	,054
4) pesos estructurales	,054
5) covarianzas estructurales	,056
6) Residuos estructurales	,056
7) Residuos de los factores	,071
8) Modelo de independencia	,121

Fuente: elaboración propia a partir de la encuesta CIS 2450 (2002)

A partir de estos resultados podemos concluir que los pesos de los factores –y, por tanto, los esquemas fundamentales de la socialización política activa descritos hasta ahora- son similares tanto para aquellas personas marcadas por un evento político como para las que no. Deducimos esto del hecho de que el segundo modelo aún presenta unos valores aceptables en el test RMSEA. Como en el caso anterior, existen ligeras diferencias que merecen ser exploradas, tal y como se ha hecho, pero las personas que presentan elevados niveles de implicación política subjetiva han tenido, en general, unos patrones de socialización activa como los descritos por el tercer modelo expuesto en estas páginas.

6.5. Conclusiones.

En este capítulo hemos visto que es posible estudiar los patrones individuales de socialización política activa —esto es, capaces de potenciar la implicación política subjetiva— sin limitarnos a analizar cohortes y sin disponer de encuestas panel. También se ha demostrado que podemos desentrañar los mecanismos causales que llevan a una socialización política activa siguiendo una estrategia cuantitativa y sin requerir entrevistas o historias de vida.

En estas páginas se han propuesto tres modelos de socialización política, comenzando por uno basado en la literatura clásica y recogiendo únicamente fenómenos asociados a la infancia, y enfrentándolo tanto a un modelo basado sólo en fenómenos y agentes que operan en la etapa adulta como a un modelo integrado que contemplaba ambas fases. El análisis de los parámetros de estos modelos y de sus estadísticos de ajuste ha apuntado la validez sólo parcial del primer modelo; superado por los otros dos. La coherencia de los parámetros y los estadísticos de ajuste del primer modelo nos indican que no debemos ignorar lo ocurrido en la infancia de los individuos, pero sí tratar de complementarlo con otros aspectos de la vida más relevantes para la formación de la implicación política subjetiva. Por tanto, la evidencia empírica a este respecto va en el sentido apuntado por la primera hipótesis planteada de este capítulo.

El último modelo, definido a partir de los dos anteriores, especifica una relación entre las fases primaria y secundaria de la socialización que ha resultado significativa, y que indica que lo vivido en la infancia afecta a la implicación política, pero no directamente, sino configurando los parámetros de la socialización secundaria. Estas evidencias no sólo confirman las dos primeras hipótesis de trabajo de este capítulo, sino que además reorientan los debates sobre la capacidad explicativa de los distintos agentes y fases de socialización política “a priori” sobre las actitudes políticas.

En cuanto a la apuesta de este capítulo por controlar los efectos de las fases y los agentes de socialización activos por los efectos de las cohortes y los eventos, podemos concluir que el tercer modelo especificado, denominado “integrado”, es muy similar para la mayoría de cohortes e independientemente de que los individuos hayan vivido o no sucesos traumáticos. Esto confirma la tercera de las hipótesis puestas a prueba en este capítulo, aunque con matices. Para la primera cohorte se había pronosticado un mayor efecto de los agentes “tradicionales”, como ha sido el caso. Sin embargo, se han hallado también diferencias significativas en la cuarta cohorte que se deben, probablemente, a un efecto especialmente intenso del contexto político en sus años impresionables, lo que potenció el efecto de agentes socializadores como el trabajo y los medios de comunicación.

La confirmación de que la socialización adulta tiene mayor poder explicativo que la infantil para el caso de la implicación política subjetiva y la plausibilidad de un modelo que recoge variables pertenecientes a distintas fases de la vida abren la puerta a explicaciones de tipo político, más acordes con la realidad social actual y con las nuevas corrientes de la Ciencia Política. De hecho, las especificidades detectadas en la cuarta cohorte apuntan a un efecto del contexto que, en algunas ocasiones, puede ser más relevante que la acción de los agentes de la socialización. Asimismo, del control de estos modelos de socialización activa por el hecho de sentirse influido por un evento político se ha desprendido un posible efecto de interacción entre contexto político y socialización. El mismo

apuntaría a que la acción de los agentes socializadores varía y tiene efectos desiguales dependiendo de los contextos políticos en que operen. En este sentido, parece que los contextos cambiantes, tanto los que presentan perspectivas de cambio como cierto nivel de conflictividad, consiguen motivar en los ciudadanos cierta atención y compromiso con lo público, así como el sentimiento de que su papel es relevante en los acontecimientos políticos.

Finalmente, cabe decir que algunas de las asunciones de las teorías clásicas sobre la socialización no han sido desmentidas. Con respecto a la infancia, existe evidencia empírica suficiente para pensar que la escuela no es la única institución capaz de proveer a los ciudadanos de actitudes y habilidades propias de los buenos ciudadanos; ya que para los españoles sigue pesando más lo aprendido en la familia mientras son niños. Esto conformaría parte de los patrones de la socialización activa adulta, en que resultan muy relevantes el grupo de iguales y los medios de comunicación -y, a través de éstos, el propio sistema político- para conseguir implicar al individuo adulto con la política.

CAPÍTULO 7. EL CONTEXTO POLÍTICO. EVENTOS Y ELECCIONES EXCEPCIONALES COMO CATALIZADORES DE LA SOCIALIZACIÓN POLÍTICA⁹⁶.

Este capítulo constituye una contribución a los debates existentes sobre la naturaleza y las causas de la implicación política. Por un lado, relaciona dos corrientes de la literatura que pocas veces entran en contacto, proponiendo explicaciones relativas al contexto político para un objeto de estudio de naturaleza actitudinal. Por otro lado, se cuestiona el supuesto de la formación y cristalización temprana del interés y la eficacia política interna al dar relevancia a agentes de socialización propios de la edad adulta, como los medios de comunicación. Además, comprobaremos empíricamente la teoría que condiciona los efectos de los agentes socializadores a la coyuntura política (Duncan y Agronick 1995, Sears y Valentino 1997, Raviv et al. 1998, Valentino y Sears 1998, Wolak et al. 2003).

Así pues, los principales factores explicativos que se abordarán en este capítulo son los relativos al contexto político. Se analizará la influencia de sus aspectos más generales y estables – condiciones económicas, actividad de las élites políticas- sobre la implicación política de los ciudadanos. A continuación, abordaremos el impacto sobre este fenómeno de los aspectos más cambiantes y coyunturales de dicho contexto: los eventos políticos. Estos eventos serían capaces de dibujar una coyuntura política interesante por su acumulación en un período de tiempo o por la especial naturaleza de algunos de ellos. Se defiende que los eventos son capaces de catalizar la acción socializadora del entorno del individuo y los medios de comunicación, provocando un mayor efecto de las discusiones políticas y de la exposición a las noticias televisadas sobre la implicación política subjetiva. Estos son los dos mecanismos a través de los cuales los eventos incentivan a la ciudadanía a implicarse con lo público.

La estructura de este capítulo se detalla a continuación. En el primer apartado se explora la relación entre los aspectos más generales del contexto político y la proporción de ciudadanos implicados por años y legislaturas. En el segundo apartado se presenta y discute la literatura relativa al papel de los eventos políticos en la formación de las actitudes políticas, se propone una tipología de los mismos que permita estudiar su efecto sobre la implicación política y se plantean una serie de hipótesis sobre dicho efecto. A continuación, se presenta un análisis descriptivo de los eventos que más impacto han causado en los últimos años en la opinión pública; así como un análisis bivariado de la relación que guardan con los niveles individuales de implicación política de los españoles. En este mismo apartado se analiza la relación entre la acumulación de estos eventos en un año y la proporción de ciudadanos interesados, eficaces e implicados subjetivamente con la política. El cuarto apartado presenta el modelo causal que se pretende comprobar, así como la técnica utilizada para ello (el falso panel) y las variables especificadas en las ecuaciones multivariadas; prestando especial atención a las características de los años que tendremos en cuenta en este análisis. A continuación, se analizan las correlaciones entre el factor de implicación política subjetiva, sus indicadores y las principales variables relativas al contexto y la coyuntura política. Seguidamente, se presentan y discuten los resultados de

⁹⁶ Los principales resultados empíricos de este capítulo fueron presentados y defendidos en el VIII Congreso de la Asociación Española de Ciencia Política y de la Administración, celebrado entre el 19 y el 20 de septiembre de 2007. La ponencia llevaba por título “Tiempos interesantes: el papel de las elecciones excepcionales y otros eventos políticos como catalizadores de la socialización política activa”.

las estimaciones multivariadas acerca del efecto e interacción entre los factores relativos al contexto y a la socialización. Finalmente se resumen las conclusiones más relevantes de este capítulo.

7.1. Los aspectos menos cambiantes del contexto: economía y élites políticas.

“Ojalá que vivas tiempos interesantes” es el enunciado de una maldición china que equipara los cambios en el contexto político al infortunio. Pero los contextos cambiantes no tienen por qué ser necesariamente peligrosos y turbulentos, como desea irónicamente este proverbio. También pueden tener efectos positivos sobre las actitudes de la ciudadanía, incentivando su compromiso político.

Como se ha indicado anteriormente, la diversidad de opiniones respecto a la naturaleza de la implicación política y su aparición en la literatura como factor explicativo más que como objeto de estudio dejan muchas incógnitas respecto a su origen y cambio. Parte de estas limitaciones se han tratado de solventar en los capítulos anteriores, aunque queda por investigar el impacto de un grupo de factores, más inmediatos y cambiantes que la acción del entorno social del individuo. Se trata de las características relativas al contexto político; en el que englobamos las élites, los arreglos institucionales, las normas que configuran los incentivos y limitaciones para la acción política y los eventos, de los que nos ocupamos más adelante.

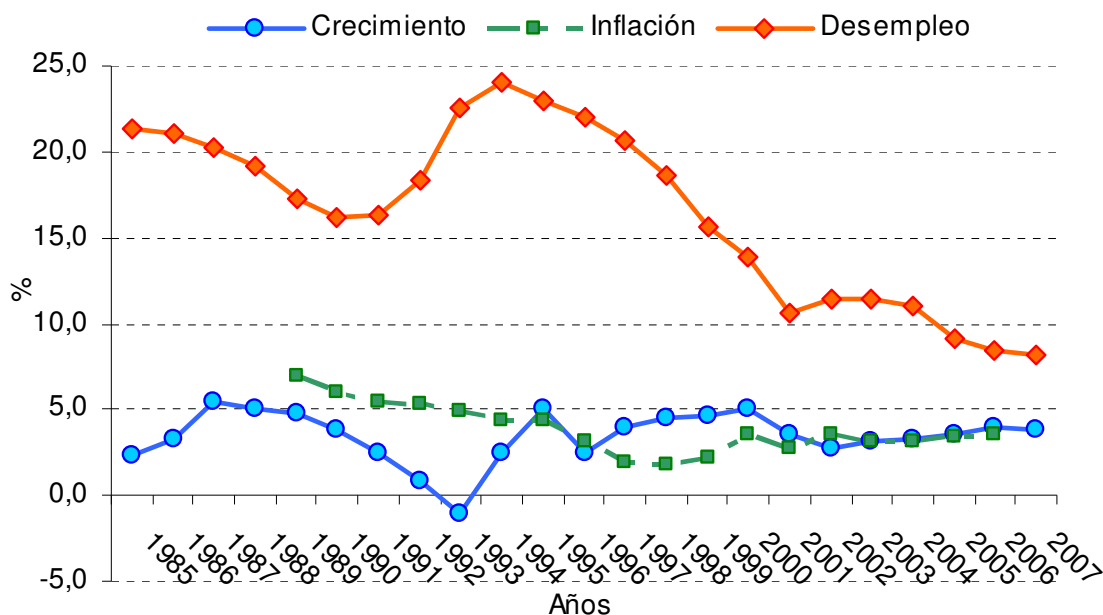
La literatura propone diversas teorías que vinculan contexto y actitudes políticas. Entre éstas encontramos las teorías de la modernización. Estas teorías describen la modernización como un conjunto de rasgos tecnológicos, institucionales y demográficos que transforman las sociedades tradicionales y rurales en sociedades industrializadas, y más tarde, en post-industriales. El aumento en los niveles de bienestar económico, educación e industrialización permite la participación generalizada de los ciudadanos en el sistema político. A posteriori, esta participación muy bien puede generar la demanda social de mayores dosis de participación en la vida pública, más allá de la simple consulta electoral cada cuatro o cinco años (Deutsch 1964, Inglehart 1977 y 1990, Lipset et al. 1993, Bell 1999). Desde el punto de vista empírico, estas teorías toman a menudo los indicadores de progreso económico como una medida del proceso de modernización. En definitiva, la hipótesis que propone esta teoría en relación al objeto de este estudio es bien sencilla: a mayor desarrollo económico, mayores niveles de cultura cívica y estabilidad de la democracia.

Esta tesis ha recibido tres críticas fundamentales. Por un lado, se trata de una hipótesis relativamente etnocentrista, ya que en los países occidentales encontramos tanto indicadores macroeconómicos exitosos como democracias liberales y actitudes ciudadanas consonantes con sus instituciones. Así, la evolución de las sociedades tradicionales parece pasar necesariamente por la economía de mercado y la democracia liberal. Por otra parte, también se ha criticado la visión determinista y lineal de la influencia de la economía sobre las instituciones y actitudes ciudadanas. Según algunos autores, un crecimiento demasiado acelerado de la economía podría producir “cuellos de botella” que pondrían en peligro la evolución de las nuevas democracias (Huntington 1968, O'Donnell 1973). Finalmente, el concepto de “modernización social” es tan amplio que abarca tanto factores que podrían afectar negativamente la implicación política de la ciudadanía como otros que conseguirían potenciarla (Norris 2002b).

Con ánimo de contrastar esta hipótesis, se presenta la evolución de los principales indicadores económicos en España para el período analizado en la figura 7.1. De entre éstos, sólo el primero -el crecimiento económico medido a partir de la tasa de crecimiento real del Producto Interior Bruto- captura el grado de modernización económica de la sociedad española. Los otros dos indicadores son la inflación, medida como la media anual de la tasa de cambio en el índice de precios al consumo armonizado, y el desempleo, calculado como el promedio anual de las tasas trimestrales de paro (porcentaje de parados sobre la población activa). Dichas medidas capturan más bien el grado de éxito en la gestión económica de los sucesivos gobiernos y aspectos de la economía más coyunturales y no tan estructurales y de largo recorrido como los que las teorías de la modernización vincula a la cultura política democrática. Sin embargo, se ha querido analizar aquí el impacto de estos aspectos en el objeto de estudio por estar todos relacionados con la economía durante el período democrático.

La figura proporciona evidencia del período de relativa expansión que experimentó la economía española hasta 1987, entrando después en una fase de recesión que se prolongó hasta 1993. A partir de ese momento los indicadores económicos inician una tendencia al alza, especialmente por lo que se refiere a la disminución paulatina de las altas tasas de desempleo que afectaron a España en las primeras dos décadas del desarrollo de la democracia.

Figura 7.1. Evolución de los principales indicadores económicos en España (1985-2007).



Fuente: elaboración propia. Datos del crecimiento real del PIB extraídos de EUROSTAT. Los datos para la tasa de paro y la inflación se han obtenido del INE.

Según lo expuesto, deberíamos encontrar una mayor proporción de ciudadanos implicados con la política en las épocas de bonanza económica; esto es, en los años en que se produzca un crecimiento del PIB más acusado. Por otra parte, la tesis de Inglehart, sugiere que las denominadas actitudes postmaterialistas (como es la preocupación por los asuntos públicos o comunes) surgen cuando las propias necesidades económicas están garantizadas, lo que no será el caso cuando existen altas tasas de paro o inflación. Por otra parte, una situación de prosperidad económica predispone a los ciudadanos a un mayor optimismo en la percepción de las instituciones, procesos y

élites políticas como artífices de esta bonanza económica. A su vez, esta percepción afectaría positivamente a la concepción de la política como algo merecedor de interés y atención, impulsando los niveles de interés, compromiso e información sobre política.

Para comprobar esta posible relación entre economía e implicación política, se ha analizado la relación entre los indicadores económicos recién presentados y los porcentajes de ciudadanos que se declaran interesados, eficaces o ambas cosas en distintas encuestas del CIS a lo largo del tiempo. Para ello se ha recurrido a los datos agregados con los que se presentó la evolución del porcentaje de ciudadanos implicados en España en el capítulo 3. Como vimos en dicho capítulo, contamos con más datos acerca del interés y la eficacia que de la implicación política subjetiva, lo que permite intentar obtener estadísticos que pongan a prueba la posible relación entre ambos fenómenos. En la tabla 7.1 se resumen los resultados de las correlaciones de Pearson entre estos indicadores agregados de implicación política y los tres indicadores de la situación económica española.

	% interesados		% eficaces		% implicados	
	R pearson	N	R pearson	N	R Pearson	N
<i>Crecimiento económico</i>	0,333	18	0,296	12	0,296	10
<i>Inflación</i>	-0,733**	16	-0,567	11	-0,712*	9
<i>Desempleo</i>	-0,250	18	-0,580*	12	-0,413	10

Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1529 (1986), 1788 (1989), 1970 (1991), 2055 (1993), 2107 (1994), 2154 (1995), 2206 (1996), 2270 (1997), 2312 (1998), 2350 (1999), 2384 (2000) 2387 (2000), 2417(2001), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004) , 2620 (2005), 2632 (2006). Las fuentes para los datos económicos son las mismas que las utilizadas para la elaboración de la figura 7.1.

** significativo para un nivel de confianza de un 99%, * significativo para un nivel de confianza del 95%.

A pesar del problema de eficiencia estadística provocado por el escaso número de observaciones con el que contamos (esto es: un máximo de 18 puntos en el tiempo para el porcentaje de interesados y un mínimo de 9 para el porcentaje de implicados), la evidencia resumida en la tabla 7.1 sugiere una tenue evidencia a favor de la hipótesis que plantea la relación entre los indicadores económicos más coyunturales y los componentes de la implicación política subjetiva. La misma es de signo negativo para el caso de la inflación y el desempleo, y de signo positivo para el caso del crecimiento económico. Dicha relación alcanza niveles estadísticamente significativos en el caso de la inflación y el porcentaje de interesados, así como en el de la inflación y el porcentaje de implicados. Por tanto, conforme empeora la situación económica (especialmente, conforme suben los precios), menos ciudadanos manifiestan sentirse interesados por la política.

En resumen, la evidencia presentada hasta el momento sugiere una evolución paralela entre los indicadores de crecimiento económico y los de implicación la política, aunque no exactamente en el sentido que prevén las teorías de la modernización. Tal vez llegado un cierto punto de desarrollo económico y social jueguen un papel más determinante aspectos más coyunturales del contexto económico en la configuración de actitudes políticas. Así, España ya se habría beneficiado de los procesos que implican la urbanización y una mayor igualdad en el acceso a la educación. Sus

ciudadanos se fijarían actualmente en aspectos más concretos y más a corto plazo de la economía para evaluar a sus líderes, a la política y los incentivos que tienen para interesarse por ésta; de acuerdo con la progresiva racionalización de la ciudadanía. Parece que en las épocas de recesión económica la ciudadanía tendería a sentirse menos competente políticamente y se replugaría hacia la esfera privada, preocupándose más de su propio bienestar que de lo público. No obstante, no podemos asegurar que la relación de causalidad que aquí estamos asumiendo (esto es, desde los indicadores económicos a la implicación política) sea la correcta. Una posibilidad es que la evolución de ambos fenómenos se deba a una tercera variable que influya tanto sobre las condiciones económicas del país como sobre las actitudes de la ciudadanía. Este factor podría muy bien ser el conjunto de actitudes, estrategias y acciones de la clase política que actúa en el contexto bajo estudio.

Al margen de las características económicas del contexto en que se desenvuelven los ciudadanos, encontramos las acciones y actividades políticas que no identificamos como “eventos” por su cotidianeidad. Se trata, sin embargo, de elementos que miden también la actividad de las élites políticas y el nivel de conflictividad existente en las instituciones. Ésta es la hipótesis alternativa que propone la perspectiva racional culturalista: una relación causal entre las actitudes y acciones de las élites, por un lado, y las actitudes y comportamiento político de la ciudadanía, por otro. Según esta perspectiva, una clase política volcada en los asuntos públicos, con una evidente preocupación por la opinión pública y por la movilización de la ciudadanía e inmersa en dinámicas de conflicto e incluso de polarización será capaz de trasladar parte de esta atención y sensación de que la política importa a los ciudadanos (Zaller 1992, Hetherington 2001, Abramowitz y Saunders 2008).

Para poder comprobar esta hipótesis he medido el nivel de actividad y conflicto de las élites políticas españolas. Para ello he utilizado como fuente de información el sitio web en que el Congreso de los Diputados facilita una serie de indicadores de actividad parlamentaria agrupados por legislaturas⁹⁷. Es por este motivo que a continuación se presentarán dichos datos y su posible relación con el fenómeno actitudinal que nos ocupa agregando los datos por legislaturas, limitando aún más el número de observaciones de que dispondremos. Más específicamente, he contado el número de preguntas orales y escritas presentadas al gobierno, de mociones, sesiones de las comisiones, del Pleno y de la junta de portavoces, proposiciones no de ley presentadas, interpelaciones debatidas, proposiciones de ley presentadas por otros grupos parlamentarios, reuniones de mesa del congreso y proyectos de ley aprobados. Parto del supuesto de que cuanto mayor sea la frecuencia con que se producen estos sucesos en cada legislatura, mayor es el nivel de actividad de las élites políticas⁹⁸. Dicha frecuencia se presenta en la tabla 7.2, en que se aprecia que las preguntas escritas y orales formuladas al gobierno, junto a las proposiciones no de ley y las sesiones de las comisiones son el tipo de actividad más realizado por los parlamentarios. También observamos que la mayoría de estos indicadores tienden a producirse con más frecuencia a medida que pasan los años. La excepción la constituye la quinta legislatura, en que disminuye la frecuencia de muchos de estos indicadores respecto al período anterior. También en la séptima legislatura se producen menos reuniones de la

⁹⁷ El sitio es: <http://www.congreso.es/portal/page/portal/Congreso/Congreso/Informacion/Funci/Estadist/Indicadores>.

⁹⁸ No se presentan datos anteriores a 1982 porque no pertenecen al período de normalidad o consolidación democrática que pretende abarcar esta tesis; ni tampoco han sido compilados por el propio Congreso de los Diputados.

mesa del congreso que en el período anterior, aunque las actividades asociadas a la oposición aumentan acusadamente.

Tabla 7.2. Frecuencia de distintas actividades parlamentarias por legislaturas. 1982-2008.

Legislaturas	Actividades Parlamentarias							
	II (Nov82- jul86)	III (Jul86- Nov89)	IV (Nov89- Jun93)	V (Jun93- Mar96)	VI (mar96- ene00)	VII (ab00- ene04)	VIII (ab04- ene08)	TOTAL
<i>Proyectos de ley aprobados</i>	187	108	109	112	172	173	140	1.001
<i>Proposiciones de ley otros grupos presentadas</i>	108	139	165	140	300	322	235	1.409
<i>Preguntas escritas al gob.</i>	9.200	19.458	15.309	14.886	32.721	75.326	140.322	307.222
<i>Preguntas orales al gobierno</i>	1.828	3.103	4.467	3.475	4.941	7.101	5.918	30.833
<i>Interpelaciones debatidas</i>	66	115	151	110	180	245	319	1.186
<i>Proposiciones no de ley presentadas</i>	224	501	786	953	2.240	3.245	3.152	11.101
<i>Mociones</i>	37	102	145	108	175	242	232	1.041
<i>Reuniones mesa del congreso</i>	151	139	163	122	238	214	184	1.211
<i>Sesiones pleno congreso</i>	281	205	259	193	285	308	313	1.844
<i>Sesiones Comisiones</i>	564	645	866	874	1.082	1.123	1.197	6.351
<i>Sesiones Junta de portavoces</i>	131	109	111	79	115	142	152	839

Fuente: elaboración propia a partir de las estadísticas parlamentarias recopiladas por el Congreso de los Diputados.

Tabla 7.3. Correlaciones de Pearson entre indicadores de actividad parlamentaria y el porcentaje de españoles que declaran sentirse muy /bastante interesados en política, eficaces o ambas cosas. N=7.

	% interesados	% eficaces	% implicados
<i>Proyectos de ley aprobados</i>	0,186	0,037	-0,166
<i>Proposiciones de ley otros grupos presentadas</i>	0,574	0,790*	0,499
<i>Preguntas escritas al gobierno presentadas</i>	0,470	0,705	0,434
<i>Preguntas orales al gobierno</i>	0,476	0,833*	0,488
<i>Interpelaciones debatidas</i>	0,511	0,810*	0,539
<i>Proposiciones no de ley presentadas</i>	0,655	0,889**	0,568
<i>Mociones</i>	0,527	0,869*	0,564
<i>Núm. Reuniones mesa del congreso</i>	0,433	0,547	0,362
<i>Nº sesiones pleno congreso</i>	0,206	0,330	0,061
<i>Número de Sesiones de las Comisiones</i>	0,743	0,929**	0,759*
<i>Nº sesiones de la junta de portavoces</i>	-0,017	0,211	-0,155

Fuente: elaboración propia a partir de datos del CIS mencionados en la tabla 7.1 y de indicadores sobre estadística parlamentaria proporcionados por el Congreso de los Diputados.

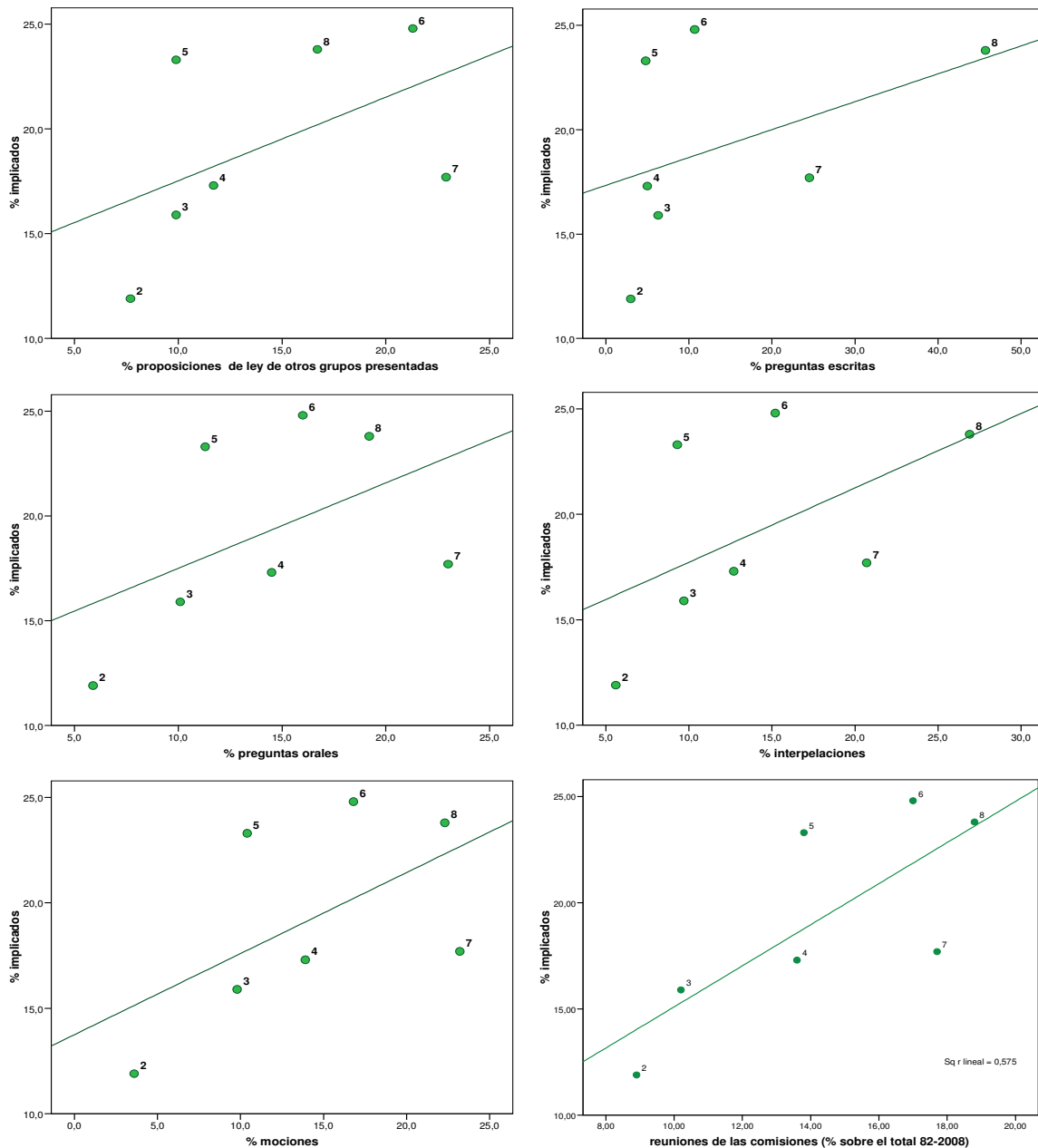
En la tabla 7.3 se resumen los resultados de los análisis bivariados entre estos indicadores y los datos agregados de implicación política. Previamente, se ha calculado qué porcentaje representan estas actividades sobre el total de las realizadas entre 1982 y 2008. Los datos relativos a la proporción de ciudadanos interesados, eficaces e implicados por legislatura se han calculado a partir del promedio de ciudadanos que presentan cada uno de esos perfiles en los años que abarca una legislatura⁹⁹. Como se ha indicado, para el cálculo de las correlaciones entre estas variables sólo contamos con 7 observaciones, una por legislatura, lo que sin duda provocará problemas de eficiencia estadística. Sin embargo, los coeficientes de Pearson revelan algunas relaciones interesantes. En primer lugar, parece no existir una relación entre estos indicadores y la proporción de ciudadanos interesados por

⁹⁹ Por ejemplo, el dato para los ciudadanos implicados en la II legislatura equivale al dato del porcentaje de ciudadanos implicados en 1985; pero el mismo dato para la VIII legislatura se obtiene a partir del promedio de ciudadanos implicados en 2004, 2005 y 2006.

legislatura. Por el contrario, la proporción de ciudadanos que manifiestan sentirse eficaces aparece relacionada con la cantidad de proposiciones presentadas por otros grupos, preguntas orales al gobierno y mociones, pero especialmente con el número de proposiciones no de ley presentadas y con el número de sesiones de las comisiones

A continuación, exploraremos la posible correspondencia entre períodos de mayor actividad política y períodos de mayor implicación ciudadana a partir de la inspección visual de una serie de gráficos de dispersión presentados en la figura 7.2.

Figura 7.2. Relación entre el porcentaje de ciudadanos implicados e indicadores de actividad parlamentaria (1982-2008) por legislaturas.



Fuente: elaboración propia a partir de datos del CIS para el % de implicados y de indicadores sobre estadística parlamentaria. Las líneas de tendencia son regresiones lineales a la media.

En esta figura se pone en relación el promedio de ciudadanos implicados que encontramos en estas legislaturas con los distintos indicadores de actividad parlamentaria recién presentados al lector. Se han seleccionado únicamente seis de los once indicadores por comodidad en la presentación e interpretación de resultados; concretamente aquellos que apuntan a una relación más clara entre estos fenómenos y la proporción de personas implicadas en cada legislatura. Podemos observar cierta vinculación entre la actividad parlamentaria y la proporción de ciudadanos implicados; especialmente en lo que respecta a las actividades relacionadas con la función de control al Gobierno por parte del Congreso. Este hallazgo apunta en el mismo sentido que las correlaciones de la tabla 7.3. Las legislaturas caracterizadas por una actividad más conflictiva y por un mayor antagonismo entre gobierno y oposición también son las que presentan proporciones más elevadas de ciudadanos implicados. Estas tendencias llevan a pensar que la retransmisión de los plenos, las noticias sobre las comisiones, la comparecencia en los medios de comunicación de los políticos y sus discursos conseguirían trasladar suficiente información política a la ciudadanía como para mejorar su sentimiento de capacitación política¹⁰⁰. Queda apuntada, pues, la posible relación existente entre las actitudes y comportamientos de las élites, los medios de comunicación y el grado de implicación política subjetiva de los individuos.

Tabla 7.4. Actividades relacionadas con la producción legislativa y el conflicto entre instituciones del Estado por año.

	<i>Decretos-Ley</i>	<i>Leyes</i>	<i>Leyes orgánicas</i>	<i>Órdenes</i>	<i>Acuerdos</i>	<i>Conflictos positivos de competencias con CCAA.</i>
1985	2	44	42	8	0	81
1986	4	36	7	17	2	93
1989	0	29	5	21	0	31
1990	0	35	6	20	8	28
1991	0	26	4	34	0	7
1993	2	85	9	23	0	9
1994	3	61	0	53	1	6
1995	4	87	5	65	2	9
1996	7	28	4	53	0	5
1997	4	98	3	156	5	10
1998	22	170	9	278	5	8
1999	24	107	16	438	6	12
2000	23	47	17	381	10	16
2001	17	72	12	697	18	12
2002	11	102	13	656	13	10
2003	8	130	20	601	34	16
2004	12	9	4	492	32	16
2005	16	41	6	561	22	7
2006	13	61	41	530	11	9

Fuente: elaboración propia a partir de <http://noticias.juridicas.com/> y <http://www.senado.es/brsweb/CALEX/>

Con el objeto de aportar evidencia más consistente a propósito de la relación entre los indicadores agregados de implicación y las actividades y actitudes de las élites políticas, se han contabilizado una serie de actividades relacionadas con la actividad legislativa a nivel estatal y con el conflicto entre instituciones del estado. En esta ocasión se han obtenido datos para cada año en los

¹⁰⁰ Curiosamente, los diputados manifestaron en el estudio CIS 2250 del año 1997 que su labor favorita era la elaboración de leyes (así lo afirmó un 23,6% de los 154 diputados), seguida del contacto directo con los ciudadanos (17,8%); mientras que lo que más detestaban (21,1%) eran los plenos y comisiones.

que disponemos también de indicadores agregados de implicación política. Las frecuencias de estas actividades políticas se presentan en la tabla 7.4.

En concreto, se han recopilado el número de decretos-ley, leyes, leyes orgánicas, órdenes y acuerdos promulgados en cada uno de los años en que disponemos de información sobre la proporción de ciudadanos interesados, eficaces o implicados entre 1985 y 2006. En cuanto al indicador de conflictividad política, se ha elegido el número de conflictos positivos de competencias presentados ante el Tribunal Constitucional en que al menos una de las partes implicadas es una Comunidad Autónoma¹⁰¹. Por este procedimiento una administración reclama el derecho a hacerse con una competencia que está ejerciendo otra administración, por lo que creo que podrá captar el nivel de enfrentamiento entre los distintos niveles de gobierno. En el mismo sentido, también espero que el número de decretos-ley mida indirectamente la conflictividad entre el poder legislativo y el ejecutivo. En esta tabla se aprecia cómo aumenta el número de acuerdos, órdenes y decretos-ley a medida que avanzamos en el tiempo. Por el contrario, el número de conflictos positivos de competencias se ha reducido considerablemente desde mediados de los años ochenta, como consecuencia de la culminación del proceso de descentralización iniciado con la instauración del Estado de las Autonomías en la Constitución de 1978. Pese a esto, este indicador aumenta a lo largo del periodo 2000-2004, coincidiendo con la segunda legislatura del PP, cuando se implementaron una serie de políticas que plantearon problemas de competencia política entre la administración estatal y la autonómica, especialmente en el terreno de la educación (Aja 2003).

A continuación se han calculado las correlaciones de Pearson entre estos indicadores de actividad y conflictividad de las élites y los indicadores agregados de implicación. Los mismos se presentan en la tabla 7.5. Como en el caso de la actividad parlamentaria, se espera que todos estos indicadores se relacionen de manera positiva con los indicadores agregados de implicación.

Tabla 7.5: Correlaciones de Pearson entre indicadores de actividad legislativa y el porcentaje de españoles que declaran sentirse muy /bastante interesados en política, eficaces o ambas cosas.

Actividad legislativa	% interesados		% eficaces		% implicados	
	R pearson	N	R pearson	N	R Pearson	N
<i>Reales Decretos-Ley</i>	0,69**	18	0,59*	12	0,77**	10
<i>Acuerdos</i>	0,31	18	0,61*	12	0,37	10
<i>Órdenes</i>	0,45	18	0,73**	12	0,46	10
<i>Leyes</i>	0,15	18	0,16	12	-0,05	10
<i>Leyes orgánicas</i>	-0,02	18	-0,45	12	-0,6	10
<i>Conflictos positivos de competencias relacionados con las CCAA</i>	-0,447	18	-0,640*	12	-0,712*	10

Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1461 (1985), 1529 (1986), 1788 (1989), 1970 (1991), 2055 (1993), 2107 (1994), 2154 (1995), 2206 (1996), 2270 (1997), 2312 (1998), 2350 (1999), 2384 (2000), 2387 (2000), 2417 (2001), 2450 (2002), 2535 (2003), 2575 (2004), 2620 (2005), 2632 (2006). La fuente para la frecuencia de actividad legislativa es <http://noticias.juridicas.com/>. La fuente para el número de conflictos positivos de competencias es <http://www.senado.es/brsweb/CALEX/>

** significativo para un nivel de confianza de un 99%, * significativo para un nivel de confianza del 95%.

¹⁰¹ Para obtener estos datos se ha recurrido a la base de datos *Leggio* ubicada en <http://noticias.juridicas.com/> y a la base de datos del Senado CALEX, sobre procesos y sentencias del Tribunal Constitucional (TC) en relación a las Comunidades Autónomas: <http://www.senado.es/brsweb/CALEX/>

De esta tabla se desprenden las siguientes conclusiones. En primer lugar, mientras que ni el número de leyes ni el de leyes orgánicas aprobadas guardan relación con los indicadores anuales de implicación política, la actividad que mayor impacto tiene sobre éstos son los reales decretos-ley. Curiosamente, se trata de una norma emanada directamente del poder ejecutivo, sin que medie intervención o autorización del parlamento. En filosofía del derecho se considera que su uso abusivo (“gobierno por decreto-ley”) menoscaba los principios democráticos relativos al equilibrio entre los poderes ejecutivo y legislativo. Se asocia a situaciones tensas entre el gobierno y la oposición en que el primero utiliza su mayoría parlamentaria como un rodillo, especialmente cuando no se justifica debidamente la urgencia requerida para este procedimiento (Soriano 2001). Sin embargo, parece que este tipo de medida podría tener más difusión en los medios de comunicación, precisamente por su excepcionalidad, dando visibilidad a los aspectos que los decretos-ley regulan, y consiguiendo de esta manera interesar a la ciudadanía. La segunda evidencia que revelan estos coeficientes es que la eficacia política parece ser una actitud muy sensible a la actividad política y a sus características. Además de los decretos-ley, el número de órdenes y de acuerdos promulgados cada año también guardan una asociación destacable con esta actitud. Esta evidencia refuerza la que ya encontramos en la tabla 7.3: unas élites políticas activas fomentan el sentimiento de competencia de los ciudadanos.

Finalmente, cabe llamar la atención sobre la relación entre el número de conflictos positivos de competencias y los indicadores agregados de implicación. El nivel de conflictividad entre instituciones medido a través de este indicador no guarda una relación significativa con la proporción de interesados por año, pero sí lo hace, de nuevo, con la de ciudadanos eficaces o implicados. Sin embargo, esta relación es negativa. Encontramos menos ciudadanos eficaces o implicados en política cuando el número de conflictos positivos de competencias aumenta. La resolución judicial de dichos contenciosos entre administraciones públicas haría que la ciudadanía se sintiese irrelevante y pensase que los entresijos de la política son demasiado complicados como para tratar de entenderlos. Sin embargo, la conflictividad entre instituciones, medida de esta u otra manera, aún podría potenciar su atención hacia lo público pese a su efecto negativo sobre la eficacia política.

En conclusión, los resultados de los análisis presentados hasta el momento sugieren que existe una relación entre el nivel de actividad y conflicto de las élites políticas españolas y la proporción de ciudadanos implicados en política a lo largo del período de normalidad democrática. Esta evidencia plantea la conveniencia de profundizar en la relación entre el objeto de este estudio y el contexto político, especialmente a partir de aquellos indicadores que midan su variabilidad y nivel de conflicto.

7.2. Los eventos como parte del contexto político. Una tipología e hipótesis sobre su efecto.

Hasta el momento se han observado las tendencias en la relación entre la implicación política subjetiva y los elementos del contexto político que, aunque cambian, lo hacen configurando ciclos de media y larga duración, y dentro de unos márgenes predecibles. A continuación, se presentan los elementos más inestables y breves que configuran el contexto político: los eventos. Se propone una tipología para investigar su relación con el fenómeno que nos ocupa, se discute la literatura que los ha vinculado a las actitudes políticas y se plantean tres hipótesis sobre sus efectos.

Comencemos por proporcionar una definición de lo que se entiende aquí por evento político. Se trata de una acción llevada a cabo por un actor político para maximizar sus intereses; lo que implica cinco elementos: actores, objetivos, un período de tiempo, una acción y una interacción política (Gerner 1994); además de ser un hecho suficientemente distinto de la cotidianidad como para ser noticiable (Azar 1982). En estas páginas entenderemos que un evento político es un suceso relacionado con algún elemento del sistema político de duración más corta que un “período histórico” y de contenido noticiable. Aunque su papel respecto a las actitudes consistió inicialmente en explicar la homogeneidad actitudinal de las personas de la misma generación (Mannheim 1928), existen autores que apuntan a un efecto más extenso de estos sucesos. Éstos configurarían coyunturas críticas en la historia de un país aumentando el coste de volver a la situación anterior a su acontecimiento: es el denominado “efecto período” (Kirshheimer 1965).

El hecho de que se produzcan eventos, independientemente de sus características, nos habla de un contexto político interesante, en el que “pasan cosas”. En un contexto político cambiante, en que se renuevan actores, temas, normas, no sólo las élites estarán especialmente atentas y activas, sino que también los ciudadanos tendrán más incentivos para interesarse por la política. Por supuesto que para conocer con exactitud en qué sentido afectarían a la implicación política tendríamos que conocer con más detalle sus rasgos. No obstante, asumiremos que el hecho de haber vivido un suceso político aumentará las probabilidades de estar implicado con la política. Además, los contextos políticos cambiantes tienen su reflejo en los medios de comunicación, lo que supone que la ciudadanía recibirá entonces estímulos políticos con mayor intensidad. Por tanto, la primera hipótesis que se somete a prueba empírica en estas páginas es que la implicación política de la ciudadanía será mayor en aquellos momentos en que se han producido eventos políticos destacables. Para ello comencemos por establecer una tipología de eventos, dado que no todos tendrán el mismo peso en la formación de la implicación política subjetiva.

7.2.1. Una tipología de eventos políticos nacionales.

De acuerdo a los estudios provenientes del campo de la psicología social y política, los eventos serían recordados con más probabilidad si son conmemorados, si ocurren en la adolescencia o principios de la etapa adulta y si implican cambios en los principales aspectos de la vida social y las instituciones (Niemi y Sobieszek 1977, Pennebaker et al. 1997, Páez y González 2000), especialmente si son traumáticos y están cargados emocionalmente (Páez et al. 2005). No obstante, conviene concretar algo más sobre las características de los eventos para conjeturar su posible efecto sobre las actitudes.

Un intento sistemático de categorización de eventos es el que distingue entre eventos recurrentes y no recurrentes, frecuentes o infrecuentes, controlados o no provocados, predecibles o no y de efectos a corto o largo plazo (Gibson 1999). Uno de los sucesos políticos más previsibles y regulares son las elecciones; las cuales tienen la suficiente relevancia y notoriedad como para ser consideradas un tipo especial de eventos. De hecho, son el acontecimiento político por excelencia: periódicas, ampliamente estudiadas y lo suficientemente diversas como para esperar desiguales efectos sobre las actitudes dependiendo de sus características y de las campañas electorales previas. Sin embargo, ninguna de las tipologías propuestas por la literatura distingue entre eventos electorales y no electorales, aunque una

taxonomía de eventos políticos válida para analizar su efecto sobre la implicación política subjetiva debería tener este criterio en cuenta¹⁰².

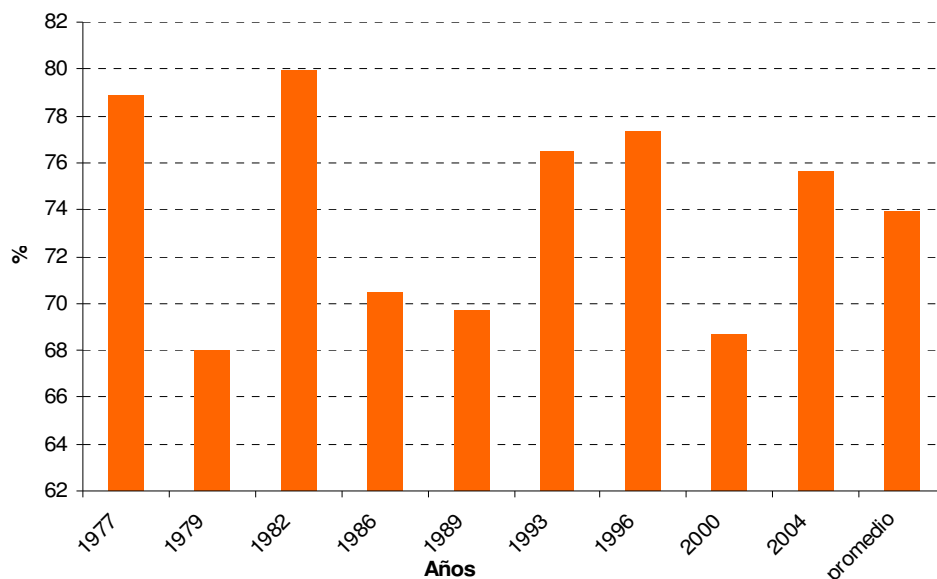
Por lo que respecta al efecto de las elecciones sobre las actitudes políticas se ha escrito mucho. Las elecciones y sus campañas podrían aumentar la identificación partidista, el apoyo al sistema, la atención a los medios de comunicación e incluso la implicación política. Las campañas electorales tendrían tres tipos de efectos sobre las actitudes: informativos (al poner en circulación información política y priorizar ciertos temas), de persuasión respecto a líderes o partidos y de movilización, cuya manifestación más visible es la participación electoral (Norris 2002a). Con respecto a la implicación política -en concreto a su principal indicador, el interés-, Norris afirma que las campañas electorales han perdido parte de su efecto en las últimas décadas. El motivo es que los ciudadanos tienen más posibilidades de huir de los mensajes políticos, al existir más alternativas para recabar información política tales como Internet, grupos locales o vecinales, etc. No obstante, las elecciones son los eventos políticos que reúnen más condiciones para provocar un aumento en la implicación política de la ciudadanía. Se trata de una de las pocas ocasiones en que las élites políticas se dirigen explícitamente a los ciudadanos, con ánimo de cambiar sus actitudes, produciendo una gran cantidad de expectativas e información. Todo esto debería repercutir en una mejor percepción por parte de los ciudadanos tanto de la política como de su propio rol en ésta.

Ahora bien, no todas las elecciones tendrán el mismo impacto movilizador sobre los ciudadanos. De hecho, la literatura distingue las convocatorias electorales de primer orden de las de segundo orden en función del nivel de gobernanza en el que éstas se desarrollan y de la importancia que le confieren los ciudadanos por lo que en ellas esté en juego (Reif y Schmitt 1980, Schmitt 2005). Las elecciones de primer orden se corresponden, en España, con las elecciones generales, mientras que las elecciones europeas, autonómicas y municipales constituyen las de segundo orden. Pero tampoco estas elecciones son homogéneas en sus características. Entre las elecciones generales distinguimos las elecciones normales - también llamadas de continuidad o de tránsito- de las excepcionales. Estas últimas pueden serlo por el hecho de ser inaugurales, por iniciar un período o ciclo electoral nuevo, por desarrollarse en circunstancias únicas, o por presentar niveles atípicos de volatilidad, participación o competitividad (Montero 1986).

Para determinar la excepcionalidad de las elecciones nos limitaremos a dos criterios: la participación electoral y su nivel de competitividad, entendiendo que las elecciones excepcionales son aquellas que presentan niveles de participación y competitividad superiores al promedio de las elecciones celebradas en España desde 1977. Sabemos que la competitividad de unas elecciones es crucial a la hora de determinar la participación electoral, y el argumento racionalista nos dice que unas elecciones competidas hacen que los electores perciban que su voto es más decisivo (Franklin 2003), aumentando así su sentimiento de eficacia. En las figuras 7.3 y 7.4 se puede apreciar cuáles son las elecciones que mayores niveles de participación o competitividad presentan.

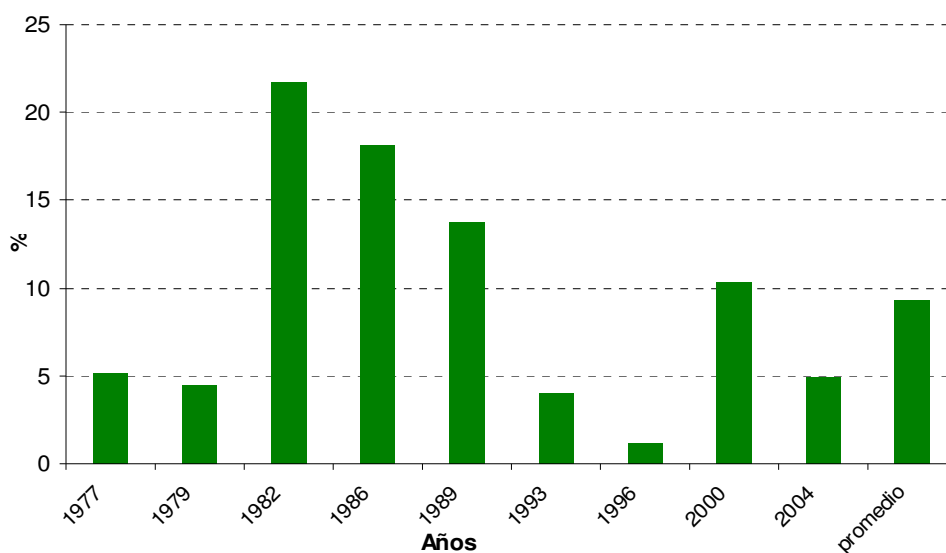
¹⁰² De hecho, en la literatura preocupada por los efectos de los eventos resultan más frecuentes los estudios que indagan sobre el impacto de los eventos -particularmente de los escándalos políticos- en los resultados de las elecciones que las que contemplan estas últimas como eventos. Esto se debe a que muy pocas investigaciones cuya variable dependiente es una actitud política recurren a factores contextuales, mientras que las que se tratan fenómenos objetivos como el voto sí contemplan este tipo de explicaciones. Para una revisión de la literatura internacional y española acerca del efecto de los escándalos políticos sobre los resultados electorales, ver Jiménez y Caínzos (2004).

Figura 7.3. Participación en las elecciones generales españolas. % sobre el censo.



Fuente: elaboración propia a partir de datos procedentes de www.mir.es.

Figura 7.4. Competitividad en las elecciones generales españolas. Diferencia en el % de votos obtenidos por los dos principales partidos.



Fuente: elaboración propia a partir de datos procedentes de www.mir.es.

De acuerdo a esta evidencia, podemos calificar como elecciones normales tanto a las celebradas en 1986 como las de 1989 y 2000, puesto que tanto la competitividad como la participación se acercan bastante al valor medio. En cambio, las elecciones de 1996 y las de 2004 serán consideradas como excepcionales, ya que presentan niveles de participación y competitividad por encima de los valores medios¹⁰³. Entre éstas aún podríamos apreciar grados de excepcionalidad en función no sólo de su

¹⁰³ Las elecciones de 1982 destacan por ser las de mayor participación electoral tras la instauración de la democracia. Sin embargo, van acompañadas de una baja competitividad. Las otras dos elecciones que reúnen ambas condiciones a la vez son las de 1977, aunque quedan fuera del período analizado en esta Tesis, y las de 1993. Sin embargo, para este último año no disponemos de ninguna encuesta con datos del interés y la eficacia política interna de los españoles que nos permitan calcular su nivel de implicación política subjetiva.

competitividad o participación, sino también de las circunstancias que rodearon a la celebración de dichas elecciones. Me refiero con esto a si se celebraron en un contexto convulso, acompañado de un gran número de otros eventos políticos excepcionales.

Por lo que hemos visto hasta ahora, uno de los criterios más frecuentes a la hora de distinguir entre eventos políticos es su excepcionalidad, que indica tanto la frecuencia de los sucesos como el hecho que éstos sean previsibles o recurrentes (Gibson 1999), por lo que podemos presuponer a este tipo de eventos una mayor carga emotiva que a los normales (Páez et al. 2005). Este criterio permite clasificarlos en función de las expectativas previas que tengan los ciudadanos respecto al evento. Por otra parte, la literatura indica el especial interés de los eventos de tipo electoral, en concreto las elecciones de primer orden por su alcance e importancia. Aunque entre éstas también podemos encontrar elecciones normales y excepcionales. A partir del criterio de excepcionalidad y de la naturaleza electoral o no de los eventos se ha elaborado el cuadro de doble entrada que se expone en la figura 7.5. En el mismo se pueden observar cuatro tipos de eventos: electorales normales (A), electorales excepcionales (B), no electorales normales (C), y no electorales excepcionales (D).

Figura 7.5. Cuadro resumen de los distintos tipos de eventos políticos en España.

	Eventos normales	Eventos excepcionales
Eventos electorales	<p style="text-align: center;">A</p> <p>Elecciones de continuidad o tránsito Elecciones con participación o competitividad “normales”.</p>	<p style="text-align: center;">B</p> <p>Elecciones inaugurales Elecciones muy competitivas Elecciones con una alta participación Elecciones celebradas en una coyuntura excepcional (elecciones + eventos D)</p>
Eventos no electorales	<p style="text-align: center;">C</p> <p>Leyes, pactos, programas, declaraciones institucionales, actividad parlamentaria cotidiana. Noticias económicas.</p>	<p style="text-align: center;">D</p> <p>Atentados mortales, escándalos del Gobierno, conflictos con otros países. Huelgas generales, leyes polémicas.</p>

Fuente: elaboración propia.

Los eventos no electorales normales (C) recogen el conjunto de sucesos de naturaleza política que conforman la cotidianeidad democrática, y su posible impacto sobre la implicación ha sido ya abordado al hablar de los efectos del contexto económico y la actividad de las élites políticas. Por lo que se refiere a los eventos no electorales excepcionales (B), éstos son menos frecuentes y llevan asociada una carga emotiva que seguramente causará un mayor impacto sobre las actitudes de los ciudadanos. Su efecto sobre la opinión pública será analizado en el apartado 7.3. En cuanto a los efectos de los eventos electorales (A y D) sobre la implicación política, supondremos que éstos serán mayores que los de cualquier suceso político no electoral. También se propone que los que además sean de naturaleza excepcional tendrán un mayor impacto que las elecciones normales sobre el objeto de este estudio.

En los siguientes apartados se analizará de forma sistemática el posible efecto de estos eventos en la implicación política de los ciudadanos, pero antes se recopilan los argumentos teóricos sobre los que se sustentan las hipótesis que se someten a prueba empírica.

7.2.2. El vínculo entre eventos, socialización e implicación: las hipótesis.

La importancia de los eventos en la formación de actitudes radica en que éstos pueden interpretarse como una característica del contexto político o como un punto de inflexión en el proceso de socialización del individuo capaz de generar diferencias generacionales. No obstante, raramente se consigue explicar por qué proceso los eventos influyen en las actitudes de la ciudadanía, a excepción de cuando son contemplados como agentes catalizadores de la socialización política (Sears y Valentino 1997). Desde esta perspectiva, los eventos políticos constituyen momentos excepcionales cuya relevancia se refleja en los medios de comunicación. Éstos transmiten de forma intensa los contenidos de la noticia, influyendo en las conversaciones cotidianas entre iguales y en los puntos de vista de familiares y amigos. En definitiva, la comunicación política es el principal mediador de los efectos socializadores de los eventos políticos (Valentino y Sears 1998), lo que creo que será más destacado en el caso de las elecciones excepcionales. En efecto, las campañas electorales tienen un mayor efecto sobre las percepciones individuales cuando los candidatos tratan temas con una especial carga emocional o ética, algo frecuente en contextos de alta competitividad electoral (Pantoja y Segura 2003). Asimismo, las políticas públicas que se presentan ligadas a sentimientos como la ansiedad, la aversión y, en menor medida, el entusiasmo provocan una mayor atención a los medios de comunicación y una actitud más activa frente a la información política por parte de los ciudadanos, lo que mejora sus competencias cívicas (Wolak et al. 2003).

En definitiva, los mecanismos por los que se propone que los eventos actúan sobre la implicación política son la discusión sobre política y la exposición a información política en los medios de comunicación. En las siguientes páginas se estudiará el impacto de los eventos sobre estos procesos de socialización política secundaria. En este sentido, la principal hipótesis que se somete a prueba es que en un contexto interesante, caracterizado por la acumulación de eventos o por la celebración de elecciones – sobre todo si son excepcionales-, el efecto de los mecanismos de socialización política activa es mayor. Es decir, los eventos son capaces de catalizar o potenciar los aspectos de la socialización cuya importancia ha sido ya mostrada en el capítulo 6.

Lo que se pretende comprobar aquí es que los efectos ya estudiados del proceso de socialización política en la implicación política ciudadana se agudizan cuando el contexto es favorable, de manera que se produce una interacción entre el contexto político y el contexto social inmediato del ciudadano que potencia su implicación con lo público. De todo ello ya encontramos algunos indicios en el capítulo 6, en que se concluyó que los patrones de socialización de la cuarta cohorte podrían haberse visto modificados por la vivencia de ciertos períodos políticos. Asimismo, en el sexto capítulo se mostró que la discusión sobre política favorece la implicación política de los ciudadanos y que existen diferencias en los niveles agregados de discusión de política a lo largo del tiempo, coincidiendo con los años de elecciones. También se expuso que el consumo de información política en los medios de comunicación es uno de los principales mecanismos por los que se producen los procesos de socialización secundaria. Además, se observaron notables diferencias en los niveles de consumo de información política a lo largo del tiempo¹⁰⁴. Por otra parte, en esta ocasión se ha elegido como indicador de atención a la

¹⁰⁴ Ante dudas sobre la dirección de la causalidad entre el factor de implicación política y esta variable independiente, cabe decir que el individuo apenas puede seleccionar los contenidos de los medios de comunicación, y que existe

información política el medio más generalizado, la televisión. Este medio no requiere una actitud activa por parte del ciudadano y su uso está más extendido que la prensa, por lo que dependerá menos de factores relativos a la sofisticación de los ciudadanos. La presencia de noticias políticas será seguramente más importante en momentos en que se produzcan más eventos políticos o éstos sean más destacables; aunque falta comprobar si esta mayor presencia de la política en lo cotidiano tiene mayor efecto sobre la implicación política. En resumen, se procederá a continuación a someter a prueba empírica las siguientes hipótesis:

H7.1: La acumulación de eventos políticos de cualquier tipo en un período de tiempo potencia la implicación política de las personas animándolas a interesarse por la política.

H7.2: Las elecciones generales afectarán más a la implicación política subjetiva del individuo que otros eventos no electorales. Las elecciones excepcionales tendrán mayor efecto sobre la implicación política que las elecciones normales.

H7.3: El efecto de los eventos está mediado por los agentes de socialización propios de la edad adulta: entorno social (familia, amigos, compañeros) y medios de comunicación (la televisión). Los efectos de cualquiera de estos factores son mayores cuando se producen en interacción con dichos eventos.

En el siguiente apartado comprobaremos la primera hipótesis, que habla del efecto de cualquier tipo de evento, y especialmente de la acumulación de muchos de ellos sobre la implicación política subjetiva. Las dos últimas hipótesis se comprobarán en la última parte de este capítulo.

7.3. Los eventos y la implicación política de los españoles.

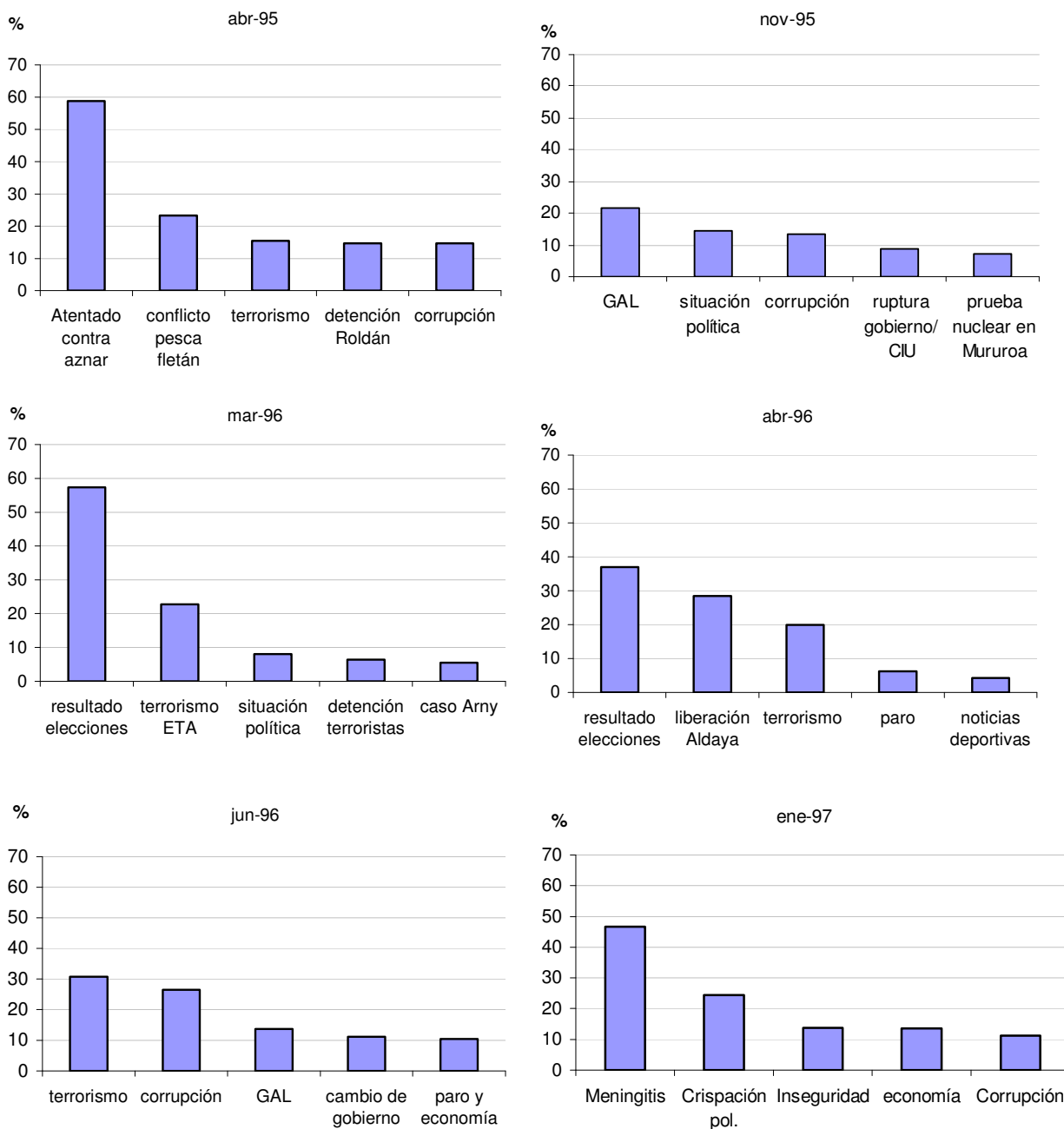
A continuación se analiza cuál ha sido el impacto y el alcance de algunos de los sucesos políticos más notorios a partir de preguntas sobre las principales noticias y problemas de España incluidas en distintos barómetros del CIS. El objetivo es determinar qué tipo de eventos tienen más efecto sobre la percepción de la política de la ciudadanía y cuáles pueden considerarse de tipo C y, especialmente, de tipo D. A continuación, analizaremos los acontecimientos políticos que más impacto han causado en la opinión pública española y su relación con la implicación política. Para ello, presentaremos los eventos referidos por los españoles como los más influyentes en su manera de pensar a partir del estudio CIS 2450 y los pondremos en relación con la proporción de ciudadanos implicados.

7.3.1. Los eventos excepcionales en la opinión pública.

Una manera de averiguar qué sucesos políticos impactan más a la opinión pública es a través de encuestas periódicas que indaguen en este aspecto. Entre abril de 1995 y enero de 1997, algunos barómetros del CIS preguntaron por las noticias que los entrevistados consideraban más relevantes cada mes, aunque posteriormente dejó de realizarse esta pregunta. En la figura 7.6 se muestran las noticias que más impacto tuvieron en la opinión pública en seis de los meses en que se formuló dicha pregunta: los que se corresponden con el primer y último mes de este período, el mes en que se celebraron las elecciones de 1996 y el mes posterior y dos momentos que quedan equidistantes de dichas elecciones –cuatro meses antes y cuatro meses después, aproximadamente-.

múltiple evidencia acerca de que la información obtenida de los medios es la base sobre la que se generan muchas opiniones políticas (Zaller 1992).

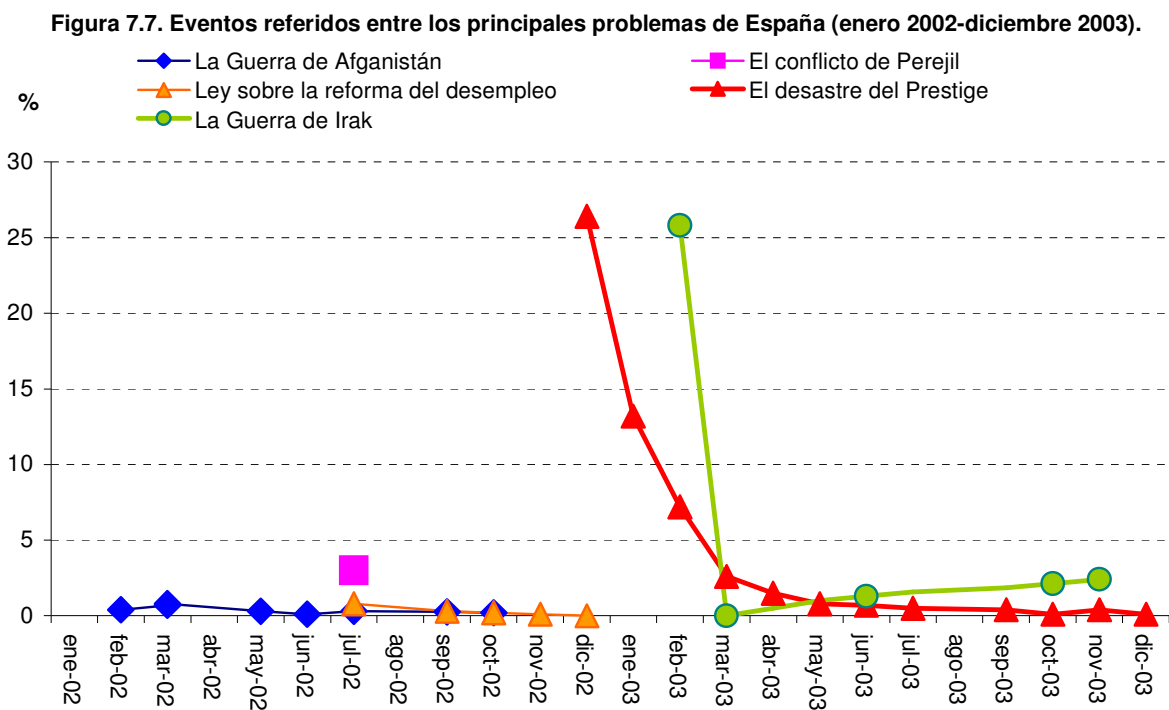
Figura 7.6. Porcentaje de entrevistados que mencionan estos sucesos entre los tres más destacados de cada mes. (abr.1995- enero 1997).



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS correspondientes a cada mes y año señalados.

Excepto algunos sucesos aislados (caso Arny, brote de meningitis), se trata en su mayoría de eventos relacionados con el conflicto entre al menos dos partes: los terroristas y el gobierno (atentados y detenciones de terroristas), conflictos entre países (pesca del fletán, pruebas nucleares en Mururoa) o conflicto entre distintas instituciones y actores del Estado de Derecho (crispación política, elecciones, rupturas de gobierno, corrupción). Por otra parte, también observamos que el efecto de las elecciones sobre la opinión pública se mantiene algún tiempo después de su celebración, puesto que en abril de 1996 más un 35 % de los encuestados considera que las elecciones son una de las principales noticia del mes, aunque se celebraron el mes anterior.

Podemos seguir rastreando qué tipo de eventos causa un mayor impacto en la opinión pública española a partir de los principales problemas que tiene España según los entrevistados. Ésta es una pregunta que el CIS no ha dejado de hacer cada mes desde enero de 2000, permitiendo una respuesta abierta. En la figura 7.7 sólo se presentan los eventos mencionados por los españoles entre enero de 2002 y diciembre de 2003, lo que cubre dos años. Se ha elegido este período por el hecho de que transcurre en la VII legislatura, en que se produce un retroceso en la proporción de ciudadanos implicados por la política respecto a la legislatura anterior. Así, se pretende averiguar si algo en la coyuntura política de este período pudo tener que ver con esta involución. En el gráfico únicamente se muestran los sucesos que encajan en la definición de “eventos” presentada anteriormente, por lo que quedan excluidos aspectos como el paro, el terrorismo, la inmigración u otras cuestiones económicas y sociales de carácter general, que son las más referidas por los entrevistados en esta pregunta. De esta manera podemos ver la aparición, evolución y desaparición de algunas de las noticias que más impactaron a la opinión pública española.



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros mensuales del CIS.

La Guerra de Afganistán se consideró un fenómeno preocupante entre febrero y octubre de 2002, pero por menos de un 0,3% de la población española. Lo mismo ocurre con la Ley sobre la reforma del desempleo (julio a noviembre de 2002). El conflicto con Marruecos por la soberanía del islote de Perejil llegó a preocupar a un 3% de la población española en julio de 2002, aunque desapareció de la agenda pública al mes siguiente. Sin embargo, dos sucesos impactan notablemente a la opinión pública española en este período: la guerra de Irak y el desastre del Prestige. Este último evento puso en jaque al gobierno en diciembre de 2002, cuestionando su capacidad de gestionar crisis medioambientales como la que supuso el hundimiento del petrolero Prestige en las costas de Galicia. El mes siguiente a la fecha en que se produjo este incidente (19 de noviembre), hasta un 26,4% de los

entrevistados por el CIS manifiestan sentirse preocupados por este desastre. En los meses posteriores, dicho porcentaje desciende (13,2 en enero de 2003, 7,2 en febrero, 2,6 en marzo...), pero se mantiene entre las preocupaciones de los ciudadanos hasta un año después. Lo mismo ocurre con la implicación española en la Guerra de Irak. Un 25,8% de los entrevistados consideran que éste es uno de los tres principales problemas de España en febrero de 2003. Este porcentaje casi desaparece en marzo, aunque en noviembre de 2003 todavía un 2,4% consideraban este hecho preocupante¹⁰⁵. Este clima de preocupación de la opinión pública española podría considerarse como el antecedente de un proceso de movilización del interés por la política de la ciudadanía, que culminaría con una participación masiva en las elecciones de 2004.

En conclusión, la opinión pública refleja las noticias y eventos con un componente emocional y excepcional, aunque no por mucho tiempo. Sin embargo, algunos de ellos, como las elecciones o los sucesos más excepcionales y violentos, persisten en la agenda pública. Además, estos estados de opinión podrían interactuar entre ellos formando, por acumulación, un contexto político “interesante” o un período con consecuencias en las actitudes políticas de recorrido más largo que las opiniones sobre un suceso breve y aislado.

7.3.2. La influencia de los sucesos políticos en la implicación política subjetiva.

En la encuesta CIS 2450 se pregunta a los entrevistados qué suceso político ha causado más impacto en su manera de pensar políticamente (p.13 y p.13 a)¹⁰⁶. En la tabla 7.6 se enumeran estas respuestas. Así, vemos que los acontecimientos que los españoles consideran que más han afectado a sus actitudes políticas son más bien períodos históricos, ya considerados cuando hablamos del efecto de las cohortes sobre la implicación política en el capítulo 5: la dictadura franquista, la transición a la democracia, la Guerra Civil o la etapa socialista. En cuanto a los eventos propiamente dichos, el 23 F, la muerte de Franco y los atentados terroristas son destacados por un 1,1% y un 1% de los españoles, respectivamente. Cabe destacar el alto porcentaje de no-respuesta que presenta esta pregunta. Éste es un argumento para no intentar más adelante una aproximación al efecto de los eventos a través de la percepción que tienen los españoles de éstos; ya que, entre otros factores, las respuestas podrían depender en gran medida de la memoria del entrevistado.

En cualquier caso, se ha calculado mediante tablas de contingencia en qué proporción encontramos ciudadanos implicados entre los españoles que refirieron cada uno de estos eventos o períodos históricos, señalando cuándo existen diferencias estadísticamente significativas. Los resultados se presentan también en la tabla 7.6, junto a las medias del factor de implicación de cada uno de estos grupos. Igualmente, se ofrecen al lector los coeficientes de correlación de Pearson entre dicho factor y las categorías de la variable p13 recodificadas como una serie de nuevas variables

¹⁰⁵ Entre abril y mayo de 2003 y julio y septiembre de 2003 no aparece “La Guerra de Irak” como una mención de los entrevistados, pero sí el epígrafe “las guerras”, con un 2% de personas que las nombran entre los tres principales problemas de España en julio y un 3% en septiembre.

¹⁰⁶ La pregunta 13 dice textualmente: “¿Diría Ud. Que ha habido algún hecho, circunstancia o periodo político o social que haya influido especialmente en su forma de pensar?”. La Pregunta 13 a especifica “¿Cuál?”.

dicotómicas, en que 1 equivale a referir cada uno de los eventos de la tabla frente a cualquier otra opción de respuesta.

Tabla 7.6. Acontecimientos políticos más referidos por los españoles como eventos influyentes en su manera de pensar. Año 2002. N= 4252

	<i>N</i>	<i>Porcentaje válido</i>	<i>Promedio de ciudadanos implicados</i>	<i>Medía del factor de implicación</i>	<i>Correlación factor de implicación/ evento</i>
<i>No se sienten influidos por ningún acontecimiento</i>	3163	74,4	10,6*	-0,179	-0,303**
<i>La dictadura franquista</i>	205	4,8	42,7*	0,625	0,142**
<i>La transición democrática</i>	183	4,3	43,3*	0,859	0,177**
<i>Respuestas de carácter personal o familiar</i>	118	2,8	30,2*	0,424	0,072**
<i>La guerra civil española</i>	116	2,7	20,8	-0,004	-0,001
<i>N.C.</i>	85	2	34,5*	0,588	0,084**
<i>Decepción por la actuación de los políticos</i>	71	1,7	17	0,153	0,02
<i>Otras respuestas</i>	72	1,7	38,5*	0,787	0,105**
<i>La etapa socialista</i>	65	1,5	38,6*	0,508	0,063**
<i>Los acontecimientos internacionales</i>	54	1,3	28,5*	0,423	0,049**
<i>El 23 F</i>	45	1,1	31,7*	0,564	0,059**
<i>La muerte de Franco</i>	39	0,9	26	0,147	0,014
<i>El terrorismo en España</i>	37	0,9	40,3	0,591	0,056**

Fuente: elaboración propia a partir de la P.13 a. del estudio CIS 2450 de 2002. Eventos ordenados por frecuencia. En la columna "promedio de ciudadanos implicados" –datos obtenidos a partir de una tabla de contingencia- el asterisco (*) indica que el mismo es estadísticamente significativo para un nivel de confianza de al menos un 95%. En la última columna, los dos asteriscos (**) indican que las correlaciones con cada categoría de pregunta P13a (convertidas en variables dicotómicas) son significativas para un nivel de confianza del 99%.

Estos resultados revelan que los promedios más elevados de ciudadanos implicados se obtienen entre los que se declaran influidos por la Transición, la dictadura franquista y la etapa socialista; mientras que los más bajos se encuentran entre los españoles que se confiesan influidos por la decepción provocada por los políticos, la muerte de Franco, la Guerra Civil o sucesos personales –que indicarían una preponderancia de los asuntos privados sobre los públicos. Sin embargo, referir cualquiera de estos sucesos está más relacionado con el hecho de sentirse implicado que no señalar ningún hecho políticamente influyente. Esto mismo sugieren las medias del factor de implicación para cada categoría de esta pregunta, así como las correlaciones entre dicho factor y cada una de estas categorías recodificadas como variables dicotómicas. De hecho, estas correlaciones indican que no es estadísticamente significativa la relación entre la muerte de Franco, la decepción con los políticos y la Guerra Civil, por un lado, y el factor de implicación política, por otro.

El terrorismo parece tener el efecto no buscado de conseguir orientar a la población hacia los objetos del sistema político y los actores relacionados con los atentados (políticos, administración de justicia, policía, terroristas...) con una carga emotiva que provocaría implicación con estos objetos. También actúa en el mismo sentido el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. Dicho golpe puede

considerarse como la última vez que el régimen democrático establecido en España en la Transición corre serio peligro de involución. En su día, las manifestaciones de apoyo a la democracia por todo el país fueron numerosas y muy concurridas, una vez abortado el intento de golpe de Estado.

En cuanto a la mención a la “etapa socialista”, cabe recordar que a lo largo de su catorce años de duración (1982-1996) se suceden todo tipo de situaciones. Muchas de las expectativas del electorado socialista fueron satisfechas a lo largo de las primeras legislaturas, en que se llevaron a cabo políticas públicas claramente progresistas. Sin embargo, posteriormente, el PSOE protagonizó numerosos escándalos de corrupción política. A lo largo de este período encontraríamos sucesos capaces de incentivar la implicación de los españoles, como numerosas convocatorias electorales; pero también frustración de expectativas entre los electores progresistas, junto a una creciente desilusión, monotonía y percepción de que no existen diferencias sustantivas entre los políticos. Aún así, entre los que se sienten influidos políticamente por esta etapa encontramos unas proporciones de ciudadanos implicados bastante elevadas (38,6%) y unos valores del factor de implicación sensiblemente por encima de la media. También el coeficiente de correlación de Pearson entre esta variable y el factor de implicación apunta en el mismo sentido, aunque su magnitud parece pequeña. Todo ello sugiere que las acciones de los gobiernos a lo largo de las sucesivas legislaturas socialistas produjeron un efecto positivo en los niveles de implicación política de la ciudadanía

Aunque esta aproximación subjetiva a los eventos que los propios entrevistados consideran cruciales en la formación de sus actitudes políticas proporciona una interesante evidencia, a partir de ahora prescindiremos de datos subjetivos relativos a los eventos. Algunos motivos para tomar esta decisión son la alta proporción de ciudadanos que no saben responder a esta pregunta o que prefieren no hacerlo, la posibilidad de que la memoria de éstos falle al referirse al pasado, la confusión del concepto de “suceso” (evento) con el de “período histórico” y que esta pregunta ofrece información redundante con las cohortes políticas ya especificadas. Todo ello invita a observar el impacto de la coyuntura política a partir de indicadores objetivos de la misma¹⁰⁷. Esto es lo que haremos a continuación, teniendo en cuenta la posibilidad de que la acumulación de estos acontecimientos configure una coyuntura política capaz de implicar a la ciudadanía.

7.3.3. Efectos de la acumulación de eventos sobre la implicación política.

Seguidamente, se analizará la relación entre el número de eventos políticos nacionales y la propensión a implicarse de los ciudadanos españoles. Una dificultad inicial reside en contar este tipo de eventos. En este sentido, conviene advertir al lector de que, pese a su creciente uso en estudios cuantitativos en el campo de las relaciones internacionales, los eventos son un objeto estadístico raro. Se trata de variables nominales ocurridas a intervalos irregulares y sujetas a sesgos de selección no aleatorios: la elección de la fuente y el sistema de codificación, los cuales están sujetos a su vez a las teorías que el investigador quiera explorar. No obstante, “un buen sistema de codificación de eventos

¹⁰⁷ Un motivo adicional para no analizar este factor a partir de datos de encuesta es sólo en el estudio CIS 2450 aparece una pregunta explícita sobre eventos políticos junto a otras sobre cultura política y opinión pública. Así, sólo a partir de esta encuesta podríamos intentar un análisis multivariado del efecto de los eventos sobre el factor de implicación política subjetiva que constituye nuestra variable dependiente.

debe estar estrechamente ligado a una teoría o conjunto de teorías” (Schrodt et al. 1994, Pág. 8). A continuación, seguiré esta indicación y partiré de la tipología de eventos políticos nacionales ya presentada a la hora de seleccionar los eventos analizados en este apartado.

El primer criterio de selección de eventos es el período de tiempo. Aquí se considerarán los eventos sucedidos hasta un año antes de la publicación de cada encuesta de las utilizadas para medir la proporción de ciudadanos interesados y eficaces. En cuanto a la fuente a partir de la que contabilizaremos los eventos, he recurrido a la Cronología Constitucional recopilada por el Congreso de los Diputados a fin de que la relación de éstos fuera lo más objetiva posible. En esta Cronología se recogen todos los hechos remarcables de la política española en relación con la Constitución española desde 1977. En este caso no se ha discriminado entre tipos de eventos, sino que se han sumado todos los que el Congreso destaca: promulgación de leyes, huelgas, elecciones, escándalos, atentados y otras noticias relacionadas con el sistema político español¹⁰⁸.

Con la finalidad de comprobar la primera y más general de las hipótesis planteadas al inicio de este capítulo, se han calculado las correlaciones entre el porcentaje de personas interesadas y eficaces de las que disponemos de datos entre 1985 y 2006 con el número de eventos sucedidos un año antes de la obtención de dichos datos. Los resultados, expuestos en la tabla 7.7, no son estadísticamente significativos lo cual muy bien puede deberse al escaso número de observaciones con que contamos. Sin embargo, están más cerca de ser significativos con respecto al porcentaje de implicados que con respecto a la proporción de ciudadanos interesados o eficaces.

Tabla 7.7. Correlaciones de Pearson entre el número de eventos sucedidos en un período de tiempo y el porcentaje de españoles que declaran sentirse muy /bastante interesados en política o eficaces

	% interesados			% eficaces			% implicados		
	R pearson	Sig.	N	R pearson	Sig.	N	R pearson	Sig.	N
<i>Nº eventos en un año</i>	0,141	0,578	18	0,214	0,505	12	0,368	0,295	10

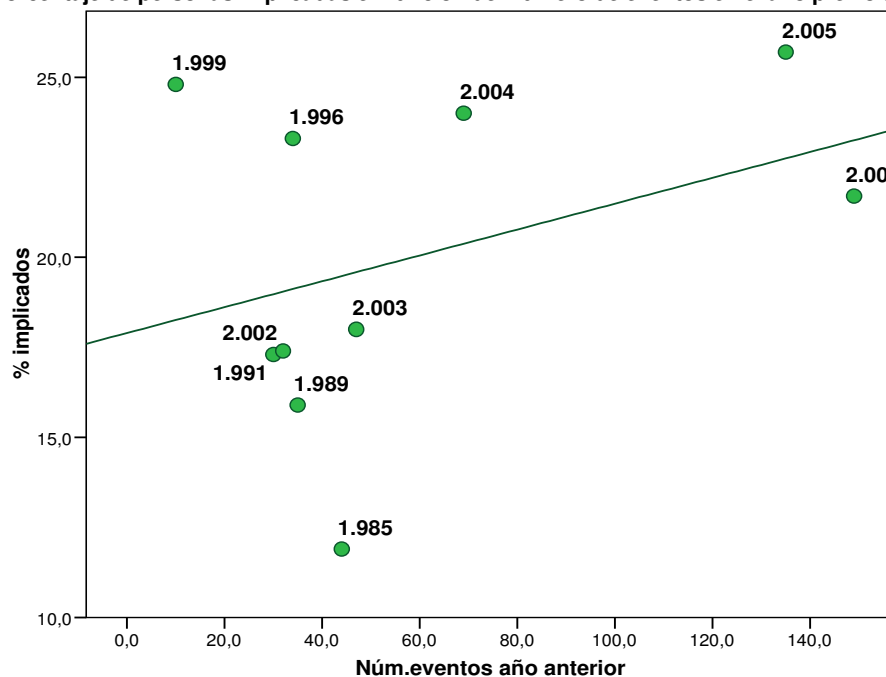
Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS ya referidos y de la Cronología Constitucional del Congreso de los Diputados.

De nuevo, como ocurría en el caso del vínculo entre actividad parlamentaria e implicación política, hemos de resignarnos a no poder contrastar la existencia de relación entre el fenómeno que nos ocupa y la cantidad de eventos que caracteriza a la coyuntura política. El hecho de no disponer de suficientes datos como para ofrecer pruebas estadísticas rigurosas que permitan contrastar la hipótesis nula nos invita a analizar dicha relación siguiendo una estrategia exploratoria y necesariamente más modesta. Por este motivo, se presenta a continuación un gráfico que pone en relación los porcentajes de personas implicadas subjetivamente con la política con el número de eventos sucedidos durante el año anterior a la medición de este fenómeno actitudinal. La finalidad es inspeccionar visualmente las

¹⁰⁸ La fuente de los datos es <http://narros.congreso.es/constitucion/constitucion/cronologia/index.htm>. He preferido esta fuente a otras como www.kessings.com porque aquí se enumeran los sucesos de naturaleza exclusivamente política y se mencionan sólo sucesos de relevancia nacional. Se han desestimado los anuarios publicados por distintos periódicos por los posibles sesgos ideológicos que las fuentes nos llevasen a cometer, al destacar más los eventos relacionados con el gobierno o con la oposición dependiendo de su línea editorial. He considerado que la cronología constitucional elaborada por el Congreso de los Diputados era mucho más neutral que cualquiera de los anuarios consultados. Una última ventaja de esta fuente es su concisión: se recopilan de manera muy sucinta los eventos más relevantes para comprender la evolución del sistema político español.

correspondencias entre estas variables, localizando los años concretos en los que la relación parece existir en mayor medida. Ello, además, nos servirá de guía de cara a la selección de las variables que miden los eventos y que utilizaremos más adelante en este capítulo en el análisis multivariado.

Figura 7.8. Porcentaje de personas implicadas en función del número de eventos en el año previo a la encuesta.



Fuente: elaboración propia a partir de encuestas CIS (% implicados) y de la Cronología Constitucional elaborada por el Congreso de los Diputados.

Esta figura corrobora la evidencia presentada en la tabla 7.7. También permiten detectar que el año 1996 atenúa la tendencia a la relación directa y positiva entre ambas variables, al tratarse de un año en que sucedieron pocos eventos pero en que encontramos una elevada proporción de personas implicadas. Otro valor anómalo es 1999, que destaca por una elevada proporción de personas interesadas y eficaces acompañada de un bajo número de eventos; todo lo contrario que 1985, en que encontramos un modesto porcentaje de implicados y un considerable número de eventos¹⁰⁹. Estas observaciones atípicas sugieren que la acumulación de eventos no sería una causa indispensable o suficiente para producir proporciones elevadas de ciudadanos implicados. Sin embargo, no podemos descartar que la acumulación de eventos políticos en un período de tiempo -combinados o no con otros factores- afecte positivamente a la implicación política subjetiva, puesto que, en líneas generales, los años en que encontramos mayor número de eventos también son los momentos que destacan por una mayor proporción de ciudadanos implicados. En el siguiente apartado comprobaremos esta posibilidad a través de un análisis multivariado.

¹⁰⁹ En este punto recordamos que en 1999 la implicación política se ha medido de manera distinta al resto de años. Concretamente, a partir de un indicador de eficacia política interna de cuatro categorías y un indicador de interés por la política dicotómico.

7.4. Las elecciones excepcionales y la acumulación de eventos como catalizadores de la socialización

Hasta ahora se ha argumentado que los eventos influyen en la implicación política subjetiva generando una ocasión en que los medios de comunicación proporcionan cobertura de información ante la cual los distintos agentes de socialización (como la familia, los compañeros de estudios o trabajo) y el propio individuo presentan un alto grado de atención y, consecuentemente, de conversación. Se ha indicado que los eventos más cargados emocionalmente causan un mayor impacto en la opinión pública, que algunos de éstos se relacionan con una mayor propensión a la implicación política y que la concentración de los mismos a lo largo de un año podría impulsar también la implicación.

La evidencia presentada en los anteriores apartados constituye un indicio de los posibles factores contextuales que influyen en la implicación política de la ciudadanía, pero no especifica cuáles son los mecanismos causales a través de los eventos políticos podrían afectar al objeto de este estudio. Este apartado analiza estos mecanismos, centrándose en el nivel individual y específicamente en uno de estos factores contextuales: las elecciones más o menos excepcionales. De este modo, intentaremos superar las limitaciones relativas a la disponibilidad de datos respecto a la actividad parlamentaria y a los eventos políticos no electorales. Asimismo, la competitividad electoral –uno de los indicadores con que mediré la excepcionalidad de las elecciones- captura también el grado de conflictividad de las élites políticas, por lo que los argumentos referidos al vincular la actividad parlamentaria con el fenómeno de la implicación política siguen vigentes, con la ventaja de contar aquí con datos desagregados para cada año que analicemos.

Para desentrañar estos efectos se realiza un análisis comparado entre distintos años a nivel individual a través de la técnica del falso panel. En primer lugar se explica la estrategia de construcción de la base de datos a través de esta técnica. A continuación, se detalla la especificación de las ecuaciones estimadas y se muestran y comentan los resultados más relevantes.

7.4.1: La técnica del falso panel. Los efectos del contexto político en 1989, 1996, 2002, 2004 y 2006.

En los capítulos precedentes se ha proporcionado un análisis exhaustivo de los distintos factores que explican la implicación de los ciudadanos con la política al nivel individual. En este apartado se amplía el número de factores explicativos incluyendo algunos de los que aquí se han denominado factores coyunturales. Por cuestiones relacionadas con la disponibilidad de datos y espacio, nos limitaremos a estudiar el efecto de un tipo de factores coyunturales, el de los eventos políticos, haciendo especial hincapié en los eventos electorales.

Nótese que para realizar el tipo de análisis que estamos a punto de presentar lo ideal habría sido utilizar encuestas panel. Sin embargo, las pocas encuestas de este tipo con muestra representativa para España se realizan en períodos electorales y carecen de las variables relativas a la implicación y la socialización política. Una estrategia alternativa al uso de encuestas panel consiste en construir una

nueva base de datos a partir de la información procedente de encuestas similares realizadas en distintos momentos y a individuos diferentes. Esta técnica –denominada en la literatura anglosajona *pooling-cross-sectional data analysis*- requiere en primer lugar seleccionar una serie de encuestas de sección cruzada en que figuren las variables relevantes para la investigación, recodificar dichas variables de manera que sean equivalentes y ensamblar la información procedente de todos los individuos para esas variables en una única base de datos o panel artificial (Firebaugh 1997).

En esta nueva base de datos fusionada debe indicarse la procedencia y momento en que se ha recogido la información de cada caso como una nueva variable (por ejemplo, el año en que se realizó el cuestionario). Pero también es posible incluir variables contextuales que operacionalicen el efecto del contexto político de cada período; variables que tomen un valor para cada año y que, de otra manera –en bases de datos procedentes de una única encuesta-, serían sólo constantes. En este caso, los años representados en la nueva base de datos ensamblada son 1989, 1996, 2002, 2004 y 2006. Como resultado obtenemos un total de 15.509 observaciones, a partir de las que se ha calculado el factor de implicación política que será la variable dependiente de los siguientes análisis¹¹⁰.

Las encuestas que forman parte de esta base de datos se han seleccionado siguiendo dos criterios: el primero y más importante es la presencia de variables que permitan operacionalizar los efectos de la socialización hipotetizados, a partir de indicadores de frecuencia de discusión política y frecuencia de consulta de noticias políticas en televisión. El segundo es maximizar la variación en los efectos del contexto que se pretenden demostrar. La tabla 7.8 resume los principales rasgos que caracterizan el contexto político de los años elegidos. Algunos de éstos se han especificado como variables independientes en las ecuaciones de estimación de la implicación política a nivel individual que presentaremos más adelante.

Tabla 7.8. Encuestas ensambladas en el faso panel y efectos contextuales que recoge cada encuesta.					
<i>Año</i>	1989	1996	2002	2004	2006
<i>Mes</i>	Enero	Julio	Marzo	Octubre	Enero
<i>Encuesta CIS</i>	1788	2218	2450	2575	2632
<i>N</i>	3344	2466	4053	2481	3192
<i>Año de elecciones</i>	SÍ	SÍ	NO	SÍ	NO
<i>Elecciones excepcionales</i>	NO	SÍ	NO	SÍ	NO
<i>Competitividad (dif. en el porcentaje de votos válidos obtenidos por los dos ppales. partidos)</i>	13,81	1,16	100	4,99	100
<i>Número de eventos (año anterior a la encuesta)</i>	35	26	32	69	149
<i>Número de eventos durante el mes de las elecciones excepcionales</i>	-	2	-	5	-
<i>Media del factor de implicación política subjetiva</i>	-0,217	0,315	-0,017	0,076	-0,053

Fuente: elaboración propia a partir de las encuestas CIS 1788 (1989), 2218 (1996), 2450 (2002), 2575 (2004) y 2632 (2006). Para el número de eventos, ver la cronología constitucional del Congreso de los diputados (<http://narros.congreso.es/constitucion/constitucion/cronologia/index.htm>). Para la competitividad electoral se ha consultado la base de datos de procesos electorales del Ministerio del Interior (www.mir.es) .

¹¹⁰ Se ha tomado la precaución de crear una variable de ponderación en la que se tiene en cuenta las sobremuestras que presenta la encuesta de 2006 para Andalucía y la de 2002 para Madrid, País Vasco y Cataluña,

De acuerdo a la tabla 7.8, tres de los cinco años seleccionados se corresponden con convocatorias electorales generales en España: 1989, 1996 y 2004. De éstas, dos pueden considerarse conforme a la literatura consultada como elecciones “excepcionales” tanto por sus niveles de participación como por sus niveles de competitividad. Se recuerda al lector que el indicador de competitividad se calcula restando a 100 la diferencia en el porcentaje de votos válidos recibido por los dos partidos más votados. Es por ello que en 2002 y 2006 (años en los que no hubo elecciones) esta variable toma el valor 100¹¹¹. Además del número de eventos ocurridos durante el año anterior a la publicación de cada encuesta, podemos observar también la media del factor de implicación política para cada año. Como se indicó en el capítulo 3; la media de un factor siempre es cero para el conjunto de una muestra. En este caso, la media del factor de implicación para el conjunto del falso panel es cero; pero si segmentamos el archivo por años, la media para las submuestras de cada año difiere de ese valor medio de referencia. Así podemos apreciar que la media más alta de esta variable se observa en 1996, seguida de 2004, 2006, 2002 y, en último lugar, 1989¹¹². Debe insistirse en este punto en que no buscamos el año de mayor implicación política, sino qué condiciones de la coyuntura política han potenciado en mayor medida la acción de la socialización política. Veamos a continuación en detalle qué sucesos caracterizaron cada uno de estos años.

El principal evento del año 1989 fueron las elecciones generales celebradas en octubre, caracterizadas por la continuidad del PSOE en el gobierno por tercera legislatura consecutiva con mayoría absoluta. La encuesta utilizada para capturar el efecto de este año (CIS 1788) se realizó diez meses antes de que las elecciones tuvieran lugar. No disponemos de ninguna otra encuesta alternativa más cercana a la celebración de las elecciones ese año, aunque sabemos que estos sucesos generan suficientes expectativas en la ciudadanía como para defender un posible efecto en los niveles de atención e implicación política que llegue hasta esa fecha. Por otra parte, los eventos ocurridos en el año anterior a la encuesta dibujan una imagen de normalidad, aunque rota por sucesos como el secuestro del empresario Emiliano Revilla por parte de ETA en febrero, el procesamiento de los miembros del GAL en octubre y la huelga general del 14 de diciembre, cuyo éxito presionó para la adopción de cambios en la política social del gobierno del PSOE (González 1996). La base de datos del Congreso recoge 35 eventos políticos entre el 1/01/1987 y el 1/01/1988, fecha de publicación de la encuesta CIS 1788.

En marzo de 1996 tienen lugar las séptimas elecciones generales en España tras la muerte de Franco. Se trata de unas elecciones cuya campaña electoral es más larga, intensa y traumática de lo acostumbrado. En febrero de 1996, ETA inauguró la precampaña cometiendo los asesinatos del abogado socialista vasco Fernando Múgica y del ex-presidente del Tribunal Constitucional y consejero de Estado Francisco Tomás y Valiente. ETA marcó un punto de inflexión en el debate electoral al atentar infructuosamente contra el candidato de la oposición, José María Aznar, el 19 de abril de 1995. Si nos

¹¹¹ Este indicador de competitividad producirá coeficientes negativos cuando el efecto de la competitividad sea positivo, es decir, a menor distancia entre los principales partidos, más competitividad y, por tanto, más implicación.

¹¹² Tal vez extrañe al lector que en este caso sea 1996 el año que presente una media más elevada de implicación política subjetiva; cuando en el capítulo 3 veíamos que es en 2004 cuando encontramos una mayor proporción de personas implicadas. Cabe indicar que en el presente capítulo se ha utilizado el estudio CIS 2218 para capturar el efecto del contexto de 1996. Se trata de una encuesta diferente a la que se recurrió en el Capítulo 3 para operacionalizar la implicación política subjetiva (CIS 2206). El motivo es que en el estudio CIS 2206 no aparecieron las preguntas relativas a la socialización política necesarias para realizar el análisis multivariado que se propone aquí.

fijamos exclusivamente en la campaña electoral, se observa en ella una transformación de la naturaleza del liderazgo político y un mayor énfasis del contexto político, económico y social que en otros casos. El aspecto más destacable de la campaña fue el polémico vídeo del “doberman” que utilizó el PSOE para provocar en sus electores el miedo a la derecha. Aunque el efecto no fue el deseado, la actitud del PSOE en la campaña aumentó el nivel de conflicto percibido por los electores (López García 2000, Rodríguez 2004), a lo que contribuyeron las acusaciones de corrupción que el PP dirigió al PSOE. Una de las consecuencias de este clima de confrontación fue una extraordinaria participación, que alcanzó el 77,38%. Esto, unido a la elevada abstención entre los votantes de izquierdas, favoreció un cambio de gobierno (Barreiro 2002)¹¹³. Todo ello sugiere que consideremos estos comicios como un claro ejemplo de elecciones excepcionales, cuyo efecto sobre la implicación política mediremos a partir de un latinobarómetro (CIS 2218) realizado en julio de 1996. Entre julio de 1995 y julio de 1996, la cronología constitucional del Congreso destaca 26 sucesos políticos relevantes y 2 durante marzo, el mes en que se celebraron las elecciones.

Se ha querido tener en cuenta también el efecto las elecciones generales de 2004. Este año comenzó con la expectativa de unas elecciones que prometían ser tan competidas como las de 1996. Las últimas encuestas preelectorales arrojaban porcentajes para las dos principales fuerzas políticas equivalentes al empate técnico. Se trató, en efecto, de unas elecciones competidas y con una participación por encima del promedio desde 1977, lo que las caracteriza como excepcionales (Torcal y Rico 2004). Además, desembocaron en un relativamente inesperado cambio del partido político en el gobierno. Sólo por esto, cabría esperar que los niveles de implicación política en los meses posteriores a las elecciones fuesen por lo menos tan elevados como los de 1996, y más elevados que en 1989.

Pero sería un error ignorar el impacto sobre estos resultados electorales y sobre la opinión pública de los atentados del 11 de marzo de 2004. Como se ha defendido en otros estudios, estos sucesos y, especialmente, el tratamiento de la información sobre éstos que llevó a cabo el Gobierno, provocaron una movilización de la ciudadanía. Entre sus efectos inmediatos figuran numerosos actos de protesta por la actitud del gobierno respecto a la autoría del atentado y un considerable aumento de la participación electoral. Otros efectos fueron el cambio en el voto inicialmente previsto o la reafirmación en el voto al partido que constituía la primera preferencia del votante (Torcal y Rico 2004, Lago y Montero 2005, Oñate 2005). La resaca de estas elecciones arrastró polémica acerca de sus resultados, cuestionamientos sobre la política exterior, un aumento de la preocupación por el terrorismo islamista, y otros fenómenos que favorecieron la politización de los ciudadanos. Todo ello, a partir de un proceso acelerado y maduro de formación de opiniones, iniciado con una obtención rápida y eficiente de información política y culminado con una discusión y debate de la misma (López García 2004).

No podemos recoger ni cuantificar la emotividad que encierran estas elecciones, pero sí ofrecer una imagen del contexto en que se celebraron mediante el número de eventos que el Congreso contabiliza durante el mes en que éstas tuvieron lugar, y que es mayor que el número de eventos que acompañaron a las elecciones excepcionales de 1996 (5 frente a 2). Esto sugiere que el grado de excepcionalidad es

¹¹³ Se ha demostrado que en estas elecciones la percepción de los escándalos de corrupción del PSOE influyó sobre el comportamiento electoral de los españoles, aunque en menor medida que la evaluación de otros aspectos económicos y sociales (Caínzos y Jiménez 2000).

variable entre las convocatorias electorales seleccionadas, lo que garantiza nuestro criterio en la elección de los eventos de maximizar la variación en sus características. Supondremos, en definitiva, que las elecciones de 2004 se desarrollaron en una coyuntura caracterizada por una sucesión sin precedentes de eventos políticos. Además, el Congreso ofrece una relación de 69 eventos ocurridos entre octubre de 2003 y octubre de 2004, mes en que se publicó la encuesta CIS 2575, que es la que utilizaremos para captar el impacto de la coyuntura política de este período.

Finalmente, mediremos el efecto de los años en que no se celebran elecciones generales a partir de los estudios CIS 2450 y 2632. Dichas encuestas se realizaron en marzo de 2002 y enero de 2006, respectivamente. A continuación, resumiremos brevemente los acontecimientos políticos nacionales más relevantes ocurridos durante el año previo a cada una de estas encuestas. En el período marzo de 2001- marzo de 2002 no se celebran elecciones generales, aunque sí tuvieron lugar las autonómicas vascas y gallegas, además de otros sucesos remarcables. Las noticias internacionales eclipsaron la política nacional, especialmente los atentados del 11 de septiembre en EE.UU. y la invasión de Afganistán por parte de este último país en octubre. En el plano nacional, tal vez la polémica política más destacable es la desencadenada por el proyecto de ley presentado en febrero de 2001 proponiendo el Plan Hidrológico Nacional, aprobado en abril de ese año. Otras noticias destacadas, como la investigación parlamentaria del caso Gescartera, la aprobación de la Ley Orgánica de Universidades, el asesinato en Afganistán del periodista Julio Fuentes, y la puesta en circulación del Euro, señalan que en este período tuvieron lugar eventos políticos noticiables y polémicos; aunque el Congreso estima que en este tiempo se produjeron sólo 32 de éstos.

El período enero de 2005 - enero de 2006 nos sitúa en el segundo año de la VIII legislatura, gobernada por los socialistas. Se trata de un año en que los nacionalismos cobran mucha importancia, puesto que se producen varios intentos de reforma de los estatutos autonómicos, aunque no todos llegan a buen puerto. En febrero, el Lehendakari Ibarretxe recibe un rechazo por parte del congreso a su propuesta de reforma, también conocida como "Plan Ibarretxe". En cambio, el mismo pleno aprueba la toma en consideración de los proyectos de Ley Orgánica de reforma de los estatutos valenciano y catalán en septiembre y noviembre de 2005, respectivamente. En verano de 2005 se celebran las elecciones autonómicas gallegas, de las cuales resulta vencedor el Partido Socialista Gallego, acabando así con la hegemonía del Partido Popular en esta Comunidad Autónoma. Entre las comisiones formadas en este período –cuyo efecto sobre la implicación política de los ciudadanos ya ha sido apuntado- cabe destacar la que siguió las reformas de los distintos estatutos de autonomía en enero de 2005 y la que tuvo por objeto averiguar las causas del hundimiento en el barrio del Carmelo (Barcelona) por parte del Ministerio de Fomento. Además, en junio de 2005, el Pleno del Congreso aprueba el informe de la Comisión de Investigación del 11-M; trayendo de nuevo este tema a la primera plana de la agenda política. Por otra parte, el número de eventos ocurridos entre enero de 2005 y enero de 2006 –mes en que se realizó la encuesta CIS 2632- es de 149, según el Congreso.

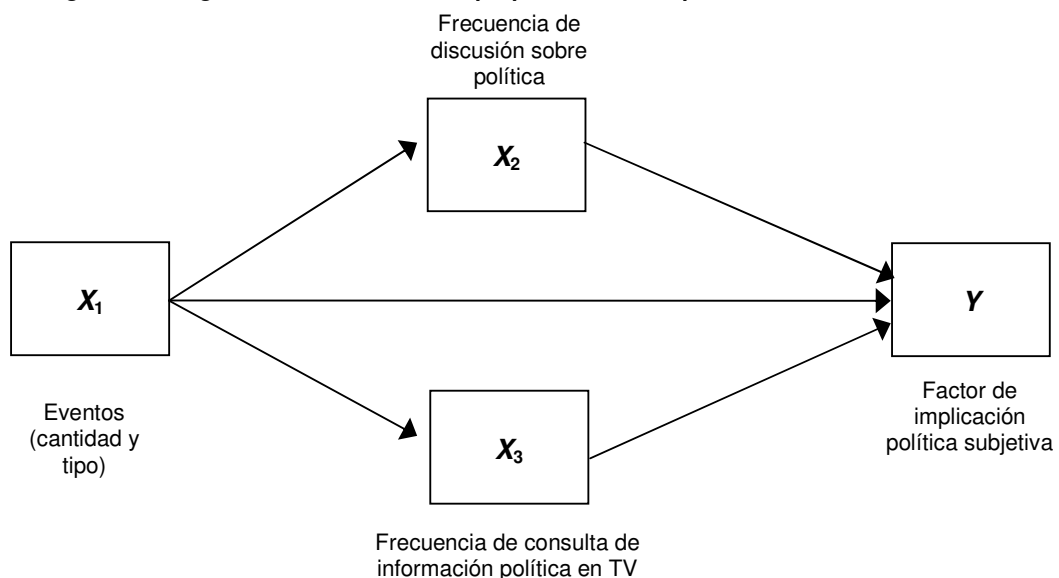
Como el lector podrá apreciar, la variación en las características de los años y eventos elegidos para realizar el análisis que se presenta a continuación está garantizada. Así, consideramos a 1989 como un año de elecciones normales aunque salpicado de numerosos eventos políticos de naturaleza no electoral. Por su parte, 1996 constituye un año con elecciones excepcionales dado el alto nivel de competitividad de

los dos principales partidos de implantación estatal compitiendo por el poder pero con un número limitado de eventos de relevancia política, tanto a lo largo del año como del mes que precedió a los comicios. En contraste, en 2002 no hubo elecciones pero sí un buen número de eventos políticos (bastantes más que en 1996). El año 2004 combina ambas cosas: se trata de un año de elecciones excepcionales, acompañadas además de una sucesión de acontecimientos trágicos, por lo que se recuentan en este año un alto número de eventos políticos no electorales. Por ello, se espera que el contexto político de 2004 sea el que en mayor medida potencie el efecto de la socialización política. Finalmente, el año anterior a la encuesta de enero 2006 se caracteriza por un alto número de eventos políticos, sin precedentes en la historia de la democracia en España, si bien se trata de un año en el que no hay elecciones.

7.4.2. Especificación de la ecuación de estimación de la implicación política: variables individuales y contextuales

Tal y como indica la tercera de las hipótesis planteadas al inicio de este capítulo, se espera que los eventos, particularmente las elecciones de tipo excepcional, potencien los efectos de la socialización política del individuo. Esto se va a comprobar a través de la especificación de una interacción entre las características del contexto y el proceso de socialización que se representa en la figura 7.9. En esta figura aparecen dos tipos de variables independientes: X_1 representa las variables relativas a la coyuntura política, mientras que X_2 y X_3 representan dos mecanismos propios del proceso de socialización política ya explicados en los capítulos previos: la discusión sobre política y la consulta de noticias políticas en televisión.

Figura 7.9. Diagrama del modelo causal propuesto en las hipótesis relativas a los eventos.



Fuente: elaboración propia.

El diagrama muestra un efecto directo de los factores coyunturales sobre la implicación política; pero también un efecto mediado a través de la exposición a noticias políticas televisadas y de la discusión sobre política que ampliaría el efecto de estos factores. Para comprobar si existen estos efectos se comprobará si las interacciones entre las variables que operacionalizan los eventos y la

socialización política son significativas. La especificación de este modelo causal toma la forma de la siguiente ecuación, expresada en términos generales:

$$Y = \alpha + \beta_1 X_1 + \beta_2 X_2 + \delta_3 X_1 X_2 + e.$$

Donde X_1 representa la variable contextual que condiciona el efecto de los efectos de la socialización, y X_2 es una característica de la socialización, ya sea la frecuencia con que se habla de política o la frecuencia de exposición a noticias políticas televisadas. δ_3 constituye el coeficiente de la interacción entre ambas variables. En las ecuaciones en que se especifican interacciones (ecuaciones no aditivas), los coeficientes tienen una interpretación no tan directa como en las ecuaciones lineales y aditivas. En este caso, β_1 reflejará el cambio en la implicación política subjetiva cuando la variable contextual aumenta una unidad y la otra variable implicada en la interacción es igual a cero. β_2 indica la influencia de aumentar la frecuencia de discusión sobre política o la exposición a noticias políticas cuando la variable relativa al contexto es igual a cero. Finalmente, δ_3 es el coeficiente de la interacción propiamente dicho. Representa el cambio en la implicación política cuando la variable contextual aumenta una unidad y se da la condición que establece X_2 ; bien sea hablar de política o ver noticias políticas en la TV con más o menos frecuencia.

La variable dependiente del análisis multivariado es el factor de implicación política calculado como se propuso en el capítulo 3. Se trata, por tanto, de una variable cardinal. Con el fin de predecir el grado de implicación política subjetiva individual, cuantificar el efecto de la socialización política controlando por el efecto del contexto y tener en cuenta la interacción entre ambos conjuntos de factores, se realizarán una serie de regresiones lineales de mínimos cuadrados ordinarios. Esta técnica multivariada es, de nuevo, la más adecuada para predecir los valores de la variable dependiente, teniendo en cuenta sus características.

La tabla 7.9 resume las variables que se especifican en las ecuaciones cuyos resultados se presentan a continuación. En primer lugar, el género, el nivel de estudios y las cohortes que en este caso cumplen un papel de “variables de control”. No se plantearán expectativas sobre el efecto de dichas variables porque ya han sido estudiadas con detalle en capítulos anteriores. Simplemente apuntaremos que el género es en este caso una variable dicotómica que indica el efecto de ser hombre frente al de ser mujer y que el nivel de educación ha sido recodificado de manera que sea perfectamente equivalente para las cinco encuestas. Para ello me he visto obligada a perder algo de información, agrupando las categorías que indicaban un nivel de estudios equivalente a una licenciatura o ingeniería superior y las que indicaban un nivel de estudios superior al universitario –postgrado, máster y doctorado-, dando como resultado una variable categórica ordinal de 11 categorías.

Tabla 7.9. Variables explicativas incluidas en este capítulo.

Variables de control

Género: Variable dicotómica en que 1 equivale a *hombre* y 0 equivale a *mujer*.

Cohorte 1: Nacidos antes de 1922. Variable dicotómica en que el 1 equivale a pertenecer a dicha cohorte frente al resto.

Cohorte 2: Nacidos entre 1923 y 1937. Variable dicotómica. 1= pertenece a esta cohorte. 0= pertenece a cualquier otra.

Cohorte 3: Nacidos entre 1938 y 1952. Variable dicotómica. 1= pertenece a esta cohorte. 0= pertenece a cualquier otra.

Cohorte 4: Nacidos entre 1953 y 1962. Variable dicotómica. 1= pertenece a esta cohorte. 0= pertenece a cualquier otra.

Cohorte 5: Nacidos entre 1963 y 1967. Variable dicotómica. 1= pertenece a esta cohorte. 0= pertenece a cualquier otra.

Cohorte 6: Nacidos entre 1968 y 1977. Variable dicotómica. 1= pertenece a esta cohorte. 0= pertenece a cualquier otra.

Cohorte 7: Nacidos a partir de 1978. Variable dicotómica. 1= pertenece a esta cohorte. Categoría de referencia. No aparece en las ecuaciones.

Nivel de Estudios: Variable nivel de estudios recodificada en 11 categorías para todos los años. 0= sin estudios, 1= menos de 5 años de escolarización, 2= educación primaria, 3= ESO o bachiller elemental, 4= FP de grado medio, 5= Bachillerato LOGSE, 6= FP de grado superior, 7= Arquitecto o Ingeniero Técnico 8= Diplomado, 9= Arquitecto superior o licenciatura, 10= estudios postuniversitarios (postgrado, máster, doctorado)¹¹⁴.

Variables relativas al contexto

Numeventos/año/
Numeventos mes_elecciones: Número de eventos en los 12 meses previos a la encuesta y en el mes en que tuvieron lugar las elecciones (sólo elecciones excepcionales de 1996 y 2004), según la cronología constitucional del Congreso de los Diputados.

Añoelec: es un año de elecciones (1= sí, 0= no).

Elecciones excepcionales: (1= 1996, 2004; 0=resto de años)¹¹⁵.

Competitividad: Grado de competitividad en las elecciones. 100 - Diferencia en porcentaje de votos válidos entre los dos partidos más votados. En 2002 y 2006 esta variable toma el valor 100.

Variables relativas a la socialización política.

*Discute Mucho*¹¹⁶: Variable dicotómica en que el 1 equivale a los que discuten mucho de política vs. todos los demás. Resulta de recodificar la "frecuencia de discusión política".

Discute Bastante: 1= discute bastante, 0= resto de categorías.

Discute Poco: 1= discute poco, 0= resto de categorías.

No discute: 1= no discute sobre política nunca. 0= resto de categorías. Categoría de referencia.

Consulta TV Muy frecuente. Variable dicotómica en que el 1 equivale a consultar diariamente o 3-4 veces por semana noticias políticas en televisión frente a todas las demás categorías de la variable "frecuencia de consulta de noticias políticas en la TV".

Consulta TV bastante frecuente: 1= consulta noticias políticas en la TV 1 o 2 veces a la semana. 0= resto de categorías.

Consulta TV poco frecuente: Variable dicotómica. 1= consulta de noticias políticas en la TV menos de 1 o 2 veces a la semana. 0= resto de categorías.

Consulta TV0: Variable dicotómica. 1 =no consulta nunca las noticias en la TV. 0= resto de categorías. Categoría de referencia.

Fuente: elaboración propia.

Sin embargo, cabe hacer una puntualización respecto a la codificación de las cohortes. En este caso se ha tomado la decisión de tomar en cuenta alguna de las conclusiones a las que llegamos en el capítulo 5. Concretamente, que debería considerarse la aparición de un séptimo grupo dentro de lo que hasta ahora era la sexta cohorte. Para ello, se ha establecido que pertenecen a la séptima cohorte los individuos que nacieron a partir de 1978 y hasta 1988. De esta manera, obtenemos 1656 individuos, 43 de los cuales

¹¹⁴ En el caso de 1989 esta variable se ha recodificado como sigue: 0=no lee; 1=nivel de estudios menor que primarios; 2= primarios, 3= Bachillerato elemental, 4= F.P., 5= bachillerato superior, 6= estudios de grado medio, 7=estudios universitarios.

¹¹⁵ Esta variable se utilizará en el análisis bivariado que se presenta en la tabla 7.10 y como filtro con la finalidad de seleccionar a la vez los años 1996 y 2004; pero no aparece en las ecuaciones multivariadas por proporcionar información parecida a la de las variables dicotómicas que identifican a los años en que las elecciones tuvieron lugar.

¹¹⁶ En 2006 esta variable se ha calculado a partir de la discusión sobre política con los amigos.

cumplieron su mayoría de edad en 1996, mientras que los más jóvenes (630 individuos) lo hicieron en 2006. Se ha considerado que la victoria del PP en las urnas en 1996 inaugura una segunda fase de la denominada “Consolidación Democrática” puesto que supone el retorno de la derecha al poder, esta vez de manera democrática. Los años impresionables de esta cohorte (recordemos que transcurren entre los 14 y los 25 años) comienzan en 1992, un año de grandes eventos deportivos y culturales que modernizaron la imagen exterior de España, pero que también marca el declive de la popularidad del Partido Socialista Obrero Español tras varios casos de corrupción política. Además, la mayor parte de los años impresionables de los miembros de esta cohorte transcurren durante la segunda legislatura del Partido Popular. Ya se ha indicado que esta legislatura destaca por un retroceso en la proporción de personas implicadas por primera vez desde mediados de los años ochenta. Podemos calificar el estilo de gobierno del Partido Popular en esta legislatura de desmovilizador, como indica el número de medidas tomadas por decreto-ley ya en su primera legislatura, eludiendo el debate parlamentario. Este hecho, unido a su juventud, haría de esta generación política una de las menos implicadas.

En cuanto a las variables contextuales, ya se ha presentado la fuente a partir de la cual se ha construido el indicador de densidad de eventos y la competitividad electoral. La variable “año de elecciones” toma el valor 1 en aquellos años en que se celebraron comicios, y 0 cuando no fue así. Lo mismo puede decirse de la variable que recoge si éstas son o no excepcionales por los motivos expuestos. Finalmente, dos variables recogen el efecto de la socialización: la discusión sobre política y la consulta de noticias políticas en televisión. Ambas han sido recodificadas de manera que cada una de sus categorías (“mucho”, “bastante”, “poco” y “nada” para la discusión política; “diariamente”, “más de 3-4 días por semana”, “entre 1 y 2 veces por semana”, “menos de 1-2 veces por semana” y “nunca” para la exposición a noticias televisadas) generasen una serie de variables dicotómicas, en que 1 equivale a cumplir la condición de la categoría original frente a no cumplirla¹¹⁷. También en ambos casos, se ha elegido la categoría menor como referencia para calcular el resto de coeficientes.

Hasta aquí todo lo que se refiere a la especificación de la ecuación de predicción de la implicación política. En el siguiente apartado se presentan y discuten los resultados obtenidos del análisis realizado.

7.5. Resultados: el efecto de los eventos sobre la implicación política subjetiva.

Para comenzar, se han realizado una serie de correlaciones bivariadas entre el factor de implicación política y los distintos indicadores contextuales a partir de la base de datos que contiene información procedente de las cinco encuestas. Los resultados de este análisis se resumen en la tabla 7.10, y permiten prever algunas relaciones y limitar el número de variables contextuales que se especifican en las ecuaciones multivariadas para así evitar problemas de eficiencia estadística. Por ejemplo, los coeficientes de correlación sugieren que podemos rechazar que los sucesos acontecidos en el año anterior a la medición de las actitudes que nos ocupan guarden relación con la implicación política. Sin embargo, las correlaciones con los indicadores de implicación política indican que sí existe relación, sólo que en sentido contrario para el interés y la eficacia.

¹¹⁷ En el caso de la consulta de información política televisada se han agrupado las categorías originales “diariamente” y “entre 3 y 4 veces por semana” para que resultasen equivalentes en las 5 encuestas.

Tabla 7.10. Correlaciones de Pearson entre las variables contextuales propuestas y indicadores de implicación política a nivel individual.

	<i>Año elecciones</i>	<i>Elecciones excepcionales</i>	<i>Competitividad</i>	<i>Nº eventos/año</i>	<i>Nº eventos en el mes de las elecciones</i>
<i>Factor de implicación política</i>	0,041**	0,140**	-0,055**	-0,013	0,020*
<i>interés por la política</i>	0,038**	0,099**	-0,046**	0,057**	0,036**
<i>Eficacia política interna</i>	0,036**	0,135**	-0,050**	-0,075**	0,003

Fuente: datos de los estudios CIS 1788 (1989), 2218 (1996), 2450 (2002), 2575 (2004) y 2632 (2006). Datos para los eventos procedentes de <http://narros.congreso.es/constitucion/constitucion/cronologia/index.htm>. Datos para la competitividad, procedentes de www.mir.es (**) La correlación es significativa para un nivel de confianza del 99%. (*) La correlación es significativa para un nivel de confianza del 95%.

Como apuntábamos en el capítulo 3, ambos indicadores de implicación política subjetiva presentan, en líneas generales, una evolución creciente desde 1985, pero en algunos años siguen tendencias contrarias. Pese a lo mucho que tienen en común, esto lleva a pensar que ambas actitudes no comparten la totalidad de sus factores explicativos. En el mismo sentido, al comienzo de este capítulo veíamos que los indicadores de actividad política parecen afectar en mayor medida a la eficacia política que al interés, mientras que esta última actitud se ha revelado más sensible al efecto negativo de la inflación económica. Esta evidencia apoya de nuevo este hecho, indicando que la coyuntura política afecta de distinta manera a la eficacia y el interés por la política. Cuantos más eventos se concentran en un año, más incapaces se sienten los ciudadanos de comprender lo que pasa en política, lo que parece lógico. Este contexto político “saturado” de acontecimientos, sin embargo, potencia la atención por los asuntos públicos.

Los eventos también condicionan el interés cuando se concentran en el mes en que se producen las elecciones generales, contribuyendo a caracterizarlas como elecciones excepcionales. En este caso, la implicación se ve afectada positivamente por estos sucesos porque no se aprecia un efecto significativo sobre la eficacia política interna. Es necesario indicar que esta variable sólo toma valores para los años 1996 y 2004, por lo que cabe pensar que el hecho de que se trate de años en que se celebraron elecciones mitiga el efecto negativo sobre la eficacia política de un contexto saturado de eventos. En definitiva, este efecto opuesto sobre el interés y sobre la eficacia política interna de la acumulación de eventos explica por qué no aparecen las relaciones positivas entre el número de eventos y la implicación política que se apuntaba en el análisis bivariado agregado realizado en el tercer apartado de este capítulo. Por tanto, el número de eventos ocurrido en un período de tiempo podría revelar su efecto sobre la implicación política subjetiva en una ecuación en que su efecto quede controlado por el de otros factores que afecten positivamente a la eficacia política interna, como la celebración de elecciones.

En efecto, las elecciones son un factor explicativo que, a nivel individual, guarda una relación positiva tanto con la eficacia política interna como con el interés por la política; confirmando de momento nuestras expectativas sobre el “clima electoral”. Tanto la teoría como estos coeficientes apuntan a que la celebración de elecciones (particularmente las excepcionales) constituye uno de los factores que en mayor medida condiciona el sentimiento de competencia política. En cuanto a la relación entre competitividad electoral e implicación política, los coeficientes negativos y significativos también se comportan de acuerdo a las expectativas teóricas. Es decir, a mayor valor del indicador, menos competidas son las elecciones y, por tanto, mayor es la propensión a interesarse por la política y también a sentirse eficaz.

Veamos, a continuación, los resultados de las ecuaciones de estimación de la implicación política a nivel individual. Para ordenar los comentarios se va a proceder de la siguiente manera. Voy a comenzar por

la tabla 7.11, que presenta los resultados de la estimación de tres ecuaciones en las que se especifican las variables a nivel individual (ecuación 1) y contextual (ecuaciones 2 y 3) sin interacciones. A continuación, seguiré con los comentarios de la tabla 7.12, la cual resume los resultados de la estimación de las interacciones entre la competitividad de las elecciones y las variables relativas a la socialización política secundaria. Por su parte, la tabla 7.13 resume los resultados de la estimación de las interacciones entre el número de eventos ocurrido a lo largo del año y las variables relativas a la socialización política secundaria. Para terminar, la tabla 7.14 resume los resultados de una estimación que pretende aislar el efecto sobre la socialización de la cantidad de eventos sucedidos durante el mes en que se celebraron las elecciones excepcionales de 1996 y 2004. Para ello, se especifica una interacción entre el número de eventos y la consulta de información política en la TV.

Las estimaciones resumidas en la tabla 7.11 son de carácter aditivo; es decir, no presentan interacciones, sino que se han añadido progresivamente las variables relativas a la socialización y a la coyuntura política. Sus resultados confirman las expectativas teóricas y la evidencia ya presentada en capítulos anteriores. De esta forma, el nivel de implicación aumenta a medida que lo hace el nivel de educación, el grado de discusión política y el nivel de consumo de información política en la TV, aunque sólo resulta significativa cuando la consulta de información en este medio es muy o bastante frecuente en comparación con cuando es inexistente. Asimismo, los hombres presentan valores esperados de implicación con la política significativamente mayores que las mujeres. Aunque las cohortes aparecen en estas estimaciones únicamente como variables de control, adquiere relevancia su comentario al considerarse en este caso el surgimiento de una séptima cohorte nacida a partir de 1978, la cual se ha considerado como categoría de referencia a la hora de calcular los coeficientes relativos al resto de cohortes. Observamos que la primera cohorte sólo resulta significativa en la primera ecuación; aunque cabe recordar que el bajo número de integrantes de esta cohorte podía provocar que sus coeficientes no resulten significativos en un análisis multivariado. Como indicamos en el capítulo 5, las diferencias en sus medias del factor de implicación respecto a la segunda cohorte pierden significatividad a medida que pasan los años. Las restantes generaciones presentan un efecto positivo y significativo en todos los casos; especialmente las cohortes 3ª y 4ª, lo que indica que la pertenencia a la cohorte más joven provoca un valor esperado de implicación política significativamente más bajo que el resto de cohortes, tal y como esperábamos.

Las variables contextuales aparecen en la segunda y tercera ecuación cuyos resultados también se presentan en la tabla 7.11. El primero de estos factores que se ha tenido en cuenta es la competitividad electoral; una variable que recoge también el efecto de la celebración de elecciones. El coeficiente asociado a esta variable (-0,002) indica que conforme aumenta el grado de competitividad (es decir, conforme disminuye la diferencia en el porcentaje de votos obtenido por los dos principales partidos) aumenta el valor esperado de la implicación política. En la tercera ecuación esta variable se ha sustituido, para evitar problemas de eficiencia estadística, por la celebración de elecciones y por el número de eventos sucedidos ese año. Esta última variable ha resultado significativa pero su coeficiente es negativo, como preveían las correlaciones presentadas en la tabla 7.9. Por sí solos, los eventos acumulados a lo largo de un año perjudican la propensión a implicarse. Por otra parte, el coeficiente y significatividad de la variable “año de elecciones” apuntan a que la acumulación de eventos en un año no tiene tanto impacto sobre la

implicación de los ciudadanos como la celebración de las elecciones generales. Además de que el impacto de cada evento sobre la implicación es negativo, deberían producirse al menos 30 sucesos de este tipo en un año para que su efecto contrarrestase el impacto positivo de la celebración de elecciones¹¹⁸. Esto confirma la segunda de las hipótesis de este capítulo.

Tabla 7.11. Resultados de la estimación de la implicación política subjetiva. Coeficientes B. N= 14.924.

	Ecuación 1		Ecuación 2		Ecuación 3	
	B	Sig.	B	Sig.	B	Sig.
(Constante)	-1,113	0,000	-0,991	0,000	-0,967	0,000
Género (1=hombre)	0,246	0,000	0,245	0,000	0,244	0,000
Nivel de educación	0,123	0,000	0,123	0,000	0,131	0,000
Cohorte1	0,087	0,029	0,012	0,710	-0,015	0,700
Cohorte2	0,144	0,000	0,096	0,001	0,084	0,004
Cohorte3	0,271	0,000	0,227	0,000	0,210	0,000
Cohorte4	0,303	0,000	0,263	0,000	0,236	0,000
Cohorte5	0,197	0,000	0,154	0,000	0,120	0,000
Cohorte6	0,155	0,000	0,127	0,001	0,095	0,000
Discute mucho	0,935	0,000	0,944	0,000	0,973	0,000
Discute bastante	0,595	0,000	0,605	0,000	0,626	0,000
Discute poco	0,362	0,000	0,365	0,000	0,373	0,000
Consulta política TV. muy frecuente	0,069	0,000	0,067	0,000	-	-
Consulta política TV. bastante frecuente	0,055	0,021	0,037	0,117	-	-
Consulta política TV. poco frecuente	0,004	0,842	0,011	0,626	-	-
Número de eventos ese año	-	-	-	-	-0,002	0,000
Año de elecciones	-	-	-	-	0,061	0,000
Competitividad elecciones	-	-	-0,002	0,000	-	-
R ²	0,271		0,278		0,282	

Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1788 (1989), 2218 (1996), 2450 (2002), 2575 (2004) y 2632 (2006).

Pasemos ahora a comentar los resultados de la estimación en que se especifican las interacciones entre las variables que operacionalizan la socialización política adulta y la competitividad electoral. Los mismos se resumen en la tabla 7.12. Dado que los resultados vienen a confirmar lo que hasta ahora hemos comentado respecto al efecto de las variables a nivel individual, voy a limitar los comentarios a los resultados referidos a las interacciones especificadas en la ecuación.

Los coeficientes relativos a la discusión sobre política o la frecuencia de consulta de información política por TV deben interpretarse como el efecto sobre la implicación política de realizar estas actividades cuando la variable competitividad toma el valor 0. Dada la codificación de esta variable, se trata del mayor grado de competitividad. Los coeficientes relativos a la frecuencia de discusión política indican un efecto marginal sobre el valor esperado de la implicación política de mayor magnitud que en cualquiera de las estimaciones anteriores. Todo ello sugiere que la discusión sobre política ejerce su efecto de forma más eficiente en contextos de elecciones muy reñidas. Y lo mismo puede decirse de los coeficientes relativos al consumo de información política televisada. El efecto marginal del consumo muy o bastante frecuente sobre la implicación política es de mayor magnitud cuando la competitividad electoral es máxima. Sin embargo, informarse sobre política por este medio con poca frecuencia no presenta efectos significativos sobre la implicación ni siquiera cuando la competitividad es máxima.

¹¹⁸ Este dato se obtiene de la sencilla operación de división del valor del coeficiente correspondiente a la variable contextual de las elecciones (0,061) por el coeficiente correspondiente a los eventos sucedidos en un año (-0,002)

Por lo que se refiere al coeficiente relativo a la competitividad (0,002), el mismo indica que, cuando el entrevistado no discute en absoluto sobre política con su entorno social ni sigue las noticias políticas, su propensión a implicarse disminuye a medida que la competitividad aumenta. Esta evidencia puede parecer contraintuitiva pero, de hecho, va en el mismo sentido que la tercera de las hipótesis que se comprueban en este capítulo: no sólo el contexto político y la socialización se complementan, en este caso es necesaria la intervención de los agentes socializadores para que la competitividad electoral tenga el efecto que prevé la literatura. En definitiva, la intervención de los agentes de socialización puede considerarse una condición necesaria a veces para que el contexto potencie la implicación política subjetiva.

Tabla 7.12. Resultados de la estimación de la implicación política subjetiva. Coeficientes B. Ecuaciones interactivas entre socialización y competitividad electoral. N= 14.924.

	B	Sig.
Constante	-1,174	,000
Género (1= hombre)	0,230	,000
Nivel de Estudios (0-10)	0,120	,000
Cohorte 1	0,067	,096
Cohorte 2	0,107	,000
Cohorte 3	0,232	,000
Cohorte 4	0,263	,000
Cohorte 5	0,163	,000
Cohorte 6	0,131	,000
Discute mucho	1,148	,000
Discute bastante	0,854	,000
Discute poco	0,475	,000
Consulta política TV muy frecuente	0,190	,000
Consulta política TV bastante frecuente	0,173	,000
Consulta política TV poco frecuente	0,028	,410
Competitividad electoral	0,002	,000
Competitividad *Discute mucho	-0,004	,000
Competitividad * Discute bastante	-0,005	,000
Competitividad * Discute poco	-0,002	,000
Competitividad * Consulta info. TV muy frecuente	-0,003	,000
Competitividad * Consulta info. TV bastante frecuente	-0,003	,000
Competitividad + Consulta info. TV poco frecuente	0,000	,299
R ²		0,291

Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1788 (1989), 2218 (1996), 2450 (2002), 2575 (2004) y 2632 (2006).

Por lo que se refiere a las interacciones entre ambos grupos de factores, los coeficientes de la tabla 7.12 indican que cuando aumenta en una unidad la competitividad y el individuo discute con alguna frecuencia, su implicación política aumenta frente al hecho de no discutir. Lo mismo ocurre con la frecuencia de consulta de información política televisada, aunque la comparación con los ciudadanos que no realizan esta actividad resulta significativa solamente para la consulta más frecuente, pero no para la poco frecuente. Por su parte, los coeficientes de las interacciones entre discusión política y competitividad son mayores que los que obtenía esta última variable en la segunda ecuación estimada. Por tanto, la acción combinada de los agentes de la socialización secundaria y de la competitividad amplifica su efecto sobre la implicación.

La tabla 7.13 muestra los resultados de una quinta estimación que especifica la interacción entre contexto y socialización a partir del número de eventos sucedidos en un año. Las variables son idénticas a

las estimadas en las ecuaciones precedentes, salvo ésta y las interacciones entre la cantidad de eventos con las que operacionalizan la socialización adulta.

	B	Sig.
Constante	-0,727	0,000
Género (1= hombre)	0,239	0,000
Nivel de Estudios (0-10)	0,125	0,000
Cohorte 1	-0,042	0,281
Cohorte 2	0,063	0,026
Cohorte 3	0,187	0,000
Cohorte 4	0,213	0,000
Cohorte 5	0,110	0,000
Cohorte 6	0,075	0,004
Discute mucho	0,489	0,000
Discute bastante	0,426	0,000
Discute poco	0,272	0,000
Consulta política TV muy frecuente	0,199	0,000
Consulta política TV bastante frecuente	0,091	0,028
Consulta política TV poco frecuente	-0,010	0,798
Número de eventos/ año	-0,007	0,000
Nºeventos/año * Discute mucho	0,006	0,000
Nºeventos/año * Discute bastante	0,002	0,000
Nºeventos/año * Discute poco	0,001	0,009
Nºeventos/año * Consulta info. TV muy frecuente	0,002	0,002
Nºeventos/año * Consulta info. TV bastante frecuente	0,001	0,233
Nº eventos/año * Consulta info. TV poco frecuente	0,001	0,164
R ²		0,300

Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 1788 (1989), 2218 (1996), 2450 (2002), 2575 (2004) y 2632 (2006).

Los coeficientes de las variables relativas a la socialización política indican que el efecto de éstas cuando no existen eventos políticos a lo largo del año es significativo y positivo, salvo en el caso de los que consultan noticias televisadas menos de 1 o 2 veces por semana frente a los que no lo hacen en absoluto. Por otra parte, vemos que los coeficientes de la discusión sobre política son menores que en las estimaciones 1, 2, y 3, sin interacciones. Por tanto, discutir sobre política cuando no existen eventos parece tener un efecto de magnitud bastante menor que cuando sí los hay. Por su parte, consultar información política en la TV muy frecuentemente frente a no hacerlo en absoluto cuando no se producen eventos políticos parece tener un impacto de mayor magnitud que cuando no se especifica la interacción. Interpreto este resultado como evidencia de que el consumo de información política en TV en períodos cercanos a la campaña electoral (y en contraste con otros medios como la prensa) está muy extendido entre la ciudadanía. Ahora bien, cuando el individuo consulta esta información de manera rutinaria, sin que exista ningún suceso extraordinario que actúe como estímulo para que se informe, entonces la pregunta indica más bien el grado de información y conocimiento político de la ciudadanía.

Asimismo, el coeficiente correspondiente al número de eventos condicionado a que el individuo no discuta sobre política ni se informe sobre ésta por televisión es mayor que cuando no teníamos en cuenta esta interacción, en la tercera estimación. En ausencia de estímulos socializadores, el impacto negativo de los eventos sucedidos a lo largo de un año es incluso mayor. La sensación de desamparo que produce en

los ciudadanos un aluvión de noticias políticas -y que hemos visto manifestarse en la correlación negativa entre número de eventos y eficacia política- sería mayor sin redes sociales que ayudasen a digerir e interpretar dicha información. En el mismo sentido, los coeficientes de las interacciones indican que cuando concurren a la vez el hecho de discutir sobre política y el incremento en una unidad del número de eventos ocurridos a lo largo del año aumenta significativamente la propensión a implicarse, incluso más que cuando no hay eventos. Es decir, la concurrencia de ambos factores estimula la implicación política subjetiva pese a que los eventos, por si mismos, perjudiquen la propensión a implicarse. Lo mismo podemos decir de la consulta de información política en TV, pero sólo cuando ésta es muy frecuente.

Por último, se ha replicado este ejercicio sólo para el caso de las encuestas que corresponden a los años 1996 y 2004 con la finalidad de evaluar el impacto de la excepcionalidad de las elecciones sobre el objeto de estudio. Los resultados se exponen en la tabla 7.14, y confirman lo hasta ahora comentado¹¹⁹.

	B	Sig
Constante	0,311	0,001
Género (1= hombre)	0,202	0,000
Nivel de Estudios (0-10)	0,108	0,000
Cohorte 1	-0,111	0,165
Cohorte 2	0,113	0,043
Cohorte 3	0,240	0,000
Cohorte 4	0,248	0,000
Cohorte 5	0,196	0,001
Cohorte 6	0,091	0,073
Consulta política TV muy frecuente	0,080	0,389
Consulta política TV bastante frecuente	-0,292	0,005
Consulta política TV poco frecuente	-0,485	0,000
Núm.eventos en el mes de las elecciones	-0,289	0,000
Núm.eventos mes elecciones * Consulta info. TV muy frecuente	0,117	0,000
Núm.eventos mes elecciones * Consulta info. TV bastante frecuente	0,130	0,000
Núm.eventos mes elecciones * Consulta info. TV poco frecuente	0,121	0,001
R ²		0,188

Fuente: elaboración propia a partir de los estudios CIS 2218 (1996) y 2575 (2004).

Así, la consulta de información no tiene efectos o bien éstos son negativos sobre la propensión de los individuos a implicarse en ausencia de eventos políticos que acompañen a las elecciones, aunque éstas sean excepcionales. Igualmente, el número de eventos que acompañó a las elecciones tiene un efecto negativo sobre la implicación si estos no son seguidos por la televisión. Finalmente, la interacción entre el número de eventos ocurrido durante el mes en que se celebraron las elecciones y la frecuencia de consulta de información política televisada produce un efecto positivo y significativo sobre la propensión a implicarse. Esta estimación permite concluir que el número de eventos sucedido durante marzo de 2004 convierte a estas elecciones en unos comicios más excepcionales que los de 1996, y confirma que el efecto de los mecanismos de socialización secundarios sobre la implicación política fue mayor en 2004 que en 1996.

Los resultados de los análisis presentados en este último apartado corroboran las expectativas teóricas esbozadas en este capítulo de acuerdo a las que el contexto político moldea la implicación en lo

¹¹⁹ Se ha prescindido de la discusión política por motivos de eficiencia estadística, ya que el número de casos se ha reducido considerablemente.

público por parte de la ciudadanía en interacción con su socialización. En el siguiente apartado se resumen los principales hallazgos de este capítulo.

7.6. Conclusiones.

Los indicadores de implicación política son conocidos en la literatura sobre actitudes por tratarse de orientaciones de tipo afectivo y simbólico. Mientras que los estudios clásicos insisten en su dependencia de procesos de socialización fundamentalmente primarios y en su estabilidad, en estas páginas se demuestra que no sólo dependen también del contexto, sino de uno de sus aspectos más cambiantes y coyunturales: los eventos políticos. De esta manera se apunta que la implicación política no sólo cambia en función de la coyuntura, sino que puede hacerlo de manera relativamente rápida.

Nos hemos aproximado al estudio de las características del contexto político partiendo de lo más general a lo más particular, y avanzando desde el nivel agregado al individual. Se ha comenzado explorando la relación entre la proporción de españoles implicados por años y legislaturas con algunas características generales del contexto, como la situación económica o la actividad de las élites políticas. Aunque la escasez de evidencia ha impedido el planteamiento y comprobación de hipótesis relativas a estos factores, se han apuntado algunas tendencias. Por ejemplo, la prosperidad económica en el corto plazo se asocia a mayores porcentajes de ciudadanos implicados con la política. Del mismo modo, en las legislaturas en que se produjo una mayor actividad parlamentaria relacionada con la función de control al gobierno encontramos mayores proporciones de ciudadanos implicados. También la cantidad de órdenes y acuerdos se relaciona positivamente con elevadas proporciones de ciudadanos eficaces, y la de decretos-ley con la proporción de personas eficaces, interesadas e implicadas. Por el contrario, un elevado número de conflictos positivos de competencias afecta negativamente a la proporción de ciudadanos que manifiestan entender de política.

Tras estas características del contexto político se ha presentado el aspecto más cambiante del mismo: los eventos. Éstos se han definido como sucesos relacionados con algún aspecto del sistema político, de duración corta y contenido noticiable. Se ha propuesto una tipología de eventos políticos nacionales que distingue si éstos tienen naturaleza electoral o no y si son de tipo excepcional. A partir de esta clasificación y de la revisión de la literatura que relaciona el contexto con aspectos de la implicación política subjetiva, se han planteado una serie de hipótesis. Se ha sugerido que los eventos podían afectar al objeto de este estudio de dos maneras: por su acumulación en un cierto espacio de tiempo o por sus características. En concreto, se ha planteado la hipótesis de que las elecciones, particularmente las de tipo excepcional, tendrían un efecto positivo sobre la implicación política; y que tanto éstas como una acumulación de eventos políticos de cualquier tipo amplificarían los efectos positivos de la socialización secundaria activa sobre la implicación política subjetiva.

En el tercer apartado de este capítulo, se ha analizado qué tipo de eventos causan un mayor impacto en la opinión pública y vimos que, si bien los aspectos relacionados con la conflictividad entre dos partes son los que más refieren los entrevistados, su efecto raramente se extiende más allá de un mes. En cuanto a su relación con el factor de implicación política subjetiva, se ha apuntado que aquellas personas que se declaran influidas por la Transición, la dictadura o la etapa socialista presentan medias más elevadas del índice de implicación que aquellos decepcionados por la actuación de los políticos o los que no destacan

ningún tipo de evento. Finalmente, se ha presentado evidencia de que los años en que se produjo un gran número de eventos políticos presentan mayores proporciones de ciudadanos implicados en política; aunque las pruebas estadísticas de relación a nivel agregado entre la proporción de ciudadanos interesados o eficaces y el número de eventos no han resultado ser significativas.

A nivel individual, se ha realizado un análisis de la relación entre el número de eventos y el hecho de sentirse políticamente comprometido en los años 1989, 1996, 2002, 2004 y 2006. El mismo ha revelado que sí existe dicho vínculo, pero que va en sentidos diferentes para el interés y la eficacia. Mientras que la concatenación de sucesos políticos potencia la atención de los ciudadanos respecto a la esfera pública, este mismo hecho los hace más propensos a sentirse incapaces de comprender lo que está pasando. Por este motivo, los eventos ocurridos durante el año previo a la medición de la implicación política no guardan por sí mismos una relación positiva con el factor de implicación política. Por otro lado, se ha mostrado evidencia exploratoria acerca de la incidencia positiva de la celebración de elecciones sobre la implicación política a nivel individual. También se hallaron relaciones positivas entre el factor de implicación y la celebración de elecciones excepcionales, así como con el número de eventos sucedido durante el mes en que éstas se celebraron. Del mismo modo, se ha mostrado evidencia a favor de que cuanto mayor es la competitividad, mayor propensión presentan los ciudadanos a implicarse psicológicamente con la política.

Toda esta evidencia es, sin embargo, de carácter exploratorio, puesto que proviene de análisis bivariados. Tal vez por esto, la aportación más relevante de este capítulo se refiera a los resultados del análisis multivariado a nivel individual discutidos en el cuarto y último apartado. Estos resultados confirman el efecto positivo de la celebración de elecciones y de la competitividad electoral sobre la propensión de los individuos a implicarse. También apuntan que la acumulación de eventos sólo tiene un efecto positivo sobre la implicación política cuando éstos acontecen acompañados de estímulos positivos procedentes de los agentes de socialización; matizando así la primera de las hipótesis de este capítulo. Por otra parte, la competitividad electoral ve aumentar su impacto sobre el fenómeno estudiado cuando el individuo presenta rasgos de socialización política secundaria activa. De hecho, este impacto puede llegar a ser negativo si no se ve acompañado de cierta frecuencia de discusión sobre política o de una consulta frecuente de información política en los medios de comunicación.

CAPÍTULO 8. CONCLUSIONES.

En este último capítulo se recopilan las principales conclusiones de los análisis empíricos realizados en esta investigación. Asimismo, se resumen los argumentos más relevantes aportados a lo largo de los anteriores capítulos a cada uno de los debates y corrientes de la literatura preocupadas en alguna medida por la implicación política subjetiva de los individuos.

Con este fin, el capítulo comienza con una reflexión a propósito de la variable dependiente, de su significado y operacionalización. Continuaremos con un resumen de la evidencia encontrada respecto al vínculo entre este fenómeno actitudinal y las variables sociodemográficas tratadas en esta tesis. Asimismo, se enumeran los principales hallazgos respecto a la relación entre la implicación política subjetiva, las cohortes y los efectos de períodos recientes de la historia española. Seguidamente, se sintetizan las claves de la denominada socialización política activa para, a continuación, revelar la relación entre socialización y contexto político. El capítulo finaliza con una recopilación de cuestiones pendientes que no han podido ser abordadas por falta de datos y otros recursos, así como de futuras líneas de investigación que pueden ser desarrolladas al hilo de los hallazgos presentados aquí.

8.1. La dimensión actitudinal de la implicación política subjetiva.

En las primeras páginas de esta tesis se detectó una inquietud presente no sólo en los estudios pioneros del campo de la Cultura Política, sino también en ámbitos no académicos y desde la antigüedad, a propósito de las características propias del buen ciudadano. Estas reflexiones sobre el civismo nos hablan de una medida de la calidad de la ciudadanía y de la democracia; pero cuando se concretan, a veces pueden resultar en una enumeración de características demasiado exhaustiva y exigente, una lista difícil de satisfacer por parte del ciudadano medio.

Por este motivo, se ha recuperado el concepto de Cultura Cívica enunciado por Almond y Verba (1963), así como las ideas de Competencia Cívica (Dahl 1992) o Ciudadanía Activa, con el fin de definir un conjunto mínimo y suficiente de actitudes (esto es, orientaciones psicológicas hacia objetos del sistema político) relacionadas con lo cívico. Desde un punto de vista teórico, este mínimo común denominador cívico sería necesario para que se activen los mecanismos de rendición de cuentas y control del gobierno, así como para que se desarrollen procesos democráticos como la selección de representantes políticos y la toma de decisiones de interés público. A efectos prácticos, estas actitudes propias de un ciudadano implicado serían capaces de predecir eficientemente comportamientos públicos objetivos. Esta nueva dimensión actitudinal, emparentada con otras como la desafección o el apoyo político por recoger orientaciones afectivas hacia la política en su sentido más general, se ha denominado implicación política subjetiva. De esta manera, se diferencia de las manifestaciones objetivas de implicación política, esto es, de las distintas modalidades de participación.

Se han propuesto el interés por la política y la eficacia política interna como indicadores suficientes y necesarios de la variable latente "Implicación Política Subjetiva". Mediante una serie de análisis empíricos, se ha confirmado la intensa relación que existe entre ambos y se ha medido y cuantificado el fenómeno que nos ocupa en España y a lo largo del período de consolidación de la

democracia. Se han construido dos variables que operacionalizan la implicación política subjetiva. La primera de ellas mide este fenómeno a nivel agregado. Su utilidad radica en cuantificar la proporción de ciudadanos implicados (esto es, muy o bastante interesados y eficaces) que encontramos a lo largo del período 1985-2006 en España o para el período 2002-2007 en 22 democracias europeas. Así, se ha observado que la proporción de ciudadanos implicados en España varía desde un 11,9% en 1985 a un 21,7% en 2006, con un máximo del 25,7% de españoles implicados en 2005. Esta variación interanual justifica la búsqueda de factores explicativos en características de la política nacional que han evolucionado a lo largo del período estudiado aquí. Volveremos más adelante sobre éstas. La segunda operacionalización toma la forma de un índice, obtenido a partir de un análisis factorial confirmatorio, el cual presenta las características de una variable cardinal. Este rasgo ha condicionado buena parte de las técnicas utilizadas para su análisis.

A continuación, resumiremos los hallazgos más relevantes en cuanto a las condiciones bajo las que surgiría o aumentaría con mayor probabilidad el nivel de implicación política subjetiva de la ciudadanía.

8.2. El papel de la socialización política en la construcción de la implicación ciudadana.

Como se argumentó en los dos primeros capítulos, la naturaleza actitudinal del objeto de esta investigación nos sitúa en el campo de la Cultura Política. Se ha señalado que la principal debilidad de esta corriente fue, durante mucho tiempo, su incapacidad para explicar el cambio actitudinal; y se ha apostado por superarla centrándonos en el análisis de la variación de la implicación entre individuos y a lo largo del tiempo. Una de las fuentes de esta debilidad es el énfasis que esta literatura puso desde los años sesenta en la socialización política primaria o infantil como causa del origen de las actitudes. Debido a ello, se entendía que las orientaciones sólo podían variar de manera agregada cuando los patrones de socialización política cambiaban y las generaciones de edad avanzada eran sustituidas por las más jóvenes. Pese a que en épocas posteriores se consideró el papel de agentes propios de la socialización secundaria en la evolución de las actitudes, actualmente vuelve a enfatizarse el papel de agentes típicamente primarios –especialmente de la escuela- en relación con el origen de las actitudes cívicas.

Pues bien, en esta tesis se ha querido rescatar la premisa culturalista de que la socialización importa. Sin embargo, se han introducido dos importantes matices a esta proposición. La primera, que la socialización política no debe contemplarse únicamente como un proceso colectivo cuyos cambios o continuidad tengan que analizarse exclusivamente a partir de análisis agregados. Esto significa que no podemos reducir el estudio de los patrones de socialización que conducen con mayor probabilidad a la implicación ciudadana a la ejecución de análisis de cohortes. Por el contrario, el individualismo metodológico en que se asienta esta literatura nos invita a buscar estas pautas de socialización a nivel individual. Afortunadamente, algunas encuestas de opinión pública y cultura política en España permiten identificar los mecanismos por los que los distintos agentes de socialización política incentivan la implicación del individuo a lo largo de toda su vida. Esto nos conduce al segundo de los matices introducidos en esta tesis respecto a la socialización política: la misma es un proceso continuo,

por lo que debería ser investigada de manera integral, y no asumiendo que una de sus fases es más importante que la otra; puesto que ésta es una cuestión que puede abordarse empíricamente.

Sin embargo, se ha comenzado analizando los aspectos colectivos de la socialización en los capítulos cuarto y quinto. En el primero de estos capítulos se han utilizado las variables sociodemográficas edad, educación y género para aproximar los patrones de socialización política que rigieron en tiempos anteriores en España; especialmente durante el Franquismo. Una serie de análisis bivariados y multivariados han permitido demostrar que la socialización política pasiva del régimen franquista fue especialmente intensa en el caso de las mujeres. Éstas se vieron perjudicadas tanto por unos valores patriarcales que las apartaron de los estudios y el trabajo, relegándolas al ámbito privado, como por unas condiciones económicas que no necesitaban de su participación activa en el mercado laboral. Esta tendencia se rompió en la etapa desarrollista, especialmente a partir de los años setenta. Actualmente, la equiparación en el terreno laboral y la mejora del nivel de estudios agregado de las mujeres españolas han conseguido acortar las diferencias con el género masculino, todavía sensiblemente más implicado en política en España.

El quinto capítulo presentó y discutió los resultados de un análisis por cohortes de los niveles agregados de implicación política subjetiva, abundando en la perspectiva clásica de la socialización política. La intención de este análisis era doble. Por un lado, identificar los elementos de anclaje de esta dimensión actitudinal en la historia, bajo el supuesto de que la evolución del sistema político español en el último siglo habría marcado a distintas generaciones de españoles con una cierta propensión o aversión a implicarse en lo público. Estas pautas de continuidad intrageneracionales ayudan a comprender la especificidad del caso español que, como hemos visto, puede resumirse en un intenso rechazo a la idea de lo público, es decir, a la política. En segundo lugar, y como los pioneros del culturalismo ya indicaban, se ha constatado que el reemplazo generacional se produce, constituyendo una causa de cambio actitudinal a nivel agregado, aunque a largo plazo. Por este motivo, no se ha querido renunciar a este factor explicativo de la variación del objeto de estudio para el período 1985-2006.

A partir de este análisis de cohortes, se ha identificado una generación más “cívica” que el resto. Se trata de una cohorte que vivió durante sus años impresionables la liberalización del régimen franquista y los momentos iniciales de la Transición, caracterizados por una intensa movilización política. En efecto, la cuarta cohorte –constituida por los nacidos entre 1953 y 1962- desarrolló unos niveles de compromiso con lo público, atención a la política y sentimiento de capacitación en este terreno superiores a los de otras cohortes. Todo ello sugiere que el contexto constituye un importante motor de cambio de las actitudes. Su efecto es mayor que el de la escuela formal, especialmente alienante para la tercera y cuarta cohortes españolas entre 1945 y 1970, en que estuvo vigente la Ley de Educación Primaria franquista.

Otras conclusiones relevantes relativas al estudio de cohortes son, en primer lugar, que la Guerra Civil y la posterior etapa autárquica habrían apartado de la política a la ciudadanía. Sin embargo, las condiciones de normalidad sin sobresaltos posteriores a 1981 son tan positivas para la eficacia política interna como negativas para la curiosidad e interés por los asuntos públicos de las generaciones cuyos

años impresionables transcurren en esta etapa. Es decir, un largo período de rutina y continuidad democrática beneficia al sentimiento de capacitación política gracias a la práctica reiterada de la democracia; aunque, en ausencia de hechos remarcables, no potencia el interés por la política. Por otra parte, la prosperidad económica incentiva el compromiso con lo público -entre otras orientaciones postmaterialistas- para las generaciones que se hacen mayores de edad en estas condiciones (esto es, a partir de la 3ª cohorte). Cabe indicar también que los grupos de edad más avanzada no han empeorado su propensión a implicarse en el último cuarto de siglo; de lo que se desprende que lo sucedido en el ciclo de normalidad democrática ha frenado la tendencia a la alienación política que se incrementa con la edad avanzada.

Para finalizar con las conclusiones relativas al quinto capítulo, se ha sugerido la aparición de una séptima cohorte, nacida a partir de 1978 y cuyos años impresionables habrían transcurrido paralelamente a los escándalos de corrupción del gobierno socialista y los gobiernos del Partido Popular (1996-2004). Las características desmovilizadoras de la última legislatura popular no habrían dejado a la ciudadanía reponerse del impacto negativo de la desconfianza que generó a su término el gobierno socialista. Es decir, el efecto negativo de la percepción de los políticos y la política habría neutralizado otros efectos positivos del contexto sobre esta cohorte, como el de la derrota electoral del PSOE a raíz de unas elecciones muy competidas que causaron en 1996 el retorno al poder de la derecha. Por tanto, esta última generación acusa un efecto negativo del contexto político desde mediados de los años noventa que se suma al efecto negativo de la edad, es decir, a su juventud.

Por otra parte, separar el efecto de la cohorte del efecto de la edad y el período constituye un reto. Para afrontarlo, se ha recurrido a diversas estrategias. En primer lugar, se han calculado las diferencias longitudinales, transversales y de lapso de tiempo entre distintas parejas de cohortes y en 5 períodos de tiempo seleccionados en función de si se observaban o no diferencias significativas en los niveles de implicación política de las cohortes. En segundo lugar se estimaron las proporciones de ciudadanos implicados entre 1985 y 2006 a partir de su cohorte de pertenencia y de cada uno de los años en que se recogieron los datos. Los resultados indicaron que ciertos años (1996, 2002, 2004) tienen un mayor poder explicativo que algunas cohortes y que, a corto plazo, el período y la pertenencia a una cohorte influyen en la implicación política en mayor medida que la edad.

El efecto de la edad sobre la implicación política se ha analizado con detalle en el capítulo cuatro, donde se confirma que las personas de mediana edad presentan una mayor propensión a implicarse en estos temas, de acuerdo a su mayor integración social y a sus intereses económicos definidos. Sin embargo, esto sólo es así a partir de los años 90. La ciudadanía habría necesitado un tiempo de adaptación a la normalidad democrática para comportarse y desarrollar unas preferencias acordes con el nuevo marco de incentivos, en que la edad aproxima su posición en la estructura social. En este sentido, los jóvenes parten con desventaja respecto al grupo de ciudadanos de mediana edad, especialmente por su inferior grado de integración social. Sin embargo, muchas de las afirmaciones acerca del alarmante grado de alienación política de la juventud española han sido desmentidas en esta tesis, confirmando los resultados de trabajos previos sobre este particular (Caínzos 2006, Ferrer 2006).

Para empezar, los españoles de entre 18 y 30 años presentan unos niveles de implicación política similares –y en muchas ocasiones superiores- al resto de la población. En segundo lugar, los niveles de interés y eficacia política han crecido para este grupo desde 1985. Por tanto, los jóvenes españoles están en 2006 más implicados subjetivamente en política que al inicio del período estudiado; siguiendo la misma tónica que el resto de los grupos de edad. Por otra parte, la comparación entre los niveles de implicación de los jóvenes españoles con los de otros jóvenes europeos ha revelado una gran variabilidad de los primeros. Los jóvenes de España aparecen en 2006 como los menos implicados de entre 22 países participantes en la ESE. Sin embargo, este resultado contrasta con el de 2004, cuando España aparece como el séptimo país europeo con una mayor proporción de jóvenes implicados. Por tanto, si existe un rasgo que cabe destacar respecto al grado de implicación política de la juventud española es su variabilidad, probablemente debida a una gran sensibilidad a las características del contexto político en que se desenvuelven. Esta conclusión viene a confirmar los resultados de la literatura producida acerca del impacto de las características de las convocatorias electorales en las actitudes juveniles (Franklin 2003).

Hasta aquí, las conclusiones más relevantes relativas al estudio de la propensión a implicarse de las generaciones políticas españolas. Como hemos dicho, se ha ampliado el estudio sobre el papel de la socialización política efectuando diversos análisis sobre su influencia en la implicación política subjetiva a nivel individual. Estos análisis, realizados mediante ecuaciones estructurales, han permitido llegar a una serie de conclusiones. La primera de ellas es que la socialización política activa no se limita a la infancia. De ello ya teníamos un indicio a partir del análisis por cohortes, ya que en los mismos consideramos que el período “impresionable” va de los 14 años a los 25, lo cual recoge un amplio período de la vida del individuo, incluyendo el último tramo de la socialización primaria y el principio de la adulta. A partir de estos análisis veíamos que para algunas cohortes (como la cuarta) los sucesos que más afectaron a su propensión a implicarse sucedieron al principio de su juventud.

Pues bien, los resultados de las estimaciones sobre el efecto de la socialización política activa realizadas en el capítulo sexto nos permiten concluir que la fase primaria de la socialización juega un papel relevante en la configuración de la implicación política subjetiva. Sin embargo, su influencia sobre el objeto de estudio no es directa, sino mediada a través de la socialización secundaria. Dicho de otra manera, una socialización política activa en la infancia hace más probables unos patrones de socialización política activa en el período adulto, pero no determina sus futuros niveles de implicación. Por otra parte, y aunque el indicador utilizado para captar la acción socializadora de la escuela sólo recoge algunos aspectos de la dinámica y clima escolar, también ha permitido concluir que la mayor parte de la literatura sobreestima los efectos de la escuela como transmisora de actitudes políticas activas. Al menos para la mayoría de generaciones españolas, lo que ocurre en la familia en la primera etapa de la vida del individuo parece pesar más que las dinámicas escolares. Cabe señalar que este hallazgo está en sintonía con el limitado papel de la escuela detectado en el proceso de configuración de cohortes. Recuerdo al lector que las generaciones expuestas al modelo de educación formal más políticamente alienante que ha habido en España se sobrepusieron a estos valores. En efecto, para la tercera cohorte fueron más relevantes las condiciones económicas positivas bajo las que crecieron, y

para la cuarta, las expectativas de cambio de la liberalización del Franquismo y la agitación política inicial de la Transición, que les hizo sentirse actores políticos relevantes¹²⁰.

La siguiente conclusión que sugieren los resultados del análisis de los efectos de la socialización sobre la implicación política es que lo que sucede en la vida adulta del individuo es más importante que lo ocurrido en la infancia para comprender su grado de compromiso público. Los medios de comunicación, los amigos y compañeros de trabajo, así como las dinámicas que se desarrollan donde el ciudadano ejerce su profesión son algunos de los agentes más importantes en el origen y estímulo de la implicación política subjetiva. Esto es lógico, puesto que la política es algo propio de la vida adulta y la mayoría de edad no sólo marca el inicio de la juventud, sino que inaugura la nueva condición de ciudadano del individuo. Presumimos que en este proceso de formación de la implicación también será importante lo que suceda en su entorno político, aunque en el capítulo sexto me limité a comprobar que la socialización política puede comprenderse como un proceso integral y continuo. También se demostró que el impacto de los agentes de socialización que potencian el interés y la eficacia política a nivel individual es importante para todas las cohortes, y tanto si los individuos refieren un acontecimiento político que les marcó actitudinalmente como si no.

A este respecto, sólo cabe hacer tres observaciones. La primera es que la cohorte más anciana presenta patrones de socialización notablemente diferentes a las restantes cohortes; tal y como se esperaba. Los mismos se caracterizan por un mayor peso de los agentes de socialización tradicionales, especialmente de la familia, en torno a la que giraba la mayor parte de la vida social de estos individuos. La cohorte cuarta también difiere del resto en el sentido de que los agentes propios de la vida adulta presentan un efecto sobre su implicación política de mayor magnitud. Esto apunta de nuevo al papel fundamental del contexto político en que los miembros de esta generación se convirtieron en ciudadanos. Su entorno político habría potenciado la acción implicadora de los amigos y compañeros de trabajo y, especialmente, de los medios de comunicación. Esta relación entre contexto y socialización se detallará en el próximo apartado. Para finalizar con el presente, sólo añadiré que el modelo de socialización política activa expuesto en el capítulo sexto se puede aplicar a todos los ciudadanos independientemente de si éstos asocian sus creencias políticas a algunos eventos experimentados en el pasado. Ahora bien, los que así lo hacen presentan un mayor efecto de los medios de comunicación y de la socialización secundaria en sus niveles de implicación política que los que no se sienten influidos por ningún evento. Esto, de nuevo, nos lleva a prestar atención al contexto político y su relación con la socialización política.

Aquí finaliza la recopilación de los principales hallazgos de los análisis realizados en los capítulos cuarto, quinto y sexto donde se estudian a través de distintas estrategias empíricas los posibles efectos de la socialización. Pasemos, a continuación, a resumir las conclusiones más importantes relativas al contexto, extraídas sobre todo del análisis presentado y discutido en el séptimo capítulo de esta tesis.

¹²⁰ Entre los pocos indicios hallados sobre el papel relevante de la escuela formal en este proceso están sus efectos sobre la quinta cohorte. Manteniendo constantes algunos de los condicionantes contextuales de las cohortes anterior y/o posterior (buena situación económica, sistema político democrático aunque menos movilizador que al inicio de la Transición), la sustitución de la Ley de Educación Primaria por otra más acorde con la educación cívica en 1970 es uno de los factores que explica que ésta cohorte sea la segunda más implicada en España.

8.3. El contexto como elemento explicativo de la implicación política subjetiva.

Hasta ahora, nos hemos referido al contexto en numerosos momentos al hablar de la socialización política. Hemos visto que el mismo puede configurar cohortes dependiendo de sus características y de su coincidencia con los años impresionables de un grupo de ciudadanos. También hemos visto que tal vez tenga algo que ver con el desigual impacto de los agentes de socialización, tal y como descubrimos en el capítulo sexto, matizando la tercera hipótesis defendida en ese capítulo. Por ello, en el siguiente capítulo se analizó de forma sistemática la relación entre contexto y socialización.

Como se expuso en el marco teórico general, desde un punto de vista racional culturalista serían diversos los aspectos institucionales y coyunturales capaces de influir en la implicación política de los individuos. Sin embargo, en esta tesis no los hemos abordado todos por limitaciones de tiempo, de espacio y de disponibilidad de datos; así como por la decisión de centrarse en el caso español y en el nivel individual. En cualquier caso, se ha demostrado que la capacidad explicativa de estos factores aumenta con el tiempo, como si la ciudadanía se racionalizase progresivamente, comportándose cada vez más de acuerdo a los incentivos políticos. En primer lugar, se pusieron a prueba la validez de las teorías de la modernización para el caso español en el capítulo 5, observando que la primera cohorte que se despega de la tendencia a la alienación política es la que experimenta en sus años impresionables el desarrollo económico del Franquismo. Más concretamente, en el séptimo capítulo observamos que los indicadores económicos entre 1985 y 2006 se relacionan con los niveles agregados de implicación. En concreto, el desempleo perjudica la propensión de la población a implicarse y la inflación también afecta de forma negativa a la proporción de ciudadanos que manifiestan implicación política. Sin embargo, estos dos indicadores económicos son de naturaleza coyuntural. Por tanto, más que aproximar el grado de desarrollo económico y social del país, afectan al marco de incentivos para la participación y a la percepción de la actuación de los políticos y la política.

Interesaba particularmente el papel de los eventos en la configuración de la implicación política, debido a una desatención detectada al respecto en la literatura, por lo que se ha elaborado una tipología de eventos políticos nacionales. Asimismo, se han utilizado técnicas bivariadas para desentrañar su relación con el objeto de estudio. De esta manera, se ha hallado evidencia estadísticamente significativa que sugiere que los ciudadanos que manifiestan que se sintieron influidos por algunos eventos políticos pasados presentan niveles de implicación más elevados que los que no refieren ningún acontecimiento político. Además, el tipo de evento referido por el entrevistado parece ser relevante, puesto que los ciudadanos que mencionan la Transición o el Franquismo presentan niveles de implicación política significativamente superiores al resto de la ciudadanía.

Seguidamente, se ha comprobado a nivel agregado cómo afecta la complejidad, conflictividad y agitación de la coyuntura política a la configuración e impulso de la implicación política. Para ello, se ha tenido en cuenta el número de eventos nacionales ocurridos a lo largo de un año y el nivel de actividad y conflictividad política de las élites. Esto último se ha medido a través de una serie de indicadores de actividad parlamentaria y legislativa que han resultado relacionarse en el sentido esperado con el objeto de estudio: a más actividad y conflicto, más implicación, especialmente para el caso de la eficacia política interna. De modo más sistemático, se ha analizado el impacto del indicador de

competitividad electoral y el de densidad de eventos sobre la implicación política mediante análisis multivariados.

Tomando como referencia la tipología construida a partir de los criterios de excepcionalidad y electoralidad, he comenzado centrándome únicamente en los eventos electorales, puesto que se han revelado como el tipo de suceso político que más influye en el grado de implicación política de la ciudadanía. Hemos analizado el efecto de los mismos teniendo en cuenta sus niveles de competitividad. Esta última variable, además del nivel de conflictividad de las élites, captura también el grado de excepcionalidad de las elecciones, junto al número de eventos sucedidos en el mes en que se celebraron. Así, se ha evaluado el impacto directo e indirecto –mediado por los agentes de socialización secundaria- tanto de la acumulación de eventos en un año como de la celebración de elecciones excepcionales, entre las cuales distinguimos grados de excepcionalidad en función del número de sucesos que las acompañó. Los resultados se detallan a continuación.

En primer lugar, la competitividad electoral tiene un efecto directo positivo sobre los niveles de implicación política, pero su impacto se ve ampliado si se acompaña de un entorno social que incentiva la implicación política. En segundo lugar, el número de eventos sucedido durante el año previo a la medición de la implicación tiene un impacto directo negativo sobre ésta. Parece que el grado de complejidad de la coyuntura política afecta negativamente al sentimiento de capacitación política del individuo. Sin embargo, aunque el ciudadano se siente menos capaz de comprender lo que pasa, también se siente más atraído por lo que ocurre en esta esfera a medida que aumenta su complejidad. El resultado es un impacto global negativo, por cuanto el perjuicio que causa en la eficacia política interna es mayor que su efecto positivo sobre el interés por la política. No obstante, cuando el entorno social del individuo filtra la información que generan los eventos, su acción unida al estímulo procedente del contexto tiene un efecto positivo sobre la implicación política.

El papel de los medios de comunicación es más complejo. Sólo un consumo asiduo de información política televisada tiene un efecto significativo sobre la implicación política subjetiva, tanto en un contexto electoral como no electoral, y tanto en años destacables por su densidad de eventos políticos como en otros menos agitados. Por otra parte, cuando este consumo asiduo se combina con una coyuntura en que se suceden los eventos políticos, sus efectos positivos se ven ampliados. Por último, en un contexto electoral excepcional, el efecto de esta interacción entre el seguimiento de noticias políticas por televisión y el contexto es mayor aún. Todo lo que ocurra en la esfera política tiene un destacable efecto negativo sobre la propensión del individuo a implicarse si no recurre a los informativos televisados. En cambio, ambos factores juntos presentan un efecto positivo sobre la implicación de una gran magnitud. En definitiva, un contexto de elecciones excepcionales potencia notablemente el efecto positivo del seguimiento de las noticias políticas por televisión.

Tabla 8.1. Resumen de las conclusiones más destacadas de esta investigación.

Relacionadas con la socialización política	Relacionadas con el contexto político
<p>1) La socialización política importa. Es capaz de explicar pautas de continuidad y cambio en las distintas generaciones de españoles, a nivel individual y agregado.</p>	<p>10) El contexto importa. Ahora bien; su impacto sobre la implicación política subjetiva depende a menudo de cómo los agentes de socialización hagan llegar al ciudadano lo que ocurra en el sistema político.</p>
<p>2) Existen al menos seis cohortes formadas por la coincidencia de ciertos períodos políticos con los años impresionables de distintas generaciones de españoles. Algunos de estos períodos afectan negativamente a la propensión a implicarse (Guerra Civil, Autarquía) y otros positivamente (Desarrollismo, Liberalización, Transición). La cohorte más cívica ha resultado la 4ª o de la liberalización, influida también por el inicio de la Transición.</p>	<p>11) El efecto del período sobre la proporción de ciudadanos implicados en política es en algunos casos (1996, 2002, 2004) superior al efecto de pertenencia a una cohorte o a la edad.</p>
<p>3) Debe considerarse la aparición de una séptima cohorte (nacida entre 1978 y 1988) afectada negativamente por el comportamiento y actitud de las élites políticas, concretamente por la corrupción del PSOE en sus últimas legislaturas y por las estrategias desmovilizadoras del PP en su segunda legislatura.</p>	<p>12) Los años del período analizado en los que los indicadores macroeconómicos son peores (elevadas tasas de inflación y o desempleo) son también los años que presentan menores proporciones de ciudadanos interesados o implicados políticamente.</p>
<p>4) Algunas variables sociodemográficas aproximan patrones colectivos de socialización. Por este motivo, el género, combinado con el nivel de estudios o la edad, explica los bajos niveles de implicación política de las mujeres educadas bajo el patriarcalismo franquista.</p>	<p>13) La movilización y actividad de las élites (celebración de elecciones, competitividad electoral, indicadores de actividad parlamentaria y legislativa) afectan positivamente a la eficacia política interna.</p>
<p>5) La juventud española no está especialmente ni trágicamente alienada respecto a la política. Sus niveles de implicación han sido generalmente superiores a los del resto de la población en el período estudiado; y sólo ligeramente inferiores a la media de otros países europeos entre 2002 y 2007. Si cabe destacar un fenómeno relacionado con la implicación política de los jóvenes españoles es su variabilidad; por su sensibilidad a los efectos del contexto.</p>	<p>14) La normalidad democrática beneficia a la eficacia política, y el conflicto al interés. La densidad de acontecimientos afecta negativamente al porcentaje de ciudadanos que declaran sentirse cómodos en política a la vez que aumenta la proporción de ciudadanos interesados en ésta. También en el análisis por cohortes vimos que períodos perjudiciales para el interés político pueden ser positivos para la eficacia.</p>
<p>6) Estudiar los aspectos colectivos de la socialización limita la capacidad de este proceso para explicar la variación de las actitudes. En cambio, un modelo de socialización política activa que tenga en cuenta agentes y procesos que actúan a lo largo de toda la vida predice con éxito los niveles individuales de implicación política.</p>	<p>15) A nivel individual, el efecto de la acumulación de eventos políticos sobre la implicación política subjetiva es negativo. Sin embargo, si concurren acompañados de procesos de socialización política activa, su impacto se vuelve positivo. Por tanto, los agentes de socialización ayudan a comprender y asimilar información sobre el contexto político, evitando que el individuo se sienta superado por los acontecimientos.</p>
<p>7) En el marco de este modelo de socialización política activa, se demostró que el impacto de lo sucedido a lo largo del curso de vida de los ciudadanos es mayor que el de lo que ocurre únicamente durante su infancia y adolescencia. Este resultado desafía buena parte de la literatura que estudia el efecto de la socialización primaria en la formación y evolución de las actitudes</p>	<p>16) Las elecciones son el tipo de eventos políticos con mayor impacto sobre la implicación política de los españoles. El hecho de que se hayan celebrado elecciones en un año tiene mayor efecto sobre la propensión a implicarse que el efecto –negativo, por otra parte- de una enorme acumulación de eventos políticos de otro tipo.</p>
<p>8) Otra conclusión de este estudio que va en sentido contrario a la mayor parte de la literatura sobre socialización política tiene que ver con el papel de la escuela. Así, para el caso español, los efectos de la escuela parecen no ser tan intensos como los de la familia o el contexto.</p>	<p>17) La competitividad electoral tiene por sí misma un impacto positivo sobre la implicación política subjetiva a nivel individual. Pero cuando además acompaña procesos de socialización política secundaria activa, consigue amplificar los efectos positivos para la implicación de estos últimos.</p>
<p>9) La socialización política primaria es necesaria para comprender los niveles de implicación política de un adulto; pero su papel no es determinante. El mecanismo que vincula este proceso al objeto de estudio es indirecto. Una socialización infantil activa hace más probable una socialización adulta también activa.</p>	<p>18) Dos elecciones que destacan por un elevado grado de competitividad pueden considerarse excepcionales. Pero si además se celebraron acompañadas de un gran número de eventos políticos, el efecto positivo de la interacción entre los mecanismos de socialización secundaria activa y el número de estos eventos será aún más destacado que la interacción con otros elementos coyunturales.</p>

Fuente: elaboración propia a partir de las conclusiones presentadas en los apartados 8.2 y 8.3 de este capítulo.

Hasta aquí se han resumido los hallazgos más relevantes de esta investigación, así como las respuestas que proporcionan los resultados de los análisis efectuados y discutidos en esta tesis doctoral. La tabla 8.1 resume de manera esquemática todas estas conclusiones, distinguiendo entre las relacionadas con la socialización y las vinculadas al contexto político. En dicha tabla se aprecia que el número total de conclusiones de esta tesis es de 18. Ahora bien, toda tesis que aspira a aportar resultados relevantes también contribuye a plantear nuevas preguntas que, por desgracia, el investigador no está en condiciones de responder. También genera algunas críticas sobre la robustez de los hallazgos, así como reflexiones acerca de cómo podrían mejorarse dichos hallazgos, de haber tenido el material empírico adecuado. Esa es la temática que aborda el último epígrafe de este capítulo, que podría considerarse una especie de catálogo de “todo lo que me gustaría haber hecho en esta tesis y no pude”.

8.4. Limitaciones del presente estudio y futuras líneas de investigación.

Son muchas las renuncias que tuve que hacer a la hora de decidir el diseño de esta investigación y, por lo tanto, las hipótesis que iba a someter a prueba empírica. La primera renuncia es la de haberme limitado a considerar una única variable dependiente (la implicación política subjetiva) si bien la misma contiene dos variables con suficiente entidad como para merecer un estudio detallado cada una de ellas. Igualmente, he renunciado a incluir en esta dimensión variables como la importancia de la política en la vida, o indicadores de eficacia política interna, como “el voto (no) es la única forma de participar en política”, por falta de suficiente información en las encuestas utilizadas. Del mismo modo, me quedan pendientes dos análisis exploratorios. Uno trataría de la relación del interés político con una serie de percepciones del contexto político (valoración de líderes, confianza institucional), en que estudiaría si estas últimas afectan al interés y si esta relación varía entre países. Un segundo análisis exploratorio se interesaría por el vínculo entre la eficacia política interna y la externa. O lo que es lo mismo, entre la percepción de la receptividad de los políticos y la propia competencia en política.

Por lo que se refiere a las variables independientes, no me ha quedado más remedio que renunciar a la comprobación de algunas hipótesis, especialmente de las relacionadas con los recursos. Esto se ha debido a la abundancia de factores explicativos propuestos en los modelos presentados, aunque no descarto el estudio de estas hipótesis alternativas en futuras investigaciones. Por ejemplo, el hecho de desgranar argumentos progresivamente ha dejado para el final el papel del contexto, restándole tal vez protagonismo. Por ello, entre mis planes inmediatos figura la redacción de un artículo que explore más detenidamente la interacción entre socialización y contexto defendida aquí. Es difícil poder ampliar la base de datos del falso panel que se utilizó para estos análisis, puesto que en cada una de las encuestas debían figurar indicadores suficientes de implicación y socialización política secundaria. Pero sí me habría gustado al menos incluir datos para 2007 (CIS 2700) y 2008. Con una base de datos algo más extensa, habría sido posible incluir indicadores de conflictividad y complejidad del contexto -como los relativos a la actividad parlamentaria y legislativa- y comparar su interacción con el entorno social del individuo con la que se ha observado para la densidad de eventos y la competitividad electoral.

Una de las principales limitaciones de este estudio, de la que soy plenamente consciente, es la debilidad de la dirección de la causalidad que relaciona la implicación a algunos indicadores de la acción socializadora de los agentes. Me refiero en concreto al vínculo entre la discusión sobre política y la implicación política, que algunos autores han considerado manifestaciones del mismo fenómeno, y no causa y consecuencia. Estoy convencida de que dichos indicadores son los mejores posibles, dadas las restricciones derivadas de la formulación de las preguntas en las encuestas utilizadas y del hecho que en las mismas debían figurar indicadores suficientes y necesarios de implicación y de socialización. He argumentado extensamente la decisión tomada en el capítulo sexto, donde he destacado el papel de la discusión sobre política en la infancia, lo que asegura que la causa precede a la variable dependiente. Sin embargo, en no pocos momentos de esta tesis se ha echado de menos una encuesta tipo panel que recogiese variables capaces de operacionalizar tanto el objeto de estudio como los factores explicativos propuestos. Este tipo de encuestas podría controlar el momento de aparición y acción de los agentes de socialización política, así como el surgimiento y variación de las actitudes políticas a lo largo de la vida del individuo. Esta no es una carencia exclusiva del ámbito español; en realidad se trata de una necesidad común a toda la literatura sobre socialización política (Hooghe 2004), a excepción de Estados Unidos, donde sí se han llevado a cabo este tipo de estudios.

Incluso asumiendo la falta de este tipo de encuestas panel, no he podido contar con otro indicador de la influencia del entorno social del individuo –familia, amigos y compañeros de trabajo, ocio o militancia- que situase su acción en su vida adulta pero en un momento anterior a la manifestación de su grado de implicación política subjetiva. Como no he hallado este tipo de indicador en las encuestas utilizadas en este estudio ni en ninguna otra de las consultadas, he especulado con la idea de construirlo yo misma. Para ello, entre mis planes figura participar en una de las próximas convocatorias del CIS para la propuesta de un módulo de encuesta sobre socialización política. En esta convocatoria, el CIS ofrece a los investigadores la posibilidad de participar en el diseño de un módulo de preguntas en una encuesta y realizar una primera explotación de los datos obtenidos.

Entre las preguntas que propondría en dicho módulo figurarían indicadores de socialización que recogiesen patrones tanto activos como pasivos de la misma, así como manifestaciones de implicación política subjetiva y objetiva. Dicho módulo de encuesta posibilitaría la comprobación de hipótesis como las expuestas en los capítulos sexto y séptimo de manera alternativa. Permitiría incluso hacerlas más concretas. A este respecto, me gustaría analizar el papel de la iglesia católica en la socialización de los españoles mediante alguna pregunta que arrojase más luz sobre la idea de política que transmite, más allá de la frecuencia de asistencia a servicios religiosos. Este agente ya ha sido tenido en cuenta en el estudio de otras actitudes como la ideología, pero a lo largo de esta investigación han aparecido indicios de que también podría influir en la formación de la implicación política. Así lo indica la peculiar idea del civismo que tienen los españoles, más relacionada con la idea de caridad que de política. También me gustaría explorar de forma más sistemática los mecanismos por los que la escuela influye en la propensión a implicarse de los alumnos. He mencionado, tanto en el cuarto capítulo como en el sexto, el papel de los distintos currículos escolares, propuestas pedagógicas y valores de los centros educativos. Una serie de preguntas relativas a las características y dinámicas de los colegios ayudaría a comprender estos mecanismos causales.

Por otra parte, el papel “implicador” de la escuela es especialmente tentador como objeto de estudio en sí mismo, especialmente tras el Año Europeo de la Ciudadanía (2005) y la instauración de la nueva asignatura Educación para la Ciudadanía en España. Por ello, y pese a que existe evidencia de que este agente es menos importante que la familia para el caso español, no descarto realizar una investigación de tipo cualitativo sobre su efecto. La misma partiría de la selección de una muestra de individuos en función de si asistieron a un centro que potenció sus actitudes cívicas o no. Éste es un proyecto que llegué a desarrollar, contactando incluso con la fundación Rosa Sensat, caracterizada por comulgar con los principios de la renovación pedagógica. Sin embargo, en aquel momento percibí que se trataría de una investigación demasiado ardua como para realizarse en el tiempo que me daba a mí misma para finalizar esta tesis. Tanto por lo que respecta a la operacionalización de conceptos como “clima escolar implicador” como a la selección de observaciones y realización y explotación de dichas entrevistas. Esto último se habría dilatado especialmente si me inclinaba por seleccionar individuos en su etapa escolar y seguirlos durante unos años, controlando así el efecto de la escuela por el de otros agentes de socialización a medida que entran a jugar un papel relevante en sus vidas.

Tanto en el diseño de un hipotético módulo de encuesta sobre socialización e implicación como en un estudio cualitativo centrado en los efectos de la escuela incluiría sin duda un agente socializador que no he podido tener en cuenta en esta investigación por falta de información. Se trata de las instituciones de educación no formal. Me refiero a todas las entidades y organizaciones de ocio, deporte y educación extraescolar infantil y adolescente: esblais, escoltismo, casales, colonias, campos de trabajo, campamentos, ludotecas y oferta extraescolar de bibliotecas y museos. Sólo excluiría la oferta extraescolar de los centros educativos por replicar presumiblemente los valores que ya caracterizan al centro, y las actividades académicas (idiomas, informática, etc.) por tener unos objetivos exclusivamente centrados en la adquisición de conocimientos específicos, más aún que la escuela. No es que estas organizaciones sean de reciente aparición (los *scouts* fueron fundados en 1907), pero han ido cobrando importancia en la fase primaria de la socialización política como consecuencia de los cambios en la estructura familiar y del mercado de trabajo (Trillo 2007). La literatura sobre la denominada “pedagogía del ocio” o “educación en el tiempo libre” destaca el tiempo que pasan los niños en estas asociaciones y su estructura y dinámicas. Éstas suelen ser más horizontales que en el entorno escolar y familiar, puesto que las interacciones entre los niños tienen mucha más relevancia que en estos otros ámbitos. Mi intuición es que los niños que ocupan su tiempo libre en este tipo de actividades -especialmente las que responden al perfil de esblais o escoltismo- desarrollan un sentido de la comunidad y de lo público en mayor medida que los que disfrutan de un tipo de ocio más individual. No obstante, resulta difícil aislar su efecto del de la familia; ya que el factor que explica en gran medida el tipo de actividad que siguen los niños en su tiempo libre será la voluntad de sus padres. Cabe tener esto en cuenta tanto a la hora de diseñar el cuestionario sobre socialización como en las entrevistas a niños y adolescentes de una hipotética investigación cualitativa.

En definitiva, mi curiosidad sobre los mecanismos de socialización política infantil no ha sido satisfecha con esta investigación. Además del citado módulo de encuesta y del posible estudio cualitativo sobre la escuela y el papel de la educación no formal, me gustaría explotar con detenimiento algunas encuestas del CIS realizadas sólo a los jóvenes españoles. A punto estuve de utilizar una de

éstas relativa al papel de la televisión en la información política y formación de actitudes infantiles; aunque no vi el posible encaje de esta exploración con el resto de argumentos expuestos en esta tesis. Era demasiado concreta, tanto por el segmento de la población española que sería objeto de este estudio (niños y adolescentes) como por el agente de socialización (la televisión). No obstante, sería una línea de investigación interesante para el caso español, siguiendo la estela de los estudios sobre la influencia de los nuevos agentes de socialización infantiles (Atkin y Grantz 1978).

Hasta aquí alcanzarían mis expectativas con respecto a la profundización en los mecanismos de la socialización política activa. En el otro extremo encontramos todo lo que hubiera querido investigar con relación al papel del contexto en la configuración de actitudes implicadas. A lo largo de toda esta investigación he sido consciente de que el papel del contexto parece secundario en comparación con el de la socialización. Pero no por un descuido consciente. Todo lo contrario, he puesto cuidado en señalar que la más destacada aportación esta tesis es la demostración de que existe una relación entre los efectos del contexto y los de la socialización política activa, que actúan en interacción potenciándose mutuamente. Sin embargo, me he encontrado con la limitación de la falta de material empírico. Los beneficios derivados de inclinarme por un estudio de caso (España a lo largo de su consolidación democrática) consisten en que una serie de condiciones se mantienen constantes a lo largo de la investigación. En este caso, todos los elementos institucionales, el marco esencial del sistema político español que no ha variado apenas entre 1985 y 2006. Entre las cosas que sí han cambiado encontramos una serie de indicadores (actividad parlamentaria) que, sin embargo, se producen con una periodicidad demasiado dilatada (cada cuatro años, en lugar de cada mes o año) como para poder analizar estadísticamente de forma rigurosa su relación con la implicación política. El análisis de este tipo de datos prácticamente obliga a trabajar a nivel agregado, lo que provoca una disminución drástica del número de observaciones. Por todo ello, en un futuro me gustaría comprobar una serie de hipótesis relativas al contexto que no he podido considerar aquí.

Para empezar, mientras interpretaba los resultados relativos al impacto del género sobre la propensión a implicarse, me surgieron más preguntas de las que era capaz de responder. No es que tenga dudas acerca del papel de los legados franquistas en la pasividad política de las mujeres españolas; pero he debido renunciar aquí a investigar el papel del contexto en la reproducción y cambio de dichos patrones. En este sentido, tengo curiosidad por comprobar la conocida hipótesis de la identificación (Uriarte 1997a, Atkeson y Rapoport 2003), según la cual las mujeres se sentirían más cercanas a los temas políticos si existe un cierto número de mujeres entre los representantes públicos. Para ello, sería posible recurrir a distintas fuentes de datos supranacionales y también para los niveles inferiores al Estado, concretamente las comunidades autónomas¹²¹. En el marco de un estudio a nivel agregado sobre factores contextuales capaces de potenciar la implicación política de la ciudadanía, me gustaría introducir el número o proporción de mujeres representantes en las instituciones como variable independiente, así como otras medidas más complejas, como el ya mencionado índice de potenciación de género y otros índices de paridad elaborados por las Naciones Unidas y otros organismos.

¹²¹ El Instituto de la Mujer ha recopilado estos datos. Están accesibles en <http://www.mtas.es/mujer/mujeres/cifras/poder/index.htm>

Por otra parte, me gustaría investigar más detalladamente la relación entre los elementos institucionales del contexto y la implicación política subjetiva. En este sentido, un trabajo que realicé en el marco del proyecto de investigación de Francesc Pallarés “Espacios de competición en gobiernos multinivel” (2004-2006), exploró la relación entre la implicación política a nivel individual, la socialización y el contexto¹²². Este trabajo tiene como variable dependiente la implicación política autonómica. Trabajar a nivel autonómico permite considerar de forma simultánea una mayor diversidad de contextos políticos; especialmente por lo que respecta a los sistemas de partidos y la competitividad entre élites, como ya han demostrado otros trabajos sobre actitudes políticas en España (Mota 1998, 2000 y 2006). Sin embargo, las ventajas obtenidas mediante esta estrategia menguaban al no poder contar con suficientes puntos en el tiempo –únicamente contaba con tres encuestas con muestra representativa de todas las autonomías- o indicadores de socialización política adecuados.

Así, el siguiente paso lógico sería investigar dichos aspectos comparando los que caracterizan al caso español con otras naciones occidentales. Para ello, sería posible recurrir a la WVS, concretamente a la submuestra de países de la OCDE, para controlar por el efecto de la socialización el impacto de características institucionales sobre el nivel de implicación política subjetiva. En concreto, el tipo de sistema electoral, el grado de descentralización política, los distintos tipos de gobierno, así como los sistemas de partidos y sus rasgos son elementos con potencial para moldear las actitudes políticas de los ciudadanos. Recordemos que la WVS se realizó en sucesivas oleadas, lo cual permitiría obtener suficientes observaciones. Sin embargo, las variables relativas a la socialización en esta encuesta son muy escasas, limitándose casi exclusivamente a la discusión sobre política con el entorno social del entrevistado; un indicador cuyas carencias ya han sido comentadas. Por el contrario, no tendría mayor dificultad la compilación de datos sobre el sistema político y resultados electorales de estos países¹²³. Una de estas posibles fuentes, el *Comparative Study of Electoral Systems* (CSES) cuenta también con datos sobre las actitudes políticas de los ciudadanos a nivel individual para dos oleadas que cubren el período 1996-2006, aunque carece del indicador clásico de interés por la política. Por tanto, nos encontraríamos de nuevo ante el problema de encontrar una encuesta en la que hayan participado diversos países con indicadores suficientes tanto de implicación como de socialización política. La verdad es que no existen muchas opciones entre las que elegir.

Existe actualmente un proyecto de investigación cuya futura aprobación resolvería muchas de las cuestiones referidas hasta ahora con relación a la infancia, adolescencia, juventud, agentes de socialización y variabilidad de factores contextuales. Se trata de *Contemporary Perspectives in Political Socialization: Towards a New European Synthesis*, propuesto recientemente a la *European Science Foundation* dentro del programa *European Collaborative Research Projects in the Social Sciences*. Este proyecto, el investigador principal del cual será Marc Hooghe, prevé para 2010 la realización de una encuesta a chicos de 16 años en una serie de países europeos. Su principal objetivo es estudiar el impacto del conjunto de agentes propios de este tramo del ciclo vital, a medio camino entre la

¹²² Esta aportación se materializó en una ponencia presentada en el VII congreso de la AECPA. La misma está disponible en [http://www.aecpa.es/congreso_07/archivos/area4/GT-11/GALAIS-GONZALEZ-Carolina\(UPF\).pdf](http://www.aecpa.es/congreso_07/archivos/area4/GT-11/GALAIS-GONZALEZ-Carolina(UPF).pdf) .

¹²³ Algunos ejemplos de fuentes de este tipo de datos a nivel agregado son la red ACE de conocimientos electorales (<http://aceproject.org/about-en>) y el *Governance and Social Development Resource Centre* (<http://www.gsdr.org/>)

socialización infantil y la adulta. A diferencia de otras iniciativas como el *Civic Education Study*, no se limita únicamente a la escuela, y contempla también la acción del grupo de iguales o las asociaciones cívicas, voluntarismo, los medios de comunicación y la familia. Para que esta encuesta respondiese exactamente a la encuesta ideal que he lamentado no tener a lo largo de esta investigación debería ser replicada diversos años y también seguir a cada muestra de chicos a lo largo del tiempo, por lo menos hasta que ingresen en la fase secundaria de la socialización. Aunque no sea éste el caso, la realización de este estudio aseguraría indicadores suficientes de socialización e implicación, contribuiría a determinar la dirección de la causalidad entre estas variables y garantizaría la variabilidad de datos a nivel agregado.

Aquí concluyen las consideraciones finales de esta tesis. Quisiera finalizar señalando que, aún reconociendo sus límites, este trabajo ha contribuido de forma relevante a la comprensión de un fenómeno que, desde mi punto de vista, necesitaba concreción en su definición y el establecimiento de un marco teórico apropiado para su estudio. Partiendo de estas bases se ha analizado el papel de la socialización en su configuración, así como el vínculo entre esta socialización y el contexto político. Asimismo, se ha confirmado que las actitudes políticas vinculadas a la implicación cambian a lo largo del tiempo de manera relativamente rápida, y que vale la pena describir y analizar no sólo su origen sino también su evolución en épocas recientes de la historia española. A la luz de los resultados obtenidos, puede concluirse que la acción movilizadora de los agentes de socialización política interactúa con determinadas coyunturas políticas, potenciando la implicación de los individuos. De este modo, esta tesis ha contribuido a crear lazos entre la macro y la micro política y entre el sistema político y el entorno social más cercano a los ciudadanos.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Abramowitz, Alan I. y. Saunders, Kyle L. (2008). "Is Polarization Really a Myth?" *Journal of Politics* Nº 70. Vol. 2. Pp: 542-555.
- Abramson, Paul R. (1972) "Political Efficacy and Political Trust Among Black Schoolchildren: Two Explanations." *Journal of Politics* Nº34. Pp:1243-69.
- Abramson, Paul R. (1983) *Political Attitudes in America*. San Francisco, Cal.: Freeman and Co.
- Abramson, Paul R. (1987) *Las actitudes políticas en Norteamérica*. Buenos Aires: Grupo editor latinoamericano, colección Estudios políticos y sociales.
- Abramson, Paul R. y Finifter, Ada (1981) "On the meaning of 'political trust': new evidence from ítems introduced in 1978". *American Journal of Political Sciences*. Nº25. Pp: 297-307.
- Abraham, Martin B. y Busch, R. J. (1975) "Political Competence, Political Trust and the Action Orientation of University Students." *Journal of Politics* Nº37. Pp: 69-81.
- Achen, Christopher (1975) "Mass political attitudes and the Survey Response". *American Political Science Review* Vol.69, Nº4. Pp:1918-31
- Adolina, Jenkins, Zukin, Keeter (2003) "Habits from Home, Lessons from School: influences on Youth Civic Engagement". *Political Science and Politics*, abril 2003
- Agger, R., Goldstein, M., Pearl, S.A. (1961) "Political Cynicism: Measurement and Meaning". *The Journal of Politics*, Vol. 23, No. 3. Pp: 477-506.
- Aguilar Fernández, Paloma (1996) *Memoria y olvido de la guerra civil española*. Madrid : Alianza.
- Aguilar Fernández, Paloma (2001) "Justicia, Política y Memoria: Los Legados del Franquismo en la Transición Española". Estudio/Working Paper 2001/163. Febrero 2001. Instituto Juan March. Disponible en http://www.march.es/ceacs/Ingles/publicaciones/working/archivos/2001_163.pdf. Consultado el 14/9/ 2007.
- Aja, Eliseo (2003) "Estatutos de Autonomía, leyes y reglamentos" en Instituto de Derecho Público (ed.) *Informe Comunidades Autónomas 2002*. Barcelona: Pubs. Instituto de Derecho Público. Pp. 152-171.
- Algan Y., Cahuc P. (2006) "Civic attitudes and the design of labour market institutions: which countries can implement the Danish flexicurity model?", IZA Discussion Paper Nº. 1928.
- Almond, Gabriel A. y Coleman, James (1960) *The politics of the Developing Areas*. Princeton University Press.
- Almond, Gabriel A. y Powell, B. (1966) *Comparative Politics. A Developmental Approach*. Boston y Toronto: Little, Brown and Company.
- Almond, Gabriel A. y Verba, Sidney (1963) *The Civic Culture: Political attitudes and democracy in five nations*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Althaus, S. L. (2003) "Explaining Information Effects in Collective Preferences". Paper presentado en el encuentro anual de la International Communication Association, Marriott Hotel, San Diego, CA. Disponible en: http://www.allacademic.com/meta/p112050_index.html. Consultado el 27 de junio de 2007.
- Álvarez Yágüez, J. y García González, C. (2003) "El caso del Prestige. Expertos, ciudadanos, decisiones y riesgos". En *Página Abierta*, nº 138 (cuaderno central, sin numeración). Madrid. Disponible en www.pensamientocritico.org/joralv0603.htm. Consultado el 4/2/2008.
- Anduiza, Eva (1999) *Individuos o sistemas. Las razones de la abstención en Europa Occidental*. Madrid: CIS.
- Anduiza, Eva (2001) *Actitudes, valores y comportamientos políticos de los jóvenes españoles y europeos*. Madrid: INJUVE.
- Anduiza, Eva y Bosch, A. (2004) *Comportamiento político y electoral*. Barcelona: Ariel.
- Astelarra, J. (comp.) (1990) *Participación política de las mujeres*. Madrid: CIS.
- Atkeson, L. R., y Rapoport, R. B. (2003) "The more things change the more they stay the same: Examining gender differences in political attitude expresión 1952-2000". *Public Opinion Quarterly* Nº67. Pp: 495-521.
- Atkin, C.K y Grantz, W. (1978) "Televisión news and Political Socialization" en *The Public Opinion Quarterly*, Vol. 42, No. 2. Pp: 183-198
- Azar, Edward E. (1982) *The Codebook of the Conflict and Peace Data Bank (COPDAB)*. College Park, MD: Center for International Development, University of Maryland.
- Balch, George, I. (1974) "Multiple indicators in survey research: the concept 'sense of political efficacy'", *Political Methodology* Nº 1. Pp:1-43.

- Banducci, Susan (2003) "Gender Differentiations in Measures of Psychological Political Engagement". Paper presentado en el encuentro anual de la American Association for Public Opinion Research. Nashville, Tennessee.
- Barbeito, R. L.(2002) "La familia y los procesos de socialización y reproducción sociopolíticas de la juventud" *Revista de estudios de Juventud*, vol.58 N°02. Disponible en: <http://www.injuve.mtas.es/injuve/contenidos.downloadatt.action?id=603808706>. Consultado el 17/5/2007.
- Barnes, S; Kaase, M. (1979) *Political Action: Mass participation in Five Western Democracies*. Beverly Hills: Sage.
- Barreiro, Belén (2001) "Los determinantes de la participación en las elecciones españolas de marzo de 2000: El problema de la abstención en la izquierda". Estudios/ Working Paper 2001, Octubre.
- Barreiro, Belén (2002) "La progresiva desmovilización de la izquierda en España: un análisis de la abstención en las elecciones generales de 1986 a 2000", *Revista Española de Ciencia Política*, nº 6, pp: 183–205.
- Bartels, Larry M. (2001) "A generational model of political learning". Presentado en la "annual meeting of the American Political Science Association", San Francisco, September.
- Bell, Daniel (1999) *The Coming of Post-Industrial Society: A venture in Social Forecasting*. New York: Basic Books.
- Benedicto, Jorge y Morán, Mª Luz (2002) *La construcción de una ciudadanía activa entre los jóvenes*. Madrid. Instituto de la Juventud (INJUVE).
- Benedicto, Jorge y Morán, Mª Luz (2003) *Aprendiendo a ser ciudadanos: experiencias sociales y construcción de la ciudadanía entre los jóvenes*, Madrid: Instituto de la Juventud (INJUVE).
- Berger, P. y Luckmann, T. (1989) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bickford, Susan (1996) *Listening, Conflict and Citizenship. The Dissonance Democracy*. New York: Cornell University Press.
- Bobbio, N. Entrevista publicada en el cuaderno Babelia- El País, 11 julio de 1998 (pp. 8-10).
- Bonet, Eduard; Martín, Irene; Montero, José Ramón (2006) "Actitudes políticas de los españoles", en Joan Font, José Ramón Montero y Mariano Torcal *Ciudadanos, Asociaciones y Participación Política en España*. Madrid: CIS.
- Bosch, Agustí y Anduiza, Eva (2004) *Comportamiento Político y electoral*. Barcelona: Ariel Ciencia Política.
- Botella, Joan (1997) "En torno al concepto de cultura política. Dificultades y recursos". En *Cultura Política*. Pilar del Castillo e Ismael Crespo (ed.). Valencia: Tirant lo blanch.
- Bowers, Jake (2002) "The dynamics of Political Participation in the Lives of Ordinary Americans". Tesis doctoral presentada en febrero del 2002 en la universidad de California, Berkeley.
- Boyd, R.W. y Hyman, H.H. (1975) "Survey Research" en Greenstein, F. Y Polsby, N. (eds.), *Handbook of Political Science*. Vol. 7, *Strategies of Inquiry*. Reading, MA: Addison-Wesley. Pp:265-350.
- Brady, Henry (1999) "Political Participation". En John P. Robinson, Phillip R. Shaver y Lawrence S. Wrihtsman: *Measures of Political attitudes*. San Diego: Academic Press.
- Brewer, G.A. (2003) "Building Social Capital: Civic Attitudes and Behavior of Public Servants". *Journal of Public Administration Research and Theory* N°13. Pp:5-26.
- Brown, David S (1999) "Reading, Writing and Regime Type: Democracy's Impact on Primary School Enrollment. *Political Research Quarterly*, Vol.52, N°4 . Pp: 681-707.
- Browne, M.W. y Cudeck, R. (1993) "Alternative ways of assessing model fit". En Bollen, K.A. y Long, J.S. (ed.) *Testing structural equation models*. Newbury Park, CA: Sage. Pp. 136-162.
- Burns, Schlozman, K y Verba, S. (2001) *The private roots of public action: Gender, Equality and Political Participation*. Cambridge, MA: Harvard University.
- Burton, Michael G., Gunther, Richard y Higley, John (1992) "Elite transformation and democratic regimes", en John higley y Richard Gunther (eds.): *Elites and democratic consolidation: Latin America and southern europe*. Cambridge, Cambridge university press.
- Byrne, B.M. (2001). "Structural equation modeling with AMOS, EQS, and LISREL: Comparative approaches to testing for the factorial validity of a measuring instrument." *International Journal of Testing* N° 1. Pp: 55-86.
- Caínzos, M., y F. Jiménez (2000) "El impacto de los escándalos de corrupción sobre el voto en las elecciones generales de 1996", *Historia y Política*, nº4. Pp. 93-132.
- Caínzos, Miguel (2006) "La participación de los jóvenes españoles en manifestaciones. Comparación con los jóvenes europeos y análisis de sus determinantes". *Revista de Estudios de Juventud*, nº75. Pp: 121-154
- Cámara, G. (1984) *Nacional-Catolicismo y Escuela. La socialización Política del Franquismo (1936-1951)*. Jaén: Ed. Hesperia.
- Campbell, Angus, Garin G. y Miller, W.E. (1954) *The Voter decides*. Evanston, 111, Row, Peterson.
- Campbell, Converse, Miller y Stokes (1960) *The American Voter*. New York: Jonh Wiley.

- Campbell, D.E. y Wolbrecht, C. (2004) "See Jane Run: Woman candidates and office holders as political role models for adolescents". Paper presentado en el encuentro anual de la Midwest Political science association.
- Carr, R. y Fusi, J.P. (1983) *España de la Ditadura a la Democracia*, Barcelona: Ed. Planeta.
- Cassel, C. y Lo, C. (1997) "Theories of political literacy". *Political Behavior*, Vol. 19, N°4. Pp.317-335.
- Cazorla, José (1987) "Algunas pautas de la cultura política española desde 'la Gloriosa' hasta comienzos del siglo" en *Política y Sociedad: estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, Vol.2. pp:539-558.
- Chmura, Helena (1978) "Individual and ecological correlation in a general context." *Behavioral Science* Vol. 23. Mº2. Pp: 67-72
- Colomer, J. (1998) *La transición a la democracia: el modelo español*. Madrid: Anagrama.
- Connell, R. W. (1971) *The Child's Construction of Politics*. Melbourne: Melbourne University Press.
- Constant, Benjamín (1990) "De la liberté des anciens comparée à celle des modernes" en Gauchet, M. (ed): *De la liberté chez les modernes*. Paris: Le Livre de Poche.,
- Converse, Philip E. (1969) "Of time and partisan stability". *Comparative Politics*, 2: 139-171.
- Conway, M.Margaret. (1991)"The study of political participation: past, present and future" in W. Crotty, ed., *Political Science: looking at the future*. *Political Behavior*, vol.3. Evanston: Northwestern University Press.
- Cook, Timothy E. (1985) "The bear market in political socialization and the costs of misunderstood psychological theories." *American Political Science Review* vol. 79 (December), Pp:1079-93.
- Corbetta, Piergiorgio. (2003) *Metodología y técnicas de investigación social*. Madrid: McGraw Hill.
- Craig, Stephen C. (1979) "Efficacy, trust and political behaviour: an attempt to resolve a Lingering Conceptual Dilemma" *American Politics Quarterly*, Vol.07. Pp:25-239.
- Croizier, Huntington y Watanuki (1975) *The Crisis of Democracy report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*. New York: New York University Press
- Cuxart, Anna y Riba, Clara (2003) "Construyendo las bases para una comparación fiable: la Encuesta Social Europea 2002 en España". *Revista Española de ciencia Política*. vol.8. pp: 165-185.
- Czudnowski, M.M. (1968) "A Salience Dimension of Politics for the Study of Political Culture". *American Political Science Review*, Vol. 62, N° 3 (Sep., 1968). Pp: 878-888
- Dahl, Robert (1985) *A Preface to Economic Democracy*. Berkeley: California U. Press.
- Dahl, Robert (1992) "The Problem of Civic Competence", *Journal of Democracy* N° 3, p. 47
- Dahl, Robert (1997). *Toward Democracy: A Journey, Reflections: 1940-1997*. Institute of Governmental Studies Press: Universidad de California.
- Dalton, Russell, J. (1980) "Reassessing Parental Socialization: indicator unreliability versus generational transfer", *American Political Science Review*, Vol.74. Pp: 421-431.
- Dalton, Russell, J. (2002) *Citizen Politics*. New York:Chatam House.
- Davies, James C (1965) "The Family's Role in Political Socialization," *The Annals*, Vol. 361. Pp: 11-19.
- Dawson, R.(1977) *Political Socialization*. Boston: Little, Brown.
- Delli Carpini, M.X. y Keeter, S. (1993) "Measuring Political Knowledge: Putting First Things First". *American Journal of Political Science*, Vol. 37, No. 4. pp. 1179-1206.
- Delli Carpini, M.X. y Keeter, S. (1996) *What Americans Know About Politics and Why It Matters*. New Haven and London. Yale University Press.
- Delli Carpini, Michael X. (1989) "Age and History: Generations and Sociopolitical Change."11-55 in Roberta S. Sigel (ed.) *Political Learning in Adulthood*. Chicago: University of Chicago Press.
- Dennis, Jack, (ed.) (1973). *Socialization to Politics*. New York: Wiley.
- Dennis, Jack. (1969). *Political learning in childhood and adolescence: study of fifth, eight and eleventh grades in Milwaukee, Wisconsin, Madison*. Wisconsin research and development centre for cognitive learning.
- Denver, D. y Hands, G. (1990) "Does Studying Politics Make a Difference?", *British Journal of Political Science*, N°20. Pp: 263-288.
- Denzin, N. K. (1970) *Sociological Methods: a Source Book*. Chicago: Aldine Publishing Company.
- Deutsch, Karl W. (1964) "Social mobilization and political development." *American Political Science Review* Vol. 55. Pp: 493-514;
- Di Palma, Giuseppe. (1970) *Apathy and Participation. Mass Politics in Western Societies*. New York: The Free Press.
- Diamond, L. (1999) *Developing Democracy: Toward Consolidation*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Díez Medrano, J., García-Mon, B. y Díez Nicolás, J. (1989) "El significado de ser de izquierdas en la España actual";

- Revista Española de Investigaciones Sociológicas, nº 45. Pp: 9-41.
- Downs, A. (1973) *Una teoría económica de la democracia*. Madrid: Aguilar.
- Dubet, François (1997) *École, familles. Le malentendu*. Paris : Ed Textuel.
- Dubet, François et Danilo Martuccelli (1996) A l'école. Sociologie de l'expérience scolaire. Paris. Ed. Du Seuil. Disponible en <http://www.chez.com/b105/lectures/dubet2.htm>. Consultado el 24/9/2006.
- Dudley, R. L. y Gitelson, A. R. (2002) *Political literacy, civic education, and civic engagement: A return to political socialization? Applied Developmental Science*, Vol.6(4). Pp: 175-182.
- Duncan, Lauren E. y Agronick, Gail S. (1995) "The intersection of life stage and social events: personality and life outcomes." *Journal of Personality and Social Psychology* N°69, (verano). Pp: 558-68.
- Duverger, Maurice (1955) *The Political Role of Women*. París:UNESCO.
- Easton, David (1965) *A Systems Analysis of Political Life*. New York: John Wiley.
- Easton, David (1968) "The theoretical relevance of Political Socialization". *Canadian Journal of Political Science / Revue canadienne de science politique*, Vol. 1, No. 2. Pp: 125-146
- Easton, David y Dennis, Jack. (1969) "A political theory of political socialization." En David Easton y Jack Dennis, *Children in the Political System*. New York: McGraw Hill. Pp: 47-70.
- Eckstein, Harry. (1988) "A culturalist theory of political change" *The American Political Science Review*, Vol. 82, No. 3. (Sep., 1988). Pp: 789-804.
- Ehman, Lee H. (1980) "The American School in the Political Socialization Process". *Review of Educational Research*, Vol. 50, No. 1. Pp: 99-119
- Eisinger, P. K. (1973) "The Conditions of Protest Behaviour in American Cities", *American Political Science Review*, vol. 67, pp. 11-28.
- Elorza, A. (1990) *La modernización política de España*. Madrid: Endymion.
- Erikson, Robert S y Tedin, Kent L. (1991) *American Public Opinion*. Massachusetts: Allyn and Bacon.
- Fahmy, E. (2004) *Youth, Social Capital and Civic Engagement in Britain: Evidence from the 2000/01 General Household Survey*. Londres: Office of the Deputy Prime Minister.
- Ferrando, G., Ibañez, j. y Alvira, F. (1992) *El análisis de la realidad social: métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza..
- Ferrer i Fons, Mariona. (2002) *Variación en la participación en organizaciones políticas y protesta en Europa Occidental. Determinantes individuales e hipótesis preliminares del efecto del contexto*.
- Ferrer i Fons, Mariona (2005) "Participación política". En: Torcal, Mariano; Morales, Laura y Pérez-Nievas, Santiago: *España: sociedad y política en perspectiva comparada. Un análisis de la primera ola de la Encuesta Social Europea*. Valencia. Tirant lo Blanch, Pp: 221-236.
- Ferrer i Fons, Mariona (2006) "Jóvenes, participación y actitudes políticas en España, ¿son realmente tan diferentes?" *Revista de Estudios de Juventud*, nº 75. pp:195-206
- Finkel, Steven E. (1987) "The Effects of Participation on Political Efficacy and Political Support: Evidence from a West German Panel". *Journal of Politics* N°49. Pp: 441-464.
- Finkel, Steven E. (2003) "Can Democracy Be Taught?" *Journal of Democracy*, Vol. 14. Pp: 137-151.
- Fiorina, Morris P. (1981) *Retrospective Voting in American National Elections*. New Haven: Yale University Press.
- Firebaugh, Glenn (1997) *Analyzing Repeated Surveys*. Sage. University Paper Series on Quantitative Applications in the Social Sciences. N°07-115, Thousand Oaks, CA: Sage.
- Fiske, Susan y Taylor, Shelley (1991) *Social Cognition*. Nueva York: McGraw-Hill .
- Font, Joan (1995) "La abstención electoral en España: certezas e interrogantes", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 71-72. Pp. 11-37.
- Font, Joan (2001) *Ciudadanos y decisiones públicas*. Barcelona: Ariel.
- Fraile, Marta (2002) "El voto económico en las elecciones de 1996 y 2000: una comparación". *Revista Española de Ciencia Política*, N°6. Pp: 129-151.
- Fraile, Marta (2005) *Cuando la economía entra en las urnas. El voto económico en España (1979-1996)*. Colección Monografías, Núm.217. Madrid:Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Fraile, Marta (2006) "Cuánto saben los ciudadanos de política". Documento de Trabajo Núm. 97/2006. Fundación Alternativas.
- Fraile, Marta; Ferrer, Mariona y Martín, Irene (2007) *Jóvenes, Conocimiento Político y Participación*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

- Franklin, Mark (2003) "Electoral Competitiveness and Turnout: How voters React to the Changing Character of Elections". Paper presentado en el European Consortium for Political Research Joint Sessions Workshops. Disponible en http://www2.trincoll.edu/~mfrankli/mpsa_proceeding_24467.pdf. Consultado el 1/12/2007.
- Froman, Lewis A. (1962) "Learning Political Attitudes". *The Western Political Quarterly*, Vol. 15, Nº 2. Pp: 304-312.
- Fuch y Klingemann (1995) *Citizens and the State*. New York: Oxford University Press.
- Funes Rivas, Maria Jesús (1994) *Procesos de socialización y participación comunitaria: estudio de un caso* REIS Nº67. Madrid.
- Fusi, J.P. (1985) "El boom económico español" en Cuadernos de Historia 16, Nº. 34.
- Gabriel, Oscar W. (1995) "Political efficacy and trust" en Jan W. Van Deth y Elinor Scarbrough, eds., *The impact of values*. Oxford: Oxford University Press.
- Galais, Carolina (2008) *Les politiques locales de civisme a Europa. Exemples de convivència i d'implicació política*. Col·lecció Estudis. Sèrie Igualtat i Ciutadania. Diputació de Barcelona, xarxa de municipis.
- Gallay, Les y Pong, Suet-ling (2004) "School climate and student's intervention strategies". Paper presentado en el encuentro anual de la Society for Prevention Research, Quebec City, Mayo de 2004. Disponible en <http://www.pop.psu.edu/socresp/quebec1.pdf>. Consultado el 5/09/2007.
- Galston, William A. (1988) "Liberal Virtues." *American Political Science Review* Nº 82. Pp:1277-90.
- Galston, William A. (1989) "Civic Education in the Liberal State." In Nancy L. Rosenblum (ed). *Liberalism and the Moral Life*. Cambridge: Harvard University Press.
- Galston, William A. (1999) "Diversity, Toleration and Deliberative Democracy." In Stephen Macedo (ed). *Deliberative Politics; Essays on Democracy and Disagreement*. New York: Oxford University.Press, 39-48.
- Galtung, J. (1964): "Foreign Policy Options as a Function of Social Position". *Journal of Peace Research*, nº 3-4. Pp: 206-230.
- Gerner, D. J., Schrodt, P. A., Francisco, R. A. y Weddle, J. L. (1994) 'Machine Coding of Event Data Using Regional and International Sources', *International Studies Quarterly*, Vol.38, Nº1. Pp: 91-119.
- Gibson, J. G. (1999) 'Political Timing: A Theory of Politicians' Timing of Events', *Journal of Theoretical Politics*, Vol. 11, Nº4. Pp: 471-496.
- Glenn, Norval (1974). "Aging and conservatism." *Annals* Nº 415. Pp: 176-86.
- Glenn, Norval (2005). *Cohort Análisis*. Beverly Hills CA: Sage.
- González, J.J y Requena, M. (eds.) (2005) *Tres décadas de cambio social en España*. Madrid: Alianza.
- González, Juan Jesús (1996). "Clases, Ciudadanos y Clases de ciudadanos. El ciclo electoral del post-socialismo (España: 1986-1994)". *Revista Española de Investigaciones Científicas*. Nº 74 Pp: 45-76
- González, Juan Jesús (2004) "Las bases sociales de la política española", *Revista Española de Sociología*, nº 4. Pp: 119-142.
- Greenstein, F.I. (1965) *Children and politics*. New Haven: Yale Univ. Press.
- Gubert, R. (2003) "Orientaciones de valor sociopolíticas en Europa: ¿Existe alguna especificidad del área euromediterránea?". *Quaderns de la Mediterrània*. Nº5. Barcelona.
- Gunn, J. A. W. (1999) "La 'opinión pública' en la ciencia política moderna." en Farr, James, John S. Dryzek y Stephen T. Leonard (eds.) *La ciencia política en la historia*. Madrid: Istmo.
- Gunther, R.; Montero, J.R., Botella, J (2004) *Democracy in Modern Spain*. Yale University press.
- Gunther, Richard P. y Montero, José Ramón (1994) «Los anclajes del partidismo: un análisis comparado del comportamiento electoral en cuatro democracias del Sur de Europa», en Pilar del Castillo (ed.), *Comportamiento electoral y político* (Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas), pp. 467-548.
- Gunther, Richard P., y Mughan, Anthony (1993) "Political Institutions and Cleavage Management ", en R. Kent Weaver y Bert A. Rockman (eds.), *Do Institutions Matter? Government Capabilities in the United States and Abroad*. Washington: The Brookings Institutions. Pp: 272-301.
- Gunther, Richard P.; Sani, Giacomo, y Shabad, Goldie (1986) *Spain After Franco: The Making of a Competitive Party System*. University of California Press.
- Hagen, E.E. (1962) *On the Theory of Social Change*. Homewood, Illinois: The Dorsey Press.
- Hague, G. Y Harrop, M. (2001) *Comparative Government and Politics: An Introduction*, 5th edn. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Halpin, D. (2006) "The participatory and democratic potential and practice of interest groups: Between solidarity and representation", *Public Administration*. 84, (4). Pp: 919-40.

- Harris, J. R. (2000) *Parents have no lasting influence on the personality or intelligence of their children*. En Atkinson, L.; Atkinson, R.C; Smith, E.E; Bem, D.J. y Nolen-Hoeksema, S (eds.) *Hilgard's Introduction to Psychology* Fort Worth, Tx: Harcourt Brace.
- Hart, D., T. M. Donnelly, J. Youniss, y R. Atkins (2007) "High school community service as a predictor of adult voting and volunteering". *American Educational Research Journal*, 44(1). Pp: 197-219.
- Heater, D. (1974) *Contemporary Political Ideas*. London: Longman.
- Hess, Robert y Torney-Purta, Judith (1967) *The Development of Political Attitudes in Children*. Garden City: Doubleday.
- Hetherington, Marc J. (2001) "Resurgent Mass Partisanship: The Role of Elite Polarization". *American Political Science Review*, Vol.95, Nº3. pp: 619-631. Cambridge University Press
- Highton, Benjamin; Wolfinger, Raymond (2001) "The first seven years of the Political Life Cycle". *American Journal of Political Science*, Vol 45, Nº1. Pp: 202-209
- Higley, John, y Richard Gunther (eds) (1992) *Elites and democratic consolidation: Latin America and Southern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Hooghe M., Quintelier E. y Reeskens T. (2007) "How political is the personal? Gender differences in the level and the structure of political knowledge." *Journal of Women, Politics & Policy*, Vol.28, Nº2. Pp:115-125.
- Hooghe, Marc (2004) "Political Socialization and the Future of Politics". *Acta Politica. International Journal of Political Science*, Vol.39, Nº4. Pp: 331-341 Disponible en: http://www.falalternativas.org/index.php/component/option,com_wrapper/Itemid,183/ . Consultado el 5/10/2006.
- Huckfeldt, R. y Sprague, J. (1992) "Political Parties and Electoral Mobilization: Political Structure, Social Structure, and the Party Canvass". *The American Political Science Review*, Vol. 86, No. 1. Pp: 70-86.
- Huckfeldt, R., Jonson, P. y Sprague, J. (2004) *Political Disagreement. The survival of diverse opinions within communication networks*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Huntington, Samuel P (1968) *Political Order in Changing Societies*. New Haven: Yale University Press.
- Huntington, Samuel (2000). "Cultures Count", en: Lawrence E. Harrison Samuel P. Huntington (eds.). *Culture Matters. How Values Shape Human Progress*. Nueva York: Basic Books.
- Hyman, Herbert (1959) *Political socialization, a study in the psychology of political behavior*. The Free Press. Glencoe, Illinois.
- Ichilov, Orit (ed.) (1990) *Political socialization, Citizenship education, and Democracy*. New York: Teachers College, Columbia University.
- Inglehart, M.L (1981) "Political Interest in W. European Women" *Comparative Political Studies* Vol 14 No 3.
- Inglehart, R. y Welzer, C.(2003) "Political Culture and Democracy: Analyzing Cross-Level Linkages," *Comparative Politics* nº 36. Disponible en http://www.worldvaluessurvey.com/Upload/5_Ecolfal3.pdf. Consultado el 28/10/2007.
- Inglehart, Ronald (1977) *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*. Princeton: Princeton University Press.
- Inglehart, Ronald (1990) *Culture Shift in advanced industrial societies*. Princeton University Press. Princeton.
- Jaime Castillo, Antonio M. (2000) "Familia y socialización política. La transmisión de orientaciones ideológicas en el seno de la familia española". *REIS* Nº22. Octubre-Noviembre de 2000. Versión online disponible en http://www.reis.cis.es/REISWeb/PDF/REIS_092_06.pdf y consultada el 26-07-2007.
- Jennings, M.Kent y Niemi, Richard G. (1974) *The political character of adolescence: The influence of families and schools*. Princeton University Press.
- Jennings, M.Kent y Niemi, Richard G. (1975) "Continuity and change in political orientations: A longitudinal study of two generations". *American Political Science Review* Nº 69. Pp: 1316-35.
- Jennings, M. Kent y Niemi, Richard G. (1981) *Generations and Politics*. Princeton: Princeton University Press.
- Jennings, M.Kent (2001) "Generations and Civic Engagement: A Longitudinal Multiple Generation Analysis." Paper presentado en el encuentro anual de la American Political Science Association, San Francisco.
- Jennings, M.Kent; Stoker, Laura; Browers, Jake (1999) "Politics across generations: family transmission re-examined". Working paper 2001-15. (Presentado en la American Political Science Association Convention, Atlanta, Georgia, Septiembre 1999).
- Jiménez, Fernando y Caínzos, Miguel (2004) "La repercusión electoral de los escándalos políticos. Alcance y condiciones". *Revista Española de Ciencia Política*. Núm. 10, Abril 2004. Pp: 141-170.
- John, Peter; Halpern, David; Morris, Zoë (2002) "Acquiring political knowledge through school curricula and practices: evidence from England". Paper to European Consortium Political Research Joint Sessions (workshop on political Participation and information), Turin.
- Justel, M. (1992) "Edad y cultura política". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Nº 58. Pp: 57-96.

- Kaase, Max y Marsh, Alan (1979) "Measuring Political Action" en Samuel H. Barnes, Kaase, S. Bares et al., *Political action. Mass participation in five western democracies*. Sage. Beverly Hills y Londres. Pp: 57-96.
- King, G., Keoane, R.O. y Verba, S. (2000) *El diseño de la investigación social; la inferencia científica en los estudios cualitativos*. Madrid: Alianza.
- King, Gary (1986) "How Not to Lie With Statistics: Avoiding Common Mistakes in Quantitative Political Science," *American Journal of Political Science*, Vol. 30, No. 3. Pp: 666-687
- Kirchheimer, O. (1965) "Confining Conditions and Revolutionary Breakthroughs". *American Political Science Review* Vol.59, N°4. Pp:964-74.
- Kirlin, Mary (2003) "The Role of Adolescent Extracurricular Activities in Adult Political Engagement". *Circle working Paper #2*. Disponible en http://www.civicyouth.org/research/products/working_papers.htm. Consultado el 16/08/2004.
- Klingemann, H.D.(1979) "Ideological Conceptualization and Political Action". En *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies*, eds. S. H. Barnes, y M. Kaase, 279-522. Beverly Hills y Londres: Sage.
- Klingemann, Hans Dieter y Fuchs, Dieter (1995) *Citizens and the state*. New York : Oxford University Press.
- Kohn y Schooler (1983): "The reciprocal effects of the substantive complexity of work and intellectual flexibility: a longitudinal study". *American journal of sociology* N°84. Pp:24-52 .
- Krosnick, J.A y Alwin, D.F. (1989) "Aging and susceptibility to attitude Change". *Journal of Personality and Social Psychology*. Vol 57. N°3. Pp: 416-425.
- Krosnick, J. A. (1990) "Expertise and Political Psychology." *Social Cognition* N° 8. Pp:1-8.
- Kuklinski, James H. y Quirk, Paul J. (2001) "Conceptual Foundations of Citizen Competence". En *Political Behaviour*, Vol. 23, N° 3. Springer Netherlands. Pp:285-311.
- Kulick, D. y Schieffelin, B. B. (2004). "Language socialization". In A. Duranti (Ed.), *Companion to linguistic anthropology*.Oxford: Blackwell. Pp: 349-368.
- Kumlin, Stafan (2003) "Learning from Politics? The causal interplay between government Performance and Political Ideology". Paper presentado en la conferencia annual de la Network European Social Policy Analysis (ESPAnet). Copenhagen ".
- Lacasa, P; Pardo, P. y Herranz, P (1994) "Escenarios interactivos y relaciones entre iguales", en Rodrigo, M.J. (Ed.) *Contexto y Desarrollo Social*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Lago, Ignacio y Montero, J.R. (2004) "Más votos y menos escaños. El impacto del sistema electoral en las elecciones catalanas de 2003" Working Papers Online Series # 31 . Departamento de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la UAM. Seminario de Investigación de Ciencia Política curso 2003-2004. Disponible en: <http://www.uam.es/centros/derecho/cpolitica/wp%20montero%20y%20lago.pdf>. Consultado el 2/3/2007.
- Lago, Ignacio (2008) *La lógica de la explicación en las Ciencias Sociales. Una introducción metodológica*. Madrid: Alianza.
- Lago, Ignacio y Montero, J.R. (2005), "Los mecanismos electorales del 11-M al 14-M", *Claves de Razón Práctica*, 149.
- Laitin, D. y Wildavsky, A. (1988) "Political Culture and Political Preferences". *The American Political Science Review*, Vol.82, N°2. Pp: 589-597.
- Laitin, David (1986) *Hegemony and Culture. Politics and Religious Change Among The Yoruba*. Chicago: Chicago University Press.
- Lane, Robert E. (1959) *Political life: why and how people get involved in Politics*. Glencoe, I11. Free Press
- Lane, Ruth. (1992) "Political Culture. Residual Category or General Theory?" *Comparative Political Studies* , 25: 362-387.
- Langton, K. P. (1967) "Peer Group at School and the Political Socialization Process." *American Political Science Review*. N°61. Pp: 751-58.
- Langton, K. P. (1959) *Political Socialization*. Nueva York: Oxford University Press.
- Langton, K. P. y Jennings, M.K. (1968) "Political socialization and the high school Civis curriculum in the United States", *American Political Science Review*. N°62. Pp:852-867.
- Langton, K. P.(1980) *Political Participation and learning*. Massachusetts: The Christopher Publishing house North Quincy..
- Lazarsfeld, P. ;Berelson,B.R. y Gaudet, H. (1944) *The People's Choice*, Nueva York: Columbia University Press.
- Lazarsfeld, P. (1969) "An Episode in the History of Social Research: A Memoir" en *The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Lesthaeghe R. (2002) "Life Course Transitions and Value Orientations: Selection and Adaptation". En Lesthaeghe R. (Ed.). *Population Issues. An Interdisciplinary Focus*. New York: Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- Lijphart, Arend; Rogowski, Ronald, y Weaver, R. Kent (1993) "Separation of Powers and Cleavage Management", en R. Kent Weaver y Bert A. Rockman (eds.), *Do Institutions Matter? Government Capabilities in the United States and Abroad*. Washington: The Brookings Institutions. Pp. 302-344.

- Lijphart, Arendt (1987) *Las democracias contemporáneas*. Barcelona: Ariel.
- Linz, J. J y De Miguel, J. (1975) "Las Cortes Españolas 1943-1970. Un análisis de cohortes" en *Sistema*, 8 y 9.
- Linz, J. J. (1974) "Una Teoría del Régimen Autoritario. El Caso de España", en *La España de los años 70. El Estado y la Política*, Madrid: Moneda y Crédito.
- Linz, J. J. (1978) "Una interpretación de los regímenes autoritarios" *Papers. Revista de Sociología*. Nº8. Pp. 11-26.
- Linz, J. J. (1981) "A century of politics and Interests in Spain" en Suzanne Berger (ed.) *Organizing Interests in Western Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Linz, J. J. (1990) "Transiciones a la democracia", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* Nº 51, Pp: 7-33.
- Linz, J. J. (1992) "La Transición a la Democracia en España en Perspectiva Comparada", en R. Cotarelo (comp.), *Transición Política y Consolidación Democrática. España (1975-1986)*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Linz, J. J. (1997) "Between nations and disciplines: personal experience and intellectual understanding of societies and political regimes", en Hans Daalder, ed. *Comparative European Politics. The story of a profession*. Londres, Pinter.
- Linz, J. J. y Montero, José Ramón (eds.) (1986) *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los ochenta*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Lipset, S.M., y Rokkan, S. (1967) *Party system and voter alignments corss-national perspectives*. New York. The Free Press corp.
- Lipset, S. M.; Seong, Kyoung-Ryung y Charles Torres, John (1993) "A comparative analysis of the social requisites of democracy". *International Social Science Journal*. Vol. 45, Nº2. Pp: 154-175.
- Loney, Brian D. (1981) "NAEP, Race, Sex and Political Attitudes". Paper presented at the Annual meeting of the National Council for the Social Studies (Detroit, 20 Nov.1981).
- López García, Guillermo (2000) "Elecciones y marketing político: el vídeo electoral del PSOE en la campaña de 1996." En: Aleza, Milagros y López, Ángel (coords.) *Homenaje al Rector de la University of Virginia*. Valencia. Universidad de Valencia. Pp: 121-132.
- López García, Guillermo (2004) "Consideraciones sobre los efectos electorales de los atentados terroristas del 11-M". *Aposta* nº12. Disponible en www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/guillermo2.pdf. Consultado el 30/02/2008.
- López Pintor, Rafael (1981) "El estado de la opinión pública española y la transición a la Democracia". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* Nº13/81. pp: 7-47.
- Luskin, Robert C. (1987) "Measuring Political Sophistication". *American Journal of political Science Review* Nº86. Pp: 390-403.
- Malefakis, E. (1982) "Spain and Its Francoist Heritage", en John H. Herz, *From Dictatorship to Democracy. Coping with the Legacies of Authoritarianism and Totalitarianism*, Greenwood Press.
- Manin, Bernard (1998) *Los principios del gobierno representativo*. Madrid. Alianza cop.
- Manin, Bernard; Przeworski, Adam y Stokes, Susan C. (eds.). (1999) *Press. Democracy, Accountability, And Representation*. New York: Cambridge University Press.
- Mannheim, K. (1952) "The Problem of Generations". En *Essays in the Sociology of Knowledge*, ed. K. Mannheim, 276-320. Oxford. Nueva York.
- Mannheim, K. (2000) "Competition as a cultural phenomenon". En: *Essays on the sociology of knowledge*, 191-229. Collected works of Karl Mannheim, Volume Five. Routledge & Kegan Paul. (Originariamente presentado en alemán en el Sexto Congreso de Sociólogos Alemanes, en 1928)
- Maravall, J. M. (1978) *Dictadura y Disentimiento Político : Obreros y Estudiantes Bajo El Franquismo*. Madrid: Alfaguara.
- Maravall, J. M. (1984) *La Política de la Transición*, Madrid: Taurus.
- Maravall, J. M. (1989) "Transición política y consolidación de la democracia en España" en Tezanos, Cotarelo y de Blas (eds) *La Transición democrática española*. Madrid: Editorial sistema.
- Maravall, J. M. (2006) "La democracia y la supervivencia de los gobiernos" en *Revista Española de Ciencia Política* núm.15. Octubre de 2006. Pp: 9-45.
- Maravall, J. M., y Santamaría, J. (1985): "Crisis del Franquismo, Transición Política y Consolidación de la Democracia en España", en *Sistema*, Nº 68-69. Pp: 79-129.
- Maravall, J.M. y Santamaría, J. (1989) "Transición Política y consolidación de la Democracia en España", en Tezanos J.F., Cotarelo, R. y de Blas A. (eds.) *La transición democrática española*. Madrid. Sistema. Pp: 1986-217.
- Markus, G. B. (1979) "The political environment and the dynamics of public attitudes: A panel study". *American Journal of Political Science*, Nº23. Pp: 338-359.
- Markus, G.B. (1986) "Stability and Change in Political Attitudes: Observed, Recalled and Explained". *Political Behaviour*, Vol.8, Nº1, pp. 21-44.

- Marsh, D., Stoker, G. (1997) *Teoría y métodos de la ciencia política*. Alianza. Madrid.
- Martín Hernández, Álvaro (2007) "Participación socio-política de los jóvenes españoles: medios y trayectorias". UPC Working papers. Disponible en <http://hdl.handle.net/123456789/1672>. Consultado el 3/11/2007.
- Martín Ruiz, Juan Francisco (2005) "Los factores definitorios de los grandes grupos de edad de la población: tipos, subgrupos y umbrales" *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias*. Vol. IX, núm. 190, 1 de junio de 2005. Disponible en <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-190.htm>. Consultado el 8 de Noviembre de 2007.
- Martín, Irene (2003) "Interest in Politics and the Political Culture Approach: The Case of the New Democracies of Southern and Eastern Europe". En: Pollack, Detlef/Jacobs, Jörg/Müller, Olaf/Pickel, Gert (eds): *Political Culture in Post-Communist Europe – Attitudes in New Democracies*.
- Martín, Irene (2004). "Significados Y Orígenes Del Interés Por La Política En Dos Nuevas Democracias: España Y Grecia." Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, 2004.
- Martín, Irene (2005 a). "Contending explanations about interest in politics in two new democracies: Greece and Spain". Estudio/Working Paper 52/2005. Departamento de ciencia Política y Relaciones Internacionales. Facultad de Derecho. UAM. Working Papers Online Series. Disponible en <http://www.uam.es/centros/derecho/cpolitica/papers.html> . Consultado el 15/3/2007.
- Martín, Irene (2005 b) "Interés por la política y desapego político" en Torcal, M; Morales, L y Pérez Nieves, S: *España, sociedad y política en perspectiva comparada*. (Capítulo 3, pp63-81). Valencia. Tirant lo Blanch.
- Martín, Irene (2006) *Una propuesta para la enseñanza de la ciudadanía democrática en España*. Estudios de Progreso. Fundación Alternativas, núm. 22/2006.
- Martínez, J.S (2007) "Clase social, género y desigualdad de oportunidades educativas". Revista de educación nº342, pp: 287-306.
- Martínez, V. (1999) "Diseño de encuestas de opinión: Barómetro CIS". *Qüestió*, vol. 23, Nº2. Pp.343-362.
- Mason, W.M. y Wolfinguer, N.H. (2001) "Cohort Analysis". *On-Line Working Paper Series*. California Center for Population Research. Disponible en www.ccpr.ucla.edu/ccprwpsseries/ccpr_005_01.pdf . Consultado el 2/06/07.
- Mateos Díaz, Araceli (2004a) "Una aproximación a las actitudes políticas de los españoles mediante una estructura dimensional inductiva". *Estud. Socio-Jurid*. Bogotá, 6 (2): 90-116. Julio-diciembre de 2004
- Mateos Díaz, Araceli (2004b) "Actitudes de votantes y de abstencionistas. El caso de las elecciones españolas de 2000". *Elecciones*, Nº3. Pp: 159-189.
- Mayer, J.D., Schmidt, H.M. (2004). "Gendered political socialization in four contexts: political interest and values among junior high school students in China, Japan, Mexico and the United States". *Social Science Journal*, Vol.41, Nº3. Pp: 393-407.
- Mayordomo, Alejandro (2000) "Regenerar la Sociedad, Construir el Patriotismo o la Ciudadanía: Educación y Socialización Política en la España del Siglo XX" en *Encuentros sobre educación* Vol.1. Otoño 2000. Pp:50-80.
- Mediavilla, M. y Calero, J. (2007) "Determinantes del nivel educativo en España. Un análisis con datos del PHOGUE". Ponencia presentada en el XIV Encuentro de Economía Pública. Santander. 1-2 de febrero de 2007. Disponible en <http://economiapublica.com/ponencias/2.5.pdf>. Consultado el 26/3/2008.
- Merelman, R. (1980) "The Family and Political Socialization: Toward a Theory of Exchange" *The Journal of Politics*, Vol. 42, No. 2 . Pp: 461-486.
- Merriam, Charles Edward. (1931). *The Making of Citizens*. Chicago, IL: The University of Chicago Press.
- Merton, R. K. (1968) *Social Theory and Social Structure*. New York: Free Press.
- Merton, R. K. (1987) "Three Fragments from a Sociologist's Notebook: Establishing the Phenomenon, Specified Ignorance, and Strategic Materials", *Annual Review of Sociology* Nº 13. Pp: 1-28.
- Milbrath L.W. y Goel, M.L (1977): *Political Participation: How and Why do People get involved in Politics?*. Boston: University press of America.
- Mishler, William y Rose, Richard (2001) "What Are the Origins of Political Trust? Testing Institutional and Cultural Theories in Post-Communist Societies," *Comparative Political Studies*, 34, 1. Pp. 30-62.
- Mondak, J. J. y Halperin, K. (2008) "A framework for the study of personality and political behaviour". *British Journal of Political Science* Nº 38. Pp: 335-362. Cambridge University Press.
- Montero, José Ramón (1986) "Elecciones 'normales' y elecciones 'excepcionales': algunos datos y factores de la movilización electoral de octubre de 1982", en ESE, Estudios Electorales/8. *Decisión electoral i cultura política*. Barcelona: Fundació Jaume Bofill- Edicions, e la Magrana. Pp: 173 176.
- Montero, José Ramón (1987) "Elecciones y ciclos electorales en España", en *Revista de Derecho Político*, 25, pp. 9-34.
- Montero, José Ramón (1990) "Non voting in Spain: some quantitative and attitudinal aspects", Barcelona: ICPS, working paper Nº22.

- Montero, José Ramón y Torcal, Mariano (1990) "La cultura política de los españoles: pautas de continuidad y cambio". *Sistema*, 99: 39-74.
- Montero, José Ramón; Gunther, Richard y Torcal, Mariano. (1998) "Actitudes políticas de los españoles hacia la democracia: descontento, legitimidad y desafección", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* nº 83. Pp:9-49.
- Montero, José Ramón; Font, Joan y Torcal, Mariano (eds.) (2006) *Ciudadanos, asociaciones y participación en España*, Colección Academia. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas,
- Morales, Laura (1999) "Participación política en España: un análisis de las diferencias de género", en Ortega, M.; Sánchez, C. e Valiente, C. (eds.). *Género y ciudadanía. Revisiones desde el ámbito privado*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Morales, Laura (2005) "¿Existe una crisis participativa? La evolución de la participación política y el asociacionismo en España", *Revista Española de Ciencia Política*, Nº13. Pp: 51-87.
- Morales, Laura; Mota, Fabiola; Pérez-Nievas, Santiago (2006) "La participación en asociaciones: factores individuales". En Montero, J.R., Font, Joan y Torcal, Mariano (coords.) *Ciudadanos, asociaciones y participación política en España*. Pp: 157-182
- Morán, M. L. (1999). "Los estudios de cultura política en España". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Nº85. Pp: 97-129.
- Morán, M.L. y Benedicto J. (2000) *Jóvenes y ciudadanos*. Madrid, INJUVE Nº139
- Mota, Fabiola (1998) "Cultura política y opinión pública en las CC.AA.: un examen del sistema político autonómico en España (1984-1996)", Working Paper 1998/153, Barcelona: Instituto de Ciencias Políticas y Sociales. Disponible en http://www.diba.es/icps/working_papers/docs/WP_I_153.pdf Consultado el 19/3/2007.
- Mota, Fabiola (2000) 'El quinto elemento: el capital social de las comunidades autónomas. Su impacto sobre el funcionamiento del sistema político autonómico', en *Revista Española de Ciencia Política*, vol1, num.2.
- Mota, Fabiola (2006) "Apoyo político y satisfacción con el funcionamiento de los sistemas políticos autonómicos". En Carrasco, Manuel; Pérez Royo, Francisco Javier; Urías, J. y Terol Becerra, M.J. (coords) Derecho constitucional para el siglo XXI : actas del VIII Congreso Iberoamericano de Derecho Constitucional. Vol. 2. Pp: 4625-4650.
- Mulaik, S. A., James, L. R., Van Alstine, N. B., Lind, S., y Stilwell, C. D. (1989). *Evaluation of goodness-of-fit indices for structural equation models*. Psychological Bulletin, 103, 430-445.
- Mutebi, A. M., (2006) "Civic Engagement and Democratic Activism at the Grassroots: An Exploration of Political Participation in Bangkok," *Space and Polity*, Vol. 10, Nº. 3. Pp: 279-298.
- Muñoz, Sonia (1991) "La política en la cotidianidad de las mujeres populares" en Feijoo, M^a del Carmen (comp.) *Mujer y Sociedad en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Neumann, W.R (1986) *The Paradox of Mass Politics: Knowledge and opinión in the American Electorate*. Cambridge: Harvard University Press.
- Newmann, F. (1990) "Higher order thinking in social studies : A rationales for the assessment of classroom thoughtfulness". *Journal of Curriculum Studies*. Vol. 22. Nº1. Pp : 41-56.
- Newton, Kenneth (1999) "Mass Media Effects: Mobilization or Media Malaise?". *British Journal of Political Science* Nº29. Pp: 577-99.
- Nie, Norman H.; Junn, Jane; Stehlik-Barry, Kenneth. (1996) *Education and Democratic Citizenship in America*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Niemi, Richard y Jennings, Kent (1991) "Issues and Heritance in the Formation of Party Identification" *American Journal of Political Science* Nº35.Pp: 970-988.
- Niemi, Richard y Junn, Jane (1998) *Civic Education; What makes Students Learn*. New Haven: Yale University Press.
- Niemi, Richard y Sobieszek, Barbara (1977) "Political Socialization". *Annual Reivew of Sociology*, Vol.3. pp.209-233,
- Nordstrom, B. (1990) "política y sistema social de género". En Astelarra, J. (comp.): *Participación política de las mujeres*. Madrid: CIS. Pp. 23-38.
- Norris, Pippa (ed) (1999) *Critical Citizens*. Oxford: Oxford University Press.
- Norris, Pippa. (2000) *A Virtuous Circle: Political Communications in Postindustrial Societies*. Cambridge. : Cambridge University Press.
- Norris, Pippa (2002a) "Do Campaign Communications Matter for Civic Engagement? American Elections from Eisenhower to GW Bush", en: Farrell, David M./Schmitt-Beck, Rüdiger (Eds.), *Do Political Campaigns Matter? Campaign Effects in Elections and Referendums*. London: Routledge.
- Norris, Pippa (2002b) *Democratic Phoenix. Reinventing Political Activism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- O'Donnell, Guillermo (1973) *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism. Studies in South American Politics*, Berkeley: Institute of International Studies, University of California.

- O'Donnell, Guillermo (1999) "Horizontal accountability and new polyarchies", en Andreas Schedler et al., eds., *The self-restraining state: Power and accountability in new democracies*, pp. 29-52, Boulder y Londres: Lynne Rienner.
- Ochs, Elinor y Schieffelin, Bambi (1984) "Language acquisition and socialization: three developmental stories and their implications". En Shweder, R y LeVine, R *Culture theory: essays in mind, self and emotion*, New York: Cambridge University Press. Pp. 276-320.
- Olsen, M. (1969) "Two categories of political alienation". *Social Forces* N°47. Pp. 288-299.
- Olson, M. (1992) *La lógica de la acción colectiva*. Mexico D.F.: Limusa.
- Oñate, Pablo (2005) "Las elecciones generales de marzo de 2004 y los sistemas de partidos en España: ¿Tanto cambio electoral?" en Revista española de Ciencia Política. N° 13. Pp:159-182
- Ortiz, Carmen (1987) *La participación política de las mujeres en la democracia (1979-1986)*. Madrid. Ministerio de Cultura. Instituto de la Mujer. Serie Estudios n°7.
- Ortiz, Carmen (1990) "Cultura política de la mujer", en Astelarra, J. (ed.). *Participación política de las mujeres*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Ovejero, Lucas, F. (2001) "Democracia liberal y democracias republicanas: para una crítica del elitismo republicano", en *Claves de la Razón Práctica*, N° 111, abril, pp. 18-30.
- Páez, D. y González, J. L. (2000) 'Culture and social psychology', *Psicothema* N°12. Pp: 6-15.
- Páez, D.; Rimé, B. y Besabe, N. (2005) "Un modelo socio-cultural de los rituales: efectos de los traumas colectivos y procesos psico-sociales de afrontamiento con referencia a las manifestaciones del 11-M". *Revista de psicología Social* N°20, Vol 3. Pp: 369-385.
- Palmore, Erdman (1978) "When Can Age, Period, and Cohort be Separated?". *Social Forces*, Vol. 57, No. 1. Pp: 282-295.
- Pantoja, A. D. y Segura, G. M. (2003) 'Fear and Loathing in California: Contextual Threat and Political Sophistication Among Latino Voters', *Political Behavior*, Vol.25, N°3. Pp: 265-286.
- Paramio, Ludolfo (1998a) "Cambios sociales y desconfianza política: el problema de la agregación de preferencias". Documento de trabajo 98-11. Instituto de Estudios Sociales Avanzados (CSIC) Unidad de Políticas comparadas. Ponencia para la sesión "La dinámica sociopolítica de las democracias" del grupo de Sociología Política, VI Congreso Español de Sociología. A. Coruña, 24-26 de setiembre de 1998. Disponible en http://www.pensamientopolitico.50g.com/textos/paramio_cambios_sociales.pdf . Consultado el 7/4/2007.
- Paramio, Ludolfo (1998b) "Clase y voto: intereses, identidades y preferencias." Documento de Trabajo 98-12. Instituto de Estudios Sociales Avanzados (CSIC), Unidad de Políticas comparadas. Disponible en www.iesam.csic.es/doctrab1/dt-9812.htm. Consultado el 19/11/2007.
- Paramio, Ludolfo (2000) "Democracia y ciudadanía en el tiempo de los medios audiovisuales." Documento de trabajo 00-07. Instituto de Estudios Sociales Avanzados (CSIC) Unidad de Políticas comparadas. www.iesam.csic.es/doctrab1/dt-0007.htm. Consultado el 5/2/2008.
- Parry, Geraint, Moyser, George, Day, Neil (1992) *Political participation and democracy in Britain*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Parsons, Talcott. (1966) *La estructura de la acción social*. Madrid: Guadarrama
- Pasotti, Eleonora y Rothstein Bo (2002) "In the Market for Ideas: A Quest For an unified conceptual Approach in Political Science." Paper presentado en el 2002 Annual Meeting of the American Political Science Association.
- Pattie, C., Seyd, P. y Whiteley, P. (2003) "Citizenship and civic engagement: attitudes and behaviour in Britain". *Political Studies* N° 51. Pp: 443-468.
- Pennebaker, J. W., Páez, D. y Rimé, B. (1997) *Collective Memory of Political Events: Social Psychological Perspectives*. Lawrence Erlbaum Associates.
- Pérez Díaz, V (1991a) «La emergencia de la España democrática», *Claves de la Razón Práctica*, N°13. Pp. 62-80.
- Pérez Díaz, V. (1991b) "La emergencia de la España democrática: la invención de una tradición y la dudosa institucionalización de una democracia", Madrid: Working Papers, Fundación Juan March.
- Pérez-Fuentes, P. (1990) "Condicionamientos a la participación política de las mujeres". En Astelarra, J. (comp.): *Participación política de las mujeres*, Madrid: CIS. Pp: 133-148.
- Peschard, Jaqueline, (1998) *La cultura política democrática*. México: Instituto Federal Electoral.
- Pettit, P. (1998) "Reworking Sandel's Republicanism" *The Journal of Philosophy*. Vol.95, N°2. Pp: 73-96.
- Pharr, Susan y Putnam, Robert (2000) *Dissaffected Democracies. What's troubling the Trilateral Democracies?* Princeton University Press. Princeton.
- Pitkin, Hanna F. (1967) *The Concept of Representation*. Berkeley: University of California Press.

- Pollack, Detlef y Mishler, William (2003) "On Culture, Thick and Thin: Toward a Neo-Cultural Synthesis". En: Pollack, Detlef/Jacobs, Jörg/Müller, Olaf/Pickel, Gert (eds): *Political Culture in Post-Communist Europe – Attitudes in New Democracies*. Aldershot: Ashgate, 237-256.
- Prieto, Carlos (1993) "Los sindicatos". En Del Campo S. (ed.) *Tendencias sociales en España*, Fundación BBV, tomo II.
- Putnam, Robert (1995) "Bowling alone: America's declining social capital". *Journal of Democracy* # 6 (1): 65-78.
- Putnam, Robert (2002) *Solo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la comunidad americana*. Barcelona: Galaxia Gutenberg- Círculo de lectores.
- Rabazas Romero, T. y Ramos Zamora, S. (2006) "La construcción del género en el franquismo y los discursos educativos de la Sección Femenina". *Encounters on Education* Nº7. Pp: 43-70.
- Ramos, Ramón (1990) "La familia como agente de socialización política". *Rev. Inteuniversitaria*. Nº9. PP:85-99.
- Raviv, Amiram, et al. (1998) "The reaction of the youth in Israel to the assassination of Prime Minister Yitzhak Rabin." *Political Psychology* Vol.19, Nº2. Pp: 255-77.
- Reif, K. y Schmitt, H. (1980) 'Nine Second Order National Elections: A Conceptual Framework for the Análisis of European Election Results', *European Journal of Political Research* Nº 8. Pp: 3-44.
- Reig Cruaños, J. (1999) *Opinión pública y comunicación política en la transición democrática*. Tesis doctoral. Departamento de Humanidades Contemporáneas. Área de Historia Contemporánea. Facultad de Filosofía y letras. Universidad de Alicante.
- Requena Santos, F (2001) *Redes sociales y mercado de trabajo. Elementos para una teoría del capital relacional*. Madrid: CIS.
- Reisinger, William A. (1995) "The renaissance of a rubric: political culture as concept and as theory" en *International Journal of Public Opinion Research*. 7/4.
- Renshon, Stanley A. (1974) *Psychological Needs and Political Behavior. A theory of Personality and Political Efficacy*. New York: The Free Press.
- Riba, Clara y Cuxart, Anna (2005): "Aspectos metodológicos de la Encuesta Social Europea" en Torcal, M., Pérez-Nievas, S. Y Morales, L. (eds): *España: Sociedad y política en perspectiva comparada. Un análisis de la primera ola de la Encuesta Social Europea*. pp. 21-40. Vol.18, Colección Ciencia Política. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Richmond, K. (2004) *Las mujeres en el fascismo español: la sección femenina de la falange, 1934-1959*. Madrid: Alianza.
- Rodríguez, Imelda (2004) "La desarticulación de las estrategias electorales audiovisuales frente a la conmoción del 11-M." *Área Abierta* Nº8 (mayo 2004). Disponible en <http://www.ucm.es/info/cavp1/Area%20Abierta/8%20Area%20Abierta/articulos/lmelda.pdf>. Consultado el 27/5/2008.
- Rosenberg, Shawn W. (1985) "Sociology, psychology, and the study of political behavior: The case of research on political socialization." *Journal of Politics* Nº47. Pp: 715-31.
- Rosenstone, D y Hansen, J.M. (1993) *Mobilization, Participation, and Democracy in America*. New York: Macmillan.
- Rothstein, Bo. (2001) "If rationality is everything, maybe it's nothing. If culture is everywhere, maybe it's nowhere. Collective memories and Comparative Politics." Paper presentado en el Annual Meeting on the American Political Science Association. Disponible en <http://www.pol.gu.se/sve/pers/ROTHSTEI/HEM.htm>. Consultado el 3/4/2007.
- Sandel, Michael J. (1982). *Liberalism and the Limits of Justice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sanders, Lynn M. (1997) "Against Deliberation." *Political Theory*. 25: 347-76.
- Sapiro, Virginia (2004) "Not your parents' political socialization: introduction for a new generation". *Annual Review of Political Science* 7:1-23.
- Sartori, Giovanni (1994) *Comparative Constitutional Engineering*. Nueva York: New York University Press.
- Sastre García, C. (1997) "La Transición Política en España: Una Sociedad Desmovilizada." *Revista de Estudios e Investigaciones Sociales* Nº80. PP: 33-68.
- Sauvy, A.(1991) *La población*. Barcelona: Oikos- tau.
- Schmitt, H. (2005) "Las elecciones al Parlamento Europeo de 2004. ¿Todavía elecciones de segundo orden?", en J. Molins y P. Oñate (eds.) *Elecciones y comportamiento electoral en la España multinivel*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Schmitter, Philippe y Karl, Terry (1991) "What Democracy is... and is not" en *Journal of Democracy*, vol.2, Nº3.Pp:75-91.
- Schrodt, Philip A. y Deborah J. Gerner (1994) "Validity assessment of a machine-coded event data set for the Middle East, 1982-1992". *American Journal of Political Science*, Nº38. Pp: 825-854.
- Schugurensky, d. y Myers, J. P. (2003) 'A framework to explore lifelong learning: the case of the civic education of civics teachers', *International Journal of Lifelong Education*, 22 (4), pp.325-352.

- Searing, Donald D., Johnston, Pamela C; Crewe, Ivor y Solt, Fred. (2004) "Studying Everyday talk in the deliberative system: Does Democratic Discussion Make Better Citizens? " Paper presentado en la Conferencia "Empirical Approaches to Deliberative Politics". European University Institute, Swiss Chair. Firenze. 21-22 May 2004. Disponible en <http://www.iue.it/SPS/People/SwissChairPdfFiles/PaperSearing.pdf> . Consultado el 4/11/2007.
- Searing, Donald; Schwartz, Joel; Lind, Alden (1973) "The Structuring Principle: Political Socialization and Belief Systems" en *The American Political Science Review*, Vol. 67, No. 2. Pp. 415-432.
- Sears, David O y Valentino, Nicholas A. (1997) "Politics matters: political events as catalysts for preadult socialization." *The American Political Science Review* N° 91. Pp: 45-65.
- Sears, David O. (1981) "Life stage effects upon attitude change, especially among the elderly." En Sara B. Keisler, J.N. Morgan y V.K. Oppenheimer, (eds.) *Aging: Social Change*. New York: Academic Press. Pp: 183-204.
- Sears, David O. (1987) "Implications of the life-span approach for research on attitudes and social cognition." En R. P. Abeles, (ed.) *Life-Span Perspectives and Social Psychology* Hillsdale, NJ: Erlbaum Associates. Pp: 17-60.
- Sears, David O. (1990) "Whither political socialization research? The question of persistence.", en Orit Ichilov, (ed.), *Political Socialization, Citizenship Education, and Democracy*. New York: Teachers College Press, pp.69-97.
- Sears, David O. y Funk, Carolyn (1999) "Evidence of the long-term persistence of adults' political predispositions." *Journal of Politics* N°61. Pp: 1-28.
- Seligson, Mitchell (2002) "The Renaissance of Political Culture or the Renaissance of the Ecological Fallacy," *Comparative Politics* n° 34.Pp: 273-292.
- Sevillano, Francisco (1996) *Dictadura, socialización y conciencia política. Persuasión ideológica y opinión en España bajo el Franquismo (1939-1962)*. Alicante: Universidad, Tesis Doctoral.
- Sigel, Roberta S. (1970) *Learning about Politics*. New York: Random House.
- Sigel, Roberta y Hoskins, Marilyn (1981) *The political involvement of adolescents*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.
- Sigel, Roberta, ed. (1989). *Political Learning in Adulthood: A Sourcebook of Theory and Research*. Chicago: University of Chicago Press.
- Skocpol, T. y Fiorina, M. (eds.) (1999) *Civic Engagement in American Democracy*. Washington, D.C.:Brookings Institute Press.
- Skocpol, T. y Somers, M. (1980) "The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry," *Comparative Studies in Society and History*. Vol. xxii.
- Smulovitz, Catalina y Enrique Peruzzotti (2003) "Societal and Horizontal Controls: Two Cases of a Fruitful Relationship", en Scott Mainwaring y Christopher Welna (eds.), *Democratic Accountability in Latin America*, Nueva York: Oxford University Press.
- Solomon, P. (1997) 'Discovering information behavior in sense making. I. Time and timing', *Journal of the American Society for Information Science*, 48 (12). Pp:1097-1108.
- Soriano Díaz, Ramón L. (2001) "El Parlamento demediado. ¿Controla, legisla y representa?". Derecho y conocimiento, vol.1. Facultad de Derecho. Universidad de Huelva. Pp: 177-189
- Spiro Kiouis, Michael McDevitt, Xu Wu (2005) "The Genesis of Civic Awareness: Agenda Setting in Political Socialization". *Journal of Communication* Vol. 55, N°4. Pp: 756-774.
- Stokes, Susan C. (1997) "Democratic Accountability and Policy Change: Economic Policy in Fujimori's Peru." *Comparative Politics*, Vol. 29, No. 2. Pp: 209-226
- Street, John (1994)." Political Culture- From Civic Culture to Mass Culture". *British Journal of Political Science*, Vol. 24, No. 1. Pp: 95-113.
- Tacq J (1998) *Multivariate analysis techniques in social science research: From problem to analysis*. Sage Publications, London
- Tam Cho, Wendi K. (1999) "Naturalization, Socialization Participation: Immigrants and (non-) voting". *The Journal of Politics*, Vol.61, N°4. Pp: 1140-1155.
- Tarrow, Sidney (1994) *Power in Movements. Social Movements, Collective Action and Politics*, Cambridge University Press.
- Tedin, K. L. (1974) "The Influence of Parents on the Political Socialization of Adolescents." *American Political Science Review* N°68. Pp: 1579-92.
- Tedin, K. L. (1980). "Assessing Peer and Parental Influence on Political Attitudes." *American Journal of Political Science* N° 24. Pp: 13-54.
- Tiana, A. (2002) "¿Están preparados nuestros jóvenes?" *Perspectivas*, vol. XXXII, n° 1, marzo 2002. Pp. 39-52.
- Tóka, Gabor (2003) "The impact of cleavage mobilization on citizens' Political Involvement". Paper presentado en el taller "Cleavage development: causes and consequences" de las sesiones del European Consortium for Political Research en Edinburg (28 de marzo- 2 de abril de 2003).

- Topf, Richard. (1995) "Beyond electoral participation" en Klingemann, Hans Dieter y Fuchs, Dieter (1995) *Citizens and the state*. New York: Oxford University Press.
- Torcal, Mariano (1989) "La Dimensión Materialista/ Postmaterialista en España: Las variables del cambio cultural". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* N°47. Pp. 227-254.
- Torcal, Mariano (2001) "La desafección en las nuevas democracias del sur de Europa y Latinoamérica", *Instituciones y Desarrollo* 8-9. Pp. 229-280.
- Torcal, Mariano (2003) "Political disaffection and democratization history in new democracies". Kellogg Institute. Democratization and the quality of Democracy. Project Latin America 2000 series. Working Paper #308.
- Torcal, Mariano (2008) "El origen y la evolución del apoyo a la democracia en España. La construcción del apoyo incondicional en las nuevas democracias". *Revista Española de Ciencia Política*. N° 18. Pp: 29-65.
- Torcal, Mariano y Chhibber, Pradeep (1995) "Élites, cleavages y sistema de partidos en una democracia consolidada: España (1986-1992)". *Revista de Investigaciones Sociológicas*, n°69. pp. 7-38.
- Torcal, Mariano y Medina, Lucía (2002) "Ideología y voto en España 1979-2000: los procesos de reconstrucción racional de la identificación ideológica", *Revista Española de Ciencia Política* N° 6. Pp: 57-96
- Torcal, Mariano y Montero, José Ramón (1998) "Facets of social capital in new democracies. The formation and Consequences of Social Capital in Spain". Kellogg Institute working paper N°259.
- Torcal, Mariano y Rico, Guillem (2004) "The 2004 Spanish General Election: In the Shadow of Al-Qaeda?". *Southern European Society and Politics*, vol.9, N°3. Pp: 107-121.
- Torney-Purta, J. (2004) "Adolescents' political socialization in changing contexts: an international study in the spirit of Nevitt Sanford", *Political Psychology* Vol.25, N°3. Pp: 465-478.
- Trillo, J. (2007) "La educación en el tiempo libre en Cataluña. Una mirada descriptiva y proyectiva". Ponencia preentada en el 2º congreso "Perspectivas de la educación en el tiempo libre". Barcelona, 29 y 21 de abril de 2007. Disponible en <http://www.peretarres.org/congresotiempolibre/ponencias/jtrilla.pdf>. Consultado el 27/02/2008.
- Uriarte, Edurne (1997a) "Las mujeres en las élites políticas". En Uriarte E. y Elizondo, A. *Mujeres en política, análisis y práctica*. Barcelona: Ariel. Pp:15-32.
- Uriarte, Edurne (1997b) "Pautas de cultura política y participación en España" En Uriarte E. y Elizondo, A. *Mujeres en política, análisis y práctica*. Barcelona: Ariel.
- Valentino, N. A. y Sears, D. O. (1998) 'Event-Driven Political Communication and the Preadult Socialization of Partisanship', *Political Behavior*, Vol.20, N°2. Pp:127-154.
- Van Deth, J.; Montero, J.R.; Westholm, A. (2006) *Citizenship and Involvement in European Democracies: A Comparative Analysis*. Routledge.
- Van Deth, J.W. (1990) "Interest in Politics". En Jennings y J.W. Van Deth (eds.), *Continuities In Political Action. A Longitudinal Study of Political Orientations in Three Western Democracies*. M.K.. Berlin: Walter de Gruyter.
- Van Deth, J.W. y Elff, M. (2000) "Political Involvement and Apathy in Europe 1973-1998". Arbeitspapiere - Mannheimer Zentrum für Europäische Sozialforschung 33.
- Verba, S; Burns y Schlozman, K. (1997) "Knowing and Caring about politics: Gender and Political Engagement". *Journal of Politics* N°59. Nov. Pp: 1051- 72.
- Verba, Sidney y Norman H. Nie (1972) *Participation in America: Political Democracy and social equality*. Nueva York: Harper and Row.
- Verba, Sidney; Nie, Norman H. y Kim, J. (1978) *Participation and Political Equality*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Verba, Sidney; Schlozman, Kay y Brady, Henry (1995) *Voice and Equality: Civic Voluntarism in American Politics*. Cambridge: Harvard UP.
- Virós, R. (1994) "A Qualitative Approach to Electoral Abstention", Barcelona: ICPS, Working Paper N°98.
- Visser, Max. (1994) "Beyond the ecological fallacy. The Duncan-Davis technique of ecological inference." *Quality & Quantity* 28(4): 435-444.
- Welch, S.; Sigelman, L.; Bledsoe, T.; Combs, M. (2001) *Race and Place*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Whitbeck et al (1991) "Family economic hardship, Parental support and Adolescent Self-Esteem". *Social Psychology Quarterly*. Vol. 54, No. Pp: 353-363
- Whitbeck; Simons, Confer, Wickrama, Ackley y Elder (1997) "The effects of Parents' Working Conditions and Family Economic Hardship on Parenting Behaviors and Children's Self-Efficacy". *Social Psychology Quarterly*, vol. 60. Pp: 291-303.
- Whitefield, Stephen y Geoffrey Evans (1999) "Political Culture Versus Rational Choice: Explaining Responses to Transition in the Czech Republic and Slovakia," *British Journal of Political Science*, N°29. Pp:129-154.

- Whiteley, Paul F. (1995) "Rational Choice and Political Participation. Evaluating the Debate." *Political Research Quarterly*. Vol.48. N°1. Pp: 211-233.
- Whiteley, P. (2005) "Citizenship Education Longitudinal Study Second Literature Review. Citizenship Education: The Political Science Perspective" Disponible en <http://www.dfes.gov.uk/research/data/uploadfiles/RR631.pdf>.
- Wildavsky, Aaron (1987) "Choosing Preferences by Constructin Institutions: A cultural Theory of Preference formation". *The American Political Science Review*. Vol.81, N°1. Pp: 3-22.
- Wolak J, MacKuen M, Keele L, Marcus GE, Neuman WR. (2003) "How emotions of public policy affect citizen engagement and public deliberation". Presented at Annu. Chicago: Meet. Midwest Polit. Sci. Assoc.
- Wright, James D. (1976) *The dissent of the governed: Alienation and Democracy in America*. New York: Academic Press.
- Zaller, John R. (1992) *The nature and origins of mass opinion*. Cambridge-New York:Cambridge University Press.

ÍNDICE DE FIGURAS Y TABLAS

FIGURAS.

- Figura 1.1. Conceptos y tradiciones teóricas de los dos tipos de Civismo. (pág.16).
- Figura 1.2. Porcentaje de personas muy/ bastante interesadas por la política en Europa. Eurobarómetro. (Pág.24).
- Figura 1.3. Porcentaje de personas que manifiestan estar “muy” o “bastante” interesadas por la Política. (Pág.26).
- Figura 1.4. Porcentaje de personas que creen que “nunca” o “casi nunca” la política es demasiado complicada para comprender lo que pasa. (Pág.27).
- Figura 1.5. Porcentaje de personas que considera que hacerse una opinión propia es fácil o muy fácil. (Pág.27).
- Figura 1.6. Importancia de la política en la vida (escala 0-10). Media por países. (Pág.28).
- Figura 1.7. Importancia media de distintas actividades en relación a ser un “Buen ciudadano” (escala 0-0). España 2002. (Pág.29).
- Figura 1.8. Importancia de votar en las elecciones para ser considerado un “buen ciudadano” (escala 0-10). Media por países. (Pág.29).
- Figura 1.9. Importancia de formarse una opinión propia para ser considerado un “buen ciudadano” (escala 0-10). Media por países. (Pág.30).
- Figura 1.10. Importancia de ser activo en política para ser considerado un “buen ciudadano” (escala 0-10). Media por países. (Pág.31).
- Figura 1.11. Porcentaje de personas que “probablemente” o “definitivamente” participarían en un grupo político. (Pág.31).
- Figura 2.1. Estructura de la investigación social. (Pág.53).
- Figura 3.1. Proporción de españoles que manifiestan sentimientos negativos hacia la política. (Pág.66).
- Figura 3.2. Asociación del voto e interés por la política por países. Año 2002. (Pág.68).
- Figura 3.3. Representación gráfica de la variable latente de la implicación política y sus componentes (Pág.74).
- Figura 3.4. Evolución del porcentaje de personas interesadas, eficaces e implicadas. (Pág.81).
- Figura 3.5. Promedio de ciudadanos implicados en Europa 2002-2007 (Pág.84).
- Figura 4.1. Porcentaje de españoles implicados subjetivamente en política (interesados y eficaces) por géneros. (Pág.99).
- Figura 4.2. Porcentaje de jóvenes (15 a 30 años) implicados (interesados y eficaces) en Europa Occidental. (Pág.102).
- Figura 4.3. Media y tendencia del indicador de eficacia política interna entre los jóvenes españoles (18 a 30 años). (Pág.103).
- Figura 4.4. Media y tendencia del indicador de interés por la política entre los jóvenes españoles (18 a 30 años). (Pág.103).
- Figura 4.5. Tendencias en la proporción de personas eficaces por edades. España (1985 – 2006). (Pág.106).
- Figura 4.6. Tendencias en la proporción de españoles interesados por la política por edades (1985-2006) (Pág.106).
- Figura 4.7. Evolución (%) de los distintos niveles de educación. España (1991– 2001). (Pág.111).
- Figura 4.8. Distribución de los distintos niveles de educación por sexo y edad. España (1991). (Pág.111).
- Figura 4.9. Distribución de los distintos niveles de educación por sexo y edad. España (2001). (Pág.112).
- Figura 4.10. Intensidad de la relación entre los años de educación y el factor de implicación política subjetiva. Europa Occidental. (Pág.113).
- Figura 5.1. Modelos de continuidad y cambio en las cohortes y el ciclo vital. (Pág.135).
- Figura 5.2. Porcentaje de españoles implicados (muy/bastante interesados y eficaces) en función de su año de nacimiento. (Pág.137).
- Figura 5.3. Porcentaje de españoles interesados por la política por Cohortes (Pág.140).
- Figura 5.4. Porcentaje de españoles que se sienten eficaces por cohortes. (Pág.141).
- Figura 5.5. Porcentaje de españoles implicados subjetivamente con la política por cohortes. (Pág.141).

- Figura 5.6. Cálculo de las diferencias observables en los niveles de una actitud política. (Pág.146).
- Figura 6.1. Tasa neta de fertilidad. Países menos fértiles de Europa Occidental. (Pág.161).
- Figura 6.2. Evolución de la tasa de divorcios en España (1985-2002). (Pág.162).
- Figura 6.3. Frecuencia de reunión con amigos, familiares y compañeros de trabajo. España. (Pág.165).
- Figura 6.4. Frecuencia de reunión con amigos, familiares y compañeros de trabajo. Europa. (Pág.165).
- Figura 6.5. Consulta de información política. Porcentaje de españoles que consultan información política más de tres veces a la semana. (Pág.169).
- Figura 6.6. Discusión sobre política en los países de la UE15 y España. % que discute frecuentemente u ocasionalmente. (Pág.174).
- Figura 6.7. Proporción de españoles que declaran hablar muy o bastante frecuentemente sobre política. (Pág.175).
- Figura 6.8. Diagrama de la variable dependiente latente "implicación política subjetiva". (Pág.179).
- Figura 6.9. Diagrama del Modelo de socialización política activa primaria. (Pág.181).
- Figura 6.10. Diagrama del Modelo de socialización política activa secundaria. (Pág.182).
- Figura 6.11. Diagrama del Modelo de socialización política activa integrada (Pág.183).
- Figura 6.12. Resultados de la estimación de la ecuación estructural relativa a la socialización política activa primaria. Coeficientes estandarizados (Pág.185).
- Figura 6.13. Resultados de la estimación de la ecuación estructural relativa a la socialización política activa secundaria. Coeficientes estandarizados. (Pág.185).
- Figura 6.14. Resultados de la estimación de la ecuación relativa a la socialización política activa integrada. Coeficientes estandarizados. (Pág.187).
- Figura 7.1. Evolución de los principales indicadores económicos en España (1985-2007) (Pág.196).
- Figura 7.2. Relación entre el porcentaje de ciudadanos implicados e indicadores de actividad parlamentaria (1982-2008) por legislaturas. (Pág.200).
- Figura 7.3. Participación en las elecciones generales Españolas. % sobre el censo. (Pág.206).
- Figura 7.4. Competitividad en las elecciones generales Españolas. Diferencia en el % de votos obtenidos por los dos principales partidos. (Pág.206).
- Figura 7.5. Cuadro resumen de los distintos tipos de eventos políticos en España. (Pág.207).
- Figura 7.6. Porcentaje de entrevistados que mencionan estos sucesos entre los tres más destacados de cada mes. (abr.1995- enero 1997). (Pág.210).
- Figura 7.7. Eventos referidos entre los principales problemas de España (enero 2002-diciembre 2003). (Pág.211).
- Figura 7.8. Porcentaje de personas implicadas en función del número de eventos en el año previo a la encuesta. (Pág.216).
- Figura 7.9. Diagrama del modelo causal propuesto en las hipótesis relativas a los eventos. (Pág.222).

TABLAS.

- Tabla 2.1. Principales hipótesis causales planteadas en esta tesis. (Pág.p46).
- Tabla 2.2. Descripción de las principales encuestas utilizadas. (Pág.51).
- Tabla 2.2. Resumen de factores, variables y estrategias utilizadas en esta tesis. (Pág.56).
- Tabla 3.1. Propensión de los españoles a informarse sobre política por la prensa e interés por la política. (Pág.65).
- Tabla 3.2. Propensión a interesarse por la política entre los españoles que manifiestan sentimientos negativos hacia ésta. (Pág.67) .
- Tabla 3.3. Interés por la política en España y voto. Año 2002 (Pág.69).
- Tabla 3.4. Estadísticos descriptivos del factor de implicación política subjetiva (1985-2006). Relación con la variable interés por la política. (Pág.76).
- Tabla 3.5. Estadísticos descriptivos del factor de implicación política subjetiva. (Pág.78).
- Tabla 3.6. Proporción de españoles interesados y/o eficaces. (Pág.79).
- Tabla 3.7. Porcentaje de personas interesadas, eficaces e implicadas en España. Período 1985-2006. (Pág.80) .

- Tabla 3.8. Estadísticos descriptivos de las variables agregadas “porcentaje de personas interesadas”, “porcentaje de personas eficaces” y “porcentaje de personas implicadas”. España. Período 1985-2006. (Pág.83).
- Tabla 3.9. Proporción de ciudadanos implicados subjetivamente con la política en los países europeos. (Pág.85).
- Tabla 3.10. Importancia media otorgada por las personas interesadas, eficaces o implicadas a distintos aspectos del civismo. (escala de 0 a10 en 2002 y 2006, escala de 0 a 7 en 2004). (Pág.87).
- Tabla 3.11. Participación política entre los ciudadanos interesados, eficaces e implicados.% de ciudadanos de cada tipo que han realizado actividades relacionadas con la política en los 12 meses previos a la encuesta (Pág.89).
- Tabla 4.1. Porcentaje de hombres y mujeres que manifiestan implicación política subjetiva por países y años. (Pág.97).
- Tabla 4.2. Proporción de jóvenes españoles implicados psicológicamente con la política(interésados y eficaces). 1985-2006. (Pág.104).
- Tabla 4.3. Correlaciones entre la edad y el factor de implicación política subjetiva. R de Pearson. (Pág.108).
- Tabla 4.4. Codificación de las variables sociodemográficas para el análisis multivariado. (Pág.116).
- Tabla 4.5. Predicción de la implicación política subjetiva de los ciudadanos por género. Coeficientes Beta. España (1985-2005) (Pág.118).
- Tabla 5.1. Definición de las cohortes políticas seguida en esta tesis. (Pág.126).
- Tabla 5.2. Resumen de los efectos esperados del contexto y el ciclo vital sobre las cohortes españolas. (Pág.134).
- Tabla 5.3. Frecuencias y porcentajes sobre el total de la muestra de cada cohorte. España 1985-2005. (Pág.138).
- Tabla 5.4. Proporción respecto de la población real española que representan las cohortes 1ª y 6ª. (Pág.139).
- Tabla 5.5. Evolución del porcentaje de españoles implicados por cohortes (1985-2005) (Pág.142).
- Tabla 5.6. Diferencias en las medias del factor de implicación política subjetiva entre cohortes. (Pág.143).
- Tabla 5.7. Elección de los años y cohortes para aislar los efectos de la edad, las cohortes y el período. (Pág.148).
- Tabla 5.8. Fragmento de la matriz de datos utilizada para la estimación de la implicación política subjetiva. (Pág.152).
- Tabla 5.9. Estimación de la implicación política subjetiva a partir de las cohortes y el período. 1985-2006. Coeficientes B. (Pág.154).
- Tabla 6.1. Principales indicadores demográficos relacionados con la familia en España (I). (Pág.160).
- Tabla 6.2. Principales indicadores demográficos relacionados con la familia en España. (II) (Pág.162).
- Tabla 6.3. Relación entre reunirse poco frecuentemente con amigos y compañeros de trabajo e implicación política subjetiva. Coeficientes de Pearson. (Pág.166).
- Tabla 6.4. Seguimiento de medios de comunicación e implicación política subjetiva. Correlaciones entre frecuencia de exposición a los medios y el factor de implicación política subjetiva. (Pág.170).
- Tabla 6.5. Propensión a interesarse por la política entre los españoles que discuten muy/bastante frecuentemente sobre política. (Pág.174).
- Tabla 6.6. Puntuaciones del factor de implicación política subjetiva. (Pág.179).
- Tabla 6.7. Operacionalización de la Socialización Política Activa a partir de la encuesta CIS 2450. (Pág.180).
- Tabla 6.8. Estadísticos de Ajuste de las ecuaciones de socialización activa estimadas. (Pág.185).
- Tabla 6.9. Validez del modelo integrado de socialización para las distintas cohortes españolas. (Pág.188).
- Tabla 6.10. Resultados del análisis multigrupos para las cohortes. Ajuste de los modelos restringidos. (Pág.190).
- Tabla 6.11. Validez del modelo integrado de socialización para personas que se consideran influidas o no por un hecho político relevante. (Pág.191).
- Tabla 6.12. Resultados del análisis multigrupos en función de la vivencia de sucesos políticos relevantes. Ajuste de los modelos restringidos. (Pág.191).
- Tabla 7.1. Correlaciones de Pearson entre indicadores económicos y el porcentaje de españoles que declaran sentirse muy /bastante interesados en política, eficaces o ambas cosas. (Pág.197).
- Tabla 7.2. Frecuencia de distintas actividades parlamentarias por legislaturas. 1982-2008. (Pág.199).
- Tabla 7.3. Correlaciones de Pearson entre indicadores de actividad parlamentaria y el porcentaje de españoles que declaran sentirse muy /bastante interesados en política, eficaces o ambas cosas. (Pág.199).
- Tabla 7.4. Actividades relacionadas con la producción legislativa y el conflicto entre instituciones del Estado por año. (Pág.201).

- Tabla 7.5. Correlaciones de Pearson entre indicadores de actividad legislativa y el porcentaje de españoles que declaran sentirse muy /bastante interesados en política, eficaces o ambas cosas. (Pág.202).
- Tabla 7.6. Acontecimientos políticos más referidos por los españoles como eventos influyentes en su manera de pensar. Año 2002. (Pág.213).
- Tabla 7.7. Correlaciones de Pearson entre el número de eventos sucedidos en un período de tiempo y el porcentaje de españoles que declaran sentirse muy /bastante interesados en política o eficaces (Pág.215).
- Tabla 7.8. Encuestas ensambladas en el faso panel y efectos contextuales que recoge cada encuesta. (Pág.218).
- Tabla 7.9. Variables explicativas incluidas en este capítulo. (Pág.224).
- Tabla 7.10. Correlaciones de Pearson entre las variables contextuales propuestas y indicadores de implicación política a nivel individual. (Pág.226).
- Tabla 7.11. Resultados de la estimación de la implicación política subjetiva. Coeficientes B. (Pág.228).
- Tabla 7.12. Resultados de la estimación de la implicación política subjetiva. Coeficientes B. Ecuaciones interactivas entre socialización y competitividad electoral. (Pág.228).
- Tabla 7.13. Estimación de la implicación política subjetiva. Coeficientes B. Ecuación interactiva entre socialización y número de eventos anuales. (Pág.230).
- Tabla 7.14. Estimación de la implicación política subjetiva. Coeficientes B. Años 1996 y 2004. (Pág.231).
- Tabla 8.1. Resumen de las conclusiones más destacadas de esta investigación. (Pág.242).